

HISTORIA GENERAL DE CENTROAMÉRICA

JULIO PINTO SORIA

editor



EL RÉGIMEN COLONIAL



CELESTIO

INDICE GENERAL
DE LA OBRA

- TOMO I:** HISTORIA ANTIGUA
Robert M. Carmack
(ed.)
- TOMO II:** EL REGIMEN
COLONIAL (1524-1750)
Julio César Pinto
Soria (ed.)
- TOMO III:** DE LA ILUSTRACION
AL LIBERALISMO
(1750-1870)
Héctor Pérez
Brignoli (ed.)
- TOMO IV:** LAS REPUBLICAS
AGROEXPORTADORAS
(1870-1945)
Víctor Hugo Acuña
Ortega (ed.)
- TOMO V:** DE LA POSGUERRA A
LA CRISIS (1945-1979)
Héctor Pérez
Brignoli (ed.)
- TOMO VI:** HISTORIA INMEDIATA
(1979-1991)
Edelberto
Torres-Rivas (ed.)

HISTORIA GENERAL
DE
CENTROAMÉRICA

HISTORIA GENERAL DE CENTROAMÉRICA



972.8

H59h

El régimen colonial / Julio Pinto Soria, ed. - 2 ed. -
San José: FLACSO - Programa Costa Rica, 1994.
384 p.

Esta obra corresponde al Tomo II de la obra: Historia
General de Centroamérica

ISBN 9977-68-053- 1

1. América Central - Historia 2. América Central
Descubrimiento y conquista 3. Demografía - América
Central 4. Economía - América Central - Historia 5.
América Central - Política 6. Comercio - América Cen-
tral I. Pinto Soria, Julio. II. Título



Comisión Coordinadora:

Edelberto Torres-Rivas (Coordinador general)

Robert M. Carmack (Coordinador tomo I)

Julio César Pinto Soria (Coordinador tomo II)

Héctor Pérez Brignoli (Coordinador tomos III y V)

Víctor Hugo Acuña Ortega (Coordinador tomo IV)

Edelberto Torres-Rivas (Coordinador tomo VI)

Publicada por FLACSO

Programa Guatemala
Programa El Salvador
Programa Costa Rica
Secretaría General

© **Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Programa Costa Rica**

Primera edición: España. 1993

Segunda edición: Costa Rica. 1994

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO

Programa Costa Rica. Apartado 11747. San José, Costa Rica

EL RÉGIMEN COLONIAL (1524-1750)

edición a cargo
de
JULIO CÉSAR PINTO SORIA

Tomo II

NOTA PRELIMINAR

Centroamérica como región económica, política y social siempre se ha caracterizado por su diversidad. En la época precolombina el territorio se encontraba habitado por unos sesenta grupos indígenas, que si bien no estaban separados por diferencias abismales de desarrollo, sí lo estaban por propias identidades sociopolíticas en forma de reinados, cacicazgos y organizaciones tribales. A principios del siglo XVI con la conquista española se inició, de manera abrupta, un vasto proceso de homogeneización, pero no se llegó a superar totalmente este mosaico precolombino, ya que en amplios territorios la población indígena logró sobrevivir con sus antiguos patrones de vida y cultura. Las particularidades físicas de la región contribuyeron también en el mantenimiento y profundización de las diversidades, por sus recursos naturales, condiciones climáticas y presencia de población indígena. La colonización española conservó prácticamente el mismo esquema de poblamiento que privilegiaba los altiplanos centrales y la vertiente del Pacífico, manteniendo y ahondando, en términos de desarrollo en general, una enorme brecha entre esta zona y los territorios situados en la región atlántica.

El proceso de homogeneización del istmo a través de la presencia centralizadora de sistemas políticos, económicos y ético-religiosos empezó a funcionar efectivamente a partir de la Conquista, en el marco del orden colonial implantado por España. Lo económico y político —y también lo religioso como factor de enajenación colonial— se dieron a la par del surgimiento de un complejo de actividades productivas que tuvo por base la hacienda y un sistema administrativo civil y eclesiástico que debía normar la vida de la nueva colonia, conocida en el futuro como Reyno de Guatemala.

Fue en ese entonces, el momento más importante en la evolución de Centroamérica como totalidad, que dio lugar a clases y grupos sociales que asegurarían a lo largo de tres siglos su funcionamiento como

formación social: hacendados y comerciantes, funcionarios civiles y eclesiásticos, y todos los demás sectores pertenecientes a la élite; por otro lado las masas trabajadoras: indígenas, mestizos y población de origen africano. Este complejo de estructuras sociales, políticas y administrativas, y una red de centros urbanos, fueron los elementos que le daban homogeneidad a la sociedad colonial centroamericana hacia 1800; pero, a la vez, también, existían situaciones y tendencias que le imprimían marcadas características de desigualdad que, en alguna forma, arrancaban del momento mismo de la Conquista.

Es alrededor de la actividad económica y sus distintos momentos donde adquieren forma fenómenos centrales que caracterizarán a la sociedad colonial centroamericana, por ejemplo: la formación de fronteras —principalmente las de orden interno que definirán regiones económicas específicas o provincias administrativas—, fenómenos demográficos —caída y recuperación parcial de la población aborígen, crecimiento del mestizaje y consolidación de un sector criollo-español— y, finalmente, el surgimiento de un aparato burocrático hacendario, eclesiástico y militar. Todos esos fenómenos se encuentran relacionados en su base con alguna etapa que vive la actividad productiva: formación de un complejo de haciendas y formas organizadas de comercio, surgimiento de intereses económicos locales, incremento del control de la élite colonial sobre la población trabajadora, etc.

Pero lo relevante es la manera desigual en que cobran forma tales fenómenos. Con la política generalizada de pillaje y la creciente uniformidad de las actividades productivas a través del control de la tierra y la mano de obra aborígen, la Conquista introdujo tendencias niveladoras a lo largo del istmo, proceso que estuvo acompañado por otro encabezado por la Corona a nivel administrativo que buscaba también, de esta manera, facilitar la explotación de los territorios conquistados. Se estructuraron, así, las distintas unidades administrativas en forma de virreynatos y capitanías generales, con sus respectivos aparatos jurídicos con cierta autonomía que se perfeccionará a lo largo de tres siglos de dominación colonial. Sin embargo, como todo proceso, se trataba de una situación contradictoria, pues, si por un lado actuaban las señaladas tendencias niveladoras, por el otro, con la Conquista misma surgió un nuevo tipo de diferenciación que tuvo fundamentalmente dos causas.

La primera, como se destaca en este volumen, es que en Centroamérica no existió un proceso centralizado de conquista como se dio por ejemplo, en México, alrededor de la figura de Hernán Cortés. En Centroamérica destacaron por lo menos tres grupos de conquista que se disputaron, casi palmo a palmo, el dominio del territorio y que impulsieron, al final, una regionalización basada en sus intereses. El más fuerte de ellos se constituyó alrededor de Pedro de Alvarado y sus her-

manos, grupo que dirigió el sometimiento de los territorios de Guatemala y El Salvador, y que también tiene participación decisiva en la conquista de Honduras. Sin duda, aquí se aportó la base más sólida para la edificación del poder colonial en Centroamérica, con su institución más importante, el ayuntamiento guatemalteco, desde el cual se intenta, y se logra parcialmente, un proceso de centralización de las provincias vecinas de El Salvador y Honduras. Aun así, este grupo no contó con la suficiente fuerza y estabilidad para emprender un proceso de colonización de largo alcance, ni en la propia provincia de Guatemala; la región al norte habitada por los itzaes, por ejemplo, sólo fue sometida hacia finales del siglo XVII.

La segunda causa, inseparable de la anterior, es que en ese tiempo no existieron —tampoco después— actividades económicas con alguna continuidad y sus consiguientes efectos integradores. La falta de riquezas fáciles desalentó desde el principio a una buena parte de los conquistadores; Alvarado, en busca de mejores horizontes, como es sabido, llevó población española de la región centroamericana hacia América del Sur. La recién fundada colonia perdió con ello población española; pero constituyó también otra forma de exterminio y pillaje para el territorio, ya que más de dos mil indígenas que acompañaron a Alvarado en su viaje, encontraron después la muerte en los fríos Andes del Ecuador.

En México, que constituye en muchos aspectos un buen ejemplo comparativo, ya en la década de 1550 se descubren las ricas minas de Zacatecas que fomentaron un rápido y continuo movimiento poblacional hacia el norte del virreinato. Este tipo de alicientes estuvo ausente en Centroamérica; el lavado de oro de aluvión se realizó en forma dispersa desde Guatemala hasta Honduras, además, fue de corta duración debido a que las riquezas existentes se agotaron rápidamente. Las riquezas minerales en el virreinato mexicano promovieron, también, que la Corona intensificara su control sobre esta colonia, donde destaca, principalmente, la gestión administrativa del primer virrey, Antonio de Mendoza.

En Centroamérica, la Audiencia de los Confines se fundó en 1543, pero su posterior disolución y continuos traslados de su sede (de Gracias a Dios a la ciudad de Guatemala, luego a Panamá y nuevamente a Guatemala), sumieron al istmo, en alguna forma, en una anarquía administrativa, por lo menos hasta la década de 1570, donde los conquistadores o sus descendientes tuvieron mano libre en la práctica del pillaje. Ausente un poder central, fueron años de enraizamiento de intereses localistas, de las luchas de un Bartolomé de las Casas y del sangriento levantamiento de los hermanos Contreras en Nicaragua con el asesinato del obispo Valdivieso.

Con su población indígena reducida de cinco millones a menos de

una quinta parte, en un extenso territorio de escabrosa geografía que se extendía desde Chiapas hasta Costa Rica, hacia mediados del siglo XVI un escaso número de españoles se retiró hacia aquellos lugares que ofrecían la oportunidad del enriquecimiento o la simple sobrevivencia. En alguna forma, estas características de dispersión y aislamiento se hicieron sentir tres siglos después, con la existencia de no más de siete ciudades en toda la región —localizadas principalmente en la vertiente del Pacífico— que en su totalidad no albergaban a más de quince mil españoles. Igual dispersión se puede señalar para las actividades productivas, con sólo dos o tres centros de alguna importancia: el valle central de Guatemala, el altiplano situado al occidente —la llamada región de Los Altos— y las provincias añileras de El Salvador. Los traumas y fracturas que ocasionó la Conquista en la sociedad indígena fueron, desde luego, irreversibles; numéricamente en algunos lugares fue al final diezmada —Honduras y Costa Rica— y en otros como Guatemala no logró recuperarse durante tres siglos de dominación colonial.

Los desniveles señalados para los inicios se acentuaron después, con las particularidades de la colonización española y la evolución propia que vivieron en muchos aspectos las distintas provincias del Reyno. Con su población indígena fuertemente diezmada y sin grandes riquezas minerales, Honduras en la segunda mitad del siglo XVI no ofrecía mayores incentivos para proyectos de colonización a largo alcance, situación que se mantuvo igual hasta el final de la colonia. Nicaragua presentaba un cuadro similar; sus principales ciudades —León y Granada— conocieron momentos de auge y decadencia, según la posibilidad que tenía la provincia de colocar sus productos: brea, cacao, pieles, etc., y también, por los altibajos del mercado exterior que afectaban al Reyno de Guatemala, ya que el río San Juan de Nicaragua era, ocasionalmente, una de las rutas de tránsito hacia la metrópoli.

Punto de partida para la conquista de otros territorios, pero sobre todo por la importancia estratégica que adquiriría con la posibilidad de encontrar en él un paso interoceánico, que acortara el camino hacia el codiciado país de la Especiería, en los primeros años del istmo centroamericano pudo haber tenido importancia de primer orden, en los proyectos de conquista y colonización española. Pero después, conforme se encontraron las riquezas mineras del Perú y México, Centroamérica pasó a ser una colonia de segunda o tercera categoría para la Corona, lo que trajo sus consecuencias.

Una de ellas fue el poco dinamismo de la expansión española, lo que se puso de manifiesto en la forma lenta y desigual en que se fueron arraigando las nuevas formas de sociedad, economía y control político a lo largo y ancho del territorio. El resultado fue, según los casos, altos niveles de sobrevivencia indígena (Guatemala), territorios vacíos o se-

mipoblados que vivirán un desarrollo peculiar (la vertiente del Caribe), o diferencias profundas de una provincia a otra en el tipo de sociedad y poblamiento. Irregularidades y ritmos distintos fueron creando, de esta manera, diferentes resultados, echando bases sólidas para un regionalismo que perdura hasta nuestros días.

La conquista de Costa Rica, por ejemplo, sólo se iniciará en la segunda mitad del siglo XVI. Sin mayor presencia de mano de obra indígena, sus particularidades radicarían en un tipo de colonización con predominio de la pequeña y mediana propiedad, dirigida por sectores poblacionales predominantemente blancos y mestizos. Así surgieron en la meseta central los centros urbanos de Cartago, San José y Alajuela, y a su alrededor cristalizará más tarde la nacionalidad costarricense. Diferencias de tiempo y de actividad económica son manifiestas; mientras en el resto del istmo el cacao es producto pretérito, en esta región vive un auge en la segunda mitad del siglo XVIII, colocando el producto en puntos externos al Reyno, con lo que acentúa otra de sus características coloniales: su separación paulatina del resto de las provincias centroamericanas.

De todo el Reyno de Guatemala, los territorios mejor integrados económicamente fueron siempre Guatemala y El Salvador; en alguna medida, resultado de la unidad inicial que se había dado con su conquista a través de Alvarado, unidad que se prolonga después con la aparición del cacao y el añil como productos centrales de explotación. El cacao era cultivo fundamentalmente salvadoreño, pero los comerciantes y encomenderos vinculados con su comercialización tenían su asiento en la ciudad de Guatemala. Al perder importancia el cacao salvadoreño hacia los años de 1560 y 1570, la vinculación entre Guatemala y El Salvador siguió manteniéndose con el surgimiento de la explotación intensiva del añil, cuya comercialización —como la del cacao— se realizaba desde la ciudad de Guatemala. Pero a la par de esos vínculos de integración, se dio un proceso de diferenciación que terminó por separar a las dos provincias. Como en Guatemala, en El Salvador se formó también con el correr del tiempo una élite local terrateniente que ejerció considerable poder a través del sistema de cabildos —los de San Salvador, San Vicente, San Miguel— con función gubernativa para toda la provincia, élite que entró en relación conflictiva con la residente en Guatemala por el tipo de comercialización impuesto al añil.

Hoy sabemos que en el continente americano surgieron distintos tipos de sociedad a partir de la Conquista; desde países con claro predominio de población y cultura europea, hasta aquellas naciones marcadamente indígenas o mestizas. Con los casos de Costa Rica y Guatemala, este fenómeno también se manifiesta en Centroamérica, y también en la manera desigual como la Conquista y colonización afectó a

las distintas partes del istmo; en igual forma, conocemos los caminos que condujeron a ello. Hacia 1700, el grado de diferenciación entre Costa Rica y Guatemala se medía, por ejemplo, fácilmente a través del peso de su población indígena; mientras la primera contaba con catorce pueblos con aproximadamente 1.300 indígenas, sólo el valle central de Guatemala albergaba setenta y siete con cerca de 70.000 indígenas. Con alguna variante, igual comparación se podría hacer, también, con la provincia de Honduras.

Para el conocimiento de la población indígena se cuenta con más información que para cualquier otro sector de la sociedad colonial. En primer lugar, porque en torno a ella se legisló profusamente. Era el tributo la principal fuerza generadora de riqueza para la Corona, y ésta emitió diversidad de cédulas reales que buscaban mantener tal situación, frenando su explotación por parte de encomenderos y hacendados; la Corona solía además «inventariar» sus bienes, en este caso, realizando periódicamente censos sobre la población indígena. Se legisló también, extensamente en la creación de una sociedad de castas, en la cual al indígena se le catalogó de «menor de edad», con el fin de facilitar y justificar su explotación y enajenación colonial; según los casos, «protegiéndolo» y «civilizándolo», a partir de normas y concepciones de una sociedad racista. Es así como se cuenta con una amplia documentación sobre el indígena, que permite tener un cuadro más o menos claro sobre su situación a lo largo de la colonia. En tal sentido, el presente volumen aporta también cifras y análisis sólidos, desde la evaluación del impacto de las epidemias europeas en el colapso demográfico y los tipos y características regionales en la implantación de la encomienda, hasta las particularidades de la evolución demográfica indígena a lo largo de la colonia.

Sobre la población criolla española y mestiza ya no se cuenta en la misma medida con tal información. Reacio al control, principalmente al de orden fiscal, al grupo blanco se le contabilizó poco, existiendo informes de esta naturaleza sólo hacia finales del siglo XVIII, en los proyectos estadísticos que llevó a cabo el Estado borbónico. Aunque, por otras circunstancias, algo similar sucede con el mestizo. Fenómeno directamente colonial, en una sociedad legalista y normativa, el mestizo fue elemento no previsto, cuyo control por la administración fue siempre a la zaga y, por consiguiente, sin dar origen al tipo de documentación como censos, informes de visitadores reales o eclesiásticos. Además, la evolución del mestizo fue sumamente irregular, con formas dispersas de vida en las zonas más lejanas de la colonia.

La época colonial, una de las más estudiadas de la historia centroamericana, sigue siendo, en realidad, desconocida en muchos aspectos. De la economía conocemos su evolución global, sus líneas más generales de desarrollo; pero faltan estudios concretos sobre la hacienda con

José Guzmán León

Ciencias Políticas

Tel.: 289-6490

sus modalidades de trabajo y la manera como repercuten en la conformación del mundo rural; hechos como la reducción indígena, la dispersión rural mestiza, están sin duda estrechamente vinculados con la historia de la hacienda.

Todos esos aspectos, que en otras regiones de Hispanoamérica son objeto de investigación intensiva, han sido hasta ahora poco estudiados en el caso de Centroamérica. En este volumen se ofrece una visión de conjunto que busca recoger los aportes más valiosos y, en tal sentido, es difícil dejar de referirse a dos obras pioneras que han influido grandemente en la historiografía de la región de las últimas dos décadas: la de Martínez Peláez y Murdo MacLeod. Basados en material empírico de archivos, ellos ofrecieron por primera vez una buena visión de conjunto de la sociedad colonial centroamericana, planteando problemáticas a investigar y formas de interpretarlas, convirtiéndose en un aporte valioso para la historiografía de la región. El primero presenta el cuadro más completo que se haya escrito hasta hoy sobre la colonia guatemalteca; su valor radica fundamentalmente en la rica visión interpretativa, y es de vital importancia para entender un país que sigue viviendo conflictos, cuyos orígenes se encuentran en la época colonial, en el aspecto económico, étnico y político.

MacLeod, por su parte, lleva el estudio hasta 1720, lo que le permite profundizar en el siglo XVII, un período histórico hasta entonces prácticamente desconocido. Sin embargo, este siglo continúa siendo polémico, por la sencilla razón de que seguimos sabiendo poco de él. Por ejemplo, según MacLeod, la pérdida de los contactos con el exterior sumió a la sociedad centroamericana de ese siglo en una profunda crisis. Algunos fenómenos que registra la documentación parecieran darle la razón a MacLeod: quejas de funcionarios por falta de comercio, empobrecimiento en algunos sectores de la élite, decaimiento y abandono de ciudades. Entre 1660 y 1694, por ejemplo, el número de regidores en el cabildo de Santiago bajó de veinte a seis, fenómeno que también se observa en otros cabildos centroamericanos de la época.

Pero hasta hoy, a casi dos décadas de la aparición de su libro, se ha avanzado poco en la verificación empírica de tal crisis y sus posibles consecuencias. Aquí no está de más señalar que sigue golpeando a la región un pasado de dictadura y represión, de funestos resultados para el desarrollo académico; es así como no se cuenta con estudios como los realizados por Chevallier para México o Brito Figueroa para Venezuela, con los que sin duda tendríamos respuestas más adecuadas a los interrogantes planteados. Si tal aislamiento existió, pudo haber tenido también como efecto que el Reyno de Guatemala creara sus propias dinámicas de crecimiento, en un período de lenta recuperación demográfica, la formación de centros de consumo local y un sistema de haciendas. Así se explicaría, también, una creciente actividad textil a que

hace referencia la documentación de archivo o la azucarera en el valle central de Guatemala. Pero precisamente, sobre este tipo de actividades no tenemos todavía estudios sistematizados, como tampoco los hay para el comercio, con una u otra excepción regional.

Se habla sobre todo de una crisis de comercio en la región del Atlántico; pero al respecto hay información contradictoria; por ejemplo, entre 1660 y 1700 se registra un incremento en el cobro del impuesto de exportación-importación; pero el hecho puede también estar ligado a un mejor control hacendario por parte de la Corona, quien en esos años mantuvo en sus manos el cobro de dicho impuesto. Por otra parte, si se interrumpió el comercio con la metrópoli, parece que en la misma medida se incrementó el de contrabando, precisamente en un Atlántico cada vez más controlado por los enemigos de España. Además, como se dice en este volumen, durante esos años, también, se registró un incremento de los contactos del Reyno de Guatemala por el lado del Pacífico, principalmente con el Perú. Región entre dos continentes y dos océanos, la vida centroamericana está llena de fenómenos cuyos orígenes se encuentran allende sus fronteras: la moneda macacos del Perú circuló, por ejemplo, largos años en su territorio, formas de vida y economía como el bohío o el término cacique tienen su raíz en las Antillas, al igual que el de chacara en el Perú.

Con el crecimiento del mestizaje y un lento repunte en las actividades productivas, donde Wortman señala el inicio de una sustitución de élites en la provincia de Guatemala, en las postrimerías del siglo XVII se empiezan a mostrar transformaciones importantes en el interior de la colonia, cambios que preludian el cambiante y ascendente siglo XVIII, una centuria vista por unos con incertidumbre —la nostalgia de un Fuentes y Guzmán por tiempos idos— y por otros con impaciencia por consolidar lo iniciado. El siglo XVII tiene así importancia clave en el conocimiento de la historia centroamericana, pues en él se forman estructuras socioeconómicas cuyo fortalecimiento en el siglo siguiente significará una afirmación de la sociedad local frente a la metrópoli a nivel de la economía, el aparato administrativo y una ideología criolla, donde nuevamente el cronista Fuentes y Guzmán constituye un ejemplo significativo.

Como para la historiografía de cualquier otro país o región, en el caso de Centroamérica, se pueden señalar lagunas para determinados períodos —como sucede especialmente con el siglo XVII—, al igual que de orden temático, que se extienden a lo largo de la colonia. Éste es el caso del estudio del poder, que por su evolución, funciones y diversidad de intereses que representa, se le puede considerar como una de las instituciones más contradictorias, difícil de ubicar en los marcos de análisis utilizados tradicionalmente para la formación clásica europea.

Organizado jerárquicamente, existían distintos niveles para su ejer-

cicio, desde la cuota de poder que ejercía el cacique indígena, hasta las rivalidades y conflictos que se desencadenaban entre instituciones como el Cabildo guatemalteco y la Audiencia. Su origen colonial —instrumento para expoliar un territorio y su población— se reflejó en altos niveles de represión, así como en una innata debilidad, que cobró forma en su atomización regional y en un creciente desdoblamiento frente a la metrópoli. Este proceso culminó, como hoy sabemos, hacia 1821 con la Independencia frente a España y con la propia «Independencia» de las antiguas provincias del Reyno de Guatemala para constituirse en estados «nacionales».

El desarrollo urbano es otro de los temas poco estudiados; no existe hasta ahora un intento serio que busque seguir la dinámica urbana a lo largo de la colonia; se cuenta solamente con estudios aislados sobre determinadas temáticas o centros urbanos; dentro de ellos se destaca, principalmente, el caso de Santiago de Guatemala. Pero sobre esta ciudad seguimos sin saber muchas cosas; por ejemplo, pareciera estancarse con 37.000 habitantes a finales del siglo XVII, al año de su destrucción en 1773, un período considerado como de despegue económico. Una causa del estancamiento poblacional podría encontrarse en el inmovilismo de la sociedad colonial y en la manera en que afectan al crecimiento vegetativo las pestes y hambrunas de esos años, tal y como se desprende de algunas cifras que dan Lutz y Wortman. Con la excepción de alguna intensificación en la construcción de edificios religiosos, parece que el «boom» añilero sólo se manifestó en la nueva Guatemala de la Asunción, donde nuevos ricos —como los Aycinena— tendrán presencia económica, política y social. Una historia de auges y depresiones que caracterizan a la región durante la colonia, pero también después; el «boom» añilero tampoco durará mucho, y la nueva ciudad permaneció estancada durante los siguientes cien años, hasta el período que se inicia en 1871 con un nuevo producto de exportación: el café.

Desde una perspectiva global, éstos son los temas sobre los que busca arrojar luz este texto. Como lo destacamos al señalar algunos de ellos, muchos aspectos no fueron tocados debido a las grandes lagunas que presenta la historiografía de la región y que, como se dijo, no se pretendía resolver aquí.

Para finalizar, algunas palabras sobre la forma en que se organizó esta obra. La idea de escribir una historia de Centroamérica surgió aproximadamente hace dos años, en una reunión de cientistas sociales de la región, que tenía por objetivo buscar formas de apoyo a la investigación social en Guatemala, país que vivía una intermitente represión política que le había costado la vida o el exilio a más de un investigador. Después, con esa inquietud, los editores mantuvieron contacto y, poco a poco, el proyecto fue madurando. Responsabilidad nuestra debería ser la época colonial, período lleno de incógnitas, y por ello, dig-

no de aceptar el reto, que se hacía más difícil por el corto tiempo que se planteaba para realizar el trabajo. Esencial era entonces reunir a la gente adecuada por su capacidad académica para llevar a cabo la tarea; pero además, por la voluntad de participar en un proyecto que ofrecía poco o ningún beneficio económico. Otra condición era elegir bien las temáticas; si la obra quería ser de provecho, debía ser de carácter general, ofrecer, sobre bases sólidas, una buena visión global de lo ya conocido, precisamente a través de una labor de síntesis de especialistas en sus respectivos campos de trabajo. Fue en este espíritu y ambiciones que se organizó el grupo que elaboró finalmente la obra en sus distintas partes.

Este tomo se inicia con la Conquista y culmina hacia 1750, de acuerdo con los editores de los otros textos, con la intención de buscar nuevos marcos de periodización en la historia de la región. Todo el estudio se organizó en cuatro grandes apartados: El primero estudiando la sociedad colonial temprana en sus distintos aspectos, desde la Conquista, la implantación de la encomienda, etc., tratando de rescatar la dimensión del colapso demográfico que significó para el indígena el «encuentro» con el español, para utilizar términos en boga. Esta parte fue realizada por Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz.

La segunda parte, labor de Elizabeth Fonseca, se ocupa en lo fundamental del desarrollo económico, sus etapas y particularidades.

El tercer apartado es de Stephen Webre, quien se ocupa del gobierno colonial y las formas de organización del aparato administrativo, el papel de la Iglesia, los intentos de colonización en las áreas periféricas, culminando con un examen de las ideas temáticas y la sociedad durante la colonia.

Gustavo Palma es responsable de la parte final del libro, él hace un examen de la sociedad colonial centroamericana hacia 1750. Las conclusiones son responsabilidad del editor.

La unidad histórica que se toma como objetivo de estudio es la Centroamérica compuesta por los actuales cinco países desde Guatemala hasta Costa Rica, con inclusión de Chiapas, que durante la colonia constituía parte del antiguo Reyno de Guatemala. Panamá, que en una u otra forma participó en la dinámica colonial centroamericana, se excluye en este estudio, debido a que después formó parte del contexto histórico de Colombia o el suyo propio, con las particularidades que le brinda su inclusión directa en la esfera de influencia norteamericana. Decisiones de periodización y demarcación del campo de estudio, en realidad discutibles, como sucede con Belice, territorio que sí correspondió a la jurisdicción del Reyno de Guatemala y que aquí se incluye sólo ocasionalmente, ya que por mucho tiempo fue territorio vacío desvinculado, prácticamente, del Reyno de Guatemala y, después de la Independencia, cada vez más bajo influencia inglesa.

Por otra parte, algunas secciones podrán parecer polémicas con otras, ya que cada autor tiene su propia visión sobre los acontecimientos. La labor del editor se circunscribió a darle alguna uniformidad al texto en el aspecto temático y en la redacción, según el caso, agregando o suprimiendo un dato aquí y allá, todo ello en búsqueda de una visión totalizadora.

Para finalizar, queremos agradecer a todos aquellos que en una u otra forma dieron apoyo en la elaboración de este tomo; entre ellos al Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA), así como al Centro de Estudios Urbanos y Regionales al Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de la Universidad de San Carlos y en especial al apoyo prestado por Marco Tulio Escobar.

JULIO CÉSAR PINTO SORIA

Capítulo 1

LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE CENTROAMÉRICA

Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz

La conquista española de Centroamérica, que se inició en 1502 a través del contacto de Cristóbal Colón con los indígenas de Honduras, en realidad, nunca concluyó totalmente durante los tres siglos de dominación colonial. El primer enlace español-indígena se realizó en la costa atlántica de Centroamérica, pero por razones del clima, el tipo de suelos, de la topografía y de los asentamientos de la población indígena, los conquistadores, que llegaron veinte años después, se vieron más atraídos por la vertiente del Pacífico. Pese a que se establecieron algunos puertos y asentamientos en la costa atlántica —claves en la historia económica de la región—, en general ésta permaneció como una zona fronteriza e ignorada, ocupada más tarde, buena parte de la misma, por ingleses y africanos que se mezclaron con las poblaciones locales. Con raras excepciones, la conquista y colonización de Centroamérica fue un fenómeno que tuvo su mayor impacto y éxito en la vertiente del Pacífico, región donde los invasores encontraron mayor concentración de población autóctona, y también climas, tierras y otros recursos naturales favorables.

Desde la perspectiva española, y de la historia oficial predominante hasta hoy, el llamado descubrimiento de Centroamérica con su conquista y colonización, es un episodio histórico en que se resaltan las batallas y las hazañas de los conquistadores, seguido por la fundación de ciudades y la formación de una nueva sociedad portadora de civilización. Son notables los logros de varias personalidades de la conquista española, como Pedro de Alvarado y Pedrarias Dávila, entre otros. Pero a lo largo de casi medio milenio, desde que Colón y Alvarado llegaron por primera vez a la región, pocos, como fray Bartolomé de las Casas, se preocuparon por las fuerzas destructivas desencadenadas con el arribo de los europeos.

En Centroamérica se presta más atención al impacto de la Conquista sobre la población indígena que a las hazañas de los conquistadores.

Especial interés merece, entonces, el análisis del sistema de encomiendas; o sea de las donaciones de pueblos o grupos indígenas para el uso de conquistadores y otros pobladores españoles, así como el impacto destructivo de la esclavitud con las formas de resistencia indígena y, el factor que tal vez más influyó en su exterminio, la introducción de enfermedades del Viejo Mundo a la región.

La historia centroamericana de las primeras décadas después de 1522 es como un rompecabezas, del que contamos, hasta el momento, apenas con un pequeño número de piezas correctamente colocadas. Se cuenta con otras pocas, pero no sabemos dónde situarlas y hay muchas más, con certeza la mayor parte, que con el tiempo se han perdido o nunca fueron encontradas. En consecuencia, el panorama es parcial y bastante limitado. Aun con las recientes investigaciones sobre las demás provincias de la Audiencia de Guatemala, los datos y los análisis más completos siguen concentrados en la provincia de Guatemala. Aquí presentaremos ejemplos y casos de estudio de otras regiones del istmo, especialmente de Costa Rica, que cuenta con abundantes investigaciones sobre su conquista tardía, iniciada en las décadas de 1560 y 1570.

LA CONQUISTA ESPAÑOLA

Como puente que conecta dos enormes continentes en sus extremos, el istmo ha servido desde el asentamiento del hombre americano como punto de comunicación, recibiendo influencias culturales tanto del norte como del sur. Así, resultó también con la conquista española. Entre el primer contacto europeo de 1502 y la conquista definitiva en la década de 1520, las principales confrontaciones entre indígenas y españoles se dieron en las islas de la bahía y en la costa hondureña. Después, con la despoblación creciente de las Antillas, los españoles buscaron otros pueblos que pudieran esclavizar para la explotación de oro y trabajos en la Española; alrededor de 1520 la situación llegó a tal extremo que las islas de la bahía se encontraban completamente deshabitadas.

Al iniciarse verdaderamente la Conquista, ésta provino tanto del norte como del sur. En 1523, desde México central, Hernán Cortés envió a su capitán Pedro de Alvarado con un ejército español-mexicano, y posteriormente le siguieron otras incursiones conquistadoras, incluyendo la del propio Cortés. Aun antes que Alvarado, desde Panamá, fuerzas expedicionarias españolas habían incursionado en la parte sur-oriental, como sucedió con Gil González de Ávila, quien llegó a Costa Rica en 1522. La tercera ruta de la Conquista se inició desde México

y las Antillas hacia la costa atlántica de Honduras; pero la primera y segunda expedición fueron decisivas en el sometimiento de la población del istmo.

La conquista desde Panamá (Nicaragua)

En realidad la primera expedición exploradora se realizó en 1516 bajo el mando de Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León, quienes primero navegaron hacia el oeste, por el Pacífico de Panamá, hasta el Golfo de Nicoya. En esa última región capturaron tres o cuatro indios con el propósito de utilizarlos como guías-intérpretes. La expedición Castañeda-Ponce de León, consistía sólo en cuarenta hombres y encontró gran resistencia indígena, lo que motivó el regreso de los españoles a Panamá, sin poder realizar la conquista.

Durante la expedición Castañeda-Ponce de León, el piloto Andrés Niño se encontraba en España tratando de obtener apoyo real para adquirir los barcos del descubridor del mar del sur, Núñez de Balboa —en esa fecha ya muerto—, y permiso para conquistar y explotar la región al oeste de Panamá. En España, Niño conoció a Gil González de Ávila, persona de influencia en la Corte, y ambos suscribieron un contrato con la Corona, obteniendo financiamiento para explorar la costa del Pacífico, mil leguas al oeste de Panamá. Con la disminución de la población y del flujo de oro en las Antillas, la Corona, Niño y Gil González buscaban nuevas fuentes de riqueza.

La expedición salió de España en 1518 con cincuenta y un hombres bajo el mando de Gil González, en ruta hacia Panamá. Pero al llegar comenzaron los problemas, principalmente con Pedrarias Dávila (Pedro Arias de Ávila), gobernador de Castilla de Oro, quien puso muchos obstáculos. Después de varias dificultades, incluyendo el no conseguir los prometidos barcos de Balboa, Gil González logró fabricar nuevas embarcaciones y se hizo a la mar a principios de 1522 rumbo al oeste, por la costa del Pacífico. Los tropiezos continuaron. Los barcos recién contruidos no soportaron el viaje y, todavía frente a la costa panameña, Gil González y la mayor parte de su expedición tuvieron que desembarcar. Con cien españoles y unos cuatrocientos indios auxiliares (más los guías indios de Nicoya de la expedición de 1516) entraron en Costa Rica por tierra, reconociendo la costa del Pacífico hasta llegar al Golfo de Nicoya.

Como solía pasar con muchas expediciones de reconocimiento y conquista, los indígenas informaron a los invasores de ricas y bellas tierras más allá de las suyas. En Nicoya, los indígenas comunicaron la existencia de un pueblo importante, de grandes lagos y asiento de un cacique indígena poderoso: Nicarao. ¿Los indígenas de Nicoya tenían en

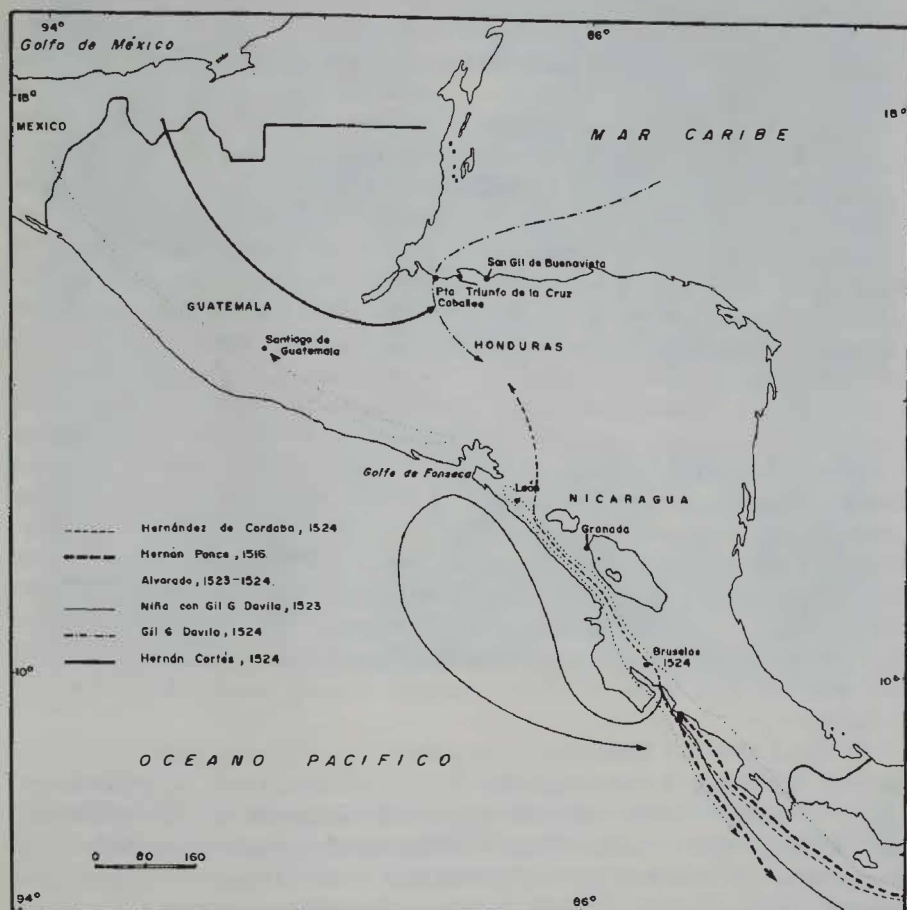
mente distraer a los intrusos, hablándoles de cosas impresionantes? ¿exagerando la belleza y riqueza de otros lugares esperaban alejarlos? ¿Acaso todavía tenían la esperanza de que se les dejaría en paz? Ésta fue, tal vez, la primera forma de resistencia indígena a la invasión española (Figura 1.1).

Mientras Gil González entraba en Nicaragua por tierra, buscando lo que le habían informado en Nicoya, Niño se embarcó hacia el oeste a lo largo de la costa nicaragüense, hasta encontrar el golfo de Fonseca —nombrado así en honor de Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y real ministro de las Indias—, donde más tarde se unirían las provincias de Nicaragua, Honduras y El Salvador. La noticia más importante para los españoles —y la más dañina para la supervivencia de los indios nicaraos— fue que Gil González logró obtener una considerable cantidad de oro equivalente a 112.524 pesos. Como la inversión inicial de los socios en España fue de sólo 8.324 pesos, no cabe duda de que las noticias de esta exitosa expedición llamaron la atención a mucha gente, deseosa de enriquecerse lo más rápido posible.

Cuando Gil González intentó penetrar hacia el noroeste, encontró la primera resistencia indígena bajo el mando del cacique Diriangen, decidiéndose a volver al Golfo de Nicoya con su oro y las tropas intactas. Aquí vale la pena citar las conclusiones del historiador costarricense Juan Carlos Solórzano sobre el oro, y las percepciones tan distintas de su valor, entre el grupo español y el cacique indígena Nicrao:

Es probable que el oro recaudado en esta empresa correspondiera a la mayor parte del metal precioso atesorado por indígenas durante el transcurso de muchos años, ya fuese por medio del comercio con otras poblaciones indígenas o bien mediante su explotación en áreas cercanas. Al año siguiente, cuando Hernández de Córdoba conquistó e inició la colonización española de Nicaragua, recaudó solamente 35.724 pesos, suma bastante inferior a las ganancias de Gil González. En la expedición de este último, una anécdota pone de manifiesto el encuentro de dos mundos diferentes: observando el cacique Nicrao o Nicaragua el deseo nunca satisfecho de los españoles por obtener oro, pregunta al capitán que para qué necesitan tanto oro tan pocos hombres. La inexistencia de una economía monetaria hace inexplicable para los indígenas el concebir que el oro pueda tener otro fin que el del ornato. Para los españoles, por el contrario, el valor de los objetos de oro es su función como valor de cambio. De allí que los objetos de ornato, preciosos trabajos de artesanía metalúrgica, terminaron rápidamente en el crisol, fundidos y transformados en prácticas barras de oro¹.

Si los indios de Nicoya y Nicaragua pensaron que podían salvaguardar su existencia y tranquilidad al referirse a tierras más ricas que las



1.1. ENTRADAS ESPAÑOLAS TEMPRANAS.

suyas y con la entrega de oro, lo cierto es que se equivocaron. Estos acontecimientos, con el bautizo de más 9.000 indígenas en Nicaragua y otros 6.000 en Nicoya en 1522, sólo despertaron las ambiciones de Gil González y otros españoles, incluyendo a Pedrarias Dávila.

La expedición de Gil González y Andrés Niño, cargada de oro, regresó a Panamá el 25 de junio de 1523. Cuando Pedrarias Dávila tuvo noticia de ello, intentó capturar a Gil González, pero éste escapó rumbo a Santo Domingo, donde había servido como contador real. Allí trató de organizar y financiar otra expedición a Nicaragua. Mientras tanto,

Pedrarias Dávila organizó otra para establecer su propia demanda sobre la región, expedición que estuvo bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, quien salió de Panamá a fines de 1523 con destino al Golfo de Nicoya.

A diferencia de las expediciones anteriores, que eran motivadas por razones de reconocimiento, la búsqueda de oro y, por último, «la salvación de las almas», la de Hernández de Córdoba fue la primera que intentó establecer asentamientos españoles, cambio que indica que los invasores llegaban para permanecer en el nuevo territorio. Al llegar a Nicoya, Hernández de Córdoba fundó Villa Bruselas en la franja oriental del golfo, en un punto «a escasas leguas de yacimientos auríferos situados en las faldas de las minas de Abangares»². Antes de continuar su viaje hacia Nicaragua, dejó a su lugarteniente Andrés Garabito al mando de la pequeña guarnición. Desde Villa Bruselas, Garabito hizo una entrada al territorio huétar, «cerca del río Turrubares en la región del Pacífico central de Costa Rica»³. La incursión de Garabito fue la única en aquella zona hasta los años 1560. Durante las cuatro décadas intermedias, los españoles ignoraron Costa Rica, dedicando sus esfuerzos a las zonas centroamericanas de mayores concentraciones de población y recursos naturales, especialmente en metales preciosos. Debido a esto, el interés se centró en Nicaragua. Este respiro permitió que la región del Pacífico costarricense no sufriera los efectos de las primeras oleadas de la invasión europea, con su caudal de esclavitud y muerte.

Al igual que Gil González, Hernández de Córdoba marchó con su ejército hacia tierra nicaragüense. Pero, a diferencia de su predecesor, siguió fundando asentamientos españoles: Granada en las orillas del lago de Nicaragua y León cerca del lago de Managua (antes Xolotlán), asegurando así una presencia permanente en Nicaragua. El ejército de Hernández de Córdoba no fue recibido en forma pacífica, y los invasores consideraron necesario construir fortificaciones en los asentamientos de Granada y de León. Compuesta de población sedentaria, la conquista de Nicaragua, en la región del Pacífico, fue «relativamente fácil», sobre todo en comparación con los frustrados intentos por conquistar el oriente y el altiplano central de Nicaragua, donde a partir de la década de 1520 los indios «continuamente atacaban los centros mineros, primero, de Santa María de Buena Esperanza y, más tarde, los de Nueva Segovia»⁴ (Figura 1.2).

Al establecer asentamientos urbanos españoles (algunos permanentes, otros trasladados o abandonados) con sus cabildos, para administrar sus respectivas comarcas en Nicaragua y Nicoya, Hernández de Córdoba efectuó los primeros repartimientos de encomiendas de indios entre líderes y soldados de su ejército. Simultáneamente, los españoles comenzaron a explotar oro y a esclavizar grandes cantidades de indí-



1.2. BAILE DE INDÍGENAS NICARAGÜENSES SEGÚN DIEGO GUTIÉRREZ, 1545.

genas, que fueron exportados a otras regiones, por millares. Estas actividades tuvieron rápidamente consecuencias graves para la población indígena.

Honduras

La conquista de Centroamérica es un episodio confuso y complicado debido a la cantidad de invasiones por diversos puntos, donde destaca principalmente el caso de Honduras. En este territorio confluyeron y lucharon entre sí conquistadores procedentes de Nicaragua, México, Guatemala y Santo Domingo. Por la costa del Pacífico, se recordará que Andrés Niño llegó al Golfo de Fonseca en 1522. Gil González, quien se refugió en Santo Domingo para escapar de Pedrarias Dávila, organizó desde allí otra expedición de conquista y arribó a principios de 1524 a la costa norte de Honduras, en un intento por apoderarse de Nicaragua.

Otros españoles arribaron en el mismo año, tanto para dominar el

territorio como para buscar una ruta fluvial entre el Atlántico y el Pacífico. Así, desde México, Hernán Cortés envió a su capitán Cristóbal de Olid; pero éste, ambicioso, decidió tomar Honduras para sí mismo. Enterado de la actitud de Olid, pensando proteger sus intereses, Cortés manda en seguida a otro capitán, a Francisco de las Casas y, en 1525, Cortés mismo llega por tierra a Honduras. En la búsqueda de una salida al Caribe, desde Nicaragua, Hernández de Córdoba envía a Hernando de Soto «a explorar en dirección noroeste, la ruta natural más apta hacia el Caribe»⁵. Pero en la región de Olancho, en Honduras, se enfrentaron a las fuerzas de Gil González y luego se retiraron: Hernando de Soto hacia Nicaragua y Gil González en dirección al Golfo de Honduras. La lucha por el control de Honduras continuó mientras tanto entre las fuerzas opuestas enviadas por Cortés y las de Gil González.

Con la llegada de Cortés, con ciento cuarenta españoles y tres mil aliados mexicanos, a Honduras, después de una larga y durísima marcha desde el Golfo de México, la caótica situación entre los grupos rivales comenzó a calmarse. Cortés enfermó de una fiebre tropical e, inseguro de su posición en México, debido a su larga ausencia, se hace a la mar hacia la Nueva España, después de nombrar a un fiel pariente, Hernando de Saavedra (o Quesada Saavedra) como su lugarteniente en Honduras.

La conquista de Honduras, aplazada por los conflictos entre los grupos conquistadores, comenzó a concretarse, bajo Quesada Saavedra, después de la intervención de Cortés, en 1530. Cabe destacar la participación especialmente brutal de Pedro de Alvarado y sus auxiliares maya guatemaltecos en la región occidental. Francisco de Montejo continuó la conquista hacia finales de la década, con campañas más exitosas en esa región arrasada por Alvarado, así como en la parte central. En el siglo XVI, como en el resto del período de dominación colonial, los españoles nunca lograron conquistar la parte oriental de la provincia.

Simultáneamente con la Conquista se fundaron pequeños e inestables asentamientos urbanos y se repartió en encomienda a los relativamente pocos indios sobrevivientes. Entre las repetidas e inconclusas campañas de conquista, los españoles esclavizaron a grandes cantidades de indios, a quienes explotaron en las minas y exportaron a otros lugares. Esta política inmoderada, y los conflictos fronterizos entre los gobernantes españoles de Honduras y Nicaragua, trajo como resultado una serie de rebeliones indígenas, desde el inicio de la Conquista hasta 1546.

La conquista desde México (Guatemala)

La conquista de Guatemala y El Salvador, en contraste con la región suroriental centroamericana, no presenta confusión ni involucra tal cantidad de actores; fue relativamente rápida, aunque sí hubo resistencia en la zona cakchiquel hasta 1530.

El contacto de Cortés con los cakchiqueles y los quichés se inició poco después de la derrota de los aztecas. El conquistador había tenido noticias de las ricas tierras más allá de las fronteras bajo control azteca y quiso extender su dominio. Casi simultáneamente, hacia 1522, después de saber de la caída de los aztecas, los dos grupos mayas, en un esfuerzo por retardar o evitar los acontecimientos, mandaron representantes ante Cortés declarando ser favorables al rey español. Los delegados fueron bien recibidos por Cortés, y luego regresaron a Guatemala con regalos para sus líderes.

A pesar de esas negociaciones, en una carta al Rey, Cortés informó que los indígenas de Guatemala hostigaban a sus aliados indios de Soconusco. Los cakchiqueles negaron esto, descargando la culpa en otros. Sin embargo, molesto por estos informes, y decidido a expandir su dominio hacia el sur, Cortés envió, por tierra a Guatemala, a su capitán Pedro de Alvarado, vía la costa del Pacífico. Al mismo tiempo, mandó a Cristóbal de Olid, por ruta marítima, a la región de Honduras; éste como se recordará, lo traicionó. Alvarado no fue desleal, pero era un personaje problemático por su desmedida ambición y pasión por la conquista de tierras desconocidas.

Antes de iniciar la conquista de Guatemala, Pedro de Alvarado estuvo en Soconusco, donde tuvo comunicación con mensajeros cakchiqueles que llegaron con «proposiciones de paz». La respuesta de Alvarado fue una propuesta de alianza con el rey cakchiquel Belehé Qat, quien la aceptó y envió cinco mil esclavos a Soconusco, cargados con «riquezas de la tierra», por valor de 20.000 pesos. Desconocemos los motivos cakchiqueles para enviar esta impresionante cantidad de regalos. ¿Acaso se trataba de una especie de soborno o tributo para que los intrusos los dejaran en paz, sin trastornar su mundo? ¿O es que los líderes cakchiqueles buscaban un aliado poderoso en su continua lucha contra sus enemigos quichés? Tal vez nunca sepamos la verdad, pero es necesario tomar en cuenta estas y otras hipótesis. Pero sí es seguro que Alvarado tuvo más interés en Guatemala después de recibir dicho botín. Impresionado por las «muestras de buena voluntad y opulencia» cakchiquel, Alvarado regresó a México, a preparar su ejército para la invasión de Guatemala.

Alvarado y un ejército de ciento veinte soldados de caballería, trescientos de infantería, donde se incluían ciento treinta ballesteros y arcabuceros, varios cientos de aliados mexicanos de Cholula y Tlaxcala

y cuatro piezas de artillería, bastante pólvora y balas, salieron de México el 6 de diciembre de 1523. Entre los españoles venían tres hermanos de Alvarado: Jorge, Gonzalo y Gómez de Alvarado, sus primos Hernando y Diego de Alvarado y su brazo derecho, don Pedro Portocarrero. Este círculo de hombres de confianza, especialmente Jorge de Alvarado, desempeñaría un papel importante en las primeras dos décadas inestables del dominio español en Guatemala.

La conquista de Guatemala se inició con la entrada de Pedro de Alvarado y su ejército español-mexicano en territorio guatemalteco, en febrero de 1524. Llevaba órdenes de verificar las noticias sobre la existencia de: «muchas y muy ricas y extrañas tierras y de muchas y muy diferentes gentes»⁶. A su paso por la costa del Pacífico no encontró casi ninguna resistencia. Después de subir con dificultad la empinada cuesta cerca de Santa María de Jesús, «tan agro que apenas podíamos subir los caballos», las fuerzas españolas entraron finalmente al altiplano de Guatemala donde encontraron una oposición tenaz⁷. El enfrentamiento más decisivo tuvo lugar a principios de 1524, cuando los invasores tuvieron que lidiar con los guerreros de la nación Quiché, en la llanura donde está situada actualmente la ciudad de Quezaltenango (Xelaju).

Los quichés, inútilmente, habían intentado forjar una alianza con los cakchiqueles y los zutujiles para presentar una oposición unida a los españoles. La negativa de los dos antiguos enemigos significó que tuvieran que enfrentar a los invasores con un ejército formado sólo por su propia gente. A pesar del rechazo de la alianza, los quichés tenían una ventaja numérica considerable, pero la combinación de tácticas astutas y un aparato militar superior dio una victoria tajante a los españoles. El impacto físico y psicológico que tuvo la caballería, en un pueblo que nunca había visto en acción un caballo y su jinete, fue tan arrollador como la superioridad del acero y las armas de fuego contra el arco y la flecha. Después de una larga y sangrienta batalla, en la que se dice que el propio Alvarado mató al príncipe quiché Tecún Umán en un combate cuerpo a cuerpo, los quichés se rindieron (Figura 1.3).

Los quichés, luego de deponer las armas, invitaron a los españoles a su capital, Gumarcah, supuestamente para discutir los términos de la rendición. En Gumarcah, llamada Utatlán por los indígenas mexicanos y conquistadores, los quichés hicieron un último y desesperado esfuerzo por evitar la derrota. Se maquinó una conspiración, en la que los españoles serían atraídos a los confines de la capital. Una vez ahí, se destruiría la calzada artificial que formaba la principal vía de acceso a la ciudad, atrapando así a Alvarado, a sus soldados y a los tan temidos caballos. Después se quemaría la ciudad con el enemigo adentro: Al entrar en Utatlán, la cual según Alvarado «más parece casa de ladrones que no de pobladores», los españoles presintieron una conspiración y retrocedieron rápidamente hacia un lugar seguro. Las sospe-



1.3. BATALLA DE QUEZALTENANGO, LIENZO DE TLAXCALA.

chas del complot quedaron confirmadas cuando los guerreros indígenas que se habían quedado afuera reanudaron las hostilidades. Alvarado ordenó a sus soldados que no tuvieran piedad para con los quichés. El conquistador relata el acto de venganza que tomó: «Determiné de quemar a los señores, los cuales dijeron al tiempo que los quería quemar, como parecerá por sus confesiones, que ellos eran los que me habían mandado dar la guerra y los que la hacían»⁸.

La ciudad y sus gobernantes corrieron la misma suerte. En un estado de confusión total, la nación quiché se derrumbó. Se había cumplido, con una brutalidad legendaria, la primera fase de la conquista española. En ese momento, Alvarado dirigió su atención hacia los cak-

chiqueles, pidiéndoles que vinieran para prestar ayuda a los españoles en contra de los quichés. Anteriormente los cakchiqueles habían jurado lealtad a Cortés, así, el astuto Alvarado tuvo doble motivo para llamarlos: conocer su verdadera intención hacia él y «para atemorizar la tierra». Ambas tácticas ya habían sido utilizadas en la conquista de México, con resultados favorables para los españoles. En esta ocasión los cakchiqueles, enemigos ancestrales de los quichés, respondieron con prontitud al la convocatoria de Alvarado y enviaron dos mil guerreros —Alvarado relata que enviaron cuatro mil— para ayudar a los españoles en el sometimiento del territorio quiché⁹.

En los alrededores de Uatlán el pueblo quiché permanecía en armas, pero en una semana el ejército reforzado de Alvarado venció a los quichés, matando y esclavizando indiscriminadamente. A las autoridades sobrevivientes que prometieron obedecer y pagar el tributo, se les perdonó la vida y se les permitió regresar a sus tierras y casas en las afueras de Uatlán; Alvarado, además, nombró como gobernantes a dos hijos de los señores inmolados en el enfrentamiento. Una fuente documental quiché relata la caída de Uatlán:

En la Cuaresma el capitán Tonatiuh vino a hacer la guerra aquí al Quiché. El pueblo fue quemado, se apoderaron del reino y del tributo. Ya no vinieron los pueblos a pagar tributo a nuestros abuelos y padres al Quiché¹⁰.

En los primeros días de abril de 1524, Alvarado partió de la región quiché hacia Iximché, la capital de sus aliados cakchiqueles, a donde llegó el 12 del mismo mes. Según Alvarado, él y su gente fueron recibidos con cortesía por los reyes cakchiqueles, pero los autores del Memorial de Sololá observaron: «De verdad infundían miedo cuando llegaron. Sus caras eran extrañas. Los Señores los tomaron por dioses»¹¹. Un día después de su arribo a Iximché, Alvarado tuvo una reunión con sus aliados. «Luego preguntó Tunatiuh a los reyes qué enemigos tenían. Los reyes contestaron: —Dos son nuestros enemigos ¡oh Dios! los zutujiles y [los de] Panatacat»¹². Los primeros con su capital, cerca de lo que es hoy Santiago Atitlán, en la orilla meridional del lago de Atitlán; los segundos, los pipiles, de Izquintepec o Escuintla en la actualidad.

Alvarado tenía buenos motivos para querer la conquista de los zutujiles; cuando mandó mensajeros desde Uatlán, solicitando ayuda de los cakchiqueles y zutujiles, los primeros respondieron con el envío de dos mil guerreros, mientras que los segundos mataron a los mensajeros. Los cronistas cakchiqueles informan que Alvarado partió de Iximché, con un ejército compuesto de caballería e infantería española, junto con un grupo numeroso de guerreros cakchiqueles; con una rapidez casi mítica: «El día 7 Camey [18 de abril de 1524] fueron destruidos

los zutujiles por Tunatiuh»¹³. Según Alvarado, los zutujiles se rindieron después de un breve enfrentamiento. El conquistador los describió como un pueblo pacífico; después de su conquista, los castellanos regresaron a Iximché.

Durante su estancia en Iximché, Alvarado fue visitado, a finales de abril, por señores de las provincias de la costa del Pacífico. Vinieron con ofertas de paz y quejas de que los de Izquintepec (Panatacat) y otros señores les habían bloqueado el camino, cuando se dirigían al encuentro con los castellanos. Como respuesta, y con el pretexto que eran enemigos declarados de los señores de Iximché, Alvarado salió el 6 de mayo de 1524 hacia la costa sur, con caballería e infantería española, reforzada por los aliados indígenas. Antes de llegar a Izquintepec, viajaron durante tres días por tierra «despoblada» o abandonada. Después de un ataque inesperado de las fuerzas de Alvarado, los pipiles resistieron por un tiempo y causaron algunas bajas a los agresores; retirándose prudentemente hacia el bosque tropical cercano. Frustrados por la lluvia y el denso bosque, los españoles se contentaron con quemar las casas del pueblo y apresar a algunas mujeres que no habían logrado escapar. Alvarado mandó varios mensajeros para conminar a los que huyeron a que se rindieran, para evitar una mayor destrucción de su tierra. Los izquintepecos capitularon y aceptaron ser vasallos del rey español. Durante unos días de descanso en Izquintepec, Alvarado recibió a representantes de otros pueblos y provincias, quienes llegaron para manifestar sus intenciones pacíficas.

En un período de dos meses Alvarado y sus soldados dominaban ya tres de las regiones mayas más importantes: la del quiché, la cakchiquel y la zutujil, además de los pipiles de Izquintepec y algunos de sus vecinos de la costa del Pacífico, hacia la actual frontera con El Salvador. Pero sería engañoso concluir, por lo dicho, que la conquista de Guatemala fue fácil y rápida. Aun después de estas campañas relámpago quedaron muchos territorios y pueblos por conquistar, especialmente en las regiones periféricas hacia el oriente de Guatemala.

Un caso ilustrativo sobre el carácter tardío de la Conquista y dimensión de la resistencia indígena fue la campaña militar castellana en la sierra de los Cuchumatanes. Brevemente, según el cronista criollo Fuentes y Guzmán, entre 1525 y 1530 los españoles organizaron, en la sierra de los Cuchumatanes, tres campañas dirigidas principalmente contra los mames de Malacatán y Zaculeu, los ixiles de Nebaj y Chajul y el pueblo quiché de Uspantán. Estas operaciones generaron por lo menos siete batallas importantes, además de otras contiendas. Durante un enfrentamiento, entre los españoles y uspantecos, en 1529, los invasores sufrieron una tremenda derrota. Sólo después de una resistencia prolongada, los indígenas de la sierra de los Cuchumatanes se sometieron al dominio de los españoles.

Mientras aún se libraba la lucha maya-española en los Cuchumatanes, los cakchiqueles se rebelaron contra los invasores, por el tratamiento brutal de que eran objeto.

El Salvador

La conquista de El Salvador en su inicio es una fase, o mejor dicho, un episodio de la de Guatemala. Al salir de Izquintepec, rumbo al sureste, en dirección a la costa del Pacífico, Alvarado llevó a cabo una campaña de tierra arrasada, quemando pueblos y esclavizando a la población. Entre los españoles y sus aliados indios, que formaban la gran mayoría de su fuerza armada, el ejército de Alvarado contaba con unos seis mil hombres en dicha campaña (Figura 1.4). Es posible que muchas poblaciones huyeran al recibir noticias de su llegada, tanto por temor, como para evitar ser forzadas a proporcionar alimentos a los invasores.

Cerca de Acajutla, Alvarado y su ejército se enfrentaron con guerreros protegidos con armaduras hechas de algodón. Para aprovechar la mayor movilidad de su caballería en llano abierto, Alvarado fingió una retirada para que los guerreros pipiles lo persiguieran y no pudieran buscar la protección del bosque. La treta resultó exitosa, los guerreros indígenas, con su incómoda y pesada armadura, sufrieron una desastrosa derrota. Pese a ello, los españoles sufrieron muchas bajas, incluyendo al mismo Alvarado, quien fue herido seriamente en una pierna.

Los españoles permanecieron cinco días en Acajutla para recuperarse de las heridas, antes de dirigirse hacia el noreste, al pueblo de Tacuzcalco. Al igual que en Acajutla, los guerreros de este pueblo presentaron resistencia a los invasores. La batalla, que fue dirigida en esta ocasión por los hermanos del herido Pedro de Alvarado, fue también un desastre para los de Tacuzcalco (Figura 1.5). En seguida, el ejército español llegó al pueblo de Miaguaclam (Azacualpa), que ya había sido abandonado por los indios.

De allí marcharon a Atehuan (Ateos), lugar a donde llegaron mensajeros de los señores de Cuscatlán, la capital pipil, ofreciéndose como vasallos del rey español. Sin embargo, cuando los españoles llegaron a la capital, la mayor parte de los habitantes la había abandonado. Alvarado se imaginó que, mientras su ejército preparaba el campamento, los indios que habían permanecido también huirían a los cerros. Como solía hacerlo el mañoso conquistador, omitió ciertos detalles en la descripción de los hechos que hizo a Cortés, los que tal vez explicarían la curiosa reacción de los cuzcatlecos. Según los resultados de una residencia, hecha a Alvarado, sobre su comportamiento durante la conquista, los caciques indígenas salieron a recibirlo en la entrada del



1.4. BATALLA DE ESCUINTLA. LIENZO DE TLAXCALA.



1.5. BATALLA DE TECPÁN-IZALCO. LIENZO DE TLAXCALA.

pueblo, donde colocaron cantidades de comida. Después de estar cómodamente alojados en Cuscatlán, Alvarado mandó a sus soldados que apresaran a tantos indios como fuera posible, incluyendo a los señores, y los herraron a todos como esclavos.

Durante estas primeras irrupciones, Alvarado no encontró nada que se aproximara a las grandes cantidades de oro robadas a los aztecas, o a lo llevado por Gil González y Hernández de Córdoba de Nicaragua. Esta frustración, y la feroz resistencia indígena, hicieron que Alvarado adoptara una actitud aún más cruel, durante la conquista de Cuscatlán. Cuando regresó a la capital cakchiquel, hacia finales de julio de 1524, seguramente mantuvo el mismo comportamiento brutal, con los nativos que le habían ayudado en la conquista del occidente de El Salvador. El resultado fue la rebelión de los cakchiqueles.

La historia de la conquista española de El Salvador, especialmente la del distrito al este del río Lempa, está aún por hacerse. Alvarado regresó a El Salvador en 1525 con otro ejército y fundó el primer asentamiento permanente español, la ciudad de San Salvador. La parte occidental fue gradualmente pacificada, aunque no se venció la última resistencia armada, en la región alrededor de Jicalapa, en el altiplano de la costa del Pacífico, sino hasta 1533.

Después de una incursión de soldados españoles desde Honduras, en 1529 un ejército español penetró al oriente del río Lempa, tras una rebelión de los indígenas del lugar. Un buen indicador de la debilidad española, en la región oriental salvadoreña, es que no se fundó el asentamiento de San Miguel de la Frontera sino hasta el 1530. Como lo indica su nombre, la región oriental salvadoreña se caracterizó como una zona fronteriza en dos sentidos: 1) se encontraba en un área de disputa entre conquistadores procedentes de México y Panamá y; 2) debido a este *status*, el control económico-político no estaba bien definido, dejando a la población indígena con cierta libertad, pero también incertidumbre, presa de distintos intereses. La fundación de San Miguel se efectuó precisamente por fuerzas procedentes de Guatemala, después de haber expulsado a los españoles de Nicaragua, «con el fin de evitar que se repitieran las pretensiones de Pedrarias»¹⁴.

La conquista tardía de Costa Rica

El territorio costarricense no fue conquistado hasta casi medio siglo después. Entre el inicio de la conquista del istmo —a principios de la década de 1520— y la de Costa Rica, habían ocurrido cambios políticos muy importantes, como la promulgación de las Leyes Nuevas para la protección de los indios (1542) y el establecimiento del control real administrativo con la creación de la Audiencia de Los Confines. Los motivos para la conquista de Costa Rica y sus consecuencias fueron los

mismos expuestos, varias décadas atrás, para el resto de Centroamérica. Las dificultades que presentaba la conquista de Costa Rica, especialmente la región atlántica, y la falta de interés de las autoridades españolas, ocupadas en la explotación de los recursos de otras zonas (oro y esclavos en Nicaragua y Honduras y cacao en Soconusco, Guatemala y El Salvador), tuvo como resultado que nadie se preocupara lo suficiente por ocupar tal territorio, sino hasta la década de 1560.

La disminución de los recursos humanos y naturales en Nicaragua, y el temor de que la Audiencia de Panamá se ensanchara hacia territorio costarricense, así como la elevación del corregimiento de Nicoya a Alcaldía Mayor, fueron las condiciones que se presentaron para llevar a cabo la Conquista. En 1560 fue nombrado Juan de Cavallón como gobernador de Nicaragua y alcalde mayor de Nicoya, con la concesión de derechos para conquistar el territorio vecino de Costa Rica.

La conquista de Costa Rica fue concebida como un ataque en dos direcciones: una dirigida hacia la costa atlántica, con la idea de establecer «una cadena de ciudades ofensivas-defensivas, de costa a costa», y la otra partió de Nicoya hacia la zona del Pacífico, la que más tarde sería el centro de Costa Rica. La campaña de la vertiente del Atlántico, a cargo de Estrada Ravago fracasó, mientras que la del Pacífico, bajo el mando de Cavallón, tuvo un éxito limitado.

Es interesante notar la diferencia entre los miembros del ejército de Juan de Cavallón y los de la primera década de la Conquista. En lugar de españoles peninsulares, los soldados de Cavallón eran en su mayoría españoles nacidos en Nicaragua, mestizos, indios nicaragüenses que servían como auxiliares y algunos esclavos negros. Aunque la composición del ejército refleja los cambios socioeconómicos del primer medio siglo de ocupación española, la mayor parte de las estrategias de conquista, utilizadas anteriormente, permanecían vigentes. Al entrar por el oeste al Valle Central, los españoles fundaron el primer asentamiento con el nombre de «Castillo de Garcimuñoz», ya que Cavallón lo concibió como un sitio defensivo, por si eran atacados. Como en el caso de otros centros urbanos, hicieron un plano, repartieron solares y escogieron a los miembros del cabildo. Más que centro urbano civil, Garcimuñoz, sirvió como punto de partida, para entradas de conquista y expediciones en busca de alimentos y mano de obra.

A pesar de la superioridad militar de los españoles, resultó difícil vencer la feroz resistencia de los indios de Costa Rica. A principios de la década de 1560, Cavallón tuvo encarcelados a dos caciques en Garcimuñoz y, a cambio de su bienestar, exigió la entrega de maíz y mano de obra para los vecinos-soldados. Pero, cuando los prisioneros lograron escapar, el asentamiento sufrió carencia de comestibles y brazos, extendiéndose la revuelta indígena por toda la región. En ese momento crítico, Cavallón «fue salvado de su estrecha situación», cuando la Au-

diencia de Guatemala lo nombró fiscal ¹⁵, y fue relevado de su cargo por Estrada Ravago, encargado anteriormente de la conquista de la vertiente atlántica, quien tuvo el dudoso honor de tomar el mando. Cavallón apenas salió con vida de Costa Rica, ya que enfrentó una emboscada indígena en la ruta al puerto de Landecho, a la orilla oriental del Golfo de Nicoya.

¿Cómo es que una población relativamente reducida, alrededor de 70.000 en 1569, pudo resistir a las fuerzas españolas, cuando el resto de la vertiente del Pacífico centroamericano se encontraba conquistada y pacificada por lo menos desde hacía dos décadas atrás? Una razón importante fue que los españoles no encontraron oro en la zona del Caribe ni en el interior de Costa Rica y, cuando lo encontraron, no tuvieron capacidad para movilizar la mano de obra indígena para extraerlo. También Cavallón, a pesar de la fuerte resistencia indígena, no tuvo autorización para llevar a cabo una conquista al estilo de Pedro de Alvarado, es decir, «a sangre y fuego», ni para repartir indios en encomienda entre los soldados de su expedición. La ausencia de «estímulos» que habían existido para conquistar otras regiones centroamericanas, en las décadas anteriores a la promulgación de las Leyes Nuevas, más las dificultades para encontrar y explotar yacimientos auríferos, constituyeron obstáculos que, añadidos a la valiente resistencia de la población indígena, prolongaron la conquista de Costa Rica.

Esta situación sólo comenzó a cambiar con el nombramiento de Juan Vázquez de Coronado, para la alcaldía mayor de Nueva Cartago y Costa Rica, en abril de 1562, cargo que asume a finales del mismo año. Con una fuerza combinada, apoyada por refuerzos militares, Vázquez de Coronado logró que le visitaran varios caciques en Garcimuñoz, donde les dio de comer y les hizo regalos de ropa, tijeras, etc. Pudo así informar al Rey, a principios de 1563, que algunas provincias habían sido ya pacificadas. Pero el deseo del nuevo alcalde mayor era conquistar el área del Caribe y encontrar minas de oro, si no podía repartir a los indios en encomienda. Los españoles emplearon el sistema de trueque para conseguir productos que cubrieran ciertas necesidades, pero la mayor parte de los alimentos fue comprada en las distantes regiones de Nicoya y Nicaragua. Con la ayuda de nuevos soldados, alimentos, armas y municiones, Vázquez de Coronado logró enviar expediciones hacia el sur, donde hallaron indios con oro; mientras tanto pacificó la parte oriental del Valle Central y trasladó la población de Garcimuñoz a un lugar más favorable, fundando el asentamiento que denominó Cartago. En otra expedición de 1563, encontraron «muestras de finísimo oro» en los ríos del valle del Duy (Talamanca) y en otras partes de la vertiente del Atlántico. Seguidamente, el conquistador fundó un «registro de minas» y repartió varios yacimientos ricos en oro entre sus soldados ¹⁶.

Como los indígenas continuaban hostiles, en estado de rebelión permanente, y los españoles eran incapaces de alimentarse sin su ayuda, debido a la restricción de repartir indios en encomienda, no sólo no pudieron extraer oro, sino que sufrieron hambre y pensaron en abandonar la tierra. Al igual que otros conquistadores de la década de 1520, Vázquez de Coronado viajó a España, donde consiguió apoyo económico, soldados y el título de Adelantado de Costa Rica. Pero con una diferencia importante: que al nuevo adelantado la Corona le prohibió el repartimiento de indios en encomiendas particulares. Sin embargo, todos los planes se vinieron abajo cuando en octubre de 1563, después de hacerse a la mar en una flota procedente de Sanlúcar de Barrameda, ésta naufragó y Vázquez de Coronado perdió la vida durante la tormenta. La ocupación española de Costa Rica fue débil durante los siguientes tres años, y se vio especialmente amenazada, en 1568, por una sublevación coordinada de los indígenas, con el fin de exterminar a los invasores.

En marzo de 1568 llegó un nuevo gobernador, Perafán de Ribera, con aproximadamente cuarenta soldados y, lo que es más importante, con los mismos poderes que obtuviera su predecesor por parte de la Corona. A diferencia de Vázquez de Coronado, Perafán, una vez llegado a Cartago, no rehusó emplear la violencia para conquistar a los indios rebeldes. A semejanza de Pedro de Alvarado, tuvo como lugartenientes no a sus hermanos, pero sí a dos hijos suyos. También como Alvarado, Perafán era ambicioso y deseaba el enriquecimiento rápido. Pero entre los dos conquistadores había también diferencias: Perafán era hombre de mayor edad y había perdido sus bienes en un ataque de corsarios en Trujillo, Honduras, siendo nombrado gobernador de este territorio en compensación. Aunque no tenía autorización para repartir indios, lo hizo a principios de 1569, cuando, bajo presión continua para que concediera encomiendas, le pareció imprescindible acceder para la sobrevivencia de la colonia. Ésta sí subsistió, pero no gracias a la presencia de Perafán, quien salió en una expedición en busca de oro hacia la región del Caribe sur, que terminó, en 1572, en un fracaso total, tras una serie de emboscadas, muertes y otros desastres.

Finalmente, la pacificación del Valle Central de Costa Rica se efectuó a inicios de 1573 con la llegada de un gobernador interino, Alonso Anguciana de Gamboa. Éste, como sus predecesores, venía ansioso por encontrar oro, pero también con suficiente visión para establecer los principios de una base agrícola. Como lo indica Solórzano, de igual importancia fue el hecho de que «las poblaciones indígenas se han debilitado como consecuencia de más de doce años de constantes guerras de resistencia», lo que facilitó reducir a los indios sobrevivientes en el área central para el beneficio de los vecinos-conquistadores españoles.

Costa Rica fue la última provincia conquistada en Centroamérica

y, en algunos sentidos, la menos satisfactoria y más frustrante para los españoles y criollos. También fue la más trágica para la población indígena, que luchó a intervalos, durante más de medio siglo, antes de ser dominada y casi destruida, al grado de ya no poder recuperarse posteriormente.

LAS CONSECUENCIAS

La imposición de la encomienda

En Centroamérica el repartimiento de indios en encomienda constituyó una parte integral en la conquista y pacificación de cada región. La encomienda fue la concesión de indígenas de un pueblo, grupo de pueblos o micro-región para un individuo: el encomendero, quien sacaba provecho de esto, por medio del tributo en forma de bienes agrícolas, telas, productos exóticos y, más tarde, en dinero y trabajo directo. Con la imposición de las reformas promulgadas en las Leyes Nuevas, hacia finales de la década de 1540, se suprimió la obligación laboral llamada servicio personal. Legalmente, la concesión no implicaba la posesión de las tierras, aunque en número considerable de casos los encomenderos consiguieron usufructo, control *de facto* y aun posesión de tierras dentro de los límites territoriales del pueblo en encomienda. A cambio de recibir el tributo y servicios laborales de los indios, el encomendero estaba obligado a protegerlos e instruirlos en la fe católica, así como a proveer un caballo, armas y servicio militar al Rey. La encomienda fue un intento de reconciliar el deseo de la Corona por cristianizar a los indígenas con los reclamos de los conquistadores por mano de obra.

En las primeras décadas, al inicio de la Conquista, la obligación del encomendero de cristianizar a sus indios tuvo poca importancia, no era protector de «sus» indios, sino más bien su explotador. Esta explotación, y los abusos cometidos por burócratas, mercaderes y sus sirvientes, fue en gran parte causa de la continua resistencia y rebelión de los indígenas durante las primeras décadas de la dominación española. Esto hizo necesarios los servicios de grupos militares para los encomenderos.

Hasta la imposición de ciertas reformas y normas, hacia mediados del siglo XVI. En la concesión y administración de las encomiendas (personal y gubernamental) primó cierta anarquía. Las concesiones fueron ejecutadas por capitanes y conquistadores y, más tarde, por los gobernadores, aunque los títulos tenían que estar aprobados por la

Corona. Después de la aplicación de las Leyes Nuevas por el presidente López de Cerrato, la Audiencia fue el único cuerpo legal autorizado en asignar encomiendas. Como hemos visto en el caso de Costa Rica, el primer repartimiento de 1569 lo realizó en forma ilegal el gobernador Perafán de Rivera, bajo circunstancias críticas para la supervivencia de esta naciente provincia española.

Desde los primeros repartimientos, realizados a mediados de la década de 1520, los encomenderos se sintieron inseguros sobre la duración de su concesión de indios, aunque según la ley les eran adjudicados por una vida. Los que se quedaron en la región, o que persistieron en la lucha por mantener su concesión, la solicitaron a la Corona en perpetuidad para que la pudieran heredar de una generación a otra. En Nicaragua, los que estaban a favor de la encomienda perpetua, usaron como argumento que la medida resultaría en mejor tratamiento para los indios y, a la vez, más españoles se quedarían en la provincia.

En 1536, la Corona concedió a los encomenderos el derecho por dos vidas; así pudieron trasladarlas a sus hijos. Pero con las Leyes Nuevas, la Corona comenzó a contrarrestar la legislación favorable a los encomenderos, al promulgar que todas las encomiendas vacantes pasarían a su poder y que no se harían nuevas concesiones. Las protestas contra las nuevas restricciones reales se generalizaron por todo el imperio español y, en 1545, se tuvo que revocar la partida de la legislación que había abolido la encomienda personal. Unos años después, la Corona declaró que las audiencias podrían repartir las encomiendas vacantes, siempre y cuando se le reservaran los mejores pueblos de indios (aquellos con mayor número de tributarios) y puertos. Como veremos más adelante, esta provisión tendría efecto dos décadas más tarde, en la pacificación de Costa Rica.

En Centroamérica, con la excepción de una breve consideración del caso tardío costarricense, se hace hincapié en la encomienda temprana, es decir, cuando la institución se aplicaba sin mayores normas, con carácter inestable tanto para conquistadores, gobernadores y encomenderos, como para los indios mismos. La concesión de una encomienda no era ninguna garantía de riqueza, ni de estabilidad, para el encomendero que la recibía. Cambiaban, por ejemplo, de manos con frecuencia, debido a relevos en el mando, con la inevitable concesión de pueblos de indios a parientes y amigos del nuevo conquistador o gobernador. Pero el cambio fue también resultado de rebeliones indígenas y su represión por parte de un nuevo conquistador, quien, como recompensa, recibía el pueblo pacificado. Otros encomenderos perdieron a sus indios por abandono, al ir en busca de supuestas mejores oportunidades (como sucedió con los que se trasladaron al Perú) o por causa de muerte. La inestabilidad de la encomienda en las primeras décadas es un indicador de la inconstancia política durante esos años.

Existe la tendencia a estudiar la encomienda temprana con base en la tasación de López de Cerrato, realizada a finales de la década de 1540. Sin embargo, datos descubiertos más recientemente, sobre todo para la provincia de Guatemala, demuestran que la encomienda fue, a pesar de la inestabilidad política señalada, piedra angular en la exitosa pacificación de las primeras décadas. Pero antes de considerar en detalle la encomienda temprana en Guatemala, describiremos los hechos más relevantes sobre ésta, en las otras jurisdicciones centroamericanas.

La encomienda en Nicoya y Nicaragua

Al establecer asentamientos españoles permanentes en Nicaragua y Nicoya, Hernández de Córdoba hizo los primeros repartimientos, de encomiendas de indios, entre jefes y soldados de su expedición. Al pensar solamente en la ganancia del momento y no a largo plazo, los españoles se dedicaron a esclavizar indígenas que exportaron a otros territorios como Panamá.

La historia de la encomienda en Nicaragua durante los primeros años se limita a unos pocos datos sobre los repartimientos de León y Granada, bajo la dirección de Hernández de Córdoba en 1524. Se desconoce la fecha exacta del primer repartimiento alrededor de Villa Bruselas, fundada en 1524 por Hernández de Córdoba, a orillas del Golfo de Nicoya, pero Newson anota que cinco años después había suficientes indígenas en su comarca como para establecer treinta encomiendas pequeñas. Hacia finales de la década de 1520 se habían repartido indios del altiplano central a los vecinos del centro minero de Santa María de Buena Esperanza. Se desconoce la cantidad de comunidades indígenas y cifras de indios tributarios de esa fecha, pero sabemos que unos setenta vecinos eran encomenderos a principios de la década de 1530.

Después de una estancia corta y turbulenta, los españoles abandonaron Buena Esperanza, en 1534, y no lograron establecer otro asentamiento en la región, hasta la fundación de Nueva Segovia, entre 1537 y 1544. Newson informa que no se sabe nada del repartimiento original de Nueva Segovia. En 1548, en la jurisdicción de León, había ciento nueve pueblos y parcialidades repartidos en cincuenta y cinco encomiendas, con una población tributaria de 5.714; mientras que, en la de Granada, había ochenta y seis pueblos (incluyendo siete en encomienda de la Corona) divididos entre cuarenta y tres encomiendas con una población tributaria de 4.969. En el mapa siguiente, E. Newson indica la expansión de la encomienda hasta ca. 1550 en la vertiente del Pacífico de Nicaragua y en Nicoya (Figura 1.6).

Los indios de las primeras encomiendas, en Nicoya y Nicaragua, pagaron en tributo y servicio laboral lo que sus encomenderos les pi-



16. NICARAGUA Y NICOYA. DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LAS ENCOMIENDAS

dieron, incluyendo la entrega de indígenas como esclavos para la minería o para exportarlos. En la década de 1530, la Corona comenzó a preocuparse por el control del tributo y el servicio laboral proveído a los encomenderos, y mandó que se realizaran tasaciones o cuentas oficiales de cada encomienda. Los funcionarios reales se opusieron al nuevo reglamento, argumentando que significaba una baja en los ingresos de los encomenderos y que éstos abandonarían la región. En el caso de Nicaragua no existe registro alguno de dichas tasaciones, pero sí se sabe que los indígenas encomendados pagaban tributo y proporcionaban servicio personal, sin moderación ni control.

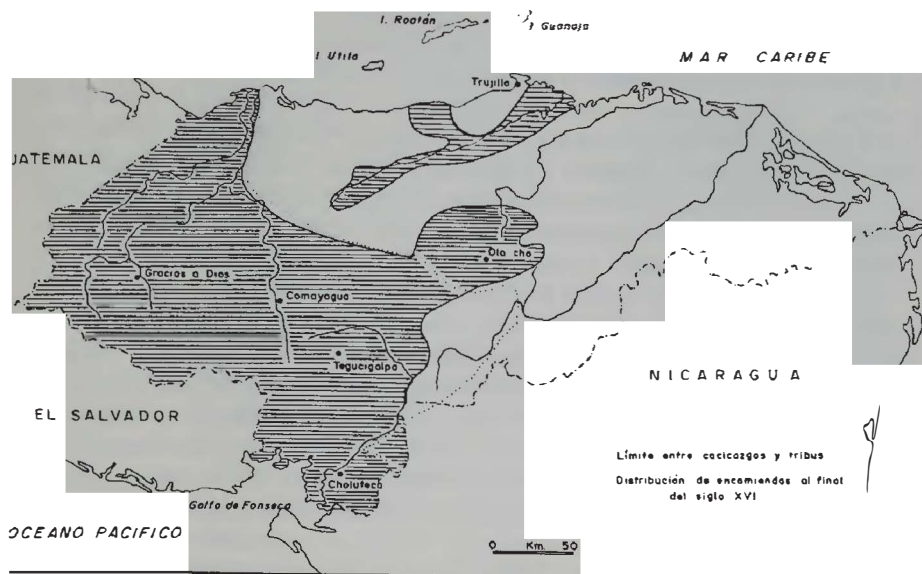
La encomienda en Honduras

No se tiene información sobre el primer repartimiento de indios en encomienda en Honduras, laguna que se debe en gran parte a las pugnas entre las huestes conquistadoras por el control territorial. Suponemos, sin embargo, puesto que conquista y encomienda llegaron al mismo tiempo a cada región, que el primer repartimiento fue entre mediados y finales de la década de 1520, principalmente en la región de Trujillo. A principios de la década de 1530 las encomiendas en la comarca de Trujillo estuvieron aun a punto de fracasar, y muchos españoles pensaron emigrar hacia lugares más prometedores. El gobernador Andrés de Cerezedá había repartido indios en encomienda, en 1534, cuando fundó el asentamiento español de Buena Esperanza. Con la intervención de Pedro de Alvarado en Honduras, en 1536, se anuló el repartimiento de encomiendas de Cerezedá.

Alvarado pacificó la región occidental de la provincia y fundó los pueblos de San Pedro y Gracias a Dios, volviendo a repartir las encomiendas entre los miembros de su hueste. El conquistador de Guatemala asignó un total de treinta y nueve, reservando para su propio uso una de las que contaba con mayor número de tributarios. El repartimiento de indios en la región de Gracias a Dios fue más extenso y confuso, porque varios de los supuestos pueblos, nombrados por Alvarado, resultaron ser nombres de montañas y ríos, en lugar de asentamientos de población. Resultó también que se repartieron pueblos, en encomienda, que aún no habían sido conquistados. El gobernador Francisco de Montejo, en parte basado en los errores de Alvarado y en parte por enemistad con él, anuló estas encomiendas y las repartió entre sus soldados.

Los datos recabados, sobre los primeros repartimientos hondureños, indican que las encomiendas eran pequeñas en cuanto al número de indios tributarios (Figura 1.7). Como se trataba de décadas de desorden político, explotación, violencia generalizada y despoblación, es probable que las encomiendas repartidas durante los años de 1520 y 1530 hayan sido muy reducidas en términos de población tributaria y tributo recaudado. Por ejemplo, en 1540, los catorce o quince encomenderos de Trujillo sólo tuvieron ciento cincuenta indios tributarios en total. En 1542-1543, un oficial español informó que de los seis pueblos fundados en Honduras, cinco tenían entre veinticinco y treinta vecinos cada uno y el otro sólo seis o siete. De un total de ciento cincuenta vecinos, ninguno era rico porque la encomienda más grande tenía menos de cuatrocientos indios, considerándose buenas las que contaban de ciento cincuenta a doscientos indios tributarios.

En 1544-1545, había en la comarca de Gracias a Dios sesenta y cuatro parcialidades y pueblos repartidos en treinta y dos encomiendas



17. HONDURAS. DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS ENCOMIENDAS.

particulares y dos de la Corona, con una población tributaria aproximada de 4.154¹⁷. Según las tasaciones de López de Cerrato en 1549, había cincuenta pueblos y parcialidades en los alrededores de Comayagua, distribuidos en veinticuatro encomiendas particulares y seis más de la Corona. En el caso de cuarenta de ellos, o sea el ochenta por ciento de los pueblos y parcialidades, hay datos que indican una población tributaria de 2.345.

Como en el resto de Centroamérica, los indios encomendados en Honduras recibieron mal trato a manos de sus encomenderos. Además del tributo pagado en productos agrícolas y mantas, la parte más pesada de sus obligaciones lo constituían los servicios laborales, especialmente el servir como *tameme* o cargador. Por ejemplo, en la jurisdicción de Gracias a Dios en 1544, diecinueve de los treinta y dos encomenderos tenían el derecho a utilizar más de cien tamemes de cada una de sus respectivas encomiendas. La única obligación que tenían frente a los tamemes, era darles alimentación.

En las primeras décadas, sin otros medios de transporte adecuado, y con un sistema primitivo de caminos, los tamemes llenaron un importante vacío en la nueva economía colonial y constituyeron una fuente esencial de ingresos para los encomenderos. Cuando ellos mismos no

tenían un uso productivo para los cargadores, los alquilaban a mercaderes y mineros españoles. Aunque la legislación limitó las cargas que debían llevar a una arroba y media (aproximadamente diecisiete kilogramos), frecuentemente fueron cargados con tres y hasta cuatro arrobas. Las grandes distancias a recorrer, desde el altiplano a un puerto costero, implicaban cambios de altitud y clima, maltrato, enfermedades y hasta la muerte. Newson anota que en tales viajes la mitad de los tamemes enviados no regresó, y que por lo menos la tercera parte murió o enfermó durante los mismos.

El trabajo como tamemes era el uso más común que se hacía de los indios encomendados en Honduras, pero muchos de ellos también trabajaron y perecieron en las minas. Solamente en 1539 se informó que la mitad de los indios que trabajaban en las minas murió. En el mismo año se promulgó una legislación que prohibía el empleo de indios en la minería, bajo pena de quitar las encomiendas; pero tal medida no fue garantía alguna para asegurar su cumplimiento. Otra tarea asignada a los indios dados en encomienda era la de proveer servicio doméstico en las casas de sus encomenderos. Aunque esta última obligación era menos perjudicial que la de tameme o minero, redundó, también, en la separación del sirviente de su comunidad y familia y su exposición a vejaciones por parte de sus patrones, dentro de una casa y ambiente extraños.

La encomienda en Guatemala

Hasta hace poco el conocimiento de la encomienda temprana guatemalteca (entre 1524 y finales de la década de 1540) era casi nulo. El punto de partida para la historia de la encomienda eran las tasaciones de 1548-1549, pero últimamente se ha descubierto que existe una riqueza de datos anterior a esa fecha. Abordaremos dichos datos en forma general y, posteriormente, realizaremos un análisis más detallado de la evolución del sistema de encomiendas, antes de la década de 1550, basándonos en el estudio de la encomienda de Huehuetenango.

En los estudios sobre la conquista de Guatemala, se ha destacado primordialmente el papel de Pedro de Alvarado, ignorándose la función desempeñada por otros conquistadores y gobernadores. Últimamente, en torno a la investigación de la encomienda de los primeros años, se ha señalado que si bien Alvarado fue el amo de Guatemala entre 1524 y 1541, estuvo ausente del país durante la mayor parte de ese período. Sin duda, como estrategia básica de pacificación, el propio Alvarado hizo las primeras concesiones de encomiendas en 1524-1525. Como se indica en el Cuadro 1.1 en forma resumida, aunque Alvarado inició el repartimiento de encomiendas, y quitó y volvió a asignar un número importante de pueblos de indios a otros españoles cuando estuvo en el

poder, existieron otros gobernantes, principalmente su hermano Jorge entre 1527 y 1529, que también asignaron, quitaron y reasignaron encomiendas. Es decir, estos conquistadores contribuyeron, asimismo, a la evolución de la naciente encomienda.

Pedro y Jorge de Alvarado fueron los que repartieron mayor cantidad de encomiendas; pero de los dos, el segundo hizo la distribución más grande e importante de Guatemala, en 1528, conocida como el «repartimiento general». Consistió en la concesión de encomiendas a hombres que arribaron con él, y a otros que llegaron anteriormente, a quienes su hermano no había encomendado pueblos. A diferencia de los repartimientos en otras jurisdicciones, y de posteriores hechos en Guatemala, en el «general», de 1528, existen pocos casos de conquistadores que perdieran sus antiguas encomiendas, a consecuencia del nuevo reparto. De estos casos, algunos salieron camino a la provincia de Chiapas, donde Jorge de Alvarado les concedió nuevas encomiendas, mientras que otros se encontraban ausentes durante el «repartimiento general», entre los que estaban los acompañantes de Pedro de Alvarado en su viaje a España.

Hubo grandes diferencias en la política de los dos hermanos. Cuando Pedro de Alvarado retomó el mando en 1530, concedió nuevas encomiendas y realizó gran cantidad de cambios (Cuadro 1.1), casi tan numerosos como los de su hermano. Pero esta vez el propósito no fue fortalecer el control español en Guatemala, sino satisfacer sus necesidades financieras y la de sus hombres, antes de salir en una expedición desastrosa hacia el Perú, así como acomodar un nuevo grupo de hombres recién llegado a Guatemala. Como lo indica el cuadro mencionado, el mando de la colonia cambió de manos diez veces entre mediados de la década de 1520 y principios de la de 1540, demostrando que Guatemala no era más que punto de paso para la mayoría de los españoles que arribaban (Figura 1.8).

En el Mapa se indica la situación geográfica aproximada de ciento tres pueblos concedidos en encomienda. Muchos de ellos más (de cuarenta a cincuenta), repartidos durante esas fechas, no están incluidos debido a la dificultad de localizar su posición geográfica actual, y por no contar con mapas del primer medio siglo de dominación española. A pesar de esta dificultad, su inclusión en el mapa no cambiaría mucho el patrón general de distribución de los pueblos repartidos.

Casi la mitad de ellos se encontraba en el altiplano y en la bocacosta, al oeste y noroeste del lago de Atitlán; mientras que otra agrupación de comunidades se localizaba también en el altiplano y la bocacosta, al este del lago de Atitlán o alrededor y al oeste del lago de Amatitlán. Había otras agrupaciones de pueblos, más reducidas en número, en la parte baja del altiplano suroriental de Guatemala y en el distrito cacaotero de Sonsonate, en lo que hoy día es El Salvador.

Cuadro 1.1

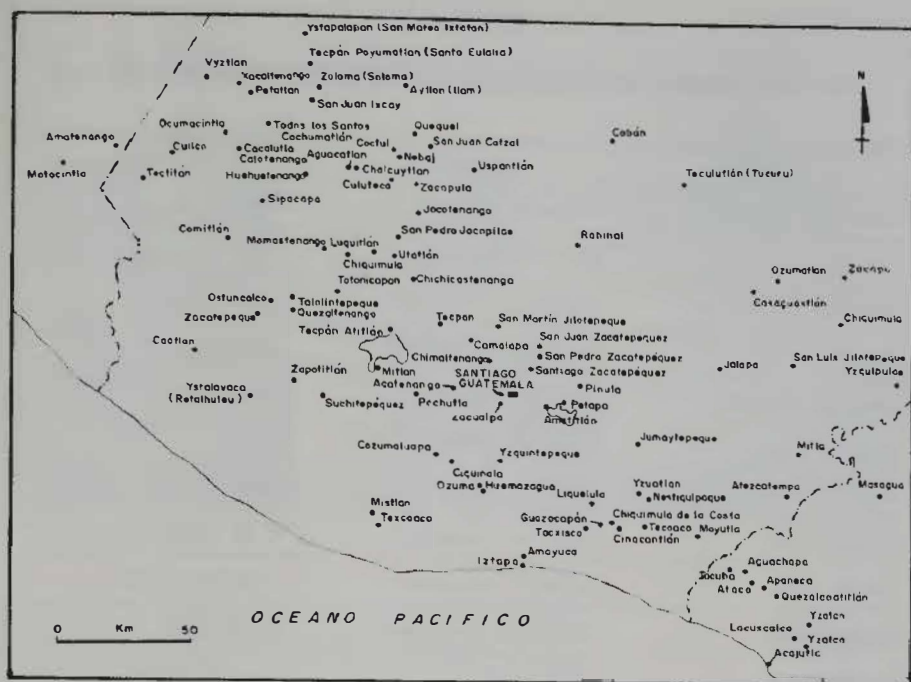
Concesiones de encomienda en la Guatemala colonial temprana, 1524-1548.

Gobernadores, tenientes de gobernadores y gobernadores interinos	Período de ejercicio	Número de encomiendas	Número de encomenderos
Pedro de Alvarado	1524-1526	30	22
Jorge de Alvarado	1527-1529	94	72
Francisco Orduña	1529-1530	11	10
Pedro de Alvarado	1530-1533	90	50
Jorge de Alvarado	1534-1535	8	6
Pedro de Alvarado	1535-1536	19	10
Alonso de Maldonado	1536-1539	12	8
Pedro de Alvarado	1539-1540	7	3
Francisco de la Cueva	1540-1541	14	5
Beatriz de la Cueva	1541		
Obispo Marroquín y Francisco de la Cueva	1541-1542	20	16
Alonso de Maldonado	1542-1548	45	19

Fuente: Kramer (1990)

Esta distribución, en su mayoría en la vertiente del Pacífico, es similar a la mayor parte de encomiendas en la región del Pacífico nica-ragüense y en las partes centro-occidentales de Honduras, un patrón que generalmente prevaleció en las demás regiones centroamericanas. Las tasaciones del presidente López de Cerrato identifican ciento setenta pueblos repartidos entre aproximadamente noventa y tres encomenderos, pero sólo hay datos de población tributaria de ciento treinta y cuatro de ellos, con un total de 23.769 tributarios, cifra muy baja que necesita ser revisada y extrapolada hacia arriba.

Al examinar más de cerca la encomienda guatemalteca temprana (Cuadro 1.2), es decir, a nivel de un pueblo, se nota, en el caso de



1.8. PUEBLOS DE INDIOS REPARTIDOS EN ENCOMIENDAS.

Chichicastenango la misma inestabilidad obvia en el Cuadro 1.1 a nivel provincial. Durante veintitrés años, de 1526 hasta 1549, la encomienda de ese pueblo cambió de manos once veces; dentro de este patrón de inestabilidad, se dan casos de una misma persona recibiendo la concesión dos veces, y el conquistador Gaspar Arias es posible que la haya recibido o reconfirmado tres veces, antes de trasladarla a su hijo en 1549. Hacia finales de la década de 1540, Chichicastenango todavía contaba con aproximadamente cuatrocientos indios tributarios y tuvo un ingreso «muy poco más de 1.000 pesos en cada un año» después de «...gran disminución... a causa de pestilencias y mortandad». Esto demuestra que dos o tres décadas atrás esta comunidad era un premio muy codiciado¹⁸. Aunque disminuido en población y rentas, en las décadas de 1520 y 1530 el control sobre Chichicastenango estuvo en disputa entre varias personas, incluyendo tres gobernantes diferentes, un buen indicador de la importancia de este pueblo quiché.

Otro pueblo de encomienda importante fue Huehuetenango, otorgado a Juan de Espinar por Pedro de Alvarado en el momento de la

Cuadro 1.2

Relación de encomenderos de Chichicastenango, 1526-1549

Encomenderos	Otorgantes	Fechas
Gonzalo de Alvarado	Pedro de Alvarado	antes de agosto, 1526
Jorge de Alvarado	Jorge de Alvarado	después de marzo, 1527
Francisco de Orduña	Francisco de Orduña	Agosto, 1529
Ortega Gómez	Francisco de Orduña	Noviembre 27, 1529
Pedro de Alvarado	Pedro de Alvarado	Abril, 1530
Pedro de Cueto	Pedro de Alvarado	1533
Jorge de Alvarado	Jorge de Alvarado	después de enero, 1533
Gaspar Arias	Jorge de Alvarado	15 de mayo, 1534
Gaspar Arias	Pedro de Alvarado	17 de junio, 1535
Ortega Gómez	Alonso de Maldonado	Marzo, 1537
Gaspar Arias	?	antes de 1540
hijo de Gaspar Arias	Alonso López de Cerrato	6 de mayo, 1549

Fuente: Kramer (1990)

conquista del área mam. Con el tiempo tuvo aún más valor que Chichicastenango, por encontrarse cerca de un río rico en yacimientos auríferos. Por su determinación y voluntad de quedarse en Guatemala para siempre, y el afán de velar por sus propios intereses, Juan de Espinar —sastre de oficio y visto algo de menos por su baja condición social— sólo perdió su encomienda por aproximadamente un año (Cuadro 1.3) a lo largo de una tenencia que duró más de cuarenta años. La razón por la que Espinar pudo conservar Huehuetenango durante tanto tiempo probablemente la expresa mejor él mismo cuando declaró en 1539: «Siempre he estado y residido en esta provincia sin salir de ella»¹⁹. Espinar, a diferencia de otros conquistadores, se asentó en Guatemala con verdaderas intenciones colonizadoras.

Cuadro 1.3

Relación de encomenderos de Huehuetenango y sus sujetos, 1525-1549

Encomenderos	Otorgantes	Fechas
Juan de Espinar (sastre)	Pedro de Alvarado	3 de octubre de 1525
Juan de Espinar	Jorge de Alvarado	26 de marzo de 1528
Francisco Zurrilla (contador)	Pedro de Alvarado	3 de agosto de 1530
Juan de Espinar	Pedro de Alvarado	1531
Juan de Espinar	Alonso López de Cerrato	tasación de 1549

Fuentes: AGI Justicia 1031, *Juan de Espinar con Pedro de Alvarado sobre el pueblo de Huehuetenango, 1537-1540*; AGI Justicia 295, *Residencia de Pedro de Alvarado, 1535*; Kramer (1990).

La encomienda en Huehuetenango: un caso de estudio

El primer registro data del 3 de octubre de 1525, cuando a Juan de Espinar se le concedió Huehuetenango en una cédula de encomienda firmada por Pedro de Alvarado. Como esta fecha coincide con los últimos días del sitio de Zaculeu, es posible que Espinar recibiera Huehuetenango a cambio de su participación en la conquista de los mames. La concesión de Alvarado fue confirmada por su hermano Jorge, en una segunda cédula de encomienda, fechada el 26 de marzo de 1528.

Cuando Francisco de Orduña dirigió la conquista de Uspantán, entre Espinar y el gobernador interino surgieron diferencias que los enemistó, ya que aquél quiso aumentar la población de su encomienda, ordenando a la gente de los pueblos cercanos que quemaran sus hogares y se trasladaran a Huehuetenango. Según parece, convenció a las familias indígenas para que procedieran de esta manera, propagando el rumor de que los españoles al pasar por el área, camino de Uspantán, arrasaban las comunidades nativas. En agosto de 1530, Pedro de Alvarado lo despojó de su encomienda y se la concedió a Francisco de Zurrilla, con quien el Adelantado había hecho un arreglo de beneficio mutuo. Sin embargo, un año más tarde, la Audiencia de México ordenó que se le devolviera Huehuetenango a Espinar, del cual fue encomendero hasta su muerte en 1562.

Espinar era de origen humilde, pero su encomienda estaba entre las mejores, debido en gran parte a su buena suerte de descubrir y explotar —con sus indios de encomienda y cuadrillas de indios esclavos— lavaderos de oro en el río Malacatán, al sur de Huehuetenango. Además de la minería, Espinar tuvo una estancia de puercos, contigua al pueblo de Huehuetenango, a pesar de las prohibiciones reales. Poseyó también el usufructo de otras tierras, con extensión suficiente para el cultivo de grandes cantidades de maíz y frijol, que permitían el aprovisionamiento de sus esclavos y sirvientes, tanto en las minas como en la ciudad de Santiago. El excedente de la producción agrícola la vendía a otros mineros españoles, quienes, igualmente, también explotaban yacimientos auríferos en la región cercana a Huehuetenango. Espinar descubrió, además, unas minas de plata en los cerros, al norte de Chiantla, pueblo que también formaba parte de su encomienda. Así, no sólo fue un encomendero importante (en 1530 su encomienda contó con 3.000-3.500 indios tributarios) que recibía muchos beneficios de sus pobladores, sino también minero y propietario de negocios agrícolas. Aún hacia 1550, cuando su encomienda había disminuido en número de pueblos y tributarios —quedaban sólo quinientos de ellos, o sea entre la sexta y séptima parte de la población de dos décadas anteriores— Huehuetenango se encontraba, en cuanto a población, entre las once más grandes encomiendas, en manos de particulares.

Gracias a un pleito entre Espinar y Pedro de Alvarado, se tienen detalles completos sobre las obligaciones tributarias y laborales de los indios dados en encomienda en los primeros años. En el Cuadro 1.4 se comparan las obligaciones de los indígenas para con sus encomenderos durante el período 1530-1531, cuando a Zurrilla, temporalmente, le concedieron Huehuetenango, y dieciocho años más tarde en 1549. Muchas de las circunstancias habían cambiado entre las dos fechas. Primero, a principios de la década de 1530 la encomienda consistía en la cabecera más, cuatro pueblos pequeños, por lo menos, mientras que en 1549 sólo abarcaba a Huehuetenango y a un pueblo sujeto: Chiantla. Segundo, el número total de tributarios había descendido de 3.000 ó 3.500 a sólo 500. Tercero, con las reformas aplicadas por López de Cerrato y la abolición de la esclavitud indígena, es posible que también se hubieran aliviado en algo las cargas de los indios sobrevivientes de Huehuetenango.

No disponemos de todos los datos sobre la operación de la encomienda para la década de 1530 hasta finales de la de 1540, pero se puede reconstruir su evolución durante esos años intermedios. La pérdida de algunos pueblos sujetos y sus tributarios hacia 1530, con la drástica despoblación y casi completa libertad de los encomenderos para explotar a sus tributarios, tuvo como efecto que los indígenas de la encomienda sufrieran bajo condiciones cada vez más difíciles. Cuando la encomienda estuvo en seria decadencia, Espinar trató de mantener

Cuadro 1.4

Tributo pagado en Huehuetenango en 1530-1531 y en 1549

	1530-1531	1549
Ropa:	800 <i>mantas</i> ¹ 400 <i>masteles</i> ² 400 <i>xicoles</i> ³ 400 <i>huipiles</i> ⁴ 400 <i>naguas</i> ⁵ 400 <i>cultaras</i> ⁶	300 <i>mantas</i>
Productos alimenticios:	Cantidades sin especificar de maíz, frijoles, chile y sal 108-126 jarras grandes de miel ⁷	1 <i>sementera</i> de 15 <i>fanegas</i> (maíz) 1 <i>sementera</i> de 5 <i>fanegas</i> (frijoles) ⁸ 100 <i>cargas</i> de aji 100 <i>panes</i> de sal
Aves de corral:	2.268 <i>gallinas</i> ⁹	12 docenas de <i>gallinas</i> de <i>Castilla</i>
Otros productos:	400 <i>petates</i>	1 <i>sementera</i> de 4 <i>fanegas</i> de algodón ¹⁰
Asignaciones laborales:	40 <i>indios de servicio</i> : hombres indios enviados a la ciudad cada 20 días durante todo el año ¹¹ 120-200 indios de servicio: hombres indios enviados a las minas de oro cada 20 días durante todo el año ¹² 30 <i>indias</i> de servicio: mujeres indias enviadas a las minas de oro para hacer tortillas y preparar alimentos para los obreros indios y los esclavos indios ¹³	6 indios de servicio
Esclavos	80 hombres y 40 mujeres esclavos, tomados de otros pueblos y entregados a Zurrilla en Santiago. Empleados en las minas ¹⁴	

Fuentes: AGI Justicia 1031; AGI Guatemala 128; Kramer (1990); Fowler (1989:159,185); Díaz del Castillo (1962:5); Simeón (1981:765).

¹ Medida de longitud estándar de tela de algodón. La mitad de esta cantidad era pagada durante cada uno de los dos pagos de tributo. Lo mismo se aplicaba en el caso de los masteles, xicoles, huipiles, naguas, cutaras y petates.

² Del náhuatl, *mavilaitl*, que era una clase de taparrabo.

³ Un doblon o chaqueta.

⁴ *Huipiles*.

⁵ Faldas.

⁶ Véase más abajo, en la sección correspondiente a las obligaciones laborales en este mismo cuadro.

⁷ Miel entregada al encomendero en la ciudad por parte de los 40 indios del servicio personal mandados a la ciudad en turnos de 20 días. Los indios portaban seis o siete jarros grandes en cada viaje.

⁸ Probablemente una clase de frijol negro.

⁹ En esta fecha temprana eran probablemente pavas o aves de corral nativas. Cada grupo de 40 indios enviados para trabajar para el encomendero en la ciudad de Santiago (véase más abajo) llevaba 126 de ellas cada 20 días al año, para un total anual de aproximadamente 2.268.

¹⁰ Una plantación de cuatro fanegas, aproximadamente equivalentes a seis bushels, cuya cosecha se entregaría en su totalidad al encomendero.

¹¹ Estos indios llevaban las gallinas (pavas) y la miel mencionadas arriba en forma regular a la casa del encomendero en Santiago. El total de 720 indios daba aproximadamente 14.400 días de trabajo para la construcción de casas, el servicio doméstico y la agricultura dentro de la propiedad del encomendero en el valle de la ciudad. Cada vez que viajaba un grupo de cuarenta personas a la ciudad, ellos proporcionaban y llevaban consigo sus propias provisiones de maíz.

¹² Estos trabajadores acarreaban leña y excavaban la tierra para ayudar en el minado del oro. Cada vez que iban a las minas, llevaban consigo cinco gallinas para el minero, al igual que todo el chile, los frijoles, la sal y el maíz necesarios para alimentarse ellos mismos y los 200 esclavos que Zurrilla empleaba en el minado del oro. Estos 2.160 a 3.600 indios proveían aproximadamente entre 43.200 y 72.000 días de trabajo por año.

¹³ Durante todo un año, aproximadamente 540 mujeres desempeñaban labores de esta índole, generando aproximadamente 10.800 días de trabajo para el encomendero.

¹⁴ Indios recién esclavizados pertenecientes a los pueblos incluidos en la encomienda de Huehuetenango. Aproximadamente 70 indios estaban marcados con hierro. A todos se les llevaba a trabajar en las operaciones del minado del oro, pero la mayoría regresó a sus pueblos, según Zurrilla, cuando perdió la encomienda.

de todos modos su actividad minera, al igual que sus ingresos y *status*, dentro de la sociedad urbana de Santiago; es decir, si el año bajo Zurrilla presentado en el Cuadro 1.4 fue malo para los indígenas, aún más difíciles fueron los siguientes ²⁰.

La encomienda en El Salvador

Hay cierto traslape entre el repartimiento de encomienda en Guatemala y la provincia vecina de El Salvador, especialmente en el caso de Sonsonate. Al igual que Nicaragua, Honduras y Guatemala, el punto de partida para los que estudian la encomienda en El Salvador suelen ser las tasaciones que hizo el presidente López de Cerrato. A principios de la década de 1970, un conocedor de la geografía histórica de El Salvador solo pudo verificar que se hizo «...el primer repartimiento de encomiendas, que finalizó entre 1525 y 1530...» ²¹.

Recientemente ha salido a luz un documento de 1532, conocido ahora, como la Relación Marroquín, que revela con detalle datos sobre unos noventa pueblos de indios de la parte occidental, repartidos aproximadamente en 1527 a los vecinos españoles de la Villa de San Salvador. Lo interesante de las tasaciones es que representan una continuación, casi sin interrupción, de los mismos tributos pagados a los señores naturales antes de la aparición de los españoles. Desafortunadamente, las tasaciones y descripciones sólo han sido analizadas hasta ahora desde una perspectiva etnohistórica, continuando el sistema español de encomienda sin un estudio pormenorizado. Hay información excelente sobre el número de casas en cada pueblo, pero se trata de datos no concretos sobre cantidades de productos e indios para el servicio que se dieron en tributo a sus encomenderos ²².

Se han publicado algunas tasaciones de pueblos salvadoreños y guatemaltecos del año 1538, que especifican cantidades de productos agrícolas y artesanales, pagados con diversos servicios laborales a los encomenderos, pero sin ningún dato poblacional. Como en el caso de la encomienda de Huehuetenango en Guatemala (Cuadro 1.4), se nota que las exigencias a los indígenas eran variadas y numerosas. Teculuzelo, un pueblo de aproximadamente trescientos tributarios a mediados de 1550, situado al suroeste de la Villa de San Salvador, fue tasado en 1538 en favor de Cristóbal de la Cueva y demuestra claramente las extensas obligaciones de los indios a su encomendero:

que le sienbren en cada un año treynta hanegas de mahiz e parte dello le pongan en las minas de metapa y en graçias a dios / y le hagan una sementera de trigo de doze hanegas / y se lo pongan en salvador o en graçias a dios y le hagan una sementera de frisoles de diez hanegas / a los yndios que llevaren el trigo o el mahiz a graçias a dios / e en [las minas de] alax a de dar a cada yndio / para que dexe su casa y haga comida una carga de mahiz an le de dar cada çinquenta días / çiento e çinquenta pares de suelas para alpargates / y çiento e çinquenta pares de cutaras / si su encomendero les diere algodon se lo hilen hasta dozientas arrobas y le den cada año veynte arrobas de çera y treynta arrobas de miel / an le de dar en las minas de metapa veynte e çinco yndios ordinarios de serviçio y en la villa de san salvador seys quando el dicho su encomendero Residiere alli / an le de dar para su comida cada mes veynte abes y veynte codornizes / cada año le den dozientas tablas puestas en la villa / si algunos tamemes se alquilaran daqui a graçias a dios / o a la zibdad de guatemala o en la villa de san salvador / que sea obligado ante todas cosas el terçio / de lo que dieren por llevar la dicha carga / al yndio y sobre esto se le encarga la conçiencia / y quando / fuere menester Repararle su casa / en la villa de San Salvador que se la Reparen / y le den Recaudo y serviçio

para sus ganados en el dicho pueblo y le Reparen las cassas / y corales dellos y le hagan xaquimas / y cabestros e sueltas / para sus caballos y que le hagan una sementera / de axi / entiendese que le an de poner de las treynta hanegas de mayz que en cada un año le an de senbrar / al dicho su encomendero trezientas anegas en las minas de metapa / y dozientas hanegas en las de alax y çien hanegas en la çiudad de graçias a dios esto cada un año y quando el dicho su encomendero Residiere en la villa de San Salvador ansi mesmo le lleven dello mayz para su casa / y que le den por año tres arobas de liquidanbar ²³.

Destacan las complicadas y casi ilimitadas obligaciones de este pueblo, a cumplirse en puntos de las provincias de El Salvador, Honduras y Nicaragua, lugares a donde se extendían los intereses del encomendero como partícipe de su conquista. Los encomenderos, por lo menos en los primeros años, no reconocieron límites jurisdiccionales. Pero no se debe olvidar que Cristóbal de la Cueva fue teniente de Pedro de Alvarado y que, con los demás de esta elite, tuvo mayores privilegios y libertad de explotación que cualquier otro encomendero.

Browning publicó un listado, corregido y aumentado, de todos los pueblos de indios existentes hacia 1550 en El Salvador, enumerando ciento sesenta y ocho con una población tributaria aproximada de 17.500 ²⁴. Según el mapa que hizo para 1550, existen tres grandes concentraciones de pueblos repartidos en encomienda, a saber: Sonsonate en la región suroccidental cacaotera, en la comarca de la Villa de San Salvador (alrededor del lago de Ilopango) en el centro-sur y al norte de la Villa de San Miguel, y en la región nororiental. Los pueblos de indios se encuentran esparcidos por todo el territorio, en forma más uniforme que en las otras jurisdicciones centroamericanas, incluyendo la de Costa Rica, fenómeno condicionado por la existencia de recursos naturales favorables en el territorio hacia la vertiente del Pacífico.

La encomienda en Costa Rica

Al igual que la Conquista, el primer repartimiento de pueblos de indios en encomienda no ocurrió sino hasta 1569; es decir, cuatro décadas más tarde que en el resto del istmo. Debido a los conflictos originados por la encomienda, después de las Leyes Nuevas, la Corona no estuvo dispuesta a permitir nuevos repartimientos. Sin este estímulo de la concesión de encomiendas, la conquista, y pacificación de Costa Rica quedó paralizada durante casi toda la década de 1560.

La historiadora Claudia Quirós se refiere a los acuerdos entre la Corona y el alcalde mayor Juan de Cavallón, a quien le fueron otorgados ciertos «poderes generales», con la excepción de repartir indios en encomienda:

Se establecía que si de buena voluntad aceptaban [los indios] la santa fe católica y la sujeción al rey, serían exentos del pago del tributo por diez años. Nótese cómo el sometimiento de los naturales fue mediatisado con promesas de exención de tributos por un lapso de diez años, que lógicamente no fueron cumplidas, puesto que atentaban contra el objetivo fundamental de la conquista hispana el cual era el trabajo forzado del indio ²⁵.

En lugar de otorgar encomiendas individualmente, como ocurrió en las demás provincias, la ordenanza especificaba «que después de conquistada la jurisdicción, los indios deberían ser inscritos a nombre de la Corona y tasados como tributarios reales, y que de los tributos recaudados se le otorgaría una porción a cada conquistador, según su calidad y servicios» ²⁶. Sin mano de obra forzada, no existía suficiente razón o estímulo para que el conquistador se quedara en Costa Rica. La promesa de yacimientos auríferos tampoco era un aliciente, ya que por varias razones no era posible importar indios mineros de provincias vecinas.

Fue sólo después de años de frustración, que el gobernador Perafán de Ribera decidió hacer el primer repartimiento, a principios de 1569, ante la amenaza que hicieron los españoles de marcharse de la provincia, y la presión del ayuntamiento, así como por concesiones importantes hechas por el guardián del convento franciscano y los funcionarios reales. En un arreglo para ganar el acuerdo con éstos, se decidió que los indios tributarios de «los puertos y cabeceras principales de los pueblos de indios» estuvieran encomendados a la Corona, para pagar ciertos salarios de los funcionarios locales. Otra concesión importante, dados los precedentes conflictivos de la década de 1540, fue la recomendación de que los pueblos repartidos fuesen por dos vidas, es decir, la del primer encomendero y su heredero ²⁷.

Perafán de Ribera, con el acuerdo de todas las autoridades locales, pero en contra de las ordenanzas reales, efectuó el repartimiento de pueblos de la Corona a ochenta y cinco vecinos. La mayoría de los beneficiarios, setenta y seis hombres, recibieron encomiendas en los alrededores de la ciudad de Cartago y los otros nueve en los de la ciudad de Aranjuez, en la banda oriental del Golfo de Nicoya, probablemente en el antiguo sitio de la entonces abandonada Villa Bruselas. En la distribución, se otorgaron ciento seis parcialidades o encomiendas, a ochenta y cinco encomenderos particulares y tres pueblos a la Corona, con un total de 23.875 tributarios. Su distribución geográfica fue así: «De las 109 encomiendas otorgadas, 95 estaban ubicadas en la jurisdicción de Cartago: 31 en el Valle Central, 11 en la vertiente atlántica y Talamanca y 11 en el Pacífico Sur. Las 14 encomiendas restantes estaban en la jurisdicción de Esparza: 8 en el Pacífico Central y 6 en

el Pacífico Norte. De los tres pueblos encomendados a la Corona, Pacaca y Quepo estaban en la jurisdicción de Cartago y Chome en la de Esparza, los cuales sumaban un total de 2.700 tributarios»²⁸.

Entre los beneficiados del repartimiento de 1569, se incluyó a soldados que llegaron con los distintos jefes que intentaron conquistar Costa Rica, comenzando con Cavallón. La mayoría de las encomiendas (sesenta) fueron otorgadas a conquistadores-pobladores, que acompañaron a Cavallón o a Vázquez de Coronado, mientras que los compañeros de Perafán de Ribera recibieron cuarenta y cinco. Seguramente, como en el caso de otros repartimientos centroamericanos, la ocupación o aun la pacificación, de varios de los pueblos otorgados en enero de 1569, no ocurrió sino varios meses después.

Tanto la encomienda de indígenas, como la implantación del catolicismo, fueron claves en la pacificación de Centroamérica. Pero en las primeras décadas parece que la encomienda tuvo mayor impacto que la nueva religión. En esos años de explotación ilimitada, la encomienda sirvió de instrumento eficaz para movilizar los recursos productivos y laborales de los indígenas; en ese contexto fue la esclavitud, a corto plazo, el elemento más remunerador, pero a la vez el más destructivo.

La esclavitud indígena

El tipo de sociedad indígena prehispánica influyó en el patrón de tamaño y distribución de encomiendas. En las sociedades donde los indios estaban acostumbrados a pagar tributo, y habían sido sometidos al trabajo forzoso, se pudo controlar y explotar a grandes poblaciones a través de sus autoridades tradicionales. Así, en aquellos lugares donde sobrevivieron las jerarquías políticas prehispánicas, no fue necesario para los conquistadores establecer medios de control directo como la esclavitud.

En este sentido, las mejores condiciones, para el establecimiento de la encomienda, se dieron en los altiplanos y en la vertiente del Pacífico, donde se concentraban los pequeños estados y cacicazgos, entidades políticas con tradición de sistemas tributarios y de trabajo forzoso. Por contraste, en las regiones surorientales y en las tierras bajas de bosque tropical vivían generalmente grupos que Newson identifica como «esencialmente tribus igualitarias», menos sedentarias y sin un «liderazgo nativo efectivo», y que desconocían los sistemas tributarios y de trabajo forzoso²⁹.

Es difícil definir en qué regiones los españoles esclavizaron más indígenas; pero, en general, se puede proponer la hipótesis de que lo hicieron donde encontraban mayor resistencia, en lugares con sublevaciones frecuentes frente a la opresión española, así como en las zonas

fronterizas, con sociedades indígenas rebeldes al control español, como sucedió especialmente en las regiones orientales centroamericanas, hacia la vertiente del Atlántico. Sin embargo, aun en las áreas de máximo control hispano, los encomenderos tomaron indios de sus propias encomiendas para esclavizarlos, al igual que españoles, sin mayores recursos, organizaron ataques nocturnos en pueblos pacificados, con el fin de capturar indígenas.

La evidencia existente demuestra que la gran mayoría de indígenas esclavos exportados era de origen nicaragüense y hondureño, con otros más, en menor cantidad, de Guatemala. Parece que relativamente pocos fueron de El Salvador, aunque en la caótica década de 1530 hubo por lo menos un saqueo de indígenas de seis encomiendas salvadoreñas, saqueo llevado a cabo por el capitán Martín Estete, enviado por el conquistador Pedrarias. El resultado fue el envío de unos quinientos esclavos a León. Antes de su conquista, los españoles realizaron incursiones y saqueo de indios en Costa Rica, pero su número parece haber sido mínimo en comparación con Nicaragua y Honduras. Las estimaciones más aceptadas sobre el número de esclavos indígenas exportados desde Nicaragua, principal punto de salida de indios esclavos en el istmo, van de 200.000 hasta 500.000. Newson está más de acuerdo con la última cifra y calcula que entre 100.000 y 150.000 habrían sido de origen hondureño.

Durante las primeras décadas, cuando el bienestar y sobrevivencia de la población indígena no preocupaba a nadie, resulta difícil distinguir entre los diversos tipos de explotación. Los límites jurídicos entre la encomienda, el servicio personal y la esclavitud, aunque claros en la legislación, en la práctica eran bastante confusos. Por ejemplo, en un interrogatorio sobre el comportamiento de un encomendero de Huehuetenango (el contador Zurrilla), el testigo Hernando de San Cristóbal relató:

que por un pueblo sujeto de Huehuetenango eran muy bellacos y no querían servir y andaban siempre al monte. Algunas veces los iban a buscar los indios de la cabecera [Huehuetenango] con el español que estaba por calpisque en el pueblo y los sacaban de los montes y los traían presos para los hacer servir y que si los tenía presos en cadenas era por que sirviesen a las minas como servian los otros pueblos...³⁰.

En este caso, no se menciona el término esclavo, pero sí se utiliza varias veces la palabra «servir». Aparentemente se refiere al servicio personal, parte integral del tributo de indios, hasta cerca de 1550; aunque por su resistencia los indios fueron sacados a la fuerza de los montes y llevados presos encadenados, como si de hecho se tratase de esclavos.

Otro ejemplo, que igualmente confunde la distinción entre encomienda y esclavitud, es la información que dio el testigo, Francisco de Huehuetenango, cuando le preguntaron si «[¿]le dieron [al contador] de tributos ciento y cincuenta esclavos machos y hembras?» La respuesta fue:

después que quitaron el dicho pueblo al dicho Juan de Espinar el dicho contador se sirvió del un año y que en el dicho año le dieron de tributo ochenta esclavos hombres y cuarenta mujeres y que los trajeron a esta ciudad [Santiago] y que a que los herraron los sesenta de ellos y que los sesenta no los herraron y que los dichos esclavos los rescataban por los otros pueblos para dar al contador e que así los herrados como los por herrar los llevaron a sacar oro...³¹.

En este caso, al perder la encomienda después de tenerla sólo un año (1531), según el contador Zurrilla, la mayoría de los indios regresaron libres a sus pueblos. El testimonio de Zurrilla indica que a veces la esclavitud no era una condición permanente, es decir, de por vida. Sin embargo, en la gran mayoría de los casos conocidos, la esclavitud indígena, en la Centroamérica española temprana, sí era duradera; al extremo que muchos indios esclavos sólo obtuvieron su libertad con la muerte. En 1537, Juan de Espinar dijo que tenía aproximadamente doscientos cincuenta esclavos de su encomienda; además tuvo otra cuadrilla de cien, de los cuales la mayoría era mixteca (Oaxaca, México). Otros conquistadores y autoridades reales de Guatemala dignos de mención, son Juan Pérez Dardón con ciento siete esclavos y el tesorero Francisco de Castellanos, quien tuvo entre ochenta y cien.

Poco después del regreso de Pedro de Alvarado, en 1530, como gobernador, los cakchiqueles se quejaron de haber sido forzados a proveer grandes cantidades de esclavos, hombres y mujeres, para el lavado del oro; otros fueron igualmente movilizados para la construcción de la ciudad de Santiago. Hasta que fueron emancipados por el presidente López de Cerrato, hacia finales de la década de 1540, las dos actividades principales de los indios esclavos en Guatemala fueron, a saber: el lavado de oro y los servicios que prestaban a sus amos en Santiago y sus alrededores, de lo que justamente se quejaron los cronistas cakchiqueles en el Memorial de Sololá.

De los españoles que utilizaron sus cuadrillas de esclavos en yacimientos auríferos, unos lo hicieron en Guatemala, pero la mayor parte las llevaron a Honduras para la misma actividad, donde los depósitos resultaron más ricos y numerosos. Estas cuadrillas variaban en tamaño: eran de veinte (incluyendo a las mujeres que preparaban la comida) hasta ochenta y cien esclavos. Las de los españoles locales (vecinos de San Pedro) eran las más pequeñas, mientras que las más grandes per-

tenecían a los españoles de Guatemala. En 1537 había en Honduras treinta cuadrillas de éstos —muchas de ellas de funcionarios reales— y otras veinte de vecinos de San Pedro.

La minería era para los indios un trabajo malsano, además de peligroso. A pesar de las prohibiciones contra su utilización en la minería, los españoles de Guatemala y Honduras continuaron con la práctica; sólo en 1539 la mortalidad de esclavos indígenas en las minas de Gracias a Dios alcanzó un 50%, lo que obligó en la década de 1540 a introducir importantes cantidades de esclavos africanos. Más que la legislación restrictiva, lo que influyó en el menor uso de indígenas en la minería fue su desastrosa disminución, lo que motivó efectuar un cambio gradual hacia el empleo de esclavos negros.

Muchos de los esclavos guatemaltecos trabajaban una temporada de ocho o nueve meses en Honduras; temporada que se le llamó la demora y que correspondía al verano guatemalteco, que va desde el primero de octubre hasta el primero de junio. Como sus amos españoles eran vecinos de Santiago, los esclavos regresaban durante el invierno a la ciudad y a las tierras agrícolas de las inmediaciones, conocidas como milpas. En estos asentamientos rurales, más tarde muchos convertidos en pueblos y aldeas de indios, los mineros que regresaban, se juntaron con indígenas esclavos, residentes más permanentes en las milpas. Esta vida migratoria para los indios esclavos-mineros fue un fenómeno anual, común en la época comprendida entre 1530 y 1540.

Fue en las milpas de los alrededores de Santiago donde los españoles utilizaron a sus esclavos indígenas para la siembra de trigo y legumbres, y la crianza de ganado menor y mayor, con el fin de aprovisionar a la ciudad. En Nicaragua no se utilizó abundantemente a los esclavos en el trabajo agrícola ni en quehaceres domésticos, pero ello fue práctica muy común en Guatemala. Es posible que esto tenga que ver con su mayor disponibilidad en esta provincia; los precios de los esclavos eran mucho más bajos en Guatemala que en Nicaragua y México, por ejemplo. Debido a la falta de pueblos indígenas en la cercanía y a la rebelión cakchiquel de la segunda mitad de la década de 1520, cuando los españoles fundaron Santiago, en Almolonga, en 1527, inmediatamente asentaron a sus esclavos indios en las tierras inmediatas, con el fin de cultivarlas.

Al igual que las cuadrillas empleadas en las minas hondureñas, los indígenas, asentados en y cerca de Santiago, eran de diversos orígenes. En documentos posteriores a su emancipación, los indígenas declararon que procedían de variados y diversos pueblos, lejanos y cercanos, lo que en una región como Guatemala, donde se hablaban más de veinte idiomas, implicó que no formaran grupos homogéneos. Además de esta mezcla de pueblos guatemaltecos, entre los esclavos se encontraban varios de origen mixteco (Oaxaca, México) y de otras regiones cen-

troamericanas. Es muy difícil hacer una estimación cuantitativa de la población esclava, en los años entre finales de la década de 1520 y 1540, pero Sherman ha estimado que en el momento de su emancipación había aproximadamente de tres mil a cinco mil esclavos indios, probablemente la mayoría de origen maya, trabajando y asentados en las milpas y casas urbanas de los españoles ³².

Aunque para esas fechas hubieran existido entre tres mil y cinco mil esclavos indios concentrados en Santiago, no sabemos cuántos en total vivieron bajo la esclavitud en las décadas anteriores, ni cuántos murieron antes de la emancipación. Y si la esclavitud indígena en Guatemala significó la muerte de millares de ellos, ¿cuántos más habrán sido en Honduras, Nicaragua y Nicoya? Aun para los sobrevivientes la experiencia fue horrorosa, al haber sido desarraigados de sus familias, pueblos y tierras, sin que en la mayoría de los casos tuvieran la oportunidad de reintegrarse.

Tal vez el peor destino del esclavo fue el ser exportado lejos de su lugar de origen, a las Antillas (como sucedió aun antes de la conquista directa), México, Panamá o al Perú. Por tratarse de una distancia relativamente corta y quizá debido a sus conocimientos del mar y de la navegación, algunos indios, que habían sido llevados como esclavos en 1515, desde la isla de Guanaja hacia Cuba, lograron escapar a su tierra nativa. Este caso es una excepción respecto a la mayoría, cuyo destino fue permanecer en esclavitud, en una tierra distante y extraña, hasta la muerte.

A partir de datos dispersos, podemos comenzar a reconstruir algunos detalles de la diáspora de los indios centroamericanos, desde la década de 1520 hasta el año 1550. Por ejemplo, en las primeras décadas del siglo XVII, algunos descendientes libres, de esclavos maya guatemaltecos, formaron un grupo reconocido en la ciudad de Antequera (Oaxaca, México). Si dicho grupo terminó en Oaxaca, sin duda muchos más fueron exportados a Panamá y al Perú. Algunos tuvieron que acompañar a sus amos españoles, quienes descontentos por las infructuosas oportunidades de enriquecimiento rápido, decidieron buscar fortuna en Panamá y en el imperio incaico. El destino más común del esclavo fue ser vendido y exportado.

Cuando, en busca de fama y fortuna, Pedro de Alvarado partió al Perú en la década de 1530, llevó consigo cuatro mil indios esclavos de Nicaragua y Guatemala. Un estudio cuidadoso de una muestra de documentos peruanos, relacionados con la esclavitud, durante el período comprendido entre 1531 y 1543, sugiere que más de dos terceras partes de indios extranjeros en el Perú eran de origen nicaragüense, «con los demás divididos igualmente entre México y Guatemala» ³³. Finalmente, la evidencia documental de Panamá ³⁴, del siglo XVI, indica que cantidades considerables de indios liberados acabaron en ese lugar,

mas no sabemos si lograron sobrevivir como lo hicieron los indios guatemaltecos en Antequera.

La resistencia indígena

La crueldad y violencia, aplicada por los españoles en contra de la población indígena, sólo exacerbó su espíritu de resistencia a lo largo de la época colonial. Aquí no pretendemos abordar esta resistencia de larga duración, sino la oposición o respuesta de los indígenas a las incursiones de conquista y a la imposición de la encomienda, los sistemas de trabajo forzado y la esclavitud, desde mediados de la década de 1520 hasta 1540.

Aparte de algunos detalles sobre diversas rebeliones, no existe una literatura extensa acerca de la respuesta indígena a la conquista y explotación a que fueron sometidos. Con excepción de algunos casos, como la revuelta dirigida por el cacique Lempira en Honduras, a finales de la década de 1530, el tema de resistencia y rebelión durante la época de la Conquista no ha sido sistemáticamente estudiado. Tampoco existen definiciones precisas de lo que es resistencia y rebelión o revuelta, en el contexto de aquellos años. En un intento inicial, definimos la resistencia como la lucha continua en respuesta a los esfuerzos de conquista, mientras que rebelión, revuelta, o sublevación, son aquellas acciones hostiles, iniciadas por indígenas, después de la primera etapa de Conquista y supuesta pacificación de un territorio y su población. En este caso, la acción no era aislada, sino una respuesta defensiva-ofensiva contra los abusos cometidos por los españoles, en sus múltiples y cambiantes papeles de conquistadores, encomenderos, vecinos-pobladores, mineros, mercaderes y cazadores de esclavos. No pretendemos poder definir las causas de todos los casos de resistencia y rebelión que citamos, pero es importante que el lector tome en cuenta lo complejo del tema bajo estudio.

Con los limitados datos con que contamos, intentaremos examinar los motivos indígenas en estas acciones. Ahora nos interesa más la segunda categoría, la de la rebelión. Sin embargo, como la historia del período de la Conquista está todavía, en muchos casos, por escribirse, frecuentemente es difícil establecer el límite donde termina la Conquista y, por llamarla así, dónde comienza la Postconquista.

Otro factor fundamental es que la esclavitud de los indios, con «variaciones menores», se repite en la conquista de cada región centro-americana, lo que provocó cada vez una reacción bélica por parte de la población nativa. Por eso Conquista, encomienda-esclavitud, esclavitud y resistencia-rebelión están interrelacionados. El historiador William Sherman indica que hay evidencia de que a veces los españoles

provocaron rebeliones, precisamente para poder justificar la esclavitud de los indios ³⁵.

Nicaragua y Nicoya

Por evidencia indirecta, especialmente en el caso de Nicaragua que fue la región donde más se practicó la esclavitud de indígenas, hay que suponer una situación de rebelión a nivel casi endémico desde la década de 1520 hasta principios de la de 1540. El otro componente que incitaba a la rebelión fue la necesidad incesante por parte de los españoles de abastecerse de mano de obra para las minas de oro. El asentamiento español de Santa María de Buena Esperanza, en la región minera de Nueva Segovia, fue abandonado a fines de la década de 1520, después de varios ataques indígenas. Hay muestras de que eran comunes las embestidas en contra de los asentamientos españoles en esa región. Como la Nicaragua hispana de la primera mitad del siglo XVI era una sociedad fronteriza en expansión, existían condiciones continuas para incursiones españolas y, seguramente, el saqueo de esclavos fue una de las causas principales del conflicto español-indígena.

Honduras

En relación con la oposición indígena en Honduras, se menciona siempre el nombre de Lempira, cacique lenca que inspiró y dirigió una rebelión generalizada en la provincia de Cerquín (Higueras), en contra de los invasores. Otro cacique, Tapica, intentó sin éxito una sublevación de aproximadamente cuarenta mil indios en 1530. Pedro de Alvarado logró pacificar el occidente de Honduras y vencer al cacique Coçumba a principios de la década de 1530. Comenzando 1537, en la parte occidental de Higueras, bajo el mando de Montejo, los españoles creían que el cacique Lempira tenía control de cerca de doscientos pueblos y que podía movilizar un ejército de 30.000 guerreros. Parece que la llegada de los invasores europeos hizo posible la unificación de los pueblos que antes eran independientes y estaban frecuentemente en guerra unos contra otros. Lempira incluso intentó atraer a su causa, apelando a los sentimientos de raza y lealtad indígena, a los aliados mexicanos y guatemaltecos, para que se unieran en una guerra en contra de los blancos, pero se mantuvieron firmes al lado de los europeos.

A pesar del rechazo por parte de los indios aliados, la rebelión se extendió y dio aliento a revueltas simultáneas entre los indígenas del valle de Comayagua y de las regiones montañosas de San Pedro. El plan aparente de Lempira era echar a los invasores fuera de Higueras. Mientras que, secretamente, reclutaba apoyo y almacenaba provisiones en su reducto en el Peñol de Cerquín, Lempira ignoró los requerimien-

tos de Montejo de que reconociera el dominio español y aceptara las enseñanzas de la nueva fe católica. Un cronista de la época refirió, desde una perspectiva eurocéntrica y racista del llamado indio manso y respetuoso, que a todos los requerimientos españoles Lempira contestó: «con palabras arrogantes, más que de indio»³⁶.

La rebelión dirigida por Lempira sólo terminó en 1539, con el asesinato del cacique por parte de los españoles, cuando éstos arreglaron una supuesta reunión amigable para atraparlo. Con la muerte de Lempira, el adelantado Montejo logró pacificar las regiones occidentales y centrales hondureñas, antes de concentrar sus esfuerzos en la pacificación del valle de Olancho. Esta última región estuvo en rebelión intermitente hasta mediados de la década de 1540.

En el caso de Nicaragua, las revueltas indígenas eran invariablemente el resultado de la esclavitud, de los abusos a los que eran sometidos en las minas, y el maltrato en general. La aparición, en Honduras, de un líder visionario como Lempira fue un acontecimiento excepcional. Por lo general, los indios simplemente se rebelaron como consecuencia de los excesivos abusos de los conquistadores, con un apetito insaciable por obtener esclavos y oro a cualquier costo.

Guatemala y El Salvador

A diferencia de la resistencia que mostraron desde el principio los quichés, mames y otros grupos, frente a la Conquista, la sublevación cakchiquel fue en respuesta a las arbitrariedades de su supuesto aliado Pedro de Alvarado, a su regreso a la capital cakchiquel el 21 de julio.

Herido, y molesto por la resistencia indígena encontrada en la costa sur de Guatemala y El Salvador, Alvarado desahogó en los cakchiquel todas sus frustraciones, principalmente la de no encontrar grandes riquezas. A los cuatro días de su retorno, las demandas excesivas de oro colmaron la paciencia de los otrora aliados, convirtiéndose en los enemigos más feroces de los españoles, con una sublevación que duró hasta 1530. El 25 de julio, día de Santiago, Alvarado fundó la ciudad de Santiago, en el sitio de Iximché, que no pasó de ser un campamento militar, debido a su abandono por la sublevación los cakchiqueles.

El enfrentamiento entre los dos grupos se describe así, según la versión de los cronistas cakchiqueles:

Luego Tunatiuh les pidió dinero a los reves. Quería que le dieran montones de metal, sus vasijas y coronas. Y como no se las trajesen inmediatamente, Tunatiuh se enojó con los reyes y les dijo: «¿Por qué no me habéis traído el metal? Si no traéis con vosotros todo el dinero de las tribus, os quemaré y os ahorcaré», les dijo a los Señores.

En seguida los sentenció Tunatiuh a pagar mil doscientos pesos de

oro. Los reyes trataron de obtener una rebaja y se echaron a llorar, pero Tunatiuh no consintió y les dijo: «Conseguid el metal y traedlo dentro de cinco días. ¡Ay de vosotros si no lo traéis! ¡Yo conozco mi corazón!» Así les dijo a los Señores.

Habían entregado ya la mitad del dinero a Tunatiuh cuando se presentó un hombre, agente del demonio, quien dijo a los reyes: «Yo soy el rayo. Yo mataré a los castellanos; por el fuego perecerán. Cuando yo toque el tambor salgan [todos] de la ciudad, que se vayan los Señores al otro lado del río. Esto haré el día 7 Ahmak [26 de agosto de 1524]». Así habló aquel demonio a los Señores. Y, efectivamente, los Señores creyeron que debían acatar las órdenes de aquel hombre. Ya se había entregado la mitad del dinero cuando nos escapamos ³⁷.

Precisamente el día 7 Ahmak los habitantes de Iximché se fugaron «a causa del hombre demonio». Los reyes cakchiqueles salieron después. Según la crónica cakchiquel, los reyes dijeron: «Ciertamente morirá al punto Tunatiuh. Ya no hay guerra en el corazón de Tunatiuh, ahora está contento con el metal que se le ha dado».

La respuesta de Alvarado no fue la que esperaron los Señores:

Diez días después que nos fugamos de la ciudad, Tunatiuh comenzó a hacernos la guerra. El día 4 Camey [5 de septiembre de 1524] comenzaron a hacernos sufrir. Nosotros nos dispersamos bajo los árboles, bajo los bejucos ¡oh hijos míos! Todas nuestras tribus entraron en lucha con Tunatiuh. Los castellanos comenzaron en seguida a marcharse, salieron de la ciudad, dejándola desierta ³⁸.

Como se dijo, los cakchiqueles no opusieron resistencia en las primeras etapas de la Conquista; pero, en el año de la sublevación, fueron víctimas de muchos abusos a manos de Tunatiuh. En abril, Alvarado había tomado por la fuerza a la esposa del rey Sinacan, liberándola cuatro meses después a cambio de una hija de los reyes, en un ambiente que cada día era más tenso, con la exigencia de excesivas cantidades de oro y el repartimiento en encomienda de varios pueblos cakchiqueles importantes. Los cakchiqueles no sabían que aquello sólo era el inicio, que lo peor aún estaba por venir. Resentidos por el mal trato personal y el que sufría su pueblo, los reyes indígenas se sublevaron desde sus lugares de refugio, en las montañas. Los cronistas cakchiqueles narran los acontecimientos:

En seguida comenzaron los cakchiqueles a hostilizar a los castellanos. Abrieron pozos y hoyos para los caballos y sembraron estacas agudas para que se mataran. Al mismo tiempo la gente les hacía la guerra. Muchos castellanos perecieron y los caballos murieron en las trampas

para caballos. Murieron también los quichés y los zutujiles; de esta manera fueron destruidos todos los pueblos por los cakchiqueles. Sólo así los dejaron respirar los castellanos, y así también les concedieron [a éstos] una tregua todas las tribus³⁹.

Los autores del Memorial de Sololá no indican la fecha de la tregua. Hay evidencia de una tregua entre las dos etapas de la rebelión, pero no de que fuera como dicen los cronistas. Parece que algunos de los capitanes españoles, mas no Alvarado, lograron sofocar la rebelión que se inició en septiembre de 1524 y que el respiro tuvo lugar en la primera mitad de 1525.

De nuevo surgieron las hostilidades, durante la segunda mitad de 1525. Un cuidadoso estudio de las idas y venidas de Pedro de Alvarado a Guatemala indica que, en más de una ocasión, se llevó con él a la mayor parte de las fuerzas españolas, dejando al territorio, militarmente, en una situación precaria. Aunque existe alguna confusión en las fuentes, parece que, en 1526, ciertos grupos quichés (pero no los de Quezaltenango y Totonicapán) se sublevaron en esta segunda etapa, junto con indios del oriente de Guatemala, de Esquipulas, Acasaguastlán y Chiquimula de la Sierra. El cronista Bernal Díaz del Castillo informó que los pipiles de Cuscatlán estaban en rebelión cuando él regresó de Honduras, por El Salvador, rumbo a Guatemala. Al llegar a Guatemala, los españoles encontraron la mayor parte del territorio en guerra, y el cronista español añade que él y sus compañeros participaron en batallas cerca del lago de Amatitlán, Petapa, el valle del Tuerto (donde hoy día está situada Antigua Guatemala) y en Iximché. Aparentemente, Alvarado intentó en ese entonces entablar comunicación con los reyes cakchiqueles, pero parece que éstos desatendieron sus llamados.

Los detalles sobre la rebelión no son muy precisos; los cronistas cakchiqueles informan que «el día 1 Caok [27 de marzo de 1527] comenzó nuestra matanza por parte de los castellanos. Fueron combatidos por la gente y siguieron haciendo una guerra prolongada. La muerte nos hirió nuevamente, pero ninguno de los pueblos pagaba el tributo»⁴⁰. Se anota que la lucha iba mal para los valientes cakchiqueles, pero que se mantenían resueltos en su determinación. Si ningún pueblo cakchiquel pagó tributo a los encomenderos, esto quiere decir que la rebelión persistió. Durante 1527, un año de guerra continua, bajo el mando de Jorge de Alvarado, los españoles fundaron su capital en las faldas del volcán de Agua, el 22 de noviembre, día de Santa Cecilia. Jorge de Alvarado dedicaba la misma energía a la derrota de los cakchiqueles que a la fundación de la ciudad cerca de Almolonga. Un conquistador explicó, en términos poco claros, que los cakchiqueles lograron resistir a las fuerzas españolas, por tanto tiempo, porque «descu-

brieron los naturales diferentes maneras de defensa para defenderse de la guerra que el dicho señor capitán [Jorge de Alvarado] les hacía»⁴¹.

Aparentemente, la clave para vencer a los cakchiqueles era capturar a los líderes de la rebelión. En 1527, en una fecha desconocida, Jorge de Alvarado descubrió que Sinacan y Sequechul —los líderes más importantes— estaban escondidos en Pochutla, en la bocacosta del actual departamento de Chimaltenango. Los españoles, con gran número de aliados indios, llevaron a cabo una incursión muy difícil y, aunque vencieron a los cakchiqueles en su fortaleza situada en una cumbre, no lograron capturar a los líderes. Jorge de Alvarado los requirió a que se rindieran y sirvieran a los españoles; para engañarlo, los cakchiqueles enviaron a un indio que dijeron era un cacique, pero resultó ser un indio común (macegual). Los verdaderos líderes permanecieron escondidos y fuera del control español, hasta 1530.

A pesar de la resistencia cakchiquel, entre marzo de 1527 y agosto de 1529, Jorge de Alvarado no sólo logró fundar una capital permanente, sino que también extendió el control español en territorio guatemalteco, mediante la conquista y repartimiento de pueblos de indios en encomienda. Los propios cronistas cakchiqueles tuvieron que admitir que «aquí en Tzololá [Sololá], el día 6 Tzii [12 de enero de 1528], fue introducido el tributo». La encomienda de Sololá fue compartida entre Pedro y Jorge de Alvarado, desde 1525-1526 hasta la muerte de Tunatiuh en 1541, pero fue Jorge quien recibió el primer tributo en enero de 1528. Durante los siguientes dos años nuestras fuentes no dan detalles de la revuelta, pero en mayo de 1530, después del regreso de Tunatiuh al mando en Guatemala, los reyes se presentaron ante él, terminando así la resistencia cakchiquel. Como explican los autores del Memorial de Sololá, «cinco años y cuatro meses estuvieron los reyes bajo los árboles, bajo los bejucos... Tunatiuh se llenó de alegría ante los jefes cuando volvió a verles las caras»⁴².

Si ése fue un momento de alegría para Pedro de Alvarado, para los cakchiqueles significó el inicio del largo y duro dominio español. En cuestión de meses, según los cronistas mayas:

...se impusieron terribles tributos. Se tributó oro a Tunatiuh; se le tributaron cuatrocientos hombres y cuatrocientas mujeres para ir a lavar oro. Toda la gente extraña el oro. Se tributaban cuatrocientos hombres y cuatrocientas mujeres para tributar en Pangán [nombre cakchiquel para la ciudad de Santiago] por orden de Tunatiuh en la construcción de la ciudad del Señor.

En lo referente a la suerte corrida por los reyes, la crónica nos informa que, «murió el rey Belehé Qat; murió el día 7 Queh [24 de septiembre de 1532] cuando estaba ocupado en lavar oro», a lo que fue

forzado como cualquier otro esclavo. El 26 de mayo de 1540, varios meses después del regreso del temido Tunatiuh de otra de sus prolongadas ausencias, «fue ahorcado el rey cakchiquel Ahpozotzil Cahí Ymox», prisionero de los españoles desde hacía varios años, junto con el rey quiché Tepepul. Con respecto de ellos, el cabildo de Santiago le propuso a Alvarado dos soluciones: que les llevara fuera de Guatemala en su armada, o que se les ajusticiara, «porque estos indios siempre han sido rebeldes y de su estad[í]a en la tierra se teme que se levantarán y harán algún alzamiento con que la tierra se pierda...». Tratándose de un hombre sangriento, Pedro de Alvarado aparentemente no tuvo problema alguno en escoger la última opción. Otros ahorcamientos siguieron uno tras otro, aun en la ausencia del cruel Tunatiuh⁴³. Pocos meses después de estos actos de violencia, el propio Alvarado murió en una batalla en Nueva España; tal vez, un fin significativo y simbólico de los niveles de violencia aplicados en la conquista de la región noroeste centroamericana.

En contraste con las rebeliones de Lempira en Honduras a finales de la década de 1530 y la de los cakchiqueles entre 1524 y 1530, casi no existe evidencia de rebeliones indígenas en territorio salvadoreño en el mismo período, a excepción de los casos que mencionamos brevemente. Al parecer se registraron más incidentes de rebelión en la parte oriental, al este del río Lempa, región fronteriza e inestable. Desde finales de la década de 1530 hasta 1547, cuando las fuerzas españolas lograron pacificar esta región, hubo rebelión continua. Al igual que Lempira y los reyes cakchiqueles, los indios de esa provincia oriental no fueron vencidos por los conquistadores españoles, sino hasta que fueron expulsados de sus refugios montañosos.

Costa Rica

Para el siglo XVII existe información sobre los esfuerzos emprendidos por conquistar o reconquistar diversas regiones, especialmente las de la vertiente del Atlántico, utilizando la justificación de la «justa guerra como mecanismo para reclutar mano de obra forzada»⁴⁴. Sin embargo, para los años que siguieron al repartimiento de Perafán de Ribera en 1569, no tenemos conocimiento de revueltas indígenas en las regiones pacificadas. Tal vez la distinción entre la Costa Rica pacificada de la década de 1570 y las demás regiones del istmo de los años 1520 y 1530, era que ya se habían impuesto parcialmente las Leyes Nuevas, con la prohibición de la esclavitud de indios. Otra diferencia importante es la situación demográfica, en las dos épocas. Hacia 1520 y 1530, la población indígena todavía parecía numerosa al conquistador español y, por lo tanto, un recurso que se podía despilfarrar sin mayor contemplación. En la Costa Rica de la década de 1570, hubo tal

vez cierto entendimiento (especialmente entre los pobladores que vinieron de Nicaragua) de que la población indígena era un recurso frágil, cuya disminución era grave. Pero, al mismo tiempo, los conquistadores-pobladores nunca desistieron de obtener más mano de obra, aunque ello fuera cada vez más difícil. Como explica Juan Carlos Solórzano:

Los encomenderos de Costa Rica empleaban la mano de obra indígena explotando directamente su fuerza de trabajo en las empresas agroganaderas de su propiedad. Se trataba de verdaderas encomiendas de servicios, por lo que las Leyes Nuevas fueron letra muerta en las décadas de 1580 y 1590 ⁴⁵.

Es muy posible que los períodos de resistencia y rebelión hubieran sido más prolongados y duraderos, de no ser porque el istmo fue arrasado, oleada tras oleada, por enfermedades, epidemias y pandemias, que en pocas décadas diezmaron a la población nativa, dejándola en una condición debilitada y en descenso catastrófico.

Epidemias y muerte: 1520-1582

¡Para morir nacimos!
Memorial de Sololá

Hacia 1520 existían, aproximadamente, cinco millones de indígenas en Centroamérica; sesenta años más tarde la mayoría de ellos había desaparecido. En las páginas que siguen presentaremos una serie de descripciones relativas a esas seis décadas trágicas, las cuales buscan explicar, en términos cualitativos y humanos, cómo pudo ocurrir tan enorme catástrofe demográfica. No se trata de explicaciones científicas, sino de narraciones de personas, tanto indios como españoles, que sólo buscaron entender lo que pasaba, sin saber casi nada de higiene básica, sanidad, mucho menos de epidemiología.

Precisamente, porque observadores como Las Casas vieron «la destrucción» de la población indígena, sin tener el menor conocimiento acerca de microbios, como ahora sí tiene la medicina moderna, buscaron todas las explicaciones en el maltrato físico. En épocas tempranas como 1535, Francisco Sánchez, un oficial real, declaró que una tercera parte de la población indígena de Nicaragua se había perdido, debido al tráfico de indios esclavos. El oficial español no estaba exagerando. Tomando en cuenta lo dicho en torno a la esclavitud, la Conquista y los abusos a que dio lugar la encomienda —como sucedió en la minería—, se puede asegurar que la llamada Leyenda Negra sí fue una realidad para los indios centroamericanos; como lo expresó el fraile dominico Bartolomé de las Casas, al referirse a los excesos de Pedro de

Alvarado, «que sus crueldades hiziesse un gran libro que al mundo espantasse»⁴⁶.

Queriendo explicar la disminución de la población, Las Casas echó toda la culpa a los conquistadores, mientras otros religiosos redujeron el hecho a un «juicio secreto de Dios». Hoy sabemos que la causa radicó no sólo en la masacre y malos tratos, sino también, sobre todo, en la introducción de enfermedades del Viejo Mundo en una población que nunca había tenido contacto con ellas.

La primera enfermedad del Viejo Mundo que llegó a América pudo haber sido la viruela. MacLeod calcula que el impacto de la viruela en la población nativa fue tan devastador como el de la Peste Negra, en la sociedad europea de finales de la Edad Media. Expresado de otra manera, de los que tuvieron contacto con la enfermedad, entre un tercio y la mitad habría perecido. Por el testimonio de Toribio de Benavente, franciscano del siglo XVI (mejor conocido por el nombre de Motolinía), sabemos que la viruela se extendió por el área central de México, sembrando destrucción y muerte. De allí pasó a Guatemala, acompañada tal vez de la plaga pulmonar o tabardillo. A finales de 1520, cuatro años antes de la entrada de Pedro de Alvarado, los indígenas de Guatemala ya se tambaleaban a raíz de su primer encuentro con lo que MacLeod ha llamado acertadamente «las tropas de asalto de la conquista»⁴⁷.

En la crónica cakchiquel, en una partida fechada entre finales de agosto de 1519 y principios de octubre de 1520, se describe a «las tropas de asalto de la conquista» de esta manera:

He aquí que durante el [vigésimo] quinto año apareció la peste ¡oh hijos míos! Primero se enfermaban de tos, padecían de sangre de narices y de mal de orfna. Fue verdaderamente terrible el número de muertes que hubo en esa época. Murió entonces el príncipe Vakaki Ahmak. Poco a poco grandes sombras y completa noche envolvieron a nuestros padres y abuelos y a nosotros también ¡oh hijos míos! cuando reinaba la peste.

Aproximadamente un año después, el 12 de marzo de 1521, los cronistas cakchiqueles informan:

...emprendieron nuestros abuelos la guerra contra Panatacat [Izcuin-tepec, hoy día Escuintla], cuando comenzaba a extenderse la peste. Era terrible en verdad el número de muertes entre la gente. De ninguna manera podía la gente contener la enfermedad.

Después de enumerar a varios parientes y líderes cakchiqueles que

murieron a causa de la epidemia, los cronistas describen la escena de destrucción de la tierra, aproximadamente en abril de 1521:

Grande era la corrupción de los muertos. Después de haber sucumbido nuestros padres y abuelos, la mitad de la gente huyó hacia los campos. Los perros y los buitres devoraban los cadáveres. La mortandad era terrible. Murieron vuestros abuelos y junto con ellos murieron el hijo del rey y sus hermanos y parientes. Así fue como nosotros quedamos huérfanos ¡oh hijos míos! Así quedamos cuando éramos jóvenes. Todos quedamos así. ¡Para morir nacimos!⁴⁸

Aunque la peste fue virulenta en Guatemala, no existen datos de que se extendiera hacia el sur y oriente de Centroamérica. No es sino hasta en un informe de 1527 cuando se menciona la necesidad de introducir esclavos en Ciudad de Panamá, Nata y el puerto de Honduras, debido a que la viruela había matado a los indios de estas regiones. Newson es de la opinión de que la enfermedad se propagó desde Honduras hacia Nicaragua y luego hasta Panamá. Desafortunadamente no tenemos descripciones tan completas como las del Memorial de Sololá.

Hacia finales de la década de 1520 hay mención de una pandemia de peste neumónica (1529-1531), la cual según MacLeod habría comenzado en Panamá, con brotes en Nicaragua, Honduras y Chiapas, que fue seguida por una hambruna. En Nicaragua, en 1528, hubo una sequía seria y los documentos históricos se refieren a «la hambre del año veinte y ocho». Según el cronista Antonio de Herrera, en marzo de 1531 todavía se habla de una «gran mortandad» en Nicaragua, con síntomas de dolores del costado y de estómago. Es posible que los cakchiqueles, en estado de rebelión hasta mediados de 1530, no tuvieran oportunidad de mencionar dicha pandemia en su crónica o que no la padecieran como la población que radicaba en las provincias al sur y al norte⁴⁹.

Entre 1532 y 1534 hubo otra pandemia, ahora de sarampión, tan grave que el propio Pedro de Alvarado demostró preocupación en una carta que escribió a Carlos V, el 1º de septiembre de 1532:

Solamente me queda de decir que en toda la Nueva España vino una pestilencia por los naturales que dicen sarampión la qual a calado toda la tierra sin dejar cosa ninguna en ella y llegó a esta provincia habrá tres meses y puesto que por mi parte fueron hechas muchas diligencias para que los naturales fueron mejor curados y no se diese lugar a que muriessen en tanta cantidad como en todas las otras partes no pudo tanto preservarse que no haber muerto muchas y haber sido en estas partes muy gran pérdida a si por los muchos que son muertos⁵⁰.

El historiador Antonio de Herrera escribió vivamente sobre la misma pandemia en Honduras y Nicaragua:

Sucedió en este tiempo tan gran pestilencia de Sarampión, en la provincia de Honduras, pegándose de Casa en Casa, i de Pueblo en Pueblo, que murió mucha gente: i aunque la contagión tocó también en los Castellanos... ninguno murió; ...ésta misma enfermedad de Sarampión, Cámaras de sangre, pasó a Nicaragua, i también murieron muchos Indios. Algunos años antes hubo tanta hambre en esta provincia [¿la hambruna de 1528?], de la qual sucedió tan gran mortandad, que muchos Pueblos quedaron asolados, i en partes havía, que no se podía andar por los caminos del mal olor de los muertos, i muchos Indios andaban con Cruces en las manos, pidiendo de comer entre los Castellanos, no pudiendo sustentarse en sus propias Tierras; i desde a dos Años sucedió otra enfermedad mui general de dolor de Costado, i de Estomago, que también se llevó muchos Indios ⁵¹.

MacLeod opina que esta última enfermedad fue la plaga neumónica, pero Newson cree que se trató de la plaga bubónica. Cualquiera que hubiera sido, la mortandad fue muy elevada y arrasó como a la tercera parte de la población indígena en Nicaragua. Según las fuentes indígenas nicaragüenses, la plaga de principios de la década de 1530 —como el sarampión de 1532-1534— les fue desconocida.

La siguiente pandemia que asoló la región, como algunas anteriores, vino de México en la segunda mitad de la década de 1540. Al igual que la de principios de la década de 1530, ésta fue una plaga neumónica, también conocida como gucumatz y/o cocoliztli. Como con las pestes de los años 1530, la mortandad fue muy alta en ciertas regiones, hasta llegar a desaparecer muchas aldeas y pueblos. Al escribir al rey desde Gracias a Dios, el 31 de diciembre de 1545, la Audiencia expresó su preocupación por la sobrevivencia de los indígenas de su jurisdicción y evaluó las condiciones demográficas antes de que azotara la temida peste:

La pestilencia que ha habido entre los indios en la Nueva España no a llegado por Guatemala y aquí y en Nicaragua plega a dios que no llegue por aca que a morir muchos menos que han muerto en México no quedaría indio por que ay muy pocos así aquí como en Nicaragua aunque en Guatemala más pero muy pocos en comparación de lo de México ⁵².

La Audiencia tuvo razón en cuanto a las graves pérdidas sufridas anteriormente en Honduras y Nicaragua, así como sobre la condición seria —pero menos crítica— que existía en la provincia de Guatemala.

Pero es posible que, debido a su aislamiento, en Gracias a Dios no conocieran los daños devastadores causados por la peste gucumatz. Hay que tomar en cuenta que la destrucción poblacional fue tremenda y que la pandemia duró desde 1545 hasta 1548. Como lo expresó una fuente: «Debe entenderse también de (en) todas estas provincias del reino de Guatemala... hubo grandísimas pestes y mortandades de indios» y «las enfermedades y pestes se extienden a muchísimos pueblos de los más numerosos y famosos se han destruido totalmente»⁵³. Cuando el brote de la peste gucumatz, Gonzalo de Ortiz, encomendero en Guatemala, se lamentó de que «envió Dios tal enfermedad sobre ellos que de quatro partes de indios que avia se llevo las tres» y «a esta causa esta todo perdido lo de México y lo de aquí»⁵⁴.

Los cronistas cakchiqueles no hacen ninguna mención de la peste gucumatz. Newson es de la opinión de que Honduras, al igual que las demás regiones al sur de Guatemala, no sufrieron la plaga neumónica ni el tifus a partir de 1545, ya que ninguna de estas enfermedades puede desarrollarse en climas cálidos. En el futuro, el estudio de la catástrofe demográfica tendrá que hacerse con más detalle, a fin de resolver las diferencias de opinión que existen sobre la propagación geográfica de las pandemias en el siglo XVI.

El Memorial de Sololá no menciona la peste gucumatz, pero sí informa detenidamente del brote de una epidemia, por el mes de abril de 1560, que duró en este pueblo por lo menos hasta mayo de 1562. Dos años más tarde, en 1564, los cronistas cakchiqueles vuelven a informar de otra epidemia de viruela. Entre 1570 y 1573 se repitieron fiebres y pestes desde Soconusco hasta Costa Rica. Seguramente existieron otros brotes en Costa Rica, pero por falta de relatos indígenas y de una presencia española estable en ese territorio los informes no comienzan sino hasta la década de 1570. A principios de tal década, hubo temor en Guatemala de que más enfermedades y muertes afectaran a los indígenas por el «hambre general» causada por la escasez de maíz. Hacia marzo de 1574, los frailes franciscanos avisaron al rey de que «los naturales son cada día menos, los españoles cada día más...»⁵⁵.

Al igual que la gran peste de 1545-1548, la de 1576-1577 está catalogada entre las más graves en la Centroamérica del siglo XVI. Según MacLeod, la pandemia de 1576-1577 fue una combinación de plaga neumónica y viruela. Como en el caso de la peste de la década de 1540, la de los años 1570 causó alta mortandad y destrucción de muchas aldeas y pueblos. MacLeod sugiere que dicha pandemia afectó a toda la región centroamericana, pero Newson —como en el caso del «gucumatz»— no está de acuerdo, pues indica que no hay evidencia de la primera pandemia en Honduras ni en Nicaragua, pero a la vez no hace mención alguna de la de 1576-1577 en tales provincias.

La documentación relativa a esta última pandemia es escasa, para

las provincias del sur, mientras para Guatemala hay datos abundantes. Los cronistas cakchiqueles anotaron que «en el mes de septiembre [1576] hubo una peste de bubas que atacó y mató a la gente. Todos los pueblos sufrieron la enfermedad». Al escribir al rey el 15 de marzo de 1577, el presidente de la Audiencia, Pedro de Villalobos, declaró que «de México vino a esta tierra una pestilencia de viruela y tabardete de que han muerto y de cada día mueren mucha cantidad de yndios en especial niños de poca edad». Una quincena antes, el obispo de Guatemala había escrito una carta al rey, en la cual se quejó también de que «la enfermedad que nro. señor ha permitido por estas partes ha llevado muchos yndios. Creo que no fueran tantos si los corregidores y encomenderos les hubieran acudido como fuera razón» ⁵⁶.

La destrucción de la población indígena fue verdaderamente espantosa. Entre la sociedad española, los clérigos eran los más preocupados y buscaron explicar el hecho, aunque generalmente lo hicieron más recurriendo a la religión que a la ciencia. Concluiremos con los pensamientos del deán de la catedral de Guatemala, Pedro de Liévana, en noviembre de 1582:

...en lo que toca a morirse los indios e ir en disminución son juicios secretos de Dios que los hombres no los alcanzan y lo que este testigo ha visto en el tiempo que ha estado en estas provincias es que desde la provincia de México han venido tres o cuatro pestilencias con las cuales ha venido la tierra en grandísima disminución....

En aquella época, tan desoladora para la población indígena centroamericana, después de más de medio siglo de opresión colonial y muerte inexplicable, tal vez muchos de ellos estuvieron de acuerdo con el lamento que arrancó a los cronistas cakchiqueles la pestilencia de 1520-1521: ¡Para morir nacimos! ⁵⁷.

LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DESPUÉS DE LA CONQUISTA

Pocos investigadores han intentado estimar el monto de la población del istmo en el momento del arribo de los españoles, hacia 1502. Como se ha dicho, la Conquista desde México fue precedida por una terrible enfermedad, presagio del desastre que ocurriría más adelante. Antes de que comenzara la Conquista directa con la propagación de enfermedades epidémicas, los españoles realizaron correrías cuyo objetivo era capturar indígenas de las islas del golfo y, posiblemente, hasta de los poblados situados a lo largo de la costa de Honduras. Esto

se hizo para satisfacer necesidades laborales en las Antillas, especialmente de Cuba, donde los indígenas habían comenzado a desaparecer. Por consiguiente, este primer capítulo de la historia demográfica de Centroamérica comenzó más de una década antes de que los españoles establecieran allí una presencia permanente.

En este apartado se analizarán las características principales de la población de la región que, en tiempos coloniales, correspondía a la jurisdicción de la Audiencia de Guatemala: desde el estado mexicano de Chiapas al norte hasta el límite sur de Costa Rica. Estudiaremos la población nativa en el momento de la Conquista y su posterior disminución, así como la española y la de origen africano, que dio como resultado la formación de una casta, o población mixta; finalmente, nos ocuparemos de las características étnicas de la población del istmo en vísperas de la independencia.

La población indígena al arribo de los españoles

De los especialistas que se han dedicado al estudio de la población indígena en el período del contacto inicial, son los geógrafos, más que los antropólogos e historiadores, los que han propuesto la tesis de una América aborígen densamente poblada, tesis que arranca sobre todo de Karl Sapper (1924) y Carl Sauer (1935). William Denevan (1976) emprendió una síntesis que lo llevó a estimar la población de Centroamérica (incluyendo Panamá) en cerca de 5.650.000 habitantes —es decir, un 10%, más o menos, de la cifra de 57.300.000, calculada para todo el hemisferio. La estimación de Denevan concuerda con la de Sapper (1924): entre cinco y seis millones de habitantes. Estudios regionales posteriores, llevados a cabo hacia fines de la década de 1970 y la de 1980, confirman estas estimaciones. Por lo tanto, podemos considerar que los de Sapper y Denevan, hasta que no se presenten otros datos, son los más confiables, al menos, para Centroamérica.

Sin embargo, este tema siempre despertará el interés y el debate. Entre los que están más de acuerdo con una cifra que con otra, y por ende con un cierto modo de enfocar lo que ocurrió, siempre habrá un detractor, aun entre los geógrafos. Por ejemplo, Felix Webster McBryde (1947) rechazó la estimación de Sapper y apoyó la del antropólogo Alfred Kroeber (1939), para quien la población de México y Centroamérica apenas llegaba a los 3.300.000. McBryde considera que esta estimación es «más moderada y más cuidadosamente estudiada». También aludió al «impacto temporal» de los trastornos provocados por la conquista española. Del mismo modo, estudios recientes mencionados en el Cuadro 1.5, contradicen la evaluación de McBryde, otros (Carmack, 1988; Lovell, 1988) cuestionan su visión sobre la duración de la Conquista.

Para poder comparar la estimación de Denevan con los cálculos regionales, debemos sustraer algunos territorios y añadir otros, para que la región a la que nos vamos a referir concuerde con los límites de la Audiencia de Guatemala. Si sustraemos del total de Denevan el

Cuadro 1.5

Cálculos sobre la población indígena de Centroamérica
en el momento del Primer Contacto
Cifras altas y bajas

País o región	Cifras altas	Cifras bajas
América Central	10,8 a 13,5 millones (Dobyns 1966) 5 a 6 millones (Sapper 1924) 5.650.000 (Denevan 1976)	2.250.000 (Sherman 1979) 800.000 (Rosenblat 1954) 736.000 ¹ (Steward 1949)
Chiapas	275.000 (Gerhard 1979) 200.000 (Wassestrom 1983)	
Soconusco	90.000 (Gasco 1987) 80.000 (Gerhard 1979)	67.000 (Gasco 1987)
Guatemala	2.000.000 (Denevan 1976) 2.000.000 ³ (Lovell, Lutz y Swezey 1984)	315.000 ² (Zamora 1983) 300.000 (Solano 1974)
El Salvador	700-800.000 (Fowler 1988) 500.000 (Daugherty 1969)	116-130.000 (Baron Castro 1942)
Honduras	1.200.000 (Johannessen 1963) 800.000 (Newson 1986) 750.000 ⁵ (Denevan 1976)	100.000 ⁴ (Kroeber 1939)
Nicaragua	1.000.000 (Radell 1976) 1.000.000 (Denevan 1976) 800.000 (Newson 1987)	100.000 ⁶ (Kroeber 1939)
Costa Rica	400.000 (Denevan 1976)	119.400 (Steward 1949)

¹ Esta estimación no incluye Guatemala, pero sí incluye Panamá, al igual que todas las demás estimaciones que se refieren a toda Centroamérica.

² Esta estimación se refiere únicamente al occidente guatemalteco, y específicamente a la jurisdicción colonial conocida por el nombre de alcaldía mayor de Zapotitlán y Suchitepéquez.

³ Esta estimación se refiere solamente al sur de Guatemala: a la zona que corresponde actualmente a la República de Guatemala, excluyendo el departamento del Petén.

⁴ Esta estimación incluye Nicaragua.

⁵ Esta estimación incluye Belice.

⁶ Esta estimación incluye Honduras.

millón de habitantes correspondiente a Panamá, que formaba parte de la Audiencia de la Nueva Granada, queda una cifra de 4.650.000 para Centroamérica. Sin embargo, debemos añadir la población total de Chiapas y Soconusco, regiones que pasaron a formar parte de México a principios del siglo XIX, pero que durante la colonia correspondieron a la Audiencia de Guatemala. Denevan calculó que la población de estas dos regiones llegaba a las 800.000 personas, que, sumadas a nuestro total de 4.650.000, nos deja una población aproximada de 5.450.000 para toda la Audiencia de Guatemala.

La estimación de Denevan concuerda con los cálculos regionales más recientes incluidos en el Cuadro 1.5. Ahora bien, si aceptamos las siguientes cifras: 275.000 para Chiapas propuesta por Peter Gerhard (1979) y sumamos la de 90.000 para Soconusco presentada por Janine Gasco (1987), nos mantenemos fieles a nuestra propia estimación de dos millones para Guatemala (Lovell, Lutz y Swezey, 1984), 750.000 para El Salvador de William Fowler (1988), 800.000 para Honduras y otros 800.000 para Nicaragua —lo cual refleja la cuidadosa contribución de Linda Newson (1986; 1987)—, más la cifra de Denevan para Costa Rica, queda un total de 5.105.000 para la Audiencia de Guatemala. A pesar de que esta estimación es algo más baja que la de Denevan, sigue dentro del marco propuesto por Sapper.

La población indígena después de la Conquista

Los cálculos de población presentados —Sapper, Denevan y los nuestros, entre otros— tienen significado porque conocemos, aunque con datos incompletos y dispersos, en parte las trágicas y perdurables consecuencias de la conquista española sobre la población indígena. La experiencia colonial fue distinta de una región a otra y, tal vez, hasta de un territorio a otro en una misma región. Pero, a pesar de que la generalización es peligrosa, nos permitimos presentar las siguientes conclusiones con alguna seguridad.

La Conquista se dio de modo más violento en las tierras altas y a lo largo del litoral pacífico, con poblaciones indígenas más desarrolladas y avanzadas, vinculadas a las grandes tradiciones culturales de Mesoamérica. En las tierras bajas y cuencas del Atlántico, con población menos sedentaria, influida por costumbres suramericanas, la Conquista fue más prolongada. La supervivencia indígena fue factible en las regiones más avanzadas, lo que también dependía de variables relacionadas con la cultura y el medio ambiente, el tipo de explotación empleado por los españoles y la presencia de enfermedades del Nuevo Mundo. Linda Newson explicó este fenómeno de la siguiente manera: «La supervivencia indígena fue más posible en aquellas sociedades com-

plejas y productivas en las cuales existían pocos recursos que atrajeran a los conquistadores; en las sociedades menos desarrolladas, donde había recursos naturales en abundancia, la supervivencia indígena fue más difícil». A pesar de que esta correlación no es válida para toda la población a lo largo del período colonial, es muy útil tenerla en mente.

El tamaño de la población indígena disminuyó drásticamente durante el siglo y medio posterior a la Conquista, en algunas regiones hasta en un 80 o un 90%, mientras que en otras desapareció por completo. En el Cuadro 1.6 hemos reunido todos los datos demográficos correspondientes a las jurisdicciones que conformaban los límites de la Audiencia de Guatemala durante los tres siglos de dominio hispano, comprobando que no hay patrón universal alguno. Sin embargo, podemos observar que, por lo general, los indígenas del norte y del oeste lograron recuperarse del colapso demográfico, especialmente en Chiapas, las tierras altas de Guatemala y, en menor grado, en El Salvador. Si comparamos estas regiones de paulatina recuperación con lo que ocurrió en el oeste de Nicaragua, la región centro-oeste de Honduras, y Costa Rica, veremos que aquí la característica principal fue el descenso continuo. También se indica, tentativamente, el momento en que la población de cada una de estas regiones llegó a su punto más bajo: Guatemala, El Salvador y Nicaragua en la segunda mitad del siglo XVII; Honduras, Costa Rica y Chiapas a lo largo del siglo XVIII.

En el momento del primer contacto con los españoles, tres millones y medio de habitantes, el 61% de la población total, habitaba el norte y el oeste de Centroamérica; mientras dos millones (39%) vivían en el sur y en el este. En vísperas de la independencia, es decir, tres siglos más tarde, 431.000 aproximadamente (74,3% del número total de indígenas), ocupaban el norte y el oeste del istmo, mientras que sólo 149.000 (25,7% del total) poblaban el sur y el este. Los indígenas sobrevivientes en ese entonces en Chiapas, Guatemala y El Salvador sumaban apenas el 14% del total estimado para el momento del primer contacto, y para la región de Honduras, Nicaragua y Costa Rica era del 8%. Si dejamos de lado las tierras bajas y la zona de la costa, comprobamos que el porcentaje de nativos que sobrevivieron en las tierras altas de la región, especialmente en Guatemala, fue mayor que en cualquier otra parte del istmo. Desafortunadamente, los datos para hacer este cálculo no están disponibles, aunque Solórzano (1985) nos proporciona algunas perspectivas rudimentarias.

A pesar de que existen grandes lagunas, dos temas han sido más estudiados que otros: 1) el comercio de esclavos; 2) la despoblación en Guatemala. El Cuadro 1.7 muestra las diversas estimaciones de cuatro especialistas respecto al impacto del tráfico de esclavos en la población indígena de Nicaragua a principios del siglo XVI. Radell (1976) resume primero las ideas expuestas en su tesis doctoral (1969) y sostiene que en-

Cuadro 1.6

Despoblacion y recuperación de la población indígena de Centroamérica,
1511-1821: cuadro comparativo

Fecha	Chiapas	Soconusco	Guatemala excluyendo el Petén	El Salvador	Honduras	Nicaragua incluyendo Nicoya	Costa Rica
1492							400.000 ¹
1511	275.000 ²	80.000 ¹ 90.000 ⁸					
1519				700— 800.000 ³			
1520			2.000.000 ⁴				
1524				400— 500.000 ³	Total: 800.000 O+C: 600.000 E: 200.000 ⁵	Total: 800.000 Zona Meso: 600.000 Zona Sudam: 200.000 ⁶	
1550	125.100 ¹	7.000 ¹	427.850 ⁴		Total: 132.000 O+C: 32.000 E: 100.000 ⁵		
1555						190.000 ⁶	
1569							69.875 ⁷
1570		4.800 ⁸		70.000 ⁹			
1611	85.000 ¹	6.600 ¹					7.168 + 540 «infie- les» ⁷
1650	70.000 ¹	4.000 ¹		punto más bajo?			
1675- 1699			punto más bajo?				Total: 61.106 ⁶ Zona Meso: 22.263 Zona Sudam: 38.843

Fecha	Chiapas	Soconusco	Guatemala excluyendo el Petén	El Salvador	Honduras	Nicaragua incluyendo Nicoya	Costa Rica
1682						<i>punto más bajo</i>	1.343 ⁷
1700	72.000 ¹	2.700 ¹ <i>punto más bajo</i>			47.544 <i>punto más bajo</i> ⁵		
1750	65.000 ¹	4.650 ¹					
1778				146.700 ⁹			<i>¿punto más bajo?</i>
1796				83.010 ¹⁰			
1797		5.470 ⁸					
1800	53.000 ¹ <i>punto más bajo</i>	4.200 ¹			Total: 62.692 O+C: 32.635 E: 30.057	Total 83.059 ⁶ Zona Meso: 32.246 Zona Sudam: 50.813	menos de 1.000?
1806		5.447 ⁸					
1821	58.000 ¹	4.000 ¹	265.000 (aprox.)	107.750 ¹⁰ 200.000 ⁹			

Fuentes:

¹ Denevan, *Native Population*.² Gerhard, *Southeast Frontier*.³ Fowler, «La población nativa».⁴ Lovell, Lutz y Swezey, «The Indian Population of Southern Guatemala».⁵ Newson, *Cost of Conquest*.⁶ Newson, *Indian Survival*.⁷ Quirós Vargas, *La encomienda en Costa Rica*.⁸ Gasco, *Cacao and Economic Integration*.⁹ Daugherty, *Man-Induced Ecologic Change*.¹⁰ Barón Castro, *La población de El Salvador*.

Cuadro 1.7

El comercio de esclavos en Nicaragua, 1524-1549
Estimaciones altas y bajas

Estimación	Fuente	Tipo de estimación (en términos relativos)
50.000	Sherman (1979)	Baja
200.000	MacLeod (1973)	Media
200.000-500.000	Newson (1987)	Media/Alta
450.000-500.000	Radell (1976)	Alta

tre 1527 y 1548 de 450.000 a 500.000 indígenas fueron llevados de Nicaragua a Panamá y al Perú. Sostiene también que murieron durante el mismo período entre 400.000 y 600.000 como resultado directo de las guerras y de las enfermedades introducidas por los españoles. Esta estimación coincide con la más alta de las cifras propuestas por Newson (200.000 a 500.000), pero contrasta con la de 50.000 de Sherman (1979). MacLeod (1973) apoya la cifra más baja de Newson, aunque la considera algo cautelosa. Newson (1987) sugiere que «la impresión general es que el comercio de esclavos indígenas y las enfermedades fueron de igual importancia, que tanto la primera como la segunda fueron responsables de una tercera parte del descenso. La tercera parte restante puede ser atribuida al maltrato y al trabajo de los indios y al desbaratamiento de las comunidades indígenas como consecuencia de la conquista y colonización españolas». El saber exactamente cuánta pérdida atribuirle a tal o cual factor o a una combinación de factores, no es tarea fácil, pero la proposición de Newson nos parece razonable.

Los Cuadros 1.8 y 1.9 muestran las estadísticas concernientes a la despoblación en Guatemala. De las cinco cifras presentadas en el Cuadro 1.8, las sugeridas por Denevan y por nosotros corresponden a toda o a una gran parte de la región que actualmente constituye la República de Guatemala. Las cifras de Sanders y Murdy (1982) sólo a las tierras altas, mientras las de Zamora (1983) corresponden al occidente. Solano (1974) no indica claramente la región analizada en su trabajo, pero sí incorpora grandes extensiones del país. Por lo tanto, las distintas regiones territoriales estudiadas por cada uno deben ser tomadas en cuenta al hacer comparaciones.

Cabe decir que cuestionamos cuán exactas y completas puedan ser

Cuadro 1.8

Despoblación indígena en Guatemala, siglo XVI

Año	Denevan (1976)	Lovell, Lutz y Swezey (1984)	Sanders y Murdy (1982)	Zamora (1983)	Solano (1974)
h. 1525	2.000.000	2.000.000	500-800.000	315.000	300.000
h. 1550		427.850		121.000	157.000
h. 1575				75.000	148.000
h. 1600				64.000	195.000

las cifras de Solano. Su estimación, en el momento del primer contacto, nos parece demasiado baja, y a pesar de que indica un drástico descenso entre los años 1525 y 1550, la más lenta pero continua despoblación observada por otros especialistas se detiene, según Solano, después de 1575, proponiendo un sorprendente aumento durante el último cuarto del siglo difícil de comprobar. Por otro lado, Zamora demuestra un rápido y prolongado descenso demográfico a lo largo del siglo XVI. A primera vista, su estimación para el momento del primer contacto parece apoyar la de Solano, pero cuando tomamos en cuenta la base espacial de sus cálculos, coincide más con Sanders y Murdy, y hasta con Denevan y nosotros.

Si los factores indeterminados o variables del análisis expuesto en el Cuadro 1.8 complican el problema, el Cuadro 1.9 proporciona un panorama regional más claro. Sigue habiendo muchas lagunas, es cierto, pero podemos hacer ciertas comparaciones entre las dos o más estimaciones que allí presentamos para siete regiones distintas. En el sentido más amplio, y en términos relativos, el noroeste parece haber sufrido un menor descenso demográfico que la Verapaz, el nordeste, el suroeste, Totonicapán o Atitlán. La despoblación parece más marcada en el noreste y en Atitlán: la primera, una región de tierras bajas, la segunda, el territorio que se extiende a lo largo de la costa sur del lago de Atitlán y gran parte del Pacífico, situado a altitudes intermedias por debajo del lago. La región de Atitlán experimentó al máximo la conquista militar española y luego la explotación económica, incluyendo la esclavización de la población, la introducción de la encomienda y el

Cuadro 1.9

Despoblación indígena en el momento del contacto
Guatemala: por región, 1520-1575*

Región	1520	1525	1550	1575
Noroeste ¹	260.000	150.000	73.000	47.000
Verapaz ²	208.000		52.000	
Noreste ³	17.500			524
Suroeste ⁴	33.000		8.250	
Totonicapán ⁵	105.000	75.000		13.250
Centro-sur ⁶ (Quiché)	823.000			
Centro-sur ⁷ (Cakchiquel)	250.000			
Centro-este ⁸ (Pocomam)	58.000			14.500
Centro-este ⁹ (Chorti)	120.000			
Atitlán ¹⁰ (Zutujil)	72.000	48.000	5.600	5.300
Sureste ¹¹ (Pipil)	100.000			

* Estas estimaciones fueron obtenidas o derivadas de la información contenida en las siguientes fuentes:

¹ Lovell (1985:145)

² MacLeod (1973:93)

³ Thompson (1970:48-83)

⁴ Feldman (1980:21, 26)

⁵ Veblen (1977:497)

⁶ Carmack (1968:77) y Veblen (1977:497)

⁷ AGI 128 y Lutz (1982:81-115)

⁸ Miles (1957:765-766)

⁹ Thompson (1970:48-83)

¹⁰ Madigan (1976:176-206) y Orellana (1984:142)

¹¹ Fowler (1989:151)

repartimiento, y las consecuencias destructivas del auge del cacao (Bergmann, 1969). Por otra parte, los contactos directos con el régimen de la Conquista fueron menores en la región más remota del noreste, con la excepción de la expedición de Cortés a Honduras, la cual pasó por esta zona a mediados de la década de 1520. Resulta difícil, en el contexto guatemalteco, imaginar dos regiones más distintas físicamente, dos encuentros coloniales más diferentes, pero, aún así, ambas sufrieron un rápido descenso demográfico.

La situación de los indios en el noroeste fue, tal vez, consecuencia del aislamiento montañoso de la región y su pobreza en recursos naturales, factores que desalentarían a los invasores; pero aun en este caso hay excepciones importantes, debido a las cuales es preferible no generalizar más de lo necesario. Aunque reconocemos que el tema es problemático, el mosaico demográfico reflejado en los estudios regionales mencionados en el Cuadro 1.9 representa, colectivamente, la manera menos arriesgada de obtener una cifra total para el momento del primer contacto, o al menos de percibir lo que ocurrió en cada región en un momento específico.

Africanos, españoles y castas

Hasta ahora hemos analizado la división demográfica que surgió entre el norte y el este de Centroamérica, por un lado, y el sur y el oeste por otro, distribución que se entiende en términos del descenso o desaparición indígena. Con los cambios en el tamaño y la repartición de las poblaciones indígenas, aparecieron en la escena africanos, españoles y gente de ascendencia mixta, estos últimos conocidos como «castas». Si nuestro conocimiento de la demografía indígena de los años posteriores a la Conquista es poco uniforme, lo es menos en lo que respecta a los grupos no indígenas. Aquí estudiaremos, en primer lugar, la situación de aquellos que vinieron contra su voluntad, los esclavos africanos; luego, la de los colonos españoles, y finalmente, la de los descendientes de éstos, o sea, las castas.

Los esclavos africanos

Existen datos demográficos sobre los indígenas porque las leyes coloniales exigían que pagaran tributo a los encomenderos o a la Corona. Asimismo, los importadores de esclavos debían pagar un impuesto sobre cada esclavo introducido oficialmente en las colonias. Sin embargo, éstos también fueron introducidos ilegalmente. Philip Curtin (1969) estimó que unos 21.000 esclavos ingresaron entre 1520 y 1820, cifra que incluye tanto a los legales como a los de contrabando. Esta cifra, que

arroja un promedio de setenta personas por año, oculta tanto como revela. Por ejemplo, pocos esclavos llegaron a la región centroamericana durante los años de la depresión económica a lo largo de casi todo el siglo XVII; esto quiere decir que las importaciones de esclavos fueron mayores durante los siglos XVI y XVIII. Con excepción de ciertas regiones aptas para la producción de azúcar o de otros cultivos de exportación, y de algunos centros urbanos importantes, la presencia de esclavos africanos fue más notable en el sur y en el este de Centroamérica que en el norte y el oeste, es decir, en Chiapas y Guatemala, donde los indígenas continuaron siendo la fuerza demográfica de mayor importancia. Una de las razones del alto mestizaje en las provincias del sur y el este es el hecho de que, más de dos terceras partes de los esclavos, eran hombres que buscaron compañera entre los indígenas y las castas.

Los españoles

La historia del indígena y del esclavo africano nos es mejor conocida que la del colono español. Éste, al igual que el esclavo africano, en su mayoría pertenecía al sexo masculino. Existen listas del número de españoles que residían en los centros urbanos y en toda la región de la Audiencia, especialmente durante los dos primeros siglos de la colonia. Hacia 1570 había, en cifras redondas, unos 2.000 vecinos españoles o cabezas de familia en la Audiencia de Guatemala, cifra que llegó a los 2.800 hacia el año 1620. En el siglo XVI casi todos mantenían una casa en uno de los principales centros urbanos —catorce o quince de las así llamadas «ciudades» en la década de 1570—. Sin embargo, MacLeod señala que durante la depresión del siglo XVII un creciente número de ellos se trasladó a sus labores y estancias del campo.

A medida que emigraban a zonas realmente rurales, distantes de las instituciones urbanas de la cultura hispana y de las presiones sociales ejercidas por los vecinos y la Iglesia, la definición de lo que era un español se volvió cada vez más imprecisa. El «blanqueamiento» de Centroamérica comenzó, tal vez, con las hazañas de Gonzalo Guerrero a principios del siglo XVI. Pero, generalmente, este proceso implicaba el paso, en términos de fenotipo y situación económica, de gente de ascendencia mixta a los niveles más bajos del grupo español, lo que ocurrió durante el transcurso de los siglos XVII y XVIII. Los españoles que permanecieron en las ciudades se agruparon en torno a algunas de ellas (Santiago de Guatemala, San Salvador, Cartago, León), situadas a altitudes más templadas. Una hipótesis a comprobar es que los españoles peninsulares poblaron continuamente el norte y el oeste, mientras que los residentes blancos del sur y el este eran generalmente criollos, muchos con cierto grado de sangre mixta.

Las castas

El grupo mestizo conocido por el nombre de «castas» aparece, en términos relativos, más conspicuo en las regiones del sur y el este de Centroamérica. La ofuscación y el prejuicio racial, consciente o inconsciente, han llevado a algunos especialistas a suponer que el mestizaje fue resultado de la unión del indígena con el español, sin tomar en cuenta a los africanos y mulatos en el proceso de la creación de la sociedad centroamericana. Debido a la asociación entre negritud y esclavitud, la gente de ascendencia africana fue la más denigrada, y no es sorprendente que muchos de ellos mintieran acerca de sus orígenes o que los ocultaran por completo. El desequilibrio entre el número de hombres y mujeres, la existencia de muchos matrimonios mixtos y las uniones informales entre personas de grupos étnicos cuyos límites eran cada vez más borrosos creó una situación que permitió a gente de ascendencia africana unirse con descendientes de españoles e indios, para formar lo que conocemos actualmente como población ladina. La palabra «ladino», un término de uso general, desde fines del siglo XVII, denotaba así a las personas de ascendencia mixta; las «capas medias» o sectores medios de la sociedad centroamericana, para usar la definición de Severo Martínez Peláez.

Población y etnicidad en vísperas de la Independencia

A principios del siglo XIX, indios, castas, españoles y negros constituían la población de Centroamérica; con un total que sumaba aproximadamente un millón de habitantes, de los cuales 580.000 (58%) eran considerados indios; 375.000 (37,5%) castas, y 45.000 (4,5%) españoles. Para esta fecha, la gente de origen africano no era considerada, en términos numéricos, lo suficientemente importante para hacer de ella un grupo aparte, precisamente, porque para ese entonces formaba parte de la población ladina. Esto no quiere decir que los negros hayan desaparecido del panorama centroamericano. En 1804, el gobernador de la provincia de Honduras, Ramón Anguiano, informó que de una población total de 128.863, 4,3% eran negros, 6,5% blancos, 27,4% indios, y que la mayoría, 61,8%, eran ladinos.

La división de la población en Honduras nos ayuda a percibir la presencia de las castas en las provincias al este y sur de Centroamérica. Hasta en la de San Salvador, región de transición demográfica en nuestro esquema de división de Centroamérica entre el norte y el oeste, por un lado, y el sur y el este por el otro, los mulatos y mestizos constituían en 1807 el 53,5% de una población total de 162.193, mientras que indios y españoles el 43,5 y 2,9%, respectivamente. Si dividimos esta

provincia por partidos o distritos (Cuadro 1.10), San Salvador, situada al oeste de San Vicente y de San Miguel, tenía un porcentaje más alto de indígenas que cualquiera de las otras tres jurisdicciones. Van Oss (1981) argüía que existía una relación directa entre el crecimiento de la población mestiza y la producción de añil, y que San Salvador continuó siendo una región predominantemente indígena porque fue menos afectada por el impacto de este cultivo y la subsiguiente inmigración de las castas a zonas donde podía ser cultivado.

No existe información completa que permita establecer la distribución étnica de la población por provincias, pero sí para los centros urbanos en los años de 1750 a 1800. En atención a la comparación, hemos incluido en el Cuadro 1.11 datos referentes a los principales pueblos y ciudades de la Audiencia de Guatemala —con excepción de Honduras que no cuenta con información de este tipo— y también de dos importantes ciudades mexicanas. Para el sur y el este, utilizando las definiciones más flexibles de lo que era un español, el Cuadro 1.11 demuestra que el tamaño de la población criolla-peninsular e indígena era mayor en las ciudades mexicanas y guatemaltecas, pero a medida que nos trasladamos al sur y al este, los indígenas disminuían o desaparecían por completo. Españoles e indígenas constituían mayoría en las dos ciudades mexicanas; en las guatemaltecas de Quezaltenango y Santiago esto ya no se dio, y eran menos importantes en las situadas más al este y al sur. Sólo la ciudad de San José (Costa Rica) tenía una población de residentes españoles superior al 20% del total, mientras que sólo la ciudad de Granada (Nicaragua) tenía una población indígena de este tamaño.

Cuadro 1.10

Composición étnica en porcentajes
Provincia de San Salvador (1807)

Partido	Españoles	Mulatos y Mestizos	Indios	Total
San Vicente	1,9	67,3	30,8	100,0
San Miguel	2,2	58,2	39,7	100,1
Santa Ana	8,9	61,6	29,6	100,1
San Salvador	2,0	42,0	55,9	99,9

Fuente: Van Oss (1981:307).

Cuadro 1.11

Población de ciertas ciudades mexicanas y de Centroamérica
según grupo étnico, 1750-1800

Ciudad	Año	Espanoles (%)	Mestizos (%)	Castas (%)	Mulatos (%)	Indios (%)	No identi- ficados (%)	Total 100 %
Puebla *	1791	18.369 (25,7)	13.358 (18,7)	12.670 (17,8) 28.958 (40,6)	2.930 (4,1)	24.039 (33,7)		71.366
Antequerá * **	1792	6.955 (38,7)	3.316 (18,4)	5.830 (32,4)	2.514 (13,9)	5.018 (27,9)	205 (1,1)	18.008
Quezaltenango	1800	464 (4,2)		5.536 (50,3)		5.000 (45,5)		11.000
Santiago de Guatemala	década de 1750	6.500 (17)		25.000 (65,5)		6.700 (17,5)		38.200
San Salvador	1800	614 (5)		10.860 (90,1)		585 (4,9)		12.059
San Miguel	1800	239 (4,3)	5.300 (95,7)					5.539
San Vicente	1800	218 (5,3)		3.869 (94,7)				4.087
Sonsonate	1800	441 (12,9)		2.795 (81,7)		185 (5,4)		3.421
Granada	1800	863 (10,5)		5.675 (68,9)		1.695 (20,6)		8.233
León	1800	1.061 (14)		6.366 (84,1)		144 (1,9)		7.571
Cartago	1800	632 (7,6)		7.705 (92,4)				8.337
San José	1800	1.976 (23,7)		6.350 (76,3)				8.326

* En los campos de Puebla y Antequerá, los totales para españoles incluyen tanto a los peninsulares como a los criollos.

** En Antequerá, los castizos están incluidos en el total para los mestizos.

Fuentes: Thompson (1989:62-63); Chance (1978:156); Lutz (1982:11); Van Oss (1985:43).

CONCLUSIÓN

En otro estudio específico del contexto guatemalteco se identifican las fuerzas históricas que resultaron en la creación de un centro desarrollado y una periferia subdesarrollada, cada una con sus características sociales, económicas y demográficas (Lutz y Lovell 1990). La división de Centroamérica a la cual prestamos atención en este espacio—entre el norte y el oeste, por un lado, y el sur y el este por el otro—comprende las características principales de la historia demográfica cuyos orígenes se encuentran en la experiencia colonial. En Centroamérica, los procesos del pasado siguen influyendo en el presente.

Todavía sabemos poco sobre la demografía colonial, y lo que conocemos se refiere casi totalmente a la población indígena en el momento del primer contacto y su descenso en los siglos posteriores. El estudio de la elite española y criolla, y el de los negros y las castas, apenas ha comenzado. Temporalmente, se han llevado a cabo algunos estudios sobre los siglos XVI y XVIII, pero sobre el siglo XVII se ha hecho muy poco. En términos geográficos, la literatura referente a Guatemala y Costa Rica es superior, en calidad y cantidad, a la existente sobre El Salvador, Honduras y Nicaragua, aunque hay ciertas excepciones. En cuanto a temas, el de las relaciones étnicas parece ser el que más investigación requiere, puesto que la región sigue sangrando como resultado de tendencias coloniales que aún es necesario resolver. Temas tales como la natalidad, el matrimonio, la mortalidad y la migración—tratados por demógrafos que se dedican al estudio de Europa y América del Norte—han sido excluidos en este trabajo por el hecho de que han sido poco investigados.

Nos queda advertir que, hoy en día, Centroamérica tiene una población total de 25 millones de habitantes, cinco veces mayor que la existente en el momento de la conquista española. El número de indígenas es de cinco millones, aproximadamente la cantidad que habitaba, entonces, en la región. Sin embargo, en términos espaciales, los patrones de poblamiento indígena son hoy muy distintos, su presencia perdura en el norte y en el oeste, en Guatemala, no así en el resto de los países centroamericanos, donde han desaparecido casi totalmente debido al creciente proceso de mestizaje.

NOTAS

1. Juan Carlos Solórzano Fonseca, «La conquista de Centroamérica» en *Serie Avances de Investigación*, No. 30, Universidad de Costa Rica: Centro de Investigaciones Históricas (1987), pág. 22.
2. Ibid., pág. 23.
3. Ibid.
4. Linda A. Newson, *Indian Survival in Colonial Nicaragua*, (Norman and London: University of Oklahoma Press, 1987), págs. 92-93.
5. Solórzano, 1987: 23.
6. Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, (México: Editorial Porrúa, 1963), pág. 226.
7. Pedro de Alvarado, *Relación hecha a Hernando Cortés*, (México, D.F.: José Porrúa e Hijos, 1954). pág. 26.
8. Ibid., pág. 29.
9. Según los cakchíqueles eran sólo dos mil los guerreros que «marcharon a la matanza de los quichés». *Memorial de Sololá*. Traducción, introducción y notas de Adrián Recinos y el P. Dionisio José Chonay (Guatemala: Dirección General de Antropología e Historia. Piedra Santa, 1980), pág. 100.
10. Según Recinos, por su gallarda apostura y rubios cabellos los mexicanos le apellidaron Tonatiuh, el sol. Ibid., pág. 99, n. 225.
11. Ibid., pág. 101.
12. Ibid.
13. Ibid.
14. Solórzano, 1987: 29.
15. Solórzano, «La búsqueda del oro y la resistencia indígena: campañas de exploración y conquista de Costa Rica (1502-1610)», pág. 13. (Manuscrito inédito)
16. Ibid., pág. 21.
17. Los datos sobre totales de población empleados por Newson están basados en números de tamemes. Sin embargo, éstos no son estrictamente comparables con el número de indios tributarios. Linda Newson, *The Cost of Conquest: Indian Decline in*

Honduras Under Spanish Rule, (Dellplain Latin American Studies, No. 20, Boulder and London: Westview Press, 1986), pág. 103.

18. AGI, Patronato 59-3-2 «Información de los méritos y servicios de Francisco Calderón, 1551», fol. 30.

19. AGCA, A1.29, leg. 4678, exp. 40.244, citado por Wendy Kramer, *The Politics of Encomienda Distribution in Early Spanish Guatemala, 1524-1544*. (Disertación doctoral en Historia, Universidad de Warwick, Inglaterra, 1990), pág. 94.

20. Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz, «Fire in the Mountains: Juan de Espinar and the Indians of Huehuetenango, 1525-1560» en David Hurst Thomas, editor, *Columbian Consequences*, vol. 3, (Washington, D. C.: Smithsonian Institution Press, 1991), págs. 263-282

21. David Browning, *El Salvador: Landscape and Society*, (London: Oxford University Press, 1971), pág. 34.

22. «El Licenciado Francisco Marroquín y una descripción de El Salvador, año de 1532», con introducción por Francis Gall, en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, 41: 2-4, (abril a diciembre 1968), págs. 199-232.

23. Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz, «Las tasaciones de tributos de Francisco Marroquín y Alonso Maldonado, 1536-1541» en *Mesoamérica* 12, (diciembre 1986), pág. 370.

24. Debido a la carencia de datos en 18 de los 168 pueblos que aparecen mencionados en El Salvador, Apéndice 1, págs. 304-308, a fin de llenar lagunas existentes, Browning estimó la población tributaria donde fue necesario.

25. Claudia Quirós, *La era de la encomienda*, (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990), pág. 46.

26. Ibid.

27. Ibid., pág. 52.

28. Ibid., págs. 70-71.

29. Newson, 1986: 8-9

30. AGI, Justicia 1031, folios 176v°-177. Los autores del presente estudio han modernizado el texto original.

31. AGI, Justicia 1031, folio 163. Véase también William L. Sherman, *Forced Native Labor in Sixteenth Century Central America*, (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1979), pág. 36.

32. Christopher H. Lutz, *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala: 1541-1773*, (Guatemala: CIRMA, 1982. Traducción: Jeannie Colburn), págs. 81-115.

33. John K. Chance, *Razas y clases de la Oaxaca colonial*, (México: Instituto Nacional Indigenista, 1982), págs. 73-74 y 78 en lo relativo al trato de esclavos de Guatemala y págs. 108-122 para citas esparcidas sobre los ancestros de los esclavos de principios del siglo XVII. Sobre Alvarado, véase Sherman, 1979: 56; y la cita de James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society*, (Madison: University of Wisconsin Press, 1968), pág. 200.

34. Carol Jopling, «Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII: selecciones de los documentos del Archivo General de Indias» (Manuscrito inédito).

35. Sherman, 1979: 21.
36. Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista*, (México: Siglo XXI, 1986, 6ª edición), pág. 130, citando a Oviedo.
37. Memorial de Sololá, págs. 102-103.
38. Ibid., págs. 103-104.
39. Ibid.
40. Ibid., pág. 105.
41. Kramer, 1990: 108.
42. Memorial de Sololá, págs. 106-107. Sobre la historia de la encomienda de Tecpan Atitlán o Sololá, véase Kramer, (1990).
43. Memorial de Sololá, págs. 107, 109-110, nota 257.
44. Quirós, 1991: 217-228.
45. Solórzano, *La búsqueda del oro*, pág. 35.
46. Bartolomé de Las Casas, *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Introducción y notas de Manuel Ballesteros y Gaibrois (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1977), pág. 88.
47. Murdo J. MacLeod, *Historia socio-económica de la América Central española, 1520-1720*, (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1980. Traducción: Irene Piedra Santa), pág. 33.
48. Memorial de Sololá, págs. 95-96.
49. MacLeod, 1980: Cuadro 8, pág. 86; Luis Fernando Sibaja, «Los indígenas de Nicoya bajo el dominio español (1522-1560)» en *Estudios Sociales Centroamericanos*, Año XI, Número 32, (mayo-agosto 1982), Cuadro 3, pág. 43, menciona la sequía y hambre de 1528 y la «gran mortalidad» de 1531. El «Memorial de Sololá» sólo menciona la revuelta y la imposición de tributo con la pacificación.
50. AGI, Guatemala 9A, Pedro de Alvarado a Su Majestad Carlos V, Santiago, 1º de septiembre de 1532.
51. Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano*, (Madrid: 1726-1730. 6 vols.), vol. 3, Década V, Libro I, Capítulo X, folio 22.
52. AGI, Guatemala 9.
53. «Isagoge. Histórica Apologética de las Indias Occidentales y especial de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores» en *Biblioteca «Goathemala»*, Vol. 13. (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, 1935), pág. 290. En la cita se hace referencia tanto a la peste de 1545-48 como a la de los finales de los 1570.
54. AGI, Justicia 299.
55. Memorial de Sololá, págs. 117-120; MacLeod, 1980: Cuadro 9, pág. 87; Lutz, 1982: Apéndice VI, pág. 438.
56. Memorial de Sololá, pág. 124; AGI, Guatemala 10, presidente Pedro de Villalobos al Rey, 15 marzo 1577; AGI, Guatemala 156, el obispo al rey, Santiago, 25 febrero 1577.
57. AGI, Guatemala 114, Testimonio del deán de la catedral de Guatemala, Pedro de Liévana, 8 noviembre 1582; Memorial de Sololá, pág. 96.

Capítulo 2

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN CENTROAMÉRICA (1540-1680)

Elizabeth Fonseca Corrales

UNA DÉCADA DE GRANDES TRANSFORMACIONES (1540)

Los últimos años del siglo XV y las tres primeras décadas del siglo XVI constituyen una etapa en la historia de América Latina caracterizada por la exploración y conquista española de sus territorios más ricos y densamente poblados. Fue una etapa de explotación irracional de los aborígenes, de saqueo de las riquezas encontradas en América, de contradicciones permanentes entre los intereses de la Corona y los que asumieron buena parte del financiamiento y ejecución de las empresas de conquista, así como de disputas entre los conquistadores por el control de los territorios y sus recursos.

En la década de 1540, la Corona inició en firme la organización administrativa de los territorios conquistados, en detrimento del poder sin restricciones del que habían gozado los primeros conquistadores, lo que introdujo cambios notables en la explotación de la mano de obra indígena, para entonces ya considerablemente diezmada.

En la década de 1540 se dieron en Centroamérica tres procesos fundamentales: la creación de la Audiencia de Los Confines, la reducción de los indígenas a poblados y la aplicación de las Leyes Nuevas con las Reformas de Cerrato. A partir de estas grandes transformaciones se estructura realmente la sociedad colonial centroamericana.

La fundación de la Audiencia

En la década de 1540, la Corona intentó imponer control efectivo sobre el territorio centroamericano mediante la fundación de una sola audiencia, que dio lugar al surgimiento del Reyno de Guatemala como unidad administrativa. La Real Audiencia, como organismo colegiado,

tenía funciones ejecutivas, legislativas y judiciales. Estaba obligada a legislar de acuerdo con las disposiciones emanadas del Rey y del Consejo de Indias, pero tenía suficiente margen de acción como para emprender sus propios proyectos y actividades. A la audiencia correspondía conceder los derechos de propiedad territorial, la concesión de encomiendas, tasar los tributos indígenas y vigilar el respeto a las leyes. En el plano judicial, era un tribunal de apelaciones; sólo los casos más graves no eran de su competencia, sino del Consejo de Indias.

Antes de su fundación habían existido gobernaciones, con gobernadores dotados de grandes poderes. Con la creación de la Audiencia de Los Confines en 1542, se mandó suprimir las gobernaciones, aunque esto realmente no se logró del todo. Después de dos años de ordenarse su fundación, la audiencia se instaló en la ciudad de Gracias a Dios, en el actual territorio de Honduras, a principios de 1544. Éste fue el inicio de una mayor presencia del gobierno absolutista real. Otro factor contribuyó a reafirmar esa presencia: para la década de 1540 ya habían muerto los conquistadores más conspicuos —Pedro de Alvarado en 1541 y Pedrarias Dávila en 1531— y los puestos más importantes iban siendo ocupados por funcionarios nombrados directamente desde España.

La reducción de los indios en poblados

En el momento de la invasión española, las sociedades indígenas que poblaban Centroamérica no eran en modo alguno homogéneas; sin embargo, es posible distinguir dos grandes áreas de influencia cultural: una de origen mesoamericano, donde la población era más densa y la agricultura presentaba un mayor grado de desarrollo, se extendía desde Guatemala y El Salvador, abarcando el lado del Pacífico de Honduras y Nicaragua, y el Pacífico Norte de Costa Rica; otra, de origen suramericano, se extendía a lo largo del lado del Atlántico, y se caracterizaba por un grado menor de desarrollo de la agricultura, con patrones de poblamiento disperso. El contraste entre la región caribeña y la del Pacífico, apreciable ya antes de la llegada de los conquistadores, se acentuó con el proceso de conquista y colonización, pues los españoles se establecieron, de preferencia, en las mesetas y valles intermontanos del Pacífico.

El encuentro entre las sociedades indígenas y los invasores europeos fue siempre violento, aunque con diferencias importantes, según el tipo de sociedad de que se tratara. De todos modos, el resultado fue la desestructuración de las sociedades autóctonas, en función de los intereses de los conquistadores. En la década de 1540 ya eran evidentes los estragos causados por la Conquista en la sociedad indígena, lo que motivó fuertes polémicas entre teólogos, juristas y otros letrados que

debataban acerca de la situación de los indios, tanto en Europa como en América. Destaca sobre todo la figura de fray Bartolomé de las Casas, quien puso en práctica en el norte de Guatemala un proyecto de conquista pacífica, en la región de la Verapaz.

Ya en 1537 el obispo Marroquín de Guatemala había propuesto la idea de un nuevo sistema de organizar a la población en poblados, sistema que las autoridades españolas aceptaron. La reducción correspondió también en realidad a una reorganización profunda de la distribución del poder en las colonias españolas; fue utilizada, entre otros, con el fin de supervisar la explotación de los recursos de las tierras americanas y de sus habitantes. A partir de la promulgación de las Leyes Nuevas, en 1542, las reducciones se convirtieron en la pieza clave para el control de la población nativa, respondiendo a intereses metropolitanos.

Los primeros esfuerzos para congregar en poblados a los indígenas fueron realizados por los dominicos, inspirados en las prédicas de fray Bartolomé de las Casas. A principios de la década de 1540 empezaron a formar pueblos en las áreas rurales alrededor de la ciudad de Santiago de Guatemala, capital del Reyno, llegando a existir setenta y seis pueblos y parcialidades, en un radio de once leguas, que garantizaron el suministro de víveres y la prestación de servicios a los habitantes de la ciudad.

La audiencia también se comprometió y participó activamente en la política de reducir a los indios a poblados, comisionando funcionarios para dirigir las acciones de los religiosos. El oidor Juan Rogel, por ejemplo, coordinó las acciones de los mercedarios en el oeste de Guatemala, a los que el obispo Marroquín les había asignado el área mam, alrededor de 1540. Los dominicos, por su parte, adquirieron exclusividad en la Verapaz, donde los indígenas vivieron bajo su tutela, hasta el siglo XVII cuando se levantó la prohibición para que los españoles pudiesen penetrar en la región. Los franciscanos se concentraron en la región central de Guatemala.

Encabezados por el oidor Zorita, más adelante, en 1552, se trabajó en reducir a poblados a los indígenas de la costa pacífica de Guatemala y El Salvador. En Sonsonate penetraron el oidor Pedro Ramírez y religiosos de la Merced. Mercedarios y franciscanos consolidaron la Conquista en la costa pacífica de Nicaragua y en el Pacífico Norte de Costa Rica. También realizaron incursiones en territorios de los indios matagalpas y chontales, en las altiplanicies centrales de Nicaragua. El actual territorio de Honduras parece que no fue tocado por las reducciones, por lo menos hasta entrada la década de 1550. Allí las dificultades eran mayores, como lo reconocieron algunas autoridades. En 1582, el obispo de Honduras escribía al Rey acerca del problema que representaba reducir a los indios a pueblos, señalando:

...habrá mucha dificultad, porque como muchos de los indios de esta provincia viven en las montañas en mandándoles algo contra su voluntad, se van a la montaña y desamparan sus pueblos. Y una de las cosas más violentas para ellos, es mandarles desamparar sus poblaciones, a do tienen sus arbolillos que van criando, y su querencia, y algunos de sus ídolos ¹.

Los misioneros de las distintas órdenes trataban de aplicar la táctica de convencer a los caciques y principales, pues de ese modo los indios comunes aceptaban de mejor grado el traslado a los nuevos sitios escogidos. Los pueblos fueron planificados y construidos de acuerdo con los patrones europeos de organización urbana. Una vez fundados varios pueblos, los religiosos establecían cuidadosamente, dentro de cada jurisdicción, cuál sería la «cabecera de doctrina», sede del convento principal, y cuáles los «pueblos de visita» correspondientes a cada una de las cabeceras.

Ahora bien ¿cuál fue la actitud de los indios cuando se les incitaba a abandonar sus asentamientos originales para trasladarse a vivir a los nuevos poblados? Aunque se intentó realizar la reducción por medios pacíficos, siempre hubo algún grado de hostilidad o de recelo de parte de los indígenas. En numerosas ocasiones los indios huían a las montañas, donde intentaban reproducir su modo de vida tradicional. Así, los misioneros tuvieron problemas, no sólo para reunir a los indios en pueblos, sino también para convencerlos de que permanecieran en ellos. Para los indígenas resultaba verdaderamente traumático abandonar las tierras de sus ancestros. Por otro lado, resultaba difícil para miembros de diferentes grupos, a veces de diferentes lenguas, y hasta enemigos tradicionales, acostumbrarse a vivir juntos. Un problema difícil de resolver fue el de la autoridad, pues los indígenas seguían obedeciendo a sus jefes tradicionales, aunque de acuerdo con una orden emitida por la Corona en 1551, los pueblos debían contar con un gobierno local de acuerdo con la tradición ibérica: el cabildo. En muchos casos, se optó por sobreponer las instituciones indígenas a la institución de reciente introducción, y los caciques pasaron a ser alcaldes o regidores de los cabildos.

Otro foco de tensión en las reducciones fue la práctica de la religión indígena, que los misioneros trataban de erradicar, al igual que sucedía con las estructuras familiares que los misioneros trataban de sustituir por la constitución de familias nucleares, monogámicas. Si a todo eso se agrega la explotación de que fueron objeto, a veces por parte de los propios religiosos, se comprende la necesidad vital del indígena de abandonar los nuevos pueblos.



2.1. REYNO DE GUATEMALA. PRINCIPALES ASENTAMIENTOS.

El impacto de las Leyes Nuevas y las reformas de Cerrato

Durante la primera mitad del siglo XVI la Corona dictó una serie de medidas sobre el trabajo de la población aborigen. Al analizarlas desde el presente, esas medidas erráticas reflejan no solamente la fuerte polémica que con respecto del trabajo indígena se estaba dando, sino también las presiones que recibía la Corona. Los excesos cometidos contra los indígenas fueron criticados con vigor por algunos miembros de órdenes religiosas, entre los que destaca la figura de fray Bartolomé de las Casas. Conocedor profundo de la región, su labor en pro de los indios le granjeó conflictos serios con otros españoles, tanto laicos como religiosos, quienes veían sus intereses claramente amenazados. Estos otros sectores, interesados en que se mantuviera la situación tal y como se encontraba, también presionaban ante la Corona en defensa de sus puntos de vista. Así, por ejemplo, los miembros del ayuntamiento de la ciudad de Santiago habían logrado una reforma de la real cédula antiesclavista de 1530, mediante la cual quedaron autorizados a adquirir «indios de rescate» como esclavos. Éstos eran indios que en las sociedades prehispánicas desempeñaban tareas serviles; por tanto, pasaban de sus amos indígenas a manos de los conquistadores. La única condición que se mantuvo fue la de que no se les exportara de la provincia.

Debido a la falta de adecuados mecanismos de control, las disposiciones dictadas por la Corona no fueron respetadas. Inclusive a partir del año de 1530 el tráfico de esclavos de Nicaragua hacia el sur se incrementó, pues ahora no solamente eran enviados a Panamá, sino también a Perú. Los españoles organizaron cabalgadas para cazar esclavos; el procedimiento consistía en tomar por sorpresa poblados cada vez más hacia el interior del territorio. Después de la muerte de Pedrarias Dávila, en 1531, se permitió a los colonos de Nicaragua construir barcos y dedicarse a la esclavitud, prácticamente sin límites, de manera que para 1533 se informaba que había entre quince y veinte carabelas dedicadas exclusivamente al comercio de esclavos nicaragüenses.

La esclavitud fue la forma extrema de explotación de los indios. Otras formas de servicios personales también afectaron profundamente a la población nativa. La encomienda de servicios permitió por ejemplo grandes abusos, no solamente en las jornadas de trabajo sin límite, sino también en la naturaleza de los trabajos a realizar. Sus duras tareas en minas, en las haciendas como cargadores («tamemes») de diversos productos y maderas, la búsqueda de bienes o artículos silvestres de interés para los europeos como la brea, zarzaparrilla y fibras naturales, en la construcción en las ciudades, los mantuvieron permanentemente ocupados hasta el punto de que no disponían de tiempo para atender sus propias sementeras.

Para evitar en alguna medida los abusos de los servicios personales, se había empezado a tasar el tributo, es decir, a señalar los bienes y servicios que cada una de las comunidades debía pagar a su encomendero, pero este sistema no se generalizó sino hasta después de promulgadas las Leyes Nuevas, en noviembre de 1542. Estas leyes, en esencia, prohibían la esclavitud de los indígenas, y disponían que las audiencias pusieran en libertad a los indios esclavizados cuando sus dueños no pudiesen mostrar títulos de legítima posesión. También se legisló para ordenar la institución de la encomienda: se prohibió la concesión de nuevas encomiendas; en adelante, a la muerte de un encomendero, los tributos debían pasar a la Corona. Otro aspecto muy importante contemplado en estas ordenanzas era la obligación de las autoridades de fijar el monto del tributo a pagar por cada comunidad a su encomendero.

Las tasaciones de los tributos se realizaban teniendo en cuenta el número de indígenas en edad de tributar de cada pueblo o parcialidad, de acuerdo con las diferentes categorías de tributarios. También se contemplaba el tipo y las cantidades de los tributos a entregar, de acuerdo con las características de la región. La mayor parte de los bienes que se debían entregar como tributos eran propios de la economía indígena: maíz, frijoles y chile; productos artesanales, como cerámica, hilo de algodón, mantas tejidas, alpargatas o cestería; o bienes recolectados en las montañas, como cera y miel de abeja silvestre. El único producto propio de la economía europea eran las gallinas de Castilla, las cuales desde época muy temprana comenzaron a ser criadas por los indios.

Las Leyes Nuevas contemplaban también un conjunto extenso de disposiciones sobre el buen trato a los indios, autorizando a las audiencias privar a los encomenderos de sus indios, en caso de que se les comprobara mal trato. Sin embargo, las mismas ordenanzas dejaron abiertos algunos portillos legales, por los cuales más tarde se presentaron grandes abusos. Por ejemplo, el capítulo XXIV prohibía la utilización de los indígenas como cargadores, pero se señalaba que «...en caso de que en algunas partes no se pueda excusar, ha de tal manera que de la carga inmoderada no se siga peligro en la vida, salud y conservación de los dichos indios»². Supuestamente el indio realizaría ese trabajo «de su voluntad», y mediaría el pago de un salario. No está de más señalar que estas disposiciones fueron «letra muerta».

El año siguiente, 1543, se tuvo conocimiento en Centroamérica de la promulgación de las ordenanzas. El Rey mismo se encargó de enviar varios ejemplares al vicario de la Orden de Santo Domingo, en Guatemala, fray Pedro de Angulo, con el encargo de que los religiosos de su orden dieran a conocer las disposiciones y las explicaran a los naturales. Los vecinos de la ciudad recibieron las noticias «con gran escán-

dalo». A partir de entonces cartas, embajadas, reclamos judiciales, fueron planteados contra la aplicación de las leyes. En algunas provincias, grupos de colonos adoptaron posiciones más radicales, e inclusive realizaron rebeliones armadas, tal y como se destaca en otra parte de este volumen.

Todo lo anterior sucedió a pesar de que la primera audiencia trató de aplicar las ordenanzas con suma prudencia, previendo que se estrellarían contra poderosos grupos de poder local. Pero el enfrentamiento era inevitable, pues para los encomenderos era sumamente difícil acostumbrarse a prescindir del servicio personal de los indígenas. La audiencia inclusive había hecho algunas concesiones, como permitir en 1544, cuando fueron tasados los indios de Honduras y Nicaragua, que parte del tributo les fuera pagado en tamemes, y que los indígenas fueran enviados a las minas, supuestamente a «sacar tierra, traer leña y servir en ellas».

La Corona reaccionó ante tales tergiversaciones del espíritu de las Leyes Nuevas, pero en algunos aspectos se vio obligada a «suavizarlas», ante la ola de protestas a que dieron lugar a lo largo y ancho de los territorios americanos. Una de las disposiciones que más oposición generó fue el artículo treinta, que abolía las encomiendas, a tal punto que en 1545 el emperador Carlos V se vio obligado a derogarlo. Hasta los religiosos dominicos y franciscanos protestaron contra la orden, considerando que desconocía la realidad económica y social del nuevo continente. En una especie de transacción, y para no hacer más profundos los conflictos, el monarca acordó autorizar las encomiendas por dos vidas, es decir, las disfrutaría la persona a la cual se le otorgó por primera vez y sus herederos; posteriormente la encomienda pasaría de nuevo a la Corona.

En cuanto a la esclavitud de los indígenas, la ley se mantuvo más firme. Inclusive, en 1545 fue emitida una cédula aclaratoria según la cual la marca con el hierro candente no era, por sí sola, prueba suficiente de legitimidad de la posesión de los esclavos.

En Centroamérica, la aplicación de las Leyes Nuevas y sus respectivas reformas recibieron un nuevo impulso con la llegada del licenciado Alonso López de Cerrato, como segundo presidente de la Audiencia de los Confines, en sustitución del licenciado Maldonado. Cerrato, además de traer órdenes precisas del Rey de aplicar las leyes con rigor en Centroamérica, era un hombre de gran experiencia. Ya había demostrado gran celo en el desempeño de sus funciones como presidente de la Audiencia de Santo Domingo. En mayo de 1548 llegó a la ciudad de Gracias a Dios. Su primera tarea fue enjuiciar a los oidores en ejercicio, a quienes encontró culpables de usar indígenas de encomienda como tamemes, para el acarreo de suministros hasta sus minas. También los halló culpables de tener indígenas de servicio en sus casas, de alqui-

larlos a otras personas e inclusive de esclavizarlos. Sin embargo, por falta de hombres idóneos para sustituirlos, Cerrato se vio obligado a dejar en sus cargos a los mismos oidores.

La audiencia, bajo la presidencia de Cerrato, aplicó con renovado vigor la legislación existente. Dos son los aspectos más sobresalientes de esta reforma: a) la abolición de la esclavitud indígena y b) la imposición fija de los tributos y servicios que estarían obligados a dar, en lo sucesivo, las comunidades indígenas de su amplio distrito. Cerrato también consideró prudente trasladar la sede de la audiencia a la ciudad de Santiago de los Caballeros, la ciudad más importante del Reyno de Guatemala, donde residían algunos de los más poderosos vecinos.

En su viaje a Guatemala, el presidente Cerrato, en persona, se encargó de aplicar las leyes. En El Salvador, encontró a muchos indígenas mantenidos como esclavos; ordenó a sus amos demostrar con los títulos de su adquisición legítima, y como no los aportaron, procedió a liberar a cerca de quinientos esclavos indígenas, a quienes se les marcó en sus brazos: «libre». Cuando llegó a Santiago de Guatemala, conminó a los españoles que tenían cuadrillas de indios trabajando en la minería para que en un plazo de diez días mostrasen sus legítimos derechos de posesión. Al no hacerlo, liberó a unas cincuenta cuadrillas de trabajadores esclavos de las minas de oro y plata, a pesar de las protestas del cabildo.

Los efectos de la abolición de la esclavitud se sintieron, de manera particular, en las minas de plata, las cuales prácticamente quedaron paralizadas. En 1556 el conquistador de la provincia de San Miguel, Melchor Hernández, declaró que antes de que la Audiencia de Los Confines liberase a los esclavos indígenas bajo las ordenanzas reales, él había empleado a «...cuarenta y cinco esclavos indígenas expertos en las minas, quienes cada año estaban sacando dos mil pesos de oro...»³. Al perder a sus trabajadores, había quedado pobre y no podía sustentarse de acuerdo con su posición y calidad. Los trabajos agrícolas y las obras de construcción también se vieron afectados, aunque en menor medida.

Entre los años 1548 y 1550, la audiencia estableció la imposición fija de tributos. El presidente despachó a agentes investidos de autoridad suficiente para hacer aplicar las ordenanzas en Chiapas y en Nicaragua. En esta última provincia, las tasaciones realizadas por la primera audiencia fueron consideradas como muy elevadas, aunque existen pocas tasaciones conocidas hay suficiente evidencia como para considerar que bajo Cerrato fueron reducidas a menos de la mitad. En Honduras también se emprendió la tarea de moderar la cantidad de tributo y de servicio personal de los indios, congruente Cerrato con su informe al tomar posesión de la presidencia: los indígenas no podrían pagar los tributos en que estaban tasados aunque se duplicara su nú-

mero. A pesar de todo, los tributos siempre resultaron elevados, en especial cuando no se realizaron nuevos censos de la población indígena, y los cálculos se hicieron con base en números abultados. Es posible obtener una idea de las características de estas nuevas tasaciones si se analiza la correspondiente a los indios de Nicoya, realizada en 1548 (Cuadro 2.1).

En todos los pueblos, los tributos eran tasados de acuerdo con los productos característicos de la economía indígena tradicional, con la excepción de las gallinas de Castilla, las cuales empezaron a ser criadas en los hogares indígenas desde fecha muy temprana. En Guatemala también se llegó a cobrar ciertas cantidades de trigo como tributo.

La respuesta de los antiguos conquistadores y encomenderos, pretendiendo revertir el proceso iniciado por Cerrato, no se hizo esperar. En Guatemala, en donde los grupos de poder local eran más poderosos, Cerrato fue adversado por los vecinos más prominentes, y hasta por el mismo obispo Marroquín. En sus argumentos destacaban el carácter brusco del presidente de la audiencia, la pérdida de ingresos que sus medidas implicaban para la Corona, el peligro de que los pobladores descontentos abandonasen las provincias, dejando la tierra «desamparada» en manos de los indios infieles; en fin, reclamaban que los abusos contra los indígenas no eran tan graves como se pretendía, mientras se requería supervisión de los españoles sobre los pueblos conquistados.

El poder de los antiguos encomenderos era tan grande que Cerrato no pudo, o no intentó, aplicarles las reformas, provocando inclusive la ira de Bartolomé de las Casas, quien informó a la Corona que las encomiendas del poderoso grupo de los cacaoteros de Izalcos no habían sido tocadas, y que por lo contrario, ese sector se había vuelto aún más poderoso. Es probable que la afinidad y la amistad que unieran en los primeros años de su presidencia a Cerrato con Las Casas se hubiesen visto afectadas por las acusaciones de nepotismo contra el primero, de las cuales no se pudo defender posteriormente, en su juicio de residencia. En cambio, salió bien librado, pues en ningún momento se le pudo probar ningún cargo de corrupción.

En conclusión, haciendo un balance, es posible afirmar que la Reforma de Cerrato fue exitosa en un aspecto: la abolición de la esclavitud. Aunque se ha atribuido el éxito de la realización de la reforma al coraje y la integridad de Cerrato, factores que sin duda también influyeron, es necesario comprender que la abolición de la esclavitud se aplicó en circunstancias favorables cinco años después de la promulgación de las Leyes Nuevas, en un contexto de demanda de esclavos indígenas decreciente. En efecto, ya en el Perú no se necesitaban, porque se estaba explotando la mano de obra local; en Panamá los indios utilizados como cargadores comenzaban a ser sustituidos por las mulas, para el transporte transistmico, y por esclavos negros para otras

Cuadro 2.1

Tasación de dos pueblos de la región de Nicoya, 1548

Nicoya Primera tributación (400 tributarios)	Nicoya Segunda tributación (200 tributarios)	Chira (60 tributarios)
30 fanegas de maíz	15 fanegas de maíz	50 tinajas de loza
10 fanegas de frijoles	5 fanegas de frijoles	1000 piezas pequeñas
200 cántaros de miel	100 cántaros de miel	(jarros, ollas, etc.)
6 quintales de cera	3 quintales de cera	
400 mantas blancas	200 mantas blancas	
10 hamacas	5 hamacas	
100 ovillos de hilo	50 ovillos de hilo	
200 gallinas de Castilla	100 gallinas	
500 pares de alpargatas	250 pares de alpargatas	
20 cargas de sal	10 cargas de sal	

Nota: Las cantidades de maíz y de frijoles representan el total que debía de ser sembrado en dos sementeras anuales; con el producto de esas sementeras se pagaba el tributo.

Fuentes: Sibaja, Luis Fernando, «Los indígenas de Nicoya bajo el dominio español», en Estudios Sociales Centroamericanos, CSUCA, San José 32:23-47, Mayo-Agosto 1982.

funciones. Otras dos circunstancias pueden también haber actuado a su favor: por una parte, ya había pasado la conmoción inicial que se había dado al tenerse noticia de la promulgación de las ordenanzas, en 1543, y por otra, en Guatemala había desaparecido ya Pedro de Alvarado, y no había surgido ningún otro caudillo fuerte que uniera eficazmente a los conquistadores y pudiera enfrentarlos a la Corona.

La figura de Cerrato, tan controvertida en su época, continúa siéndolo en el presente. En todo caso, es posible afirmar que las posiciones encontradas con respecto de su obra son reflejo de las contradicciones propias de la sociedad centroamericana de su época; en especial reflejan el conflicto surgido entre los diferentes sectores hispanos, como eran la Corona, los religiosos y los encomenderos, por el control de los excedentes producidos por la población indígena, sobre la cual, en última instancia, recaía todo el peso de la explotación colonial.

LA TIERRA, UN RECURSO VITAL

Las sociedades centroamericanas son en la actualidad, y han sido a través de su historia, sociedades fundamentalmente agrarias; por lo tanto, resulta indispensable conocer el papel esencial que juega la tierra, como recurso vital, en la determinación de las relaciones sociales.

El patrón de poblamiento ibérico

El patrón de poblamiento típico del sistema de conquista en tierras americanas era un patrón urbano. Con el fin de legitimar la Conquista, una vez que se lograba cierto grado de control de la población indígena, se fundaba una villa o ciudad, centros o focos desde los cuales se mantenían bajo control las áreas circundantes. Durante el siglo XVI hubo alrededor de setenta fundaciones de ciudades en el actual territorio centroamericano, pero la mayor parte de ellas tuvo una existencia efímera, y la mayoría no encajaría dentro de lo que, en la actualidad, concebimos como un espacio urbano. En los inicios, se trataba de un grupo de construcciones bastante precarias, que funcionaban como verdaderos campamentos, donde se refugiaban los españoles de las hostilidades de los indios.

Al fundar una ciudad, lo primero era dar respaldo legal a las acciones de los conquistadores; al nombrarse el cabildo o ayuntamiento sus miembros tenían autoridad suficiente como para tomar determinaciones que afectaban a los intereses de todos los vecinos. Enseguida se elegía el sitio y se trazaba el plan, de preferencia, en lugares donde la población indígena fuera densa o con riquezas minerales. Muchas se asentaron cerca de poblados indígenas bien establecidos, inclusive en el mismo asiento de las aldeas autóctonas, como sucedió con frecuencia en el área de tradición mesoamericana. En todo caso, se trataba de un sitio estratégico, con respecto de los planes de control de la población indígena; también se consideraban las posibilidades de acceso a los recursos alimenticios, ya fueran proporcionados localmente o traídos de otras áreas. Asimismo, se procuraba la cercanía a los puertos y rutas terrestres para facilitar la comercialización de las mercancías propias de la región y la existencia de buenas aguas y tierras fértiles, apropiadas para la agricultura y el pastoreo.

Ahora bien ¿a qué factores se debió que muchas de las fundaciones fueran abandonadas? En la mayor parte de los casos, porque los conquistadores no encontraron la riqueza abundante esperada; las gratificaciones recibidas no lo eran en la medida de sus expectativas, surgían el descontento, la rivalidad entre grupos, y entonces optaban por des-

plazarse hacia tierras insumisas en busca de mejores oportunidades. En todo caso, el istmo, en la época, fue percibido como una zona de paso, adonde se venía a probar fortuna, antes de partir hacia territorios más promisorios. Así, por ejemplo, muchos de los conquistadores centroamericanos pasaron luego a Ecuador y a Perú. Algunas ciudades fueron despobladas por motivos políticos, como resultado de conflictos entre grupos de españoles por obtener mayores cuotas de poder. Éste fue el caso de Villa Bruselas, en el Pacífico norte de Costa Rica; fundada por Hernández de Córdoba en 1524, fue despoblada por orden suya, al rebelarse contra Pedrarias Dávila en 1526. Los ataques indios y las desfavorables condiciones físicas fueron factores importantes que motivaron el abandono de algunas fundaciones, especialmente en la región caribe.

El traslado de ciudades de un sitio a otro fue también frecuente, fenómeno que obedeció a causas variadas. La ciudad de Gracias a Dios, primera sede de la Audiencia de Los Confines, tuvo su primer asiento en el valle de Opoa; seis meses después fue trasladada a dos leguas del sitio original. Poco más tarde, Francisco de Montejo, en calidad de gobernador de Honduras e Higueras, decidió trasladarla al sitio definitivo, por considerarlo más agradable, apropiado y cercano a concentraciones de población indígena que podían proporcionar mayores alimentos y servicios a los españoles de la ciudad. En algunas ocasiones el traslado de sitio se debió hacer de manera obligada, debido a catástrofes naturales, como sucedió a la ciudad de Santiago de Guatemala, cuyo primer asiento en Almolonga fue destruido en 1541 por una avalancha de piedras y lodo proveniente del volcán de Agua, por lo que se reconstruyó en un nuevo asiento, en el valle de Panchoy.

Se tratara de una nueva fundación o de un traslado, una vez escogido el sitio, se procedía a trazar el cuadro urbano. Las dimensiones de las cuadras o manzanas eran variables; en el centro se reservaban las correspondientes a la iglesia, la plaza y el cabildo. Luego se asignaban los solares o lotes urbanos a los conquistadores, ahora convertidos en «vecinos» de la ciudad. Esta categoría les daba derechos, como el de recibir tierras e indios de servicio, pero también les daba obligaciones, como la de comprometerse a sostener la fundación, con sus armas y caballos, en caso de amenaza por parte de los indios. Los más connotados vecinos recibían sus terrenos urbanos en las cuadras mejor situadas, con respecto del centro.

En el momento mismo de su fundación, o posteriormente, cuando las condiciones lo permitían y las autoridades daban su autorización, las ciudades eran dotadas de tierras, llamadas ejidos, de acuerdo con la tradición medieval europea. Los ejidos se destinaban al pastoreo de ganado y en ellos los habitantes de la ciudad podían obtener algunos productos para satisfacer necesidades de su vida cotidiana, como leña

o bejucos. Una real cédula de 1538 concedió dos leguas de ejidos a la ciudad de Santiago, que le fueron asignados en 1541 a la nueva ciudad, en el valle de Panchoy.

Los ayuntamientos o cabildos también llegaron a adquirir tierras, a las cuales se les denominaba «de propios», con el fin de alquilarlas para obtener recursos y satisfacer algunas necesidades propias del gobierno municipal, como arreglo de calles, acequias o edificios. Por ejemplo, el ayuntamiento de la ciudad de Cartago, capital de la provincia de Costa Rica, adquirió tierras de propios en la parte occidental del Valle Central, con el fin de alquilarlas a los dueños de las recuas que eran llevadas hasta Panamá, atravesando buena parte del territorio del Pacífico centroamericano, para el repasto de las mulas. Con el transcurso de los años, muchas veces se borró la distinción que se hacía entre las tierras de propios y de ejidos. En Cartago sucedió así: los ejidos comenzaron a ser alquilados desde fines del siglo XVII a familias de españoles y de mestizos pobres; allí construían sus casas y sembraban productos de subsistencia. Las tierras de propios comenzaron a ser alquiladas más tarde, en el siglo XVIII, cuando decayó el comercio mulero.

Orígenes de la propiedad individual de la tierra

En las dos primeras décadas, durante la fase inicial de la Conquista, correspondió a los ayuntamientos repartir tierras a los vecinos de cada ciudad para sus fines particulares, siempre dentro de los límites del territorio que se hubiese señalado como el de su jurisdicción, o dentro de las extensiones que les fuese otorgando el gobernador de la provincia. Al hacerse las primeras reparticiones, éstas fueron realizadas de acuerdo con el aporte dado a la empresa de conquista: a los caballeros les fueron otorgadas caballerías de tierras; a los peones, soldados de a pie, las tierras les eran medidas en peonías. Más adelante, a partir de la fundación de la audiencia, ésta asumió la atribución de repartir tierras en todo el territorio de su jurisdicción.

Durante la mayor parte del siglo XVI el título legal que permitió el surgimiento de derechos privados sobre las tierras fue la merced de tierras. Se trataba de una concesión, hecha por el Rey, o en su nombre por los gobernadores y la Audiencia, en calidad de gratificación por los servicios prestados a la Corona en la conquista y pacificación de los nuevos territorios. Dichas concesiones debían ser hechas a nombre del Rey, por cuanto todas las tierras descubiertas y conquistadas habían pasado a ser propiedad eminente de la Corona, razón por la cual se conocían con el nombre de tierras realengas.

Todas las mercedes de tierras fueron otorgadas con algunas condi-

ciones, que debían cumplir los favorecidos para mantener su derecho. En primer lugar, las tierras se debían dedicar, en un plazo razonable, al uso prometido al hacer la petición, bien para la agricultura, la ganadería o ambas actividades a la vez. Las tierras no se podían vender en un plazo de cuatro años, ni ceder o traspasar a la Iglesia, religiosos o funcionarios reales. Otra de las cláusulas aclaraba que la donación se realizaba sin perjuicio de terceros, especialmente de los indígenas, aunque esto, como veremos más adelante, no era más que un formalismo. Finalmente, se estipulaba que los pastos y las aguas debían ser siempre comunes.

La concesión de mercedes se paralizó en 1591, cuando la Corona, necesitada de mayores recursos para poder hacer frente a las guerras europeas y mantener a los enemigos de España alejados de las costas americanas, decidió que quien quisiera adquirir nuevas propiedades debía hacerlo mediante «composición», o sea compra de tierras a la administración del ramo. Con este mecanismo se esperaba, además del aumento de los ingresos reales, someter a derecho las situaciones irregulares, ya numerosas para fines de siglo. La real cédula de 1591 fue recibida en Santiago de los Caballeros en 1599.

La nueva legislación señalaba que a los antiguos propietarios, quienes habían recibido mercedes de tierras directamente, o las habían heredado, no se les debía «inquietar en su quieta y pacífica posesión». En muchos casos, los propietarios se valieron de ese portillo legal para justificar la posesión de cantidades de tierras mayores a las contempladas en los títulos originales. La falta de límites precisos en los documentos facilitó la apropiación indebida de «demasías»; también contribuyó a agrandar las propiedades el movimiento libre de los ganados, porque argumentaban que ya las tierras las tenían ocupadas. Los propietarios extendieron sus posesiones adueñándose de los realengos, de tierras ejidales, y más frecuentemente, de las tierras de las comunidades indígenas. Si bien es cierto que los conflictos entre propietarios privados y comunidades fueron mucho más numerosos en el siglo XVIII, debido al crecimiento de la población, fue en los siglos XVI y XVII cuando se generaron las causas que desencadenaron más tarde una mayor efervescencia social.

El interés de los propietarios por agrandar sus posesiones debe haber sido desde la segunda mitad del siglo XVI un mecanismo de respuesta a la disminución de la población nativa, a la declinación de la actividad minera en algunas áreas y a la esclavitud indígena como una actividad mercantil altamente rentable. Esto se ha comprobado para la región de los altos Cuchumatanes, en Guatemala, donde los españoles comenzaron a apoderarse de las tierras hacia fines del siglo XVI, cuando la minería era muy marginal y la población autóctona se hallaba muy disminuida. El acaparamiento de tierras servía para evitar

la presencia de vecinos incómodos y la competencia por la mano de obra indígena, ya de por sí escasa.

Muchas de las mercedes de tierras fueron cedidas en tierras aledañas a las de los pueblos de encomienda y, a veces, dentro de los mismos pueblos. La discusión acerca de si la concesión de una encomienda de indios implicaba derechos sobre la tierra fue planteada por primera vez para Centroamérica por el estudioso mexicano Silvio Zavala. Demostró que, definitivamente, al hacerse entrega de una encomienda, no se otorgaba derecho sobre las tierras, sino que eran dos actos jurídicos separados. La concesión de encomiendas precedió a la de tierras en las regiones de colonización más temprana. En el Valle Central de Costa Rica, y posiblemente en otras regiones de colonización más tardía, las concesiones de tierras e indios se realizaron de manera simultánea.

Sin embargo, el régimen de encomienda permitió, desde el principio, la apropiación por parte de los españoles de las tierras en que la encomienda se encontraba. Una real cédula de 1538 así lo propició, al ordenar que lo que los españoles hubieran edificado y plantado en las tierras de encomienda les perteneciera. Por otra parte, muchas de las tierras originalmente pertenecientes a indígenas, quedaban desocupadas, y por tanto disponibles para los españoles, gracias a la política de reducir a los indios en poblados mayores, o bien porque las epidemias y la explotación de que eran objeto acababan con muchos pueblos, o porque sus habitantes, huyendo de la opresión, los abandonaban.

En sus propiedades los españoles intentaron producir no solamente el maíz, propio de la agricultura indígena, sino sobre todo los frutos de la dieta europea. El trigo se sembró en las tierras llamadas «de pan llevar», y los molinos para procesarlo comenzaron a aparecer en el paisaje centroamericano. La caña de azúcar, introducida desde fecha temprana de las Antillas, llevó a construir rudimentarios trapiches para fabricar la panela. Ajos, garbanzos, membrillos, cítricos, entre otros frutos, fueron igualmente introducidos para satisfacer las necesidades alimentarias. El español importó también el ganado, desconocido por los indígenas, para satisfacer el apetito por la carne. Las ovejas, para la lana y la carne, se desarrollaron con gran éxito en las tierras altas de Guatemala; el ganado de cerda y las aves de corral, en especial las gallinas de Castilla, también fueron introducidas para el alimento cotidiano; mientras el ganado equino proporcionó el transporte para hombres y mercancías.

La comunidad indígena

A partir del proceso de fundación de reducciones en la década de 1540, los pueblos indígenas fueron dotados de tierras para que culti-

varan productos necesarios para su subsistencia y hacer frente al pago de las diferentes obligaciones que les fueron impuestas.

Llama la atención la escasez de documentos relativos a las tierras de las comunidades indígenas en los siglos XVI y XVII. Esto obedece a que a los pueblos les fueron asignadas tierras, pero no se les otorgó títulos legales de las mismas. Además, en las primeras cédulas de reducción no aparece estipulado cómo se debía regular lo relativo a las tierras. Será más tarde, en el siglo XVIII, al aumentar vertiginosamente los conflictos con los propietarios privados y crecer el número de foráneos en los pueblos de indios, que la monarquía borbónica decidió poner orden, medir las tierras comunales indígenas y entregar títulos a las autoridades de los pueblos. En las verificaciones realizadas, por lo general, se hacía declarar a los indios más ancianos, quienes solían señalar la «inmemorial posesión» de las tierras de parte de sus comunidades.

La institución encargada de administrar las tierras de la comunidad fue el cabildo del pueblo de indios respectivo. A éste le competía asignar tierras a cada familia donde cultivarían los productos para satisfacer sus propias necesidades y el pago de tributos. Resulta imposible conocer en qué medida los productos del tributo eran cosechados en comunidad o en las parcelas familiares. En todo caso, la Corona ordenó, en 1577, que en todos los pueblos se hiciera una sementera o milpa comunal, cuyo producto se vendería. El dinero recaudado pasaría a formar parte del fondo llamado «caja de comunidad», con el cual los indios deberían hacer frente a cualquier emergencia o desastre, como una mala cosecha, el pago de tributos de los indios muertos o desaparecidos o realizar algunos gastos extraordinarios, como podría ser el pago de costas por la visita de algún funcionario real. Las cajas de comunidad perdieron gran parte de su objetivo, pues su administración se dejó en manos de los caciques, de los curas párrocos de los pueblos o de los corregidores, quienes muchas veces desviaron los fondos en su propio beneficio.

Las autoridades españolas, considerando insuficiente la producción en los pueblos de indios, intentaron por todos los medios coaccionarlos para que trabajaran más y aumentaran los rendimientos. Ya desde fines del siglo XVI se había creado el puesto de juez de milpas para vigilar el trabajo indígena. Estos funcionarios menores y mal pagados quedaron en una buena posición para realizar exacciones a las comunidades; su presencia llegó a ser odiada y temida por los indios. Los jueces, además de cobrar su salario por adelantado a los indios, se instalaban en sus pueblos y les obligaban a suministrarles alimentos y servidores, al igual que les apremiaban a adquirir machetes, cuchillos y otras mercaderías con las cuales comerciaban. Así consta en una real cédula de diciembre de 1619, donde se ordenaba a la Audiencia de

Guatemala suprimir los jueces de milpas. Sin embargo, ésta como tantas otras órdenes dictadas desde España no fue acatada y los nombramientos se siguieron realizando.

Aunque las sociedades indígenas desconocían la ganadería, y a pesar de los frecuentes daños causados por los ganados en las sementeras, en un buen número de pueblos se fundaron cofradías, cuya principal riqueza era el ganado. Parte de la tierra comunal podía ser destinada a pastos, especialmente en las zonas costeras del Pacífico. A las cofradías nos referiremos con más detalle en el siguiente apartado.

La tierra fue factor importante de cohesión para las comunidades, pero su posesión también podía generar conflictos internos. Por ejemplo, teóricamente, la explotación prolongada de una parcela no generaba derechos de propiedad, y en la práctica no se daba la reasignación de espacios para las diferentes familias, originándose además problemas de favoritismo por parte de las autoridades indígenas, encargadas de hacer las reparticiones. Las tierras de comunidad eran también inalienables y, de acuerdo con las leyes, los indios no podían alquilar o vender terrenos sin previa autorización de las autoridades españolas encargadas de su vigilancia. Sin embargo, ya desde el siglo XVII algunos terrenos fueron alquilados o vendidos a mestizos pobres y no faltó algún alcalde que se apropiara el producto de la venta.

La cantidad de tierras disponible por los pueblos debía ser suficiente para satisfacer sus necesidades y obligaciones, pero no fue siempre así. En las zonas donde se desarrolló la agricultura para el comercio exterior, como el añil, las comunidades perdieron sus tierras. En El Salvador, la mayor parte de los terrenos aptos para el añil se hallaban en manos de comunidades; la competencia entre éstas y propietarios privados fue inevitable. La plantación de añil produjo la destrucción de las comunidades tradicionales, porque los indios, de manera forzada o no, abandonaron sus pueblos para trabajar en las plantaciones, incorporando a las haciendas añileras más fácilmente las tierras despobladas. Cuando las haciendas se encontraban cerca de comunidades, mayor era el peligro de que las tierras indígenas fueran usurpadas. Pueblos situados en regiones más aisladas, o de poco interés para los cultivos comerciales, sí dispusieron de tierras suficientes.

La mayor parte de los pueblos de indios dejaba una parte de sus tierras sin cultivar como reserva, absolutamente necesaria de acuerdo con la tradición indígena y el nivel tecnológico alcanzado, y con la costumbre de plantar las milpas en tierras recién rozadas. Los indígenas extraían también de la montaña una serie de bienes indispensables para su modo de vida: leña, madera y fibras naturales para artesanías; la cacería y la pesca proveían de carne; además de la recolección de productos que les eran demandados como tributo, como cera y miel de abeja silvestre. A los ojos de los españoles las tierras dejadas en reserva

eran un fiel reflejo de la «haraganería» del indígena. Desde luego no era así, se trataba sencillamente de otra racionalidad económica y otra manera de comprender la relación con la naturaleza. Ésta era una relación de armonía y de respeto, más que de aprovechamiento irracional de los recursos naturales.

La propiedad eclesiástica

Durante la época colonial, la Iglesia como institución tuvo expresamente prohibido adquirir tierras. En los títulos de merced, como ya se ha señalado, se incluía una cláusula prohibiendo el traspaso de tierras mediante donaciones piadosas a iglesias, conventos o cofradías. Esta legislación respondía a una inquietud de la Corona: se temía que en América se presentara el mismo problema existente en la península Ibérica, donde grandes extensiones de tierras se hallaban inmovilizadas, al caer en «manos muertas», es decir, en manos de la Iglesia. Sin embargo, desde fines del siglo XVI, las órdenes monásticas comenzaron a acaparar tierras por medio de donaciones piadosas, principalmente, pero también por compra a otros propietarios. Incluso adquirieron algunas por donación, como la otorgada en 1557 por la audiencia al convento de la Merced, de la ciudad de Santiago, para siembras de trigo y maíz, y cuyos límites eran bastante amplios: «Va a estar desde el arroyo que descende del volcán extendiéndose hacia Malacatepeque hasta la estancia de cabras de Francisco Aceituno»⁴.

Ya para principios del siglo XVII algunas de las haciendas mejor administradas del Reyno pertenecían a los jesuitas y a los dominicos. Thomas Gage, al viajar por Centroamérica, se sorprendió al visitar la hacienda San Gerónimo, en la Verapaz, donde los esclavos negros, bajo la dirección de los religiosos dominicos, producían azúcar para el consumo de los habitantes de Ciudad de Guatemala. Esta hacienda era famosa, además, por la cría de caballos, «los mejores» de la provincia, según Gage. Otra hacienda perteneciente a los dominicos, la San Nicolás, tenía prestigio en la crianza de mulas.

También los miembros más poderosos e influyentes del clero secular adquirieron tierras a título individual. Así, por ejemplo, el obispo Marroquín de Guatemala compró las tierras que habían pertenecido a dos vecinos de la ciudad de Santiago, (a Gaspar Arias Dávila y Francisco Calderón), las cuales legó más tarde con el propósito de fundar un colegio.

Aunque la historia de la propiedad eclesiástica es, hasta el presente, un tema poco abordado por la historiografía centroamericana, en algunas obras se cita, de manera muy tangencial, el papel que la Iglesia pudo haber desempeñado, como «banquero» en la época colonial. Dos

instituciones desempeñaron en alguna medida aquel papel: las cofradías y capellanías.

Las cofradías

Las cofradías, de gran relevancia en nuestros días en algunos países centroamericanos, especialmente en Guatemala, aparecen en la región desde el siglo XVI. En el siglo XVII los papas Clemente XIII y Pablo V intentaron reglamentarlas, pues se manejaban con total anarquía. Pero ¿cómo se definen las cofradías? La cofradía es una institución de origen europeo que se distingue por su carácter corporativo donde se imbrican estrechamente dos aspectos: el religioso y el económico. En el campo religioso, permitió la vinculación de la religiosidad popular con elementos de la religión oficial; los indígenas, en especial, supieron incorporar en ellas muchos elementos de su religión tradicional; el sincretismo tiene en las cofradías algunas de sus mejores expresiones. En relación con los españoles y ladinos, la devoción y el culto tenían un sentido más cercano a los preceptos oficiales de la Iglesia. Todas las cofradías estaban dedicadas a algún santo o advocación de la religión católica, existiendo toda una jerarquía: las más importantes estaban dedicadas al Santísimo Sacramento; le seguían en importancia las consagradas a diferentes advocaciones de la Virgen María, y finalmente, las ofrecidas a otros santos.

Durante todo el año había festividades costeadas por las cofradías. Es aquí donde lo religioso y lo económico se juntaban. ¿De dónde provenían los recursos para costear misas y procesiones, pago de velas, música y otras manifestaciones de la fiesta popular? En los pueblos de indios se solía segregar una parte de las tierras comunales para dedicarlas al sostén de las cofradías; los indígenas quedaban obligados a pagar su contribución con trabajo, pero eran los sacerdotes quienes controlaban las finanzas, desviando buena parte de los ingresos en su propio beneficio. De ahí el interés de los curas por crear el mayor número posible de cofradías en los pueblos de su jurisdicción. En 1662 el visitador de la provincia de Nicaragua, don Pedro Frasso, se asombraba de la proliferación de cofradías, pues pueblos de cien indios tenían hasta diez o doce. Ordenó que no se fundaran más cofradías, bajo pena de azotes a los alcaldes indios y de suspensión en sus funciones a las autoridades españolas que así lo consintieran, pero la orden tuvo poco efecto.

La explotación de la fuerza de trabajo indígena por las cofradías a veces abarcaba la unidad doméstica familiar del indígena. En Verapaz, por ejemplo, las mujeres eran obligadas a hilar algodón. En el pueblo de Boruca, en Costa Rica, el cura forzaba a los indígenas a teñir hilo con el caracol de múrce, y a las mujeres a tejerlo. Con esos bienes se

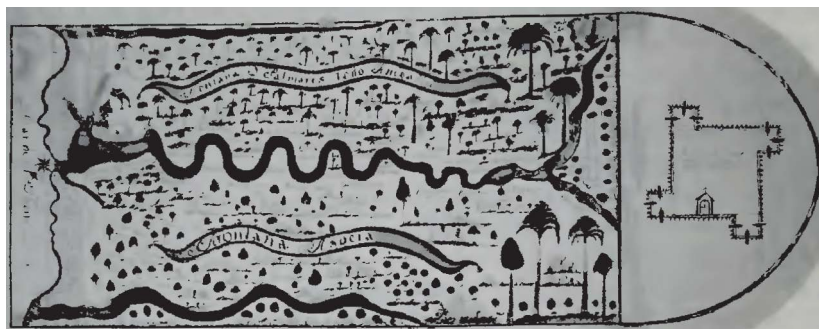
pagaban las misas. En la mayor parte de las haciendas de cofradías la ganadería fue la actividad económica fundamental, lo cual resulta muy llamativo si se tiene en cuenta que las sociedades indígenas desconocían la ganadería, y las numerosas quejas planteadas por los agricultores cuando los ganados estropeaban sus sembrados. El ganado se comercializaba principalmente para el abasto local, pero también generaba otros ingresos por la venta de cueros, sebo y queso. Esta actividad fue la más importante en la costa pacífica de Centroamérica, donde las cofradías más ricas llegaron a adquirir tierras. Algunas de esas haciendas contaron con mano de obra esclava o contratada, además de la indígena gratuita o casi gratuita.

El desarrollo de las cofradías produjo enfrentamientos entre diferentes sectores sociales. Los conflictos se presentaron también entre indígenas y ladinos, cuando estos últimos intentaban beneficiarse y apropiarse de los bienes de las cofradías indígenas.

Las cofradías pertenecientes a españoles y mestizos a menudo poseían tierras compradas a la Corona. Los puestos más importantes, como los de mayordomo, priostes y diputados, eran ocupados por miembros de las más prominentes familias. Esto no sólo les daba prestigio, sino también acceso a beneficios, como el arrendamiento de propiedades y posibilidad de recibir préstamos en efectivo. Las cofradías más ricas realizaban préstamos de dinero «a censo», esto es, con gravámenes sobre propiedades, muebles e inmuebles, de carácter perpetuo o redimibles a plazo fijo, con un interés del 5% anual sobre el valor de la prenda. El incumplimiento de las obligaciones significaba la pérdida de la prenda y su remate en plaza pública en favor de la cofradía.

En Costa Rica, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, las cofradías se vincularon a la actividad cacaotera que se desarrollaba en el valle de Matina, en el Caribe de la provincia. Algunas haciendas pasaron a manos de cofradías, como sucedió con las dedicadas a «Nuestra Señora de los Ángeles», por donación de sus dueños, por lo general mujeres viudas a las cuales se les dificultaba administrar la hacienda; en otros casos porque habían sido gravados con préstamos de dinero a censo, que no se pudieron cumplir, entregando las haciendas por la deuda. Como la cofradía no las podía administrar directamente, entonces procedía a arrendarlas.

El enriquecimiento del clero mediante las cofradías fue tan evidente que ya en 1681 se publicó una ordenanza real con el objeto de limitarlo. El efecto de la misma debe haber sido casi nulo o muy reducido, porque a principios del siglo XIX, cuando la Corona se hallaba necesitada de recursos, encontró oportuno obligar a la «consolidación» de los bienes de las cofradías y obras pías, o sea, a la venta de tierras y ganados.



2.2. CURSO DEL RÍO MATINA, COSTA RICA

Las capellanías

La capellanía era una donación de bienes muebles o inmuebles a una institución eclesiástica, iglesia, convento o cofradía, con la finalidad de establecer una memoria perpetua de misas. Los bienes donados constituían el principal, la persona que los tomaba a censo recibía el nombre de inquilino, y los contratos de arrendamiento contemplaban el pago de un 5% sobre el valor de la prenda. Las capellanías tenían dos tipos de fines: el espiritual era facilitar la vida en el más allá, mediante el rezo de misas dedicadas al alma del fundador o de sus parientes más cercanos; el fin temporal era ayudar a mantener a un seminarista o sacerdote.

Las capellanías solían ser fundadas por los sectores más poderosos de la sociedad colonial, y los beneficios económicos los recibían esos mismos sectores, por cuanto el clero estaba compuesto por miembros de las más prominentes familias. Por otra parte, es muy probable que los inquilinos fueran también de las familias más acomodadas, pues no era fácil en la época hacer frente a intereses del 5%. Éste era el más alto permitido por la Iglesia; el cobro de intereses mayores se consideraba usura.

EL SUEÑO DE LA MINERÍA

La búsqueda de metales preciosos fue uno de los móviles de las empresas de descubrimiento y conquista. Cada vez más mercantilizado, el interés por el oro y la plata respondía a las necesidades del mundo europeo. En los primeros años, los españoles se apoderaron del oro acumulado durante siglos por las sociedades indígenas; agotadas esas riquezas, se pasó a explotar el oro de placeres o de minas. Los conquistadores no cejaron en ese esfuerzo, y aun en tiempos de guerra con los indios la búsqueda no se detuvo. El hallazgo de metales preciosos en una zona era incentivo suficiente para la presencia de los españoles. En algunos casos la existencia de oro resultó más mítica que real, como sucedió con las famosas minas de Tisingal, en Costa Rica.

En busca del oro

En los años iniciales la explotación del oro de placeres se practicó en todos los territorios a donde llegó el conquistador. Los indígenas esclavizados eran obligados a permanecer largas horas en los ríos colando arenas y lavando las pepitas del preciado metal. Los resultados no siempre fueron muy halagüeños. En Guatemala las esperanzas de encontrar ricas minas en el altiplano de los Cuchumatanes, en el noroeste de la provincia, nunca se materializó; el oro de Pichiquil y San Francisco de Motozintla fue un sueño que se esfumó, y las minas de Chiantla sólo produjeron cantidades muy modestas de plata. En El Salvador, los vecinos de San Miguel organizaban cuadrillas para buscar oro y plata compuestas de esclavos indígenas y negros. Sus esfuerzos fueron recompensados con el descubrimiento de oro en las montañas de Choluteca y en los lechos de los ríos.

Los depósitos más ricos fueron descubiertos a mediados de la década de 1530 en los ríos hondureños que desembocan en el mar Caribe, y en el norte de Nicaragua, en las montañas de Nueva Segovia, en los ríos San Andrés y Grande. En esta zona al principio hubo mucha intranquilidad y confusión, creadas por ataques indígenas en rebelión y disputas entre conquistadores. Con la fundación de Nueva Segovia, en 1543, la actividad minera recibió un nuevo empuje, pero de nuevo surgieron problemas con los ataques indios y falta de trabajadores, lo que agravó una real cédula promulgada en 1546 prohibiendo el empleo de indios en las minas. En todo caso, las cantidades de oro extraído en esta zona son pequeñas si se comparan con las de Honduras.

Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, fue de los primeros en darse cuenta de que, en Honduras, había mayores posibilidades e

invadió ese territorio, ocupado ya por otro grupo conquistador. Mandó fundar la ciudad de Gracias a Dios, en cuya región trabajaron intensamente en el lavado del oro cuadrillas de esclavos trasladados desde Guatemala, hecho que motivó protestas de los españoles radicados en Honduras. En Trujillo y San Pedro Sula también se logró extraer cantidades importantes de oro, que fue exportado a España. En 1539 se descubrió plata de Comayagua, pero en ese momento la minería estaba dominada por la producción de oro. En los alrededores de Olancho y del río Guayape se hizo el descubrimiento más importante de oro y plata. Este centro minero pasó a ser el más rico de la Audiencia de Guatemala, a pesar de que a principios de la década de 1540 no sólo había problemas por las sublevaciones indígenas, sino también por la rebelión de más de mil quinientos esclavos negros. Hacia 1560 la explotación de oro se hallaba en franca decadencia en el río Guayape, debido a que las técnicas primitivas con que se trabajaba no permitían más que la extracción del oro superficial. Los esclavos negros fueron trasladados entonces a otras zonas y a actividades más productivas.

La minería de la plata

En la minería hondureña del siglo XVI es posible distinguir dos periodos: el primero abarca hasta 1560 y estuvo dominado por la producción de oro, proveniente de depósitos ubicados en el norte y el este de la provincia. Después de casi una década de búsqueda de nuevas alternativas se descubrieron los ricos depósitos de plata de las tierras altas centrales: en 1569 y 1578 en Guazacurán, jurisdicción de Tegucigalpa, en 1581 en San Marcos, Agalteca y Nuestra Señora de la O. Más adelante, en el siglo XVII, también se extrajeron minerales en San Juan, San Salvador y San Antonio Yeguaré. Desde entonces las minas de Tegucigalpa dominaron la producción en el Reyno de Guatemala durante todo el período colonial⁵.

La plata se obtenía solamente de la parte más superficial, pues la explotación en profundidades mayores requería de grandes inversiones de capital y mano de obra para la construcción de galerías, drenajes y sistemas de ventilación. Los dueños de las minas más grandes eran los únicos con capacidad para realizar ese tipo de trabajos; en la mayor parte los filones eran abandonados una vez que se inundaban. Mediante la técnica de la quema, se suavizaba la superficie de trabajo de un filón, colocando madera de roble y pino a la cual se le daba fuego la víspera. Esta técnica y la de fundición usando carbón de leña deben haber contribuido en buena medida a la destrucción de los bosques naturales de Honduras.

La cantidad de plata que se podía obtener de cada quintal de mi-

neral laborado dependía de la riqueza de la mina y de las técnicas empleadas para la obtención del metal. En el siglo XVI las minas más ricas, como La Enriqueña, producían de doce a catorce onzas. Los mineros en general preferían el método de la fundición, por ser más rápido, más simple y de mayor rendimiento; pero también porque este procedimiento les permitía evadir los impuestos cobrados a partir de las cantidades de mercurio necesarias cuando se empleaba la técnica de amalgamación. El mercurio, importado de España o de Perú, era un monopolio real, y los mineros solían quejarse de su alto precio. Para el proceso de amalgamación también se necesitaba sal, lo cual estimuló la industria salinera en el Golfo de Fonseca. Las minas propiciaron también el desarrollo de la ganadería, pues demandaban grandes cantidades de cuero, carne y sebo para las velas. En todo caso, poner en explotación una mina demandaba grandes inversiones de capital; muchos «denuncios», legalmente registrados, nunca fueron explotados. Tampoco todos los dueños de minas en explotación podían tener «haciendas de beneficio» o ingenios.

El problema clave afrontado por la minería hondureña fue siempre la escasez de mano de obra. La población indígena, diezmada durante los primeros decenios de vida colonial por la exportación de esclavos y las epidemias, resultaba absolutamente insuficiente. A esto debe agregarse una serie de restricciones dictadas por la Corona al trabajo de los indígenas en las minas. Esta escasez de mano de obra indígena presionó para importar esclavos negros, sobre todo para los trabajos subterráneos; sin embargo, nunca fueron suficientes para solucionar el problema, porque la poca productividad de las minas no justificaba ni permitía hacer grandes gastos comprando esclavos. El escaso número de trabajadores libres también se debía a la falta de rentabilidad de las minas. Éstos eran, por lo general, trabajadores cualificados, más caros y menos confiables porque se trasladaban de una mina a otra y servían a quien les pagara mejor.

Ante tales dificultades por obtener mano de obra, los dueños de minas siguieron presionando para obtener autorización de emplear indios bajo el sistema de repartimiento. En 1580 había ochenta indios de repartimiento en las minas de Guazucarán y Tegucigalpa; en 1601 se autorizó el repartimiento «mientras» los mineros podían adquirir esclavos negros; en 1645 la Corona estuvo de acuerdo con el repartimiento de cien indios para las minas de Tegucigalpa. Las normas que rigieron el repartimiento para la minería establecían una cuota del 25% de los trabajadores de la población tributaria de cada pueblo, y en teoría no se podía emplear a indígenas procedentes de pueblos situados a más de veinte leguas de distancia de las minas. El alcalde mayor de Tegucigalpa era el encargado de asignar los indios a sus empleadores, pero a menudo éstos lograban ausentarse de sus aldeas o huir en el camino

de recorrido hacia las minas. Por otro lado, los mineros a veces lograban ponerse de acuerdo con los encomenderos, quienes les entregaban, por dinero, indios de sus encomiendas. Esto se infiere de una real cédula promulgada en 1581, en la cual se ordenaba proceder contra los encomenderos que así actuaran, pero las órdenes reiterativas indican a las claras que la ley no se cumplía.

En Honduras la actividad minera se convirtió en el eje alrededor del cual giró la vida económica de la provincia y desde el siglo XVI le imprimió características especiales, que se reflejan en la sociedad hondureña del presente.

EXPLOTACIÓN INDÍGENA Y MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA

Con la promulgación y aplicación de las Leyes Nuevas se inició una nueva fase en la legislación del trabajo indígena en Centroamérica. La esclavitud había desaparecido, al menos en su forma antes de la liberación de los esclavos por el presidente Cerrato; la encomienda de servicios, tal y como se la había conocido en la primera mitad del siglo XVI, quedó también abolida allí donde el control de las autoridades era posible y existía voluntad política de hacer cumplir las ordenanzas reales.

Durante la primera mitad del siglo los principales líderes de las empresas de conquista, Alvarado, Pedrarias Dávila, Contreras y otros más se reservaron para sí las mejores encomiendas, recompensando con indios a sus familiares, amigos y paniaguados. A la muerte de esos líderes, las encomiendas fueron recuperadas por la Corona o redistribuidas pero, paradójicamente, el período decisivo en la formación de las encomiendas fue la década de 1540, en especial mientras fue presidente de la audiencia Alonso de Maldonado. Fue en este período cuando se consolidaron las bases que permitieron una gran diferenciación social dentro de los españoles.

Mientras los hombres más poderosos e influyentes recibieron encomiendas en pueblos grandes con frutos interesantes para el comercio, como lo fue el cacao, que permitía diversificar actividades y obtener grandes beneficios, el mayor número de españoles sólo recibió pequeñas concesiones de indios, a veces en áreas alejadas. Este grupo, más pobre y por ello descontento, vio agravarse su situación con el descenso de la población indígena. El sector más poderoso de los encomenderos radicaba en Santiago de Guatemala. El esquema de reparto desigual que se presentaba a nivel centroamericano se reproducía en cada una de las provincias, ocasionando graves conflictos entre los sectores dominantes por el acceso a la mano de obra indígena.

Encomiendas y repartimientos

De la segunda mitad del siglo XVI a las primeras décadas del XVII, la encomienda fue la principal institución en la explotación de la fuerza de trabajo indígena. Hasta su virtual desaparición en la segunda mitad del siglo XVII, la legislación que reguló el pago del tributo indígena fue reformada mediante diversas ordenanzas; las categorías de indios tributarios variaron con el paso de los años, de acuerdo con el sexo, estado civil y edades en que se comenzaba a pagar el tributo o se dejaba de hacerlo. También fueron introducidas algunas excepciones a la obligación de tributar; quedaron exentos del pago del tributo los miembros de los cabildos, los indígenas con impedimentos físicos y algunos que se consideró merecían ser premiados por la prestación de algún servicio especial.

Para los españoles resultó sumamente difícil acostumbrarse a prescindir del servicio personal de los indígenas. Las protestas, como hemos visto, fueron abundantes y como los abusos, de todos modos, se seguían dando, la Corona estuvo dispuesta a regularlo. Una real cédula dictada en Valladolid en 1549 prohibió la «conmutación» —abuso que consistía en obligar a los indios a permutar el pago de tributos por servicios personales—, y reiteró la ilegalidad de tasar a los indios en servicios, pero al mismo tiempo abrió un portillo legal, al agregar que, «en caso de encontrarse sin bestias ni carretas», se podía utilizar a los indios como cargadores.

Por otra parte, en 1565 el cabildo de la ciudad de Santiago de Guatemala solicitó autorización a la Audiencia de Nueva España, para obligar a los indios de los pueblos aledaños a la capital a trabajar en las tierras que los españoles tenían dedicadas al cultivo del trigo. La autorización fue concedida, dando origen a una nueva forma de trabajo forzado: el repartimiento a labores. Las tandas se calculaban con base en la cuarta parte del número de tributarios de cada pueblo, los cuales se reanudaban por períodos semanales. Los propietarios debían pagar un real o real y medio diarios por su trabajo, pero aunque mediaba paga, se trataba de una forma de trabajo forzado:

El trabajador carecía de libertad para escoger la clase de ocupación y el amo a quien servía, pues ambas cosas las determinaba el juez encargado de hacer los repartimientos ⁶.

Originalmente la autorización de repartimiento se otorgó para siembras de trigo en los alrededores de Santiago, donde se convirtió en la forma más usual de explotación de la mano de obra indígena durante el siglo XVII. Poco a poco, el sistema se fue difundiendo, hasta autorizársele en distintos lugares de la Audiencia para actividades como tra-

bajo en trapiches, estancias, construcción de edificios y otras obras públicas.

El repartimiento no afectó por igual a todos los pueblos indígenas; los más perjudicados fueron los situados cerca de ciudades y de haciendas donde se requería mayor cantidad de mano de obra para producir el trigo y el maíz necesarios para el abastecimiento de la población urbana. Los indios eran empleados en labores como rozar las tierras, hacer cercos, sembrar las semillas, recoger los frutos, etcétera. Tampoco afectó por igual a los indígenas de un mismo pueblo, porque algunos lograban escabullirse del servicio mediante pago a otros indígenas menos afortunados, huyendo de los pueblos, o sobornando de algún modo a los alcaldes responsables de repartir los turnos. El impacto del repartimiento sobre la agricultura indígena fue desastroso, pues redujo el tiempo que le dedicaba la comunidad a las actividades de subsistencia. Sus efectos fueron más perjudiciales cuando los turnos de servicio coincidían con la época de cosecha o de siembra, porque los cultivos quedaban desatendidos y expuestos a ser invadidos y dañados por el ganado.

La encomienda y el repartimiento a labores fueron los dos mecanismos legalizados de explotación de la mano de obra indígena a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Eran dos instituciones complementarias, y no excluyentes; en las distintas regiones de Centroamérica, dependiendo de las circunstancias, predominaba una u otra.

Otras exacciones

Otros mecanismos de explotación de los indígenas, no legalizados, también significaron pesadas exacciones para las comunidades, como lo fue el repartimiento de algodón a las mujeres, con el fin de que lo hilaran y tejieran. De este tipo de comercio se beneficiaron no sólo algunos encomenderos, sino también corregidores y alcaldes mayores e inclusive los religiosos doctrineros de los indios. En 1594, Juan de Pineda describió la forma en que los frailes dominicos de la Verapaz distribuían el algodón entre las indias, obligándolas a hilarlo. Por otra parte, las autoridades también abusaban de los indígenas compeliéndoles a adquirir mercancías a elevados precios.

Una categoría diferente de trabajadores indígenas eran los naboríos o laboríos, es decir, aquellos que a la llegada de los españoles eran dependientes permanentes de los nobles y principales. En la etapa inicial de la Conquista, los españoles se apoderaron de ellos para que prestaran servicios personales. Cuando se realizaron las reducciones, estos indios no quedaron sujetos a ninguna comunidad ni a las obligaciones tributarias. Con la abolición de los servicios personales y la eje-

cución de las Leyes Nuevas, obtuvieron su libertad, estableciéndose en los nuevos barrios creados en la periferia de las ciudades como Santiago de Guatemala, Comayagua, Cartago y otras, donde se emplearon en las residencias de los españoles o como artesanos en sus poblaciones.

Ya para fines del siglo XVI también ha aparecido el trabajo «libre», asalariado, de los indígenas. Sin embargo, lo que caracteriza al trabajo asalariado de la época es su naturaleza compulsiva. Muchos se vieron compelidos a prestar servicios en las unidades de producción, para poder hacer frente a la obligación de pagar una parte del tributo en efectivo, o a nuevas exigencias tributarias, como el impuesto llamado «servicio del tostón», cobrado a partir de 1585. Los propietarios, por su parte, trataban de enganchar trabajadores mediante el pago adelantado de una parte de sus salarios. Las autoridades trataron de regular el trabajo asalariado, evitando que los trabajadores permanecieran atados por largo tiempo a un patrono; pero también se estableció un sistema de multas para tratar de controlar que trabajadores que habían recibido el adelanto no se presentaran luego a los sitios convenidos, como frecuentemente sucedía, según quejas de los hacendados.

Los indígenas tenían la obligación de permanecer en los pueblos, pero el trabajo asalariado en las haciendas los obligaba a ausentarse. Esto provocó movimientos de población, aún no bien estudiados, tal vez porque no siempre quedaron documentados. En Guatemala, los indígenas de las tierras altas bajaban a trabajar a las tierras costeras, en cultivos de carácter comercial, como el cacao. En la zona añilera, ya lo hemos visto, los indígenas abandonaban sus pueblos para trabajar en las plantaciones, y en todo el Pacífico de Centroamérica, muchos abandonaban sus comunidades para emplearse en las haciendas ganaderas, y no regresarían jamás a sus lugares de origen. El cambio de clima solía afectar a sus condiciones de salud y morían; otros se ladinizaban para huir de la opresión y encontraban refugio en las haciendas; pero, en cualquier caso, la ausencia de sus pueblos afectaba a sus familias y comunidades.

La resistencia indígena

La historiografía tradicional centroamericana, en muchos casos, se ha hecho eco de las visiones eurocéntricas, según las cuales los españoles llegaron a estas tierras y nos aportaron su lengua, su religión, sus costumbres; en suma, su civilización para bien de las sociedades autóctonas. La posición de considerar a los indígenas como sujetos de su propia historia, y no como objetos que habrían aceptado pasivamente el aporte español, ha aparecido en los últimos años en trabajos pioneros en los cuales se procura analizar, de manera sistemática, la reac-

ción de los aborígenes al proceso de conquista y colonización. Esa reacción no fue tan «pacífica», como algunas veces se sugiere, aunque tampoco fue sólo de carácter violento; por lo contrario, los indígenas resistieron a la dominación española de diferentes modos, que a su vez generaron respuestas de parte de los dominadores. En esa relación dialéctica se fue construyendo la sociedad colonial centroamericana.

La fragmentación de las sociedades indígenas en vísperas de la Conquista les impidió emprender una lucha conjunta contra los invasores; las organizaciones defensivas no reunieron más que a los habitantes de aldeas de una misma sociedad. Por su parte, los conquistadores lograron establecer numerosos contactos pacíficos, neutralizando así, desde el punto de vista militar, a potenciales enemigos. Inclusive consiguieron la colaboración de algunos grupos, los cuales les proporcionaron guías, cargadores, alimentos, traductores y hasta guerreros para ir a la conquista de otros, que eran sus enemigos tradicionales.

Los primeros movimientos de resistencia fueron de carácter defensivo; se trataba de acciones dirigidas por las sociedades indígenas contra los grupos de conquistadores que intentaban someterles a la dominación colonial. La resistencia adoptó formas variadas, armadas y no armadas. Entre las no armadas destacan la negativa a informar y la desinformación; se negaban a declarar sobre rutas, pueblos, existencia de minas, a veces hasta a cambio de la vida. Así le sucedió al indio apresado por el gobernador Diego Gutiérrez en su frustrada incursión, por el Caribe de Costa Rica en 1540, y descrita por un testigo ocular, el italiano Jerónimo de Benzoni:

Y habiendo pasado adelante, a los tres días hallamos dos caminos; y no sabiendo el Gobernador cuál seguir, pregunté a un indio de aquellos que llevaba consigo cuál era mejor para ir a cualquier pueblo de indios; y cuando respondió que no lo sabía, mandé a sus esclavos negros que lo matasen...⁷.

Otra forma de resistencia no armada, muy frecuente, fue la huida a las montañas. Durante la conquista militar, las aldeas eran abandonadas y en ocasiones, después de ser quemadas y los cultivos destruidos, sus habitantes se trasladaban a zonas montañosas, de difícil acceso para los españoles. En el mismo relato de Benzoni se consigna:

Los otros caciques de Suerre y Quipa, viendo el mal tratamiento que el Gobernador hacía a los presos, quemaron las casas, cortaron los frutos y los árboles, se llevaron la cosecha de los campos y destruyeron el país; y enseguida se retiraron a los montes⁸.

La resistencia armada incluyó diversos tipos de operaciones; según



2.3. SECUESTRO DE CACIQUES INDÍGENAS EN COSTA RICA

las posibilidades de los indígenas, emplearon trampas, realizaron emboscadas y se enfrascaron en grandes batallas. A veces, cuando lograban ser sorprendidos por la presencia de los invasores, debían retirarse desordenadamente; en otros casos, se hallaban muy bien preparados para la guerra. En las zonas montañosas centrales de Honduras y El Salvador, los indígenas resistieron largo tiempo el dominio español, poniéndose a salvo en montañas fuertemente fortificadas, denominadas «peñoles», donde habían logrado hacer acopio de armas y víveres, y poner a salvo a ancianos, mujeres y niños. Cuando estalló la revuelta de 1536 en la zona de San Miguel, los indígenas aislaron y mataron fácilmente a unos veinte vecinos españoles, que residían en los pueblos de encomienda, y en una importante medida militar, dieron muerte también a soldados y caballos, antes de refugiarse en sus «peñoles».

En la región central de Honduras una gran sublevación indígena tuvo lugar a finales de 1537. La parte más espectacular de esta campaña fue la captura del Peñol de Cerquín y el asesinato del cacique Lempira. La única manera de enfrentar a los indios refugiados en sus

peñoles era sitiarlos. Los conflictos se alargaban hasta tanto los indios se quedaran sin víveres, o los españoles se atrevieran a realizar acciones verdaderamente intrépidas para tomarlos. En todo caso, no se debe olvidar la inferioridad del armamento de los indígenas frente al de los conquistadores; mientras los primeros luchaban armados de palos y flechas, los segundos disponían de caballos, pólvora, cañones, arcabuces y espadas. En el largo plazo, casi todas las batallas terminaron en derrotas para los indígenas, siendo sometidos.

A partir de la década de 1540, con su reducción en poblados, los indígenas tuvieron otras motivaciones para resistir el dominio español. Los grupos dominados mediante la conquista militar se hallaban sometidos a nuevas regulaciones, como la de permanecer en sus pueblos, pagar tributos de acuerdo con las tasaciones, prestar el servicio de repartimiento a labores, entre sus obligaciones legales. Éstas, más otras exacciones que les fueron impuestas, los motivaron a enfrentar la situación mediante nuevos mecanismos de resistencia; de nuevo, los dominadores respondieron de acuerdo con las circunstancias. En la interpretación realizada por Severo Martínez, la causa fundamental de la resistencia indígena durante este período fue la explotación inmisericorde de que fueron objeto. El cobro del tributo, así como los abusos y excesos en su aplicación, fueron causas desencadenantes de numerosos motines. El repartimiento también generó algunos de los motines más violentos.

Los motines constituyeron la mejor expresión de la violencia indígena contra los abusos y las arbitrariedades, pero fueron movimientos impremeditados, reflejo de explosiones de cólera, cortos y masivos, no podían disponer de planes complejos, ni de objetivos demasiado ambiciosos. Por lo general, los indígenas amotinados eran los maceguals (indios del común); solían concentrarse en los puntos donde se asentaba el poder: la plaza, la iglesia o el edificio del cabildo, armados de piedras, palos, machetes y hachas; en algunas ocasiones hicieron uso del fuego para provocar incendios de edificios. Los indios «nobles» rara vez participaron en los motines, y cuando lo hicieron fue como cabecejas o líderes de los movimientos. En sí, no tenían como meta la expulsión de los conquistadores ni la liberación de sus pueblos. Sus fines eran mucho más limitados y concretos: debilitar o suprimir una autoridad por sus abusos, oponerse a medidas que consideraban injustas.

La represión y el castigo no se hacían esperar; las autoridades locales, civiles y eclesiásticas, se encargaban de solicitar el envío de batallones armados. A los indígenas amotinados a menudo se les seguía un proceso, pero el aparato judicial, al servicio del Estado español y de los intereses de los sectores dominantes, actuó siempre bajo el principio de cortar las protestas con vigor y prontitud pues, de lo contrario,

el orden establecido peligraba. Los castigos eran drásticos: cárcel, azotes, ejecuciones, descuartizamientos, fueron algunas de las formas de brindar escarmiento y de mantener a los indígenas sumisos por medio del terror.

Los espacios centroamericanos aún no sometidos al control español se convirtieron en zonas de refugio para los indígenas que huían de sus pueblos. Ésta fue una forma frecuente de resistencia a la dominación, pacífica e individual. A lo largo del siglo XVII esas áreas periféricas, como la parte norte de la Verapaz, la Teguzgalpa-Tologalpa y Talamanca fueron verdaderas zonas de frontera, hacia las cuales, de tiempo en tiempo, se dirigían los españoles en busca de mano de obra indígena y de nuevos recursos.

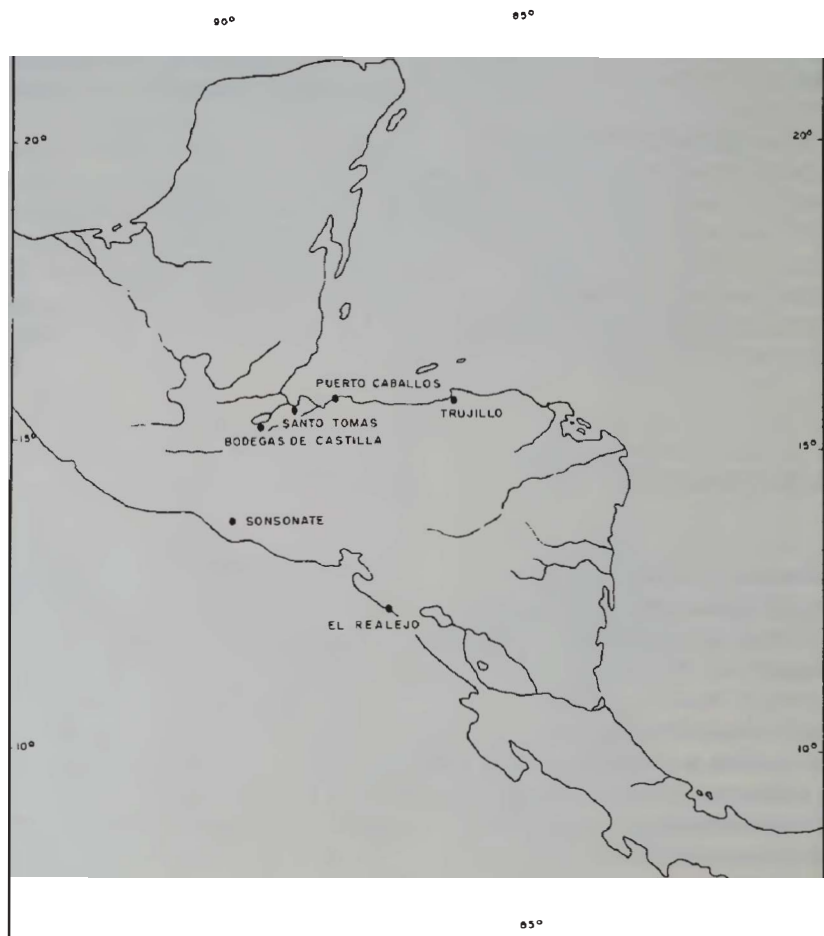
CICLOS ECONÓMICOS Y CIRCULACIÓN MERCANTIL

Durante la segunda mitad del siglo XV y el XVI tuvo lugar el proceso de expansión ultramarina de las economías de la Europa atlántica. Navegantes de España y Portugal, con el auspicio de sus respectivas monarquías, encabezaron la búsqueda de nuevas rutas, con el afán de encontrar metales preciosos, especias y otras valiosas mercancías, escasas en los mercados europeos. Los grandes descubrimientos, así como la conquista y colonización de nuevos territorios, hasta entonces aislados entre sí, abrieron una nueva etapa en la historia económica mundial, caracterizada por la conformación de nuevos espacios económicos y de vastos circuitos mercantiles.

Las limitaciones al comercio

Pasados los primeros años de los grandes descubrimientos y conquistas, España y las demás metrópolis europeas buscaron monopolizar el comercio con sus respectivas colonias garantizándoles el acceso a los mercados metropolitanos mediante el apoyo de su fuerza naval. Este sistema exclusivista que rigió las relaciones entre metrópoli y colonias se conoce con el nombre de pacto colonial.

El «pacto colonial» servía y protegía básicamente a los grandes intereses metropolitanos, en detrimento de las colonias. La Corona española dictó múltiples medidas para controlar el comercio y las actividades de sus súbditos en ultramar, estimulando unas y desestimulando otras. El control mercantil se realizó autorizando solamente algunos puertos para el comercio con Cádiz y Sevilla. Veracruz, en la Nueva



2.4. CENTROAMÉRICA: PRINCIPALES PUERTOS.

España y Nombre de Dios hasta 1597 y Portobelo desde fines del siglo XVI, fueron los puertos en América a través de los cuales se canalizó el intercambio de mercancías con Europa.

En el siglo XVI los puertos hondureños de Trujillo y Caballos (Figura 2.4) eran los únicos fondeaderos centroamericanos para los barcos que navegaban desde Sevilla con la flota anual. A partir de fines de siglo, los ataques de corsarios motivaron la búsqueda de un puerto más fácil de defender. En 1605 se estableció el puerto de Santo Tomás de Castilla, lo cual significó una victoria decisiva de la provincia de Gua-

temala sobre la de Honduras por el control del comercio proveniente de España. Santo Tomás se consolidó como el principal puerto del comercio atlántico en Centroamérica debido a sus ventajas: el transporte entre la costa y el interior era más fácil que en el territorio hondureño, realmente abrupto; la distancia, por otra parte, también era menor; había menos ríos que vadear y el litoral no era tan pantanoso. Sin embargo, los barcos visitaban los puertos centroamericanos muy esporádicamente, pues no existían las riquezas fabulosas de México o de Perú, y la región se hallaba alejada de las principales rutas marítimas. Además, esta colonia presentaba un obstáculo insalvable: la mayor parte de la población, y por tanto las principales actividades económicas, estaban hacia el Pacífico, en una época en la cual el eje principal del comercio se hallaba en el Atlántico.

Aunque en los años iniciales de la Conquista el comercio era bastante libre, y los distintos dominios de España en América podían comerciar entre sí, poco a poco las autoridades metropolitanas crearon un estricto control sobre las actividades productivas y comerciales. Se estableció una gran cantidad de cargas fiscales. El 20% de todos los metales preciosos extraídos debía ser entregado a la Corona (el famoso «quinto real») y, a partir de la segunda mitad del siglo XVI se comenzó a gravar los artículos de importación y exportación. Todos los bienes comercializados pagaban la alcabala, impuesto del 5% sobre su valor, así como el almojarifazgo, derecho que pesaba sobre todas las mercaderías importadas o exportadas. También existieron otros impuestos de carácter extraordinario, para satisfacer necesidades precisas, en especial de carácter defensivo. Por otro lado, la Iglesia también tenía su sistema de fiscalidad e imponía sus cargas a la producción; de éstas la más conocida es el diezmo.

En Centroamérica, a todos los inconvenientes señalados se sumaron otros: las distancias, que aunque a veces no eran muy largas, exigían tiempo en su recorrido, pues debido a la topografía bastante accidentada y a las condiciones climáticas los caminos eran pésimos, e intranstitables en época de lluvias, aun para las mulas. La falta de adecuadas instalaciones portuarias y la inseguridad provocada por la presencia en las costas de piratas y corsarios de naciones enemigas era otro factor más en contra. De la Corona emanaron también múltiples reales cédulas limitando el comercio: en 1553 se prohibieron los intercambios entre las colonias y sólo se permitió el de artículos de subsistencia; en 1556, se impidió a los colonos comerciar con naciones extranjeras y en 1575 con los países de oriente. Los cultivos de vid y olivo no pudieron prosperar por orden emitida en 1581, pero cuando se empezó a traer el vino y el aceite desde Perú las autoridades se apresuraron a prohibir ese comercio (1589) para proteger los intereses de productores y comerciantes de la Península.

La fragmentación del espacio centroamericano

La integración del territorio centroamericano como un espacio económico no fue posible durante los siglos XVI y XVII. Fue necesario esperar a la segunda mitad del siglo XVIII, cuando a raíz del auge del añil no sólo se produjo una integración más estrecha al mercado mundial por medio de la exportación de tintes, sino que, por primera vez, se dio un fuerte crecimiento de los intercambios comerciales a nivel regional. En la época que aquí nos ocupa, Centroamérica se encontraba escindida, fragmentada: la mayor parte del Caribe seguía siendo tierra de indios indómitos, o «tierra de nadie», refugio de aventureros; una buena parte de la costa del Pacífico, desde Honduras hasta Costa Rica, mantenía nexos muy estrechos con Panamá; El Salvador, Guatemala y una parte de Honduras conformaban otro espacio económico.

La fragmentación del espacio centroamericano fue, en alguna medida, resultado de la constante búsqueda española de alternativas para desarrollar actividades económicas rentables, vinculadas a satisfacer la demanda de mercados ultramarinos o regionales. En esa búsqueda se empeñarían sobre todo a partir de 1560, una vez finalizados los ciclos extractivos de esclavos indígenas y de oro de aluvión.

Dado el énfasis que se le dio a las actividades agrícolas de exportación, algunos autores han afirmado que en la Centroamérica de los siglos XVI y XVII ya existía una economía dual, o sea dos grandes sistemas económicos. El primero estaría dedicado a la producción para el consumo doméstico y el comercio regional; se distinguiría del segundo por las técnicas agrícolas limitadas, el cultivo extensivo y la pobreza del instrumental agrícola utilizado; además de que produciría esencialmente cereales de origen americano o europeo, como también ganado. El segundo estaría destinado a la obtención de productos comercializables, y se caracterizaría por una agricultura más intensiva, el empleo de técnicas modernas y mano de obra numerosa y especializada, al mismo tiempo que sería más dinámico, pero igualmente más frágil, lo que explicaría los auges y caídas del sistema. De acuerdo con MacLeod, ese patrón cíclico estuvo afectado por numerosas variables, como el desplome demográfico de las poblaciones aborígenes, caída de la demanda y falta de mercados externos, erosión de suelos, hasta factores de tipo cultural, como los gustos y las modas.

Este planteamiento, atractivo y sugerente, impide reconocer la verdadera dinámica de la economía colonial, con el papel desempeñado por el capital comercial. Al privilegiarse la agricultura de exportación, se pierden de vista actividades para el abastecimiento de mercados locales o regionales, de gran dinamismo y rentabilidad, como lo fueron el cultivo de la caña de azúcar y del trigo en las cercanías de los principales centros urbanos. Más útil puede ser analizar las actividades que

predominaron en cada región y período, que variaban con frecuencia, de tal modo que una zona virgen podía ser destinada a un cultivo de exportación y luego ser abandonada o dedicada a la subsistencia.

El comercio hacia el sur

El Pacífico de Centroamérica, desde Honduras hasta Costa Rica, mantuvo nexos estrechos con el sur, en especial con Panamá y Perú. A partir de la conquista del Imperio Incaico, y más tarde, gracias a la explotación de las ricas minas de plata del Alto Perú, el istmo panameño se convirtió en la zona de paso obligada para el trasiego de mercancías entre los dos océanos. Del Pacífico al Caribe se transportaban principalmente la plata y, en sentido inverso, las mercancías europeas necesarias para el abastecimiento de las colonias situadas en la América del Sur. Para los intereses metropolitanos el flujo de mercancías a través del Atlántico era de tal importancia que una de las principales preocupaciones fue proteger los barcos de ataques de piratas y corsarios de naciones enemigas. Fue así como el rey Felipe II ordenó en 1561 la creación del sistema de flotas de galeones; a partir de entonces los navíos españoles surcaron el océano en convoyes escoltados por barcos de guerra.

La llegada o partida de las flotas y la celebración de las ferias comerciales en Portobelo reunían a miles de marinos, soldados y comerciantes, originando una enorme actividad en el istmo. Desde la segunda mitad del siglo XVI surgió una gran demanda de mulas para el comercio transistmico, que propició la crianza de acémilas en la costa pacífica de Centroamérica, desde la Choluteca, en Honduras, hasta el Pacífico Norte de Costa Rica. El comercio mulero se mantuvo floreciente mientras las flotas llegaron a Panamá con alguna regularidad y nunca desapareció del todo. Al mismo tiempo, creció la demanda de alimentos que sirvió de estímulo al desarrollo de actividades agropecuarias. Desde 1540 los encomenderos de León de Nicaragua realizaban exportaciones de víveres a Nombre de Dios utilizando la vía de los lagos y el río San Juan. En el Valle Central de Costa Rica, desde la década de 1570, los encomenderos lograron establecer un activo comercio de víveres con Panamá, a través del pequeño puerto de Suerre, en el Caribe, y de Caldera, en el Pacífico. El comercio incluía no sólo productos propios de la economía indígena, obtenidos por medio del tributo, sino también bienes producidos en sus explotaciones agropecuarias. Desde Costa Rica se exportaba a Panamá gran cantidad de maíz (necesario para la alimentación de las mulas), así como trigo, harina, bizcocho, sebo, cerdos y capones, entre otros productos, para satisfacer las necesidades de la población residente y de paso por el istmo.



FORE DE PORTO BELLO.



2.5. VISTA DE PORTOBELLO.

En la costa del Pacífico de Nicaragua, la necesidad de trasladar gran cantidad de esclavos indígenas a Panamá y Perú fue el impulso que estimuló la construcción de barcos, actividad centrada en el puerto de El Realejo. En realidad, Nicaragua reunía excelentes condiciones para el desarrollo de astilleros: madera de los bosques de pino de altura, brea y resinas; otras maderas duras, como el cedro, la caoba o el guácimo, eran muy abundantes. Las telas para velas eran suministradas como tributo por los indígenas, pues el tejido de mantas de algodón era una de sus principales actividades artesanales; asimismo proporcionaban la cordelería, hecha de maguey o de cabuya. Sólo el hierro debía ser traído directamente desde España, vía río San Juan y los lagos.

La brea de pino no sólo se usó para calafatear los barcos. Desde la década de 1540 hasta principios del siglo XVII fue el producto más importante embarcado desde El Realejo hacia el Perú, donde se usaba en la fabricación de toneles para vino. El alquitrán de pino de Nueva Segovia tenía en Nicaragua un valor de dos pesos el quintal, pero ya en el Perú llegó a costar hasta treinta pesos.

Los productos centroamericanos tuvieron más fácil salida hacia el Perú, mientras los puertos de ese virreinato sostuvieron un intercambio marítimo de alguna magnitud con los puertos de Nueva España. Por esa vía entraban a Centroamérica productos necesarios en la mesa de los españoles, como vino, aguardiente, vinagre, aceitunas y alcaparras. Desde Nueva España se traficaba principalmente con mercancías de origen asiático, de gran belleza y calidad, que llegaban a Acapulco desde Manila. Acapulco era, desde 1591, el único puerto de entrada para los productos asiáticos que llegaban desde las Filipinas. Aunque en 1593 se prohibió la salida de mercancías asiáticas desde Nueva España con rumbo al Perú, cerrando legalmente ese comercio, con esa medida lo único que se obtuvo fue propiciar el comercio de contrabando.

El circuito mercantil del norte

En el norte de Centroamérica, desde los puertos hondureños se realizó algún comercio con las islas del Caribe. Sin embargo, el comercio más activo se desarrolló alrededor del cacao, producto indígena cultivado desde el istmo de Tehuantepec hasta Nicoya. Cuando los españoles se percataron de la posibilidad de enriquecerse por medio del comercio cacaotero no intentaron apoderarse de las plantaciones sino del producto, por medio del sistema de encomiendas. Esto demuestra, una vez más, la importancia de la producción indígena tradicional en los circuitos mercantiles.

Hacia mediados del siglo XVI el comercio cacaotero conoció un auge repentino. Soconusco, entonces parte del Reyno de Guatemala, era la principal provincia cacaotera. Muy pronto se hicieron sentir los efectos de la explotación inmisericorde a la cual se sometió a los indígenas, quienes se vieron obligados abandonar sus cultivos de subsistencia, al extremo que fue necesario importar de otras zonas alimentos y ropas, negocio que desde luego controlaban los españoles. Grandes epidemias causaron el descenso de la población indígena y para reponer la mano de obra se hizo venir a indígenas de tierras templadas hacia la costa, sin obtener mayores resultados, ya que no soportaban el clima. En Soconusco muchas plantaciones fueron abandonadas y se pudrieron, y ya para mediados del siglo XVII los pastizales eran más importantes que el cacao.

En la década de 1540, en la provincia costera de Izalcos en El Salvador, los encomenderos comenzaron a cultivar grandes plantaciones de cacao, obligando a los indígenas a expandir el número de árboles. Aquí, la historia de Soconusco se repitió: la población nativa de Izalcos descendió rápidamente y en las plantaciones hubo escasez de mano de obra. Este problema no se solucionó, a pesar de que indios de las áreas

montañosas se trasladaban a la costa coaccionados o en busca de dinero para pagar sus tributos. La alta mortalidad entre esos emigrantes hacía esencial su reemplazo constante; grandes cantidades de indígenas no regresaron nunca a sus comunidades de origen.

El negocio del cacao de Izalcos estuvo en manos de unos veinte grandes encomenderos. Entre ellos sobresalían tres, originarios de Salamanca: Juan de Guzmán, Francisco Xirón y Juan Vázquez de Coronado, quienes no ostentaban la categoría de conquistadores, pues habían llegado en la década de 1540. Estos encomenderos amasaron grandes fortunas mediante la extorsión a los indios, a quienes obligaban a realizar pagos tributarios extraordinariamente altos. La posesión de encomiendas en las zonas cacaoteras fue fuente constante de conflictos entre los sectores dominantes de la sociedad colonial; por ejemplo, los españoles del altiplano, que no poseían encomiendas en las zonas cacaoteras, protestaban por el traslado de indígenas para trabajar en esa actividad, invocando las leyes que prohibían llevar indios a territorios de climas cálidos e insalubres.

El punto máximo de expansión y producción en Izalcos se dio en la década de 1570, pero a fines del decenio se inició ya el declive, con el agotamiento de las fuentes externas de mano de obra. Plagas, catástrofes naturales y métodos agrícolas primitivos fueron otras de las causas de la caída. Poco a poco, la maleza y el ganado invadieron las tierras antes ocupadas por cacaotales.

Una parte del cacao de Soconusco e Izalcos se exportaba desde el puerto de El Realejo a Panamá y al Perú, pero el grueso de las exportaciones iba al Virreinato de Nueva España. Este comercio se realizaba tanto por vía terrestre como por vía marítima, pues los comerciantes de Izalcos contaron con una flota numerosa de barcos pequeños que hacían el viaje entre Acajutla y Huatulco, en México. El cacao centroamericano era muy apreciado y entre los españoles se había extendido rápidamente la costumbre de consumir chocolate. Thomas Gage relata el conflicto surgido en Chiapas, donde los sirvientes llevaban a sus amas españolas una taza de chocolate a la iglesia, para que la tomaran durante la celebración de la misa, a pesar de las repetidas prohibiciones del obispo y de las amenazas de excomunión.

El comercio del cacao se realizaba en buena medida por medio del trueque. Los comerciantes compraban el cacao a los indígenas o a los españoles de las zonas productoras, y lo enviaban a Nueva España, Panamá o Perú, donde adquirían mercancías que luego eran vendidas en las provincias a precios elevadísimos.

Después del cacao, el añil fue el producto más importante en el comercio centroamericano. Esta planta tintórea, de la que se extraía un hermoso color azul, fue cultivada en toda la costa pacífica de la Audiencia de Guatemala; sin embargo, San Salvador y San Miguel se

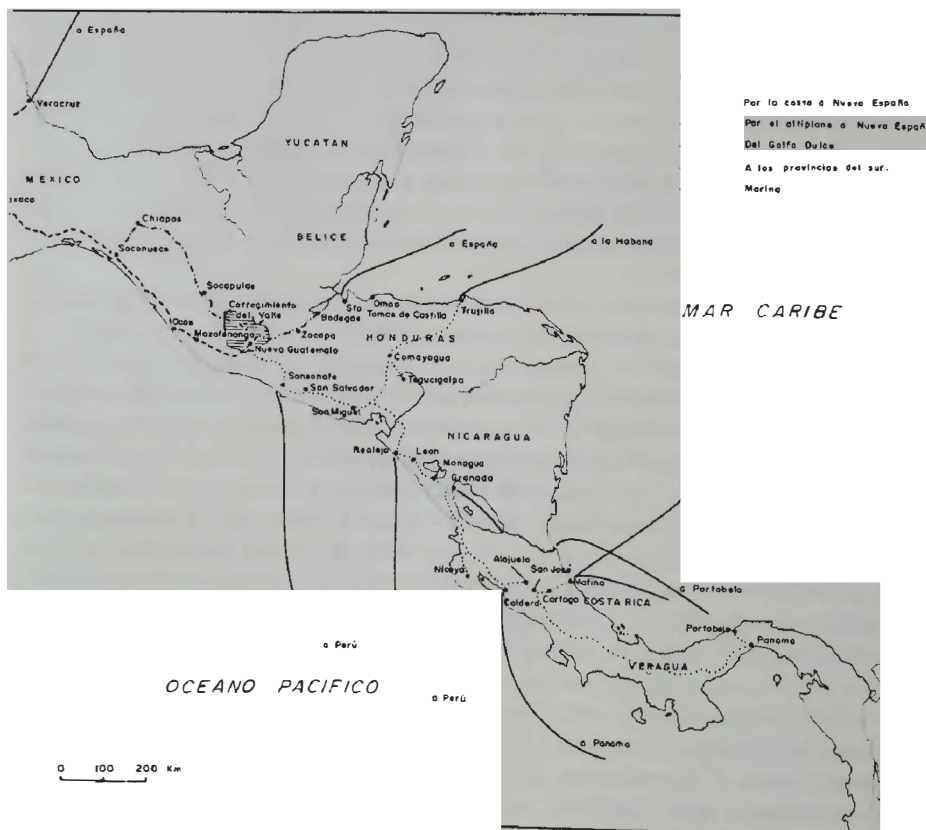
constituyeron en el área más importante del comercio añilero. Las posibilidades del añil como una alternativa comercial se vislumbraron a mediados del siglo XVI, cuando las poblaciones indígenas se hallaban ya muy diezmadas. La audiencia, por considerar que la actividad era dañina para la salud de los indios, prohibió el trabajo indígena en la producción de añil. Una ordenanza real de 1563 confirmó la disposición, pero los productores crearon más de un subterfugio para desobedecer. La amenaza de confiscarles los indios —cuando se tratara de encomenderos— la imposición de multas, a partir de 1592 —cuando se ordenó la inspección anual de las haciendas por parte de los alcaldes de las zonas añileras— no bastaron para controlar los excesos cometidos por los propietarios.

El añil requería poco trabajo en los campos, debido a las técnicas bastante simples empleadas en su cultivo: el terreno era rozado y las semillas esparcidas al inicio de la estación lluviosa. Los caballos y las mulas se dejaban libres para que apisonaran la tierra y se comieran las malas hierbas. Cinco o seis meses más tarde, el añil ya podía ser cosechado, aunque lo óptimo era dejarlo más tiempo. Entonces sí crecía la demanda de mano de obra, para cortarlo, cargarlo y trasladarlo a los obrajes donde se procesaba. A menudo eran miembros de las castas los encargados de ejecutar la supervisión y el transporte en los obrajes.

Pese a los problemas para abastecerse de mano de obra, la industria del añil conoció su primer auge entre 1580 y 1630. Hacia 1600 ya el añil había desplazado al cacao como principal producto de exportación centroamericano. España era el presunto mercado del añil. Sin embargo, debido a la debilidad de las defensas españolas, los puertos localizados en el Golfo de Honduras eran sumamente vulnerables a los ataques de piratas y ya casi no eran visitados por los barcos españoles. La otra posibilidad era trasladar el añil hasta el puerto de Veracruz, para ser exportado a España, ruta que se utilizó hasta mediados del siglo XVII, aunque resultaba sumamente onerosa. En el mercado local, el añil era colocado en pequeñas cantidades, y hacia el Virreinato del Perú se realizaban algunas exportaciones, sin embargo, la falta de mercados fue la causa principal del estancamiento de la actividad a partir de 1630. El verdadero período de prosperidad para el añil centroamericano fue la segunda mitad del siglo XVIII. La llegada tan esporádica de los barcos a los puertos del golfo de Honduras no sólo afectó a las exportaciones, sino también a la importación de productos europeos. La ruta de Veracruz elevaba considerablemente los precios. El contrabando se convirtió en tales circunstancias en otra opción, nada despreciable.

En resumen, la economía centroamericana presentaba un patrón cíclico, y mientras algunas áreas vivían épocas de bonanza, otras se

hallaban sumidas en la miseria. Resulta difícil ponderar el peso de cada una de las variables concurrentes en el auge y caída de los diversos productos. Entre las causas más importantes se encuentran, sin duda alguna: el colapso demográfico y los problemas relacionados con el abastecimiento de mano de obra; la falta de mercados, agravada por la competencia entre distintas zonas productoras de los mismos bienes o mercancías; y las excesivas restricciones a que fueron sometidas las actividades productivas y comerciales en los territorios coloniales, en aras, supuestamente, de los intereses comerciales metropolitanos.



2.6. REYNO DE GUATEMALA: PRINCIPALES RUTAS DE COMERCIO.

LA CRISIS DEL COMERCIO ATLÁNTICO Y SUS REPERCUSIONES EN CENTROAMÉRICA (1630-1680)

En la historia centroamericana el período comprendido entre 1630 y 1680 está marcado por dos fenómenos fundamentales y profundamente relacionados entre sí: a) la crisis del comercio atlántico con la decadencia del sistema de flotas de galeones y, b) la ocupación de algunos territorios del Caribe por parte de potencias extranjeras, desde los cuales los piratas asolaron las posesiones españolas y realizaron un hábil comercio de contrabando.

La crisis del comercio atlántico

En el curso del siglo XVII se redujo drásticamente la afluencia de plata americana a Europa, debido, entre otros factores, a la disminución de la producción minera en el Alto Perú. Toda la actividad económica que se generaba en Centroamérica gracias al tránsito de mercancías a través del istmo de Panamá, irremediablemente, se alteró. España, por otra parte, estuvo involucrada en una serie de guerras que enfrentaron a las potencias europeas, lo que obligó a invertir cuantiosos recursos en detrimento de la seguridad de sus territorios coloniales y del comercio intercontinental. La Corona ya no pudo brindar seguridad a los barcos españoles, y el sistema de flotas y ferias entró en una fase de decadencia. Castellero asegura que hasta 1650 el istmo panameño recibió en promedio una flota cada 1,28 años; entre 1651 y 1663, el promedio fue de una flota cada 1,7 años y a partir de 1664 una cada 4,6 años, lo cual evidencia el progresivo deterioro del sistema desde mediados del siglo XVII.

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XVII, la decadencia de España como potencia marítima en las rutas a América era ya un hecho consumado; a menudo, por ejemplo, no se lograba reunir barcos de guerra suficientes para escoltar las flotas de galeones. Las costas centroamericanas, totalmente desprotegidas, especialmente en el Caribe donde vastas extensiones escapaban al control de las autoridades españolas, quedaron expuestas a ataques de corsarios y piratas. En efecto, desde el segundo cuarto del siglo XVII, aventureros ingleses, holandeses y franceses ocuparon de modo permanente territorios que España tenía abandonados o semiabandonados. En 1655 Inglaterra ocupó Jamaica, desde entonces principal centro de piratería y comercio ilícito en el ámbito del Caribe. Otros puntos estratégicos ingleses en la costa caribe de Centroamérica, fueron Belice, las islas de la bahía y del Maíz, Providencia y San Andrés, y la Mosquitia.

Los piratas holandeses, sumamente activos en las décadas de 1620 y 1630, redujeron mucho sus actividades desde 1648, año de la firma de la Paz de Westfalia. A partir de esa fecha, los holandeses se dedicaron al comercio con las colonias españolas utilizando testafierros; de ese modo lograron controlar el comercio sevillano-gaditano.

Las autoridades españolas, en un intento por combatir la piratería en la zona del Caribe, crearon en 1641 la armada de Barlovento, pero ésta cumplió mal su cometido. Inclusive fue acusada de «comerciar en vez de combatir», y de poseer navíos poco apropiados para mares poco profundos⁹. La Corona, reconociendo la incapacidad de su armada para proteger sus dominios de los continuos ataques de piratas de potencias rivales, promulgó en febrero de 1674 las ordenanzas sobre la organización del corso, autorizando la actuación militar de particulares.

La piratería, la falta de recursos financieros para proteger las colonias y la debilidad de la institución militar afectaron seriamente las actividades comerciales en Centroamérica. En 1633 el Rey ordenó la supresión de los dos navíos de guerra que frecuentaban los puertos de la costa norte de Honduras, con el fin de acrecentar la flota de guerra. En su lugar se autorizó el comercio a «Navíos sueltos», pertenecientes a particulares, a los que se brindaba protección para el regreso a España, siempre y cuando estuvieran en Veracruz a fines de mayo, para hacer la travesía del Atlántico acompañados de otros buques. La falta de protección de los puertos caribeños fue aprovechada por los piratas. Trujillo, en 1633, fue saqueado y quemado; muchos de sus habitantes se vieron obligados de retirarse a vivir a lugares más seguros. Los constantes ataques de los piratas y su amenazadora presencia en las islas de la bahía afectaron de tal modo al comercio a través de la costa norte que entre 1639 y 1659 no arribó ni un solo navío.

Todos estos trastornos en el comercio atlántico provocaron cambios profundos. Mientras el sistema de flotas funcionó de manera efectiva y la plata peruana fluyó en cantidades considerables, todo el movimiento marítimo, los recursos, la producción y las iniciativas se orientaron a aquel comercio. Pero al periclitarse, la navegación y el comercio se incrementaron en el Pacífico, con lo que el comercio interregional se vio estimulado a través de nuevos circuitos comerciales. Este viraje del comercio se refleja en el tamaño de las flotas. De acuerdo con Castillejo, hasta principios del siglo XVII la diferencia entre las flotas del Atlántico y del Pacífico era evidente: la del Atlántico tenía mayor número de embarcaciones y capacidad de desplazamiento. A partir de la segunda mitad del siglo el tamaño de ambas flotas fue equiparándose, y con los años la flota del Pacífico fue ganando ventaja.

Algunos autores afirman que a partir de 1630, Centroamérica se sumió en una profunda depresión, que la mayor parte de habitantes de las ciudades se vieron obligados a retirarse al campo, donde llevaron

una humilde vida de autosubsistencia. Aunque para el siglo XVII hacen falta más investigaciones, los trabajos existentes permiten plantear algunas hipótesis alternativas. En primer lugar, no existe unanimidad sobre si las haciendas del siglo XVII estaban dedicadas a la producción para la subsistencia o para el mercado. Sin duda alguna, a partir de la crisis del comercio atlántico las provincias se volvieron más autosuficientes y produjeron sobre todo para proveer sus propias necesidades. Así, el porcentaje del producto que iba al consumo interno era mayor que el destinado a los mercados externos; pocas haciendas operaron como unidades orientadas al mercado. Pero también se sostiene que el comercio de los productos de exportación de Centroamérica no sólo continuó gracias a la utilización de rutas alternativas, sino que encontró nuevas oportunidades en el contrabando. De este comercio ínterlope no quedó documentación escrita abundante, de tal modo que resulta imposible estimar su volumen.

El añil centroamericano, por ejemplo, se dificultaba exportarlo por los puertos de la costa norte de Honduras, pero los productores comenzaron a sacarlo por tierra hasta Veracruz, o bien hacia Granada, desde donde era enviado a Cartagena o Portobelo. La ruta a través de Granada y el desagadero no era la ideal, pues sólo se podían usar embarcaciones pequeñas, las cuales a menudo eran sobrecargadas, volviéndolas aún más vulnerables a ataques de piratas. Gage fue testigo de la prosperidad de los comerciantes granadinos, cuando de paso por la ciudad, en 1637, pudo observar la llegada de grandes recuas cargadas de añil, grana y cueros. A pesar de todas las dificultades, el añil seguía siendo la principal fuente de riqueza de Centroamérica.

Los puertos de la costa del Pacífico, (Sonsonate, Acajutla, El Realejo y Caldera), no obstante las prohibiciones de comerciar con el Perú, eran visitados por barcos interesados en adquirir productos centroamericanos, en especial la brea. En 1669, por ejemplo, fueron embarcados en El Realejo, con destino a Lima, cinco mil quintales de brea, doscientos veinticinco quintales de palo de brasil rajado, dos cajones de tamarindo y dos quintales de achioté. Ya para estas fechas el cacao centroamericano no se embarcaba hacia el sur, debido a la competencia del cacao producido en la Audiencia de Quito, que era más barato y de menor calidad. Del Perú llegaban navíos cargados de aceite y vino, aunque este último era registrado como «vinagre». El intercambio comercial a través del Pacífico con el Perú debe de haber sido mucho más importante de lo imaginado, pues existe evidencia de que la moneda corriente en Centroamérica en el siglo XVII eran los moclones peruanos, muchas veces alterados y falsificados. En un informe del síndico de la ciudad de Santiago de Guatemala de 1672 se decía:

Las naos del Perú traen mucha plata y toda queda en estas provincias,

sin que se vea en ellas un peso mejicano, sino solo moneda pirulera que a no ser esta no se pudiera enviar plata a Vuestra Majestad ¹⁰.

En cuanto a la producción de plata en las minas hondureñas, aparentemente disminuyó. Las dos fuentes usadas para estimar esa producción no son confiables; por una parte, el consumo de mercurio resulta una guía incompleta y poco segura para calcular la producción, porque, como hemos visto, el método de amalgama no se usaba con frecuencia; y por otra, las cuentas de hacienda no contemplan el muy activo contrabando, fomentado por la posibilidad de comerciar con los ingleses, ni las dificultades para convertir la plata en moneda. En Centroamérica no existió casa de moneda, sino hasta 1733.

Si el comercio con otras regiones del imperio español está mal estudiado, la ausencia de investigaciones sobre el comercio interprovincial y local es aún más notoria. Se cuenta con algunas acerca de la producción y comercialización del cacao de Matina, en el Caribe de Costa Rica. El desarrollo de los textiles de algodón en Santiago y otros lugares, y de la lana en el altiplano guatemalteco, que originó un activo comercio de «ropas de la tierra» ya a mediados del siglo XVII, es poco conocido. En cuanto al cultivo de la caña de azúcar y del trigo, para el abastecimiento de las principales ciudades, hay estudios para los casos de Santiago y Cartago, a los cuales nos referiremos más adelante. Las haciendas ganaderas participaban del abastecimiento de carne de las ciudades más cercanas, en tanto el comercio de cueros y de sebo se realizaba en mercados más distantes.

El proceso de ruralización

Es un hecho innegable que durante el siglo XVII muchos habitantes de las ciudades españolas se trasladaron a vivir al campo. Sin embargo, las causas de ese proceso aún no están claramente elucidadas. En la visión de MacLeod, la vida en el campo resultó ser más atractiva que en los centros urbanos, debido al alza de los precios de los productos alimenticios que provoca la crisis, y a la ausencia de una sólida industria de exportación. En pocas palabras, las oportunidades para enriquecerse se redujeron; unos cuantos españoles se retiraron al campo con la idea de cultivar añil para la exportación, especialmente en Guatemala y El Salvador. Sin embargo, otros se retiraron con la mira de establecer pequeñas fincas autosuficientes, a manera de refugios baratos donde vivir en tiempos difíciles.

Por otro lado, investigaciones realizadas por Borah para el caso de México concluyen que la hacienda del siglo XVII emergió en respuesta a una mayor demanda de alimentos, que elevó los precios de los pro-

ductos, mientras la población indígena decrecía. Según Newson, para el caso de Nicaragua, la evidencia existente está lejos de ser clara: no todos los que se movieron al campo se retiraron a una vida de subsistencia; en El Realejo y Granada, algunos mercaderes lograron enriquecerse, con la ganadería y el cultivo de añil, permitiéndoles una vida holgada. Además, las ciudades y villas de Nicaragua comenzaron a perder sus residentes desde fines del siglo XVI. En los casos de León y Granada, una serie de factores no económicos influyó en el proceso. Cuando en 1610 León debió ser trasladada a un nuevo sitio con motivo de un terremoto, muchos de los vecinos de la ciudad no erigieron casas en el nuevo sitio, cerca del pueblo indígena de Subtiava. A mediados del siglo XVII cerca de tres cuartas partes de sus vecinos vivían en el campo. Granada poseía en 1679 unos doscientos vecinos, pero sólo treinta estaban viviendo en la ciudad; el resto vivía en haciendas o en los pueblos de indios.

Los vecinos de Granada se alejaron del centro urbano debido, sobre todo, a los ataques de piratas. En 1665 el pirata Davis se atrevió a remontar el San Juan, y llegaron hasta Granada, León y el puerto de El Realejo. Sólo después de que otro pirata hizo la misma ruta, el río fue fortificado. Pero a partir de entonces los aventureros asolaron las poblaciones costeras, no sólo de Nicaragua, sino también del Pacífico Norte de Costa Rica. Esparza, El Realejo, León y Chinandega sufrieron al ser saqueadas o quemadas.

En Honduras, el proceso parece haber sido muy semejante. En las ciudades más pequeñas, el movimiento de población hacia el campo se dio desde fines del siglo XVI, como Gracias a Dios y Choluteca; la mayor parte de los vecinos de Trujillo y Puerto Caballos también se retiraron a vivir en sus haciendas de campo, pero movidos por el temor a los ataques de piratas y corsarios que asolaban la costa norte. Este movimiento continuó durante todo el siglo XVII. En la década de 1620 había unos quinientos sesenta vecinos, distribuidos en seis ciudades. En 1683 el número no había cambiado de manera significativa. Había residentes españoles en Comayagua, Tegucigalpa, Gracias a Dios, Tenacoa, San Pedro, Choluteca, Yoro, Olancho el Viejo, Olanchito y Trujillo.

En cuanto a los mestizos, pareciera que no eran muy numerosos en el siglo XVII. Llama mucho la atención que en la obra de un observador tan agudo como Gage prácticamente no aparezcan. Algunos mestizos se retiraron a vivir al campo, en haciendas de propietarios españoles; otros se acercaron a los pueblos de indios, y una buena parte debe haberse instalado en tierras realengas, en asentamientos espontáneos que más tarde en el siglo XVIII serían conocidos como «valles».

En realidad, en el siglo XVII fueron fundados muy pocos centros urbanos. Sólo en las regiones añileras, donde los españoles, negros y mestizos solían avecindarse en los pueblos de indios, las autoridades

intervinieron para que abandonasen esos lugares, por los daños que solían ocasionar a los indígenas. En 1635, por disposición del presidente de la audiencia Quiñónez Osorio, unas cincuenta familias españolas de la provincia de San Salvador que se dedicaban a la fabricación de añil fundaron la nueva población de San Vicente de Lorenzana. Los Santos Inocentes de Atiquisaya fue fundado en 1662, para reunir a ladinos y españoles pobres que trabajaban como jornaleros en las haciendas de la alcaldía mayor de Sonsonate.

La fundación de pueblos de indios también fue muy exigua en el siglo XVII. En las dos últimas décadas del siglo hubo una nueva oleada de fervor misionero. Sin embargo, las zonas de refugio de los indígenas eran visitadas cada cierto tiempo por las autoridades españolas para sacar indios para el servicio, que pasaban a engrosar el número de habitantes de los pueblos. Este mecanismo para obtener mano de obra es conocido como «entrada y saca». Los pueblos quedaban vacíos, no sólo por la muerte de sus habitantes, sino porque muchos se trasladaban a residir en las casas de sus empleadores, ya fuese en las haciendas o en las ciudades.

Las explotaciones agrícolas de mediados del siglo XVII

El proceso de ruralización tuvo entre otras consecuencias la de renovar el interés de los españoles por adquirir tierras y legitimar las que tenían en usufructo. En cada una de las provincias, algunas zonas se valorizaron más que otras, de acuerdo con la cercanía a los mercados urbanos, a las fuentes de mano de obra y a las posibilidades de introducir en ellas cultivos para el comercio exterior o ganado.

En la provincia de Guatemala, los españoles se sintieron más atraídos por las tierras situadas al sur y al este de Santiago. A principios del siglo XVII, ya existían en esta zona unas cuarenta haciendas, donde además de cultivos como trigo, maíz, caña de azúcar, frutas y vegetales, se podía cultivar añil y criar ganado. Las llanuras naturales situadas al este resultaron muy propicias para el repasto del ganado traído desde las provincias de Honduras, San Salvador y Nicaragua. En las tierras altas del altiplano, situado al norte y al oeste de la capital, se desarrollaron grandes haciendas dedicadas a la crianza de ovejas. En esta zona, la producción de lana fomentó la tejeduría, especialmente entre los indios de Chiantla, Huehuetenango y Santa Isabel; inclusive algunas comunidades indígenas mantenían grandes hatos.

En la economía del Valle Central de Guatemala, el cultivo del trigo y de la caña de azúcar fueron actividades prácticamente inseparables. Aunque estos productos necesitan condiciones climáticas diferentes, era posible realizar ambos cultivos en distancias relativamente cortas, gra-

cias a las diferencias de clima producidas por la variación en la altitud. Los dueños de las mayores haciendas, de treinta o cincuenta caballerías, podían dedicar una parte de sus tierras a las labores de trigo y otras para sembrar la caña.

El mayor número de labores de trigo, y las más grandes, se encontraban en los valles de Mixco, Canales y Mesas. El de mejor calidad era el de Mixco. En este valle y en el de Mesas, según Gage, se recogían dos cosechas al año. El trigo de Canales era de inferior calidad; se destinaba a la fabricación de bizcocho, consumido por la población más pobre, por los arrieros y por trabajadores de fortificaciones y presidios.

Las labores de trigo pertenecían por lo general a capitanes, oficiales reales, miembros de prominentes familias, bien conectadas con las autoridades capitulares, así como a las principales órdenes religiosas. Una sola familia, la de los Arrivillaga, poseía cerca de dieciséis labores de trigo que abarcaban unas cincuenta caballerías. El poseer dos o más labores de trigo era un mecanismo utilizado por los propietarios para obtener mayor número de indios de repartimiento. En el repartimiento, los abusos eran frecuentes y el reparto no muy equitativo, porque los labradores más poderosos e influyentes tenían cómo conseguir más indios de los que les correspondía. Pero cuando se intentaba poner orden, las protestas eran enérgicas de parte de quienes veían reducido el número de indios a su servicio. También se quejaban los propietarios de labores a quienes se les había asignado indios de pueblos muy alejados, pues aunque fuese en teoría el tiempo que gastaban en trasladarse de sus pueblos a sus haciendas debía ser pagado.

En varias visitas efectuadas en la década de 1670, las autoridades pudieron detectar toda una serie de irregularidades: dueños de trapiches e ingenios tenían indios de repartimiento, actividad para la cual no se podían dar; también tenían indios propietarios cuyas tierras estaban del todo sin explotar, que alquilaban a otros, para el trabajo en ingenios o trapiches. Cuando no había nada que hacer en las haciendas, los beneficiados con el repartimiento solían exigir a sus indios dinero en efectivo o gallinas; si el trabajo no era mucho los empleaban dos o tres días y luego los enviaban de regreso a sus casas sin pagarles el resto de la semana. El pago a los indígenas no fue siempre dinero en efectivo, y cuando les pagaban lo hacían en géneros y no en reales; también les imponían tareas enormes, imposibles de acabar, y los ocupaban en labores no agrícolas. Sin embargo, el peor trato lo recibían los indios de los mayordomos o encargados de las labores, bien fueran estos esclavos negros, mestizos o españoles, quienes les obligaban a trabajar muchas horas, les azotaban si llegaban tarde o si no terminaban las tareas asignadas.

Resulta fácil entonces comprender por qué los indígenas trataban

Cuadro 2.2

Labores de trigo en 1670 en el corregimiento del valle
Visita de Juan de Celis

Valle	Fanegas sembradas	Producción en fanegas	Indios repartidos
Valle de Sacatepéquez.....	794	9.910	361
Las Vacas.....	130	1.480	44
Mesas.....	1.231	11.814	218
Canales.....	834	14.122	286
Mixco.....	2.291	20.757	412
Chimaltenango.....	510	4.460	124
Jilotepéquez.....	490	3.800	140
Total.....	6.280	66.343	1.485

Fuente: Pilar Hernández Aparicio, «Problemas Socioeconómicos en el Valle de Guatemala 1670-1680», en Revista de Indias, 37, 1977, pp. 618-624.

de evadir el trabajo de las haciendas. Muchas veces los indígenas ofrecían sus servicios en las labores de trigo como «realeros», «peseros» o trabajadores voluntarios, porque ganaban más del real diario asignado a los indios de repartimiento (Cuadro 2.2). Los pueblos cada vez daban menos indios de repartimiento alegando escasez, provocando las quejas constantes de los labradores. Para asegurarse la mano de obra, pagaban a trabajadores voluntarios por adelantado, pero corrían el riesgo de que no se presentaran al trabajo.

Hacia 1680, unas ciento cincuenta labores de trigo producían alrededor de 60.000 fanegas de grano. Sin embargo, la ciudad experimentaba problemas de abastecimiento. Estas crisis no siempre eran por falta de producción; en algunas ocasiones deben haber sido ocasionadas por el acaparamiento por parte de algunos ricos comerciantes. Éstos almacenaban grandes cantidades de trigo en trojes situadas en el pueblo de San Lucas Sacatepéquez, al noreste de la ciudad, en la sierra. La escasez de grano hacía subir los precios, sin que las autoridades del cabildo y de la audiencia se atrevieran a intervenir. En todo caso, en Santiago no se experimentó ningún motín por falta de alimentos como los que hubo en México en el siglo XVII.

El cultivo de la caña de azúcar no tenía tantas regulaciones como el del trigo, considerado como artículo de primera necesidad. Para fi-



2.7. MAPA DE CENTROAMERICA, AMSTERDAM 1695.

nes del siglo XVII existían por lo menos ocho ingenios de azúcar en el corregimiento del valle, de los cuales cinco pertenecían a las órdenes religiosas de Santo Domingo, San Agustín, La Merced y la Compañía de Jesús, y tres a particulares. Éstos, junto con el de San Jerónimo, abastecían el consumo de azúcar de Santiago. Según Fuentes y Guzmán, tenían una producción anual de 17.000 a 18.000 arrobas.

En el cultivo de la caña de azúcar y en su procesamiento se empleaban indígenas de repartimiento, a pesar de las reiteradas prohibiciones. También se empleaban numerosos esclavos negros y algunos españoles y mestizos asalariados. Algunos pueblos indígenas, como Mixco, Amatitlán, San Lucas Sacatepéquez, Pinula y Santa Inés Petapa se vieron muy afectados porque los hacendados los hacían trabajar todo el año en las actividades agrícolas del trigo y la caña, sin dejarles ganar lo necesario para el sustento de sus mujeres, hijos y familias. Esta situación redundó en una alta mortalidad indígena y en la pérdida de tierras de las comunidades.

En el Valle Central de Guatemala las actividades agropecuarias se especializaron bastante por zonas. No sucedió así en el Valle Central de

Costa Rica; aquí, en las grandes propiedades se realizaban actividades agrícolas y ganaderas. El trigo y el maíz eran los principales productos agrícolas, aunque también se sembraban en menor cantidad caña de azúcar, papas, anís, ajos, cebollas y otras frutas y legumbres. En la primera mitad del siglo XVII existían algunas grandes labores de trigo y de maíz, no tanto para el consumo local, por lo reducido de la población, sino para satisfacer la demanda del mercado panameño. En 1632, por ejemplo, el encomendero Salvador de Torres tenía sembradas en sus tierras de Mata Rendonda, veinte fanegas de trigo y veinte de maíz. Sin embargo, la actividad triguera decayó en la segunda mitad del siglo XVII debido a la decadencia del comercio con Panamá, al descenso de la población indígena y la consiguiente disminución del tamaño de las encomiendas y a la orientación de los recursos hacia actividades más prometedoras. En el último tercio del siglo la producción de trigo era tan escasa que ya no se lograba satisfacer ni siquiera el pequeño mercado local.

El cultivo de la caña de azúcar se difundió en pequeños valles cercanos a la capital provincial, Cartago. Ya para fines del siglo XVII, también había cañaverales en la parte occidental, en los valles de Barva, Curridabat y Aserrí. En contraste con el Valle Central de Guatemala, donde hubo grandes ingenios y trapiches, en Costa Rica la actividad se realizaba en muy pequeña escala, para satisfacer el mercado local de panelas, melazas y aguardiente. Los trapiches eran realmente muy sencillos, y ninguno llegó a disponer del número de esclavos negros ni de trabajadores asalariados con que contaban los ingenios guatemaltecos. Sólo se disponía de unos cuantos indios de encomienda o «alquilones».

En la costa del Caribe de Costa Rica, en el valle de Matina, en la segunda mitad del siglo XVII se desarrolló la hacienda cacaotera. Esta zona no había sido ocupada con anterioridad por los españoles, debido a sus características climatológicas y a la hostilidad indígena. Sin embargo, la crisis en el mercado panameño y la disminución de la mano de obra indígena en el valle central, así como la posibilidad de sembrar cacao y comerciar ilícitamente con los piratas y naves extranjeras que frecuentaban la costa, motivaron a algunos de los residentes del centro del país a arriesgar en esas actividades. Las tierras dedicadas al cacao nunca fueron legitimadas por los dueños de las plantaciones, como si hubieran medido el riesgo que implicaba adquirir posesiones en el Caribe. Las autoridades locales, por su parte, no inquietaron a los propietarios, y más bien, cuando pudieron, hicieron causa común con ellos.

El ciclo del cacao costarricense comenzó en la década de 1660, estuvo en pleno auge en las tres primeras décadas del siglo XVIII, pero luego comenzó a decaer debido a los problemas de mano de obra y a las dificultades de su comercialización por la seria competencia con otras regiones, entre ellas Guayaquil y Venezuela. Durante los años

iniciales de la actividad, los hacendados dispusieron de la mano de obra de los indígenas urinamas, por medio del repartimiento. Los religiosos franciscanos empeñados en la conquista religiosa de Talamanca se opusieron férreamente al repartimiento, y consiguieron que la audiencia prohibiera el trabajo de los urinamas. Como la mano de obra de mestizos, mulatos y negros esclavos o libres no era suficiente, poco a poco las haciendas empezaron a ser entregadas en arrendamiento a individuos dispuestos a residir en ellas.

El mayor mercado legal para el cacao costarricense era Nicaragua, adonde el producto era llevado a lomo de mula. Los graves problemas de transporte encarecían mucho el producto y el pago de impuestos reducía las utilidades. El contrabando se convirtió entonces en la mejor opción de los productores. En la costa de Matina se llegó a realizar verdaderas ferias, donde el cacao era trocado por mercancías inglesas provenientes de Jamaica, tales como armas, instrumentos agrícolas, metales, telas, ropas y esclavos. Las relaciones con los piratas ingleses y sus aliados, los zambos-mosquitos, fueron muy inestables. A menudo la relación de aliados en el comercio se transformaba en la de enemigos; en más de una ocasión, las haciendas fueron saqueadas.

En la región central de Honduras, las grandes propiedades dedicadas al cultivo de grano tuvieron problemas para abastecerse de mano de obra, los cuales se agravaron a mediados del siglo XVII, cuando fue permitido el repartimiento de los indios para el trabajo en las minas. Así, en 1662, fueron dados 120 indios provenientes de veinticuatro pueblos a dieciocho mineros para trabajar en minas al sur de Tegucigalpa. En toda la costa pacífica de Centroamérica, desde El Salvador hasta el Pacífico Norte de Costa Rica, la hacienda dedicada a la cría de ganado vacuno y equino fue un factor coadyuvante para que muchos pueblos de indios fueran completamente diezmados. En efecto, muchos indios se ausentaban largos años de sus comunidades, para servir en las haciendas, sin que sus dueños les permitieran regresar a sus pueblos. Al estudiar este problema en Nicaragua, Newson considera difícil estimar la proporción de indios que trabajaban privadamente en las haciendas. En 1671 se dio una orden para que los indios que vivían en las haciendas retornaran a sus pueblos. Los dueños de los fundos protestaron argumentando que los indios eran bien tratados y recibían buenos salarios para hacer frente al pago de sus obligaciones tributarias. Según su versión, la agricultura era dependiente del trabajo libre, y si los indios regresaban a sus pueblos la producción cesaría, afectando el trabajo de la Iglesia y la defensa del área.

El desarrollo temprano de la propiedad privada de la tierra confirió fisonomía particular a las zonas añileras, en especial a la alcaldía mayor de San Salvador. El cultivo del añil fue el iníán que atrajo pobladores hacia esta zona. Los obrajes dominaban las áreas aledañas, ab-

sorbiendo la mano de obra permanente o estacional, indígena o mestiza que les era necesaria. La competencia por la tierra entre las comunidades indígenas y los productores de añil originó numerosos conflictos. Inclusive el alcalde mayor alquilaba a terceros, españoles y mestizos las tierras comunales de los pueblos, aptas para el cultivo del tinte. Los cabildos conservaban el control de las tierras distribuidas en parcelas para el usufructo de los indios del pueblo. Si el número de habitantes disminuía, las tierras sobrantes pasaban a ser controladas por el cabildo indígena, y éste en muchas ocasiones procedía a alquilarlas o venderlas, a pesar de las disposiciones que lo prohibían.

La situación de los pueblos indígenas situados en las zonas de mayor actividad económica, como las productoras de añil, de cacao, de trigo y caña de azúcar, contrasta con la de las zonas más alejadas y marginales, donde la explotación de los indios fue menor. En algunas regiones parece que la población entró en un período de estabilidad hacia mediados del siglo XVII.

Uno de los rasgos más significativos del paisaje agrario del siglo XVII fue el surgimiento de pequeñas explotaciones agropecuarias, denominadas ranchos, chacras o bohíos. En la zona añilera se llamaba «rancho» a las pequeñas propiedades dedicadas al cultivo del añil, pertenecientes a españoles pobres o mestizos, atraídos a la zona por la posibilidad de sembrar, aunque fuese en reducidas cantidades, un cultivo de exportación. Las chacras eran pequeñas explotaciones agrícolas, que podían estar situadas tanto en tierras pertenecientes a comunidades como en tierras realengas; la heredad incluía las casas donde residían las familias, y otras instalaciones anexas, como corrales o trapiches. El término chacra, de origen quechua, refleja la importancia de las relaciones que Centroamérica mantenía con el sur. Por su parte, el término bohío fue usado sobre todo en las zonas ganaderas para designar las humildes chozas rurales donde residían los dueños de pequeños hatos.

No sólo el paisaje agrario sufrió modificaciones de importancia. También aparecieron en la Centroamérica del siglo XVII nuevas relaciones sociales de producción: pequeños arrendatarios de tierras pertenecientes a propietarios privados o comunidades, aparceros y peones endeudados con los grandes hacendados. El peonaje por deudas, tan importante en otras regiones de Hispanoamérica como mecanismo para reclutar mano de obra, existió también en Centroamérica, pero a menor escala.

La movilidad social

Durante el siglo XVII, se mantuvo la política de transferir gradualmente las encomiendas privadas a manos de la Corona. Las rentas pro-

ducidas por las encomiendas no sólo se vieron afectadas por esa causa. También influyeron, la imposición de nuevas cargas, la disminución de la población indígena debida a las enfermedades, a la ruptura de sus sistemas de vida y a la explotación desmedida, y al impacto de los procesos de aculturación. El mestizaje fue otro factor en la desintegración de las comunidades indígenas, sobre todo en territorios como el salvadoreño.

La pérdida de poder de los encomenderos es ya notoria en la segunda mitad del siglo. En Nicaragua, el número de pueblos disminuyó con la población indígena y también por la amalgama de pueblos, realizada para poder justificar el pago del cura párroco. Aquí el número de pueblos de indios y parcialidades tributarios de la Corona no cambió significativamente. El ingreso de las encomiendas vacantes fue usado sobre todo con el fin de mejorar las fuerzas de defensa de la provincia. En Costa Rica, al finalizar el siglo XVII había sólo catorce pueblos de indios, de los cuales trece se encontraban en la jurisdicción de Cartago y uno, Santa Catalina de Garabito, en el Pacífico Central. En Honduras la población se redujo en una proporción de 24 a 1, a causa de las enfermedades y la ruptura de las economías y sociedades.

Por otra parte, la reasignación de las cargas tributarias se volvió cada vez más irregular durante el siglo XVII. En algunas zonas hubo recuentos parciales, realizados por oficiales locales corruptos, en especial cuando una encomienda iba a cambiar de dueño. Los criollos que perdían sus pensiones se veían obligados a trasladarse al campo; de ese modo, la población urbana disminuía, o se mantenía estancada, en el mejor de los casos.

Los sectores de encomenderos que habían logrado diversificar sus actividades y participaban del comercio de exportación también se vieron afectados por la crisis del comercio atlántico y sus familias sufrieron un proceso de movilidad social descendente. Pero al mismo tiempo emergían otros grupos. En Costa Rica, por ejemplo, aquellos que estaban ligados al cultivo de cacao y al comercio de contrabando sustituyeron en el poder a las familias tradicionales de encomenderos. Hacia fines de la década de 1680, nuevas fuerzas burocráticas y comerciales estaban emergiendo en toda Centroamérica.

NOTAS

1. Mario Argueta, «Conquista espiritual y reducciones en la Taguzgalpa: Siglos XVII y XVIII» en *Revista de la Universidad*, VI (16), (junio 1979), pág. 82.
2. Luis Fernando Sibaja Ch., «Los indígenas de Nicoya bajo el dominio español» en *Estudios Sociales Centroamericanos*, CSUCA, 32, (Marzo-Agosto 1982), pág. 39.
3. Robert Chamberlain, «Los albores de San Miguel de la Frontera» en *Lecturas de Historia Centroamericana*. Luis René Cáceres editor, (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1989), pág. 29.
4. Horacio Cabezas, «Los primeros veinticinco años del régimen de tierras en Guatemala, 1525-1563» en *Revista de Indias*, 145-146, (Julio-Diciembre 1976), pág. 43.
5. Esta parte está basada en el trabajo de Linda Newson «La minería de la plata en la Honduras Colonial» en *Lecturas de Historia de Centroamérica*, págs. 115-140.
6. Silvio Zavala, *Contribución a la Historia de las Instituciones Coloniales de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos, 1986), pág. 95.
7. León Fernández, *Historia de Costa Rica*. Biblioteca Patria, N. 7, (Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1973), págs. 54-55.
8. Ibid.
9. Fernando Serrano, «Auge y represión de la piratería en el Caribe. 1650-1700» en *Mesoamérica*, 9, (Junio 1985), pág. 95.
10. Manuel Rubio Sánchez, *Comercio terrestre de y entre las provincias de Centroamérica*. (Guatemala: Editorial del Ejército, 1973), pág. 239.

Capítulo 3

PODER E IDEOLOGÍA: LA CONSOLIDACIÓN DEL SISTEMA COLONIAL (1542-1700)

Stephen Webre

GOBIERNO Y SOCIEDAD

La conquista militar del istmo centroamericano significó la incorporación de nuevos territorios y su población en el sistema político-legal español. El imperio colonial español en Indias representaba una empresa sin precedente hasta entonces en la historia mundial. Constituido por un grupo de poblados esparcidos a lo largo de extensos territorios, separados de la madre patria por el océano y, por consiguiente, unidos a ella sólo por nexos marítimos. Por otra parte, el estado rudimentario de los medios de comunicación y transporte le hacía difícil a la Corona mantener un control efectivo sobre las nuevas colonias.

La formación del imperio español coincidió con el surgimiento, en la Europa occidental, del Estado-nación y del absolutismo monárquico. En España este proceso databa de la época de los Reyes Católicos, Isabel de Castilla (1474-1504) y Fernando II de Aragón (1479-1516), continuado bajo los primeros monarcas de la dinastía de los Habsburgo: el emperador Carlos V (Carlos I de España, 1516-1556) y su hijo Felipe II (1556-1598), cuyos reinados presenciaron el establecimiento y desarrollo del aparato administrativo en Centroamérica.

En sus dominios peninsulares, los monarcas habían buscado siempre incrementar su poder a expensas de elementos rivales como la nobleza, la Iglesia y las ciudades. Esta política absolutista se aplicó también en el gobierno de las Indias, donde la Corona gozó de mayor éxito debido a que aprovechó la novedad de la situación para evitar la implantación o consolidación de ciertas instituciones o tradiciones de origen feudal. Otra ventaja fue el hecho de que las colonias de ultramar se consideraban como posesiones exclusivamente de la corona de Castilla¹, donde el monarca se encontraba más libre de restricciones constitucionales que en Aragón.

A partir del primer viaje de Cristóbal Colón (1492-1493), la responsabilidad de la empresa expansionista pertenecía al Consejo de Castilla, y subordinada a ella, la Casa de Contratación (1503), agencia con sede en Sevilla que se encargaba del desarrollo y reglamento del comercio colonial. Después de las primeras expediciones a Tierra Firme (1509-1510) y especialmente a partir de la conquista de México (1519-1522), esta estructura sencilla ya no fue suficiente. En 1524 —el mismo año en que fueron establecidas las primeras ciudades españolas en suelo centroamericano— con la creación del Consejo Real y Supremo de Indias fue separado el gobierno de las colonias del de Castilla. Dicho consejo, como el de Castilla en su propia jurisdicción, funcionaba en nombre del Rey, a quien consultaba directamente en cuestiones de particular gravedad. Tenía amplios poderes legislativos, ejecutivos y judiciales, y sus responsabilidades incluían la administración política, eclesiástica, financiera y militar de las nuevas provincias indianas.

Las gobernaciones primitivas

A sólo dos o tres años de las primeras incursiones militares, se crearon ya, en Centroamérica, divisiones territoriales bajo forma de gobernaciones más o menos bien definidas. Las más importantes eran Guatemala, en la cual gobernaba el adelantado Pedro de Alvarado, (1527-1541), y Nicaragua, bajo el mando de Pedrarias Dávila (1527-1531) a quien luego sucedió su yerno Rodrigo de Contreras (1534-1544). Entre estas dos provincias se encontraba la de Honduras, objeto de rivalidades entre varios conquistadores. Después de un breve lapso en que rigió el gobernador real Diego López de Salcedo (1525-1530), Honduras volvió a disputarse, esta vez entre Alvarado y el adelantado de Yucatán, don Francisco de Montejo, cuya jurisdicción había sido ensañchada, en 1533, para abarcar toda la costa del Caribe, desde el río Coatzacoalcos hasta el Ulúa. En 1539, sin embargo, Alvarado derrotó a Montejo y le forzó aceptar, a cambio de Honduras, la cesión de Chiapas, hasta entonces parte de la gobernación de Guatemala.

En su mayoría, los primeros gobernadores debían sus posiciones a la participación en la Conquista o a la derrota en campo de batalla de otros españoles. Aunque gozaran de títulos reales, en realidad mandaban a su antojo, sin que las autoridades de la Corona ejercieran control efectivo sobre ellos. Por lo general, sus títulos eran vitalicios y a veces también sucesorios. Contaban con poderes amplios, entre ellos los de gobierno y justicia, así como la facultad de distribuir tierras e indígenas en «repartimiento», o «encomienda». El sistema primitivo de gobernaciones manifestaba, por lo tanto, ciertas características feudales. Los gobernadores y encomenderos debían sus posiciones a una relación

personal, formalizada bajo una obligación en que se prometía la lealtad personal y el servicio militar a cambio de prestigio, poder y sostenimiento económico.

Mediante tal sistema de premios y obligaciones, procuraban los jefes de la Conquista consolidar sus posiciones. Con base en la clientela de dependientes y aliados que acumulaban en torno suyo, esperaban perpetuar, en Indias, su dominio personal y el de sus descendientes. De manera similar, los encomenderos también intentaban hacer perdurar sus propios linajes, solicitando repetidamente la heredad de encomiendas y adquiriendo tierras en la vecindad de sus pueblos. La Corona, que en este momento se dedicaba a la sumisión de la aristocracia feudal en España, no admitía que se formara otra en las nuevas provincias de ultramar. Para arrancarles el poder a los conquistadores, las autoridades peninsulares emprendieron lo que se puede llamar la «segunda conquista» —o, en palabras del historiador norteamericano John Leddy Phelan, la «conquista burocrática»².

El instrumento clave de esta «conquista» era la audiencia, tribunal real que se modelaba sobre los que ya existían en ciertas ciudades de España. Cada audiencia consistía en: un presidente con determinado número de oidores (jueces), los cuales eran letrados, graduados en derecho. Servían durante plazos fijos por nombramiento del Consejo de Indias. Las primeras audiencias indianas fueron las de Santo Domingo (1511), México (1528) y Panamá (1538), cuyas fechas de creación reflejan la cronología de la conquista y poblamiento. En distintas oportunidades, cada uno de estos tribunales intentó hacer sentir su autoridad en el istmo centroamericano, pero dichos propósitos no dieron mayor resultado.

La pretensión de la Audiencia de México de ejercer jurisdicción sobre Centroamérica fue fortalecida por la conversión de aquella sede en virreinato. El primer virrey, Antonio de Mendoza (1535-1550), se mostró en varias ocasiones partidario de Pedro de Alvarado, lo que poco condujo al sometimiento de éste a la voluntad real. No fue sino con la muerte de Pedro de Alvarado, en 1541, que se presentó una coyuntura favorable, para la expansión de la autoridad real, en el istmo centroamericano. Le sucedió en el gobierno su viuda, doña Beatriz de la Cueva, quien a su vez pereció en la inundación del 10 de septiembre de 1541, que destruyó la ciudad de Santiago de los Caballeros. El vacío de poder que así resultaba fue llenado entonces por el hermano de la difunta, don Francisco de la Cueva, juntamente con el obispo Francisco Marroquín.

Aprovechando esta situación irregular, Mendoza intervino y nombró como gobernador interino al licenciado Alonso de Maldonado, oidor de México y persona de experiencia en Guatemala. Maldonado encontró reducida su jurisdicción, debido a que Francisco de Montejo

eligió aquel momento para reafirmar sus derechos sobre Honduras. Sin embargo, Maldonado gobernó Guatemala por dos años (1542-1544); luego su autoridad se extendió a todas las provincias istmeñas, al ser nombrado presidente de la nueva audiencia que se estableció en Centroamérica en 1542.

La audiencia

La creación de la audiencia en Centroamérica fue autorizada en las llamadas Nuevas Leyes, aprobadas por Carlos V en Barcelona el 29 de noviembre de 1542. En parte, su fundación respondió a las quejas ante la Corona, especialmente las del fraile dominico Bartolomé de Las Casas (1474-1566), respecto al maltrato que sufrían los indígenas. Pero reflejaba, también, la nueva importancia que cobraba la región con el descubrimiento, en Honduras, de minas de oro y hallazgos similares, aún más importantes, que se realizaban, entonces, en la América del Sur.

En las Leyes Nuevas, se suprimió la Audiencia de Panamá, erigiendo en su lugar dos tribunales nuevos, uno en Lima y otro «en los confines de Guatemala y Nicaragua»³. Este último, que desde muy temprano se llamó la Audiencia de Los Confines, tenía por jurisdicción todo el territorio comprendido desde Tabasco y Yucatán, hasta el istmo de Panamá. En su forma inicial se constituyó por cuatro oidores, uno de los cuales ejercía de presidente.

En el propio texto de las Leyes se nombró a Maldonado como primer presidente. En 1543, la Corona mandó que la Audiencia de Los Confines tuviera por sede a la nuevamente fundada villa de Comayagua. Sin embargo, Maldonado, quien como gobernador de Guatemala conocía bien la región, rechazó tal elección en favor de Gracias a Dios, centro minero del occidente de Honduras. En 1544 llegaron desde España los otros tres oidores —licenciados Diego de Herrera, Pedro Ramírez de Quiñones y Juan Rogel— y en mayo de dicho año se realizó la primera reunión de la audiencia.

La audiencia permaneció en Gracias a Dios por cinco años solamente, ya que la importancia económica de la ciudad disminuía conforme se agotaban las minas hondureñas. También la distancia entre ella y los centros de población de Guatemala, Chiapas y Yucatán representaba una incomodidad para los litigantes, que tenían que viajar desde dichas provincias. En 1549, la Corona, respondiendo a recomendaciones del segundo presidente, licenciado Alonso López de Cerrato (1548-1554), autorizó el traslado de la audiencia a Santiago de los Caballeros. Esta ciudad, destruida en 1541, había sido reedificada en un valle del altiplano central guatemalteco. La amplitud, fertilidad, densa población indígena y ubicación céntrica de la nueva ciudad, ofrecían

muchas posibilidades para el mantenimiento de un importante centro administrativo y comercial. El obispo Marroquín, quien en su entusiasmo por el desarrollo de su ciudad adoptiva también había hecho campaña por el traslado de la audiencia, ofreció para casas reales su propio palacio frente a la plaza mayor.

Durante los años siguientes los términos de la Audiencia de Los Confines sufrieron algunas modificaciones. Por ejemplo, fue separada de ella la provincia de Panamá, la cual se incorporó a la Audiencia de Lima en 1550. En 1556, la audiencia ganó el control de la provincia de Soconusco, centro productor de cacao en el litoral del Pacífico, sólo para perder cuatro años después la jurisdicción sobre Yucatán, que a su vez pasó a ser parte de la jurisdicción de la Audiencia de México. El cambio más fundamental ocurrió en 1563. A raíz de una serie de escándalos en torno al presidente licenciado Juan Núñez de Landecho (1559-1564), la Corona ordenó la disolución del tribunal y de su distrito. En cumplimiento de este mandato, la sede de la audiencia fue trasladada en 1564 a Ciudad de Panamá, mientras que todo el territorio, al oeste de una línea trazada más o menos desde la desembocadura del río Ulúa en el norte hasta el Golfo de Fonseca en el sur fue puesto bajo la jurisdicción de la Audiencia de México.

Sobre todo en Guatemala hubo mucha oposición al traslado de la audiencia. La ausencia de dicho tribunal representaba una pérdida económica para la ciudad y un debilitamiento de su grupo dominante, especialmente para los ricos encomenderos con indígenas en la región cacaotera de Soconusco. También intervino en la controversia el dominico Las Casas, quien afirmaba que la presencia en Guatemala de la audiencia, a pesar de sus fallas evidentes, había significado cierta garantía mínima de justicia para los indígenas, ya que había sido de más fácil acceso para ellos que la de México. En 1567, la Corona resolvió permitir el regreso de la Audiencia a Guatemala, decretando en el mismo momento el restablecimiento de la Audiencia de Panamá, la cual quedó bajo el Virreinato del Perú para no volver jamás a la jurisdicción guatemalteca. La separación jurídica de Panamá del resto de Centroamérica data, pues, de la mencionada fecha, y de este momento en adelante el tribunal centroamericano se conoce como Audiencia de Guatemala.

El 5 de enero de 1570, el nuevo presidente doctor Antonio González (1570-1573), junto con tres oidores y el fiscal de la Audiencia, entraron a Santiago de Guatemala, donde «fueron recibidos con notables muestras de contento y alegría de toda la tierra»⁴. La ciudad tenía mucho que celebrar. El retorno del tribunal le confirmaba su posición de primacía frente a las otras ciudades y villas istmeñas, primacía que crecerá y se consolidará a lo largo de más de dos siglos en que permaneció la audiencia en Santiago. El dominio de la ciudad, en la vida política

centroamericana, llegó a su fin hasta 1773, año en que Santiago fue destruida por una serie de terremotos. Después de esta catástrofe, las autoridades reales resolvieron abandonar la ciudad en favor de una nueva sede de gobierno, la Nueva Guatemala de la Asunción (hoy Ciudad de Guatemala), fundada en 1776.

El presidente, gobernador y capitán general

Las audiencias coloniales desempeñaban funciones que se pueden dividir en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, aunque tal separación es producto del pensamiento político ilustrado del siglo XVIII y no existió como concepto formal en épocas anteriores. A comienzos de la época colonial, presidente y oidores funcionaban de manera colectiva e individualmente como legisladores, jueces de apelación y de primera instancia. También constituían un ejecutivo colegiado, siendo entonces la Audiencia de Los Confines una «audiencia gobernadora».

Respecto del ejecutivo hubo una modificación importante en 1560, cuando al presidente Núñez de Landecho se le agregó el título de gobernador general de la «provincia mayor» de Guatemala (jurisdicción que coincidía en sus linderos con la demarcación de la audiencia). Como presidentes y gobernadores generales, Landecho y sus sucesores contaban con poderes equivalentes al de los virreyes de la Nueva España. Los presidentes de Guatemala gobernaban independientemente de dichos funcionarios, respondiendo directamente ante el Consejo de Indias y a través de él, ante el Rey.

La presidencia guatemalteca creció en autonomía dentro de la nueva jerarquía burocrática gracias además al reconocimiento por parte de la Corona de la necesidad de un mando militar centralizado para el istmo. Los primeros presidentes eran todos letrados, pero desde comienzos del siglo XVII, debido a la creciente amenaza extranjera en el Caribe, el Consejo de Indias empezó a nombrar, ocasionalmente, a representantes de la nobleza de «capa y espada», es decir, a militares. El primer nombramiento de esta naturaleza fue hecho en 1609 en don Antonio Peraza Ayala Castilla y Rojas, conde de la Gomera (1611-1626), a cuyo título fue agregada la dignidad militar de «capitán general».

Después de 1650, aproximadamente, se observa la marcada tendencia de nombrar con frecuencia a militares. A raíz de la distinción entre soldados y abogados, los presidentes y oidores a menudo competían en sus actitudes, prioridades y preocupaciones. Dos presidentes militares de la segunda mitad del siglo XVII, cuyos nombres en particular se destacaron por las controversias que sostuvieron con los otros integrantes de la audiencia, fueron don Martín Carlos de Mencos (1659-1668) y don Jacinto de Barrios Leal (1688-1695).

Las subdivisiones internas: gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos

Con el establecimiento de la audiencia en 1544, se decretó simultáneamente la extinción de todas las gobernaciones primitivas, menos las de Yucatán y Veragua (Costa Rica), donde aún había fronteras de conquista activa. Esta medida creó un problema administrativo, puesto que el territorio de la audiencia era demasiado extenso para que dicho tribunal lo gobernara directamente y porque entre las metas de las Nuevas Leyes se hallaban las de libertar a los esclavos indígenas y socavar el poder de los encomenderos. Todos los indígenas puestos en libertad y los sustraídos a sus encomenderos, conforme a varios de los preceptos de las Leyes, pasaron a «reales manos», es decir, a la Corona, cuyos agentes tenían en adelante la responsabilidad de administrarlos. Aunque hubo oposición por parte de los colonizadores, estas reformas fueron ejecutadas en sus puntos esenciales, especialmente por el presidente Cerrato, siendo el resultado la desaparición de los encomenderos como una capa administrativa.

En su lugar surgió, durante la segunda mitad del siglo XVI, una nueva categoría de administrador, la de los magistrados locales, conocidos —según la localidad y la época— como alcaldes mayores, corregidores y gobernadores, sin confundir esto último con los gobernadores de la primera época ni con el presidente, en su facultad de gobernador general. El uso de los tres títulos refleja la existencia de una jerarquía de valoración; una gobernación por lo general llevaba más prestigio que una alcaldía mayor, y ésta más que un corregimiento. Sin embargo, dicha jerarquía no existía de hecho. Cualesquiera que fueran sus títulos formales, los administradores locales eran iguales en sus poderes y responsabilidades. Cada uno gobernaba independientemente de los otros y todos respondían directamente ante el presidente y la audiencia. Unían en sus personas responsabilidades gubernamentales, judiciales y militares.

Los primeros corregimientos databan de 1547. Al inicio fueron creados exclusivamente para el gobierno de los pueblos indígenas sustraídos a sus encomenderos, conforme a las Leyes Nuevas. Más tarde, y especialmente después del retorno de la audiencia a Santiago en 1570, se empezó a ensanchar la jurisdicción de los corregimientos, incorporándose a ellos mayor número de pueblos, inclusive muchos que quedaban todavía en manos de encomenderos particulares.

Simultáneamente, se iban creando gobernaciones y alcaldías mayores. Estas circunscripciones se distinguían de los corregimientos porque regularmente contenían centros de población no indígena, abarcaban mayores extensiones de territorio y/o contaban con alguna importancia económica o estratégica, por ejemplo, las gobernaciones

de Honduras (1552) por sus minas, Soconusco (1561) por sus cacaotales, Nicaragua (1565) por su ruta transistmica y Costa Rica (1565) por su frontera abierta. Son también representativas de esta tendencia las alcaldías mayores de la Verapaz (1562) por las circunstancias peculiares de su conquista, Sonsonate (1552 o antes) por su puerto en el Pacífico y Santo Tomás de Castilla (1604) por su papel esencial en la defensa de la costa del Caribe. Por lo general, los gobernadores y alcaldes mayores recibían sueldos más altos que los corregidores. En su mayoría debían sus nombramientos a la Corona, mientras que los corregidores tendían a ser designados por los presidentes de la audiencia.

Alrededor de 1646, había en la Audiencia de Guatemala cuatro gobernaciones, ocho alcaldías mayores y dieciséis corregimientos (Cuadro 3.1). De estos cargos, todos los gobernadores y siete de los alcaldes mayores eran nombrados por la Corona, mientras que el presidente de la audiencia todavía nombraba a quince de los corregidores más el alcalde mayor de Santo Tomás, cuya función era primordialmente militar, siendo también castellán de las fortificaciones del Golfo Dulce (lago Izabal). La facultad de nombrar estos funcionarios representaba un sostén importante del poder de los presidentes. Gracias a ella podían premiar a sus parientes y allegados, así como formar alianzas favorables con elementos de la elite colonial.

Sin embargo, la tendencia política de la Corona era incrementar su control sobre los nombramientos. La segunda mitad del siglo XVII, en particular, presencié una serie de reformas dirigidas a dicho fin. Durante este lapso, fueron abolidos varios corregimientos menores, especialmente en Nicaragua y Costa Rica. En Guatemala, en 1678, seis corregimientos importantes se consolidaron para formar las alcaldías mayores de Tecpán-Atitán, Huehuetenango-Totonicapán y Escuintepé-quez-Guazacapán. Estas nuevas jurisdicciones pasaron a ser de nombramiento real, suerte que también sufrieron los distritos de Quezaltenango, Chiquimula de la Sierra y Acasaguastlán en Guatemala y de Sébaco y Subtiava en Nicaragua, pese a que seguían llamándose corregimientos. A principios del siglo XVIII, el único corregidor que todavía era nombrado por el presidente, era el de El Realejo (hoy Corinto, Nicaragua). La Corona se apoderaría de éste en 1722.

La pérdida del patronazgo de estos cargos debilitó a los presidentes frente a los oidores y les hizo más dependientes de los nexos que pudieran formar con las familias locales influyentes. Disponiendo cada vez menos de los empleos que tan afanosamente buscaban los criollos, los presidentes tuvieron que aprovechar otros medios para asegurar su colaboración en los momentos de conflicto político; importante en este sentido era la relación que lograban guardar con los cabildos coloniales, y en particular con el de Santiago de Guatemala.

Cuadro 3.1

Audiencia de Guatemala: Divisiones internas (gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos), mediados del siglo XVII

Provincia	Subdivisión	Calidad	Provisión Sueldo (a)
CHIAPAS			
Soconusco	Gobernación.	Real	600 p.
Chiapas	Alcaldía Mayor	Real	800 p.
GUATEMALA (incluye El Salvador moderno)			
Zapotitlán-			
Suchitepéquez	Alcaldía Mayor	Real	700 p.
Sonsonate	Alcaldía Mayor	Real	600 p.
San Salvador	Alcaldía Mayor	Real	500 p.
Verapaz	Alcaldía Mayor	Real	780 p.
Santo Tomás de Castilla	Alcaldía Mayor	Presid.	500 p.
Quezaltenango	Corregimiento	Presid.	200 p.
Huehuetenango	Corregimiento	Presid.	200 p.
Atitlán (Santiago)	Corregimiento	Presid.	200 p.
Tecpán Atitlán (Sololá)	Corregimiento	Presid.	200 p.
Escuintepeque	Corregimiento	Presid.	200 p.
Guazacapán	Corregimiento	Presid.	200 p.
Acasaguastlán	Corregimiento	Presid.	200 p.
Chiquimula de la Sierra	Corregimiento	Presid.	200 p.
Valle de Guatemala	Corregimiento	(b)	ninguno
HONDURAS			
Honduras (Comayagua)	Gobernación	Real	2.000 p.
Tegucigalpa	Alcaldía Mayor	(c)	?
Tenoco	Corregimiento	Presid.	200 p.
NICARAGUA			
Nicaragua (León)	Gobernación	Real	1.000 d.
Nicoya	Alcaldía Mayor	Real	200 d.
El Realejo	Corregimiento	Presid.	200 p.
Monimbó	Corregimiento	Presid.	200 p.
Sebaco	Corregimiento	Presid.	200 p.
Subtiava	Corregimiento	Presid.	200 p.
Los Chontales	Corregimiento	Presid.	200 p.
COSTA RICA			
Costa Rica (Cartago)	Gobernación	Real	12.000 d.
Quepo	Corregimiento	Presid. ?	

Fuente: Juan Díez de la Calle, Memorial, y noticias sacras, y reales del imperio de las Indias occidentales (Madrid, 1646), hojas 118v, 120v-132 (ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional, Madrid).

a. En pesos (p.) o ducados (d.).

b. Gracias a un privilegio de origen indeterminado, este corregimiento quedaba fuera del sistema administrativo real. Estaba bajo el control del cabildo de Santiago de Guatemala, cuyos alcaldes ordinarios lo servían por turnos.

c. La relación de Díez de la Calle no hace mención de esta importante jurisdicción, separada de la gobernación de Honduras en 1578. A fines del siglo XVI, todavía era de provisión presidencial, pero es probable que luego cambiara a nombramiento real. Mario Felipe Martínez Castillo, *Apuntamientos para una historia colonial de Tegucigalpa y su Alcaldía Mayor* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1982), 20, 101-102.

Los cabildos

El proceso de incorporar los nuevos dominios al imperio dependía en gran parte de la fundación de poblados de españoles, denominados «ciudades» o «villas», según su tamaño o más bien, según la apreciación contemporánea de su importancia. Para el gobierno de estas comunidades se establecían concejos municipales, conocidos como «cabildos» o «ayuntamientos», basados en el modelo de los de Castilla. El mismo modelo fue aplicado, también, al gobierno de las comunidades de indígenas congregadas, que asimismo fueron creados para facilitar la consolidación de la autoridad española y que se llamaban «pueblos de indios».

Cada cabildo se dividía en dos cuerpos, según las dos funciones básicas: gobierno y justicia. El «Regimiento» se encargaba de la administración cotidiana de la municipalidad, dictando ordenanzas para el mantenimiento del orden y del aseo e inspección de las obras, servicios y otras cosas del interés común. Se componía de un número de «regidores», que a mediados del siglo XVII podía variar desde el mínimo legal de cuatro en los poblados humildes, hasta un máximo de veinte en la ciudad de Santiago de Guatemala. La «justicia» la formaba uno o dos «alcaldes ordinarios», según la importancia de la comunidad. Se dedicaban estos jueces a oír causas, tanto criminales como civiles, que surgían dentro de los términos de la municipalidad.

En el esquema español de administración colonial, el cabildo ocupaba el nivel más inferior; sin embargo, era la única entidad en que estaban representados todos dentro del sistema, los intereses locales. Pero esta representatividad era muy limitada. Es cierto que en los primeros años existió una especie de «democracia primitiva», fundada en los valores relativamente igualitarios que prevalecían dentro del pequeño grupo de veteranos de la Conquista. Hubo casos en que los regidores eran electos por los vecinos del lugar, pero fue más común que

los eligieran los regidores salientes, procedimiento que facilitaba la exclusión de los elementos populares. Por lo general, los regidores servían por el plazo de un año, aunque la Corona intervino frecuentemente en el proceso de selección, haciendo nombramientos vitalicios en personas favorecidas. A finales del siglo XVI los cabildos ya estaban firmemente en manos de las familias más ricas y de prestigio en sus comunidades. Este control fue reforzado en 1591, cuando por motivo de las crónicas dificultades financieras la Corona ordenó que en adelante los puestos vacantes se vendieran al mejor postor, lo que afectó solamente a los regidores, ya que los alcaldes ordinarios siempre eran electos por los regidores.

Muy pocos estudios se han hecho de los cabildos centroamericanos, aunque es posible hablar en detalle sobre el de Santiago de Guatemala⁵, institución que puede considerarse típica por el lugar hegemónico que ocupaba en la vida del istmo. El estudio de su evolución social contribuye a una mejor comprensión de los grandes patrones del proceso político colonial en Centroamérica.

Durante el siglo XVI, el cabildo de Santiago se componía en su mayoría por encomenderos. Sin embargo, los cambios institucionales efectuados a partir de la década de 1540 empezaron a socavar la posición económica y política de este grupo. Este proceso se agravó por la crisis demográfica y, en parte por estar relacionado, con el fenómeno del desplome de la economía del cacao, en que se habían basado las fortunas familiares. El cultivo de la tinta añil que surgió en lugar del cacao exigió diferentes requisitos en cuanto a capital, mano de obra y tecnología, condiciones que favorecieron el auge de nuevos grupos, no tanto para los dueños de obrajes (que sí aparecen como miembros del cabildo), sino para los grandes comerciantes de exportación e importación, que dominaban el financiamiento y la comercialización del nuevo producto.

La práctica de dar en arrendamiento los empleos concejiles facilitó que se apoderaran de la corporación municipal los comerciantes, ya que ellos disponían de las sumas en efectivo necesarias cuando éstos eran subastados. Al principio, hubo oposición a la penetración mercantil en el cabildo, basada en la providencia de las Leyes de Indias que prohibía a los regidores dedicarse al comercio. Sin embargo, este obstáculo fue soslayado, en el caso particular de Santiago de Guatemala, gracias a una Real Cédula de 1608, que autorizó a sus capitulares a dedicarse al comercio, con excepción de la regatería, es decir, la venta al por menor en tiendas y tabernas. Ya antes de la promulgación de este decreto, la presencia comercial estaba bien establecida. Durante la segunda mitad del siglo XVII, en particular, la mayoría de los regidores eran comerciantes con gran interés en toda controversia política que en alguna manera tocara al comercio.

La evidencia de Santiago de Guatemala ofrece poco apoyo para la tesis del historiador británico J. H. Parry, en cuanto que la venta de puestos convirtió a «muchos cabildos en oligarquías cerradas y hereditarias»⁶. La herencia directa de empleos no existía en la ley; además, su transmisión a descendientes, u otros parientes, por otros medios no representó sino aproximadamente el 10% de los casos en toda la época colonial. Al contrario, lo que es impresionante respecto al cabildo capitalino es su apertura a la incorporación de elementos nuevos. Durante el siglo XVII, la mayoría de los regidores había nacido fuera de Guatemala.

El grado de control ejercido por las familias más acaudaladas en los ramos más productivos de la economía regional debe haberse repetido en menor escala en los otros centros urbanos del istmo. Si el ejemplo de la provincia vecina de Yucatán en algo nos puede guiar es en el sentido de que un estudio de los otros cabildos centroamericanos revelaría, en las ciudades y villas menos importantes, una mayor concentración de personas nacidas en la provincia, así como de agricultores sin intereses comerciales o financieros⁷.

Aunque dominados por las personas más influyentes de la sociedad colonial, los cabildos en sí no gozaban de mucho poder formal. Herederos de una tradición de autonomía municipal de hondas raíces históricas en la Edad Media, ellos desempeñaron un papel clave en el establecimiento de la autoridad española en Indias, al igual que en su disolución a fines de la época colonial. Sin embargo, su evolución en Indias fue afectada por el conflicto surgido en la metrópoli entre la autonomía municipal y el crecimiento del absolutismo monárquico, lo que se manifestó en Castilla en la Rebelión de las Comunidades (1520-1521). Después de esta experiencia, la Corona española no tenía ningún interés en permitir en el Nuevo Mundo el desarrollo de poderosas instituciones municipales.

En sus finanzas y otros aspectos de la administración cotidiana, los cabildos se encontraban sujetos al control de las autoridades reales, en particular de la audiencia. En la segunda mitad del siglo XVII se observa, especialmente, una tendencia a restringir cada vez más los poderes y privilegios de los concejos municipales. Algunos historiadores han visto en este fenómeno la causa del deterioro institucional que empezaron a sufrir los cabildos por esa época.

La decadencia de los cabildos se manifiesta tanto por un descenso del número de regidores empleados, como por los precios pagados por ellos en las subastas públicas. En Santiago de Guatemala, el número de regidores bajó de veinte a seis entre 1660 y 1694. Esta situación era general. En una relación de 1665, el presidente Mencos informaba que se encontraban vacantes en toda la audiencia veinticinco cargos de regidores, escribanos y otros. En Sonsonate tres regimientos estaban

vacantes desde 1644. También, faltaban tres regidores en Ciudad Real de Chiapas y otros tres en Cartago⁸. A pesar de los muchos remedios propuestos, la situación continuó deteriorándose. En el siglo XVIII hubo casos extremos como el de Ciudad Real, cuando ciertos cabildos dejaron de existir completamente.

No obstante, la relativa falta de poder y la decadencia experimentada en el siglo XVII, los cabildos mantuvieron un papel importante en el sistema de gobierno colonial. Se les reconocía como la legítima expresión corporativa de los intereses locales, y como tal tenían derecho de hacer petición ante el Rey directamente. Sin embargo, la toma de posición, en cuestiones políticas, reflejaba frecuentemente los intereses de las poderosas familias, y no los de la comunidad en general. El declinar de las instituciones municipales no afectó en mucho a la capacidad política de dichas familias que dependieron cada vez más de alianzas personales, matrimoniales y de negocios entre sí y con los distintos integrantes del aparato burocrático real, inclusive con los presidentes, para imponer sus intereses.

El proceso político: resistencia y acomodación

La resistencia local a los primeros esfuerzos de la Corona por ensanchar su autoridad en la colonia no se dejó esperar. Por ejemplo, al recibir la noticia del contenido de las Leyes Nuevas, los regidores de Santiago de Guatemala se dirigieron al Rey en 1543, declarándose, «tan escandalizados como si nos enviara a mandar cortar las cabezas»⁹. La respuesta por parte del grupo privilegiado llegó incluso a la violencia, como lo muestra el ejemplo de la rebelión de los hermanos Contreras.

Una de las víctimas más notables de los cambios institucionales fue el gobernador de Nicaragua Rodrigo de Contreras (1534-1544), quien debía su posición a su matrimonio con la hija de Pedrarias Dávila. Al establecerse la Audiencia de Los Confines, a Contreras se le quitó la gobernación, y también, a los indígenas que tenía en encomienda. Aunque Contreras fue a España en busca de apoyo, la Corona respaldó la decisión de la audiencia. En Nicaragua, Hernando de Contreras, hijo del exgobernador, en franca rebelión asesinó, el 26 de febrero de 1550, al obispo de León fray Antonio de Valdivieso, quien para los sublevados se había convertido en un símbolo no solamente de la causa de los indígenas, sino también de la expansión del poder metropolitano.

De la casa del prelado, los rebeldes pasaron a la del tesorero donde robaron el contenido de la Caja Real. Los Contreras y sus secuaces se embarcaron entonces para Panamá, con la idea de pasar de allí al Perú, donde, según algunas fuentes, esperaban aprovecharse de la situación

caótica para instalar a Hernando como rey. Sin embargo, después de saquear Panamá e intentarlo también, en Nombre de Dios fueron derrotados por fuerzas leales a la Corona. Pedro Contreras desapareció sin huella y su hermano fue encontrado muerto. En 1554, estalló en León otra revuelta, esta vez capitaneada por Juan Gaitán, que fue sofocada por tropas bajo el mando del gobernador Juan de Cavallón (1553-1555).

Rebeliones como las de Contreras y Gaitán no se repetirán en Centroamérica durante los siglos XVI y XVII, pues la autoridad real se estableció cada vez más firmemente. La posibilidad de una resistencia violenta por parte de los pobladores españoles, como de los indígenas, estuvo siempre en los cálculos de la Corona y sus agentes. La primera responsabilidad de cualquier gobernante colonial era mantener en la provincia el orden y la lealtad al rey, pero en ningún momento, durante los siglos XVI y XVII, el aparato estatal estuvo lo suficientemente desarrollado para lograr esto sin contar con la colaboración de los gobernados, especialmente de las elites españolas.

Durante el primer siglo de la colonia, los gobernadores dependían de los encomenderos para administrar los pueblos indígenas, así como para prestar el servicio militar. Más tarde, descendientes del mismo grupo y de familias criollas, algunas de ellas empobrecidas, ocupaban los corregimientos y otros puestos menores de gobierno y justicia. De dicho sector social, también, procedían los oficiales de las compañías de milicias que se empezaron a formar en el siglo XVII. El empleo público representaba una de las pocas actividades lucrativas que consideraban dignas de su categoría social. En cuanto a los sueldos que devengaban por dichos oficios, no eran tan significativos, que eran de ordinario bajos, como la oportunidad que presentaban para la corrupción.

A partir de las últimas décadas del siglo XVI, el sector social políticamente más influyente de la colonia centroamericana fue el de los grandes comerciantes dedicados a la exportación e importación. Este grupo, asentado casi exclusivamente en Santiago de Guatemala, controlaba su cabildo. También servían los comerciantes o sus parientes en varios cargos públicos, especialmente los relacionados con la hacienda real o con el gobierno de aquellas jurisdicciones locales que eran de particular importancia económica, como la alcaldía mayor de San Salvador o el corregimiento de El Realejo. Aun cuando no ejercieran los puestos directamente, los comerciantes mantenían un estrecho vínculo con los que sí lo hacían. Por ejemplo, financiaban y daban crédito a las personas nombradas para corregidores, a quienes convertían en sus agentes comerciales en los pueblos y áreas rurales.

El peso del grupo mercantil era particularmente importante en el ramo de las finanzas públicas. Debido a la pobreza de la colonia, y a

la naturaleza rudimentaria del sistema impositivo, las autoridades difícilmente podían reunir los fondos necesarios para el mantenimiento del gobierno. La fuente más importante eran los tributos indígenas, que se pagaban generalmente en géneros, sobre todo en maíz. Para convertir estos bienes en efectivo, era necesario comercializarlos, proceso en el que entraban los comerciantes, quienes los compraban en almoneda para revenderlos dónde y cuándo se ofreciera la mayor posibilidad de ganancia. Este sistema estaba abierto a prácticas abusivas, por parte de los corregidores como por la de los comerciantes, pero la necesidad financiera que padecía el Estado lo hacía prevalecer.

En cuanto a los impuestos que gravaban a la comunidad española, eran pocos e ineficazmente administrados. El más importante era la alcabala, un arbitrio sobre las ventas que se mandó introducir en Centroamérica en 1576. Debido a la fuerte resistencia de parte de los poderosos grupos locales, no fue sino hasta en 1604 que se empezó a cobrar por primera vez. Para resolver la controversia, la Corona acordó venderle al cabildo de Santiago la administración del derecho, dentro de los límites del Valle Central de Guatemala, por donde pasaba la mayor parte del comercio istmeño. La ciudad pagaba por este privilegio, la suma de 5.000 pesos cada año, sin referencia a la cantidad realmente cobrada. Igual arreglo se hizo para el cobro del derecho de Barlovento, administrado por la ciudad a partir de 1639. Este sistema, que en palabras del historiador Murdo J. MacLeod se reduce a «poco más que a la autotasación de parte de los poderosos»¹⁰, garantizaba al grupo dominante un alto grado de influencia sobre el gobierno, mientras que negaba a la Corona la posibilidad de extraer más que una mínima porción de la riqueza, que con un aparato estatal más moderno se podría haber movilizado.

Los agentes de la Corona reconocían la debilidad del Estado frente a las elites locales. En 1651, se quejaba el oidor Francisco López de Solís de la imposibilidad de ejecutar en Centroamérica los decretos reales que afectarían a los intereses comerciales, debido a que, «en esta ciudad (lo que no he visto en otras)...los mismos mercaderes van mercando los regimientos de ella»¹¹. Durante la segunda mitad del siglo XVII, las autoridades reales hicieron varios intentos por aumentar el poder de la Corona frente a este grupo. Por ejemplo, se quitaron a la ciudad los asientos de la alcabala (1667) y barlovento (1676), encargándoselos a la Real Audiencia. A pesar de haberse producido un incremento notable de ingresos, estas medidas no lograron cambiar en mucho las relaciones existentes de poder. Cuando en 1688, un oidor diligente buscó corregir algunos de los abusos que caracterizaban la administración de la aduana, fue objeto de un intento de asesinato y tuvo finalmente que refugiarse en el colegio de la Compañía de Jesús.

En resumen, el estado rudimentario del gobierno central hacía di-

ficil o imposible ejecutar decisiones contra la sistemática resistencia de los poderosos grupos locales. Como prueba de esto, basta citar que entre 1671 y 1702 hubo en Centroamérica cuatro visitas generales, sin que ninguna de ellas diera resultados de importancia. El Estado colonial era así un aparato mediatizado, dependiente en la extracción de recursos como en el control social de la colaboración de agentes no gubernamentales, que incluían a las elites coloniales, pero también a algunos principales indígenas. Otro colaborador de gran importancia durante esta época era la Iglesia católica romana, a la que nos dedicaremos en el próximo capítulo.

IGLESIA Y SOCIEDAD

La historia del imperio español en Centroamérica se encuentra íntimamente relacionada con la de la Iglesia católica romana. La experiencia de vida en una frontera religiosa dio lugar en los pueblos ibéricos a una equivalencia entre catolicismo militante e hispanismo a ultranza. Era natural, pues, que una vez terminado el proceso de la Reconquista en España se abriera una nueva frontera de la fe, esta vez en ultramar.

Hay en realidad dos historias de la Iglesia en los siglos XVI y XVII. La una es de la misionización llevada a cabo por las órdenes religiosas, cuyos frailes, inspirados de una visión milenaria del reino de Dios hecho realidad en el Nuevo Mundo, arriesgaron la vida por ganar ánimas para la fe cristiana. La otra, más extensa, trata de la evolución de la Iglesia como depositaria del poder político, social y económico. La Iglesia colonial tenía un papel importante en el sistema del poder; bajo la dinastía de los Habsburgo, en particular, figuraba como un aliado de la Corona, al constituir una burocracia paralela que pesaba sobre todos los aspectos de la vida, separada del Estado sólo por los linderos más vagos e indeterminados.

La conquista espiritual

El primer sacerdote católico en Centroamérica, según la tradición, fue un franciscano de nombre fray Antonio, quien acompañaba a Cristóbal Colón en su cuarto viaje. En las décadas siguientes pasaron por la región otros miembros del clero, en compañía de varios de los conquistadores. Se cita como ejemplos al padre Diego de Agüero, compa-

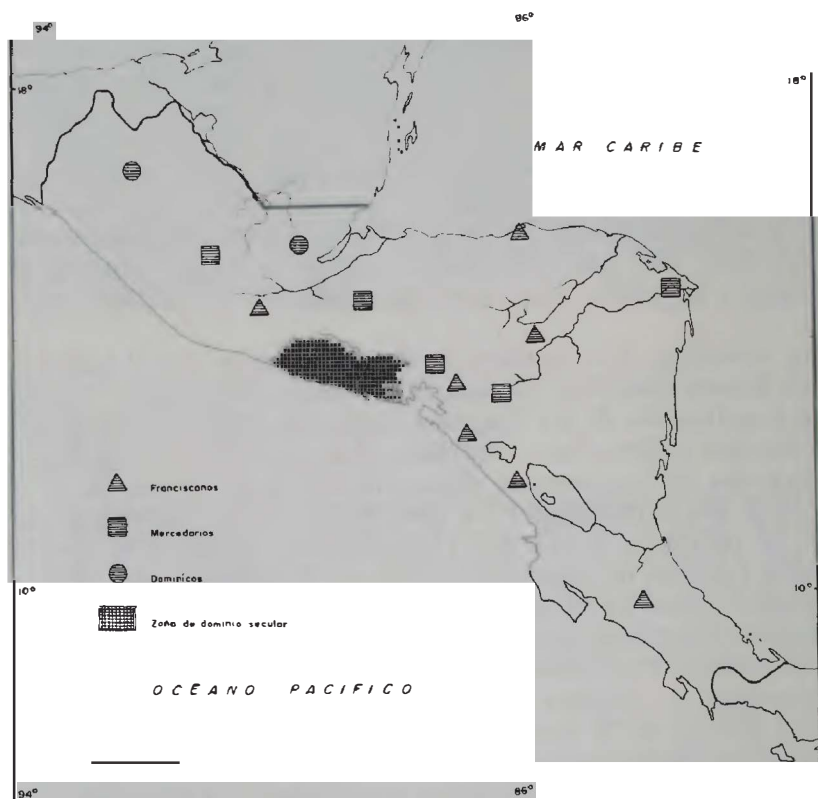
nero de Gil González Dávila en su expedición de 1522, y al padre Juan Godínez, partidario de Pedro de Alvarado en Guatemala.

En Centroamérica, al igual que en otras partes de las Indias, se estableció desde el principio una división del trabajo dentro del sacerdocio. Los clérigos seculares eran pocos en número, y se limitaban casi exclusivamente a la administración de las parroquias establecidas en los centros de población española y mestiza. Muchos de ellos se trasladaron al Nuevo Mundo en busca de fortuna y del adelantamiento de sus carreras. Los más afortunados llegaron a ocupar posiciones de autoridad y prestigio, tales como dignidades de los cabildos eclesiásticos.

Por contraste, los regulares se dedicaban a lo que el historiador francés Robert Ricard ha llamado la «conquista espiritual»¹², es decir, a la evangelización de los indígenas, organizándolos en parroquias incipientes que se llamaban «doctrinas». Las tres órdenes religiosas más involucradas en la campaña misionera del istmo fueron las de San Francisco, Santo Domingo y La Merced. Existieron también otras órdenes, en particular las de San Jerónimo, San Agustín y la Compañía de Jesús, pero sin un papel importante en la campaña misionera.

Desde el inicio los frailes de las distintas órdenes compitieron entre sí, buscando cada una apropiarse de los territorios con las condiciones más favorables. Para finales del siglo XVI la colonia centroamericana se encontraba ya dividida en esferas de control. En Centroamérica, tal y como ocurría en la Nueva España, los franciscanos constituían el elemento más numeroso, con casas en todas las provincias. Dominaban el área alrededor del lago Atitlán y constituían una presencia importante en Chiapas y en lo que hoy es El Salvador, al igual que en Honduras y en Nicaragua. En Costa Rica eran los únicos misioneros. Los dominicos controlaban Chiapas, la Verapaz y el altiplano norte de Guatemala, pero tenían poca presencia en otras partes. En cuanto a los mercedarios, tenían control del altiplano occidental guatemalteco, pero también representaban una fuerza importante, aunque poco numerosa, en Honduras y Nicaragua.

Para efectuar la «conquista espiritual» en sus respectivas áreas, los frailes debían superar muchos obstáculos, por ejemplo, aprender rápidamente los distintos idiomas indígenas. Otra dificultad era la dispersión de la población indígena en extensos territorios, problema que fue resuelto mediante la política de «congregaciones» o «reducciones». Para esto, y para el trabajo de misionero en general, era necesario ganarse la confianza de los indígenas, o por lo menos la de sus dirigentes. Por lo general, los frailes intentaban primero hacer contacto con los jefes indígenas o «caciques», ofreciéndoles regalos para que aceptaran el bautismo, con la esperanza de que este ejemplo atrajera a los otros indígenas. Caso conocido es el del cacique don Juan, quien ayudó a fray



3.1. ORDENES RELIGIOSAS Y MISIONES.

Bartolomé de Las Casas y a su compañero fray Pedro de Angulo en la fundación de Rabinal en la Verapaz, alrededor de 1537.

Durante el curso de dicho proyecto, Las Casas llevó a don Juan junto con otros caciques a la ciudad de Santiago, donde fueron recibidos por el obispo Francisco Marroquín y el adelantado Pedro de Alvarado. Regresaron a su tierra cargados de «cosas de su gusto como machete, sombrero, espejo, agujas o cascabeles» y convencidos, por lo tanto, del valor de hacer convenios con los españoles¹³. Este acuerdo dependía no tanto de la conversión sincera del cacique como de su reconocimiento de que en las nuevas condiciones deslocalizadoras impuestas por la conquista la supervivencia del grupo (para no decir la preservación de su propio prestigio y autoridad dentro de él) se podía asegurar sólo colaborando con los frailes.

Destaca la eficacia de los métodos utilizados por los misioneros, cuando se considera la relativamente poca resistencia a la campaña evangelizadora durante el primer siglo. Sin embargo, hubo casos en que algunos indígenas manifestaron su rechazo a la nueva fe. La renuencia se expresaba mediante la huida de la reducción, problema más frecuente durante la primera fase de la política de congregación. En algunas ocasiones, la desconfianza podía conducir a la rebelión violenta con resultados fatales, especialmente si la presencia del poder español no se sentía muy cerca, o cuando los mismos frailes no se comportaban con suficiente respeto y moderación. Entre los casos de misioneros martirizados a causa de sus propios excesos, es digno de mención el de fray Juan Pizarro, uno de los primeros franciscanos que llegaron a Costa Rica y que fue muerto por los indígenas de Quepo en 1581. Según se afirmaba, Pizarro se había atrevido azotar personalmente a algunos principales del lugar ¹⁴.

A pesar de los casos aislados de resistencia, el trabajo de misionero parecía progresar rápidamente —al menos en cuanto a la simple aceptación de los sacramentos. Los indígenas encontraban útil para la preservación de su identidad étnica ciertos elementos de la cristiandad, entre ellos los nuevos pueblos formados por los frailes, las iglesias con sus cruces e imágenes, el culto a los varios santos patronos, etcétera. Sin embargo, en cuanto a la internalización de los principios más fundamentales de la fe como era entendida por las autoridades eclesiásticas, la «conquista espiritual» de los indígenas permaneció siempre sin completar.

Dicha conquista representaba en el fondo el choque de dos tradiciones irreconciliables. Por una parte, la religión indígena, una tradición politeísta y animista de mucha antigüedad, que siempre había estado dispuesta a incorporar elementos nuevos, mientras por la otra el cristianismo constituía un sistema recién importado, que exigía que los nuevos adherentes abandonaran todas las creencias viejas. Ciertas ideas cristianas como la de un solo Dios deben de haber sido bastante difíciles de entender con perfección por los indígenas, mayormente cuando los frailes hablaban de las tres «personas» de la Trinidad. Igualmente ambigua sería la distinción que se hacía entre los «ídolos», que los frailes derribaron por todas partes, y los crucifijos, santos y vírgenes que colocaron en su lugar.

En respuesta, los indígenas confeccionaron su propia vida ritual en que preservaban elementos del culto prehispánico. Entre éstos se incluían los bailes ceremoniales, algunos de los cuales eran de origen pagano. Por ejemplo, el «baile del cautivo» (*tum-teleche* en idioma quiché) incorporaba una dramatización del sacrificio humano, faltando solamente la muerte de la víctima. Este baile seguía practicándose en varias partes del altiplano y costa sur de Guatemala, a pesar de las

repetidas prohibiciones oficiales. Por ejemplo, una visita llevada a cabo en Zapotitlán en 1704 reportó la existencia no solamente de «maestros de bailes», sino también lo que era en efecto toda una iglesia alternativa, con su propia jerarquía, sacerdocio especializado, lugares de culto y calendario ritual. Todo se basaba en las tradiciones prehispánicas, pero incorporaba también algunos elementos de la cristiandad, como el nombrar a ciertos integrantes de la jerarquía «obispo» o «papa»¹⁵.

Por varios motivos, los frailes toleraban muchas de las sobrevivencias heterodoxas, hasta permitir que las iglesias se utilizaran para ciertos ritos indígenas. Temían la posibilidad de un asalto físico si trataban de interferir, pero, lo más importante, no querían perder la buena voluntad de sus feligreses, cuyas prestaciones financieras sufragaban el costo de las misiones. La experiencia del trabajo en los pueblos indígenas convenció a los clérigos de que había límites más allá de los cuales no pasaría la cristianización de la población autóctona. Los frailes, por lo general, se contentaban si, dejando los «ídolos» y otras prácticas más visibles, los indígenas aceptaban el bautismo y los otros sacramentos. Si los indígenas estaban dispuestos a reconocer la autoridad del rey y de los religiosos, así como a hacer las prestaciones para el mantenimiento del culto católico, esto para los frailes era ya «conquista» suficiente.

Iglesia y Estado: el patronato real

La Iglesia colonial no se preocupaba solamente por la catequización de la población indígena, sino que también funcionaba como brazo del Estado al colaborar tanto en la Conquista como en el poblamiento y gobierno de las colonias. En el mundo hispano, la Iglesia y el Estado se reforzaban mutuamente, defendiendo éste la autoridad eclesiástica mientras que aquélla apoyaba el derecho divino de los reyes.

El éxito de la alianza, desde el punto de vista de la Corona, dependía de la prerrogativa que gozaba de intervenir en las actividades de la Iglesia. Conocido como «patronato real», este privilegio se justificaba por el papel especial que históricamente le correspondía a la monarquía española como baluarte de la fe católica contra los infieles. El patronato estaba implícito en la bula *Inter cætera* (1493), por la cual el papa Alejandro VI pretendía repartir el mundo no cristiano entre los monarcas de España y Portugal, bula revalidada por los papas de 1501 y 1508. Bajo el patronato real, los reyes de España determinaban en sus reinos las jurisdicciones territoriales de la Iglesia, presentaban candidatos a todos los oficios eclesiásticos y cobraban el diezmo, reteniendo parte de él y haciendo distribución del resto. También reclamaban el derecho de aprobar la publicación de los edictos papales.

A inicios de la época posterior a la conquista, por falta de otras posibilidades, el patronato fue ejercido en forma irregular por los gobernadores locales. Ellos se encargaban de crear parroquias y de nombrar curas para servir las. Este sistema promovía el aumento del poder de los gobernadores, sin garantizar la inspección adecuada de los pocos sacerdotes disponibles, seculares o regulares. Durante la década de 1530, para establecer mejor la autoridad de la Corona sobre el clero, el istmo fue dividido en cuatro obispados: el de Nicaragua con sede en León (1531), Honduras en Trujillo (1531) y trasladado a Comayagua alrededor de 1570, Guatemala en Santiago (1534) y Chiapas en Ciudad Real, (1538). Esta estructura jurisdiccional quedaría sin mayores cambios durante el resto de la época colonial, a excepción del efímero obispado de la Verapaz, establecido en 1599 y suprimido en 1607, cuando fue agregado a la diócesis de Guatemala, cuyo prelado se conoció en adelante como obispo de Guatemala y de la Verapaz. Dos provincias centroamericanas, que no llegaron a contar con sus propios obispos sino hasta después de la Independencia, fueron San Salvador, parte de la diócesis de Guatemala, y Costa Rica, que permaneció sujeta a la de León. El área fronteriza del Petén, poco conocida y menos subyugada, se consideraba parte del obispado de Mérida, Yucatán.

Los primeros obispos hicieron frente a varios obstáculos en la consolidación y ensanchamiento de su autoridad. Por ejemplo, la Corona esperaba que protegieran a los indígenas de los abusos de los españoles. Sin embargo, cualquier esfuerzo concienzudo en este sentido no prometía sino enemistarse con los miembros más influyentes de la población europea local. Otra limitación que restringía a los prelados era la relativa pobreza de sus diócesis. Frecuentemente les resultaba imposible cobrar aun esos recursos que por ley les pertenecían, especialmente los diezmos. Conflictos sobre tales cuestiones podían conducir hasta la violencia, como sucedió en Nicaragua en 1543, cuando fue secuestrado y expulsado de la provincia el administrador interino de la diócesis, o en 1550 con el asesinato del obispo Valdivieso.

Otra dificultad que padecían los obispos era una marcada escasez de sacerdotes. En 1550 informaba el presidente Cerrato de que en todo «el obispado de Honduras no hay sino tres clérigos y un fraile que no bautizan ni doctrinan indios»¹⁶. Semejante situación se manifestaba en las provincias que ofrecían pocas atracciones, especialmente para los miembros del clero secular. La mayor necesidad de sacerdotes se daba en las doctrinas indígenas, distantes de los centros de población española. El trabajo misionero podía ser peligroso y por lo general no muy lucrativo, ya que los productos de la agricultura indígena estaban exentos del diezmo. Lo que es más, la evangelización exigía un grado de disciplina e instrucción de difícil acceso en las colonias. Conforme a lo mandado por el Concilio de Trento (1545-1563) respecto a la for-



3.2. OBISPADOS CENTROAMERICANOS.

mación adecuada del clero, fueron creados Colegios Seminarios en Guatemala (1592) y en Nicaragua (1680). Sin embargo, estas fundaciones aparecieron demasiado tarde para satisfacer la gran demanda de sacerdotes que se experimentaba en el primer siglo de la colonia.

Para llenar el vacío de clérigos seculares, tanto los obispos como las autoridades civiles solicitaron repetidamente que se mandaran a Centroamérica miembros de las órdenes religiosas. Los frailes de las órdenes contaban con las cualidades necesarias para el trabajo entre los indígenas, pero su presencia numerosa en la colonia tendría resultados contrarios a los previstos por los obispos. El monopolio establecido por

las órdenes religiosas en las doctrinas indígenas representaba, por ejemplo, un impedimento a la expansión de la autoridad diócesana, ya que tradicionalmente los no frailes respondían más a sus propias autoridades provinciales que a los obispos locales. Tan serio llegó a ser el problema, que en 1591 el obispo de León, fray Domingo de Ulloa, él mismo dominico, se permitió observar que sin frailes Nicaragua estaría mejor servida ¹⁷.

La formación del clero colonial

El papel desempeñado por los frailes en las misiones centroamericanas era algo fuera de lo acostumbrado en Europa. Funcionaban como curas párrocos no solamente adoctrinando a los nuevos adherentes a la fe, sino también administrando los sacramentos, lo que ordinariamente se consideraba papel exclusivo del clero diocesano. Las autoridades reales y episcopales esperaban que, una vez concluida la «conquista espiritual», los regulares abandonarían las doctrinas para volver a la vida contemplativa en sus monasterios, convirtiéndose entonces las doctrinas en parroquias atendidas por sacerdotes seculares, con incremento del poder episcopal y, por lo tanto, también del poder real.

La secularización de las doctrinas, por consiguiente, debió de haber sido un proceso natural, autoimplementándose gradualmente conforme se concluía la fase inicial de la conversión. Sin embargo, las órdenes religiosas no quisieron ser desalojadas de la base de poder y autonomía que habían establecido en las comunidades indígenas. En 1583, el rey Felipe II ordenó que las doctrinas pasaran a manos seculares, pero los regulares resistieron esta innovación con éxito, manteniéndose firmes en su rechazo hasta mediados del siglo XVIII. En la campaña contra la secularización, los regulares citaban varios argumentos a su favor. Alegaban, por ejemplo, tener superioridad lingüística sobre los seculares, de los cuales muy pocos sabían o estudiaban lenguas indígenas. Los regulares reclamaban también una superioridad moral, insistiendo en que la corrupción y mundanalidad del clero secular lo hacían poco adecuado para el trabajo entre los indígenas.

Más importante era la insuficiencia numérica de los clérigos seculares. Los regulares —que por lo general se negaban a colaborar en los esfuerzos por formar más sacerdotes— mantuvieron su posición dominante hasta finales del siglo XVII. No fue sino hasta el siglo XVIII que el número de seculares empezó a crecer significativamente. Al parecer, esto se debió a cambios económicos y demográficos que redundaron en un aumento de los diezmos cobrados. Los curatos se hicieron más atractivos, y por consiguiente aumentó el número de jóvenes criollos que buscaban carrera eclesiástica. Al mismo tiempo, los obispos empezaron

a contar con los medios necesarios para el mejoramiento de los colegios seminarios.

Durante toda la colonia, los obispos nombrados fueron en su mayoría personas nacidas en España. Sin embargo, después de las primeras décadas empezaron a predominar en el bajo clero los nacidos en la colonia. Nos faltan estudios sobre el clero secular durante la época colonial, pero parece razonable sugerir que para mediados del siglo XVII la gran mayoría de los sacerdotes diocesanos era de origen criollo. Semejante tendencia se observaba también dentro de las órdenes religiosas, donde frailes criollos comenzaron ya a preponderar a inicios de dicho siglo. Fray Thomas Gage, dominico inglés que estuvo en Chiapas en 1626, cuenta que por no ser oriundo de la colonia el provincial del lugar lo acogió cordialmente, viéndolo como posible aliado en su rivalidad contra los frailes criollos¹⁸. Era muy común en los monasterios esta clase de conflicto. Hacia mediados del siglo XVII (1647 en el caso de los franciscanos) se estableció en las órdenes religiosas la práctica de la «alternativa», bajo la cual los frailes peninsulares y criollos alternaban anualmente en los puestos de autoridad.

La presencia criolla en el clero servía para reforzar el enlace que se desarrollaba entre Iglesia y grupos dominantes locales. A los hijos menores de familias terratenientes y comerciantes, una carrera eclesiástica prometía tanto seguridad financiera como la garantía del prestigio apropiado para su condición social. Era común que las mismas familias que ocupaban los puestos de honor en el gobierno civil también lo hicieran en el eclesiástico.

El poder económico de la Iglesia

El creciente poder económico de la Iglesia se debía, en parte, a su relación con las familias más pudientes. Por ejemplo, mediante la fundación de «capellanías» personas ricas buscaban perpetuar su memoria y, a la vez, garantizar empleo a sus hijos, nietos u otros descendientes que en el futuro eligieran seguir carreras eclesiásticas. Semejante función tenían los conventos de monjas en cuanto a las hijas y nietas; el primero de ellos, el de la Concepción, fue fundado en Santiago de Guatemala en 1578. Cada monja, en el momento de profesar, aportaba como dote una cantidad de capital. Según Gage, esta suma podía alcanzar a «quinientos ducados la que menos, algunas seiscientos, otras siete, y otras mil, las cuales a cabo de unos años... vienen a producir una gruesa renta anual»¹⁹.

Además, de las sumas aportadas por las capellanías y las dotes de las monjas, la Iglesia contaba también con rentas procedentes de otras fuentes, entre las cuales cabe mencionar, especialmente, el diezmo. Pres-

tación muy antigua, era la que correspondía a la décima parte del producto agrícola que cada parroquia cobraba en especie en el momento de la cosecha. La costumbre en Centroamérica era que el diezmo se pagara sólo sobre los productos «de Castilla» (trigo, caña de azúcar, tinta añil, etc.) y no «de la tierra» (el maíz, el frijol, etc.). En efecto, los agricultores indígenas centroamericanos estuvieron exentos del pago del diezmo, lo que no sucedió en otras partes de Indias, donde conforme pasaba el tiempo también lo pagaron.

El diezmo constituía, en gran parte la base financiera del poder episcopal, especialmente en el obispado de Guatemala, cuya jurisdicción incluía no solamente las áreas de mayor densidad demográfica, sino también las provincias de Sonsonate y San Salvador, centros productores de la tinta añil. Los ingresos proporcionados por el diezmo permitieron el enriquecimiento de la diócesis guatemalteca y contribuyeron a un proceso de diferenciación frente a las otras diócesis que culminaría con la elevación de su prelado a la dignidad de arzobispo metropolitano en 1743. Los otros obispos centroamericanos no fueron tan afortunados y se quejaban, repetidamente, del poco rendimiento del diezmo en sus jurisdicciones.

En las diócesis ricas y en las pobres los obispos y los cabildos eclesiásticos consumían el producto del diezmo, a pesar del precepto legal que garantizaba los dos novenos a los curas párrocos. En teoría, el diezmo debía garantizar a los sacerdotes que servían en las parroquias una fuente firme de ingresos. Sin embargo, como ha señalado el historiador Adriaan Cornelis van Oss, «las parroquias no vieron jamás ni un peso de los diezmos a que legalmente tenían derecho»²⁰. La Corona y las autoridades episcopales se aprovechaban de porciones mucho mayores de las que por ley les tocaba. Como consecuencia, el clero a nivel parroquial tenía necesidad de fuentes alternativas de financiamiento.

Entre éstas se contaban los cobros por oficiar bautismos, casamientos, entierros y otros oficios rituales. Aunque la ley eximía a los indígenas del pago de tales derechos, se les cobraba en sus comunidades, al igual que las de españoles y mestizos. Importantes para el clero parroquial eran los ingresos recibidos en recompensa por servicios rituales prestados a las «cofradías» o «hermandades». Estas asociaciones voluntarias de ayuda mutua, dedicadas al culto de algún santo de veneración local, se financiaban por pequeñas contribuciones particulares; en su conjunto, sin embargo, representaban un recurso económico muy importante. Para la gente humilde de la colonia, desempeñaban un papel semejante al de las capellanías, pues garantizaban la celebración de misas para las almas de los cofrades difuntos. Las cofradías al parecer databan de muy temprano y se multiplicaron rápidamente; algunos pueblos a mediados del siglo XVII contaron hasta con doce. Gran parte de los ingresos producidos por el capital que poseían se

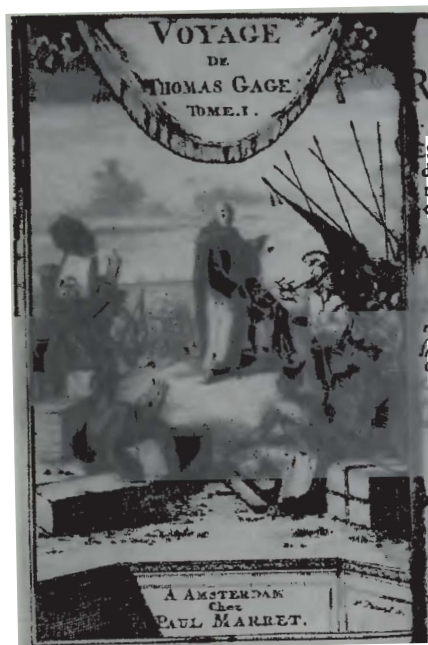
gastaba en pagar a los curas por oficiar, en varias ocasiones, el culto al que estaban consagrados.

Las distintas fuentes de ingresos del clero parroquial le permitían no solamente cierto grado de autonomía frente a la jerarquía y al Estado, sino también el enriquecimiento en forma individual. No faltan ejemplos de fortunas grandes como el caso del padre Antonio de Grijalba, cura párroco de El Realejo, quien en 1621 decía poseer unas haciendas en que mantenía a treinta piezas de esclavos, dos obrajes de tinta añil con una producción anual de sesenta quintales y mil cabezas de ganado. Informaba Grijalba que estas propiedades le rendían más de 6.000 pesos al año ²¹. El caso de Grijalba no era único; hubo al parecer muchos curas rurales, cuyos ingresos excedían a los que gozaban los propios corregidores y alcaldes mayores.

Al contrario de los clérigos seculares, los miembros de las órdenes regulares al profesar hacían voto de pobreza, que les prohibía acumular caudales personales. Sin embargo, dicho voto no constituía ningún impedimento para tal acumulación por parte de las órdenes y sus monasterios. Éstos se encontraban entre los más importantes terratenientes de la colonia, especialmente en el Valle Central de Guatemala, donde eran dueños de los más grandes ingenios de azúcar y molinos de trigo. En torno a 1630, se estimaba que las rentas anuales del convento dominico de la ciudad de Santiago ascendían a unos 30.000 ducados y que el tesoro de su iglesia valía otros 100.000. También eran importantes las propiedades que poseía dicha orden en las provincias de Chiapas y la Verapaz.

Thomas Gage, quien se volvió protestante al regresar a su tierra natal en 1637, se burlaba de los «frailes gordos» que se mantenían de las rentas producidas por las empresas lucrativas de los dominicos. También señalaba con desaprobación el lujo en que vivían las monjas en los conventos. En el de la Concepción, por ejemplo, «se juzgaba que vivían como mil mujeres, no todas monjas, sino monjas con sus sirvientes o esclavas y las niñas a quienes criaban y enseñaban a trabajar» ²². Entre las monjas ricas de aquella época, destacaba la figura de sor Juana de Maldonado y Paz, hija de un oidor de la Audiencia. Dentro del claustro, contaba sor Juana con su propio apartamento y capilla, los dos ricamente amueblados. Contaba, además, con seis esclavas negras para su servicio personal.

La Iglesia gastaba una porción importante de la riqueza que poseía en la ostentación, en la construcción de templos y en las obras de arte que las adornaban, así como en la vida ociosa de los religiosos que tanto criticaba Gage. Sin embargo, dicha riqueza también permitía a las autoridades eclesiásticas desempeñar ciertas funciones que hoy se considerarían responsabilidad del Estado. Entre éstas se contaban la educación a todo nivel y los servicios de hospitales y de bienestar so-



NOUVELLE RELATION, CONTENANT

LES VOYAGES DE THOMAS GAGE
dans la Nouvelle Espagne, ses diverses avan-
tures, & son retour par la Province de Ni-
caragua, jusqu'à la Havane.

AVEC

UNE DESCRIPTION DE LA VILLE
de Mexico telle qu'elle étoit autrefois,
& comme elle est à présent.

SEULE UNE DESCRIPTION
exacte de ses Terres & Provinces que possèdent les Es-
pagnoles en toute l'Amérique, de la forme de leur
Gouvernement Ecclesiastique & Politique, de leur
commerce, de leurs Arts, & de celles des Criol-
les, des Africains, des Métis, des Indiens, &
des Nègres.

TOME I.



A AMSTERDAM;

chez PAUL MARRET, dans le nouveau Palais
proche le Danubius. Remarque.
M. DC LXXXV.

3.3. PORTADA DEL LIBRO DE THOMAS GAGE.

cial. Aun así, se hacía notar la gran desigualdad que caracterizaba a la sociedad colonial. Mientras que todo el mundo contribuía al financiamiento de la Iglesia, los servicios (inclusive aquellos que se dirigían a una clientela humilde) se concentraban desproporcionadamente en los grandes centros urbanos, sobre todo en la ciudad de Santiago de Guatemala. A fines del siglo XVII, dicha capital contaba con la única universidad de Centroamérica y con la mayoría de los colegios, beaterios, hospitales y otros establecimientos semejantes.

La Iglesia como instrumento de control social

El clero católico ocupaba un lugar clave en el sistema de poder colonial, especialmente a nivel local. Según observaba Van Oss,

en la época colonial ninguna política se implementaba, ningún censo se levantaba, ningún impuesto se cobraba, sin la intervención del cura párroco... El clero rural hacía la diferencia entre el orden y la anarquía en el campo²³.

La posición de poder e influencia de que gozaban los curas y vicarios se debía a que en las comunidades rurales, por lo general, eran ellos los únicos representantes del aparato imperial. Tal importancia se acentuaba por su papel de intermediarios entre la burocracia y el pueblo, sobre todo en las parroquias indígenas, donde las debilidades del sistema de control se agravaban por las barreras lingüístico-culturales.

Además de colaborar en las tareas cotidianas de gobierno, la Iglesia se encargaba de reforzar el conformismo ideológico y del castigo de las «malas costumbres». El instrumento más conocido para el logro de este fin era el Santo Oficio de la Inquisición, que funcionaba en Indias a través de tribunales establecidos en Lima y Ciudad de México en 1570 y 1571, fundándose el tercero y último en Cartagena de Indias en 1610. El Santo Oficio se preocupaba, casi exclusivamente, de vigilar el comportamiento de los habitantes de sangre española y mestiza. Debido a su condición de neófitos, los indígenas no se encontraban sujetos a él, aunque sí podían ser enjuiciados por las autoridades civiles cuando eran acusados de idolatría, hechicería u otras desviaciones.

En Centroamérica, las actividades del Santo Oficio estaban a cargo de «comisarios», quienes respondían ante el tribunal de México y cuyas responsabilidades incluían recibir las denuncias y averiguar los casos. Si juzgaban que en determinado asunto existía suficiente evidencia como para proceder con un juicio, tenían la autoridad de detener al acusado y efectuar su traslado a la custodia del tribunal mexicano. Conforme pasó el tiempo, el aparato de la Inquisición fue creciendo en el istmo. Al principio hubo comisarios, únicamente en las cuatro sedes diocesanas; hacia fines del siglo XVII se contaban ya unos cuarenta y dos, asentados en las ciudades, villas y otros lugares donde había núcleos de población española o mestiza. De particular importancia eran los comisariatos de los puertos de Sonsonate y El Realejo, donde se efectuaba «el registro y revisión de navíos, que suelen traer gente sospechosa, o libros y otros objetos, cuyo uso ha sido prohibido por la Inquisición»²⁴.

La jurisdicción de la Inquisición era independiente tanto de la de los obispos como lo de las autoridades civiles. Para preservar esta autonomía y no depender de los otros poderes, los comisarios preferían canalizar sus actividades por medio de su propio personal. Por este motivo, contaban en el desempeño de sus funciones con la ayuda de otros oficiales, entre ellos los «familiares», personas particulares afiliadas al Santo Oficio y a quienes se responsabilizaba para ciertos mandados que no convenía encomendar a personas ajenas a la Inquisición. Afiliarse al Santo Oficio con título de familiar o alguacil era cosa deseada por parte de las elites criollas, especialmente de los comerciantes, debido a que el fuero de la Inquisición significaba que sus remesas no estarían sujetas a revisión en la aduana.

Aunque el Santo Oficio fue establecido, en primer lugar, para perseguir la herejía se produjeron muy pocos casos en Centroamérica. Las actividades de los comisarios se dirigían más a la intervención en casos de blasfemia e irreligión y en general a velar por la moralidad pública y la buena disciplina del clero. Muchos de los casos tratados se referían a bigamia o amancebamiento, y una de las acusaciones hechas más frecuentemente contra clérigos era la de «solicitud de confesionario», es decir, el abuso de su oficio para la seducción de las mujeres penitentes. Asimismo, hubo una plétora de causas en contra de sospechosos, brujos, hechiceros o adivinadores.

La Inquisición figura como una institución sombría en la historiografía liberal, con lo que se busca desprestigiar la herencia española y sobre todo a la Iglesia. Sin embargo, la noticia del establecimiento del Santo Oficio en Centroamérica no fue recibida con miedo ni resistencia, sino con beneplácito general. Se esperaba que los esfuerzos de la Inquisición sirvieran para proteger a la comunidad de los peligros representados por aquellos modos de expresión o comportamiento que se consideraban ofensivos a Dios.

La religión formal y la religión popular

A pesar del papel importante que le correspondía en la vida política, económica y social de la colonia, en lo espiritual el quehacer de la Iglesia institucional se limitaba por lo general al cumplimiento con los requisitos litúrgicos y a la administración de los sacramentos. La religión formal, que se relacionaba con la ortodoxia y con las grandes cuestiones de la teología, pesaba más en los centros urbanos, donde se concentraba el mayor número de clérigos. En el campo la situación era distinta. La parroquia rural generalmente consistía en varios pueblos («visitas») organizados alrededor de otro («cabecera»), donde residía el párroco. Éste, si era concienzudo, pasaba el año viajando por largos y malos caminos de una visita a otra, celebrando en cada una de ellas la misa y administrando los sacramentos.

Ausente por lo regular durante gran parte del año el único representante de la Iglesia institucional, en las áreas rurales floreció la religión popular, que se caracterizaba por un ciclo de ceremonias a cargo de autoridades laicas de la comunidad. Los cabildos, y especialmente las cofradías en los pueblos indígenas, se responsabilizaron del mantenimiento y aseo de la iglesia, así como de la organización de las procesiones y otras actividades del culto, independientemente del sacerdocio oficial. Al contrario del énfasis que ponía la Iglesia institucional en el conformismo doctrinal, la religión popular enfatizaba la mediación ante Dios para el control de las condiciones naturales de la vida.

El deseo de quedar bien con Dios, y así garantizarse las cosechas y protegerse contra epidemias, sequías, ataques de piratas y peligros semejantes, motivaba en parte la gran devoción que se mostraba a las imágenes de la Virgen y otros santos. En momentos de intranquilidad de la población, el mejor remedio conocido era sacar en procesión a algún santo de la devoción local para que él intercediera ante el trono del Señor.

A ciertas imágenes en particular se les atribuía poderes específicos: curar enfermedades o hacer otros beneficios. Tales imágenes a veces se convertían en objetos de peregrinaje, atrayendo a muchos devotos y produciendo a la vez buenos ingresos a aquellas lo suficientemente afortunadas como para hospedarlas. Son ejemplos famosos el Cristo de Esquipulas y la Virgen de Chiantla, la cual citaba Gage como ejemplo del espíritu empresarial de los frailes mercedarios. También se atribuían milagros a la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, en la iglesia franciscana de El Viejo, que se asociaba en la tradición nicaragüense con santa Teresa de Ávila.

Asimismo hubo santos que tenían significado especial para distintos sectores de la sociedad colonial. Es bien sabido, por ejemplo, cómo se identificaban indígenas y mestizos de la Nueva España con la Virgen de Guadalupe, cuyo culto al parecer cobró importancia en Centroamérica en una etapa ya muy tardía de la época colonial. En Costa Rica, las castas veneraban la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, virgen negra y de talla rústica que, según la tradición, fue descubierta por una mulata, mientras recogía leña. Por contraste, los españoles del lugar eran devotos de la Virgen de la Limpia Concepción (o del Rescate de Ujarrás), obra más fina y blanca que se decía haber sido regalado por el rey Felipe II.

Las ceremonias y devociones de la religión popular satisfacían en gran parte las necesidades espirituales, no solamente de las masas indígenas y mestizas de las áreas rurales, sino también de las élites urbanas de sangre europea. Algunos elementos del grupo dominante consideraban pobres los cultos populares de los santos, pero también el conformismo y materialismo de la religión institucional. Por este motivo, durante el siglo XVII surgió un movimiento de renovación espiritual dentro de la Iglesia y, sobre todo, en la orden franciscana. Entre los personajes más ilustres de este movimiento se encuentra el hermano Pedro de San José de Betancourt, conocido por su humildad y trabajo entre los pobres y enfermos de Santiago de Guatemala, donde estableció un hospital. Después de su muerte en 1667, éste sirvió de base para la creación de la orden hospitalaria de Belén, cuyo fundador fue fray Rodrigo de la Cruz (Rodrigo de Arias Maldonado), exalcalde mayor de Nicoya e hijo de un gobernador de Costa Rica.

También en el siglo XVII tardío revivió el interés por la obra mi-

sionera, con miras a ensanchar el cristianismo, más allá de los límites a que había llegado la «conquista espiritual» durante la última centuria. Este intento de penetrar en las áreas del istmo hasta entonces no subyugadas tuvo un impacto, de consecuencia, no solamente sobre la vida religiosa de la colonia, sino también en la vida política y militar, como veremos en el capítulo siguiente.

GUERRA Y SOCIEDAD

El dominio español en Centroamérica tuvo su origen en un acontecimiento netamente militar: la Conquista, fase de frecuentes enfrentamientos entre los conquistadores y las fuerzas indígenas. Inmediatamente después, acontecieron algunos casos de resistencia violenta, como la sublevación de los cakchiqueles en Guatemala (1524-1530) y la resistencia de los lencas de Honduras (1530-1539), que fueron sofocadas por la fuerza. Una sublevación indígena que amenazara el orden vigente preocupó siempre a los españoles; sin embargo, casos de esta naturaleza fueron raros durante el resto de la época colonial. En general, el sistema de dominación implantado por España permitía el control de la población indígena sin tener que recurrir a la fuerza extraordinaria.

Pero las rebeliones internas no eran el único peligro que temían las autoridades coloniales. Para mediados del siglo XVI, España empezó a encarar otra amenaza: la de sus enemigos europeos que intentaban penetrar en el Caribe, estableciendo cabezas de playa, tanto militares como comerciales. Desde ese momento en adelante, y sobre todo durante el siglo XVII, la defensa del istmo se convirtió en una de las preocupaciones más importantes de los presidentes de la audiencia.

La significación de Centroamérica para el Imperio español se debía más a su situación geográfica que a la importancia de su economía. Ubicado estratégicamente entre las ricas provincias de la Nueva España y el Perú, el istmo representaba el punto más estrecho del continente que guardaba el acceso al Mar del Sur. La vecina provincia de Panamá como ruta de tránsito para las ricas remesas de plata peruana significó que las colonias centroamericanas fueran también vulnerables al ataque de los enemigos de España. La respuesta adecuada a tal amenaza exigía la movilización de recursos humanos y materiales en una sociedad relativamente pobre, así como la ocupación efectiva del territorio istmeño, cosa que sólo se logró parcialmente, durante la época colonial.

Al concluir la Conquista a mediados del siglo XVI, la extensión te-

territorial bajo control colonial no era considerable. Por lo general, los españoles solamente ocuparon aquellas regiones donde existía cierta densidad de población indígena y bienes que permitieran el enriquecimiento. Esto significó una concentración de actividades en el altiplano y en la vertiente del Pacífico, lugares donde se producían cosechas para la exportación, como sucedió con el cacao y el añil. Por ello, con la excepción del litoral norte de Honduras, la costa del Caribe, territorio pobre, despoblado y de difícil acceso, quedó prácticamente fuera del área de la influencia española.

Hasta cierto punto, la despoblada vertiente del Caribe representaba para Centroamérica una ventaja militar. De esta manera, tierra adentro, los centros más importantes de población quedaban protegidos por la distancia de sus enemigos. Otro factor que aportaba, también, algún grado de seguridad natural era que por lo general las principales vías de comunicación tampoco estaban expuestas al peligro de ataques. De los productos que se destinaban a otros mercados coloniales, sobre todo a México y Panamá, algunos se enviaban por tierra como cacao de Soconusco, sebo de Nicaragua, mulas de Costa Rica; mientras que otros, cacao de Guatemala y San Salvador; cacao, jarcia y brea de Nicaragua, se embarcaban principalmente por los puertos de Sonsonate (Acajutla) y El Realejo (Corinto) en el Pacífico.

Sin embargo, estas rutas y puertos no comunicaban directamente con España. Para la importación de los bienes de Castilla y la exportación de aquellos productos cuyo mercado principal se encontraba en la madre patria, añil de Guatemala y San Salvador, metales preciosos de Honduras y Nicaragua, se necesitaba precisamente puertos en el Caribe. Con este fin se dedicaron en el siglo XVI los puertos hondureños de Puerto Caballos (Puerto Cortés) y Trujillo, ambos fundados por Cortés durante su breve permanencia en suelo centroamericano en 1525.

Tales lugares tenían la desventaja de encontrarse distantes de los mercados interiores, implicando un largo y difícil viaje por tierra para la entrega de las remesas. Tratando de aminorar el problema y reducir el tiempo de entrega, en 1570 los comerciantes de Santiago de Guatemala colocaron un depósito —conocido como bodegas— en el Golfo Dulce (lago de Izabal) que conectaba con los puertos hondureños mediante un servicio de cabotaje. Sin embargo, existían otras dificultades. Las embarcaciones que realizaban el trasiego comercial eran de poco calado y vulnerables a los ataques de las flotas enemigas, desventaja que padecían también los puertos debido a su ubicación frente a mar abierto.

Centroamérica y los conflictos europeos

La necesidad de defender los puertos del Caribe y el comercio que se realizaba a través de ellos se hizo más aguda hacia mediados del siglo XVI, debido a las crónicas guerras europeas. En particular, se sintió cada vez más la presencia de corsarios franceses e ingleses en el Caribe; el más famoso de ellos, Francis Drake (1543?-1596). Aunque el blanco más codiciado lo constituía Panamá, la cual fue objeto de un asalto exitoso por parte de Drake en 1572, los corsarios no dejaban de aprovechar, también, el botín que se pudiera encontrar en la costa centroamericana. Por ejemplo, entre 1560 y 1603 Trujillo, Puerto Caballos y el Golfo Dulce fueron saqueados varias veces.

Durante el reinado de Felipe II (1556-1598), la Corona española encargó a un grupo de arquitectos la construcción de un sistema defensivo para la región del Caribe. El proyecto, donde participaron el estratega naval Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574) y el ingeniero militar Juan Bautista Antonelli (m. 1588), consistía en la construcción de fortificaciones en las plazas más importantes, entre ellas La Habana, San Juan de Puerto Rico y Portobelo en la costa norte de Panamá. Para la defensa de la costa centroamericana no se tomaron mayores consideraciones, ya que se esperaba protegerla mediante el patrullaje de guardacostas asentados en los principales puertos de las islas. Pero cuando este sistema no funcionó, los presidentes de la audiencia se vieron forzados a tomar medidas de seguridad, de su propia iniciativa y a expensas de la misma colonia.

El primer paso para la defensa de la colonia fue la formación de tropas regulares, ya que no existieron durante los primeros dos siglos, dependiendo las autoridades en tiempos de emergencia del servicio prestado por civiles. En los inicios, la responsabilidad del servicio militar cayó sobre el grupo encomendero, que a cambio de los privilegios que gozaba se comprometía a mantener de su propia cuenta «gente, armas y caballos». De esta forma, el grupo respondía al llamado de las autoridades, en ocasión de levantamientos indígenas o de invasión de enemigos. A finales del siglo XVI, los cambios demográficos y económicos ocurridos en la colonia habían socavado en gran parte la base material de los encomenderos, haciendo cada vez más difícil el cumplimiento de sus antiguas obligaciones. Cuando en 1587 el corsario Thomas Cavendish amenazó la costa de Sonsonate, los encomenderos de Santiago de Guatemala, por ejemplo, no quisieron presentarse en su defensa.

En las primeras décadas del siglo XVII, o ya antes, las milicias voluntarias ocuparon el lugar abandonado por los encomenderos. Organizados en compañías de caballería e infantería, los milicianos se reclutaban en un principio entre la población española; pero alrededor

de 1640 el reclutamiento incluyó también a mestizos, mulatos y negros libres. Para suerte suya, la eficacia de esta fuerza raramente fue probada, pues sus componentes no tenían ningún tipo de experiencia o adiestramiento militar, situación que se veía agravada por la falta de oficiales capacitados. Un informe de 1673 indica que, entonces, había en Centroamérica cerca de 8.602 efectivos, formando más de setenta compañías. Pero su preparación no pudo haber sido muy alta; además, sólo contaban con 2.457 armas de fuego, la mayor parte arcabuces.

Otro obstáculo en la organización de la defensa durante el siglo XVII era que las compañías milicianas se concentraban tierra adentro, en los centros de población de mayor importancia, por lo regular distantes de los puertos y costas que debían defender. Esa situación exigía la construcción de fortificaciones con guarniciones permanentes, proyecto difícil de llevar a cabo por la falta de personal y de recursos económicos.

El punto clave según las autoridades de la época era el Golfo Dulce, el cual fue fortificado por primera vez en tiempos del presidente doctor Francisco de Sandé (1592-1596). La torre levantada en la entrada del golfo fue destruida años más tarde en un ataque de corsarios; como consecuencia, el presidente doctor Alonso Criado de Castilla (1598-1611) propuso abandonar completamente la ruta del golfo, construyendo en su lugar un camino directo entre Puerto Caballos y la ciudad de Santiago.

La obra del camino fue comenzada, pero no se culminó, en parte a causa de la dificultad de defender el puerto hondureño, pero también por el deseo de los comerciantes guatemaltecos de ubicar en la bahía de Amatique otro puerto, más cerca del golfo y más fácilmente defendible. Aceptada la propuesta, en 1604 se fundó Santo Tomás de Castilla, que en adelante sería el puerto de entrada más importante de la Centroamérica colonial. Puerto Caballos fue abandonado y la importancia de Trujillo se vio bastante reducida.

En 1606 Santo Tomás fue atacado por corsarios holandeses. Sin fortificaciones, con excepción del emplazamiento sobre una colina de algunas piezas de artillería, trasladadas desde Trujillo. En 1609, la tregua declarada entre España y los Países Bajos dio lugar a una breve disminución de las hostilidades en el Caribe, lo que permitió que el comercio del norte continuara más o menos sin molestias. Se discutió mucho la idea de construir un castillo, en Santo Tomás o en la entrada del Golfo Dulce, pero este proyecto ya no pareció tan urgente.

Durante la década de 1620, España reanudó la guerra contra los holandeses (1621) e ingleses (1625). Una característica de esta nueva fase de guerras europeas fueron los intentos por establecer asentamientos permanentes en el Caribe, con el fin de facilitar ataques bélicos contra las colonias españolas y de penetrar comercialmente sus mercados. En 1631 se fundó un poblado inglés en la isla de Santa Catalina

(Providencia), aproximadamente a unos 180 kilómetros al este de la costa nicaragüense, como también se hizo en la isla de Roatán. Es posible, aunque no comprobado aún, que en esta misma época llegaron al área del río Belice los primeros ingleses para cortar palo de tinte.

En 1641 y 1642 los ingleses fueron desalojados de Santa Catalina y de Roatán, respectivamente. A pesar de estos éxitos militares, el dominio español en la costa del Caribe quedó reducido, debido a la destrucción y abandono de Trujillo en 1643. A partir de entonces, se vio perjudicada la posición española por la presencia extranjera en la llamada costa de la Mosquitia, término utilizado desde mediados del siglo XVII para referirse al litoral atlántico desde el río Aguán en Honduras hasta la desembocadura del San Juan en la frontera entre Nicaragua y Costa Rica. Anteriormente la parte caribeña de Honduras se conocía como Taguzgalpa y la nicaragüense como Tolotalpa. En el cabo Gracias a Dios y en Bluefields se habían asentado algunos ingleses, donde comerciaban con los indígenas miskitos, además de cultivar azúcar y tinta añil. Para estas actividades llevaron algunos esclavos africanos, los cuales se mezclaron con la población indígena para formar un pueblo de sangre mixta.

En su tradicional rechazo a la autoridad española, los pueblos de la costa de la Mosquitia se aliaron con los británicos, quienes crearon un protectorado sobre la región mediante el reconocimiento de un «rey» indígena, hecho que sólo se puede ubicar a partir de 1687, aunque bien pudo haber ocurrido mucho antes.

De esta manera, para mediados del siglo XVII los españoles habían permitido que otro poder europeo se estableciera en la costa del Caribe, mientras que sus propias actividades se reducían al área de la bahía de Amatique y al Golfo Dulce. Para mejor proteger esta pequeña salida al mar, el presidente licenciado Diego de Avendaño (1642-1649) propuso de nuevo la fortificación del puerto de Santo Tomás. Al final, en la banda derecha del desagadero del golfo (Río Dulce) se construyó un castillo sobre los cimientos de la antigua torre del siglo XVI. La construcción de la fortaleza, llamada San Felipe de Lara y con una guarnición de cuarenta soldados, fue terminada según la tradición en 1655, un año significativo en la situación de los territorios españoles frente al expansionismo inglés.

La decadencia de España como poder mundial, que databa de la destrucción de la llamada Armada Invencible de 1588, se aceleró en el siglo XVII. Solamente en la década de 1640 se dieron las rebeliones de Portugal y Cataluña, así como la pérdida definitiva de los Países Bajos, tras las derrotas padecidas por los ejércitos españoles durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Los ingleses habían sufrido una cruenta guerra civil durante el «Protectorado» del dictador Oliver Cromwell (1653-1658); sin embargo, decidieron aprovechar la vulnera-

bilidad de España, mediante un atrevido plan de agresión contra el Caribe. Cromwell envió una expedición bajo el mando de William Penn y Robert Venables con el fin de apoderarse de Panamá, o en su defecto de Nicaragua. Los ingleses fueron rechazados frente a Santo Domingo, pero pudieron ocupar Jamaica, venciendo fácilmente a los pocos españoles que ahí habitaban.

La toma de Jamaica en 1655 representa un momento decisivo en la historia temprana del Caribe, ya que a partir de entonces Inglaterra contó con una base permanente para las actividades de contrabando (Figura 3.4). El deterioro del poder español se manifiesta en la incapacidad de recuperar la posición perdida, a pesar de varios intentos lanzados desde la vecina Cuba.

El surgimiento de Francia, bajo Luis XIV (1643-1715), como potencia en el ámbito mundial, señaló un cambio trascendental en las relaciones de poder, que significó para España, sobre todo, la necesidad de llegar a una conciliación con sus antiguos enemigos, los ingleses. Por el Tratado de Madrid (1670), la Corona española reconoció a Inglaterra la legítima posesión de aquellos territorios americanos que ocupaba hasta la fecha. Al parecer, los españoles entendían que este acuerdo no afectaba a la costa norte centroamericana, ya que los asentamientos ingleses ahí localizados no se consideraban oficiales. Sin embargo, en años posteriores, y sobre todo en los siglos XVIII y XIX, Gran Bretaña insistirá en su dominio legítimo sobre Belice y la Mosquitia.

La edad de los filibusteros

En el tratado de 1670 españoles e ingleses también acordaron frenar el comercio ilícito, así como prohibir la piratería, dos cosas casi imposibles de ejecutar. En cuanto a la piratería, la segunda mitad del siglo XVII presenció, precisamente, un auge de la actividad filibustera y bucanera. Estos términos, cuya etimología es poco cierta, son buenos ejemplos de la mezcla lingüístico-cultural que empieza a caracterizar a la cuenca del Caribe en el siglo XVII. El de «bucanero» parece encontrar su origen en el verbo francés *boucaner*, que hace referencia a la práctica de secar carne sobre fuego lento. La dieta de los piratas parece haber consistido en gran parte en carne seca de esta clase, obtenida de la caza en las islas despobladas donde establecían sus bases. «Filibustero», por el contrario, parece provenir, directamente, del holandés *vrijbouter*, que quiere decir pirata.

Los bucaneros se distinguían de los corsarios de otra época en que se dedicaban a la piratería como instrumentos de sus respectivos gobiernos, mientras aquéllos actuaban independientes de todo Estado. La tripulación la formaban personas de diferentes nacionalidades: ingle-

ses, franceses, holandeses, mestizos, negros y otros. Después de mediados del siglo XVII, el número de reclutas en sus filas aumentó debido, en parte, a la transición de la economía de Jamaica del tabaco al azúcar, lo que ocasionó una concentración de tierras con el consiguiente despojo del pequeño agricultor.

Amparados en la tolerancia de los gobernadores ingleses de Jamaica, los filibusteros atacaban los poblados de la costa, desde Campeche hasta Venezuela. También gozaban de refugio en los asentamientos ingleses de Belice, cabo Gracias a Dios, Laguna de Perlas y Bluefields. En la Audiencia de Guatemala la provincia que más padecía a manos de los filibusteros era Nicaragua y sobre todo la ciudad de Granada.

Aunque distante de la costa del Caribe, a Granada podía llegarse a través del Mar Dulce (lago de Nicaragua) y su Desaguadero (río San Juan). Durante la primera mitad del siglo XVII, cuando la presencia de enemigos en la costa hacía demasiado peligrosa la otra salida, esta ciudad representó una alternativa al Golfo Dulce para la exportación de los productos de la audiencia hacia Portobelo o Cartagena. El territorio entre la ciudad y el mar se encontraba despoblado, sin españoles o mestizos que pudieran ofrecer resistencia, en casos de invasión. Los indígenas de la costa, por su parte, siempre estaban dispuestos a colaborar con los enemigos de España. Además, no existían fortificaciones, ni en la ciudad ni a lo largo del río.

El 30 de junio de 1665, Granada fue saqueada por el filibustero inglés John Morris, cuya expedición remontó el río San Juan, cruzando el lago bajo la protección de la noche. Los asaltantes se apoderaron fácilmente de la ciudad, encerraron a sus pocos defensores en una de las iglesias y se dedicaron a robar a su antojo, llevándose a varios esclavos negros y un tesoro estimado en 6.000 pesos. Este acontecimiento, y el terror que significó, pareció señalar el inicio de una nueva ola de agresión. Al año siguiente (1666) el pirata Edward Mansfield volvió a tomar la isla de Santa Catalina, desde donde se lanzaron asaltos en contra de Granada y la ciudad de Cartago en Costa Rica. El atentado contra Costa Rica, encabezado por el mismo Mansfield, fracasó debido, en parte, a que el río Reventazón no era tan navegable como el San Juan. Los filibusteros no lograron pasar más allá de Turrialba.

Con el fin de combatir la amenaza inglesa sobre Centroamérica desde Jamaica, se nombró como presidente, gobernador y capitán general a Martín Carlos de Mencos (1659-1668), un soldado de larga experiencia. Después del episodio de Granada, Mencos tomó varias medidas para mejorar las defensas coloniales. En particular, a él se debe la primera obra de fortificación en el río San Juan, el llamado fuerte de San Carlos. Construido con palos y dotado de una guarnición de setenta hombres, San Carlos se encontraba demasiado lejos de Granada y no contaba con las condiciones necesarias para una defensa adecuada

de la ruta fluvial. Los bucaneros lo capturaron sin mayor dificultad en 1670 y siguieron río arriba para saquear una vez más la desdichada ciudad.

El miedo que desató en el istmo este nuevo asalto contra Granada fue agravado por el ataque que en 1671 dirigió el inglés Henry Morgan (1635?-1688) contra Panamá. Con una fuerza de 1.400 hombres aproximadamente, Morgan subió el río Chagres y cayó sobre la ciudad de Panamá, que no se encontraba preparada para hacer frente a un ataque por este lado. Los bucaneros ocuparon la ciudad y permanecieron varias semanas en ella. Según el holandés Exquemelin, quien dijo haber participado en el saqueo, cuando finalmente abandonaron la ciudad llevaban consigo, «175 bestias cargadas de plata, oro y otras cosas preciosas, además de 600 prisioneros, más o menos, entre hombres, mujeres, niños y esclavos»²⁵. La ciudad quedó completamente destruida por los incendios, y las autoridades españolas resolvieron no reedificarla en el sitio original, sino en otro que se suponía más protegido.

Los saqueos de Granada y Panamá sirvieron para poner de relieve la necesidad de un sistema de defensas más eficaz. En respuesta a recomendaciones hechas por una junta de guerra convocada por la Audiencia, la Corona nombró como presidente al General de Artillería Fernando Francisco de Escobedo (1672-1678), entonces gobernador de Yucatán. Escobedo se había distinguido organizando la defensa de la costa de Campeche contra los piratas que la infestaban y su fama había trascendido a Centroamérica. Después de trasladarse a Guatemala, el nuevo presidente pasó personalmente a Nicaragua para reconocer la provincia y, sobre todo, la ruta del Desaguadero. Como resultado de este viaje de inspección, tomó varias medidas para el mejoramiento de las defensas; la más importante fue ordenar la construcción de un fuerte que estuviera mejor situado que el antiguo de San Carlos.

La nueva fortificación fue conocida como Castillo de la Inmaculada Concepción o de San Juan, y fue erigida en la banda derecha del río, en una colina sobre los rápidos de Santa Cruz, una angostura por donde debía pasar cualquier enemigo rumbo a Granada. Puesta en servicio hacia 1675, era de sólida construcción, con una cantidad impresionante de piezas de artillería y una guarnición de más de cien hombres. A pesar de muchos problemas, entre ellos la poca salubridad del lugar, el fuerte de la Concepción logró su objetivo: cerrar la ruta hasta entonces más utilizada por los filibusteros para ganar el interior nicaragüense. Éstos, sin embargo, pronto empezaron a buscar nuevas vías de entrada; en mayo de 1676, por ejemplo, subieron el río Coco y saquearon Nueva Segovia (Ocotal); a fines de junio hubo, también, otro intento, sin éxito, contra Costa Rica por la vía del río Matina.

En la penúltima década del siglo XVII apareció una nueva amenaza para la seguridad centroamericana: la irrupción de los bucaneros en el

océano Pacífico. En 1680, una expedición bajo el mando de Bartholomew Sharp, cruzó a pie el istmo de Darién para capturar algunos navíos españoles frente a Ciudad de Panamá, los cuales utilizó para robar a lo largo de la costa suramericana. Este grupo de filibusteros restringió sus actividades a las costas del Ecuador y del Perú, pero eventualmente llegaron hasta el Golfo de Nicoya donde saquearon la villa de Esparza en mayo de 1681.

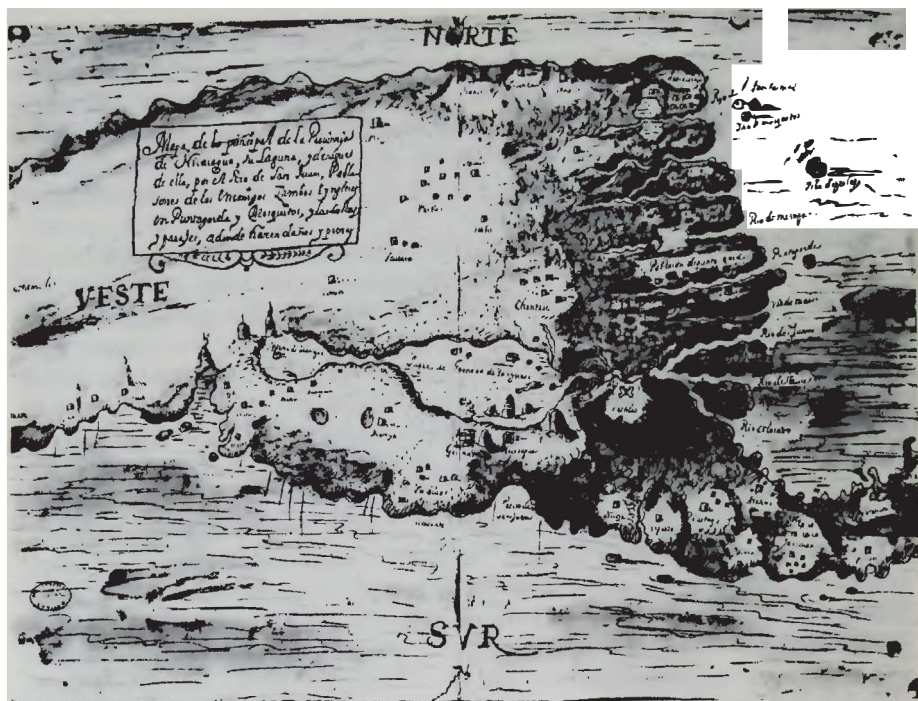
Durante los siguientes años, grupos de filibusteros entraron en el Pacífico utilizando la ruta terrestre istmeña, o por mar, alrededor del cabo de Hornos. Su interés eran las riquezas de Nueva España y el Perú, pero aparecían, también, con alguna frecuencia en la costa centroamericana; en 1684 y 1685, por ejemplo, hicieron intentos por tomar el puerto de El Realejo. En abril de 1686, el pirata francés François Grognet junto a un inglés de apellido Townley y trescientos cuarenta y cinco hombres volvieron a territorio nicaragüense, donde capturaron Granada a pesar de una fuerte resistencia. Incendiaron la ciudad y luego ocuparon El Realejo, Pueblo Viejo y Chinandega. Rumbo al sur, algunos de los secuaces de Townley saquearon todavía Nicoya y Esparza, antes de abandonar definitivamente Centroamérica. Otro grupo de franceses amenazó la costa del Pacífico de Guatemala, a fines de 1687. Después de un intento fracasado contra Iztapa, los sobrevivientes abandonaron sus embarcaciones en el Golfo de Fonseca y cruzaron el istmo a pie, siguiendo el río Coco hasta llegar a cabo Gracias a Dios, a principios de 1688.

Las depredaciones de los filibusteros en el lado del Pacífico, que aterrorizaron a muchas poblaciones que hasta entonces se habían creído seguras frente a tal amenaza, no duraron mucho. La eficaz observancia de los términos de la Tregua de Ratisbona (1684) trajo como consecuencia que las potencias europeas se esforzaran por eliminar la piratería en la cuenca del Caribe. Sin embargo, fue también corto el descanso que tuvo Centroamérica con dicho acuerdo. Pronto surgirían otros problemas militares, debido a la nueva serie de guerras europeas que se desatarán en 1689 y que no terminarían sino hasta 1815.

La nueva campaña misionera

La defensa de los territorios del Caribe se complicaba por la escasez de habitantes y la virtual ausencia de autoridad española en la región. En el siglo XVII existían en ella, todavía, considerables áreas fronterizas donde pueblos indígenas seguían rechazando el dominio político español. De estos territorios no subyugados los más importantes eran los de la Mosquitia, la Talamanca y el Petén (Figura 3.5).

El expansionismo inglés, la piratería y el contrabando eran motivos

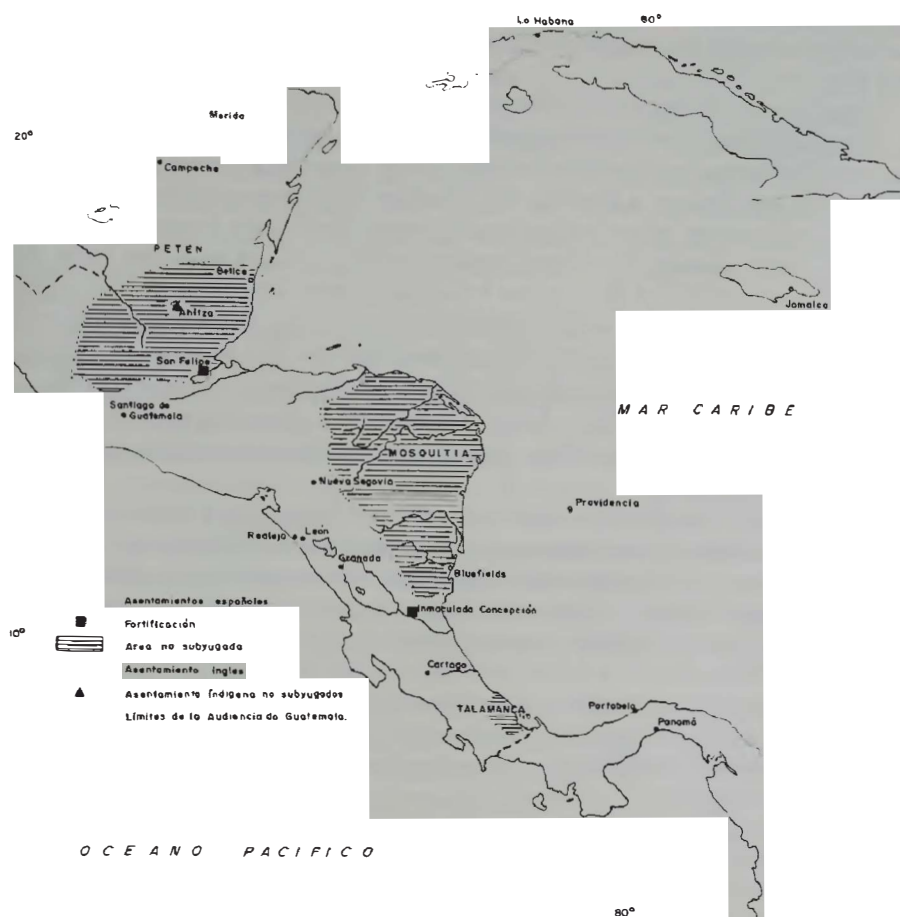


3.4. PROVINCIA DE NICARAGUA CON ASENTAMIENTOS ZAMBOS E INGLESES.

más que suficientes para extender el dominio español hacia las áreas insumisas. Pero no era fácil; se trataba de territorios poco poblados y sin mayores riquezas. Por otra parte, los recursos del Estado eran escasos y dedicados a otros fines, sin poder tampoco recurrir a la participación de agentes particulares por las limitadas posibilidades de la economía en general.

En estas condiciones, el apoyo de los pocos misioneros católicos constituía un factor importante en el esfuerzo por reducir a los indígenas de la frontera. La gran época de la «conquista espiritual» había sido clausurada hacía décadas, pero todavía quedaban algunos frailes aislados que seguían trabajando en las tres fronteras principales. Como en otras colonias de España, la tradición misionera se mantenía en el istmo, sobre todo, por los franciscanos, aunque también trabajaban —especialmente en la provincia de Guatemala— algunos dominicos y mercedarios.

Uno de los personajes más importantes del movimiento evangeliza-



3.5. SITUACIÓN ESTRATÉGICA DE CENTROAMÉRICA

dor fue fray Fernando Espino, quien fue el primer nicaragüense de nacimiento en ingresar en la orden franciscana en 1626. Natural de Nueva Segovia, Espino había crecido en la frontera y hablaba desde niño el idioma jicaque. Aunque pasó la mayor parte de su vida en Santiago de Guatemala, en más de una ocasión predicó entre los indígenas de la Mosquitia. En la década de 1660 y posteriormente, Espino dirigió en colaboración con las autoridades civiles y militares una campaña misionera en esa región. El esfuerzo se organizó en respuesta a

las quejas de un terrateniente local, según las cuales los ingleses de la costa armaban a los indígenas «infieles», para luego atacar las haciendas fronterizas.

Después de la muerte de Espino, alrededor de 1676, el esfuerzo en la Mosquitia fue continuado por otros frailes, aunque sin mayor éxito. Entre otras cosas, porque los indígenas de la costa seguían desconfiando de los españoles; además, los ataques filibusteros dificultaban el trabajo misionero, sobre todo con el saqueo de Nueva Segovia en 1676 y 1685, lugar donde los franciscanos habían establecido su base de operaciones. Debido a los pocos resultados que obtenían, hacia 1690, los frailes comenzaron a abandonar las misiones, al extremo de que algunos de ellos se volvieron hasta partidarios del uso de la fuerza, para efectuar la reducción de los indígenas. El mismo obispo de Nicaragua fray Benito Garret y Arloví (1709-1716) organizó por su propia cuenta en 1711 una expedición militar para la conquista de los llamados zambos miskitos.

A pesar de los fracasos sufridos en la Mosquitia a finales del siglo XVII, el espíritu misionero experimentó un nuevo impulso con el movimiento de renovación espiritual que vivía entonces la Iglesia católica. El movimiento, promovido por el papado, tenía, precisamente, como una de sus principales preocupaciones la conversión de los indígenas que habitaban las áreas periféricas del mundo cristiano. En la América española se trataba, sobre todo, de los territorios fronterizos al norte de la Nueva España, las cuencas del Amazonas y el Paraguay. Es bien conocido el papel que desempeñaron los padres de la Compañía de Jesús, pero en Centroamérica serían los franciscanos recoletos los que dominarían el proceso.

Los recoletos representaban un movimiento evangelizante dentro de la orden franciscana. Para la mejor formación de misioneros, fundaron colegios llamados «Propaganda Fide», de los cuales el primero en América fue el que se estableció en Querétaro en 1683. El colegio concentró sus esfuerzos en las misiones de la frontera norte novohispana (norte de México, suroeste de Estados Unidos), pero de él egresaron también algunos frailes destinados a trabajar en Centroamérica, siendo el más conocido fray Antonio Margil de Jesús (1657-1726), quien con su compañero fray Melchor López (m. 1698) llegó a Guatemala en 1685.

Durante su permanencia en Centroamérica, Margil promovió la creación de un colegio local para responder a la necesidad que había de misioneros, proyecto que no se realizaría hasta 1701 con el establecimiento en Santiago de Guatemala del colegio de Cristo Crucificado. Mientras llegaba la debida autorización, los recoletos intentaron organizar, uniendo esfuerzos de dominicos y franciscanos, una campaña coordinada misionera en las fronteras, hasta entonces, todavía no sometidas.

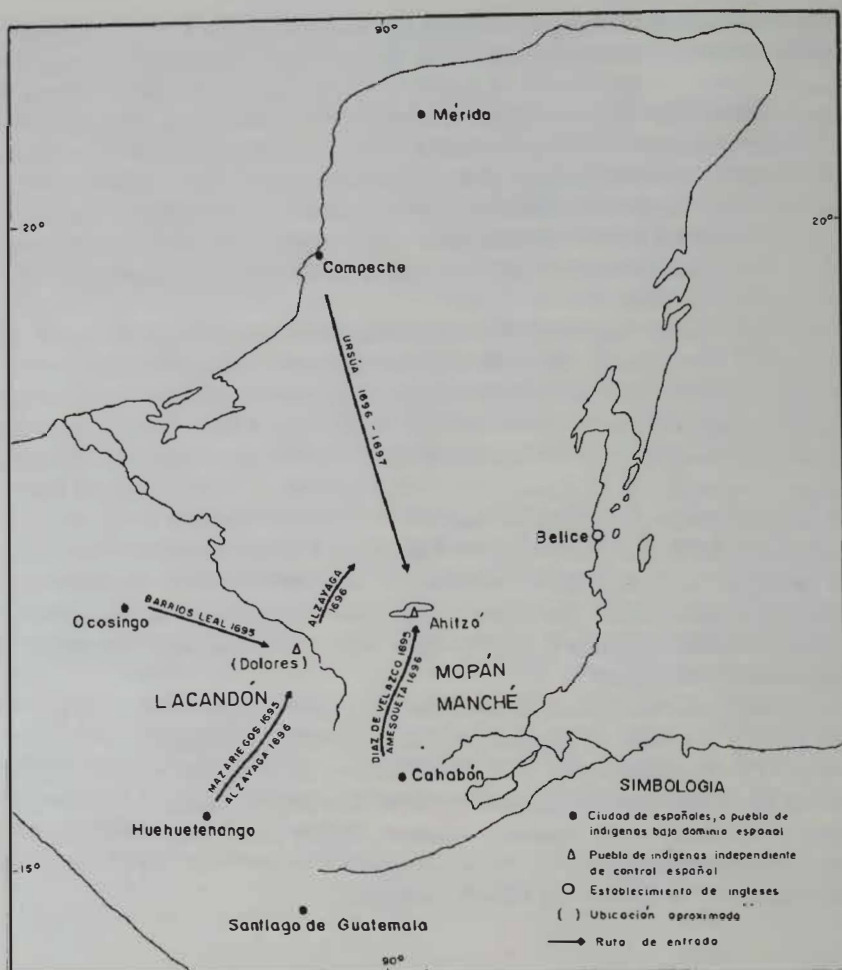
En 1689 Margil y López fueron personalmente a Costa Rica para trabajar en Talamanca, región entre la cordillera del mismo nombre y el mar Caribe, al este del río Reventazón. La zona había sido objeto de varias incursiones militares en el siglo XVII, siendo las más notables las encabezadas por Rodrigo Arias de Maldonado durante la gestión de su padre Andrés Arias como gobernador de Costa Rica (1655-1661), y luego durante su propio gobierno (1662-1664). Las hazañas de Arias de Maldonado se hicieron legendarias, sobre todo, con su posterior conversión religiosa. Sin embargo, no produjeron ningún cambio permanente en la frontera.

Los dos frailes lograron en Talamanca algunos éxitos antes de ser llamados a otra tarea en 1691. Otro grupo de recoletos entró en la región pocos años después, iniciando un esfuerzo que llegó a contar con el apoyo material de las autoridades civiles, debido a la amenaza que pareció representar, en 1698, el efímero intento de establecer un asentamiento escocés en la costa norte de Panamá. A pesar del apoyo oficial, el duro trabajo de los recoletos y el propio fracaso de la empresa escocesa en 1700, las misiones en Talamanca no progresaron mucho en este período. Los nativos se resistían a ser reducidos en pueblos y en varias ocasiones asaltaron a los frailes, por lo que se hicieron acompañar de escoltas militares, hecho que sólo contribuyó a aumentar la desconfianza indígena.

Tal como sucedió en la Mosquitia, los frailes empezaron a depender de la fuerza armada; el mismo fray Antonio Margil regresó a Talamanca, en 1705 escoltado por sesenta soldados. En 1709 estalló en la frontera un levantamiento indígena encabezado por el cacique Presbere, en el que perecieron martirizados algunos de los recoletos. Este acontecimiento sangriento puso fin, por el momento, a los intentos por integrar Talamanca en la esfera de control español.

La conquista de Petén

El único logro notable en la campaña expansionista del siglo XVII tardío ocurrió en la zona fronteriza de Petén, región selvática al norte de Guatemala (Figura 3.6). El Petén se distinguía de la Mosquitia y Talamanca por su población de origen maya. Inmediatamente al norte de la provincia de la Verapaz, había una franja que se extendía desde el río Sarstún en el este hasta el altiplano chiapaneco en el oeste, y donde habitaban indígenas de habla chol que, hasta entonces, habían resistido con éxito al dominio español. En los territorios situados hacia el oriente dichos indígenas se conocían como manchés, y en el occidente como lacandones. Su presencia en la frontera era un obstáculo a la expansión del dominio español; asimismo, un problema para los asen-



3.6. ENTRADAS MILITARES AL PETÉN.

tamientos de indígenas «pacificados», pues solían atacarlos esporádicamente. Otro problema para el dominio español era que ese territorio era zona de refugio para indígenas que huían de las reducciones o de las obligaciones del tributo y del trabajo forzoso.

La frontera chol se hizo más problemática durante la segunda mitad del siglo XVII, ya que entonces se incrementó la presencia inglesa en las costas de Belice y Campeche. Se temía que los filibusteros y

cortadores de maderas preciosas formaran alianzas con los indígenas de la frontera y penetraran así en territorio guatemalteco. Otro motivo de preocupación para las autoridades españolas era la decadencia y abandono en que se encontraba la costa del Caribe. Debido a los ataques piratas, muy rara vez arribaban navíos a los puertos norteños, dependiendo cada vez más de las rutas terrestres a través de la Nueva España para la exportación de bienes. Se hizo evidente la necesidad de abrir un camino real que uniera a Santiago de Guatemala con la ciudad de Mérida en Yucatán, proyecto que venía de décadas atrás. Pero, mientras no fueran conquistados los indígenas que habitaban las regiones fronterizas entre las dos provincias, no se podía emprender nada.

Durante el siglo XVII se hicieron varias propuestas para la conquista de los manchés y lacandones, pero muy pocas fueron puestas en acción, y cuando se llevaron a cabo no dieron mayores resultados. La Corona, por su parte, seguía, en general, fiel a la tradición lascasiana de la reducción pacífica mediante la evangelización. Sin embargo, el trabajo de los misioneros —efectuado en este caso por franciscanos, dominicos y mercedarios— avanzaba tan despacio como en la Mosquitia o Talamanca. Las elites criollas mostraban su descontento con esta manera de proceder, la cual consideraban demasiado blanda, sobre todo por el temor con que se veía la amenaza bucanera. Este punto de vista lo compartían las autoridades coloniales y los propios misioneros, principalmente los franciscanos.

En 1676, el presidente Escobedo informó a la Corona sobre el estado en que se encontraba la reducción de los indígenas de la frontera centroamericana, señalando como ingenua la idea de que la reducción se pudiera efectuar sin armas. Recurriendo a su experiencia de militar y de antiguo gobernador de Yucatán, Escobedo sostenía que la clave para el control de Petén no era la franja chol, sino el territorio más al norte conocido como itzá.

Los llamados itzaes eran gente de habla yucateca que aún conservaba muchos aspectos de la antigua civilización maya. Vivían en asentamientos fijos alrededor del lago de Petén. Su principal centro urbano permanente era Ahitzá (Tayasal, hoy Flores), una ciudad fortificada y ubicada en una isla del lago cuyo señor era un rey de la casa de Canek. Contaban con un alto nivel de organización política y social, lo que los había capacitado para resistir tenazmente cualquier intento de «pacificación». Por este motivo, Escobedo solicitaba plena autorización para ir «con fuerza a su conquista»²⁶.

A pesar de los argumentos en favor de la reducción violenta, la Corona se mantuvo contraria al uso de la fuerza, sin dejar de reconocer la importancia del problema estratégico representado por indígenas «infieles», sobre todo en el Petén. En 1692, el Rey dio la autorización para una campaña en dos frentes que se coordinara entre Mérida en el

norte y Santiago de Guatemala en el sur. De nuevo, el énfasis se ponía en la reducción pacífica y el papel central se asignaba a los frailes. La Corona permitía que los frailes fueran acompañados de soldados, pero con fines exclusivamente defensivos, limitando a cincuenta el número de soldados que los podían acompañar en las irrupciones.

En Guatemala, el presidente Jacinto de Barrios Leal (1688-1695), asumió el mando de la incursión contra los choles y los itzaes, poniéndose personalmente a la cabeza de una columna, que entró a comienzos de marzo de 1695 en el área lacandona desde Ocosingo, Chiapas. Según Barrios Leal, él sólo escoltaba a un grupo de frailes de diferentes órdenes, donde se incluía al mismo fray Antonio Margil, veterano de las misiones talamanqueñas y quien ya había trabajado cuatro años entre los choles. Pero haciendo caso omiso de los límites fijados por la Corona, la expedición fue formada con una fuerza de más de seiscientos soldados, entre españoles, mestizos y auxiliares indígenas. Penetraron en la selva hasta llegar a un poblado que algunas fuentes llaman Lacandón y que el mismo Barrios Leal nombró de Dolores. Se desconoce el sitio exacto de este asentamiento, pero probablemente se ubicaba al norte del río Lacantun, cerca de su desembocadura en el Usumacinta.

En Dolores, Barrios Leal y su compañía se reunieron con otra fuerza española que había partido de Huehuetenango a fines de febrero, bajo el mando de Mazariegos. Aquí construyeron una empalizada donde esperaban dejar una guarnición, mientras el resto de la expedición marchaba rumbo a Ahitzá, operación que ya no se realizó debido a dificultades con los soldados. Dándose cuenta, al parecer por primera vez, de la distancia que todavía los separaba de los itzaes y desconfiando de la tropa, Barrios Leal resolvió, por el momento, abandonar la campaña y volver a Guatemala.

Mientras las fuerzas de Barrios Leal y Mazariegos convergían en Dolores, otra columna guatemalteca, capitaneada por Juan Díaz de Velasco, había sido destinada directamente sobre Ahitzá. Díaz de Velasco salió de la Verapaz con una fuerza de setenta españoles y cien indígenas auxiliares, además de gran número de indígenas en calidad de gastadores y cargadores. En las regiones del Manché y Mopán encontraron gran resistencia. Según el plan de operaciones, Díaz de Velasco se reuniría posteriormente con las otras dos columnas para llevar a cabo el asalto a la capital indígena. Pero sin noticias de Barrios Leal y de Rodríguez, y sin fuerzas suficientes para efectuar por sí solo el ataque, Díaz de Velasco decidió volver a la Verapaz antes de que comenzaran las lluvias. El presidente Barrios Leal, por su parte, enfermó durante la campaña y murió en noviembre de 1695, sin poder organizar otra penetración.

La audiencia dispuso entonces intentar otro asalto, esta vez bajo el mando general del oidor licenciado Bartolomé de Amézquita. A prin-

cipios de 1696, la expedición de Amézquita partió de la Verapaz en compañía de Díaz de Velasco y de una fuerza aproximada de ciento cincuenta hombres. Al mismo tiempo, otra columna más pequeña salió de Huehuetenango, bajo el mando del capitán Jacobo de Alzayaga. Al igual que el año anterior, las dos fuerzas debían converger para el asalto final contra Ahitzá; pero Alzayaga, después de pasar por Dolores, perdió el camino, deambulando por el territorio por más de dos meses, sin encontrar huella de la otra columna.

Acercándose a Ahitzá, Díaz de Velasco y una fuerza escogida se atrevieron a avanzar hacia el lago con el fin de ponerse en contacto con emisarios del rey Canek; pero cayeron en una emboscada en la que murieron todos los españoles, así como cerca de treinta de los aliados indígenas. Por otra parte, ignorando la suerte que había corrido Díaz de Velasco y Jacobo Alzayaga, el oidor Amézquita regresó a Guatemala, acompañado de los sobrevivientes de la desdichada expedición.

La conquista de Ahitzá fue obra finalmente, no de las autoridades coloniales de Centroamérica, sino del entonces gobernador de Yucatán Martín de Ursúa y Arismendi (1699-1703, 1706-1708). Mientras los guatemaltecos llevaban a cabo sus infructuosas incursiones, Ursúa puso en práctica un plan de operaciones propio. Con este fin, en junio de 1695 salió de Mérida el franciscano fray Andrés de Avendaño y Loyola, acompañado por otros frailes de distintas órdenes y de una fuerza de ciento quince soldados, bajo el mando del capitán Alonso García de Paredes. Avendaño iba como emisario para negociar pacíficamente con el rey de Ahitzá. Pero a lo largo de la ruta los soldados cometieron tantos abusos contra los habitantes de los pueblos que los frailes se indignaron, abandonando la expedición para regresar a Mérida. Mientras tanto, García de Paredes y sus tropas se dedicaron a la apertura de un camino que comunicara con Mérida, aprovechando el trabajo forzoso de los indígenas.

En diciembre, salió de nuevo Avendaño con una compañía de frailes, llegando esta vez a Ahitzá a mediados de enero de 1696. Los misioneros encontraron a los indígenas divididos en dos facciones, una bajo la dirección del rey Canek dispuesta a entrar en relaciones con los españoles, mientras que la otra se oponía. Avendaño y sus compañeros predicaron entre los habitantes de la comarca cerca a la laguna, logrando bautizar a muchos indígenas; pero, enterados de un complot contra ellos por parte del grupo indígena opositor, los frailes abandonaron la región en febrero, para regresar de nuevo a Yucatán.

Mientras los frailes realizaban su segunda misión, Canek había mandado, secretamente, una embajada a Mérida con el fin de plantear su rendición ante la Corona española, la cual, según parece, él había llegado a considerar como inevitable. En 1697, se cumplía uno de los ciclos en el calendario maya, y entre los itzaes existía una profecía,

según la cual en ese año ocurriría su rendición definitiva frente al dominio español. Según un autor, este hecho influyó en la poca resistencia presentada por el rey Canek ²⁷.

Complacido por la actitud del rey indígena, Ursúa mandó a los soldados que quedaban en las cercanías a Ahitzá que aceleraran la construcción del camino. El propio Ursúa se puso en marcha hacia territorio itzá, llegando al lago en marzo de 1697. Para entonces, el camino estaba ya concluido hasta dicho punto, existiendo en el lugar alrededor de ciento ochenta españoles con varias embarcaciones para protegerse de eventuales ataques. El 13 de marzo, Ursúa y un grupo de españoles intentaron cruzar hasta la isla para entrevistarse con el rey Canek, quien al parecer había sido hecho prisionero por sus enemigos. Sin embargo, los españoles fueron atacados por un número considerable de indígenas, a quienes derrotaron con fuego de mosquete. Luego los españoles entraron en la ciudad de Ahitzá, de la que tomaron posesión en nombre de la Corona española.

La toma de Ahitzá puso fin al último reducto de resistencia contra el dominio español por parte de una población de origen maya. Aunque el «triunfo» le pertenecía a Ursúa y sus soldados yucatecos, a comienzos del siglo XVIII el nuevo territorio sería agregado formalmente a la Audiencia de Guatemala, y no a Yucatán. Se quiso exagerar el significado de esta conquista, pero en realidad no constituía un acontecimiento de mayor importancia estratégica. La ciudad indígena fue convertida en un puesto militar, que contribuiría, en muy poco, a la defensa del istmo por su lejanía de los centros más importantes de población y de la costa caribeña; además, la toma de la capital itzá de ninguna manera significó el establecimiento del control español sobre el vasto territorio de la frontera petenera. Como las zonas de la Mosquitia y Talamanca, esta región, también permaneció, en gran parte, fuera del poder español durante el siglo XVIII.

Aspectos políticos del problema militar

Desde finales del siglo XVI, España había reconocido la necesidad de adoptar medidas defensivas en Centroamérica; pero en la realidad se había hecho muy poco. En 1609, se decidió que el puesto de presidente del Reyno lo ocupara un militar con el grado de capitán general; sin embargo, en los años siguientes la mayoría de los presidentes continuaron siendo letrados y no militares. Esta tendencia sólo cambió a partir del nombramiento del presidente Mencos, en la década de 1650. Aun cuando la presidencia la ocupaban militares experimentados, no existía de todos modos un mando centralizado en torno a la capitanía general. El primer intento por establecer un sistema de defensas a nivel

centroamericano ocurrió durante el tiempo del presidente Escobedo, cuyo viaje a Nicaragua en 1673 se registra como el primero que realizó un presidente fuera de los límites de la propia provincia de Guatemala.

Los esfuerzos por defender o ensanchar el dominio español en Centroamérica dependieron casi siempre de los propios recursos de la colonia. De parte de la Corona no se contaba con mayor apoyo material; al contrario, se esperaba que Centroamérica asumiera el costo de la defensa de otras provincias, que se consideraban más importantes. Ejemplo conocido es el llamado derecho de Barlovento, que se cobró a partir de 1635 y que se destinaba al mantenimiento de la flota que protegía las principales rutas de navegación en el Caribe y el Golfo de México. La necesidad de extraer de una jurisdicción relativamente pobre dinero y hombres para fines de defensa representó tal vez el desafío más difícil que afrontaron los presidentes de la audiencia. Sin mayores alternativas para resolver el problema, los mandatarios se vieron obligados a recurrir a las elites locales, que aprovecharon la situación para fortalecer sus propios intereses.

Presidentes y grupos poderosos se vincularon entre sí, principalmente, a través de los comerciantes mayoristas, quienes dominaban la economía colonial y la vida política de la ciudad de Santiago de Guatemala. Ellos constituían, aparte de la Iglesia, el único grupo que podía disponer de fuertes cantidades de dinero para hacer frente a los gastos de defensa del Reyno. Poseían, además, un alto grado de control sobre el sistema impositivo, lo que hacía necesario en muchas ocasiones recurrir a ellos en busca de ayuda voluntaria. Por ejemplo, los «donativos gratuitos» exigidos a los grupos acaudalados para las urgencias de la Corona no se daban tan libremente, en realidad eran préstamos forzosos que jamás fueron reembolsados. Sin embargo, cuando la necesidad era local y manifiestamente de su propio interés, los comerciantes por lo regular desembolsaban las sumas requeridas, como lo hicieron en 1665, para las obras de fortificación del río San Juan. En esa ocasión, frente a la imposibilidad de obtener fondos de la hacienda real, el presidente Mencos llegó a un acuerdo con representantes del grupo mercantil, según el cual el grupo aceptaba pagar una contribución especial sobre las exportaciones.

A cambio del apoyo, los comerciantes lograban cierta flexibilidad de los presidentes a la hora de ejecutar las disposiciones reales, especialmente en lo concerniente al comercio. Como en el siglo XVII, Centroamérica no contaba con casa de moneda y la producción en metales preciosos era escasa, el comercio exterior se convirtió en la principal fuente de moneda circulante. Por este motivo, varios presidentes, sobre todo los militares de la segunda mitad del siglo, hacían la vista gorda frente a ciertos abusos que cometían los comerciantes. A esta necesidad

de recursos financieros se debía también el que los mandatarios no se esforzaran por cerrar el comercio ilícito con el Perú, que fue causa de tanta controversia política durante el siglo XVII.

La importancia de las elites locales resaltaba no sólo en el financiamiento de obras como castillos y presidios, sino también en la organización de milicias. El sistema de las milicias dependía, prácticamente, del grupo dominante, ya que de él provenían los oficiales al igual que el apoyo financiero. Los títulos de oficiales tenían demanda en la sociedad colonial; además, ofrecían oportunidad de enriquecimiento vendiendo uniformes y provisiones. Si alguien alguna vez había ejercido un mando miliciano, tenía prácticamente el derecho de portar el título por el resto de su vida. Así como la milicia desplazó con el tiempo a la encomienda como institución militar, la condición de oficial de milicia desplazó, igualmente, a la de encomendero como signo de distinción dentro de la elite local.

Los grados más altos parecen haberse reservado a los personajes más adinerados, sin que necesariamente hubieran hecho carrera militar. En 1660, por ejemplo, José Agustín de Estrada fue nombrado capitán de infantería por el presidente Mencos. Natural de Sevilla, Estrada era uno de los negociantes más ricos de Guatemala, hasta el punto de costear él mismo el mantenimiento del cuerpo militar bajo sus órdenes. Aunque sin experiencia militar, fue ascendido en 1673 al grado de maestre de campo con mando sobre el tercio (batallón) de infantería del Valle de Guatemala. Estrada permaneció en este puesto hasta que falleció en 1691, momento en que el título pasó a su hijo, quien tampoco era militar.

El papel que asumía la elite local en el ramo militar se debía en gran parte a la escasez de gente con experiencia en tal sentido. En 1665, el presidente Mencos justificaba frente a la Corona uno de sus nombramientos afirmando que había elegido al candidato en cuestión, «por ser el único soldado que a la sazón se hallaba en estas provincias»²⁸. Veinte años más tarde, otro presidente observaba algo similar sobre el cuerpo de oficiales: «el maestre de campo, sarjento mayor, capitanes y demas oficiales de milicia todos son visoños, sin ninguna práctica ni ejercicio militar»²⁹. En estas circunstancias, las alternativas para cubrir las plazas militares eran extremadamente limitadas.

Como se dijo, el poder económico y prestigio social de los oficiales lugareños proporcionaba ventajas, aun frente a los pocos soldados profesionales que de vez en cuando aparecían en la colonia. Tal fue el caso de Andrés Ortiz de Urbina, nombrado en 1680, en España, como sargento mayor de infantería para el Reyno de Guatemala. Oficial de larga experiencia, Ortiz de Urbina llegó con el fin de mejorar el entrenamiento y disciplina de las tropas. Pero, debido a un conflicto entre él y el maestre de campo Estrada, el presidente Enríquez de Guzmán reco-

mendó a la Corona que fuera retirado. Consideraciones políticas de orden local triunfaron en esta ocasión, como en muchas otras, sobre las de carácter militar.

La elite colonial sabía la importancia de su papel en la defensa del istmo, y reconocía igualmente que de ahí provenía, en mucho, el estado de privilegio y poder de que gozaba. Ostentaba con orgullo los títulos militares. En las numerosas peticiones de favores a la Corona, mencionaba, repetidamente, supuestos méritos militares obtenidos en el campo de batalla o la ayuda financiera prestada en tiempos de emergencia. A lo largo del siglo XVII se fue acostumbrando a un grado tal de control sobre su propio destino como pocas veces se ha observado en un aparato imperial centralizado.

La crónica indiferencia de España frente a las necesidades defensivas de Centroamérica terminó por llevar a la colonia a responsabilizarse de su propia defensa. En estas circunstancias, la colaboración de los poderosos grupos locales fue cada vez más decisiva para que las autoridades pudieran mantener la seguridad de la colonia frente a potencias extranjeras. Así se fueron sembrando las semillas para una crisis política e ideológica. Por una parte, este sistema de autodefensa exigió una constante presión sobre la economía —en particular sobre los pueblos indígenas— con la extracción de todo tipo de recursos, lo que sembraría el descontento, tal y como lo evidenció la rebelión de los tzendales de Chiapas en 1712. Por otra, a través de esas responsabilidades políticas y sociales, y la identificación emotiva con un sistema de explotación que se consideraba casi propio, el grupo dominante fue adquiriendo conciencia de una existencia propia aparte e independiente de España. Esta visión y actitud no se puede calificar todavía de nacionalista a finales del siglo XVII, menos aún de independentista, pero sí es posible distinguir en ella las primeras raíces del proceso de desarticulación que viviría el imperio español a principios del siglo XIX.

CULTURA, IDEAS Y SOCIEDAD

Centroamérica vivió a partir de la Conquista un proceso de desplazamiento de un sistema de expresión cultural por otro. Aun en la zona occidental, donde la civilización maya había logrado un nivel relativamente alto de desarrollo, las formas indígenas de expresión arquitectónica, artística y literaria perderían rápidamente su relevancia, apareciendo en su lugar otras, las importadas de España.

Es cierto que sobrevivieron muchas tradiciones antiguas. Son ejemplo, entre otros, los bailes prehispánicos y todo un pensamiento reli-

gioso. Sin embargo, debido a la influencia europea durante la colonia, estas expresiones sufrieron ciertas modificaciones que no son fáciles de especificar con precisión. En gran parte, hasta las prácticas que hoy se consideran más típicamente indígenas deben entenderse como producto del proceso de intercambio cultural que tiene sus orígenes en el contacto inicial entre indígenas y españoles. Cabe observar también que las relaciones de poder vigentes en la época favorecieron la conservación material de todo aquello (edificios, obras de arte, literatura) que se identificaba más cercanamente con los miembros de la minoría dominante.

Durante los primeros siglos de la dominación hispana, la Iglesia católica fue, sin duda, la institución más poderosa en la transmisión de valores culturales. Su influencia se ejercía fuertemente sobre el mundo artístico e intelectual, ya que dominaba la enseñanza formal y controlaba los principales medios de expresión cultural. Además, su patrocinio material tendía a determinar las temáticas a que se dedicaban los artistas; sin olvidar que las posibilidades de la literatura se veían fuertemente limitadas al restringir la Iglesia aquellas expresiones que se consideraban contrarias al mantenimiento de la sociedad colonial en el conformismo ideológico y las «buenas costumbres».

La arquitectura y las artes plásticas

El peso de la religión católica se hizo sentir con especial fuerza en la arquitectura y en las artes plásticas. Durante los primeros siglos, los proyectos de construcción estuvieron vinculados, sobre todo, a la edificación de iglesias en los territorios sometidos, ya que la institución debía constituir el símbolo más importante de la autoridad española. Simbólica era también su ubicación, en el centro de la ciudad, pueblo o barrio, frente a la plaza donde solía concurrir la gente para hacer mercado o para asistir a los actos públicos, tanto civiles como religiosos.

Montículos y pirámides indígenas fueron así cediendo el lugar a las edificaciones religiosas, hechas según modelos españoles, sobre todo andaluces. Las primeras iglesias fueron construcciones sencillas de caña y paja; conforme se consolidó el dominio europeo, fueron siendo sustituidas por edificios de mayor formalidad. Se constituyeron a semejanza de la basílica romana, de acuerdo con la tradición de la Iglesia occidental; la gran mayoría de una sola nave, aunque algunas de las más importantes eran de tres. Las paredes podían ser de tierra, adobe o mampostería, siendo muy raras en Centroamérica las obras de cantería. En cuanto a los techos, eran comunes los de artesanado cubierto de tejas; aunque también hubo bastantes ejemplos de bóvedas y cúpulas, especialmente en los lugares más importantes.

El proceso de reemplazar las primeras iglesias provisionales por estructuras más formales continuó en forma relativamente lenta durante el siglo XVI, aun en aquellos centros de considerable población española.

A la catedral de Santiago de Guatemala, por ejemplo, sólo se le colocó tejado formal en la década de 1570; hasta entonces, estuvo cubierta con simple paja. En la misma década informaba también el obispo de Nicaragua que, «en Granada se han quemado las Iglesias dos veces, por haberse construido de paja»³⁰, agregando que sólo hasta ese momento se estaba edificando en dicha provincia la primera iglesia con techo de teja. Las dificultades que afrontaban las autoridades eclesiásticas respecto a la construcción de iglesias eran en primer lugar de orden económico, ya que las necesidades eran muy grandes y los medios exigüos. Otro obstáculo eran los desastres naturales, no solamente los incendios, sino también, y principalmente, los temblores que provocaban constantes trabajos de reparación y reconstrucción.

En el siglo XVII con el aumento de los recursos se aceleraron las obras. Según la tradición, por ejemplo, la construcción de la nueva catedral de León duró sólo tres años (1621-1624). Durante el mismo siglo se construyeron un gran número de iglesias aun en las regiones más remotas del istmo, incluyendo las distantes reducciones costarricenses. La pequeña iglesia de Ujarrás, terminada hacia 1690, es un ejemplo de las sólidas, aunque a menudo sencillas construcciones de la época. En el otro extremo, en cuanto a tamaño y grado de ornamentación, se cuenta con la catedral de Guatemala, construida entre 1669 y 1680 (hoy parcialmente en ruinas). Ésta fue la principal, tercera y última catedral de la ciudad de Santiago, y debe considerarse como la obra más significativa emprendida en Centroamérica antes del siglo XVIII.

Los impresionantes edificios eclesiásticos de la colonia, por lo general, no fueron obra de españoles. La fuerza de trabajo que se empleaba en su construcción se componía primordialmente de indígenas; además, aparte de algunos frailes que de vez en cuando se dedicaban al diseño y dirección de las obras, el cuerpo de arquitectos empíricos incluía tanto a indígenas como a mestizos y mulatos. Como ejemplo de estos últimos es digno de mención, José de Porras (m. 1703), quien entre otros edificios importantes completó el de la catedral de Santiago de Guatemala. A pesar de la considerable participación de gente de otros grupos étnicos, no se observa en la arquitectura colonial centroamericana elementos indígenas o africanos; refleja más bien el gusto contemporáneo de España; aparte de algunos «leones de Castilla que recuerdan muchas veces las máscaras de los bailes indígenas»³¹.

En Centroamérica, no obstante, evolucionó durante el siglo XVII un estilo propio que se denominó «barroco sísmico»³², caracterizado por

las proporciones bajas y pesadas de las fachadas, columnas y arcadas, así como por la ausencia en general de campanarios altos, por el temor a la frecuente actividad sísmica de la región. Se nota también una falta de períodos estilísticos bien definidos, debido a que la frecuencia de los terremotos exigía un proceso continuo de modificaciones estructurales y decorativas. Una característica típica de la arquitectura colonial centroamericana fue el ataurique, labor de decoración en yeso que se aplicaba a las fachadas en complicados diseños florales y geométricos, los cuales recordaban la fuerte influencia mudéjar en la arquitectura del sur de España.

La influencia de la Iglesia era igualmente fuerte en la pintura y en la escultura, actividades dedicadas casi exclusivamente a la fabricación de objetos de arte para ornamentación de templos. Desde los inicios coloniales, existe noticia de la actividad artística de españoles en Centroamérica, algunos de los cuales habrían llegado en compañía de oficiales de la Corona. A principios del siglo XVII, el pintor más famoso de Santiago de Guatemala fue el vizcaíno Pedro de Liendo (m. 1657), entre cuyas obras se incluye cantidad de cuadros y retablos importantes. Gracias a la demanda de sus trabajos, Liendo se hizo rico, siendo dueño de casas y esclavos, además de haciendas en el valle de Olancho, Honduras. Se tiene conocimiento, también, de una hija de Liendo, de nombre Sebastiana, dedicada a la pintura, quien destacó no solamente por tratarse de una actividad poco común para la mujer de esa época, sino porque la orientaba a temas seculares, entre ellos paisajes.

Desafortunadamente, no sobreviven hoy obras que con certeza se puedan atribuir a los Liendo. Tampoco hay ejemplos ciertos de la obra de muchos otros pintores conocidos de la época, entre ellos Francisco de Montúfar (activo hasta 1650) y Antonio de Montúfar (1627-1668). Éste, según la tradición, quedó ciego en 1657 después de completar una serie de cuadros de la Pasión de Cristo, aunque dichas obras se han atribuido, más recientemente, al pintor guatemalteco Tomás de Merlo (1649-1739). Más afortunado es el caso de la escultura, de la cual todavía existen muestras finas, aun del propio siglo XVI. Entre los escultores mejor conocidos de la colonia destaca Quirio Cataño (m. 1622), autor del todavía venerado Cristo de Esquipulas (1595) y que parece haber sido de nacionalidad portuguesa o italiana.

El alfabetismo y la enseñanza formal

La arquitectura y las artes plásticas tenían una función netamente pública y didáctica; por lo tanto, igualmente accesibles tanto a los grupos minoritarios como a las masas populares. Ocupándose así, exclusivamente, de episodios bíblicos e imágenes de santos con un for-

mulario iconográfico fácilmente reconocible, estas artes representaban una forma de expresión inteligible para todos. Caso contrario fue el de las letras, cuya producción y consumo se restringían, por lo general, a una pequeña elite letrada.

La tasa de analfabetismo debió haber sido extremadamente elevada durante la colonia. En primer lugar, porque el indígena que constituía el porcentaje mayoritario de la población ni siquiera hablaba el idioma de los conquistadores. A partir de 1550 a más tardar, la Corona insistió, repetidamente, en que para la enseñanza de la lengua castellana se debía establecer escuelas y doctrinas en todas las parroquias. Dicho proyecto, sin embargo, no se cumplió por la falta de recursos y la negativa de los frailes a enseñar el castellano, ya que les parecía método más seguro aprender ellos mismos los distintos idiomas nativos. Los religiosos consideraban también que siendo ellos los intermediarios lingüísticos necesariamente incrementarían su poder frente a otros elementos españoles.

Los misioneros se dedicaron, con mucho éxito, a la tarea de dominar las lenguas indígenas, lo que dio como resultado una profusión de gramáticas y vocabularios. Los frailes inventaron equivalencias de sonidos y utilizando el alfabeto romano escribieron en las lenguas indígenas catecismos y otras obras didácticas. Durante el siglo XVI, sobre todo, en los antiguos centros de cultura maya algunos miembros de la nobleza indígena utilizaron el nuevo sistema de escritura para conservar textos de origen precolombino, hasta entonces guardados en forma jeroglífica o como parte de la tradición oral. Entre varios ejemplos, el más conocido es el del Popol Vuh, libro sagrado de los quichés. A pesar del valor literario e histórico de tales obras, apenas fueron apreciadas por la comunidad española durante la época colonial. No será sino hasta el siglo XIX cuando se den a conocer universalmente.

El nivel de instrucción probablemente tampoco fue mucho más alto dentro del sector hispano parlante de la población colonial. En los documentos archivísticos de la época se ven muchos casos de personas que dicen no saber firmar; y el poder hacerlo no significaba, necesariamente, que la persona estuviera en capacidad de leer y escribir con alguna facilidad. Durante los siglos XVI y XVII, la existencia de escuelas era casi tan rara en los centros de población española y mestiza como en los de población indígena. En los monasterios de las ciudades más importantes se ofrecía para varones instrucción básica en los rudimentos de aritmética y gramática, complementada en algunos lugares por cursos más avanzados de latín y griego, música y filosofía. El número de jóvenes que pudo aprovechar estas oportunidades habrá sido muy bajo, pero de todos modos superior al de las mujeres, para quienes la sociedad de la época no consideraba útil una instrucción formal.

En otro aspecto, se reconocía importante transmitir a los hijos de familias poderosas conocimientos básicos para el desempeño de aquellas responsabilidades públicas que se consideraban apropiadas a su categoría social. Pero, más allá de las primeras letras, la enseñanza formal se valorizaba en la colonia sobre todo para la formación de clérigos. En Centroamérica, debido a la escasez de recursos, los obispos tardaron mucho en establecer los seminarios diocesanos, decretados por el Concilio de Trento. El de Guatemala no se inició hasta después de 1598 con sólo quince estudiantes. En las otras provincias el atraso era aún más notable; los seminarios de Chiapas y Nicaragua sólo recibieron alumnos a partir de 1678 y 1680, respectivamente.

Para complementar los débiles esfuerzos de los obispos, algunas de las órdenes religiosas, también, ofrecieron estudios superiores no sólo a jóvenes con interés en carreras eclesiásticas. Por ejemplo, aprovechando un legado del obispo Francisco Marroquín (1537-1563), los dominicos de Santiago de Guatemala fundaron en dicha ciudad el Colegio de Santo Tomás, donde a partir de 1577 impartieron cátedras de teología, artes y gramática. Los padres de la Compañía de Jesús, después de su llegada a Santiago en 1606, establecieron igualmente un colegio, impartiendo primero sólo la cátedra de gramática, y luego, hacia 1625, también las de artes, filosofía y teología. Intentos por parte de los jesuitas por fundar otros colegios en Granada, León y El Realejo fueron infructuosos; sin embargo, funcionó un colegio de la Compañía en Ciudad Real (San Cristóbal de Las Casas) a partir de 1678.

En Guatemala, tanto el Colegio de Santo Tomás como el de los jesuitas pretendían otorgar grados universitarios con la justificación de lo incómodo que resultaba el traslado a la universidad más cercana en México, fundada en 1551. El privilegio de conceder grados fue extendido a ambos colegios durante la década de 1620, pero el resultado principal fue una serie de pleitos en que cada grupo solicitaba el derecho en exclusividad. Los partidarios del colegio dominico pedían, además, que dicha institución fuera elevada a la condición de universidad. Se dio un paso adelante con un legado del comerciante Pedro Crespo Juárez (m. 1646), quien dejó 20.000 pesos para que el Colegio de Santo Tomás estableciera varias cátedras que anteriormente habían faltado, entre ellas las de leyes, cánones y medicina.

La cuestión fue resuelta definitivamente sólo en 1676, cuando la Corona dispuso crear en la ciudad de Santiago una universidad, ordenando que se utilizara para ello los edificios del Colegio de Santo Tomás, así como el capital representado por los legados de Marroquín, Crespo Juárez y otros. Conocida como la Universidad de San Carlos de Guatemala, el nuevo centro de estudios superiores abrió sus puertas en enero de 1681, matriculando a unos sesenta estudiantes en las cátedras de teología, filosofía, Instituta (derecho civil romano) y lengua cakchi-

quel. Por falta de profesores, no se impartieron en ese momento las demás cátedras de cánones, leyes, medicina y lengua mexicana (nahua).

El establecimiento de la Universidad de San Carlos serviría para reforzar la primacía de que ya gozaba la ciudad de Santiago en los varios ramos de la vida colonial. Sería la única universidad en toda Centroamérica antes de 1815, año en que se fundó la de León, en Nicaragua.

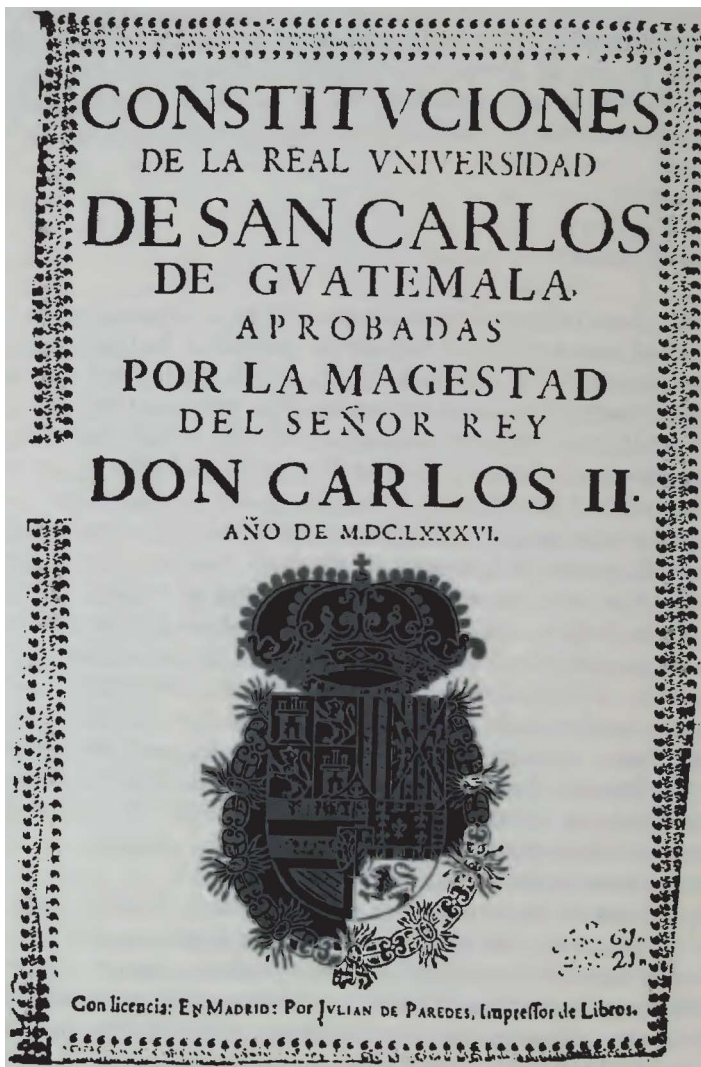
El mundo de las letras

El lento desarrollo y el poco alcance de la enseñanza formal ilustran la naturaleza restrictiva del mundo de las letras en Centroamérica durante los primeros dos siglos de la época colonial. Otra limitación fue la tardía introducción de la imprenta. Fue sólo en 1660 que el obispo de Guatemala, fray Payo Enríquez de Rivera (1659-1668), contrató al impresor mexicano José de Pineda Ibarra (1629-1680), quien se trasladó con su taller desde Puebla hasta la ciudad de Santiago.

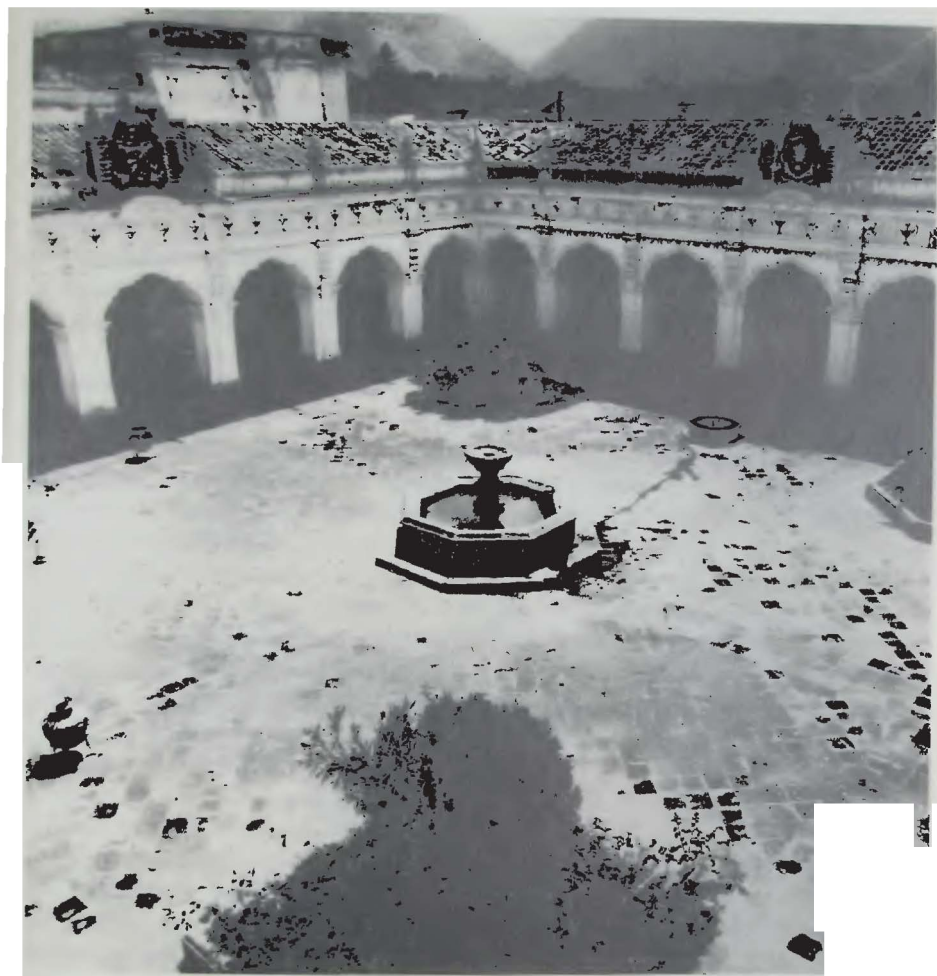
El predominio que significaba el patrocinio del obispo y la mentalidad prevaleciente en la época explican fácilmente que la producción de la nueva imprenta consistiera mayormente en trabajos religiosos. El primer libro impreso en Centroamérica fue la *Explicatio apologetica* (1663), cuyo autor era el propio Enríquez de Rivera y que representaba una respuesta en latín a sus críticos en España respecto a una cuestión de teología. La demanda comercial para esta clase de impresos no pudo haber sido muy grande en esa época. Según la tradición murieron pobres tanto Pineda Ibarra como su hijo Antonio (1661-1721), quien le había sucedido en el negocio. Durante el siglo XVIII funcionaron otras imprentas en Guatemala, pero no hay noticia de ellas en las demás provincias centroamericanas antes del siglo XIX.

La ausencia de la imprenta y el bajo índice de alfabetización limitaron el impacto de las obras literarias producidas en Centroamérica durante los siglos XVI y XVII. Algunos trabajos fueron impresos fuera de la colonia, mientras que otros circulaban sólo en forma de manuscrito, pero en cualquier caso su alcance era corto. Otro factor que restringió la producción y divulgación de la literatura era la intervención estatal y eclesiástica. En búsqueda de libros prohibidos, los agentes del Santo Oficio de la Inquisición solían revisar las cargas de los navíos que llegaban a puertos centroamericanos. Además, para imprimir cualquier trabajo literario, se exigía licencia expedida por un juez civil y frecuentemente también por una autoridad eclesiástica.

En tales circunstancias, la creación literaria imaginativa se vio desestimulada, ganando en importancia la religiosa y la de carácter descriptivo. Las letras centroamericanas de la época hispana no ofrecen



3.7. CONSTITUCIONES DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS.



3.8. PATIO INTERIOR DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS, ANTIGUA

ejemplo de «ningún novelista o autor dramático, ni siquiera en el Siglo de Oro de la literatura castellana»³³. En cambio, son muchos los libros didácticos, manuales de devociones, catecismos y estudios de gramática y vocabulario de las lenguas indígenas. Abundan también los informes descriptivos que tratan de las distintas provincias centroamericanas y de sus habitantes y recursos.

A pesar de esta situación, un ramo de las bellas letras no descuidado fue el de la poesía. Centroamérica produjo un número de poetas que si bien no aparecen como grandes figuras de la literatura hispana sí se conocían dentro y fuera de las propias fronteras de la colonia. De los varios ejemplos se suele citar a Juan de Mestanza y a Baltasar de Orena, ambos naturales de España, que vivieron en la provincia de Guatemala hacia fines del siglo XVI. Sus poemas seguían fielmente los modelos españoles del momento y respondían, probablemente, a la nostalgia del inmigrante por la madre patria en las lejanas tierras de ultramar. Las obras de estos poetas llegaron aún a noticia del mismo Cervantes, quien los menciona con aprobación en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* (1595) y también en el *Viaje al Parnaso* (1614).

Otro personaje que merece atención, no sólo por tratarse de una mujer, es Juana de Maldonado y Paz (m. 1638). Hija de un oidor de la audiencia, ejemplifica con su vida las pocas oportunidades que se ofrecían en la época a una mujer de talento e inteligencia. Profesó en 1619 como monja en el convento de La Concepción de Santiago de Guatemala, donde según la tradición dirigía una especie de salón literario al que concurría, inclusive, el obispo fray Juan Zapata y Sandoval (1621-1630). Sor Juana escribía poemas que muestran los lazos de afecto que guardaba con las otras monjas y clérigos que frecuentaban el convento para administrar los sacramentos y confesar a las internadas. En el momento de su muerte, servía de abadesa del convento, uno de los pocos puestos de alta responsabilidad a que podía aspirar una mujer durante la colonia.

La historiografía y el problema de la Conquista

Dentro del género de la literatura descriptiva, es de particular importancia la historiografía. Los primeros dos siglos de la época colonial ofrecen varios ejemplos de cronistas e historiadores que se dedicaron a conservar en sus narrativas la memoria de los acontecimientos y personajes del pasado. Tal memoria, en forma mítica o histórica, constituye una necesidad cultural, ya que dichos acontecimientos y personajes desempeñan un papel clave en la autoidentificación de un pueblo. El estar encargado de la conservación y propagación de la memoria colectiva implica por lo tanto la posesión de un instrumento potencialmente poderoso. El grupo que domina la producción de la historia está, hasta cierto punto, en condiciones de determinar la definición del pueblo.

Punto de origen de la sociedad colonial y de las fuerzas que seguían determinando dicha sociedad, para los historiadores centroamericanos de los siglos XVI y XVII el acontecimiento fundamental era la Conquis-

ta, pues el criollo justificaba su posición dominante con base en los servicios prestados en ella por sus antepasados, los conquistadores. Para este grupo la historia tenía, entonces, una función bien clara, afirmar como justa la Conquista y como merecido su *status* de privilegio frente al resto de la sociedad. Sin embargo, existieron también críticos de la sociedad colonial y al papel desempeñado por los criollos en ella. Esta posición, aunque minoritaria, era influyente y podía ser motivada por consideraciones morales, políticas o económicas. Detrás de ella se encontraban, sobre todo, algunos frailes y funcionarios de la Corona, para quienes muchos de los problemas que afrontaba la colonia se originaban en las relaciones arbitrarias que había producido aquel momento de violencia a que se reducía al final de cuentas la Conquista.

La contienda histórica sobre el significado y legado de la Conquista era sobre todo cosa de españoles, criollos o peninsulares, con el suficiente tiempo ocioso para el cultivo de investigaciones históricas que debían legitimar un *status* colonial. Los indígenas, las principales víctimas de todo el proceso, utilizaban los márgenes que dejaba el sistema para poder subsistir como grupo. Para ellos el «debate» de la historia cobraba sobre todo forma en torno a los «títulos» que se otorgaban en apoyo de sus reclamos territoriales. Los cronistas indígenas sólo raramente iban más allá de este fin práctico, limitado a la defensa de sus comunidades. Sin embargo, destaca como relato apasionante de la Conquista, y sus consecuencias desde el punto de vista indígena, el Memorial de Sololá (conocido también como los *Anales de los cakchiqueles*). Esta crónica en idioma cakchiquel fue comenzada a mediados del siglo XVI por el indígena Francisco Hernández Arana (1505?-1581?); pero es reconocida como producto de varios autores y abarca hasta 1604.

Fuente valiosa de datos históricos, el Memorial de Sololá es igualmente interesante como testimonio del proceso de intercambio cultural. Refleja en forma especialmente rica la manera cómo los autores indígenas resistían la imposición de una identidad colonial por parte de los españoles. Por ejemplo, a pesar de haber adoptado nombres españoles y la religión cristiana, en su narración siguen utilizando el calendario maya para fijar las fechas de los acontecimientos. Es interesante también, a juzgar por la estructura narrativa de la crónica, que para los cakchiqueles del siglo XVI el acontecimiento clave de su historia reciente no había sido la Conquista, sino más bien la rebelión de 1493, mediante la cual se separaron del reino de los quichés.

En cuanto a los historiadores españoles del siglo XVI, dos personajes de importancia universal dominan el escenario centroamericano. Por el lado de la afirmación de la Conquista se encuentra Bernal Díaz del Castillo (1496-1584). Antiguo compañero de armas de Hernán Cortés, Díaz del Castillo vivió a partir de 1541 en Santiago de Guatemala, donde escribió *La verdadera y notable relación de la conquista de la Nue-*

va España, obra que fue publicada por primera vez en Madrid en 1632. Este libro, que justamente es considerado como un monumento no solamente de la historiografía americana sino de la literatura hispana en general, glorifica la Conquista y a los soldados españoles que participaron en ella. Fue fuente de inspiración para los criollos centroamericanos, algunos de los cuales eran descendientes del propio Bernal Díaz, como era el caso de Fuentes y Guzmán, autor de una de las principales obras de la colonia.

Muy distinta era la visión que ofrecía el fraile dominico Bartolomé de Las Casas (1474-1566) de la empresa española en Indias. Nombrado protector de los indios por la Corona en 1516, Las Casas era conocido por sus incansables esfuerzos por defender a los indígenas contra la violencia y la explotación. Sostenía que el único propósito legítimo de la presencia europea en Indias era la evangelización, y que ésta se podía efectuar sin el uso de las armas. Intercedió en más de una ocasión ante el Rey en favor de los intereses indígenas y a él se atribuyen en parte las reformas incorporadas en las Leyes Nuevas de 1542. Las Casas estuvo en dos ocasiones en Centroamérica. Durante la primera (1534-1539) dirigió, entre otras cosas, la reducción pacífica de la Verapaz, mientras que durante la segunda (1544-1546) fungió como obispo de Chiapas. Entre sus obras escritas, se dio a conocer, principalmente, por la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que salió a luz en Sevilla en 1552. Tratándose de un libro francamente polémico, la *Brevísima relación* exponía sobre todo el impacto negativo de la conquista española sobre los pueblos indígenas del Nuevo Mundo. El libro fue acogido con entusiasmo por los enemigos de España, quienes lo citaban frecuentemente en su lucha por desprestigiar a dicha nación, permaneciendo Las Casas como una de las figuras más controvertidas de las letras españolas.

El cuestionamiento de la Conquista iniciado por Las Casas fue continuado en el siglo XVII por los dominicos, en Centroamérica sobre todo por fray Antonio de Remesal (1570?-1630?), autor de la *Historia de la provincia de S. Vicente de Chyapa y Guatemala de la orden de nro. glorioso padre Sancto Domingo*, publicada en Madrid en 1619³⁴. La importancia de este trabajo sobrepasa en mucho la mera crónica de actividades de la orden dominica que el título sugiere. Representó, por casi dos siglos, el único libro impreso que ofrecía una narración sistemática, detallada y documentada de los orígenes de la sociedad colonial en Centroamérica.

Al contrario de lo esperado por Remesal, un gallego que había vivido sólo tres años en Guatemala (1613-1616) mientras recopilaba datos de archivo, el libro fue mal recibido en dicha provincia. Era un seguidor de la línea lascasiana, y en su libro se ocupa, entre otros temas, de los abusos cometidos por los conquistadores en contra de los

indígenas, así como de la defensa asumida a su favor por los dominicos y, sobre todo, por el obispo de Chiapas. De regreso a Santiago de Guatemala en 1621, después de haber llegado el primer envío de ejemplares de su trabajo, Remesal fue perseguido en forma despiadada por los criollos, incitados por el propio deán de la catedral Felipe Ruiz del Corral (m. 1636). Por orden de Ruiz del Corral, quien también servía de comisario del Santo Oficio, Remesal fue preso, inmediatamente, en el monasterio de Santo Domingo, donde permaneció encarcelado por el tiempo de tres meses. Mientras tanto, el Tribunal de la Inquisición de Ciudad de México encontró como falsas las acusaciones hechas en contra de Remesal y su libro. Absuelto por fin y puesto en libertad, el cronista abandonó Centroamérica definitivamente en 1622.

El pecado de Remesal, aparte de no ser para los criollos más que un extraño, fue su desprecio por los conquistadores, insulto que la sociedad criolla guatemalteca no le podía perdonar. Después de la obra de Remesal, lo que hacía falta como respuesta era una historia «patriótica», que reivindicara verdaderamente la Conquista, la colonia y el honor de los criollos. Se responsabilizó de esta tarea durante la segunda mitad del siglo XVII a Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (1642-1699). Criollo por excelencia, Fuentes y Guzmán contaba también en su genealogía a varios conquistadores, entre ellos al propio Bernal Díaz del Castillo, del que era tataranieto. Encomendero y regidor perpetuo del cabildo de Santiago de Guatemala, era asimismo dueño de grandes propiedades rurales que explotaba con trabajo indígena de repartimiento.

En su *Recordación florida*, terminada hacia 1695, pero sólo publicada en su totalidad en el siglo XX, Fuentes y Guzmán presenta, sobre todo, el retrato de una colonia próspera y feliz. Basado en investigaciones de archivo y en la observación personal, relata la historia de la conquista y del poblamiento españoles, al mismo tiempo que ofrece una buena cantidad de datos sobre distintos asuntos, desde costumbres indígenas, la flora y fauna de la región, hasta los problemas políticos y económicos que, según él, atravesaba la colonia.

Para el historiador la Conquista había sido un acto legítimo al servicio del Rey, pero sobre todo de Dios, ya que así se había logrado la cristianización de la población nativa. Figura principal de la obra son los criollos, que como descendientes de los conquistadores habían heredado sus méritos y merecían, por lo tanto, ser premiados indefinidamente por la Corona. Si la colonia encaraba problemas, esto se debía, según Fuentes y Guzmán, a la «pobreza» en que se encontraban sumidos los criollos. La solución era fácil, las autoridades simplemente debían atender las cédulas reales que mandaban que los descendientes de conquistadores fueran favorecidos en la distribución de empleos y otros beneficios.

Historia «patriótica» y la ideología criollista

En su narración «patriótica» Fuentes y Guzmán exalta por igual a la colonia y a los criollos frente a un Imperio que supuestamente no los tomaba en serio. Aunque se consideraba un vasallo leal al Rey, el autor se encontraba atrapado en la contradicción que un historiador guatemalteco denominó de las «dos Españas»³⁵: la España de la Conquista y del conquistador, del idioma castellano y de la fe católica, del Rey, y la España que vivía el cronista con funcionarios reales que trataban mal y hacían de menos al criollo.

Hablar del surgimiento de un «nacionalismo» sería atrevido para aquella época. Pero parece cierto que la consciencia criolla representada por Fuentes y Guzmán, reflejaba un sentimiento generalizado entre los habitantes de ascendencia española. Para fines del siglo XVII, tanto criollos como peninsulares radicados tomaban cada vez más conciencia de su propia capacidad para determinar el bien general de la colonia. Esta autosuficiencia, promovida por la propia Corona al dejar por ejemplo en manos criollas la defensa de la colonia, sólo engendraba deseos de una mayor autonomía. Como escribía el mismo Fuentes y Guzmán:

Grave dolencia de los pueblos, y aun incurable, es a mi ver, tener el Rey a gran distancia: porque, apartado e impedido, con mares y peligros evidentes, ni del vasallo puede examinar las dolencias, ni oír las voces en las súplicas, ni menos las verdades de los sucesos: que si llegan, mal y tarde se determinan; y si se resuelven, no se ejercitan los remedios³⁶.

Cabe destacar, sin embargo, que el «patriotismo» de Fuentes y Guzmán tenía sus límites, que no se trataba, todavía, de un espíritu independentista, aunque los resentimientos que reflejaba sólo se acrecentarían durante el siglo XVIII. Además, se trataba de un «patriotismo» en pequeño. El autor criollo refería su patria a «Goathemala», término que podía implicar todo la jurisdicción de la audiencia, como la propia provincia de Guatemala o sólo la ciudad de Santiago. En gran parte el relato de Fuentes y Guzmán se limitaba a cosas de la Guatemala chica (territorio que correspondía, más o menos, a las modernas repúblicas de Guatemala y El Salvador). Se refería muy poco a las otras provincias centroamericanas; no las conocía y en realidad tampoco le importaban.

En los ojos de Fuentes y Guzmán, como en los de muchos otros portavoces de la ideología criollista, el mundo criollo podía reducirse aún más, a sólo la ciudad de Santiago, cuyo dominio sobre la vida centroamericana continuó creciendo durante el siglo XVII. En tiempos

de Fuentes y Guzmán, su ciudad natal representaba el centro no solamente del poder político y económico, sino también de la actividad cultural e intelectual. Resultaba difícil por lo tanto distinguir entre los intereses de la ciudad y los del Reyno.

La crónica de Fuentes y Guzmán en el contexto de la historia de la ciudad de Santiago puede colocarse fácilmente entre las variadas manifestaciones del orgullo cívico que caracteriza a la segunda mitad del siglo XVII. Como afirmaciones de la importancia y prosperidad de la metrópoli centroamericana se puede citar la imprenta (1660), la universidad (1676) y la nueva catedral (1680). Sólo hacía falta el culto de un santo local, y aun esto los criollos estaban en vías de fomentarlo. En la década de 1690 el cabildo de Santiago colaboró financieramente en las diligencias para promover la causa de canonización del hermano Pedro de San José de Bethencourt (1626-1667), padre espiritual de la orden de Belén³⁷. De la investigación de la «vida y virtudes» de dicho personaje se encargó el mismo Fuentes y Guzmán con otro historiador criollo de la época, fray Francisco Vázquez de Herrera (1647-1714?), cronista en Guatemala de la orden franciscana.

La Guatemala de Fuentes y Guzmán no era «patria chica» solamente en el sentido geográfico, sino también en el social. Si el descendiente de Bernal Díaz pensaba en términos de un concepto que se podía calificar de «nación», dicha «nación» incluía sólo a los criollos. En cuanto a los indígenas, a pesar de representar ellos el elemento mayoritario de la población, no por eso podían considerarse como parte de la patria. Al contrario, como ha observado Martínez Peláez, eran más bien parte del patrimonio, es decir, de la herencia material de la Conquista. Los indígenas centroamericanos, cuyo trabajo se explotaba para el sustento del grupo criollo, con mayor razón podían haber planteado la misma queja de Fuentes y Guzmán respecto a la distancia que los separaba de la justicia del Rey.

NOTAS

1. Mario Góngora, *El estado en el derecho indiano: época de fundación, 1492-1570*. (Santiago de Chile: Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, 1951), págs. 36-41.
2. John Leddy Phelan, «Many Conquests: Some Trends and Some Challenges in Mexican Historiography, 1945-1969: The Sixteenth and Seventeenth Centuries» en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México: Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*, Oaxtepec, Morelos, (4-7 de noviembre de 1969) (México: Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México; Austin: University of Texas Press, 1971), pág. 136.
3. O. P. Fray Antonio de Remesal, *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, ed. de Carmelo Sáenz de Santa María, 2 tomos (Madrid: Editorial Atlas, 1964-1966), I, págs. 292-293.
4. Remesal, 1964-66: Tomo II, págs. 379-380.
5. Stephen Webre, «Antecedentes económicos de los regidores de Santiago de Guatemala, siglos XVI y XVII: Una élite colonial» en *La sociedad colonial en Guatemala: Estudios regionales y locales*, (Antigua Guatemala: CIRMA, 1989), págs. 189-219.
6. J. H. Parry, *The Sale of Public Office in the Spanish Indies under the Hapsburgs*, (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1953, Ibero-Americana 37), pág. 70.
7. Victoria González Muñoz y Ana Isabel Martínez Ortega, *Cabildos y élites capitulares en Yucatán: dos estudios*, (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1989).
8. AGI, Guatemala, leg. 21: informe del escribano Miguel de Ocampo, Guatemala, 4 de julio de 1665.
9. AGI, Guatemala, leg. 41: carta, Cabildo a la Corona, Guatemala, 10 de septiembre de 1543.
10. Murdo J. MacLeod, «The Primitive Nation State, Delegation of Functions, and Results: Some Examples From Early Colonial Central America» en *Essays in the Political, Economic and Social History of Colonial Latin America*, ed. de Karen Spalding (Newark: University of Delaware Latin American Studies Program, 1982), pág. 56.
11. AGI, Guatemala, leg. 41: carta, López de Solís a la Corona, 1 de julio de 1651.

12. Robert Ricard, *The Spiritual Conquest of Mexico: An Essay on the Apostolate and the Evangelizing Methods of the Mendicant Orders in New Spain, 1523-1572*, trad. de Lesley Byrd Simpson (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1966).
13. Remesal, 1964-66: Tomo I, 237-239.
14. Ricardo Blanco Segura, *Historia eclesiástica de Costa Rica: Del descubrimiento a la erección de la diócesis, 1502-1850*, 2a ed. (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1983), págs. 103-104.
15. Carmelo Sáenz de Santa María, «Una revisión etnorreligiosa de la Guatemala de 1704, según fray Antonio Márgil de Jesús» en *Revista de Indias*, 41 (julio-diciembre de 1981), págs. 445-497.
16. José Reina Valenzuela, *Historia eclesiástica de Honduras, t. 1: 1502-1600*, (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1983), pág. 141.
17. Edgar Zúñiga C., *Historia eclesiástica de Nicaragua, 1a parte: La cristiandad colonial, 1524-1821* (Managua: Editorial Unión, 1981), pág. 118.
18. *Thomas Gage's Travels in the New World*, ed. de J. Eric S. Thompson (Norman: University of Oklahoma Press, 1958), pág. 127.
19. *Ibid.*, pág. 189.
20. Adriaan Cornelis van Oss, *Catholic Colonialism: A Parish History of Guatemala, 1524-1821*. Tesis doctoral, (Universidad de Texas, 1982), pág. 162.
21. Zúñiga C., 1981: 146.
22. Thomas Gage's Travels, págs. 188-191.
23. Van Oss, 1982: 99.
24. Ernesto Chinchilla Aguilar, *La Inquisición en Guatemala*, (Guatemala: Instituto de Antropología e Historia de Guatemala, 1953), pág. 45.
25. John Esquemeling (A. O. Exquemelin), *The Buccaneers of America*, ed. de William Swan Stallybrass (Nueva York: Dorset Press, 1987), pág. 219.
26. AGI, Guatemala, leg. 25: carta de Escobedo a la Corona, Guatemala, 15 de abril de 1676.
27. Grant D. Jones, *Maya Resistance to Spanish Rule: Time and History on a Colonial Frontier*, (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989).
28. AGI, Guatemala, leg. 21, carta de Mencos a la Corona, Guatemala, 12 de julio de 1665.
29. AGI, Guatemala, leg. 31, carta de Enríquez de Guzmán a la Corona, Guatemala, 10 de noviembre de 1684.
30. Zúñiga C., 1981: 108.
31. Ernesto Chinchilla Aguilar, *Historia del arte en Guatemala*, 2.ª ed. (Guatemala: Editorial «José de Pineda Ibarra», Ministerio de Educación, 1965), pág. 48.
32. Del inglés «earthquake Baroque», término introducido por Pál Kelemen en su conocida obra, *Baroque and Rococo in Latin America*, 2.ª ed., 2 tomos (Nueva York: Dover, 1967), I, págs. 122-136.
33. Chinchilla Aguilar, 1953: 187.
34. Se conoce también como «Historia general de las Indias occidentales», título

más ambicioso que aparece en algunos ejemplares de la primera edición, en una portada distinta con fecha de 1620. Bajo cualquier título, el texto es idéntico.

35. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, 2.ª ed. (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973).

36. *Obras históricas de don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*, ed. de Carmelo Sáenz de Santa María, 3 tomos (Madrid: Ediciones Atlas, 1969-1972), II, pág. 165.

37. AGCA, Libro 23 de cabildos, fol. 147, 170-170v.

Capítulo 4

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN CENTROAMÉRICA (1680-1750)

Gustavo Palma Murga

CENTROAMÉRICA 1680-1750: ¿UNIDAD HISTÓRICA?

La historiografía colonial latinoamericana, y por ende la discusión histórica sobre los siglos de dominación colonial en América se enriquecieron enormemente durante la década de 1950 cuando principiaron a publicarse una serie de trabajos en los que se plantearon diversas preguntas acerca del carácter específico presentado por el régimen colonial. Estos trabajos fueron importantes porque contenían interrogantes que dinamizaron y —en cierta medida— revolucionaron los enfoques y análisis tradicionales que se tenían sobre esta etapa de la historia hispanoamericana. Se buscaba superar las visiones unilineales hasta entonces prevalecientes sobre el período colonial, a partir de la identificación de etapas diferentes y determinantes en la formación de la sociedad colonial en su conjunto.

A nivel del desarrollo económico general se propuso la sucesión —en términos generales— de tres fases o momentos diferentes: conquista y afianzamiento del régimen colonial, depresión y recuperación. La fase de depresión fue la que más se privilegió, sobre todo porque ella explicaría el posterior desarrollo del régimen colonial. Se insistió sobre el «olvido» en que había estado relegado el siglo XVII —temporalidad en la que se ubicó la depresión—, contraponiéndolo al interés manifestado por la etapa de conquista y colonización al igual que por la fase de expansión económica que se detectó durante el siglo XVIII.

La mayor parte de contribuciones y aportes presentados se referían al período de la depresión. Éstos fueron numerosos e importantes. Entre los más significativos y pioneros pueden mencionarse los de Woodrow Borah (*El siglo de la depresión en Nueva España*), Pierre y Huguette Chaunu (*Seville et l'Atlantique*), E. J. Hamilton (*El tesoro americano y la revolución de los precios en España*), François Chevalier (*La forma-*

ción de los latifundios en México); al igual que estudios como los de Modesto Bargalló (*La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*), Enrique Florescano (*Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*), Charles Gibson (*Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*), Wigberto Jiménez Moreno (*La crisis del siglo XVII y la conciencia nacional en Nueva España*), etcétera.

Estos estudios —en términos generales— se dedicaron al análisis y establecimiento de características y tendencias específicas evidenciadas a partir de determinado momento, manifestadas durante largos períodos de tiempo y que se tradujeron en crisis demográfica, crisis en el comercio exterior, crisis en la producción de plata, crisis en los sectores agrícola e industrial (o artesanal) y, por ende, en una crisis política y social. Temporalmente, se hicieron distintas propuestas de ubicación: Borah, por ejemplo, la hace principiar hacia 1576; Chaunu en 1623, Florescano hacia 1640. El cierre de la misma se ubica desde 1650 hasta 1740. Es importante señalar que la mayor parte de estos trabajos estuvo dedicada al ámbito del territorio mexicano. Posteriormente se produjeron aportes referidos al espacio andino, sobre todo el peruano.

La existencia, en tanto propuesta de interpretación, de una fase de crisis dentro del período colonial —en especial en la Nueva España— se extendió y generalizó al resto del territorio colonial hispanoamericano, habiendo llegado a hablarse de la «crisis del siglo XVII».

Es importante señalar que la propuesta de la existencia de un período de crisis en la vida colonial americana fue —también— el resultado de la influencia que en nuestra historiografía tuvo el planteamiento de la «crisis general del siglo XVII» en Europa.

En años recientes —a partir de la década de los ochenta, sobre todo— se plantearon opiniones polémicas, cuestionando la validez de dicha propuesta de interpretación para esa etapa del régimen colonial. Pueden señalarse, entre otros, los interesantes aportes de José Carlos Chiaramonte (*En torno a la recuperación demográfica y la depresión económica novohispana durante el siglo XVII*), José Morilla Critz (*Crisis y transformación de la economía de Nueva España en el siglo XVII. Un ensayo crítico*) y Luis Miguel Glave (*El virreinato del Perú y la llamada «crisis general» del siglo XVII*).

Estos autores sugieren que, efectivamente, el siglo XVII fue testigo de importantes modificaciones en las estructuras socioeconómicas coloniales pero que en vez de asociarlas a una tendencia general de depresión es más pertinente interpretarlas como parte de un proceso de transformación y asentamiento definitivo del régimen colonial. La fase primera del proceso de asentamiento colonial (caracterizada por la rapiña y la desarticulación de las sociedades indígenas) dio paso a una segunda de necesario afianzamiento del sistema colonial. A pesar de las nefastas consecuencias de la Conquista sobre la población local (so-

bre todo a nivel del despoblamiento general), desde finales del siglo XVI se procedió a la tarea de organizar sistemas y mecanismos para asegurar la extracción de excedentes hacia la metrópoli, y por consiguiente de afianzar el régimen colonial en su conjunto.

Para apoyar sus planteamientos se dieron a la tarea de revisar y releer datos y cifras estadísticas correspondientes a ese período (de población, de producción y extracción de metales preciosos, de tráfico comercial, de tributación fiscal, etc.) habiendo llegado a comprobar que las curvas y tendencias —aunque registran algún descenso— más bien apuntaron hacia la estabilización y consolidación del sistema. Como consecuencia de tal relectura sugieren que más que estudiar el siglo XVII bajo la perspectiva de una depresión general hay que hacerlo bajo el supuesto de una transformación en la que los mercados interiores fueron sustituyendo al comercio y la dependencia exterior.

En el caso de la producción de plata se plantea que más que descenso lo que ocurrió fue un incremento en otras vías —el contrabando sobre todo— para su extracción. En relación con la incidencia de la caída demográfica de la población indígena en la producción se sugiere que la crisis fue, más bien, de adaptación a nuevas formas de reclutamiento de fuerza de trabajo que al descenso de población propiamente dicho. Se señala, también, que se experimentó un notable incremento en el mestizaje. En cuanto a la fiscalidad y tributación, se plantea que ésta continuó dándose pero que se invirtió localmente en obras públicas y defensa, lo que significó una retroalimentación de la economía colonial. Por lo que a la llamada «ruralización» de la vida se debe plantear que es necesario —en primer lugar— tipificar la hacienda en base a trabajos empíricos para luego entrar en establecer su papel dentro de dicho proceso.

Resumiendo, estos autores proponen a consideración que más que depresión lo que ocurrió fue un proceso de transformación en las formas de dependencia local para con la metrópoli. Estas transformaciones se manifestaron a nivel de un abasto más organizado de las necesidades locales y, en consecuencia una mejor organización de la producción y los mercados locales y regionales. Los recursos locales se consumieron internamente y de manera tal que produjeron un efecto multiplicador en la economía local. Las unidades productivas incrementaron su eficiencia productiva, sobre todo a nivel de productos básicos. Si hubo crisis, ésta se produjo como consecuencia de las necesidades inherentes a las transformaciones operadas en el proceso de reajuste del sistema colonial. Por último, también es importante tomar en cuenta la observación hecha por Chiaramonte sobre el hecho de que la mayoría de la población indígena continuó desarrollando y reproduciendo sus propias formas de economía. Más del 80% de la población eran campesinos indígenas que no producían excedentes co-

merciales propiamente dichos y además no eran consumidores sistemáticos de la producción urbana o externa. En consecuencia, poco se vieron afectados por las fluctuaciones en el gran comercio transatlántico y las experimentadas en la extracción —mayor o menor— de metales preciosos.

Esta polémica muestra, por lo tanto, la dificultad que supone analizar e interpretar las tendencias observadas por la sociedad y la economía coloniales. Resulta evidente en todo caso la necesidad de profundas investigaciones que saquen a luz la complejidad de los procesos que entonces se reprodujeron.

En el caso de la región centroamericana apenas se cuenta con uno o dos trabajos en los que —dando por sentada la existencia de la crisis— se intenta analizar las manifestaciones —y consecuencias— locales que de ella se originaron. A nivel general puede señalarse el aporte pionero de Murdo MacLeod (*Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720*), en el que se insiste sobre la existencia de un momento de recesión, que el autor ubica a partir de 1635 hasta 1720. Pueden mencionarse los trabajos de Cardoso y Pérez Brignoli (*Centro América y la economía occidental, 1520-1930*), así como la reciente traducción al castellano del trabajo de Miles Wortman (*Gobierno y sociedad en Centroamérica, 1680-1840*). A nivel de temáticas específicas puede mencionarse el aporte de Christopher Lutz *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773*, de carácter demográfico y centrado en la ciudad de Santiago de Guatemala. Otros historiadores (Elizabeth Fonseca Corrales, Germán Romero Vargas, Rodolfo Pastor, etc.) reiteran igualmente la existencia de dicha etapa dentro del régimen colonial.

En términos generales (y para el caso centroamericano) cuando se habla de la crisis del siglo XVII, ésta también se identifica y fundamenta con indicadores de población, volumen de intercambios comerciales, así como con algunos datos sobre la expansión de la propiedad privada (la llamada «ruralización»).

Murdo Macleod, quien más reitera la existencia de dicha crisis, insiste en el carácter dependiente de la región del tráfico comercial externo. Cuando plantea la existencia de una serie de ciclos o etapas extractivas de metales, cacao, añil, etc., también argumentadas por Cardoso-Pérez Brignoli, los hace depender fundamentalmente de las posibilidades de demanda y consumo en el mercado internacional: Lo que equivaldría a identificar la región con una típica plantación colonial, como las que los ingleses establecieron en la India, África o en sus colonias sureñas del norte de América.

Centroamérica se reprodujo a pesar, o simultáneamente, de la existencia de dichos ciclos productivos. La región en su conjunto evidenció desde un principio su carácter marginal y secundario dentro de todo

el ámbito colonial americano. Esta marginalidad la hizo menos sensible a los grandes circuitos comerciales, así como a los vaivenes de la economía mundial. La pobreza y pequeñez de su desarrollo económico —sobre todo si se compara con México y Perú— tuvo que apoyarse necesariamente sobre una base y estructura económica y social cerrada, esencial y necesaria para la sobrevivencia.

Las evidencias y testimonios documentales que muestran el descenso de la población indígena en Centroamérica, los datos sobre los volúmenes reales en que se tradujeron los auges y caídas del cacao y añil local en el mercado externo, los montos de mercaderías europeas introducidas en el mercado regional al igual que las cantidades de plata producida localmente y exportada son escuetos, y los pocos que hasta ahora se manejan no lo dicen todo ni tampoco pueden permitir llegar a plantear semejantes generalizaciones.

En cuanto a la «ruralización» de la vida centroamericana durante el siglo XVII queda aún mucho por investigar y determinar. Se habla de que existieron «haciendas» pero en realidad no se ha manejado la suficiente base empírica como para proponer una tipificación de las distintas unidades productivas que existieron. Podría adelantarse (a partir del manejo de datos sobre tierras) que —además de que el interés por la tierra siempre existió— éste se vio incrementado, más bien, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Otro aspecto que también espera ser investigado en profundidad es el relacionado con las finanzas y el régimen fiscal local durante casi todo el régimen colonial. Miles Wortman es el único que ha presentado series bastante completas —y un tanto complejas— acerca del funcionamiento fiscal del Reyno durante las postrimerías del siglo XVIII. Por lo que corresponde a los siglos XVI y XVII, prácticamente se desconoce cómo funcionó el asunto hacendario. Se sabe, por ejemplo, que el cabildo de la ciudad de Santiago de Guatemala tuvo —por largos años— la responsabilidad y la exclusividad en la recaudación de impuestos y otros ramos de administración fiscal, pero sin conocer en detalle cómo lo hacían, qué consecuencias se desprendieron de dicho sistema de cobro, así como cuál fue la cuantía efectiva de los beneficios por ellos obtenidos.

Por lo que respecta a los contactos comerciales con el exterior se resalta la ausencia de llegada de barcos procedentes de la Península. Poco se sabe, por el contrario, sobre el volumen del tráfico terrestre que existió entre Guatemala y México (Oaxaca, Puebla, Ciudad de México y —sobre todo— Veracruz), así como el que se dio en el extremo sur del Reyno (Nicaragua y Costa Rica) con Panamá y Perú.

Cuando se leen las cuantiosas cifras del volumen de los intercambios comerciales atlánticos presentadas por los Chaunu, puede adquirirse una justa dimensión sobre las capacidades productivas regionales.

Esos datos y cifras sitúan y describen de manera más objetiva la actividad comercial local y, en consecuencia, indican y reafirman que estas provincias siempre fueron pobres y marginales.

La importancia que ha merecido el estudio de la industria minera en la economía del Reyno, por ejemplo, puede dimensionarse al establecer la producción bibliográfica sobre el tema: salvo yerro u omisión sólo se han publicado dos trabajos: uno de Linda Newson y el clásico de Robert West. No obstante existe, tanto en el Archivo General de Centroamérica como en el Archivo General de Indias, abundante documentación que aún espera ser escudriñada y analizada.

Los estudios demográficos, salvo el mencionado de Lutz y uno reciente de Lovell para Huehuetenango, están por hacerse. A partir de datos escuetos y dispersos sobre tasaciones y algunos informes elaborados por acuciosos frailes o funcionarios se han montado y desarrollado toda una serie de especulaciones al respecto. Si bien se han planteado tendencias en cuanto a la evolución de la población, se desconocen las particularidades regionales, al igual que el contexto socio-económico que pudo haber influido en tales variaciones.

Bajo tal perspectiva, hablar de cortes cronológicos dentro de la historia colonial de la región podría parecer un tanto prematuro. No obstante, es válido hacerlo con el propósito de recordar la complejidad del desarrollo histórico del régimen colonial, así como para invitar a hacer mayores esfuerzos con el propósito de superar las generalizaciones y entrar de lleno en el conocimiento de un período histórico que aún sigue proyectándose pesadamente sobre el presente centroamericano.

Al plantear a manera de pregunta y como encabezamiento de este apartado el título general de todo el período, se tuvo el propósito de provocar. Vistas las observaciones aquí planteadas, creemos que puede entenderse mejor dicha interrogación.

EL ESPACIO, LA POBLACIÓN Y LA TIERRA

En el momento de producirse la Conquista la mayor parte de los centros de población indígena se localizaban en zonas de meseta y altiplano montañoso, propicias para el hábitat humano por su clima y fertilidad. Sus pobladores conocían y habían desarrollado diferentes culturas agrícolas, estrechamente dependientes de su entorno ecológico, así como del nivel de desarrollo económico, social y tecnológico por ellos alcanzado. El acceso de conquistadores y colonos a estas tierras y a sus riquezas se logró a través del conocimiento que el indígena tenía de ellas, conocimiento que se vio obligado a transmitirles. Bajo

tal perspectiva se explican las políticas coloniales de asentamiento poblacional que se impulsaron en la región.

El factor geográfico-productivo, ligado al cultural y al poblacional, condicionaron las tendencias en cuanto a la ocupación de la tierra, así como el inmediato interés por su apropiación. Todos ellos contribuyeron a la conformación de una diversidad de escenarios en los que se desarrolló la vida colonial.

Los espacios geográficos

Cuando se habla de regiones geográficas, se piensa, en términos generales, en áreas territoriales que sirvieron de base para la conformación de distintas unidades administrativas que paulatinamente se establecieron y consolidaron a lo largo y ancho de determinados espacios. Un análisis detallado de los patrones de asentamiento poblacional desarrollados en el ámbito del antiguo Reyno de Guatemala permite corroborar la relación existente entre la ocupación del suelo —aun antes de la llegada de los españoles— y el despliegue de actividades humanas que dieron paso a la organización de entidades sociopolíticas con relativa autonomía e integradas dentro de un sistema mayor.

En todos los procesos de ocupación territorial aquí registrados, fueron importantes y determinantes las capacidades productivas naturales locales. Uno de los primeros pasos de conquistadores y primeros colonos en tal sentido fue el de la evaluación de las posibilidades de obtención y extracción de recursos y riquezas, así como la disponibilidad de fuerza de trabajo indígena.

En un primer momento interesó la obtención de alimentos para la subsistencia. Posteriormente, se «organizó» el territorio alrededor de los centros de poder político y económico en base a las capacidades productivas, no sólo para la subsistencia sino para satisfacer necesidades regionales e, incluso, externas. A partir de tales premisas se fue reordenando y aglutinando la población indígena y fue produciéndose la dinámica de ocupación de la tierra por parte de los colonos. A finales del siglo XVII puede —con certeza— identificarse una compleja y dinámica ocupación del espacio territorial, no sólo a nivel administrativo sino también económico.

El desarrollo económico general observado a lo largo y ancho del antiguo Reyno de Guatemala durante todo el régimen colonial podría caracterizarse en etapas, en las que el dominio progresivo de los recursos naturales, la utilización intensiva de la población indígena, así como las posibilidades de vinculación a la metrópoli, fueron adquiriendo rasgos específicos.

El período aquí estudiado —por ejemplo— muestra ya las señales

inequívocas del funcionamiento «normal» (entendido como estable) de la sociedad y la economía locales, traducible en la existencia y reproducción de rasgos y esquemas propios de una economía dependiente, colonial. Y, también, por la delimitación de regiones geográficas, como por la articulación de mecanismos de reproducción económicos y sociales, propias de ellas. Estas regiones, igualmente, se definieron por una variada presencia humana, evidenciada en una serie de pueblos que —a nivel de su diario vivir social y económico— resumían no sólo un ordenamiento jurídico-administrativo sino, sobre todo, un tejido y articulaciones económicas locales y regionales.

En tal sentido, y en el caso guatemalteco por ejemplo, se podría plantear el «funcionamiento» de varias regiones durante el período colonial, plenamente identificadas al iniciarse el siglo XVIII:

1. Una región central con un núcleo principal: el valle central de Guatemala y, a su vez, con una área periférica identificada con buena parte del altiplano occidental. En la década de 1680 aquí existían ciento ochenta y cuatro pueblos. Para 1720 su número era de ciento noventa y nueve. La región del altiplano occidental podría, a su vez, ser desmembrada en tres subregiones: el macizo de los Cuchumatanes, la meseta intramontañosa entre dicha sierra y la cadena volcánica que corre paralela al océano Pacífico y una tercera que sería la meseta que a partir del lago de Atitlán se extiende hacia el noreste del Quiché, colindando con la Verapaz, con límite en el Río Negro o Chixoy. Estas tres subregiones estuvieron aglutinadas alrededor de tres núcleos urbanos importantes: Huehuetenango, Quezaltenango y Sololá-Santa Cruz del Quiché. El Valle Central fue el nervio y corazón del Reyno durante todo el período colonial. La ciudad de Guatemala, en sus distintos asentamientos, acumuló población, capacidades e iniciativas que le permitieron alcanzar y mantener el liderazgo regional durante esas centurias.

2. El altiplano chiapaneco podría considerarse como una región en sí, con base en sus características productivas y poblacionales; sin olvidar los distintos paisajes geográficos que presenta. En la década de 1680 había allí ciento cuarenta y cinco pueblos, que se redujeron a noventa y dos hacia 1720.

3. El Oriente y la Verapaz, que si bien no guardaron vinculaciones económicas estrechas y permanentes se distinguieron por haber permanecido como periféricas, sobre todo en relación con la central. Aquí, por ejemplo, el número de pueblos se incrementó de treinta y nueve a cuarenta y tres para el período antes señalado.

4. La vertiente sur o pacífica del territorio guatemalteco, donde se distinguirían dos zonas importantes. Una, con un eje principal Escuintla-Guazacapán-Chiquimulilla, y la otra girando alrededor de San Antonio Suchitepéquez, llegando a alcanzar buena parte de Soconusco. Al

igual que en la región chiapaneca, aquí también se experimentó un descenso poblacional importante, traducido en la disminución del número de pueblos existentes: de ciento siete en 1687 se llegó a setenta en 1720.

En el caso de El Salvador, considerándolo como región, su territorio presenta un paisaje geográfico diferente al anterior. Su sistema montañoso no es tan elevado como el del altiplano guatemalteco, lo que le hacía menos agreste para la explotación agrícola, contando además con suelos abundantemente regados por ríos y lluvias, especialmente en la parte central y occidental. Aquí se consolidaron tres zonas que correspondían a las principales provincias de este territorio. Con suelos ricos y clima ideal para los cultivos de plantación tropical, la región salvadoreña fue el centro de atención económica del Reyno de Guatemala durante diversos períodos de la vida colonial. La ocupación territorial en esta región fue la más importante después de la región central de Guatemala, aunque registró también un descenso en el número de pueblos establecidos, pasando de ciento cincuenta y cuatro hacia 1687 hasta ciento treinta en los años veinte del siglo XVIII.

El territorio hondureño, dividido administrativamente en dos provincias (la gobernación de Comayagua y la alcaldía mayor de Tegucigalpa), presenta una topografía difícil: región de montañas cortadas por el paso de numerosos ríos, en cuyas riberas existen valles que han servido de asiento a los núcleos poblacionales más importantes. Tal relieve, al igual que la escasa población, condicionaron su desarrollo económico primordialmente en los valles intramontañosos alrededor de los núcleos urbanos de Comayagua y Tegucigalpa. El resto de asentamientos urbanos fue más bien disperso. Para la década de los años ochenta del siglo XVII existían dieciséis pueblos en la alcaldía mayor de Tegucigalpa y ciento dieciséis en la provincia de Comayagua. A mediados del siglo XVIII el número total de pueblos de este territorio había descendido a ciento diez.

En Nicaragua, en la depresión sísmico montañoso-volcánica entre el Golfo de Fonseca y la desembocadura del río San Juan, se encuentran los principales asentamientos de población de esta región. Siempre se localizaron alrededor de los grandes lagos y en el área vecina a las costas del Pacífico. La parte noroccidental permaneció casi deshabitada, encontrándose la población miskita en la vertiente atlántica y limítrofe con Honduras. Entre las actividades económicas en esa área se dieron las de cultivos intensivos y la crianza de ganados. Para 1684 se contabilizaron aquí alrededor de sesenta y cinco pueblos. A mediados del siglo XVIII existían cincuenta y nueve.

Costa Rica con una geografía de meseta altiplánica siempre fue apta para la agricultura y ganadería. Alrededor de su Valle Central se concentró, igualmente, la escasa población española y sus actividades, ante

la ausencia de mano de obra indígena que la realizara. La mayoría de los diecisiete pueblos contabilizados a finales del siglo XVII se localizaban en dicho valle. Este número se redujo a once a mediados del XVIII.

La población

Cuando los españoles acometieron la conquista de estos territorios, la mayor parte de centros de población se localizaba en el altiplano central de Guatemala, siguiéndole en importancia ciertas áreas de las regiones salvadoreña y nicaragüense, alrededor de sus grandes lagos. En Costa Rica, la Verapaz, Honduras y la costa sur de Guatemala se concentraban núcleos dispersos y de escasa población. Estos habitantes, distintamente organizados social y políticamente, ejercían un dominio básico sobre los principales recursos para su subsistencia y reproducción.

Una de las prioridades que ocupó la atención de las autoridades españolas —sobre todo inmediatamente después de la Conquista— fue la de organizar con la mayor eficacia posible estos territorios y sus recursos humanos y naturales. Ello se tradujo en la puesta en práctica de políticas administrativas que conjugaron los intereses de la monarquía y de los colonos. Sobre todo, si se tiene presente que los territorios americanos fueron organizados y convertidos en abastecedores de materias primas y metales preciosos, como consecuencia de la conformación y expansión del mercado mundial, a partir del siglo XVI.

Se puede inferir que los esquemas socioeconómicos y administrativos existentes a finales del siglo XVII habían sido suficientemente experimentados, significando con ello que, para entonces, el sistema colonial se encontraba sólidamente implantado.

La importancia dada por conquistadores, colonos, viajeros, funcionarios eclesiásticos y civiles a la descripción de las bondades y riquezas de la colonia estaba en proporción directa con los beneficios que allí esperaban obtener. Por ello, también se hizo necesario inventariar tanto lo que se podía producir como quiénes y cuántos los producirían. Contabilizar recursos humanos constituyó, en tal sentido, una tarea importante y delicada; implicaba evidenciar el monto de tributos que percibiría anualmente el fisco real, así como el caudal de fuerza de trabajo con que se contaría a lo largo de todo el año.

Una de las mayores dificultades para conocer en profundidad la progresión demográfica colonial reside en los procedimientos de control de la población indígena (sobre todo las tasaciones) que entonces se utilizaron. Estos controles, que son una de las escasas fuentes direc-

tas de información demográfica que se tienen, estuvieron siempre llenos de errores en cuanto a su concepción y elaboración.

La Real Hacienda delegaba en funcionarios locales (oficiales reales o alcaldes mayores y corregidores) esa responsabilidad, que era compartida muchas veces —y de manera interesada— con los curas de los pueblos. Ambos funcionarios obtentan beneficios directos de la población: tributos, trabajo casi gratuito en labores y haciendas, repartimientos de mercancías, contribuciones para fiestas y manutención.

Los datos sobre población tributaria del Reyno de Guatemala son, consecuentemente, escasos y fragmentados. No se conocen series completas y sistemáticas sobre dicha población como para plantear tendencias exactas en cuanto a su evolución. Muchos autores sostienen que la población colonial experimentó un fuerte descenso, sobre todo a partir de la Conquista, y que luego se convirtió en ascendente hacia finales del siglo XVII y principios del XVIII. Podemos ilustrar el supuesto estado de la población tributaria indígena a partir de dos informes elaborados por oficiales de la Real Hacienda en los años 1687 y 1720.

Tengase presente, en primer lugar, que estas cifras no incluyen las gobernaciones de Honduras y Nicaragua (esta última incluía Costa Rica). Se tiene algunas cifras de tributarios indígenas para ambas provincias para el inicio de los años ochenta del siglo XVII, que oscilaban en torno a los 9,300 tributarios. Ello subiría a casi 89,000 el número total de tributarios para esos años.

Evidentemente estas cifras no son suficientes para un análisis estadístico absoluto. No obstante, pueden reconocerse variaciones poblacionales que se verán plenamente confirmadas durante la segunda mitad del siglo XVIII. En términos globales se experimentó un incremento en el número de tributarios, lo que situaría la tendencia durante este lapso de tiempo como de alza demográfica. Como referencia, dentro de tal tendencia, puede mencionarse que para 1778 el número de tributarios registrados fue de 103,005.

Dentro de las provincias que experimentaron incremento en el número de tributarios están el Valle Central de Guatemala, Totonicapán, Verapaz, Quezaltenango, Chiquimula, San Salvador, Sonsonate y San Miguel. Por el contrario —y tal vez con la excepción de Chiapas— las provincias que registraron descenso en el número de tributarios durante este periodo continuaron experimentándolo durante todo el siglo XVIII. Entre ellas puede señalarse Tecpan-Atitán, Escuintla, Suchitepequez y Soconusco. Junto al descenso poblacional se dio también la desaparición de regular número de pueblos de indígenas, sobre todo en ciertas zonas de la vertiente del Pacífico del Reyno. Sin mencionar las gobernaciones de Honduras y Nicaragua, donde junto a este paulatino descenso de población indígena se fue observando un progresivo incremento de la población mestiza.

Cuadro 4.1

Población tributaria del Reyno de Guatemala

Provincia	Año 1687	Año 1720
Valle de Guatemala.....	21.162	21.665
Chiapas.....	16.168	13.646
Tecpán-Atitán.....	8.292	7.049
Totonicapán.....	6.516	6.810
Verapaz.....	5.486	8.143
Escuintla.....	4.397	2.873
Suchitepéquez.....	4.085	3.793
Quezaltenango.....	3.798	4.983
Chiquimula de la Sierra.....	2.978	7.921
San Salvador.....	3.557	6.551
Sonsonate.....	2.055	3.079
Soconusco.....	1.151	543
Total.....	79.645	87.056

Fuente: AGCA, A3.16, leg. 2504, exp. 36553 y A3.12, leg. 240, exp. 2976 (Chiapas).

Destaca el alto nivel de concentración de población tributaria en Guatemala —alrededor de un 60%—. Más de la mitad se encontraba ubicada en la región de altiplano y en menor proporción en la vertiente del Pacífico y en la región nororiental. El Salvador aglutinaba alrededor del 30% de la población tributaria; sobre todo en el área centro-oriental. Honduras y Nicaragua ocupaban una tercera posición. En ambas provincias los patrones de asentamiento estuvieron fuertemente condicionados por factores geográfico-productivos. En Costa Rica la presencia indígena ya era débil para estos años. Por lo que se refiere a la población no indígena (españoles, criollos, mestizos y otros) se manifestó tardíamente el interés estatal por el control periódico en su evolución. Desde el siglo XVI se tienen diversos informes en que se hacen cálculos sobre dicho sector. Cronistas y viajeros se ocuparon, ocasionalmente, de presentar reseñas sobre los totales de población (indígenas incluidos) pero sin hacer distinción entre unos y otros. No será sino hasta las postrimerías del siglo XVIII cuando se efectuaron los primeros censos generales de población, en los que la población mestiza ya fue oficialmente tomada en cuenta.

La tierra

La propiedad comunal de la tierra

La evidencia demográfica de que se dispone destaca el «carácter indígena» que presentaba la región en su conjunto. Los matices observados en el interior de cada provincia subrayan la diversidad con la que éste se manifestó. Se trataría, entonces, de una unidad sociopolítica con una mayoría de población indígena, y con patrones de asentamiento peculiares: la región del altiplano centroccidental de Guatemala, por ejemplo, era el punto de mayor concentración de dicha población, mientras que en el extremo opuesto —tanto geográfico como demográfico— estaba la provincia de Costa Rica. La tierra comunal, al igual que las fuerzas y relaciones productivas en general, observó la misma lógica en cuanto a su importancia y desarrollo.

La legislación indiana establecía que todo pueblo de indígenas debía poseer una legua cuadrada de tierra (38 caballerías aproximadamente), como propiedad ejidal. Dicho patrimonio estaba destinado fundamentalmente para siembras comunales, astillero (aprovisionamiento de leña y madera), así como para el repasto de ganados, fueran éstos comunales o particulares. Era administrado por los alcaldes del pueblo e inalienable. No podía —en teoría— ser enajenado, vendido, alquilado ni traspasado a terceros. No obstante, existen evidencias de haberse practicado lo contrario.

Además del ejido, todos los pueblos de indígenas tenían la posibilidad de incrementar su patrimonio territorial mediante compras de tierra al estado o a personas particulares. El interés demostrado por muchos pueblos de indígenas en la posesión de tierra —a título colectivo— estuvo vinculado a su potencialidad demográfica, geográfica y económica. Estas tierras, a diferencia de las ejidales, eran llamadas comunales y podían ser utilizadas y/o enajenadas bajo cualquier forma, mediante la autorización del común del pueblo.

Analizando datos relacionados con la propiedad comunal en la mayoría de pueblos no puede hablarse con certeza de la existencia de tendencias en cuanto a su expansión y desarrollo. Se constata que ciertos pueblos acumularon mayor cantidad de tierras, como patrimonio colectivo, que otros. Quienes incrementaron este patrimonio comunal lo hicieron apoyándose en los recursos generados por la propia comunidad. Es decir, mediante sus propios fondos, ya que estas tierras no les eran adjudicadas gratuitamente.

En el Cuadro 4.2 se presentan datos que reflejan la diversidad de tendencias en cuanto al incremento del patrimonio territorial colectivo por parte de pueblos y comunidades en las distintas regiones del Reyno.

Estos datos ejemplifican cómo algunas comunidades y pueblos pudieron incrementar su patrimonio comunal. La fecha señala el año en que se legalizó la propiedad sobre estas extensiones de tierra. Ello no significa que antes dichos pueblos no poseyeran tierra propia. Estos datos parciales, incluso, permiten evidenciar las desigualdades que se dieron entre pueblos en cuanto al acceso —¿capacidad económica?— a la tierra comunal.

Cuando las comunidades y pueblos tenían interés o necesidad de mayor cantidad de tierra acudían a los mecanismos legales vigentes para adquirirla: denuncia y composición, compra-venta, alquiler, etcétera. Mediante estos mecanismos muchos pueblos lograron acumular considerable cantidad de caballerías de tierra a título de patrimonio comunal. Factores demográficos y productivos influyeron directamente en la capacidad de cada pueblo para incrementar dicho patrimonio. Varios de los pueblos enumerados en el cuadro anterior, por ejemplo, eran importantes tanto por su ubicación geográfica, productividad y demografía como —incluso— por sus antecedentes históricos prehistóricos.

¿Tierra comunal, para qué?

Cada comunidad soportaba una serie de obligaciones y cargas fiscales que debía satisfacer colectivamente: gastos de manutención de curas y festividades religiosas locales, pago de maestros de escuela, siembras comunales, pagos de tributos y de mercancías repartidas entre los miembros de la comunidad, pago de derechos de exoneración de ir a trabajar a las haciendas y labores vecinas, contribuciones extraordinarias a funcionarios civiles y eclesiásticos que visitaban los pueblos, gastos comunales (reparación de iglesias, casas de cabildo, caminos, puentes, etc.), etcétera.

Todas estas cargas eran absorbidas y repartidas entre la población tributaria de cada comunidad. La precariedad de condiciones en que vivían les dificultaba el satisfacerlas individual y puntualmente. De ahí que muchas comunidades buscaron constantemente en la tierra comunal una posibilidad de respuesta ante tanta presión externa. La tierra adquirida por la comunidad se destinaba a la producción de bienes que servían para satisfacer todas esas obligaciones. En algunos casos la tierra comunal era trabajada colectivamente; en otros, las autoridades locales distribuían parcelas entre los tributarios para que éstos —a título individual— satisficieran sus propias obligaciones.

Los fondos para cubrir el valor de la tierra adquirida procedían generalmente de las cajas comunales. El control en la contribución individual para la conformación de estos fondos era, por lo tanto, esencial. En algunos casos la tierra adquirida por la comunidad era distri-

Cuadro 4.2

Tierras comunales de pueblos de indios

Región	Año de titulación	Cantidad de caballerías
<i>Central</i>		
Cantel	1707	9
Momostenango	1717	30
Tecpan	1719	16
Zunil	1720	1
Momostenango	1727	4
Ostuncalco	1740	259
Sta. Catarina Pinula	1740	32
Sta. Catarina Pinula	1743	4
Quezaltenango	1744	283
Sta. Catarina Pinula	1744	8
Sta. Lucía Cotzumalguapa	1749	56
Joyabaj	1750	207
Comalapa	1750	17
<i>Nicaragua</i>		
Lovigüisca	1707	15
Mosonte	1710	15
Tologalpa	1711	7
Sébaco	1724	47
Muy-Muy	1726	30
Camoapa	1735	25
Masaya	1746	86
Somoto	1750	6
<i>El Salvador</i>		
Ahuachapán	1722	26
Naulingo	1723	17
San Pedro Putzla	1723	16
Izalco	1724	31
Cuscatacingo	1749	4
Ahuachapán	1753	48
<i>Honduras</i>		
Quelaba	1750	45
Guaxicala	1750	224
<i>Costa Rica</i>		
Aserri	1714	38

Fuente: *Índice General del Archivo del extinguido Juzgado Privativo de Tierras de la República de Guatemala*, E. Fonseca. Costa Rica Colonial. La tierra y el hombre, Germán Romero Vargas. Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII.

buida entre los tributarios. Dicho reparto se hacía de acuerdo con la contribución que cada uno —a veces por Parcialidades o familias— había efectuado. En pueblos como San Miguel y San Cristóbal Totonicapán, San Francisco el Alto, Momostenango, Sacapulas, Santa María Chiquimula —entre otros— dicha práctica fue común durante todo el siglo XVIII. Otro aspecto importante a resaltar —siempre en relación con la tierra comunal— es la constante beligerancia que los pueblos manifestaron para preservar, defender e incrementar su patrimonio comunal.

A pesar de las reiteradas prohibiciones para que españoles y/o mestizos se instalaran en pueblos de indígenas, ello no fue impedimento para que lo hicieran en sus alrededores. Esto significó en muchos casos, una vigilancia constante por parte de las autoridades comunales para impedir la expansión de las propiedades de españoles que se producía, muchas veces, a expensas de la tierra comunal y gracias al contubernio de jueces delegados y medidores de tierras. Son numerosos los expedientes, recursos y quejas que fueron presentados por autoridades comunales para detener las amenazas de españolización y privatización de áreas que, por mucho tiempo, los indígenas habían considerado como exclusivas.

También —situación opuesta a la anterior— se dieron casos en que las autoridades de los pueblos vendieron o alquilaron tierras a extraños, bajo pretexto de incrementar los ingresos de las cajas comunitarias. Son excepcionales los casos de pueblos que no entablaron litigios y procesos ante las autoridades centrales por asuntos de tierras con españoles o mestizos. Puede señalarse que la recurrencia ante las autoridades centrales por parte de las comunidades para sostener litigios por tierras fue —durante el siglo XVIII— muy frecuente y beligerante. Muchos de estos pueblos sostuvieron prolongados litigios no sólo con individuos que se apropiaban de sus tierras, sino que también con comunidades vecinas, y algunas veces en el interior de ellas mismas. Sobre todo cuando los distintos barrios o «calpules» poseían tierras propias, distintas de las del pueblo en sí.

Los litigios entre pueblos fueron más frecuentes en zonas con importante concentración de población indígena, tal el caso de los de San Miguel y San Cristóbal Totonicapán, San Francisco El Alto, San Andrés Xecul, Momostenango y Santa María Chiquimula, pueblos colindantes entre sí, habiéndose provocado incluso en varias oportunidades enfrentamientos y conatos de sublevación. Lo mismo ocurrió en zonas como Santa Cruz del Quiché, Lemoa, Chichicastenango, Ilotenango, Sajcabajá y otros de esta zona. Similares y constantes fueron los conflictos sostenidos entre el pueblo de San Pedro Sacatepéquez y el barrio de españoles de San Marcos, del mismo apellido. O los que se produjeron entre Quezaltenango, Ostuncalco, Chiquirrichapa y San Martín; al igual

que los que ocurrieron entre los pueblos localizados en la parte más elevada de la sierra de los Cuchumatanes.

Por lo que se refiere a pugnas en el interior de las comunidades por asuntos de tierra comunal, éstas se originaron muchas veces como resultado del abuso e poder desplegado por algunos gobernadores y alcaldes indígenas durante su gestión administrativa. En otros casos, el pleno municipal fue el cuestionado por vender o alquilar las tierras comunales a parientes o a españoles asentados en las vecindades de esos pueblos. También es común encontrar indígenas, tanto principales como maceguales, utilizando los mecanismos de denuncia y composición de tierras para acceder a ésta a título personal o familiar.

Las dinámicas generadas alrededor de la tierra comunal a lo largo del período —y sobre todo durante la primera mitad del siglo XVIII— evidencian el interés e importancia que ésta tenía para la vida del pueblo. Las presiones económicas ejercidas sobre los pueblos de indígenas desde el exterior fueron múltiples y eficaces. Constantemente se presionaba a la comunidad para que proporcionara tributos, trabajo y todos aquellos productos que pudiera generar o —en última instancia— comprar, con el fin de ser transferidos a los centros de poder e intercambio español. Era necesario, por lo tanto, responder de manera tal que se garantizara la reproducción y subsistencia de la comunidad. Ya fuera a título individual o colectivo, la comunidad facilitaba a sus miembros instrumentos necesarios y mínimos para encarar su sobrevivencia y su participación —forzada casi siempre— en las actividades económicas extracomunales.

La tierra comunal aseguraba la vinculación de la comunidad al mercado interno, aun si para ello mediaba la presión del fisco real. La producción de granos básicos, establecida de manera obligatoria en todos los pueblos, perseguía la generación de tributos y contribuciones que confluían a las plazas y mercados de todo el Reyno. De manera colectiva, o individual, la población tributaria participaba en la conformación y sustentación del engranaje económico general. Sin la tierra comunal ello no hubiera sido posible.

Por último, es importante señalar que muchos pueblos y comunidades habían desestimado durante años acudir a los trámites formales establecidos por la ley para legitimar el derecho de propiedad sobre las tierras poseídas. Con el advenimiento del siglo XVIII dicha actitud tuvo que ser modificada. El desarrollo económico general experimentado en el Reyno a partir de la consolidación del añil salvadoreño en el mercado internacional supuso reajustes y acomodados a nivel de las distintas economías locales. La tierra, bajo tales dinámicas, experimentó mayor demanda: especialmente en las regiones con vocación natural para dicho cultivo, o bien para producir granos y alimentos para apro-

visionar mercados cada vez más amplios y, obviamente, las tierras que se encontraban próximas a los centros de población.

Las comunidades y pueblos se vieron obligados a emplear los mecanismos legales existentes —o el uso de la fuerza en otros casos— para defender tal patrimonio. Muchos de los litigios y trámites promovidos por los pueblos indígenas durante buena parte del siglo XVIII tenían como objetivo fundamental legalizar la posesión de tierras que venían usufructuando desde mucho tiempo atrás.

La propiedad privada de la tierra

Las anteriores reflexiones sobre las dinámicas observadas en torno a la propiedad comunal conducen a otra pregunta necesaria: ¿Y el desarrollo de la propiedad privada? En muchos lugares ésta se vio limitada y condicionada por los mecanismos y marco legal de funcionamiento que giraban alrededor de los pueblos de indígenas y de las tierras ejidales y comunales. Sobre todo si se tiene presente que el pueblo de indígenas era, en realidad, la base de sustentación del sistema colonial.

¿De qué manera puede, entonces, abordarse la problemática del desarrollo de la propiedad privada, sobre todo tratando de superar visiones esquemáticas y generalizadoras, y cuando se dispone de pocos materiales e investigaciones sobre dicho tema? No se trata de eludir la responsabilidad de aportar respuestas adecuadas. Un primer acercamiento a su resolución puede ser el estudio de series documentales que indiquen la existencia de tendencias dentro de esta área específica de la vida colonial. Un análisis comparativo en el interior de cada una de las regiones que integraron el antiguo Reyno de Guatemala, como entre ellas mismas, sobre el desarrollo y tendencias observados por ambas formas de propiedad queda, evidentemente, aún por hacer.

Tomando como punto de referencia —con las necesarias salvedades— la composición de tierras (en tanto que éste fue el mecanismo obligado y necesario para acceder a la propiedad privada de la tierra realenga o baldía), puede presentarse una proyección tentativa del desarrollo de la propiedad privada —o patrimonial como le llaman algunos— para cada una de las regiones que integraron la antigua audiencia y capitanía general de Guatemala.

La recurrencia a dicho mecanismo legal durante estos años induce a la reflexión, por de pronto, sobre dos tendencias concretas:

- a) La constante expansión de la frontera agrícola, así como —aparentemente— una evidente disponibilidad de tierra, matizándose según regiones y cantidades demandadas, que se explicarían —sobre todo durante la primera mitad del siglo XVIII— como el re-

sultado de un pausado pero constante crecimiento de la economía general (impulsado sobre todo por el *boom* añilero) y por lo tanto, de la necesaria participación y expansión de la agricultura —tanto de exportación como de consumo interno— dentro de esas tendencias.

- b) El creciente interés —¿necesidad?— de tierra por parte de la población como alternativa para hacer frente a las nuevas dinámicas que trajo consigo la expansión añilera. Dicho interés se manifestó tanto por parte de la población indígena como por mestizos y españoles. A partir del acceso a la propiedad de la tierra trataron de acrecentar y/o reafirmar su condición económica y *status* social. O bien porque la tierra significaba un último recurso para encarar situaciones de penuria y crisis económica; por lo tanto, de subsistencia.

En tal sentido esta fuente informativa —y las series documentales de que se dispone— nos sitúan ante el paso primero y necesario que tenía que cumplirse cuando se quería acceder a tierras baldías; o bien cuando se tenían que legalizar ocupaciones de hecho ante la presión fiscal estatal.

Este cuadro se elaboró únicamente a partir de series documentales localizadas en el Archivo General de Indias. Tales datos —que no son completos— fueron algunos de los que las autoridades locales reportaron a la metrópoli en concepto de denuncias y composiciones de tierras aquí realizadas durante ese período. No se consignan los casos de mercedes y donaciones de tierras que se continuaron otorgando durante todo el período colonial y que no requerían de declaración oficial ante las autoridades centrales. Tampoco se incluyen transacciones inmobiliarias registradas ante escribanos públicos por parte de personas individuales.

¿Qué puede inferirse de los datos antes presentados?

En primer lugar, debe evitarse cualquier deducción progresiva de carácter aritmético-geográfico, ya que la base informativa no es suficiente para realizar ese tipo de cálculos. Puede considerarse que el mercado de tierras —indirecta y parcialmente reflejado en las composiciones de tierras— no estaba sujeto a principios estrictamente mercantiles o matemáticos. Sobre todo si se analizan los casos regionales, teniéndose presente la impronta de los pueblos de indígenas dentro de la reproducción económica local.

La composición de tierras perseguía dos propósitos fundamentales: satisfacer las necesidades financieras del Estado y asegurar la posesión de la tierra a quienes la querían, o que la estaban usufructuando ilegalmente. La composición significaba la anuencia permanente del Estado para facilitar el acceso a la propiedad privada de la tierra baldía,

Cuadro 4.3

Composiciones de tierra, 1712-1751.
Distribución por regiones

Región	Número de Composiciones	%	Cantidad de caballerías	%
El Salvador.....	137	29	860	19
Noreste de Guatemala.....	98	21	782	18
Nicaragua	70	15	821	19
Honduras	61	13	671	15
Altiplano de Guatemala.....	59	13	967	22
Chiapas	20	4	66	1
Sur de Guatemala.....	16	3	188	4
Costa Rica	7	2	60	2
Totales.....	468	100	4.415	100

Fuente: AGI, legajos 224, 252, 264, 745 al 751.

así como el incentivar la expansión de la frontera agrícola y la consecuente explotación de nuevos territorios. La generalización de esta fórmula jurídica puso en evidencia —en muchos casos— situaciones de hecho en cuanto a la ocupación del suelo. Por lo general, quienes acudieron a ella lo hicieron para formalizar situaciones tales como tierras ilegalmente ocupadas, mayor extensión de tierra que la oficialmente declarada, ampliación del patrimonio ya poseído, etc.

Si bien el análisis de la composición de tierras no permite un conocimiento real de las tendencias generales en cuanto a la ocupación del espacio, sí aproxima al conocimiento de las principales modalidades y formas de propiedad que se fueron conformando. El resumen por regiones permite una mejor visualización de la recurrencia a la composición como mecanismo de acceso a la tierra. El orden decreciente en que se presentan los datos permite enunciar y proponer, con la ayuda de otras fuentes y datos, análisis preliminares que conduzcan a explicaciones sobre el desarrollo de la propiedad privada y su impacto en la estructura colonial global.

El Salvador, importante por su producción añilera durante el siglo XVIII, ocupa un primer lugar en lo que a cantidad de composiciones de tierras se refiere. A partir de una revisión general de los libros de Cancillería de la Real Audiencia de Guatemala se estableció que

—sólo para el período 1700-1734— fueron autorizadas más de ciento treinta composiciones de tierra para las provincias de San Salvador, San Miguel y San Vicente. En la de Sonsonate se registraron durante ese período ochenta y cinco composiciones. Estas cifras confirmarían la tendencia expresada en el Cuadro sobre la importancia que tenía la tierra en la provincia salvadoreña. En esta región, la geografía posibilitó una ocupación más extensiva e intensiva del suelo. Los principales centros de actividad económica y política se ubicaron en valles que desempeñaron el papel de plataformas de contacto entre las distintas zonas ocupadas. Una revisión de su historia demográfica indica que allí se ha observado mayor coherencia en cuanto a los patrones de asentamiento y ocupación del suelo.

Los principales centros urbanos (San Salvador, San Miguel y San Vicente) estaban vinculados a la actividad agropecuaria. San Vicente, por ejemplo, fundada por hacendados españoles, se convirtió durante el siglo XVIII en importante centro productor de añil. San Miguel y San Salvador se alternaron como sedes principales del intercambio añilero regional. A pesar de que el cultivo del añil se había propagado en esta región desde mediados del siglo XVII, no fue sino hasta los inicios del XVIII cuando se apreció su impronta, sobre todo a nivel de la tenencia y uso de la tierra para tales propósitos.

En 1712 —por ejemplo—, como consecuencia de la recolección de un «donativo» impuesto por el monarca en todas sus posesiones, se instruyó al alcalde mayor de San Salvador para que procediera a empadronar a todos los hacendados con el propósito de que contribuyeran de acuerdo con sus capacidades. Habiendo pasado «agravios, incomodidades y disgustos», dicho funcionario estableció la existencia —en toda la provincia salvadoreña— de un total de trescientas cincuenta y una propiedades. De éstas, sólo doscientos trece hicieron efectiva la contribución; el resto se negó alegando encontrarse en calamitosa condición. Sobre un total de 14.400 pesos recolectados, 10.700 pesos lo fueron en tinta añil y el resto en moneda de plata ¹.

El informe precisaba que esas «haciendas añileras» (se trataba, más bien, de obrajes) estaban diseminadas en doce valles, un partido y una villa: la de San Vicente, con cuarenta y cinco haciendas en sus alrededores y que fue la que más elevada contribución aportó.

Es interesante leer algunas de las respuestas y excusas dadas por aquellos que solicitaron ser exonerados. La variedad de términos y frases con los que estos propietarios se definían pueden indicar —en alguna medida— la realidad económica y social en que vivían, más cuando se trataba de eludir semejante contribución: «pobre endeudado», «con muchos hijos», «tierra montuosa que da poca tinta», «ni con el valor de cuatro haciendas puede pagar lo que debe», «con deudas y censos», «pobre de solemnidad y con hijas», «sumamente desdichado»,

«viejo de ochenta años pobrísimo», «siempre anda huyendo de su casa por los acreedores», «mujer pobre», «pobre sobradamente», etcétera. Por otro lado, un gran número de estos hombres y mujeres declararon ser mestizos o mulatos. Aunque no en todos los casos se hace alusión a la extensión de las propiedades, hay repetidas referencias a este aspecto. Se señalan propiedades de hasta doce caballerías, siendo más comunes las de dos a seis caballerías.

La región noreste de Guatemala se convirtió —sobre todo durante el siglo XVIII— en importante zona de captación de población española y mestiza. El crecimiento de la población mestiza, al igual que la aplicación de las leyes que prohibían su asentamiento en los pueblos de indígenas podrían considerarse como causantes de la —¿obligada?— ocupación y asentamiento en esta región. Aquí, donde la población indígena era minoritaria, se registraron constantes denuncias y composiciones de tierras realengas y baldías.

El pueblo de Chiquimula de la Sierra era el principal núcleo urbano de esta región. Otros centros menores, alrededor de los que se manifestó interés por la tierra fueron Jalapa, Jutiapa, San Pedro Pinula, Asunción Mita, Esquipulas y Santa Catarina Teometapas (Mita). Las condiciones geográficas de esta región no son óptimas para la explotación agrícola. El clima y calidad del suelo no favorecieron un desarrollo económico equilibrado, lo que se tradujo en una débil inserción al sistema económico general.

El citado censo de 1712 estableció la existencia de gran número de pequeñas propiedades en este territorio. La situación de extrema pobreza allí existente, que se desprende de las declaraciones dadas por propietarios y funcionarios, hacen pensar que esta región también se encontraba en un evidente nivel de autosubsistencia².

La Verapaz, contigua a la anterior provincia, observó mucha menor movilidad en cuanto a la ocupación de la tierra durante este período. Se puede señalar, no obstante, que los valles ubicados entre las sierras de Chuacús y Las Minas experimentaron cierto desarrollo durante la primera mitad del siglo XVIII. La existencia de varios pueblos de indígenas, y sobre todo la presencia de importantes haciendas administradas por los frailes dominicos, dieron una especial dinámica a esta zona. No obstante, al norte de esta área —Cobán y sus pueblos periféricos— se registraron escasísimas gestiones de apropiación de tierras. El mencionado censo de 1712 detectó la existencia de veintisiete propietarios de tierras, cuyas unidades no sobrepasaban las tres caballerías de extensión y —como en el caso de Chiquimula— aglutinaban a numerosos núcleos familiares en cada una de ellas³.

El desarrollo de la propiedad privada en Nicaragua, a partir de los datos de composiciones de tierras presentados, aparece como menos importante. Pero se cuenta con datos que permiten ampliar tal pano-

rama, sobre todo durante la primera mitad del siglo XVIII. Romero Vargas estableció un total de 202 confirmaciones de títulos para el período 1700-1767⁴. De éstos, la mayoría fueron grandes propiedades dedicadas al cultivo del cacao y la ganadería, ambos productos de gran valor en los mercados locales, y sobre todo en el de Ciudad de Guatemala. También existían unidades dedicadas al cultivo del añil. En otros tiempos se destacaron algunas pequeñas propiedades —en la región de la Nueva Segovia principalmente— de las que se extraía brea y alquitrán, exportables hacia el Perú, así como otras que producían azúcar. Aquí, como en otras regiones, también fue común la existencia de pequeñas unidades con usos múltiples: granos básicos, ganadería y cultivo de productos de consumo más extendido (azúcar, cacao, etc.). Dando trámite a las diligencias del censo de 1712, el gobernador de la provincia de Nicaragua informó a la audiencia que los hacendados vivían en condiciones de extrema pobreza, agregando que la mayoría de parajes se encontraba desierta y que «los ganados y bestias que son las crías que tienen salida de ello, ni hay quien les dé un real por ello y que sólo les sirve de su servicio, manutención de sus personas y familias»⁵.

Honduras, donde se encontraban localizados los principales yacimientos minerales del Reyno, ocupa un segundo lugar en cuanto a número de caballerías registradas y el primero en relación con el total de superficie titulada. En esta provincia se encuentran valles de regulares dimensiones ubicados al interior de los sistemas montañosos que sillonan este territorio. Al fondo de los mismos corren ríos que constituyen el punto de partida para la ocupación de estos espacios. Aquí, como en el caso de Guatemala, puede establecerse el funcionamiento de zonas prácticamente autónomas —a nivel de su subsistencia— con escasa población y que padecieron muchas dificultades para desarrollar su capacidad y potencialidad económica, así como para vincularse a los sistemas comerciales que funcionaron durante la colonia.

La mayoría de composiciones de tierras registradas se efectuó alrededor de los principales núcleos urbanos de la provincia: Tegucigalpa, Gracias a Dios y Comayagua; habiéndose hecho por extensiones reducidas, entre una y diez caballerías. Son excepcionales los casos de personas que solicitaron legalizar grandes extensiones. A pesar de que en este territorio se localizaban los yacimientos de plata más importantes del Reyno, su misma magnitud no significó un estímulo extraordinario para el desarrollo de unidades productoras y abastecedoras de insumos básicos —por ejemplo— para ese supuesto mercado. A mediados del siglo XVIII llegaron a explotarse hasta treinta yacimientos minerales en la jurisdicción de Tegucigalpa. El número de molinos de metal apenas alcanzó cifras similares en la misma época.

La región central de Guatemala presenta, según el mismo cuadro,

un reducido número de composiciones para este período. Sin embargo —y sobre todo el área del Valle Central de Guatemala— fue donde más movilidad se experimentó en cuanto a la tenencia de la tierra. La posición estratégica de esta región implicaba que la tierra fuera mucho más cotizada que en otros lugares. La cercanía a la capital del Reyno así como la disponibilidad de fuerza de trabajo indígena, se tradujeron en una constante demanda de tierras. A finales del siglo XVII fueron contabilizadas más de ciento cincuenta labores, localizadas en los valles de Sacatepéquez, Mixco, Las Vacas, Canales, Mesas de Petapa, Chimaltenango y Jilotepeque. Otras fuentes indican —de manera global— que durante el siglo XVII se registraron más de doscientas composiciones en toda la región central. Durante el siglo XVIII la cifra sobrepasó los cuatrocientos trámites de titulación y registro de tierras realengas y/o baldías.

La «figura» más común de propiedad que se menciona para esta región es la llamada *labor*, es decir aquellas unidades de dos hasta diez caballerías como promedio destinadas esencialmente al cultivo de trigo y maíz para el consumo de Ciudad de Guatemala y para el eventual intercambio con regiones consumidoras de trigo, como la salvadoreña. Para los años ochenta del siglo XVII llegó a registrarse en el Valle Central una producción anual de más de 66.000 fanegas de trigo.

También existían en el valle central algunos ingenios y plantaciones de azúcar, prácticamente en manos de congregaciones religiosas. Casi todos se consolidaron como importantes unidades productivas a finales del siglo XVII e inicios del dieciocho. Con las mieles y azúcar que allí se producían y con las que se traían desde la Verapaz, se abastecía el mercado de la ciudad capital. No hay que olvidar que los trapiches —que cubrían las necesidades domésticas mediante la panela y con una tecnología bastante rudimentaria— florecieron por todos lados y restaron posibilidades al desarrollo formal de un mercado y una actividad azucarera, como ocurrió en México y algunas áreas del Caribe.

Las restantes regiones (Chiapas, sur de Guatemala y Costa Rica) aparecen en el Cuadro con menores porcentajes de composiciones de tierras. Salvo el caso de la región sur de Guatemala, en las otras dos sí se manifestaron tendencias positivas en cuanto a la expansión de la propiedad privada. Para mediados del siglo XVIII se contabilizaron más de cien propiedades rurales en términos de Chiapas y Tuxtla. Buen número de estas propiedades estaba dedicado a la ganadería, producción de trigo y caña de azúcar.

En el caso de Costa Rica se tienen datos complementarios que indican más de sesenta composiciones desde los últimos años del siglo XVII hasta mediados del XVIII. Aquí puede mencionarse el progresivo avance de la pequeña y mediana propiedad, así como el paulatino desarrollo —sobre todo en la primera parte del XVIII y en la región de

Matina— de haciendas cacaoteras, cuya producción se canalizó hacia el exterior de estos territorios.

La región sur de Guatemala, si bien fue siempre considerada como rica y feraz, no por ello experimentó una extraordinaria demanda en sus tierras. Es evidente que sobre todo en el área de Escuintla-Guazacapán, se conformó mayor número de unidades productivas durante todos estos años. La mayoría —haciendas ganaderas— era utilizada para repastar ganados traídos desde lejanas provincias, y prácticamente no aportaban otros productos a los mercados local y regional. Algunos viajeros —Vásquez de Espinoza la visitó durante las primeras décadas del siglo XVII— la distinguen por la existencia de numerosos obrajes añileros. Aunque a finales de este siglo la región salvadoreña era la que ejercía liderazgo pleno en la producción de la tinta.

Por lo que respecta al área Suchitepéquez-Soconusco, aquí se observó un desarrollo mucho más lento que en el resto de regiones. En Suchitepéquez, incluso se experimentó un dramático descenso de población evidenciado en la extinción de más de veinte pueblos en menos de cincuenta años durante el siglo XVIII. En Soconusco también se produjo un descenso de población indígena, acentuado a mediados del siglo XVIII. Existieron aquí escasas propiedades en manos de españoles. No obstante, el cacao continuó siendo el principal producto de esta zona, mayoritariamente en manos de las comunidades indígenas.

La fuerza de trabajo

La población indígena, congregada en pueblos, constituyó el punto de partida para el establecimiento y funcionamiento de una serie de instituciones y mecanismos que permitieron tanto al Estado colonial como a los grupos dominantes locales obtener el máximo de beneficios y utilidades de la población nativa. En tal sentido, la vida comunitaria significó el cumplimiento inexorable de una serie de obligaciones tanto en el interior como en el exterior de la comunidad.

En primer lugar, debían producir bienes indispensables y suficientes para la subsistencia y reproducción familiar, al igual que los necesarios para satisfacer las distintas cargas fiscales (tributos, contribuciones, derramas, etc.). Además debían ejecutar una serie de obligaciones, impuestas por parte de hacendados, órdenes religiosas, funcionarios locales, regionales y otras autoridades.

El pueblo permitía el control numérico de la población. Al mismo tiempo, la vida comunal facilitaba convertirlos en consumidores obligados de todo tipo de mercancías, locales o extranjeras. En este complejo sistema —que perseguía la expoliación de todo cuanto el indígena pudiera generar— la fuerza de trabajo casi gratuita que ellos represen-

taban constituyó siempre el valor y factor más importante a ser apropiado.

En el interior del pueblo, la vida del indígena contemplaba una serie de obligaciones que cubrían, prácticamente, jornadas completas de su vida cotidiana.

¿Cuál era la más pesada, la más inmediata a satisfacer?

Dar respuesta a estas preguntas requiere tener presente las características productivas específicas de cada una de las regiones enumeradas, la distribución y ubicación de los pueblos y sus porcentajes de población. Esta serie de parámetros, junto al seguimiento detenido del desarrollo de la propiedad comunal y privada a nivel de pueblos y regiones, puede permitir dimensionar la magnitud de la presión económica colonial, al igual que los mecanismos y respuestas generados local y regionalmente.

Estas bases materiales debían facilitar la producción de una serie de excedentes que, sumados a la fuerza de trabajo en sí misma, drenaban cualquier posibilidad de autonomía económica para dicha población.

El tributo fue, desde siempre, el principal mecanismo estatal de extracción de excedentes de las comunidades. En tal sentido, tanto los mecanismos de recolección como las formas de pago establecidas tenían como objetivo fundamental obtener el mayor beneficio posible de esta población. Además, permitir su recolección en productos significaba mucha mayor explotación, puesto que los valores de los mismos eran impuestos por colectores fiscales y autoridades con claras intenciones de expoliación. El pago del tributo en especies se mantuvo constante durante todo el siglo XVII. En 1733 se emitió una real orden que conmutaba su pago en especies a moneda. Esta medida vino a modificar paulatinamente una serie de mecanismos estructurados por las comunidades para generar y satisfacer éste y otros impuestos, extremando y apremiando las condiciones de explotación y miseria en que vivía la población. A finales de ese año, por ejemplo, el presidente de la Audiencia ordenó que, dadas las dificultades que presentaba el remate de los tributos pagados en especies, todos los pueblos los pagaran en moneda. No obstante se excluyeron dieciocho pueblos de las cercanías de la ciudad, los cuales únicamente pagarían sus tributos en maíz⁶.

El tributo pagado en especie incluía una serie de artículos producidos normalmente por la población: maíz, frijol, gallinas, chile, cacao, miel, etc. Su inmediata manipulación por parte de autoridades y colectores garantizaba la obtención de beneficios personales. Además, cuando se subastaban dichos bienes se daba la posibilidad a comerciantes, intermediarios y acaparadores para lucrarse con ellos en el mercado, siendo —por último— los principales consumidores (y afectados por esta cadena de abusos) los mismos indígenas que habían cancelado sus tributos con tales productos.

El pago del tributo en especie indujo, de alguna manera, a muchas comunidades y regiones a especializarse en la producción de determinados artículos. El caso de los pueblos de Chiapas y del altiplano guatemalteco fue uno de los más evidentes: el principal tributo allí impuesto y recolectado —aparte de maíz y gallinas— fue el de las mantas de algodón y de lana, que implicaron el desarrollo mínimo de infraestructura, tecnología, inversión y tiempo de trabajo. En la zona de Soconusco y Suchitepéquez se continuó explotando el cacao, con el propósito de pagar con él los respectivos tributos. Las verapaces contribuían con cacaos y algodón. Ciertos pueblos de Costa Rica producían hilo, que por estar teñido con sustancias de proveniencia marina tenía un alto valor y demanda en el mercado. Otras regiones, además de los granos básicos, trataron siempre de generar productos de acuerdo con su condiciones naturales específicas, con el propósito de ampliar sus posibilidades para encarar la presión económica y fiscal externa.

Un ejemplo de las cantidades en dinero que ingresaban en las cajas reales por concepto de tributos puede tenerse, por ejemplo, observando lo que —traducido a valores monetarios— fue recolectado en las gobernaciones de Guatemala, Chiapas y San Salvador (que incluían 554 pueblos y 87.956 tributarios) en el año de 1720.

En este caso específico, más del 56% de lo recolectado en esos pueblos correspondió a las contribuciones dinerarias (servicio del tostón y tributo en dinero). Por lo que se refiere a los productos (las legumbres, mantas y el cacao), éstos fueron el resto de ese total. Para estos años ya se presionaba a los indígenas para que pagaran los tributos preferentemente en moneda.

La monetización del tributo ordenada en 1733 no significó la inmediata desaparición de las presiones sobre la población para continuar produciendo los mismos artículos. Más bien se tradujo en mayores dificultades para la obtención del efectivo requerido por los oficiales recaudadores. En muchos lugares para obtener las monedas requeridas en el pago del tributo debían entregar o vender sus mismos productos a comerciantes o recaudadores, quienes se los «convertían» en metálico. Ello dio lugar a notables abusos en la fijación de precios.

Entre las obligaciones que tenían que cumplir fuera del pueblo, la más importante después del tributo fue, sin duda, el repartimiento en las unidades productivas de españoles y criollos. De los dieciocho a los sesenta años de edad, todos los hombres debían trabajar una semana mensual en las propiedades y parajes que les eran asignados. Esta obligación fue generalizada a partir de las Leyes Nuevas. Hacia 1580, aproximadamente, ya funcionaba en el Reyno de Guatemala de forma regular el repartimiento de trabajadores en labores y haciendas.

Con la justificación —teórica— de un salario diario o semanal, el sistema funcionó durante todo el régimen colonial. Dependiendo de la

Cuadro 4.4

Valores de tributos recolectados Año 1720

Concepto	Valor monetario (en pesos)
Servicio del tostón.....	42.117
Tributo en dinero.....	34.841
Maíz.....	5.933
Chile, fíjol	101
Gallinas y pollos	5.295
Miel	99
Legumbres.....	17.715
Mantas y textiles.....	15.208
Cacao en dinero	14.903
Total	136.212

Fuente: AGCA, A3.16, Legajo 2504, expediente 36553.

ubicación de las unidades productivas y del tipo de trabajo, estos mandamientos podían durar una semana, quince días, o más.

Se dispensaba de tal obligación únicamente a quienes se encontraban desempeñado cargos de gobierno local y a los enfermos. En la práctica, no obstante, se obligaba a estos últimos a que pagaran a un sustituto. Los hacendados tenían la obligación —legalmente— de pagar al trabajador un real diario como salario, incluyendo los días de desplazamiento a los lugares de trabajo. El pago debía hacerse en efectivo, aunque casi siempre se les hizo en especie. Además, se les coaccionaba para que aceptaran el jornal diario por tarea, la cual podía ocuparlos durante varios días. Los artificios empleados por los propietarios de la tierra para explotar a los indígenas fueron numerosos y contaban con el beneplácito de las autoridades.

El impacto de este sistema compulsivo de trabajo estuvo en relación directa con la vocación y especialización productiva de cada región.

El Valle Central de Guatemala fue, con certeza, donde con mayor constancia y continuidad se aplicó tal sistema. En las postrimerías del siglo XVII e inicios del XVIII se desplazaban anualmente alrededor de 125.000 indígenas desde más de setenta pueblos hacia las distintas unidades productivas allí existentes, correspondiendo a más de 2.300 cada semana.

En la región salvadoreña también estuvo en vigencia este sistema.

Desde un principio se trató de regular el empleo de indígenas en los trabajos del añil. Dadas las condiciones de insalubridad, especialmente en la etapa de elaboración del añil (trabajo en las pilas, acarreo de desperdicios, etc.) se legisló prohibiendo el empleo de esta población en el mismo. García Peláez cita prohibiciones, emitidas tempranamente en la década de los años setenta del siglo XVI. Durante el siglo XVII la Corona insistió para que las autoridades del Reyno no descuidaran las llamadas «visitas de obrajes», que tenían como objetivo fundamental comprobar las condiciones de producción y trabajo, así como verificar si se estaban empleando indígenas. Se pretendía evitar abusos y excesos en la utilización de dicha fuerza de trabajo. No obstante, las visitas muchas veces sólo conducían a cometer dobles abusos sobre los trabajadores indígenas, pues se producían arreglos y componendas entre visitadores y propietarios de obrajes, en menoscabo de los exiguos derechos que amparaban a los indígenas.

Uno de los mecanismos usados con mayor frecuencia para comprometer a los indígenas en los trabajos del añil fue el de repartirles ropas, dinero y utensilios de uso diario. En muchos casos, tales repartos —verdaderos enganches forzosos— se efectuaban a través de las autoridades civiles regionales. Se buscaba la cooperación de los alcaldes mayores, quienes a su vez, presionaban a las autoridades indígenas de los pueblos para que repartieran tales mercancías, así como para que se preocuparan por el envío de trabajadores a las plantaciones y obrajes añileros, sobre todo durante las temporadas de trabajo intensivo.

Durante todo el siglo XVII se promulgaron reiteradas prohibiciones que pretendían suprimir el empleo de tales mecanismos, evidenciando con ello que la ley casi siempre era ignorada. No obstante, también se encuentran constantes condenas y multas impuestas a obrajeros que ignoraban y violaban esas disposiciones.

Insistentes fueron también las peticiones de dueños de obrajes para que se suprimieran las mencionadas visitas. En algunos casos, incluso llegaron a ofrecer donativos y contribuciones especiales a cambio de su abolición. La alternativa más inmediata que se consideró fue la de autorizar el libre uso de esclavos negros en estos trabajos. Como resultado de ello se produjeron constantes solicitudes para que se enviaran cargamentos de esclavos a estas provincias. En varias ocasiones, incluso, los ayuntamientos de las principales ciudades asumieron la iniciativa y responsabilidad, así como los respectivos gastos de esas gestiones. En 1670, por ejemplo, la Corona solicitó a la Audiencia de Guatemala que le informara sobre la validez de una petición que le había sido presentada por el cabildo de la ciudad de Santiago para introducir quinientos esclavos negros cada año a estas provincias.

La notable reincidencia en el empleo de indígenas en los trabajos añileros siempre fue justificada, primordialmente, alegando la carencia

de brazos. Dentro de los alegatos presentados por los sancionados es común encontrar quejas, como evidencia, sobre que no había gente mestiza, ni parda ni negros como reemplazo. En otros casos se indicaba que estos últimos eran de poco fiar, pues solicitaban adelantos sobre la paga que les correspondería y luego desaparecían sin dejar huella. Válidas o no tales explicaciones, lo cierto es que estos argumentos siempre estuvieron precedidos por medidas de hecho y, además, se acompañaron —en muchos casos— con la complicidad de funcionarios menores que utilizaron su poder para coaccionar a los indígenas hacia tales trabajos. Muchos de los inculpados argumentaban, además, que eran los propios indios quienes llegaban a los obrajes buscando una paga y alguna ropa a cambio de trabajar en tales actividades.

Igualmente, se encuentran constantes llamadas de atención hechas por la audiencia a corregidores y alcaldes mayores de las regiones productoras de añil por no llevar a cabo las visitas anuales a los obrajes, como estaba mandado. Tal «negligencia» sólo se explicaba como resultado de los contubernios entre obrajeros y autoridades provinciales. Estas reprimendas muchas veces eran el resultado de reclamos hechos por los oficiales de real hacienda, que buscaban incrementar los fondos locales. Tal celo provocó que las autoridades metropolitanas solicitaran al monarca que promulgara reales cédulas en las que se llamaba la atención a las autoridades locales por tales descuidos. Se llegó, en algunos casos, a enviar visitadores especiales para remediar la negligencia de los funcionarios. Oidores y abogados de la Audiencia se desplazaron, a veces sorpresivamente, hacia las provincias y regiones añileras provocando todo tipo de reacciones entre obrajeros e indígenas.

La constante violación de las prohibiciones evidencia la tenaz oposición y defensa de intereses que siempre animó a tales propietarios. Detrás de argumentos y planteamientos —miserabilistas muchas veces— que pretendían conmover la piedad real, se escondía un afán de lucro cuya clave radicaba, esencialmente, en el beneficio neto que significaba emplear trabajadores indígenas en tales tareas.

Puesto que el régimen colonial propiciaba la supeditación y control permanente de la población indígena, todos aquellos que desarrollaron cualquier actividad económica sabían que el beneficio podía ser mucho mayor si se empleaba fuerza de trabajo indígena. Tanto por su número, como por el hecho de que el aparato legal existente —al igual que la mentalidad colonial— estaba orientado hacia tal fin: explotar sin límites a dicha población.

Además, los representantes de intereses de obrajeros y propietarios de tierras, congregados generalmente en los cabildos de pueblos y ciudades españolas, conocían perfectamente los puntos débiles de la administración colonial. El argumento «fiscal» funcionó perfectamente

cada vez que las elites locales quisieron obtener privilegios y revocaciones de leyes que afectaban sus peculiares beneficios.

¿De qué otra manera puede entenderse la revocatoria definitiva de la prohibición para emplear indios en los trabajos de añil, promulgada por la monarquía en 1738?

Desde varios años atrás el cabildo de Santiago de Guatemala (que aglutinaba a los mayores comerciantes y principales intermediarios en el tráfico del añil de todo el Reyno) y el de San Salvador (que representaba a los principales productores de añil de esa región) habían iniciado diligencias y gestiones para lograr tales propósitos. Ambos presentaron sendas exposiciones al monarca en las que argumentaron sobre la vital importancia que dicho cultivo tenía para la sobrevivencia de estas provincias —al igual que los beneficios que significaban para las cajas reales—. En esta oportunidad, además, ambos cabildos contaron con el apoyo firme de la audiencia y su presidente. El 22 de abril de 1738 se derogaron las disposiciones relativas a la prohibición de emplear indios en los trabajos del añil contenidas en la Recopilación de Leyes de Indias.

Las principales razones invocadas en el decreto revocador reflejaban, esencialmente, el interés económico de la Monarquía que, obviamente, pasaba sobre los propios indios; paradójicamente, también se invocaron argumentos de carácter moral.

Y que de cesar la referida prohibición se aumentaría en mucha parte mi Real Haber lo que no sucedería subsistiendo, por lo que los indios no podían mantenerse, ni pagar los diezmos eclesiásticos que pendían de sus continuados afanes y trabajos, y lo más principal era que con la mencionada prohibición se ocasionaba mucha ruina espiritual de juramentos falsos, y otros pecados, con ocasión de las visitas de obras que se hacían para averiguar si se trabajaba o no con indios...⁷.

Dicha revocatoria significó un verdadero triunfo para los añileros salvadoreños. A partir de entonces contaron con el beneplácito oficial de la Corona para utilizar indistintamente a la población indígena en tales faenas.

También estaba prohibido utilizar fuerza de trabajo indígena en las plantaciones e ingenios de azúcar. No obstante, las transgresiones a la ley estuvieron a la orden del día.

A nivel demográfico, se experimentó en la región salvadoreña una rápida extinción de la población indígena y un notable empuje e incremento de la población mestiza. A finales del siglo XVIII quedaban pocos pueblos de población indígena. Esta «transformación» de la población se originó, entre otras causas, por el fuerte impacto de las condiciones de trabajo sobre la salud y subsistencia de los indígenas, al igual

que por el rechazo a trabajar en semejantes tareas. Ello les indujo a abandonar sus pueblos o a mezclarse con negros y mulatos, lo que permitiría sobre todo a los descendientes eludir las obligaciones laborales y diluirse en la masa de población mestiza que, en última instancia, padecía menos explotación que los propios indígenas.

Podría afirmarse que la industria minera hondureña no logró desarrollarse plenamente por dos razones principales. Una, de orden eminentemente técnico, que no permitió que las minas y yacimientos fueran eficientemente explotadas. El empirismo y/o la nula disponibilidad de utensilios apropiados obligaba a los mineros a abandonar tempranamente la explotación mineral. La otra dificultad que nunca logró superar esta raquítica actividad fue la de una escasa disponibilidad de fuerza de trabajo, sobre todo indígena. La región de Tegucigalpa, que concentraba el mayor número de explotaciones, contaba con poca población. Desde mediados hasta finales del siglo XVII el total de indígenas enviados a trabajar por temporada a las minas apenas sobrepasó la centena. Tal carencia obligaba a los propietarios de minas a tratar de solucionar el problema mediante la contratación de trabajadores voluntarios (negros, mulatos y mestizos). A mediados del siglo XVIII predominaba la contratación de fuerza de trabajo no indígena en esta actividad. Aquí también se experimentó algún desarrollo de la esclavitud negra como alternativa.

En aquellas provincias con menor presencia de población indígena —como Nicaragua y Costa Rica— alejadas de los ejes de actividad económica y política, se experimentaron algunas veces formas atenuadas de presión laboral. En otros casos, se les coaccionó o marginó, lo cual dio como resultado una paulatina disminución numérica de la población indígena.

LAS DINÁMICAS ECONÓMICAS Y LOS VÍNCULOS EXTERNOS

La economía colonial centroamericana giró básicamente alrededor de dos ejes: la producción agropecuaria para el consumo interno y la destinada a la exportación. Ambos ejes respondían a las exigencias y circunstancias coloniales a las que se encontraban sometidas estas regiones. Tales facetas de este esquema productivo tenían como finalidad última la de generar —o contribuir a generar— excedentes para ser transferidos a la metrópoli.

El carácter periférico y limitado de la región centroamericana (acentuado por los escasos yacimientos de minerales preciosos, así como por la ausencia de técnicas adecuadas y de capital para explotarlos) impi-

dió que los pocos productos exportables lograran ejercer alguna influencia sobre los flujos y tendencias a escala internacional. Al contrario, esos escasos productos siempre se mantuvieron condicionados en su desarrollo a la eventual demanda y competitividad existente en el ámbito internacional. En consecuencia, el desarrollo económico fue desde un principio desigual, especialmente en lo que se refiere a las posibilidades de generación y captación de recursos e inversiones que lograran impulsar o mantener las débiles economías locales.

El cacao y el añil —junto con la fuerza de trabajo indígena— fueron los soportes de la organización y reproducción de una débil e incierta economía interna. También sirvieron de base para el establecimiento de un aparato burocrático y, por consiguiente, de la perduración del régimen colonial a nivel local.

Necesariamente, se desarrollaron y organizaron estructuras productivas alrededor de los principales centros administrativos coloniales con el propósito de suministrar alimentos propios de la dieta peninsular y enseres necesarios para la vida diaria. Se enseñó a los indígenas los mecanismos de su producción, extendiéndose paulatinamente hacia regiones que presentaban condiciones geoclimáticas y productivas adecuadas.

Simultáneamente, se introdujeron las bases e infraestructura de una serie de actividades artesanales que rápidamente pasaron a ser ejecutadas por indígenas. Por otro lado, la introducción del ganado supuso modificaciones paulatinas no sólo en los hábitos alimenticios de la población local, sino que también constituyó un elemento de conflicto y constantes atropellos entre propietarios ganaderos y los pueblos de indios.

Un análisis somero del desarrollo de la economía de la región durante este período colonial evidencia el funcionamiento de sistemas de explotación y utilización exhaustiva de la fuerza de trabajo indígena, así como la existencia de mecanismos extractivos de bienes, recursos y materias primas, que se guiaron bajo lo que podríamos llamar «impulsos primarios y reactivos del capitalismo comercial» que en esa época sacudían fuertemente las estructuras económicas europeas.

Las normas y criterios implementados en los territorios coloniales para obtener riquezas y productos —destinados al mercado europeo y bajo condición de que también enriquecieran a sus distintos intermediarios— observaron ciertas tendencias que se tradujeron en un aprovechamiento exhaustivo de todo lo que significaba escasa, o ninguna, inversión y que por supuesto garantizaba una rentabilidad inmediata.

Dentro de esta perspectiva se impulsó el desarrollo —en una primera etapa— de los llamados ciclos extractivos, que perseguían la obtención de beneficios directos e inmediatos a partir de la aplicación de normas que hacían trabajar a la población indígena de manera inten-



4.2. CAPITANÍA GENERAL DE GUATEMALA: PRINCIPALES CENTROS PRODUCTIVOS.

siva en actividades como el lavado de oro, la recolección de productos vegetales: cacao, zarzaparrilla, añil, bálsamo y otras especies naturales con algún valor comercial. Estos productos, que no siempre se encontraban en estado natural, era factible obtenerlos sin necesidad de erogaciones e inversiones por parte de los españoles y criollos. Además, por su valor y novedad eran relativamente de fácil colocación en las plazas mercantiles europeas o coloniales americanas.

Inmediatamente después, y respondiendo a los estímulos del mercado internacional, se principiaron a explotar de manera más sistemática aquellos productos —agrícolas básicamente— que rendían eficaces e inmediatos beneficios: el cacao y el añil. Alrededor de ambos se pusieron en funcionamiento las instituciones coloniales adecuadas: la esclavitud, la encomienda, el repartimiento, los mandamientos y, sobre todo, el pueblo de indios.

Podemos considerar que a lo largo del siglo XVII los núcleos económico-políticos locales y regionales estaban ya perfilados, las rutas de

transporte y comercialización retrazadas y las posibilidades de explotación económica locales detectadas, por lo que cada región principió a generar dinámicas propias internas, de acuerdo con sus capacidades. Al irse desarrollando actividades como la ganadería, la minería, las plantaciones, los cultivos de subsistencia, se fueron perfilando rasgos y dinámicas propias de cada región en lo particular. Tales dinámicas socioeconómicas internas generadas y reproducidas durante todos estos siglos tenían razón de ser, única y exclusivamente, en función de las necesidades de reproducción del «orden» colonial. En tal sentido, siempre se trató de canalizar energías humanas y todos los excedentes posibles de todas partes hacia tales propósitos.

El cacao

La tradición anterior a la Conquista apunta que Soconusco había sido una de las principales regiones abastecedoras de este grano a los mexicanos. Luego de la llegada los españoles, aún se continuó exportando hacia dicho destino.

A mediados del siglo XVI principió a extenderse en la región de los Izalcos —en El Salvador— donde prosperó enormemente durante la segunda mitad de dicha centuria. Algunos datos indican que —al menos entre 1562 y 1570— llegaron a exportarse hacia México alrededor de 50.000 cargas de cacao anuales. Pero la intensidad con que se impulsó el cultivo, las difíciles condiciones de trabajo a que se sometió a la población indígena, las inclemencias del tiempo (lluvias, temporales, plagas, etc.) fueron factores que contribuyeron al deterioro de dicha producción. No obstante, su buena calidad le otorgó cierta reputación así como elevados precios en el mercado.

En la primera mitad del siglo XVII, Soconusco y la región de Suchitepéquez —en el sur de Guatemala— intentaron reactivar la producción y exportación cacaotera. En la década de los años treinta de ese siglo, por ejemplo, el cacao guatemalteco alcanzó un importante lugar en el mercado mexicano. Casi un 45% de los cacaos registrados en la alhóndiga de dicha ciudad durante esos años procedían de Guatemala. A finales del siglo el cacao del Reyno de Guatemala había sido completamente desplazado en los mercados novohispano y metropolitano por el producido en Guayaquil y luego el de Caracas. Desde mediados de este siglo se había principiado a experimentar una fuerte competencia por parte de Guayaquil, cuya producción cacaotera creció enormemente, produciendo una baja considerable en los precios, sobre todo en el mercado mexicano. A pesar de la distancia y las dificultades en el transporte, el cacao ecuatoriano era vendido ventajosamente en dicha plaza.

En las últimas tres décadas de este siglo se produjo un incremento notable en la introducción del cacao venezolano a México. Se registraron promedios no menores a las cuarenta mil fanegas anuales llevadas desde las plantaciones cacaoteras de esta provincia hacia Veracruz. El mercado metropolitano sucumbió igualmente al expansionismo del cacao venezolano.

A nivel local, puede afirmarse que las condiciones en las que se producía dicho grano no habían variado substancialmente en relación con las que se dieron durante el siglo XVI. Una regla de oro relacionada con el cacao e inmediatamente aplicada por los conquistadores fue la de preocuparse únicamente por la recolección de dicho grano mediante la utilización de mecanismos coactivos, fiscales o de hecho. Ello significó no tener necesidad de invertir absolutamente nada en este cultivo, por la sencilla razón que las plantaciones de cacao, al igual que la fuerza de trabajo que se encargaba de cuidarlas, estaban ya organizadas. Básicamente, estas plantaciones pertenecían a las comunidades indígenas o a algunos indígenas a título personal.

Las regiones cacaoteras fueron prácticamente las primeras en las que la encomienda se implantó. El paso de los años y los sucesivos desplazamientos de las zonas de cultivo no significaron mayores modificaciones en el primitivo sistema de explotación de este grano. La fundación de pueblos, luego de las Leyes Nuevas, únicamente contribuyó a delimitar zonas de cultivo y a racionalizar la utilización de la fuerza de trabajo.

El cacao fue recolectado bajo presión fiscal, sobre todo durante el siglo XVI y parte del XVII, lo que no implicó beneficio para sus productores directos. Aun después de que este grano dejó de ser significativo para la exportación se continuó cultivando en las regiones de tradición cacaotera, tanto colectiva como individualmente. Suchitepéquez y Soconusco continuaron extrayendo cacao hacia mercados vecinos, aunque en menor volumen. Estas regiones, además, experimentaron considerable merma en su población local y —tardíamente— atrajeron a pobladores no indígenas, con un exiguo desarrollo de la propiedad privada, y en menor escala unidades productivas debidamente organizadas para la explotación sistemática de dicho cultivo, sin que se pueda hablar de plantaciones cacaoteras como tales.

Los períodos o ciclos de auge cacaotero registrados en el Reyno estuvieron básicamente vinculados a las posibilidades naturales de reproducción de la planta, a la existencia y disponibilidad de fuerza de trabajo indígena y, por supuesto, a las posibilidades de colocación en mercados coloniales y/o metropolitanos.

Al decrecer la demanda del grano en el mercado mexicano se fue experimentando el abandono paulatino de su producción intensiva, quedando algunos islotes reducidos en Soconusco, Suchitepeque y El Sal-

vador. Durante la primera mitad del siglo XVIII continuaron los esfuerzos por mantener su producción en Nicaragua y Costa Rica; principalmente en Rivas y Matina pero bajo modalidades diferentes a las de la etapa anterior. Básicamente fue cultivado por no indígenas y régimen de propiedad privada. Para 1680, por ejemplo, se calculaba que estaban plantados alrededor de 150.000 árboles de cacao en la región de Matina; hacia mediados del siglo XVIII era casi el doble. En Rivas, en la misma época, se contabilizaron más de medio millón de árboles sembrados⁸.

El cacao siguió formando parte de la dieta de la población del Reyno, continuándose sus envíos a la Nueva España, así como a Madrid. Muchos de estos envíos —principalmente cacao de Suchitepéquez y Soconusco— tenían más bien un carácter personal que comercial. En el caso del cacao nicaragüense y de Costa Rica, era consumido localmente o se exportaba hacia regiones vecinas en el Caribe o Nueva Granada.

Las cuentas diezmales de los obispados del Reyno (Chiapas, Guatemala, Comayagua y Nicaragua) registran durante todo el período colonial sumas importantes de cacao, recolectado bajo dicho concepto. Muchos pueblos ubicados en antiguas regiones cacaoteras continuaron utilizando el grano para satisfacer las diferentes obligaciones fiscales que pesaban sobre sus exiguas economías comunales.

El cacao desempeñó un papel relevante en la conformación y reproducción de la economía de muchos pueblos de indios. A pesar de haber perdido su posición en el mercado externo, su importancia nunca decreció a nivel interno. Alrededor de este cultivo se generaron dinámicas locales que permitieron la subsistencia de determinadas regiones.

El añil

La característica principal del añil —en cuanto a su reproducción natural— era la de ser extensivo y de temporada. Esto implicaba creciente y constante necesidad de tierras y de mano de obra. A mayor extensión de tierra cultivada, mayores beneficios económicos. El único requisito era que se efectúase en tierra caliente, arcillosa, arenosa, baja y húmeda. Tales requerimientos naturales coincidían con los de la mayor parte de las tierras de la vertiente pacífica del Reyno.

En diferentes épocas se cultivó en Suchitepéquez, Escuintla, El Salvador, Nicaragua, y en ciertas áreas de Honduras. No obstante, la zona geográfica en la que se desarrolló notablemente fue la salvadoreña. Ello dio origen allí a dinámicas socioeconómicas internas que se tradujeron en formas específicas de relaciones sociales, de propiedad y uso de la tierra, así como de vinculación con el exterior. A mediados del

siglo XVII era el principal rubro de exportación del Reyno y, por lo tanto, la principal fuente de ingresos para el fisco real. A su alrededor, y a partir de entonces, giró básicamente el engranaje económico y social global regional.

Una primera etapa de este colorante puede ubicarse hacia principios del siglo XVII, aunque desde finales del XVI se fueron consolidado estructuras y condiciones básicas para su explotación.

Al igual que en las unidades productivas privadas, en manos de españoles y criollos, los indios también acostumbraron a sembrar añil en sus tierras comunales, sobre todo en la región salvadoreña. El cultivo del añil les permitía obtener ingresos para cubrir gastos y contribuciones fiscales y religiosas. En ciertos casos, los comunes de los pueblos optaron por arrendar parte de sus tierras comunales a españoles o mestizos para que las utilizaran en la siembra del añil. Algunos pueblos llegaron, incluso, a contar con obrajes propios que les permitían beneficiar su propia producción y que arrendaban para que otros beneficiaran allí sus añiles.

El añil producido en las tierras comunales era, muchas veces, colocado en los circuitos comerciales mediante la intervención de los curas de los pueblos. En otros casos se optaba por llevarlo a remate público con el propósito de obtener algún beneficio extra en su venta. Generalmente correspondía a las autoridades reales locales —corregidores o alcaldes mayores y curas— supervisar tales actividades.

A principios del siglo XVIII se acostumbró en algunos pueblos de la alcaldía mayor de San Salvador a subastar el añil sembrado en las tierras comunales. Dicha práctica —se denunció— tenía un carácter forzado. Sobre todo porque se obligaba a que la venta del añil comunal se efectuase bajo la supervisión de autoridades competentes, quienes arbitrariamente establecían precios y condiciones claramente desfavorables para los productores indígenas.

En la región oriental de Guatemala se llegó incluso a ejercer presiones por parte de las autoridades reales locales para que los pueblos contasen con los medios adecuados y necesarios para el cultivo y procesamiento del añil. En un auto promulgado por el corregidor de Chiquimula de la Sierra en 1690, por ejemplo, se ordenó proveer lo necesario para reconstruir las pilas y demás implementos del obraje de añil que había estado funcionando en el pueblo de San Luis Xilotepeque (a quien pertenecía) y que se había tenido que demoler por estar en muy malas condiciones. El corregidor insistió en la necesidad de construir nuevas pilas con la mayor prontitud posible, ya que los pueblos vecinos también requerirían de tales instalaciones durante la siguiente cosecha⁹.

Aunque la mayoría del añil que exportaba el Reyno era producido en la región salvadoreña, también existieron obrajes y plantaciones en

ciertas áreas del territorio hondureño y nicaragüense. Sólo en el área de León, por ejemplo, se contaron veinticinco unidades productoras añileras en las primeras décadas del siglo XVIII. También dan testimonio de la existencia de otras más pequeñas las constantes multas pagadas por obreros de estas regiones que utilizaban indígenas en tareas prohibidas dentro de dicho proceso productivo.

Durante la década de 1710-1719 se exportaron alrededor de 450.000 libras de añil. En 1740 el alcalde mayor de San Salvador informó que en las tres provincias de su jurisdicción (San Salvador, San Miguel y San Vicente) existían seiscientos dieciocho obreros de añil. De éstos, según tal informe, alrededor de doscientos veintisiete habrían producido más de 70.000 libras de añil, estimación elaborada con base en los datos de tributación del diezmo de dicho año. Rubio Sánchez plantea que para estas fechas la producción global sobrepasaba ampliamente el medio millón de libras anuales.

El añil adquirió importancia como artículo comercial desde finales del siglo XVI, pero no fue sino ya bastante entrado el siglo XVII cuando ocupó el primer lugar en las exportaciones locales. Era enviado a España, bien por la ruta del golfo (que implicaba una travesía de las recuas de mulas de más de cincuenta días desde Santiago hasta los embarcaderos en Bodegas), y también era despachado a través de Veracruz. Este itinerario tomaba casi siempre de cuatro a cinco meses de duración. Se despachaban igualmente algunas cantidades de añil al Perú, así como a Cartagena y las Antillas.

Las dificultades mayores para la extracción de este producto residían en lo escabroso de la infraestructura física y los medios de comunicación, así como el aislamiento casi permanente en que se encontraba toda la región en relación con los circuitos comerciales que desde España alimentaban a México y las principales provincias del sur de América. A éstas se agregarían las restricciones inherentes al sistema de monopolio comercial que España tenía implantadas en sus colonias. Las comunicaciones comerciales interprovinciales, a nivel americano, estaban severamente reguladas, lo que incidía en mayores dificultades para el transporte y colocación de las escasas producciones locales en mercados externos. Trasladar mercaderías a España implicaba vencer considerables obstáculos, sobre todo de carácter burocrático.

Mientras que el cultivo del cacao estimuló tendencias tales como el trabajo común, la pervivencia de la propiedad comunal de la tierra comunal, presión para que los indios tributaran en dicho producto, etc., el añil, generó dinámicas adversas a la preservación y reproducción de una economía «hacia adentro». El carácter especulativo de la planta en el mercado externo indujo al productor directo —casi siempre férreamente atado al gran comerciante de la ciudad de Santiago de Guatemala— a tratar de obtener el máximo de utilidades de esta

actividad. Como consecuencia de ello, se volcaron hacia la apropiación de las tierras aptas para este cultivo (baldías, comunales, etc.) y de paso contravinieron todas las leyes laborales en el afán de extraer el mayor excedente posible del indígena.

Es importante señalar que el desarrollo del cultivo del añil en esta región provocó importantes modificaciones en el paisaje agrario local. En especial, en lo que se refiere a la tenencia y uso de la tierra, puesto que la mayor parte de añil era producido por «poquiteros», quienes lo cultivaban en pequeñas propiedades. La expansión experimentada por la planta a mediados del siglo XVIII significó una considerable ocupación (y atomización) de la tierra, con una primera consecuencia que fue la paulatina desaparición de las tierras comunales y de pueblos enteros, así como el «mestizaje» de las regiones añileras.

García Peláez refiriéndose al daño y nefastas consecuencias que el cultivo del añil había producido en la región salvadoreña, cita una exposición hecha a mediados del siglo XVII (1633) por el ayuntamiento de la ciudad de Santiago de Guatemala en el que —curiosamente— manifestaban categóricamente su sentir y oposición a los métodos y consecuencias que se originaban de dicho cultivo:

La experiencia ha mostrado los grandes daños que los indígenas naturales de estas provincias han recibido y reciben en haberlos metido en los obrajes de tinta añil, pues habiéndose comenzado en tierras baldías de la costa y otras partes donde simplemente se produce la yerba de que se hace la dicha tinta, la codicia de los españoles extendió tanto este género, ocupando no sólo las tierras de los indígenas sino sus personas; de manera que lo que hoy generalmente hablando son obrajes, fueron pueblos de indígenas; y extintos y acabados, de que no se ve sino sólo el sitio que tuvieron los dichos pueblos; y otros muy numerosos de gente en la provincia de San Salvador hoy tienen sólo los nombres de lugares vacíos de gente consumida y acabada no sólo por el excesivo trabajo que les dan los obrajes, mayor que toleran las fuerzas humanas y en tierra caliente y la mala calidad de la tinta; sino ejecutando con rigor y opresión por mano de sus esclavos y negros que cargándoles a los indígenas el servicio que ellos deben, como esclavos, tratan a estos miserables como si fueran suyos, cuya crueldad es notoria ¹⁰.

Paradójicamente, las zonas de producción añilera estimularon actividades económicas complementarias en otras regiones, debido a que la «fiebre» añilera trajo como consecuencia —en muchos lugares— el descuido de la producción local de granos y alimentos. Por ejemplo, el Valle Central de Guatemala y el altiplano occidental aportaban considerables cantidades de granos hacia El Salvador. Lo mismo ocurrió

EL PUNTERO APUNTADO CON APUNTES BREVES,

Para que no sea corto en la fabrica de la Tinta
Añil, ó Tinta Anual

DANSE

Instrucciones, y advertencias muy útiles, y ne-
cesarias para que el Puntero con algun acierto
exerce su oficio.

Trabajado por vn Religioso del orden de
N.S.P. S. Francisco, de la Provincia de
Guatemala

Con permiso de los Superiores.
Año de 1641.

43. EL PUNTERO APUNTADO CON APUNTES BREVES.

con la demanda de ropas y otros artículos, que también eran llevados desde el altiplano guatemalteco y desde Santiago misma. La ganadería —en Honduras, Nicaragua y Costa Rica— se vio estimulada, no tanto por el consumo de carne como por la necesidad de los cueros para confeccionar los zurroneos en que se enviaba el añil hacia el exterior. También se necesitaron mulas para su transporte.

Estos «estímulos» arreciaron la presión fiscal y laboral sobre las comunidades indígenas, puesto que los tributos que ellas entregaban (maíz, frijol, gallinas, chile, etc.) constituían buena parte de lo que se consumía en las zonas productoras de añil.

A nivel de la recaudación fiscal —tanto eclesiástica como real— el añil y el cacao eran recolectados bajo regímenes especiales. En los obispos, y por lo que al añil y al cacao se refiere, por ejemplo, éstos corrían por cuenta y administración separada del resto de productos que debían pagar dicha contribución eclesiástica. La comercialización de lo obtenido como diezmo de estos productos producía considerables ingresos en las arcas de la Iglesia.

Granos básicos, otros alimentos y economía de subsistencia

Una de las preocupaciones que se trató de solventar desde un principio por parte de conquistadores y colonos fue el aprovisionamiento de alimentos para el consumo diario. Inicialmente tuvieron que adecuarse a los productos locales, ante la ausencia de los que siempre habían formado parte de su dieta tradicional. Las actas capitulares de los primeros años de funcionamiento del cabildo de Santiago de Guatemala evidencian la preocupación de los colonos por organizar la producción y abasto de granos y alimentos, así como por propagar nuevos cultivos, sobre todo los de origen peninsular.

A finales del siglo XVI la ciudad de Santiago se encontraba rodeada de más de cuarenta «milpas» (posteriormente transformadas en pueblos) que tenían como función primordial proveer de lo indispensable a la incipiente ciudad: desde leña, carbón, materiales de construcción, pasando por los granos básicos hasta llegar a frutos de diferentes calidades y variedades.

Un siglo después, el cronista Fuentes y Guzmán presentó un retrato —bastante idílico— del estado material de las distintas provincias de la gobernación de Guatemala. Obviamente, el corregimiento del Valle de Guatemala —donde se ubicaba la ciudad de Santiago— mereció su mejor atención¹¹. Una lectura superficial de esta obra puede llevar a considerar que la situación y organización material de la gobernación y el Reyno de Guatemala a finales del siglo XVII estaba perfectamente definida y articulada: en todas las provincias se producía —según sus especialidades— lo suficiente y necesario, existía un tráfico regular de productos y bienes a nivel interno y también funcionaban los contactos comerciales con el exterior —la metrópoli sobre todo— con bastante normalidad. Por lo que a la población se refiere, ésta rendía con eficacia todos los frutos y bienes que se necesitaban para la felicidad interna. También puede inferirse que el régimen colonial se encontraba plenamente instalado al concluir dicha centuria.

El manierismo literario del autor permite, no obstante, reconocer los rasgos del funcionamiento de una sociedad colonial. La suma de comentarios presentada es casi siempre positiva, como correspondía a

la situación y posición social que él ocupaba dentro de la sociedad de esa época, lo que explica por qué la imagen que se desprende de la totalidad del documento es la de armonía social que según los sectores dominantes predominaba en esa época.

Aunque no se cuenta con testimonios similares para las demás provincias del Reyno y para esa época, es de suponer que a finales de esta centuria ya se encontraban definidas las distintas regiones productivas y, sobre todo, se ejercía un pleno control sobre casi toda la población local. La mayoría de ciudades-cabeceras de provincias suplían con eficacia sus propias funciones administrativas, lo que equivalía a un control y organización eficaz de su entorno inmediato y del territorio bajo su jurisdicción.

El panorama presentado por Fuentes y Guzmán es válido para acercarse, conocer y entender el complicado tejido económico y social que permitía la reproducción de la sociedad y la economía colonial local. Los aspectos que más enfatiza son la capacidad y potencialidad productiva existentes en las distintas regiones del territorio guatemalteco. En el caso específico de la ciudad de Santiago describe cómo ésta era puntual y diariamente abastecida de todo tipo de productos: pescado de Amatitlán, sal de Iztapa, verduras y frutas de San Juan del Obispo, San Cristóbal el Alto, Almolonga, Petapa, San Martín Jilotepeque, Sacatepéquez, Mixco, etcétera. Igualmente se traía madera, leña, petates, telas, sacate y muchos otros productos.

Este cronista, obviamente, omite, en lo posible, describir las condiciones en las que se generaban tales productos y cómo llegaban a los mercados urbanos. Los principales factores que entraban en juego para generar toda esta dinámica estaban claramente definidos por el sistema colonial. Desde la tierra comunal —donde se producía la mayor parte de estos artículos—, la fuerza de trabajo, las unidades productivas de españoles, los sistemas y mecanismos de comunicación y transporte, etc., todo respondía a un orden en el que la coacción y la compulsión ocupaban un rango primordial.

Conocida es la importancia que se dio a la tierra comunal de los pueblos de indios. Sobre todo porque servía para la producción de los tributos reales y demás contribuciones para el sostenimiento de curas y otros funcionarios reales. Además, esos tributos constituían parte fundamental de los productos que abastecían los mercados urbanos.

Hacia el año 1630 se ordenó que:

para que el pueblo tenga con qué poder dar la ración a los que los administran y acudir a las obras de la iglesia, gastos de comunidad, cura y sustento de los indios pobres enfermos, ordeno y mando que todos los indios del pueblo hagan dos milpas de comunidad en dos parte diferentes, que lleven de sembradura entre ambas una fanega

de maíz cuando menos, y las beneficien y recojan y pongan con mucho cuidado cuenta y razón por bienes de su comunidad... ¹².

Si bien es cierto que la tributación y los servicios personales que el pueblo de indios proporcionaba a la Corona, Iglesia y españoles constituían un denominador común que les equiparaba ante el Estado y sus instituciones, también lo era el que tal sistema coactivo era la base de la diferenciación y acentuación de las particularidades locales y regionales. La tierra comunal, bajo esta perspectiva, fue la pieza clave que permitió el desarrollo de las diferencias regionales, logrando mantener una constante vinculación con el sistema económico general.

Si el objetivo fundamental del régimen colonial era la extracción de excedentes, así como la apropiación de la fuerza de trabajo, esta «camisa de fuerza» sirvió también como punto de partida para la reproducción misma de la comunidad y para su conservación al permitirle el acceso a elementos e instrumentos para su propia defensa y consolidación, en su calidad de explotados y frente al Estado español. Tal actitud estatal implicó dejar en manos de dicha población el control sobre algunos medios de producción. Este «respiro» era necesario ya que les permitía generar productos baratos y constantes, así como ser fuerza de trabajo disponible en todo momento.

El grado de vinculación que cada pueblo y región logró establecer con el sistema colonial general estuvo en proporción directa con las actividades que lograron desarrollar, al igual que con su posición geográfica. Como se indicaba anteriormente, las «economías» cacaotera y añilera produjeron resultados disímiles dentro de las regiones en que se desarrollaron. La consecuencia más evidente e inmediata se hizo sentir sobre la población (su subsistencia y reproducción), al igual que sobre la propiedad de la tierra y la capacidad para generar los insumos necesarios para la subsistencia material colectiva.

Hasta mediados del siglo XVIII se exigió a la población indígena entregar sus tributos en especie. En buena medida esta exigencia fue un estímulo —forzado— para el desarrollo de la producción local. Las listas de productos tasados y recogidos como tributos evidencian, de alguna manera y según las distintas regiones, cierta «especialización» productiva. Así nos encontramos con:

1. Una serie de productos «comunes», tales como: maíz, frijol, gallinas y aves, chile, panela (a veces); la mayoría de los cuales constituían la base alimenticia de la misma población.
2. Productos «valiosos», tanto por su valor monetario como dietético y cultural: cacao, añil, bálsamo, zarzaparrilla, sal, pimienta, trigo, garbanzos, pesca, etc.
3. Artículos cuya producción y comercialización contribuían a satis-

facier las imposiciones fiscales así como a estimular intercambios comerciales internos y a veces externos: las distintas variedades de hilos y textiles, jarcia, cerámica, artículos de construcción, de combustión, alimentos suntuarios, etc.

4. El desarrollo de variedades ganaderas, al igual que los productos terminales de las mismas (cueros, tejidos, sebo, grasas, etc.).

Esta clasificación permite distinguir la diversidad de rubros productivos que constituyeron la preocupación de las comunidades indígenas. Artículos como maíz, frijol, chile y gallinas aparecen en los registros de tributos de todos los pueblos de indios. Los demás productos generalmente estuvieron vinculados a las condiciones geográfica y naturales de cada región, al igual que al contingente humano allí asentado.

Al introducirse la novedad del tributo en moneda, la comunidad indígena se vio obligada a seguir aportando productos y artículos —específicos o no de la región—, con la salvedad de que tenían que tratar de venderlos en los pueblos o mercados vecinos para poder obtener el dinero necesario (metálico) para pagar sus obligaciones fiscales. Esta situación les mantuvo dentro del sistema de mercado aunque en evidentes condiciones de desventaja. Otra vía para la obtención del dinero fue alquilar su fuerza de trabajo, lo que también daba lugar a vejámenes y explotación desmedida.

De cualquier manera, el sistema colonial condujo a la población indígena hacia una participación e integración casi siempre forzada dentro de la economía global mediante el trabajo o los artículos que producían.

Otra de las instituciones orientadas a la reproducción comunitaria fue la caja comunal, existiendo la obligación de «llevar» cuenta y razón de sus fondos. Éstas se capitalizaban con contribuciones —obligatorias— de todos los indígenas mayores de edad del pueblo, una vez al año. Muchas comunidades constituyeron dicho fondo a partir de los frutos del trabajo colectivo en una porción de la tierra comunal o ejidal. Los productos obtenidos eran vendidos y el importe ingresado a dicha caja. Otros pueblos se hacían de estos fondos a través del alquiler de sus tierras a otros pueblos o a españoles y mestizos. Con los fondos acumulados se cubría una serie de gastos permanentes de la comunidad, como las fiestas religiosas, pago de tributos, contribuciones a los curas, salarios de maestros y escribanos, así como los costos de los trabajos públicos locales (introducción de agua, construcción de casas de cabildo, iglesia, cárcel, puentes, etcétera).

Otra función importante desempeñada por la caja comunal era la de otorgar préstamos a la gente del pueblo. La presión económica y fiscal externa —pago de tributos, enseres repartidos obligatoriamente, etc.— les llevó muchas veces a caer en deudas y obligaciones moneta-

rias y laborales con la comunidad. Para poder saldarlas se veían en la necesidad de alquilar su fuerza de trabajo y obtener el dinero necesario para ello.

Durante el siglo XVII, aunque de manera bastante interrumpida, se impuso a las comunidades un funcionario real cuya atribución específica era el de asegurar y mantener un ritmo mínimo de producción en el interior de las mismas. Los jueces de milpas tenían que garantizar que los pueblos bajo su tutela sembrarían lo necesario para que cada comunidad pudiera hacer frente a sus obligaciones fiscales y, secundariamente, para alimentarse y reproducirse.

Tanto los jueces de milpas como las cajas comunales tuvieron en realidad la función específica de impulsar la productividad interna con el propósito de llevar productos y artículos a los distintos mercados y alimentar así los circuitos comerciales internos. La implantación de estas instituciones obedeció al interés por extraer el máximo de excedentes de las comunidades, lo que las limitó enormemente en el control y aprovechamiento de sus propios recursos.

La producción minera: problemas monetarios

En las regiones donde la población indígena no era numerosa —como en los casos de Honduras, Nicaragua y Costa Rica— se fueron impulsando formas y mecanismos de reproducción económica basados en el trabajo de la población española-criolla y mestiza. La tierra también desempeñó el papel central como base para dicha reproducción.

En el territorio hondureño, región con vocación natural minera, existieron pocas unidades productivas consolidadas como consecuencia del raquítico y frágil desarrollo de los centros mineros allí localizados. La escasez de población indígena —brazos para el trabajo de la tierra y de la mina— fue uno de los obstáculos mayores. La posibilidad de utilización de fuerza de trabajo mestiza —o esclavos negros— implicaba inversiones regulares y frecuentes en pago de salarios (o la compra de mercancías para pagar jornales) o en la también difícil compra de piezas de esclavos en el mercado. Si a ello se agrega lo rudimentario de las técnicas empleadas en la extracción de los metales, bastaría para justificar el fracaso de dichas explotaciones. Se explicaba y argumentaba, desde entonces, que todas estas dificultades —laborales y técnicas— conducían a los mineros a itinerar en busca de yacimientos «fáciles» (casi a flor de tierra) ante la imposibilidad de contar con brazos y técnicas adecuadas. En cuanto al proceso de refinamiento del metal se acudía a la amalgama —mediando el azogue— o a los molinos de tracción animal. El azogue —producto controlado y estancado— era de difícil adquisición, lo que lo hacía raro, dificultando aún más la pro-

ducción de metales. Una última dificultad que podría apuntarse —probablemente la más importante— era la de escasez de capital para echar a andar todo este proceso extractivo: fuerza de trabajo (asalariada, esclavos o «repartida»), instrumental técnico, mercado y transporte del metal, etcétera.

Desde muy temprano se detectaron las posibilidades mineras de las zonas periféricas de Tegucigalpa. Una de las primeras medidas para aprovechar y controlar esa riqueza fue la del establecimiento de una casa de fundición de metales. Ello no significó necesariamente un estímulo para dicha producción. Los lazos de dependencia forzada a que fueron tempranamente sometidos los mineros de esas zonas por parte de los comerciantes de Guatemala significaron un lastre para los primeros. Los segundos se beneficiaron mediante distintos mecanismos: puesto que el azogue era un producto estancado que además llegaba de manera irregular al Reyno, esta situación permitía a los guatemaltecos manipular su obtención a través de concesión de créditos a los mineros para comprarlo, significándoles apropiarse de buen porcentaje del metal fundido. Este «callejón sin salida» explica por qué muchos mineros preferían trocar sus metales por mercaderías inglesas —de contrabando— que entregarlas en condiciones leoninas a los guatemaltecos.

Durante el resto del período colonial estas condiciones no se vieron sustancialmente modificadas. El establecimiento de la Casa de Moneda, en 1733, fue más bien el resultado de las presiones ejercidas por la ciudad de Santiago (desde principios de este siglo el cabildo de la ciudad, el cabildo eclesiástico, las autoridades de la Audiencia e —incluso— los prelados de las órdenes religiosas enviaron numerosa e insistente correspondencia a la Corona con tal petición) que como consecuencia del interés de los mineros hondureños. Incluso, luego de establecida dicha Casa, arreciaron las presiones y el control para que la plata extraída en Honduras fuera trasladada a la capital.

Desde que se sentaron las bases materiales para el funcionamiento del régimen colonial en estos territorios se plantearon ciertas necesidades que requerían respuestas concretas e inmediatas, tales como el pago de salarios a los funcionarios coloniales y el pago de impuestos por parte de los colonos a las autoridades competentes. En una región con limitadas posibilidades de extracción de metales estas necesidades podían engendrar dificultades o bien entorpecer el funcionamiento del sistema colonial en su conjunto.

Independientemente del problema del abasto y/o producción de piezas de moneda también se planteó el de cuál o cuáles serían los equivalentes a utilizar para esos pagos, así como para las transacciones comerciales cotidianas. Jugaron un papel importante en esos momentos ciertos productos «preciosos» o el llamado «oro de minas». La multitud de denominaciones y valores (castellanos, ducados, pesos de oro,

onzas, pesos en hoja, pesos, reales, cuartillos, reales de vellón, maravedís, etc.) indicarian, más bien, la ausencia de políticas monetarias específicas para reglamentar la vida económica interna de las colonias. Apoya esta perspectiva el hecho de que la industria minera —ya fuera en México, Perú o en Honduras— estuvo siempre orientada prioritariamente a la extracción de metales preciosos hacia la metrópoli, por lo que el consumo local era más bien descuidado y reducido.

La población indígena estuvo constantemente obligada a pagar tributos y entregar contribuciones a curas y funcionarios. Durante la mayor parte del período colonial se permitió que pagaran los tributos en especies. Al no disponer ordinariamente de piezas de moneda se establecían —de autoridad— los equivalentes en productos y especies que tenían que entregar. Estos mecanismos, ideales para mantener y reproducir los niveles de explotación, se traducían en terror y angustia entre dicha población.

La legislación indiana relacionada con la utilización de la fuerza de trabajo indígena reconocía y establecía la obligatoriedad de pagar salarios por el trabajo realizado. Aparte de los abusos cometidos constantemente en lo referente a cuánto pagar por qué cantidad de trabajo, se producían los de qué pagar como salario. En este caso específico, como en muchos otros, se producía silencio y complicidad por parte de las autoridades locales puesto que no se respetaban las tarifas establecidas, se pagaba en especies, y los valores equivalentes eran fijados de manera arbitraria por los empleadores.

Podría pensarse que las elites coloniales locales —sobre todo la de Santiago de Guatemala— nunca se preocuparon por la ausencia de metales y piezas de moneda. La extracción de cualquier posible excedente de la población indígena era objetivo común. Estos excedentes eran transformados —o requeridos— en productos que podían ser enviados al mercado metropolitano o bien reintroducidos en los circuitos comerciales locales o regionales, como mercancías que servían para extraer más excedentes de dicha población.

El establecimiento de la Casa de Moneda podría, más bien, ser interpretado como un resultado indirecto y lejano del desarrollo del capitalismo comercial en Europa, que —entre otras cosas— presionaba a los comerciantes metropolitanos para que introdujeran una mayor masa monetaria en esos mercados. En consecuencia, se hacía necesario acelerar la «monetización» de las «economías coloniales». Tal «monetización» sólo significaría una mayor presión para producir y enviar moneda hacia Europa. No obstante, la actividad económica del Reyno de Guatemala siempre fue reducida y con pocas posibilidades de incidir en el mercado metropolitano, por lo que los productos monetarios —las piezas de monedas acuñadas localmente— circulaban entre reducidos sectores y, además, casi todo era exportado hacia Es-

paña u otros destinos foráneos. Incluso, cuando se ordenó la «monetización» del tributo hacia 1735, sus consecuencias fueron mitigadas. Se acordaron muchas excepciones para que siguieran pagando el tributo en especie, ante la evidente dificultad que experimentó la población indígena para conseguir tales piezas de moneda.

Ignacio Solís coleccionó importantes series de cifras sobre acuñación de moneda en Guatemala. El total de moneda que —según sus datos— se acuñaría desde 1733 hasta 1821 habría sobrepasado los cuatro millones de pesos. Un alto porcentaje de dicha moneda lo fue en plata. Además, más del 90% de lo que se acuñó, se hizo en valores grandes (pesos y medios pesos). Las unidades más pequeñas (cuartillos) no comenzaron a producirse sino ya entrada la década de los ochenta del siglo XVIII. Las cifras de Solís no permiten asentar la existencia de tendencias en cuanto a la elaboración de moneda. Por otro lado, es importante señalar que la prioridad de la Casa de Moneda no era la de acuñar moneda para el uso diario de la población, sino más bien para utilización de los grandes comerciantes de la ciudad quienes, irremediablemente la exportaban hacia México o España ¹³.

El mencionado autor dice que no existía moneda fraccionaria. La unidad más pequeña era el medio real (cuartillo), y dado su alto valor —en relación con los precios del mercado— hacía dificultosas las transacciones al menudeo. Dice que circulaba moneda fiduciaria privada (en tablitas pequeñas, marcadas con cifras y siglas del vendedor o emisor) y que representaban las fracciones en que se dividía el medio real. Añade que hacia 1748 se presentó un proyecto para acuñar moneda de cobre con el propósito de evitar el uso de la antes mencionada, pero las principales dificultades encontradas —según él— fueron la desconfianza del indígena y el rechazo de los comerciantes para aceptarla y darle convertibilidad con la moneda de plata. Considera que, en la realidad, la moneda que tenía mayor aceptación era la llamada macuquina, que provenía de Perú. Generalmente, se trataba de piezas de plata sin forma definida y que —para tener valor en el mercado— eran reselladas en la Casa de Moneda. Calcula Solís —aunque sin señalar en qué se apoyaba para ello— que hacia 1750 circulaba en todo el Reyno alrededor de 1.600.000 pesos en piezas de plata macuquina. Como se apunta en otra parte de este trabajo, hacia los mismos años un grupo de comerciantes elaboró un proyecto de creación de una compañía de comercio. Entre la información y argumentación dada por los interesados está la referente al circulante de metálico en todo el Reyno. Como promedio anual de moneda macuquina que circulaba se señala el de 750.000 pesos. La moneda buena o entera era exportada, de preferencia, hacia España.

También se tienen datos de cantidades de moneda —o su equivalente en metálico— que fueron remitidas anualmente por las autoridades

des coloniales locales hacia España desde el territorio centroamericano. Esos montos anuales comprendían remisiones periódicas de pagos de encomiendas, de oficios vendibles, condenaciones, media anata, multas, tributos y servicio del tostón, bienes de difuntos, lo producido por la venta de bulas de la Santa Cruzada, productos de rentas estancadas, limosnas, pago de composiciones de tierras, donativos extraordinarios, etc. Estas cifras (localizadas en las secciones de Contratación y Contaduría del Archivo General de Indias), no pueden ser consideradas —en el movimiento que presentan— como significativas o explicativas de períodos de auge o caída de la actividad económica global del Reyno. Sobre todo porque son el resultado de la recaudación fiscal a nivel local, y porque la actividad minera nunca fue estable ni adquirió niveles que hubieran significado una mayor productividad y actividad económico-comercial regional. Por el contrario, sí pueden (sumadas a las pocas materias primas que se exportaban —cacao, añil, bálsamo, plantas medicinales, algunas cantidades de cueros y tabacos, etc.—) ser contabilizadas como parte importante del expolio colonial.

El total de los valores —en metálico— enviados por los oficiales de Real Hacienda de Guatemala a la metrópoli para el período 1600-1750 es de 8.058.150 pesos. Es necesario aclarar que de los ciento cincuenta años aquí abarcados, sólo en setenta y siete de ellos se hicieron remisiones. Correspondería, por tanto, un promedio de 104.651 pesos por año. Humboldt —a efectos de comparación— indica que durante el mismo período se llevó a Europa desde América un promedio anual de 16.000.000 de pesos durante el lapso de 1600-1700, y de 22.500.000 millones de pesos durante 1700-1750 ¹⁴.

Puede apreciarse, entonces, que la actividad minera al igual que los problemas monetarios no ocuparon la prioridad de las autoridades coloniales del Reyno. Sobre todo porque no existieron las condiciones óptimas de explotación de dichos recursos naturales y porque, además, dadas las condiciones de desarrollo de la economía a nivel regional no se hacía imperativo el uso y existencia de piezas de plata para agilizar la circulación de mercancías. La compulsión en el trabajo y la consecuente apropiación de los excedentes generados por dicha población indígena eran mejores estímulos, sobre todo desde la perspectiva colonial. Junto a estas formas compulsivas funcionaba también el trueque, como alternativa sobre todo para los que vivían en el campo o alejados de la ciudad de Santiago de Guatemala.

Los tráficos comerciales

Una de las características más evidentes de las economías coloniales ha sido la de estar supeditadas a las tendencias económicas de los

centros metropolitanos. Las colonias americanas no escaparon a esto, habiéndose desarrollado en las distintas latitudes de nuestro continente diferentes respuestas ante dicho «estímulo» colonial.

En las regiones donde la actividad minera fue eficazmente impulsada se manifestaron mayores «signos» de prosperidad económica local. Coadyuvó a ello la impronta mercantilista predominante en esa época en el mundo occidental. En el Reyno de Guatemala, donde la minería tuvo escasas posibilidades de despegue, el interés económico se enfocó hacia la tierra y la fuerza de trabajo indígena.

Bajo semejantes circunstancias, estas regiones —doblemente periféricas dentro de un sistema colonial— continuaron reproduciéndose al margen de las principales tendencias, de lo contrario hubiera significado un intercambio más o menos equilibrado con la metrópoli. Prueba de ello, aún hasta el presente, es la dependencia en que se encuentran las economías de toda la región centroamericana en relación con el mercado internacional. Dicha dependencia se tradujo, desde entonces, no sólo en la incapacidad de las elites locales de llegar a controlar los precios de sus productos en el mercado internacional, en la falta de interés por capitalizar las economías locales, como también en la ineptitud para garantizar un desarrollo estable de las mismas. Una de las consecuencias de ello fue el aislamiento comercial a que llegó esta región, ante la escasa o nula capacidad para asegurarse los contactos comerciales necesarios para colocar sus productos allende sus fronteras.

En un informe sobre la situación económica del Reyno elaborado por el Consulado de Comercio hacia 1798 se analizaban desde una perspectiva histórica las distintas etapas por las que había transcurrido la economía durante todo el período colonial.

Interrogándose insistentemente sobre las causas económicas de la decadencia general en que se encontraba sumido el Reyno, el Consulado se preguntaba:

¿Pudiera caber en la imaginación que un Reyno que abastecía de cacao a la Europa, a México y al Perú, y de un cacao privilegiado por la naturaleza, exquisito sobre cuantos producen los otros climas hubiese de mendigar este mismo fruto, pagárselo a sus vecinos a un precio exorbitante y carecer muchas veces de él? Esto está sucediendo en Guatemala, donde en ciento ochenta leguas de costa del sur, desde la Conchagua a San Antonio no había, hace cincuenta años más que haciendas de cacao, gruesas pobladas, capaces de abastecer a la mitad de Europa ¹⁵.

La retórica es extensa y plantea todas las bondades de que había disfrutado la economía durante esos gloriosos años gracias al cacao.

Como causas principales de la decadencia el Consulado establecía,

por un lado, la supresión del sistema de flotas y galeones: «Es en esa época que debe fijarse la grande alteración que sobrevino a este comercio y en especial al de sus cacaos...»¹⁶, culpando a las normas legales sobre tráfico comercial marítimo de la primera mitad del siglo XVIII de esa situación. Como otra causal contundente del marasmo económico, se atribuía a la consolidación de la Compañía Guipúzcoana de Caracas, que había abarrotado el mercado internacional con sus cacaos.

A la crisis que implicó la pérdida del mercado novohispano se agregó la de mayores controles en los contactos comerciales con dicha plaza, sobre todo porque se utilizaban los circuitos regionales para introducir allí cacao guayaquileño, como si fuera del Reyno, sin dejar utilidades a nivel local. El cabildo de Guatemala lo expuso así en un memorial elaborado en 1683:

Se ha reconocido el daño irreparable que causa la entrada del cacao guayaquil, que como viene en cantidad descaece el que se coge en esta provincia de calidad que no tiene precio alguno, y no tener otro ingreso para haber reales en el comercio...¹⁷.

Los cacaos venezolanos principiaron a consumirse en Nueva España desde muy temprano en el siglo XVII, frente a la reducida capacidad centroamericana para competir en el abasto de dicho mercado. A partir de 1650 hasta finales del siglo XVIII, Venezuela aportó más del 90% del cacao que se consumió en el virreinato de Nueva España.

El documento consular también manifiesta:

Abandonados los cacaos, se llevó todas las atenciones al añil, fruto noble que soporta los crecidos fletes de tierra... Desde sus principios fue uno de los ramos considerables de la exportación de este Reyno... Se extraía en grandes cantidades para el Perú y para México, de donde pasaba a España por segundas y terceras manos, y todavía dejaba utilidad¹⁸.

Apoyando estas afirmaciones anotaban que hacia los años cuarenta del siglo XVIII se llegaron a exportar más de 4.000 quintales anuales de añil, mayoritariamente hacia la metrópoli hispana.

Por último, los miembros del tribunal manifestaban los inconvenientes del sistema económico imperante. Siempre refiriéndose al añil, señalaban como sus desventajas evidentes las siguientes:

Exhaustos de todo los campos que dan el añil no sirven para ninguna otra cosa. Aún los alimentos de primera necesidad es preciso suministrárselos de otra parte, y este orden que parece debiera servir para

enlazar mutuamente unas provincias con otras por medio de los cambios recíprocos, causa por el contrario la miseria de todos. Las distancias, lo fragoso de los caminos impiden la comunicación. Cada pueblo está aislado, por decirlo así, dentro de sí mismo y no tiene ninguna relación con los que le rodean. En donde se cosecha el jiquilite se carece de pan; en donde hay abundancia de granos faltan otros muchos artículos que se adquirirían por medio de ellos si se allanasen los indicados obstáculos ¹⁹.

El monocultivo trajo como consecuencia a nivel del uso de la tierra, su intensa y pronta fatiga, así como una lógica desatención de otros cultivos. La ausencia de diversificación productiva originó obstrucción y/o ausencia de un comercio interno equilibrado. El tráfico exterior se reducía a recibir mercaderías españolas y europeas en contrapartida del cacao o añil exportado. Es decir, el Reyno de Guatemala se encontraba escasamente vinculado a otros mercados coloniales y a los metropolitanos como consecuencia de una legislación económico-comercial de carácter monopólico y exclusivista.

El tráfico comercial marítimo estuvo siempre regulado de acuerdo con los intereses metropolitanos. De una etapa casuística se llegó a planteamientos generales que estuvieron vigentes durante el período colonial y que respondían a las prioridades establecidas por el capital comercial peninsular, evidenciadas en un férreo y exclusivo sistema de monopolio comercial. En 1564, por ejemplo, se estableció el famoso sistema de flotas y galeones que debía asegurar la comunicación comercial entre España y sus colonias. Cada año se dirigía —en teoría— considerable número de barcos hacia la Nueva España y Tierra Firme, debiendo retornar al año siguiente cargados con los frutos y riquezas coloniales. En ese mismo año también se ordenó que, al menos, dos buques de la flota de Nueva España tocaran las costas de Honduras para aprovisionar y extraer frutos del Reyno de Guatemala. La irregularidad fue la regla bajo la que funcionó dicho sistema por lo que la región centroamericana vivió un casi total abandono comercial durante todo el período colonial.

Este sistema, no obstante, se mantuvo vigente durante todo el siglo XVII hasta mediados del XVIII, cuando se intentó agilizarlo sin mayores resultados. Se señalan como causa y explicación principal de tal *modus operandi* el interés y presiones ejercidos por los comerciantes sevillanos y gaditanos por controlar oferta y demanda de mercancías españolas y europeas en el mercado colonial americano, de acuerdo con sus propios intereses.

Como una alternativa se autorizó en 1735 el sistema de navíos sueltos que también funcionaron desde el siglo XVI, para paliar las deficiencias provocadas por la constante irregularidad observada por las

flotas y galeones. En 1754 se oficializaron los navíos sueltos, suprimiéndose de manera definitiva el anterior sistema.

Las posteriores modificaciones al sistema marítimo comercial, producto de las reformas borbónicas, no alteraron una realidad local marcada por la marginalidad y la pobreza, resultado de una débil y escasamente desarrollada economía; como tampoco su carácter monopólico y exclusivista colonial.

Durante todo el siglo XVII y la primera mitad del XVIII se registró un escaso número de llegadas y salidas de barcos de y para la metrópoli. Para el período 1680-1750 apenas se han inventariado —hasta el momento— 42 barcos que se desplazaron en ambas direcciones (Honduras-España-Honduras). Tal tendencia se modificó luego de la promulgación del reglamento del Comercio Libre, en 1778, aunque en realidad ya desde 1750.

Este abandono llevó a los comerciantes locales a plantearse soluciones alternativas. Veracruz se convirtió prácticamente en la única puerta de salida para añiles y cacao locales, lo que significó un importante impulso a la arriería. De enero a marzo, sobre todo desde finales del siglo XVII hasta los años cuarenta del XVIII aproximadamente, salían anualmente más de una decena de recuas de mulas que transportaban los escasos frutos de la tierra y algunas cantidades de metales preciosos rumbo a dicho puerto, haciendo escalas en las ciudades de Oaxaca y Puebla.

Esporádicamente atracaba algún barco en Puerto Caballos o en Santo Tomás de Castilla. Trujillo fue varias veces atacado por piratas durante el siglo XVII, por lo que fue abandonado.

Sobre el Pacífico se desarrolló mucha mayor actividad comercial desde los puertos de Sonsonate, El Realejo y Caldera. Del primero se enviaba añil rumbo a los obrajes quiteños y limeños, recibiendo a cambio vino y aceite. Por El Realejo se extraía, sobre todo durante el siglo XVII, brea y alquitrán, consumidos en los astilleros peruanos, así como en la importante industria vinícola. Caldera —en Costa Rica— fue importante para el abasto de esta provincia y la de Panamá.

La existencia de estos puertos, con su raquítrico funcionamiento, no siempre significó un tráfico fluido y sin trabas. Baste recordar que durante los siglos XVI y XVII, así como buena parte del XVIII, estuvieron vigentes severas normas restrictivas para los intercambios comerciales intercoloniales. Por lo que respecta al comercio con la metrópoli, sólo podía realizarse a través de puertos debidamente autorizados. El punto central de las disputas durante todo el siglo XVII y buena parte del XVIII entre comerciantes guatemaltecos, peruanos y peninsulares, fue por el abasto de vinos y aguardientes a Guatemala. Perú los producía en calidad y cantidad, siendo muy apreciados en Guatemala. Sin embargo, el comercio sevillano —y el gaditano después— no estaban de

acuerdo con que este mercado les fuese arrebatado. Durante todo el siglo XVII y hasta 1774, se promulgó una gran cantidad de reales cédulas y disposiciones que autorizaron, prohibieron, revocaron, regularon, etc., con especial dedicación el tráfico vinícola entre Perú y el Reyno de Guatemala.

En 1718, por ejemplo, se estableció que se podría recibir en Guatemala un máximo de 30.000 botijas anuales de vinos y aguardientes peruanos. También se autorizó a los comerciantes limeños a embarcar hasta 200.000 ducados de plata cada año para comprar frutos de la tierra en Guatemala. Ya hemos mencionado los escasos productos que los peruanos podían adquirir: añil, brea, alquitrán, maderas, y otros pocos más. Éstos por su parte, además de vino y aguardiente traían pellones, hilos, metales y otros artículos. Estaba prohibido, por el contrario, transportar —en ambas direcciones— géneros de Castilla y de China. Igualmente estaba prohibido traer cacao de Guayaquil a Guatemala.

El intercambio comercial marítimo con la Nueva España también estuvo prohibido, sobre todo porque se temía que los barcos guatemaltecos llegaran a Acapulco para aprovisionarse de productos asiáticos (traídos en el galeón de Manila) para luego venderlos en otras regiones de América. Estaba permitido introducir efectos asiáticos en el Reyno, pero por tierra. Y con la advertencia de que no podían ser llevados a otras plazas coloniales.

El número de barcos que se desplazaron desde Sonsonate, El Realejo y Caldera (en Costa Rica) hacia Panamá, Callao y Acapulco fue mucho mayor que el del tráfico peninsular. Rubio Sánchez contabilizó ciento-cincuenta y ocho barcos en todas estas direcciones para el período 1700-1750²⁰. Comparando estos datos con los del movimiento atlántico se constata una notable diferencia. Esta desigualdad se explica porque los tonelajes de los barcos españoles eran mucho mayores que los de las embarcaciones del lado pacífico. En consecuencia, siempre fueron mucho más importantes los contactos —y los volúmenes de mercaderías intercambiados— con la metrópoli. Sin olvidar la serie de limitaciones que siempre frenaron el tráfico comercial intercolonial, ni el intenso tráfico comercial terrestre que se mantuvo entre Guatemala y Veracruz como alternativa al olvido en que las flotas de Nueva España tenían relegados a los puertos de la costa hondureña.

En cuanto a los contactos comerciales con la región del Caribe, destacan los sostenidos con la isla de Cuba, sobre todo durante los siglos XVI y XVII. Obedecían a que la flota de la Nueva España y los galeones de Tierra Firme se juntaban allí para emprender la vuelta a España. Esta circunstancia era aprovechada por los comerciantes guatemaltecos para establecer algún contacto comercial en dicha plaza. Llevaban sus cacaos y añiles y se abastecían de mercaderías españolas.

El comercio sevillano no aprobaba el papel de abastecedor-intermediario desempeñado por la isla, ya que consideraba menguados sus intereses monopólicos. En 1676 obtuvieron del monarca una real cédula que prohibía dichos contactos, insistiéndose en que el Reyno de Guatemala sería abastecido exclusivamente desde Veracruz, punto final de la flota. La importancia de este tráfico comercial —como el peruano— se explica por las reiteradas solicitudes dirigidas al rey por parte del cabildo y el comercio de Santiago de Guatemala para que se derogaran las prohibiciones que lo limitaban. No fue sino hasta con las reformas borbónicas que se terminó con esta situación.

Estos contactos comerciales no interesaban exclusivamente a los comerciantes de Ciudad de Guatemala. Los mineros hondureños y los principales comerciantes de Nicaragua preferían establecer y mantener sus propias relaciones con la isla para poder eludir el férreo control monopólico de Guatemala sobre ellos y sus actividades económicas. Durante el siglo XVIII, sobre todo, Honduras, Nicaragua y Costa Rica fueron estableciendo paulatinamente sólidos vínculos con La Habana, Cartagena, Santa Marta, Curazao y otros puertos del área Caribe. Ello les permitió eludir a los intermediarios guatemaltecos, colocar sus pocos productos con mayor facilidad y abastecerse a menor costo de lo que implicaba hacerlo desde Santiago de Guatemala.

Hacia mediados del siglo XVIII —1742— el cabildo de la ciudad de Santiago apadrinó y promovió una iniciativa para fundar una compañía de comercio que fomentaría la economía regional que según ellos se encontraba bastante decaída. El autor del proyecto de compañía —Fernando de Echevers— hizo una evaluación del estado del comercio del Reyno en los siguientes términos:

El tráfico de esta capital con las provincias de su distrito, y de unos lugares con otros es el único fundamento en que estriban los caudales presentes, cuyo monto puede sacarse por los géneros traídos de fuera del reino, y por los que de él se sacan. Los géneros de fuera, que regularmente se consumen, sin incluir los fabricados en esta ciudad, se regulan de Europa en suma de 400 mil pesos, y 200 mil de china, que hacen 600 mil. El producto interior que cada año rinde en oro y plata serán de 300 mil pesos y de las cosechas de tinta y cacao 250 mil, a que agregados otros géneros de menos consideración, vendrán a importar los mismos 600 mil que el reino necesita de fuera para su gasto ²¹.

LA SOCIEDAD

Una de las principales preocupaciones de la Corona fue el establecimiento y desarrollo de bases y estructuras sólidas que, en la colonia, garantizaran la extracción permanente de excedentes hacia la metrópoli. El primer paso consistió en la desestructuración sistemática de las sociedades indígenas prehispánicas para proceder —de manera inmediata— a sentar las bases económicas y sociales del «nuevo orden». La guerra de conquista y el saqueo sólo fueron el preludio para la puesta en marcha de una serie de dispositivos e instituciones ideológicamente justificados con el propósito de alcanzar un control óptimo e inmediato de los recursos naturales y de la población local: la esclavitud, la encomienda y el repartimiento fueron piezas fundamentales para asegurarse —en ese primer momento— el control de la fuerza de trabajo y de las riquezas de que disponían o que podían generar.

El arraigo inmediato de esas instituciones evidenció el interés entre conquistadores y primeros colonos por la explotación de la tierra y sus recursos humanos. En consecuencia —objetivo fundamental perseguido— se fue produciendo una «identificación» de los recién llegados con la tierra en proporción directa al acceso que tuvieron a ella, a su capacidad productiva y a la fuerza de trabajo disponible.

La violencia, en sus formas primarias, fue intensamente utilizada durante los años iniciales, sobre todo ante la resistencia de la población indígena y por la voracidad y sed de riqueza de las huestes conquistadoras. Esta trajo consecuencias negativas a nivel demográfico, ecológico, cultural, etc., por lo que tuvo que ser amainada y controlada. El pragmatismo y los intereses de la Corona, al igual que razones de piedad humana, plantearon la necesidad de racionalizar la intensidad de la explotación para no socavar de manera inmediata la base humana del orden colonial que se quería implantar.

La fórmula adecuada para establecer —en teoría— límites al exceso de abusos se encontró y condensó en la implantación de los pueblos de indios que, en realidad, significaron racionalización, optimización y distribución de todo cuanto la comunidad aglutinada forzosamente podía producir: tributos reales, trabajo forzado en las unidades productivas de españoles y en obras públicas, contribuciones a curas e Iglesia, derramas y demás obvenciones impuestas por alcaldes mayores y otros funcionarios menores, etcétera.

El pueblo de indios fue, en tal sentido, la pieza clave de la nueva organización social y económica, recayendo sobre él su reproducción material. Prácticamente todo cuanto se producía y extraía a nivel colonial procedía de ese ámbito y/o a partir de la fuerza de trabajo indígena, trasladándose a circuitos económico-comerciales externos sin que

ello significara el menor beneficio y/o retroalimentación económica para quienes lo generaban.

Para administrar la totalidad de estos territorios se introdujo e implementó una serie de instituciones burocráticas cuya función específica era la reglamentación de la vida política, económica y social local. El cabildo, la audiencia y demás instancias de administración intermedia tenían asignadas atribuciones específicas. A partir de estas instituciones se fueron perfilando, generando y delimitando intereses económicos, políticos, sociales e ideológicos, al igual que los respectivos mecanismos para reproducirlos y salvaguardarlos.

La audiencia, alcaldías mayores y corregimientos

A finales del siglo XVII existía y funcionaba una organización administrativa territorial relativamente eficaz. La Audiencia pretorial localizada en la ciudad de Santiago ejercía el gobierno general sobre todo el territorio. Aunque sus atribuciones específicas eran de carácter judicial, desarrolló —a nivel de los oidores que la integraban— una amplia presencia en las distintas áreas de la administración general del Reyno.

A nivel de la administración regional —bajo la responsabilidad de alcaldes mayores y corregidores— se experimentaron algunos cambios, señales de tendencias centralizadoras por parte de la monarquía, al suprimirse varios corregimientos y su transformación en alcaldías mayores. En la década de 1670 se ordenó agrupar seis corregimientos en tres alcaldías mayores como consecuencia del interés real por ejercer un control más directo sobre el territorio y su población. Esta tendencia continuó durante la primera mitad del siglo XVIII, teniendo como puntos culminantes la supresión del corregimiento del Valle de Guatemala —en 1753— y la posterior aplicación de las Ordenanzas de Intendentes, en la década de los ochenta de ese siglo.

Santiago de los Caballeros de Guatemala: centro y corazón del Reyno

Desde sus inicios la ciudad de Guatemala acumuló las instituciones más importantes y significativas del régimen colonial: políticas, militares, eclesiásticas, culturales, etc., lo que le permitió canalizar estímulos y prerrogativas. Esas ventajas y granjeras fueron asimismo captadas por un reducido y determinado sector social que desarrolló y monopolizó actividades económicas y políticas en detrimento del resto de provincias que integraban el antiguo Reyno de Guatemala.

Inmediatamente después de su fundación en 1524, Santiago de Gua-



4.4. AUDIENCIA DE GUATEMALA: DIVISIONES INTERNAS.

temala principió a desempeñar un papel protagónico en la organización del espacio colonial. El cabildo secular de la ciudad, integrado inicialmente por conquistadores, asumió en nombre de la ciudad plenas funciones en lo tocante a la administración político-territorial del vasto territorio que posteriormente sería llamado el Valle de Guatemala: registro de vecinos, supervisión de reparto de solares en la ciudad así como de caballerías y peonías de tierra en sus alrededores. En 1528, incluso, promulgó las primeras ordenanzas para el reparto de tierras y solares, quedando dicha actividad bajo su responsabilidad. Igualmente, legisló desde un principio sobre el funcionamiento de «artes y oficios», estableciendo precios a los servicios y productos que allí habrían

de prestarse. El cabildo también se preocupó por regular y garantizar la existencia y abasto de productos y alimentos para la ciudad. En lo religioso manifestó interés e inquietudes por la atención espiritual de sus vecinos, intercediendo para que vinieran curas y frailes, así como proporcionando recursos para la construcción de edificios destinados al culto. Durante los primeros años que siguieron a la erección de Santiago de Guatemala como sede obispal el cabildo llegó a participar en el gobierno de la Iglesia local, ante la escasez de clero idóneo.

La organización territorial estuvo en manos del cabildo de Santiago y, eventualmente, en las del propio conquistador Pedro de Alvarado. En realidad, este último no permaneció mucho tiempo en Guatemala, dadas sus inquietudes y ambición personal. Desde las primeras actas del cabildo se puede comprobar que Alvarado casi nunca estuvo en la ciudad. Se encuentran críticas y protestas de los vecinos contra él por estar constantemente «sangrando» la ciudad y la provincia, llevándose hombres, armas, caballos y sus escasos dineros. También se le acusó de apropiarse de las mejores tierras y gran número de indios, al extremo de decir que:

...repartiendo los indios demasiados que el gobernador tiene en esta gobernación se poblará la tierra de muchos más vecinos ²².

El cabildo se preocupó por impulsar el desarrollo económico de la región. Contribuyó a tal actitud el hecho de que la ciudad tuvo que ser trasladada en varias oportunidades (tres veces en menos de veinte años), lo que implicó asumir esa responsabilidad de manera absoluta. En cada traslado quedó bajo su jurisdicción tanto el reparto de tierras y solares como el de los indios para los trabajos del campo y otras ocupaciones.

La hegemonía asumida por el cabildo de Santiago se evidenció en el complejo tejido urbano y rural que se desarrolló a su alrededor. Los repartos de solares, tierras e indios, al igual que los tráficos comerciales locales y regionales, fueron el primer escalón bajo su supervisión. La configuración de los distintos espacios o regiones geográfico-productivas estuvo en estrecha relación con la consolidación de un poderoso núcleo instalado en la ciudad de Santiago, inicialmente a través de mecanismos como la encomienda de indios y los repartos de tierras. A tal punto que la ciudad —mediante su cabildo— llegó a ser corregidora del Valle de Guatemala, donde se localizaban más de ochenta pueblos y vivía más del 40% de la población indígena de todo el Reyno.

En 1542 la ciudad de Santiago protestó enérgicamente contra las disposiciones de las Leyes Nuevas puesto que socavaban su posición hegemónica, sobre todo en lo tocante a la supresión de las encomiendas. Varias cartas y memoriales fueron enviados al monarca en nombre

de «los más fieles vasallos vecinos de Guatemala» en los que se criticaba dura y agriamente tales decisiones.

Dentro de las innovaciones contenidas en las Leyes Nuevas estaba el establecimiento de la Audiencia de Los Confines, la cual se constituyó en contrapeso de los afanes e intereses desmedidos manifestados desde un principio por la ciudad de Santiago de Guatemala tanto frente a las autoridades metropolitanas como con el resto de las provincias del Reyno.

En los inicios del siglo XVII se detecta ya la existencia de una compleja organización socioeconómica en el interior de la ciudad, evidenciada en la existencia de casi 7.000 habitantes con una amplia gama de ocupaciones y actividades que iban desde encomenderos, agricultores, comerciantes, hasta la multitud de artesanos y oficios menores.

Se conocen célebres descripciones del Reyno y de la ciudad de Santiago, elaboradas —las primeras— en las postrimerías del siglo XVI, a lo largo del XVII y otras más durante el XVIII, por cronistas y viajeros como Juan de Pineda, Thomas Gage, Vásquez de Espinoza y Fuentes y Guzmán y otros. Son ellas —resultado lógico de la posición ocupada por sus autores— verdaderas apologías y exaltación de la capital del Reyno, sus funciones y su aspecto físico.

Vásquez de Espinoza, por ejemplo —que visitó el Reyno hacia 1630— presenta una panorámica general de la ciudad, en la que es posible visualizar la importancia que se le atribuía en relación con el resto del territorio bajo su dominio:

Su temple es maravilloso de primavera todo el año, es muy abundante y regalada y barata de todo lo necesario para la vida humana, tiene más de 1.000 vecinos españoles, sin muchos esclavos negros, y mulatos, y muchos indios de servicio; sin los entrantes y salientes, que son muchos, por ser la ciudad de grande contratación con toda la Nueva España, y México, y de la tierra, de España, del Perú, y Nicaragua, que van a ella con plata y mercaderías a sacar el cacao, añil, grana y otros frutos que produce la tierra en suma cantidad ²³.

Continúa el relato, exaltando las características físicas de la ciudad, sus edificios, conventos, al igual que los servicios y comodidades que le proporcionaban los pueblos de indios que la rodeaban.

Esta descripción no difiere mucho de la que a finales de ese mismo siglo, hizo Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. Este célebre autor, que ostentó el título de cronista oficial de la ciudad, se esmeró en pintar con vivos colores y cargada prosa manierista las calidades materiales de Santiago de Guatemala. Su descripción es importante, ya que puede traducir la visión que tenía de ella el reducido sector de la capital del Reyno.

Frases como: «esta ciudad de Goathemala, cabeza y corte de todo su dilatado, maravilloso Rcino, en este apacible, fértil y alegre valle de Panchoy, que hace centro y punto a todo lo orbicular y extendido de las provincias que le constituyen en Reino...»²⁴ significan de manera directa el sentimiento ufano de que era desde allí que se dictaba el ritmo de la vida económica de tan vasto territorio.

El cronista describe con enorme entusiasmo el estado material de la ciudad con sus construcciones y monumentos, evidenciándose un elevado y exagerado concepto de la categoría oficialmente atribuida a la ciudad, plasmada tanto a nivel material como plástico y estético. La catedral, los edificios de gobierno, las iglesias, los conventos, hospitales, plazas, fuentes, cárceles, carnicerías, mercado y plaza, colegios, universidad, calles, etc., se encuentran prolijamente enumerados y adornados en prosa que pretende llevar la imaginación al vuelo. Se detiene también para explicar y describir cada uno de los nueve valles que conformaban el corregimiento de Guatemala, enumerando pueblos, población, producción e intercambios.

Tales apologías sobre la capital del Reyno constituyen un valioso testimonio para considerar y comprender —sobre todo ante la ausencia de otros datos— la condición hegemónica que tenía la ciudad y por lo tanto la situación de relegación y dependencia en que se encontraban el resto de provincias y sus respectivas cabeceras.

Una de las consecuencias del carácter hegemónico alcanzado por Santiago de Guatemala fue la rápida ocupación de la tierra en prácticamente todos sus alrededores. El considerable número de pueblos de indios establecidos en sus contornos con el objetivo fundamental de abastecerla de todo lo necesario para su vida diaria constituyó un poderoso incentivo para que muchos españoles y criollos también se interesaran por ocupar estas tierras. Desde mediados del siglo XVI el Valle Central de Guatemala fue una de las regiones del Reyno que registró un creciente número de composiciones de tierra. A finales del siglo XVII, por ejemplo, se contabilizaban más de cien labores de trigo en los valles aledaños, que producían un promedio anual de más de 66.000 fanegas de trigo.

A diferencia de la Nueva España o el Perú donde la magnitud de las actividades de exportación-importación fue siempre enorme y era canalizada regularmente por los puertos de Acapulco y Veracruz en México, y Callao en Perú, en el Reyno de Guatemala tales traficos fueron más bien exigüos e irregulares, no existiendo emplazamientos costeros que pudieran competir o llamarse tales. Más que puertos, esos parajes (Omoa, Trujillo, Golfo, Sonsonate, Realejo, Matina, Calderas, etc.) eran sitios de desembarque y tránsito de mercancías hacia el interior del Reyno. Eran lugares mortíferos, insalubres, y sin ninguna población estable que justificara el establecimiento de oficinas encar-



4.5. CONSTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE GUATEMALA.

gadas de realizar las operaciones aduanales, menos aún las comerciales. Como consecuencia de ello, privilegio conservado por la ciudad de Santiago hasta la promulgación del libre comercio en 1778, la aduana principal de todo el Reyno siempre funcionó en la capital.

Esta situación, sostenida y defendida por los comerciantes-cabildantes de la ciudad de Santiago, trajo como resultado el situar en notable desventaja y dependencia al resto de ciudades, villas y provincias, puesto que únicamente la capital estaba autorizada a recibir y expedir registros de navegación hacia el exterior. De facto asumía el papel exclusivo de eje receptor y distribuidor de todas las mercancías provenientes del exterior como del interior. A semejante privilegio, la ciudad —a través de su cabildo— agregó el de ser durante largos períodos de tiem-

po recolectora exclusiva de los derechos de alcabalas y otras imposiciones fiscales en todo el Reyno. Mediante arrendamientos, concesiones y otros mecanismos, los cabildantes-comerciantes se las arreglaron para recolectar en los puntos más apartados las diversas contribuciones fiscales. Ello, a su vez, daba lugar a crear y desarrollar lazos de relación e interdependencia con las pequeñas elites locales, los que —casi siempre— se convirtieron en mecanismos de férreo control económico-comercial.

La recolección de los tributos de los indígenas, a cargo de los oficiales de la Real Hacienda, indirectamente constituyó otra fuente de enriquecimiento y manipulación por parte del cabildo de la ciudad. Estas contribuciones, que casi siempre fueron pagadas en productos de la tierra (maíz, trigo, animales y otros frutos), eran subastadas en pública almoneda puesto que al fisco le interesaba, sobre todo, el equivalente en metálico. Los regidores-comerciantes desarrollaron estrategias que impedían a cualquier hijo de vecino participar en las subastas de tributos y lógicamente ello les permitía acaparar todos esos productos a precios favorables. Posteriormente volvían a colocarlos en el mercado a los precios que ellos consideraban convenientes.

La recolección de las alcabalas por parte del cabildo de la ciudad implicaba la necesaria concentración y acumulación de una gran variedad de productos en ella. Esta acumulación, base del comercio interior, colocaba a Santiago de Guatemala en situación privilegiada en relación con el resto de ciudades y provincias.

Cada año convergía en la ciudad de Santiago de Guatemala gran número de comerciantes provincianos con el propósito de abastecerse de mercaderías, géneros y moneda de plata para hacer funcionar sus propias actividades económicas. Los protocolos de escribanos coloniales registran multitud de contratos suscritos entre los todopoderosos comerciantes de Guatemala y los venidos desde regiones tan lejanas como Nicaragua, Honduras, El Salvador o Chiapas.

Cifras parciales recogidas en esos protocolos de escribanos indican, por ejemplo, que sólo durante el período 1700-1716 se suscribieron escrituras y contratos de crédito por más de tres millones de pesos, correspondiendo a un promedio de casi 190.000 pesos por año. Más del 60% de esos préstamos (cuyos montos eran otorgados preferentemente en mercaderías, aunque también los había en moneda) tenían como destino la región salvadoreña, sobre todo las actividades añileras. Las provincias de Nicaragua y Honduras también absorbían un considerable porcentaje de esos préstamos. La mayoría de los otorgantes de préstamos eran miembros del cabildo de Santiago o estaban emparentados con ellos. Los receptores en muchos casos también eran miembros de los cabildos locales, desarrollando actividades económicas paralelamente (ganaderos, añileros, comerciantes locales, etc.).

Igualmente, los comerciantes-cabildantes entraban en tratos y contratos con alcaldes mayores y corregidores. Los repartimientos de mercaderías y de algodón —entre las mujeres indígenas— a que eran adictos dichos funcionarios fueron otra puerta más para el abuso, monopolio y su enriquecimiento.

El abasto de carne de la ciudad, y también de muchos pueblos y provincias estaba entre sus manos. Varios entre ellos eran propietarios de tierras en la región de la costa sur, en donde introducían centenares de cabezas que se hacían despachar —en condiciones leoninas para los ganaderos— desde las lejanas provincias de Nicaragua y Honduras. Como dueños del ganado contrataban con el cabildo de la ciudad —del que eran integrantes— el suministro diario de carne a los precios que mejor les convenía en su calidad de abastecedores.

Este macrocefalismo de orden colonial, no sólo económico sino también institucional y poblacional, sólo produjo agobio y agonía en el ámbito periférico colonial.

Podría afirmarse que la importancia poblacional, religiosa, económica, político-administrativa alcanzada por la ciudad de Santiago de Guatemala a finales del siglo XVII se mantuvo incólume hasta 1773, cuando fue destruida por unos terremotos que forzaron su traslado a un nuevo paraje en el Valle de las Vacas o de la Virgen. Incluso, los terremotos de 1717 fueron soportados y sus consecuencias superadas de manera casi inmediata. Prueba de ello, por ejemplo, fue la rápida reconstrucción de templos, conventos y edificios públicos, así como —a otro nivel— el establecimiento de Casa de Moneda en 1733.

El protagonismo alcanzado por Santiago de Guatemala fue posible, básicamente, como resultado de la habilidad y capacidad de manipulación demostradas y desarrolladas por un reducido grupo de comerciantes-cabildantes que —combinando a su favor las funciones de gobierno de la ciudad con actividades económico-comerciales— llegó a constituirse en un grupo con suficiente poder económico y político para desarrollar e imponer sus particulares intereses, no sólo a todas las provincias del Reyno, sino incluso a las mismas autoridades coloniales locales y peninsulares.

El cabildo

El cabildo de la ciudad de Santiago, y en forma proporcional los de las principales ciudades y villas de españoles, desempeñaron durante todo el régimen colonial el importante papel de aglutinadores de los sectores elitistas de la sociedad colonial, los cuales se constituyeron en intermediarios casi únicos entre la Corona y dicha sociedad. A nivel económico el cabildo de Santiago desarrolló una serie de funciones que

implicaron el acceso directo al control de recursos y mecanismos vitales para la reproducción de la sociedad colonial en su conjunto. La recaudación de impuestos, por ejemplo, le garantizó cuantiosos beneficios por los porcentajes retenidos como ganancia. Durante gran parte del siglo XVII, y en el XVIII hasta 1762, este cabildo tuvo a su cargo el cobro del impuesto de alcabala —uno de los más importantes—, lo que significó para el comercio de la ciudad (que nutría los puestos concejiles) quintuplicar en provecho propio lo que se entregaba en cajas reales como cuota fija anual por la administración de dicho ramo.

Expresando a nivel local la vigencia de principios mercantilistas, este reducido sector se preocupó primordialmente por controlar los intercambios económico-comerciales con la Península y otras colonias americanas, lo que se tradujo —como se indicaba arriba— en acciones específicas, tales como la recolección de impuestos y el manejo de ciertas rentas reales. El control de la circulación de mercancías españolas y europeas a lo largo y ancho del Reyno implicó su manipulación. Una de las consecuencias de este monopolio fue la de disponer y manejar el crédito y el financiamiento de la producción de materias primas para la exportación.

Un rápido examen de los protocolos de los escribanos que cartularon en la ciudad de Santiago de Guatemala durante todo este periodo resalta algunos elementos que es necesario enumerar para comprender mejor el papel desempeñado por dicho sector, al igual que sus implicaciones. Estos documentos muestran la existencia de un reducido núcleo de personas —muchos de ellos vinculados entre sí por nexos familiares— que controlaban un alto porcentaje del dinero y mercancías que circulaban en la colonia. Casi todos ejercían funciones concejiles en el cabildo de la ciudad. Por otro lado, puede apreciarse el flujo de capital y mercancías hacia las distintas provincias así como los usos que se les daba. También se percibe el funcionamiento de pequeñas elites regionales, evidenciado en su vinculación a la tierra y/o actividades productivo-extractivas, su capacidad de endeudamiento y en el desempeño de funciones administrativas a nivel local.

El poder económico adquirido por la elite guatemalteca la situó en la cúspide de la organización social colonial local, traducándose en una serie de prerrogativas, como por ejemplo la de ser intermediaria prácticamente exclusiva entre la Corona y el Reyno, sus habitantes y sus recursos. Controlaron gran parte de la trama existente alrededor de las actividades comerciales internas y externas, los excedentes generados por la población indígena y —en ciertas regiones— la misma fuerza de trabajo.

Baste citar como ejemplo de la capacidad de negociación alcanzada por este sector, principalmente a través del cabildo, las incesantes instancias presentadas ante la Audiencia y ante el rey para obtener mo-

dificaciones, excepciones, beneficios, supresiones, etc, en materias de gestión económica local. Así actuaron en la administración de las alcabalas, pidiendo la reducción en el pago de ésta y otras contribuciones fiscales, solicitando autorización para intercambios comerciales con otras colonias (Perú, México, Habana), el establecimiento de una Casa de Moneda, etc. En algunos casos, incluso, llegaron a cuestionar la capacidad legal de algunos miembros de la Audiencia para conocer, juzgar y dictaminar sobre asuntos de interés económico gremial local, logrando en varias oportunidades la revocación de sentencias y fallos previamente emitidos por dicho tribunal.

A nivel social, se manifestó en la conformación de grupos elitistas que se reproducían social y familiarmente entre ellos, aunque manteniendo una actitud de permeabilidad para con los recién llegados, sobre todo los que venían a desempeñar funciones burocráticas o económico-comerciales. Por el contrario, fueron categóricos en la marginación del indígena y de la emergente población mestiza. Puede rastrearse la permanencia de varias de estas familias en el interior del cabildo, la Iglesia y otras instancias de poder local desde tempranas décadas del siglo XVII hasta fechas posteriores a la Independencia política de 1821.

El limitado desarrollo de la economía regional nunca posibilitó la existencia de complejas divisiones a nivel de la estratificación social. Los comerciantes de Santiago de Guatemala eran, sin lugar a dudas, el sector dominante de todo el Reyno. En cada cabecera de provincia se repetía el mismo esquema, sólo que en dimensiones más reducidas y con las evidentes características de lugar. Es importante destacar que casi sólo en la capital del Reyno podían percibirse algunas diferencias notables entre quienes se ocupaban de actividades comerciales y los que se dedicaban a la explotación de la tierra. Algunos comerciantes eran propietarios de tierras, pero no todos los propietarios de tierras ejercían el comercio. Además, el tipo de unidades productivas existentes en el Valle Central, dedicadas exclusivamente a la producción de granos básicos (maíz y preferentemente trigo) distó mucho de tener alguna similitud con las haciendas mexicanas de la misma época, por ejemplo.

En las provincias, por el contrario, era lo común que aquellos españoles o criollos que se dedicaban a la explotación de la tierra también se ocuparan en el comercio y, evidentemente, de la gestión de la sociedad local a través de los respectivos ayuntamientos.

La población indígena y la mestiza

La población indígena constituyó la base primordial de la sociedad colonial, por lo que todos se encontraban en la misma situación ante

españoles y criollos. No obstante, existieron diferencias económicas y sociales en el interior de los pueblos de indios, estimuladas por el sistema colonial.

En ciertas regiones se permitió la subsistencia de reducidos grupos familiares que se proclamaban como herederos de antiguos gobernantes prehispánicos, y que reclamaban privilegios y excepciones fiscales y tributarias. A veces se les asignaron funciones administrativas locales como las de gobernadores de pueblos de indios. También se permitió que algunos indios del común desempeñaran funciones administrativas locales, colocándoles en posición de ventaja frente a la comunidad. Tal *status* se tradujo en una mayor capacidad para acceder a la propiedad privada de la tierra, así como a responsabilidades y privilegios en el interior de las cofradías, por ejemplo.

Por lo que respecta a la población mestiza, ésta también fue objeto de marginación social, sobre todo porque no se la consideraba como miembro activo y efectivo de la sociedad. No obstante, los mestizos llegaron a desempeñar actividades económicas menores (artesanado, trabajos en labores y haciendas ganaderas) y a ser propietarios de tierra. En algunos casos —reducidos— pudieron congregarse y organizarse en pueblos.

En general, los mestizos eran mal vistos y poco estimados por las elites dirigentes. Éstos, por su lado, también trataron de beneficiarse de la fuerza de trabajo y de los excedentes producidos por la población indígena que —sobre todo como pueblo de indios— les veía con recelo, dado el constante interés que muchos manifestaban por introducirse en sus pueblos. No obstante, sobre todo en las postrimerías del régimen colonial español, los procesos de pauperización experimentados tanto por indios como por mestizos los niveló socialmente dentro del orden imperante.

La estrechez derivada del sistema socioeconómico colonial hacía, por lo tanto, extremadamente difícil la movilidad social. Aparte de las barreras raciales, las de carácter económico surtieron efecto eficaz. Existieron limitados espacios por donde podía producirse un ascenso, sobre todo económico, tanto para indígenas como para la población mestiza. El desempeño de algunas actividades artesanales podía garantizar un corto respiro económico. Lo mismo puede decirse de aquellos que lograban acceder a la propiedad de la tierra.

Existen abundantes evidencias acerca de la utilización de esclavos negros, sobre todo como mano de obra especializada en ciertas actividades económicas, como los ingenios de azúcar y algunos trabajos artesanales. Las elites urbanas fueron constantes consumidoras de esclavos, que empleaban en tareas domésticas, como artículo suntuario o como objeto de inversión y comercio.

La Iglesia

Desde los inicios del régimen colonial desempeñó un activo papel ideológico, económico y político-administrativo. Debe destacarse que desde su implantación logró condensar y conciliar los intereses aparentemente contradictorios de la Corona —materiales— y los relacionados con la prédica del evangelio —morales— sustentados por ella. La conversión de los indígenas a la fe cristiana fue, desde un principio, la función y motivo principal de la presencia de la Iglesia; las armas de la fe principiaron a emplearse a la par que se establecían las bases para la administración de estos territorios.

Correspondió al obispo Marroquín —nombrado en 1534— hacer venir a frailes mercedarios, franciscanos y dominicos para que realizaran dicha tarea. En un primer momento se pretendió que los indios abandonaran sus propios idiomas y que aprendieran el castellano para ser instruidos en las verdades de la nueva fe. Tan utópico propósito tuvo que ceder a la realidad, lo que exigió que un buen número de frailes se diera a la tarea de aprender las distintas lenguas indígenas.

Aún resulta difícil establecer un balance exacto sobre los resultados efectivos de la evangelización. Sobre todo porque la población indígena, secularmente instruida y multiplicada dentro de una concepción del mundo y la vida totalmente distinta a la impuesta por los españoles, supo tejer ardidés y actitudes externas para complacer el celo evangélico de los frailes sin abandonar las raíces de sus propias creencias.

Los cronistas coloniales del Reyno, prácticamente todos religiosos, se expresan sobre los resultados de la evangelización de distinta manera. Algunos resaltan el aparente fervor y piedad desarrollado por estos neófitos cristianos; otros insisten sobre la páfida influencia del demonio que les retenía entre las garras de un salvaje y adúltero paganismo. Interpretaciones que, en todo caso, partían de la base de considerar a la población indígena como objetos de conversión y no como sujetos con historia e ideología propias. Colocándolos y definiéndolos como «menores» resultaba mucho más fácil justificar su explotación.

A nivel de la masa de población indígena, la Iglesia utilizó de manera exclusiva el púlpito como instrumento de catequización y conversión. La educación, como forma alterna de ideologización, no llegó a ser importante en el Reyno. Se consideraba mucho más efectivo el uso de la palabra y de los retablos, pinturas e imágenes que el de las letras y el conocimiento. Muy tardíamente, en el siglo XVIII, se insistió por parte de los preladés diocesanos para que se establecieran escuelas en las casas parroquiales de los pueblos de indios. En las que funcionaron se impartió el catecismo como materia única. Todos los días, generalmente por la mañana y por la tarde, niños y niñas se alternaban en las

bancas de las iglesias para memorizar los misterios de la nueva fe cristiana.

Únicamente la ciudad de Santiago de Guatemala contó con varios centros de enseñanza primaria y superior. Fue durante el siglo XVII que se desarrollaron los colegios mayores, a cargo de franciscanos, dominicos y jesuitas, que competían entre sí por atraer a sus aulas a una reducida, selecta y joven clientela de la ciudad y —eventualmente— de las capitales de provincias. En 1676 se estableció la universidad. Aunque en ella se incluyó una gama más amplia de conocimientos, éstos estuvieron siempre bajo la cuidadosa vigilancia de canónigos y doctores que velaban por la pureza de la fe, sobre todas las cosas.

Si la intervención lascasiana trajo como resultados la promulgación de las Leyes Nuevas y la supresión formal de la esclavitud y el repartimiento, las distintas órdenes religiosas y los clérigos seculares evidenciaron en general una ardua y constante tenacidad en utilizar y abusar de la fuerza de trabajo indígena sin remordimiento alguno.

Fueron constantes las cartas, informes, quejas y todo tipo de memoriales enviados por curas y frailes a las autoridades eclesiásticas y civiles locales, denunciando las dificultades encontradas entre la población indígena para lograr su adecuada evangelización y conversión a la fe cristiana. Epítetos tales como «borrachos», «holgazanes», «díscolos», «insubordinados», «idólatras», etc., eran comunes para definir a tan difíciles ovejas que se negaban a entrar en el redil del Señor. Esos informes, sin embargo, nada dicen acerca de la multitud de exacciones y contribuciones que les hacían pagar, so pretexto de su buena conservación espiritual.

Las opiniones contrarias a tales tratos y vejámenes, como las manifestadas por el obispo fray Juan Ramírez en la primera década del siglo XVII, fueron escasas y —empleando la figura evangélica— más bien como «voces que predicaban en el desierto». En 1685, por ejemplo, los indígenas del pueblo de Escuintenango, en la provincia de Chiapas, solicitaron a la audiencia una reducción en la cantidad de contribuciones y raciones que debían entregar regularmente a su cura doctrinero, argumentando que la población había disminuido y que tales gabelas constituían una pesada carga para la miserable economía del pueblo.

El doctrinero de ese pueblo era dominico, por lo que el procurador general de la orden asumió la defensa de los intereses de su fraile, en contra de la opinión de los indios, alegando categóricamente que

los indios están obligados al sustento de los curas doctrineros, dándoselos de los bienes de sus comunidades... y si no hubiere fondos suficientes allí, que el rey designe de dónde han de obtenerse ²⁵

Desde mediados del siglo XVI se estableció que cada pueblo tenía que entregar regularmente al cura doctrinero cierta cantidad de productos (gallinas, huevos y maíz) para su sustento, así como un par de indios para los trabajos domésticos. En 1625, Juan Maldonado de Paz promulgó unas ordenanzas, que luego fueron aplicadas en todos los pueblos de indios, en las que se ordenaba —a partir del caso específico de un pueblo de la gobernación de Soconusco— que:

para que el dicho pueblo tenga con qué poder dar la ración a los que los administran y acudir a las obras de la iglesia, gastos de comunidad, cura y sustento de los indios pobres enfermos, ordeno y mando que todos los indios del dicho pueblo hagan dos milpas de comunidad en dos partes diferentes, que lleven de sembradura en ambas una fanega de maíz cuando menos, y las beneficien y recojan, y pongan con mucho cuidado cuenta y razón por bienes de su comunidad...²⁶.

En tal sentido, se estableció como obligación para todos los pueblos hacer una siembra de maíz en forma colectiva y con su producto hacer frente a esos gastos y cargas. Paulatinamente se fue determinando cuáles serían las contribuciones que daría cada pueblo, de acuerdo con sus respectivas capacidades productivas.

El pleito mencionado y su caudal judicial permitieron a muchos pueblos denunciar y cuestionar los excesivos gastos y cargas que pesaban sobre sus débiles economías so pretexto de manutención de sus guías espirituales.

En ese mismo año de 1685 la Contaduría de Cuentas Reales de la Real Audiencia elaboró un informe acerca de los montos de dinero que se pagaban a curas y frailes doctrineros anualmente por parte de dicha oficina. El contador de Cuentas declaró que el personal religioso de los obispados de Guatemala y Chiapas (se especifica que no tenían información sobre los obispados de Comayagua y Nicaragua) devengaba por atender y administrar espiritualmente a 79.651 tributarios que vivían en 659 pueblos de los dichos dos obispados la cantidad de 74.884 tostones con 3 reales, anualmente. Este salario, contemplado dentro de las normas de funcionamiento del Patronato Real, provenía de distintas fuentes de ingresos fiscales y se sumaba a las raciones y contribuciones arriba mencionadas²⁷.

Ambas fuentes de ingresos —raciones y contribuciones de los pueblos y los salarios reales— estuvieron vigentes durante todo el resto del período colonial.

Tempranamente en el siglo XVI la Corona prohibió a la Iglesia y a sus distintas órdenes que adquirieran y atesoraran bienes y propiedades inmuebles. A pesar de estas prohibiciones, las distintas congregaciones religiosas se dedicaron —unas más, otras menos— a acumular

propiedades urbanas y rurales. Argumentando las necesidades urgentes, tanto materiales como las del culto, utilizaron cuanto mecanismo les fue posible para hacerse de tierras, casas y capitales en efectivo.

Acudían normalmente a la denuncia de tierras baldías para constituir e incrementar sus patrimonios rurales. La orden de Predicadores y la Compañía de Jesús estuvieron considerados como los más importantes terratenientes del Reyno. A partir de donaciones hechas por piosos feligreses, igualmente, lograron constituir verdaderos emporios agropecuarios que les permitieron alcanzar la autosuficiencia económica.

Obviamente, ello significaba la necesidad de recurrir a la fuerza de trabajo indígena para explotar tierras, molinos, ingenios, trapiches, así como para transportar los productos hacia las plazas y centros de consumo e intercambio. Existe multitud de documentos que contienen pleitos y quejas por parte de pueblos de indios contra las órdenes religiosas por los distintos abusos que cometía con ellos: coacción al trabajo, despojo de tierras, imposición de precios a los productos, consumos obligados, transporte gratuito, invasión de ganados en las tierras comunales, etcétera.

La fundación de capellanías y obras pías por parte de personas individuales garantizaba el sostenimiento del culto en la mayoría de iglesias y conventos, significando importantes ahorros para las congregaciones religiosas, puesto que con los intereses que producían dichas fundaciones se cubrían los gastos materiales que ello implicaba (cera, flores, pago al celebrante, etc.). Además, la Corona había estipulado la llamada «limosna de vino y aceite» para el consumo del culto y de la misa.

Muchos fieles acostumbraron donar importantes sumas de dinero a esas congregaciones, las cuales eran invertidas en diferentes actividades económicas. En muchos testamentos de esa época es común encontrar a personas declarando como heredera universal de todos sus bienes a su alma, y para que dichos espíritus pudieran beneficiarse de esos bienes se encargaba a superiores de conventos (frailes o monjas) que administraran esas numerosas fortunas. En relación con tales donaciones es importante recordar que la Corona prohibió repetidamente que frailes y curas estuvieran al lado de los moribundos, sobre todo cuando aún no habían dictado su última voluntad en cuanto a sus posesiones terrenales.

Por otro lado, menos en el convento de religiosas capuchinas tardíamente fundado en Santiago de Guatemala (1736), todas las monjas debían aportar una dote antes de profesar en la orden. Esos capitales eran puestos inmediatamente en circulación, dándolos al 5% de interés a comerciantes, labradores, artesanos, arrieros y otras personas.

Buena parte del dinero acumulado por las órdenes religiosas era otorgado a personas individuales bajo la denominación de censo. El

recipendario tenía que demostrar que era propietario de un bien inmueble, que serviría de prenda hipotecaria permanente en favor de la institución que le otorgaba el dinero, teniendo que pagar un interés anual del 5%. Si la persona caía en mora era procesada y perdía el derecho de propiedad sobre el inmueble en cuestión. En sólo un protocolo del escribano Luis de Andino, residente en la ciudad de Santiago de Guatemala, se contabilizó la suma de 659.311 pesos dados a censo durante el periodo 1646-1674, significando un promedio anual de 23.546 pesos manejados por conventos de frailes y monjas bajo tal concepto. Evidentemente, el manejo de estos recursos les facilitó acumular gran número de propiedades urbanas y rurales.

Por otro lado, las arcas de la Santa Iglesia Metropolitana (elevada al rango de arzobispal en 1743) recibían cada año un promedio de veinticinco mil a treinta mil pesos por concepto del diezmo que recolectaba en todas las unidades agro-productivas de su jurisdicción (que incluía los actuales territorios de Guatemala y El Salvador). En la diócesis de Nicaragua ingresaba un promedio de nueve mil pesos anuales, cifra modesta pero significativa para esa región.

En la década de los años cuarenta del siglo XVIII, la Corona ordenó que todas las órdenes religiosas —masculinas y femeninas— presentaran informes sobre el estado material de cada una de ellas, así como sobre los capitales que poseían. A manera de ejemplo, se puede indicar que cinco de estas órdenes (Santa Teresa, Santa Catarina, Concepción, la Congregación de San Felipe Neri y la Compañía de Jesús) declararon ser propietarias de 469.649 pesos que estaban circulando en distintas actividades económicas, produciendo los respectivos intereses anuales.

Es importante destacar que durante las últimas tres décadas del siglo XVII y los primeros cincuenta años del XVIII la ciudad de Santiago de Guatemala experimentó un importante auge en la construcción, sobre todo de edificios destinados a iglesias e instituciones monásticas. La mayoría de los grandes conventos de la ciudad se erigieron o completaron durante esos años: San Agustín (1657), Belén (1670), Hospital de San Pedro (1675), Catedral (1680), la Merced (1690), San Sebastián (1692), Compañía de Jesús (1698), San Francisco (1702), Santa Teresa (1687, 1738), el Palacio Arzobispal (1711), Recolectión (1717), Concepción (1694, 1729), Santa Clara (1734), Capuchinas (1736), el ayuntamiento (1743), Escuela de Cristo (1720, 1740), etcétera.

Este auge constructivo evidencia la capacidad económica alcanzada por la institución para poder asumir tan cuantiosos gastos e inversiones e, indirectamente, la disponibilidad de recursos y —obviamente— fuerza de trabajo necesarios para llevar a cabo tantos proyectos de manera casi simultánea.

Estos testimonios materiales subrayan la posición protagónica alcanzada por la Iglesia en el interior de la sociedad colonial. La admi-



4.6. ORDENES RELIGIOSAS FEMENINAS.

ración y contemplación artística que esos testimonios materiales pueden producir no debe ocultar ni hacer olvidar la reflexión acerca del decisivo papel ideológico, económico, político y social que desempeñó —y continúa desempeñando— en el interior de la sociedad centroamericana.

La resistencia indígena

La consolidación del régimen colonial en el territorio centroamericano supuso, entre otras cosas, intensidad, diversidad y capacidad en la optimización de los niveles de explotación de la fuerza de trabajo, especialmente la indígena. Por su parte, la población aprovechó todas aquellas instancias y circunstancias que le fueron favorables para manifestar su descontento y malestar, utilizando los recursos y mecanismos legales del sistema y, cuando éstos no permitían las satisfacciones requeridas, recurriendo a medidas de hecho.

Al igual que en la primera parte del período colonial, en las siguientes etapas vuelven a registrarse descontentos populares, materializados muchos de ellos en el uso de la fuerza, atribuyéndoseles las mismas causas originarias: excesos en el cobro de tributos, el trabajo forzado, abusos en repartimientos de mercancías y algodones, así como los tumultos que se producían cuando lo que estaba en juego era la tierra comunal; se señala casi siempre como causantes originarios de estos disturbios a autoridades provinciales y/o locales (alcaldes mayores y corregidores, indios gobernadores o miembros de los cabildos), algunos negros y/o ladinos en función de capataces, así como frailes y curas.

Estas dinámicas evidencian que nunca se logró alcanzar un afianzamiento total del sistema, por lo que en ningún momento se dio la posibilidad de proclamar —desde la perspectiva de la monarquía— la «pax colonial» tan deseada y pregonada por las autoridades y las élites locales. Estos movimientos de protesta, por lo general, entrañaban acciones y actitudes colectivas que denotaban un profundo desacuerdo con el *status quo* colonial. Por su parte, la Monarquía no estaba dispuesta a tolerar que el sistema fuera cuestionado. Y en los casos en los que se vislumbró tal posibilidad, no se dudó en acudir a la fuerza y la violencia para sofocar y arrancar de raíz tales movimientos. Piénsese, entre otros, en la tardía rebelión de Tupac Amaru en el sur de América, así como la ocurrida —más tempranamente en el siglo XVIII— en Chiapas, conocida como Sublevación de los Tzendales.

Durante el siglo XVII puede percibirse la multiplicidad de actitudes colectivas asumidas por comunidades y pueblos para detener los abusos y la opresión de que eran víctimas por parte del sistema. A todo lo largo de este siglo se registraron varios alzamientos —algunos con cau-

dales sangrientos— que reiteraban una voluntad tenaz de resistencia ante tanta opresión. En los pesados y burocráticos expedientes sobre tierras, como también en aquellos iniciados por las mismas comunidades para solicitar que se les aligerase de tantas cargas fiscales (civiles y religiosas), se encuentran numerosos testimonios de los abusos cometidos por alcaldes mayores, corregidores, curas, frailes y obispos con la población mediante exigencias de contribuciones, servicios y trabajos que sólo significaban un constante drenaje de bienes y trabajo sin que pudieran recuperar beneficio alguno personal o colectivo.

Tal fue el caso de la declaración presentada por el común y calpules del pueblo de Quezaltenango, que amerita ser transcrita en su totalidad para entender mejor lo que significaba para la población indígena soportar una religión que, materialmente, implicaba duros trabajos y opresión:

Memoria de todo lo que el Común y Calpules de este pueblo de Quezaltenango da al convento de este pueblo, y el servicio personal de indios que sirven en el convento es como se sigue:

Primeramente pagan y dan *los tributarios enteros cuatro almudes de maíz* que llaman medios almudes. Ytem dan *los indios viudos a dos almudes de maíz* cada uno. Y de más de este maíz que dan está en costumbre el que todos *los muchachos de la doctrina hagan* y siembren y cojan todos los años una milpa *para el convento, en que cuando menos cojen cien redes de mazorcas, y de este trabajo no paga cosa alguna.*

Ytem dan *doce tercios de leña*, seis por la mañana y seis por la tarde. Ytem dan *veinticuatro tercios de sacate* para las mulas y carneros, que cuando menos son veinte mulas.

Ytem en los días de *viernes, sábados o vigiliass dan treinta y cinco huevos*, veinte por la mañana y quince por la tarde.

Ytem dan *cuando es carnal treinta huevos*, veinte por la mañana y diez a la tarde de cada día.

Ytem dan *cuarenta huevos cuando es cuaresma*, veinte por la mañana y veinte por la tarde.

Ytem dan *una escudilla de sal* todos los días.

Ytem dan *medio real de achiote cada día.*

Ytem dan de *todas verduras todos los días*, aunque sea día de carnal o viernes.

Ytem dan *medio almud de chile seco con chilchotes verdes, todo junto cada día.*

Ytem dan *un tercio de bojones para viernes y sábado en cada semana.*

Ytem *un matate de naranjas cada semana.*

Ytem *doce muchachos que sirven de semaneros* que están sirviendo y se remudan *cada quince días.*

Ytem si estos dichos *muchachos si se quiebran algunos platos o si se*

pierden algunos cuchillos o servilletas lo pagan los dichos muchachos a rigor de los fiscales de dicho pueblo.

Ytem más dos chajales que sirven en el convento cada año.

Ytem dos jueces de obra que se llaman, que haya obra o no, siempre están puestos para el servicio del dicho convento.

Ytem dos fiscales que también asisten en dicho convento.

Ytem cuatro cocineros que se remudan cada catorce días, que paga la comunidad por ellos sus tributos.

Ytem dos porteros que llaman, que son los que asisten en la cocina de dicho convento.

Ytem dos aguadores cada día, que son los que acarrean el agua para la cocina.

Ytem dos caballerizos que cuidan de las mulas del padre guardián, doctrinero y súbditos.

Ytem tres pastores, uno para el ganado como son carneros, y otro para los marranos y otro para las cabras; y si se pierde algún marrano o carnero los pagan los calpules.

Ytem cuatro indias molenderas y dos tortilleras, que son seis cada día.

Ytem cuatro indios que llaman guatajones que son los que tienen cuidado de dar el sacate referido a las mulas, y remudan cada día en cuatro en cuatro.

Ytem que estos dichos indios llevan de sus casas ollas, cajetes, piedras de moler, comales, y todo lo que es necesario cada día.

Ytem otros cuatro indios que también son guatajones, que acarrean la leña del monte a sus casas para el dicho convento, y esto es cada día, remudándose de cuatro en cuatro, y esto es en general en todos los nueve calpules.

Y de todo esto que se da no paga el convento ni el guardián, ni doctrinero un real, sino que todo esto se da de ración y servicio personal, es a costa y cuenta de los cabezas de calpul y de los indios del, conforme se van siguiendo y esto es la verdad ²⁸.

Esta extensa enumeración —al igual que el impacto económico que representaba— que fue cualitativamente similar para el resto de pueblos de la región altioplánica y de todo el Reyno, no requiere de mayores comentarios. Sí permite, por el contrario, entender y justificar el alzamiento y el motín como alternativas para tratar de evadir semejante explotación.

Para 1679, por ejemplo, se tienen noticias sobre disturbios ocurridos en San Miguel Totonicapán como resultado de protestas ante las autoridades provinciales contra los abusos cometidos a partir de los repartimientos de algodones que tales autoridades efectuaban entre las mujeres del pueblo. Solicitaron éstos que dicha obligación fuera disminuida, obteniendo como respuesta el encarcelamiento de los líde-

res locales. La tensión subió, lo que llevó a las autoridades españolas a considerar la necesidad de trasladar a los reos a Huehuetenango. La reacción no se hizo esperar: con piedras y palos la población rescató a sus gentes en el camino, haciendo huir a los esbirros conductores²⁹.

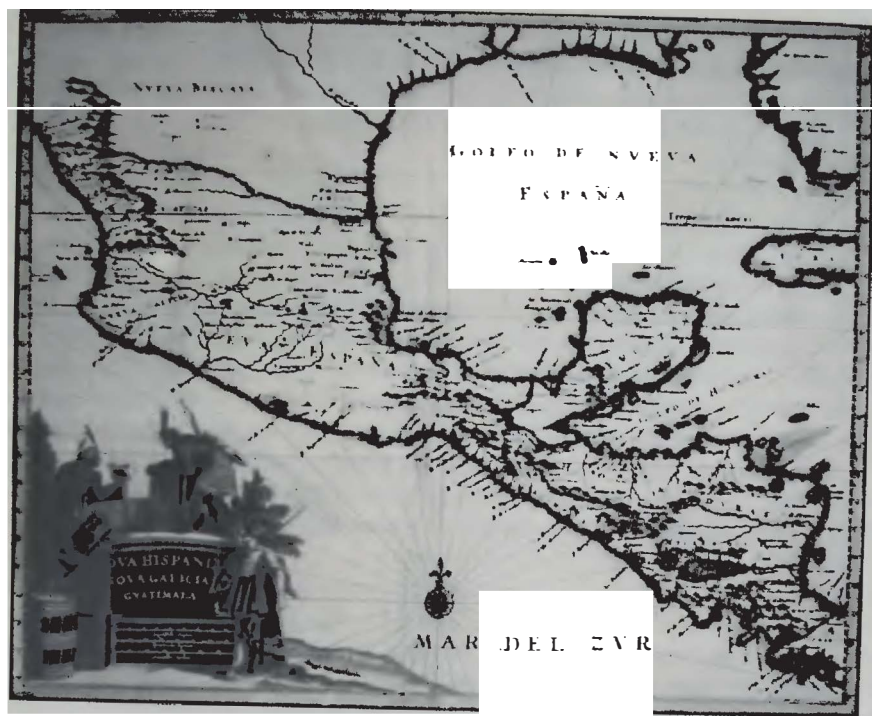
En la última década del siglo XVII se produjo un alzamiento en el pueblo de Tuxtla —provincia de Chiapas— que dejó como saldo la muerte —por apedreamiento— del alcalde mayor y como castigo para los jefes del alzamiento diez años de trabajos obligatorios en un trapiche propiedad de los frailes dominicos así como el destierro perpetuo de su pueblo³⁰.

Pero, probablemente, fueron los sucesos acaecidos en los pueblos tzendales, ubicados hacia el este de la cabecera de la alcaldía mayor de Chiapas los más sonados y los que más inquietaron los ánimos y las instituciones coloniales de la Audiencia de Guatemala. Severo Martínez afirma que: «Aquel movimiento fue el más violento, el de más duración —desde su inicio hasta la total pacificación transcurrieron cinco meses— y el único que tuvo las características de una verdadera sublevación o rebelión de indios en el período colonial centroamericano»³¹.

Esta sublevación fue traumática para las autoridades y el sistema por los mecanismos utilizados por los líderes para lograr una masiva participación indígena, la extensión territorial que se vio comprometida, así como por la complejidad de causas que le dieron origen. Como en la mayor parte de motines ocurridos durante el período colonial, aquí también se señalan como causas los abusos cometidos por las autoridades civiles y religiosas de la provincia de Chiapas.

Los testimonios documentales apuntan hacia el alcalde mayor de esa provincia y al señor obispo de la diócesis como causantes del alzamiento. El primero —Martín de Vergara— acusado de abusos contra los tzendales, especialmente a través de los repartimientos de mercancías. El segundo, el obispo Juan Bautista Álvarez de Toledo «quien llevaría la mitra como una patente de corso»³² pues se dedicó a expoliar a los indígenas por todos los medios posibles. Se estima que logró acumular en cortos cuatro años más de 65.000 pesos de ganancias personales, suma desproporcionada para ese cargo, a tal punto que era superior a lo que recolectaba como promedio anual de rentas el obispado de Guatemala. Ambos personajes, además, se encontraban enemistados, por intereses igualmente económicos, entre ellos y con algunos vecinos de dicha provincia lo que agravaba dicha situación.

Este movimiento también puede considerarse como singular por las características que observó en su proceso de desarrollo. Sobre todo, porque los líderes indígenas supieron combinar elementos de organización y estrategia militar con la manipulación de signos y símbolos de la omnipresente y todopoderosa religión católica. Los resultados



4.8. NUEVA GALICIA Y AUDIENCIA DE GUATEMALA.

inmediatos del mensaje desplegado por los alzados se tradujeron en una respuesta prácticamente masiva por parte de los habitantes de buen número de pueblos de la provincia, llegando a estimarse que se habían visto envueltos casi treinta pueblos en esta revuelta.

Se sabía que el señor obispo se preparaba para efectuar una nueva visita pastoral cuando los indígenas aún no olvidaban la anterior que les había dejado prácticamente diezmados. Ante tal perspectiva, una de las estrategias empleadas por los alzados fue la de tomar la figura de la Virgen María como portadora del mensaje liberador. Luego se corrió el rumor de que la Virgen hablaba por medio de una joven indígena del pueblo de Cancuc y que su mensaje era el de sumarse a la rebelión. El mensaje corrió a los cuatro vientos y muchos pueblos se sumaron a tal proyecto. Varios que no quisieron hacerlo fueron castigados por los sublevados.

Se procedió con rigor y violencia; se produjeron castigos, ajusticiamientos y enfrentamientos con fuerzas defensoras del sistema. Al final, y luego de haberse movilizado auxilios militares desde Guatemala y

Tabasco, se logró contener un movimiento que perseguía acabar con mecanismos de probado empobrecimiento. Las penas impuestas a los alzados estuvieron a la altura de la magnitud del movimiento, habiéndose aplicado con harta diligencia y propósitos de aleccionamiento político y moral:

En atención a los méritos de la culpa lo debo condenar y condeno en pena de muerte, y la justicia que se le manda hacer es que a caballo, en bestia enjalmada, con una sogá al cuello y voz de pregonero que manifieste su delito, sea así llevado por las calles públicas y acostumbradas de esta ciudad. Y por no haber verdugo que sepa ahorcar sin peligro de que penen, mando que en el palo que está puesto en la plaza sea arcabuceado a usanza militar. Y después que haya muerto lo cuelguen en una de las horcas que están en dicha plaza, de donde no lo baje ninguna persona sin mi licencia so la misma pena. Y después que yo de dicha licencia sea hecho cuartos, los cuales se pondrán a mi arbitrio en las partes donde convenga para ejemplo y escarmiento de otros ³³.

Este movimiento puso en evidencia los niveles de desesperación a que podía conducir la opresión colonial entre la población, la diversidad de mecanismos que podían utilizarse en tales situaciones, así como la capacidad para generar y aplicar violencia y crueldad por parte del aparato estatal colonial.

Como epílogo de este suceso puede recordarse un interesante dato que aporta García Pélaez, referido a dicha sublevación: «En una antecámara de la antigua audiencia existe un lienzo de dos varas en cuadro con la pintura de los pasajes principales y abajo su explicación numerada» ³⁴. Transcribe los títulos de cada una de las veintidós estampas que comprendía esta aleccionadora pintura, pudiendo colegirse de ellos que la versión que el anónimo pintor plasmó fue la que se conoció oficialmente y que, incluso, le significó el título de Marqués de Torre-Campo al señor capitán general don Toribio Cosío. Versión ésta que ilustraba las virtudes y heroísmo de soldados y sus capitanes, así como el carácter sanguinario de los alzados. Versión oficial que, por encima de las raíces y causas de dicho conflicto, dejaba sentado un testimonio corroborador y justificador de la violencia que para someterlos había sido necesario utilizar y así garantizar la continuidad y pervivencia del sistema colonial.

La lista de motines —y sus causas inherentes— continuó incrementándose durante todo el resto del período colonial. Podría aseverarse que nunca desaparecieron las causas reales que empujaban a la población a buscar formas alternativas, si no para modificar la esencia del régimen, si para aliviar y detener momentáneamente la explotación.

Muchas veces se hizo justicia pero nunca se escatimó aplicar castigos y violencia institucional como método de aleccionamiento y contención social.

CONSIDERACIONES GENERALES

Más que reflexiones y conclusiones generales que resuman los datos presentados en esta parte del tomo, con el propósito de describir las formas económicas y sociales predominantes en el antiguo Reyno de Guatemala durante los años señalados, se enumeran a continuación aquellos rasgos que se han podido detectar como definitorios —no definitivos— del presente período.

En primer lugar, puede plantearse que en el ocaso del siglo XVII el territorio del antiguo Reyno de Guatemala se encontraba demarcado y delimitado tanto a nivel de su administración territorial como también en cuanto al funcionamiento de regiones económico-productivas.

La población —la indígena sobre todo— presentó durante esta época cierta tendencia hacia el crecimiento (¿recuperación?), que se vio confirmada a lo largo del siglo XVIII. De igual manera, aunque con ritmos desiguales —acordes con las dinámicas de cada región— la población mestiza fue adquiriendo importancia numérica y económica. El acceso a la tierra y a los oficios artesanales permitió la reproducción social y económica de muchos de ellos.

En cuanto a la ocupación y explotación de la tierra se refiere, no podrían establecerse normas o explicaciones generales de comportamiento. En el caso del Valle Central de Guatemala, la ocupación —y el consiguiente desarrollo de la propiedad privada— se produjo desde que la ciudad de Santiago fue asentada allí. El ritmo de composiciones detectado es constante y ascendente. En el caso de las zonas añileras, estas tendencias se vieron estimuladas a partir de la caída del cacao en el mercado exterior. Como un ejemplo —atípico pero interesante— de la dinámica que en cierto momento impulsó el añil puede mencionarse la fundación de la villa de San Vicente de Lorenzana en 1635, interpretándose como la alternativa asumida por un grupo de cultivadores de añil que buscaban autonomía administrativa de las autoridades de San Salvador y San Miguel, sobre todo en lo referido a la gestión territorial y municipal. En el extremo opuesto podría mencionarse, y siempre en territorio añilero, la extinción de pueblos de indios como consecuencia de la expansión de la propiedad y del cultivo de esa planta.

La propiedad comunal siempre ocupó un importante lugar dentro de la economía de los pueblos de indios, sobre todo como base para la

reproducción social colectiva, permitiendo encarar las presiones económicas externas (laborales, fiscales, etc.) mediante los productos del trabajo colectivo. La preocupación por justificar jurídicamente la posesión de dichas tierras principió a arreciar en la medida en que se fue acentuando la presión por parte de españoles, criollos y mestizos por apropiárselas. Desde finales del siglo XVII —y con mayor ímpetu durante el XVIII— las comunidades lucharon, utilizando todos los mecanismos y medios que el sistema legal ponía a su alcance para defenderlas. En muchos casos las comunidades salieron fortalecidas, en otros fueron condenadas a una inexorable desaparición.

Habiendo sido superada la fase «cacaotera» (en tanto producto y actividad «motora» de la economía regional), el añil requirió de una reconversión de intereses —y de mecanismos extractivos sobre todo— de los distintos sectores involucrados en la economía regional: se consolidó alrededor del cabildo de la ciudad de Santiago, un núcleo de comerciantes que impusieron a nivel local los principios del monopolio y la exclusividad comercial. Ello implicó el establecimiento de controles rígidos de la circulación de mercancías, básicamente a través del sistema de habilitaciones y préstamos a los cultivadores de añil. La tierra despertó interés en las regiones añileras, produciéndose como consecuencias evidentes un acentuado y acelerado mestizaje y un rápido proceso de desintegración de las comunidades indígenas en dichas zonas.

La «fiebre» añilera implicó —donde se desarrolló— el casi total abandono de los cultivos tradicionales (granos y alimentos), cayendo en dependencia de otras regiones en cuanto a la obtención de dichos productos. Esta situación estimuló a los comerciantes de la ciudad de Santiago a que desplegaran su condición de intermediarios y proveedores de insumos y mercaderías; así como a que se ejerciera mayor presión sobre los pueblos de indios para que suministraran sus tributos y contribuciones en especies de consumo diario. Similar presión se ejerció sobre los ganaderos nicaragüenses y de Nicoya. Resultado de ello, podría decirse, fue el establecimiento de vínculos comerciales internos (las más de las veces mediando sutiles o evidentes formas de coacción) que —de alguna manera— dieron perfil y fondo a engranajes socio-económicos regionales. La minería nunca logró alcanzar niveles mínimos de desarrollo. Las pocas cantidades de metal refinado y fundido tomaban el rumbo de la capital del Reyno o los extravíos del contrabando. Los problemas de circulante tampoco fueron prioridad dentro de la economía del Reyno, dado el carácter predominantemente natural que ésta tenía. La minería importaba en la medida en que se pudiera extraer metal para ser enviado a la metrópoli.

Las comunicaciones comerciales con el exterior no podrían ser calificadas unilateralmente como inexistentes. Si bien el Reyno se vio

relegado a un segundo plano por el sistema de flotas y galeones que comunicaban la metrópoli con estas tierras durante la mayor parte del siglo XVII y casi la primera mitad del XVIII, ello no implicó desmedro en los contactos comerciales por el mar del Sur, ni —sobre todo— los terrestres con la Nueva España. En apoyo de este planteamiento puede recordarse la innumerable cantidad de reales cédulas que regularon por distintas vías el cómo y cuánto de tales tráficos intercoloniales. Podría agregarse, y afirmarse, que comercial y económicamente el Reyno de Guatemala nunca fue cualitativa ni cuantitativamente significativo dentro del flujo atlántico. La condición de marginalidad en que siempre estuvo le eximió en gran medida de padecer los altibajos de las comunicaciones directas con la metrópoli. Más bien podría plantearse —hipótesis a ser posteriormente corroborada— que dicha marginalidad le permitió desarrollar y consolidar formas autónomas y peculiares de reproducción, subrayadas por los repuntes cacaotero y añilero.

La población indígena continuó siendo la base de reproducción del régimen colonial a nivel local, lo que socialmente le supuso estar colocada en la base de la estratificación social. El paulatino crecimiento de la población mestiza trajo como consecuencia mayor presión sobre los indígenas, tanto a nivel individual como colectivo. El mestizo se afanó por explotarlos de la misma manera que lo hacían criollos y españoles. En muchos casos, no obstante, las condiciones de miseria en que vivían mestizos e indígenas, les nivelaron ante la explotación colonial.

La ciudad de Santiago de Guatemala estimuló —en tanto sede central del poder político de todo el Reyno— la conformación de una reducida élite que tejió complicadas tramas que le permitieron alcanzar mediante diversos mecanismos el control casi absoluto de la vida económica de todo el Reyno. En tal sentido, estuvieron colocados en lo más alto de la jerarquía, no sólo social sino sobre todo económica. Condición y posición que sólo compartieron con la alta burocracia colonial local y con la Iglesia. Esta última optimizó su situación de privilegio para desarrollar una sólida y amplia base de reproducción económica que se evidenció —aún quedan vestigios de ello— en impresionantes manifestaciones materiales y en una incuestionable dominación y presencia ideológica.

Algunos autores sugieren que el siglo XVI podría caracterizarse como el siglo del acomodo y la búsqueda del *modus operandi* colonial a nivel local. Podría decirse, entonces, que el siglo XVII —sobre todo en sus postrimerías— ya presenta las señales de un *modus vivendi* colonial claramente definido. Poco —en esencia— se fue modificando durante el resto del período colonial. Ni las reformas borbónicas ni la destrucción y el traslado de la capital al Valle de las Vacas restaron

poder y energía a la elite guatemalteca, siempre afanosa por mantener a la población indígena y a todas las regiones y provincias bajo el orden y el sometimiento que el régimen colonial les había —afortunadamente para ellos— permitido implantar y perpetuar. En las postrimerías del siglo XVIII principiarán a incubarse las bases de una crisis económica y social que, nuevamente, será manipulada por los guatemaltecos. A lo largo del siglo XIX se irá produciendo lenta, complicada y dolorosamente el desmantelamiento y desarticulación de una unidad político-administrativa y económica que durante tres siglos había soportado los embates del tiempo y la naturaleza.

NOTAS

1. Sobre el donativo de la provincia salvadoreña, véase: AGCA, A3.1, leg. 4, exp. 57.
2. Sobre el pago de donativo por parte de la provincia de Chiquimula de la Sierra, véase: AGCA, A3.1, leg. 19, exp. 5245 y A1.24, leg. 1579, exp. 10223, fol. 22.
3. Sobre el donativo de la provincia de Verapaz véase: AGCA, A3.1, leg. 19, exp. 5239.
4. Germán Romero Vargas, *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. (Managua: Editorial Vanguardia, 1988), págs. 225-227.
5. Sobre el donativo de la provincia de Nicaragua, véase: AGCA, A1.24, leg. 1579, exp. 10223, fol. 157.
6. AGCA, A3.1, leg. 5, exp. 69.
7. AGCA, A1.24, legajo 2199, fol. 33-36.
8. Murdo MacLeod, *Historia socio-económica de la América Central española, 1520-1720*. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1980), partes I y II; Romero, 1988: Segunda parte, capítulo III.
9. Manuel Rubio Sánchez, *Historia del Añil o Xiquilite en Centro América*. (San Salvador: Ministerio de Educación, 1976), t. I, págs. 53 y ss.
10. Francisco de Paula García Peláez, *Memorias para la Historia del Antiguo Reyno de Guatemala*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1943-1944), vol.I, pág. 240.
11. Francisco Antonio Fuentes y Guzmán, *Recordación Florida*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1932-1933).
12. AGCA, A3.12, leg. 240, exp. 2976, Chiapas.
13. Ignacio Solís, *Memorias de la Casa de Moneda de Guatemala y del desarrollo económico del país*. (Guatemala: Ministerio de Finanzas, 1978), t. I y II.
14. Alejandro de Humboldt, *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. (México: Editorial Porrúa, 1984), pág. 438.
15. AGI, leg. 895.
16. Ibid.
17. Citado por García Peláez, 1943-1944: T. II, pág. 37.

18. AGI, leg. 895.
19. Ibid.
20. Manuel Rubio Sánchez, *Comercio terrestre de y entre las Provincias de Centroamérica*. (Guatemala: Editorial del Ejército, 1973)
21. García Peláez, 1943-1944: T. III, pág. 13.
22. *Libro Viejo de la fundación de Guatemala*. (Guatemala: Academia de Geografía de Historia de Guatemala, 1991).
23. Antonio Vásquez de Espinoza, *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. (Washington: Smithsonian Institution, 1948), págs. 198-206.
24. Fuentes y Guzmán, 1932-1933: Vol. II, Libro V, Capítulo VIII, págs. 143 y ss.
25. AGCA, A3.12, leg. 240, exp. 2976, Chiapas.
26. Ibid.
27. Ibid., fols. 159-167v.
28. AGCA, A3.12, leg. 240, exp. 2976, fols. 85, 86, Chiapas.
29. AGCA, A3, leg. 2897, exp. 42997.
30. AGCA: A3, leg. 2133, exp. 32159.
31. Severo Martínez Peláez, *Motines de Indios: La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*. (Puebla: Cuadernos de la Casa Presno, 1985), p. 125.
32. *Constituciones Diocesanas del Obispado de Chiapas*. Francisco Núñez de la Vega. (México: UNAM, 1988), pág. 86.
33. AGCA, A1, leg. 310, exp. 2166.
34. García Peláez, 1932-1933: T. II, pág. 114.

CONCLUSIONES

Con el desarrollo de grupos sociales y actividades productivas en marcha desde dos siglos atrás, hacia 1750 se perciben en la América española elementos conformativos de un proceso nacional que se evidenciaba, en mayor o menor grado, en el surgimiento de extensos espacios socio-políticos unificados por un desenvolvimiento común y aparatos administrativos propios. Ése era el caso, por ejemplo, de los virreinos de Nueva España y Lima o del Reyno de Nueva Granada. Décadas después, estas demarcaciones administrativas serían efectivamente marco de fronteras para la mayor parte de naciones latino-americanas que surgen del proceso independentista antiespañol; tal y como lo había previsto Bolívar en su carta de Jamaica en 1815, cuando se refirió a que en el antiguo territorio español se formarían alrededor de diecisiete estados nacionales. Entre esos estados Bolívar incluyó Centroamérica, es decir, no tuvo en mente que la capitania general de Guatemala se fragmentaría en cinco estados nacionales independientes. La balcanización de la región está vinculada a las guerras civiles de las primeras décadas del siglo XIX, pero, en sus verdaderas causas, este fenómeno se remonta a las particularidades de la formación colonial en Centroamérica.

Una de estas particularidades fue las formas que adoptó el desenvolvimiento de la economía. Con el cacao y el añil, ésta había surgido en el marco de una especialización colonial, al igual que sucedió en México con los metales preciosos. En torno a estas actividades se dieron tendencias unitarias para la economía de la región, al incorporar a su actividad amplios sectores de población y extensos territorios; pero al mismo tiempo con un efecto contrario, pues el carácter cíclico de la demanda afectó a su continuidad, y la expansión a amplias zonas no se tradujo siempre en integración, sino en destrucción de recursos naturales y población, como sucedió con el cacao en la costa del Pacífico guatemalteco.

De lo anterior interesa subrayar otra consecuencia; ante la caída del cacao y el añil —los *produits moteurs* según la investigación reciente—, surgieron cultivos menores: brea, cueros, medios alimenticios, etc., con lo cual las provincias también buscaron participar en el mercado a la par o como alternativa del producto mayor. Estos contactos no fueron significativos —como tampoco lo fue el mantenido por todo el Reyno que casi nunca rebasó el millón de pesos anuales—, pero permitieron con el tiempo, a las provincias, configurar espacios económicos propios, lo que se completó con otras especializaciones surgidas en torno al consumo local: textiles en Guatemala o ganadería en Nicaragua, por ejemplo.

Resultado de todo ello fue una Centroamérica cada vez más fragmentada, formada por regiones y centros urbanos de intereses dispares: Nicaragua vinculada comercialmente al Perú, Costa Rica a Panamá, Honduras con La Habana y el Caribe inglés; con un centro dirigente, Guatemala, que por su autoritarismo y situación privilegiada en las relaciones de intercambio sólo acentuaba las tendencias centrífugas. En la segunda mitad del siglo XVIII, con el «boom» añilero, se presentaron condiciones para una mejor integración de la región, pero se trató nuevamente de un proceso contradictorio; el monocultivo del añil favoreció a unas regiones —Guatemala y El Salvador— pero mantuvo el aislamiento de otras y, sobre todo, ahondó la vocación externa de la economía con sus tendencias unilaterales, sin olvidar los conflictos interoligárquicos que origina en esos años el *boom* del añil.

Las especializaciones económico-regionales tuvieron finalmente también otras consecuencias, como fue vincular tipos de población con determinadas actividades productivas, no en el sentido estricto de una economía indígena, mestiza o criollo-peninsular, pues aunque débilmente integrada, la sociedad colonial del istmo funcionaba como un organismo total. Pero en esta clase de economías, caracterizadas por el aislamiento y el autoconsumo, los sectores poblacionales están enmarcados por lo regular en alguna esfera de actividades. Tal fue el caso de la población indígena, con su especial *status* dentro de la sociedad colonial y la forma colectiva en que posee y utiliza los medios de producción, pero también la mestiza con la pequeña economía de la chacra o el bohío en torno a los medios alimenticios, la ganadería o el trapiche. En resumen, una tendencia a la atomización de las actividades productivas que encontraría su fiel reflejo a nivel de la sociedad y el régimen político.

Con el tiempo, en torno a la economía, la estructura étnico-social, las formas de control y dominación política, la sociedad colonial centroamericana generó tendencias unitarias y divergentes, siendo estas últimas las que finalmente prevalecieron. Formas administrativas compartidas y un sistema de producción e intercambio proporcionaban

lazos de unión; pero, en general, se trataba de un intercambio desigual que, organizado en forma escalonada a lo largo de la colonia, perjudicaba a unos y favorecía a otros, especialmente a la élite guatemalteca que lo encabezaba. El despojo de una parte del plusproducto en favor de un grupo frente a otro constituía la base de este sistema, y fue, por ello, factor primario de división que impidió comportamientos unitarios más allá de provincias y regiones, enraizando rivalidades localistas altamente conflictivas que aflorarían con toda su fuerza en los años independentistas.

En cualquier formación social, la población es su elemento más importante; en el caso de la Centroamérica colonial, sólo podremos entenderla si no perdemos de vista que las actividades productivas se realizaban en una abigarrada matriz socioeconómica que incluía desde formas artesanales, producción de subsistencia, hasta sistemas de plantación vinculados al mercado exterior; todo ello, subordinado a los intereses de un grupo feudal terrateniente que a través de mecanismos de control comercial buscaba apropiarse de la producción de excedentes. En otras palabras, una matriz bastante heterogénea y, debido al dominio conservador y parasitario que le impone por lo regular un grupo mercantil-terrateniente a la economía y a la sociedad, con muy pocas tendencias integradoras.

La población, como elemento de integración en su significación económica, política, étnica y social, era sumamente débil hacia los años de la Independencia. Con una extensión aproximada de 575.000 km², Centroamérica contaba con apenas un millón de habitantes distribuidos de manera sumamente irregular, la mayor parte en las zonas centrales hacia el lado del Pacífico, pero aquí también con peso desigual. Sólo Guatemala con 661.000 localizaba más de la mitad, y El Salvador, siete veces más pequeño que Honduras, lo duplicaba en población con 231.000 habitantes. Esta irregularidad se repetía en el resto de la colonia; Nicaragua, la provincia más extensa del Reyno, no pasaba de 100.000 habitantes y Costa Rica sólo tenía 30.000, predominando grandes territorios vacíos de población, principalmente en la parte litoral del Caribe, pero igualmente existentes hacia el Pacífico y en las zonas intermedias de las provincias.

Tal situación tenía que reflejarse en un sistema de comunicaciones sumamente deficiente; la caravana que partía de la ciudad de Guatemala a Veracruz, con mercancías destinadas a la metrópoli, necesitaba, por ejemplo, un tiempo de hasta seis meses. La otra ruta que iba al puerto de Santo Tomás de Castilla, en el Atlántico, era más cercana, pero se trataba de una zona prácticamente deshabitada con una escabrosa topografía y exigía igual o más tiempo, con el agravante de tratarse de un territorio golpeado por la piratería. Una idea del efecto de la distancia y el aislamiento, que produce al final distintos tiempos

históricos, nos lo da el hecho de que la proclamación independentista de Guatemala en 1821 sólo se supo oficialmente en Costa Rica un mes más tarde.

La localización es sin duda un índice importante del equilibrio entre espacio y población; pero para poder entenderla en su verdadera dimensión como factor de unidad/diversidad hay que referirse sobre todo a su composición étnico-social. Del millón de habitantes señalado, 575.000 eran indígenas, 375.000 mestizos y 50.000 población criolla española. Las cifras no necesitan comentario; predominio de población indígena y una marcada polarización étnico social (5% la elite criolla-española y 95% sectores indígenas, mestizos y población de origen africano) que, según la coyuntura política y peso del antagonismo social, podía cobrar forma en agudas tendencias disgregacionistas, como lo patentizó más tarde en Guatemala el levantamiento de la Montaña en 1837.

Hacia el momento de la Independencia, las provincias mejor integradas étnica y socialmente eran El Salvador y Costa Rica. En la primera, la continuidad de la actividad productiva alrededor del cacao y del añil produjo como resultado un desarrollo más o menos homogéneo, que se reflejaba en una población con equilibrio numérico entre indígenas, mestizos y españoles, con creciente predominio del mestizo. Por otro lado, el régimen de castas colonial había perdido casi toda importancia, ya que las relaciones de clase jornalero/asalariado, empujaban a afectar por igual a indígenas, mestizos y población blanca. Otro índice de homogeneidad, que hacía de la provincia la «...más bien poblada del Reyno...»¹ era su distribución a lo largo y ancho del territorio alrededor de un sistema de núcleos urbanos y haciendas.

Costa Rica presentaba un cuadro bastante similar; aunque Juarros la calificó de «...la más miserable, y despoblada...»², el tipo de relación entre actividad productiva, territorio y población le permitió un desarrollo continuo y equilibrado que la diferenciaría, en relativo corto tiempo, del resto de Centroamérica. Con porcentajes de población indígena cada vez más decrecientes, hacia 1800 el elemento blanco era ya determinante; la diferenciación de la región frente al resto de Centroamérica se debió, en parte, al aislamiento geográfico, pero también a un tipo de economía agrícola basada predominantemente en la mediana y pequeña posesión de la tierra. Aquí, como en El Salvador, destacaba un sistema de centros urbanos como parte vital en la expansión de la frontera agrícola y, con ello, de una integración dinámica del territorio en las próximas décadas. En Honduras y Nicaragua se daban, también, procesos de homogeneización alrededor de la población mestiza y de tipos de economía más o menos similares, pero con grados menores de integración del territorio, ya que predominaba el asentamiento disperso y amplias zonas se encontraban despobladas.

El Salvador y Costa Rica eran los casos más representativos, territorios con economías y sectores poblacionales con alguna integración, donde sobre la base de una matriz socioeconómica antagónica de clases se habían formado, en mayor o menor medida, lazos de pertenencia a una misma comunidad.

En Guatemala la situación se presentaba completamente diferente, y se puede hasta decir que en su interior se reproducían las mismas características e irregularidades mencionadas para el resto del istmo. Étnicamente la población la formaban dos sectores: una inmensa mayoría indígena frente a un pequeño grupo criollo y español, con un sector mestizo de alguna consideración, localizados en territorios prácticamente separados; el primero, principalmente en las zonas hacia el occidente y al norte, el blanco-mestizo en la región central y en la parte del oriente. Formas feudales en la extracción de excedentes habían contribuido en cierta forma a tal separación, pero ésta iba más allá y se reflejaba en concepciones socioculturales totalmente diferentes y hasta opuestas. Entre indígenas y mestizos, a pesar de formar ambos el grupo explotado de la sociedad, existían, por ejemplo, relaciones conflictivas, debido a particularidades de la evolución colonial en Guatemala. Se recalca este aspecto, porque fue una fisura más en la sociedad centroamericana de la posindependencia; la elite guatemalteca —liberal o conservadora— difícilmente podía contar con el apoyo de esta población para la implantación de proyectos unionistas, como parece que sí sucedió con grupos dominantes de otras provincias, El Salvador, por ejemplo.

Territorio finalmente balcanizado en lo económico, político y social, en el caso del Reyno de Guatemala interesa conocer las particularidades en la evolución del mestizaje, con las condiciones que llevaron a una individualización étnica y sociocultural en cada una de sus provincias. Fenómeno sociocultural, indudablemente, pero también de fuerte raigambre económica. La hacienda fue sobre todo crisol de mestizaje, al convivir en ella por largo tiempo, en torno a formas de trabajo como el peonaje o la esclavitud, grupos humanos de distinto origen étnico. La espontaneidad no fue siempre la principal característica de este fenómeno; al contrario, propio de una situación colonial, en su origen se encontraba, por lo regular, una situación de violencia. Una forma de resolver el problema de la mano de obra por el hacendado fue, por ejemplo, retener al indígena en la propiedad para unirlo con esclavas africanas, práctica señalada para El Salvador, la región añilera y mestiza por excelencia de todo el Reyno. Wortman, presenta información similar para Nicaragua, provincia donde la elite cruzaba población blanca con la de origen africano, con el fin de «producir» esclavos mulatos para uso local y hasta para exportarlos al Perú.

El mestizaje es una de las lagunas en la historiografía centroame-

ricana, y el estudio comparativo aportará sin duda resultados interesantes en el futuro, principalmente al compararse provincias como Nicaragua o El Salvador, cunas de futuras naciones mestizas, con territorios como Guatemala, donde este fenómeno aún hoy día no logra cuajar.

El mayor grado de disparidad étnica lo presentaban los casos de Guatemala y Costa Rica, polos donde el «blanqueamiento» español era más acentuado. En las postrimerías del coloniaje, San José y Santiago contaban, respectivamente, con cerca de 2.000 y 4.000 españoles, pero sobre un total aproximado para cada provincia de 30.000 y 400.000 habitantes. La comparación entre estas dos provincias siempre será interesante en lo económico y social, pero también en lo ideológico, donde el fenómeno del mestizaje constituye un trasfondo interesante. Hacia el final de la colonia los dos territorios incrementarían su población blanca, evolucionando Costa Rica hacia un equilibrio étnico, pero no así Guatemala.

Guatemala fue centro privilegiado para el inmigrante blanco, ya que su comercio y aparato administrativo ofrecían oportunidad para hacer carrera, independientemente del atractivo de vivir cómoda y regaladamente a costa del trabajo semigratuito de una inmensa mayoría indígena. Las famosas «familias» que formaban la llamada «nobleza» guatemalteca en el momento de la Independencia eran producto del inmigrante español de la segunda mitad del siglo XVIII. Los Pavón y los Aycinena habían nutrido a la vieja elite y —se dice— hasta tomado el liderazgo en la colonia; pero conservando —lo que importa señalar— el pensamiento rancio e ideología de un grupo racista acostumbrado a vivir parasitariamente del comercio y trabajo indígena. Es importante no perder de vista este aspecto, que parece repetirse posteriormente en la época independentista, por ejemplo, con la oleada alemana que llega a la región con el *boom* cafetalero que se inicia hacia 1871. Saldo colonial de prejuicios y aberraciones que es preciso tener en cuenta para entender la Guatemala de hoy.

La economía colonial tuvo sus raíces en la necesidad de organizar la explotación del hombre y recursos naturales de los territorios conquistados; a la par de la minería, la hacienda constituyó uno de los mecanismos más acabados para lograr este objetivo, por lo que el factor externo determinó en mucho su origen y dinámica. Por todo ello, los estudiosos la han visto como una institución fuertemente comercializada, pero que tuvo por talón de Aquiles una extrema dependencia frente a la demanda externa. Los largos períodos de aislamiento con la metrópoli llevaron a la hacienda a restringir su producción, adoptando fuertes tendencias hacia una economía natural. La utilización de mano de obra forzosa (repartimiento indígena, peonaje, etc.) con participación mínima o esporádica de formas salariales contribuyeron, por otro

lado, a acentuar el carácter feudal de la economía. Estas dos caras de la hacienda —sector comercializado y fuertes tendencias hacia el autoconsumo— han llevado a caracterizarla como una institución híbrida. En el caso centroamericano, dos autores se han referido principalmente a esta problemática, Martínez Peláez y Murdo MacLeod, sosteniendo en alguna forma, posiciones de interpretación opuestas.

Mientras para Martínez Peláez el período colonial refleja la existencia de una sociedad feudal, MacLeod se refiere a una economía capitalista, visión que proviene de la dimensión extraordinaria que ocupa en su análisis el comercio exterior, como punto de partida para la explicación del hecho histórico colonial. Las distintas actividades económicas son así vinculadas por este autor con la inversión, búsqueda o pérdida de «capitales». El problema radica en la aplicación que se le da a las categorías; los conquistadores, para poner un caso, son catalogados por MacLeod como «comerciantes empresariales», y evidentemente lo fueron, pero de aquellos pertenecientes al comercio de principios del siglo XVI; es decir, el comerciante que provenía, la mayoría de las veces, del seno de la sociedad feudal, y que podía apuntar hacia la formación de un nuevo tipo de comerciante, como sucedió en las colonias anglosajonas, pero no necesariamente, como lo vino a demostrar en este caso, la historia de las colonias españolas en América.

En la interpretación de Martínez Peláez, por lo mismo que es ambiciosa en sus objetivos —la época colonial es abordada en sus implicaciones hasta el siglo XIX— existen varios puntos de polémica, vinculados también en alguna forma con su visión sobre el desarrollo económico y la conformación de las clases y grupos sociales. Las relaciones de producción en el campo, por ejemplo, vienen a ser para este autor producto de una política deliberada y consciente de la Corona española y los grupos dominantes locales en torno a la manzana de la discordia que era la apropiación del trabajo indígena. Esto explicaría la no fundación de villas para mestizos en el Reyno de Guatemala, en los últimos dos siglos de la colonia, pues así se lograba su dispersión rural, que los obligaba al final a ocuparse como mano de obra en la hacienda criolla, permitiendo en esta forma que el indígena de reducción permaneciera como fuente segura de tributos para la Corona. Es decir, una especie de confabulación entre la metrópoli y el grupo dominante local, sobre la base de la distribución del trabajo indígena y mestizo. Particularidades del desarrollo socioeconómico guatemalteco, como la permanencia del repartimiento indígena hasta el final del coloniaje, mientras en el virreinato novohispano fue abolido desde 1633, vendrían a tener su origen en esta política agraria «dirigida».

Es difícil estar de acuerdo con lo anterior, pues el factor consciente difícilmente puede tener tal significación en la estructuración de una sociedad clasista como la de la colonia. El asunto de las villas parece

que fue un hecho circunscrito a la jurisdicción del valle de Guatemala donde la élite local efectivamente tuvo algún poder económico e institucional para influir en la evolución colonial a la medida de sus intereses. Pero el fenómeno de la dispersión rural mestiza se dio, en mayor o menor medida, a todo lo largo de la colonia desde Chiapas hasta Costa Rica. MacLeod ve este fenómeno como parte de la «ruralization» que vivió la sociedad colonial en el siglo XVII a consecuencia según él, de la recesión que afectó a la economía por esos años.

Sea como fuere, los orígenes del fenómeno se encuentran en la propia dinámica de la sociedad colonial centroamericana, con una economía autosuficiente y poco desarrollada, que se reflejaba en una dispersión general de las actividades productivas y formas de asentamiento donde el crecimiento de la población mestiza encontraría en este tipo de asentamiento, posibilidad de sobrevivencia y de esquivar la explotación y control colonial.

Como se dijo en la presentación, este volumen no pretende llenar los grandes vacíos que caracterizan a la historiografía de la región. La sobrevivencia indígena es uno de ellos. Nadie pone en duda que el mundo precolombino fue afectado radicalmente con la conquista española, no solo a través del colapso demográfico y medidas como la redistribución de la tierra sino también con la creación de un nuevo tipo de familia y otras estructuras de poder. Pero, ¿qué pasó esto la «desarticulación de la cultura prehispánica... el desmantelamiento de la organización económico social de los pueblos prehispánicos...»³. Como lo ilustra principalmente el caso de Guatemala sabemos que a pesar de todo el indígena logró sobrevivir como grupo étnico entonces, ¿en qué medida y condiciones se dio esto? La necesidad de reconstruir la historia indígena fue planteada ya en la década de los cuarenta por La Farge⁴ quien también propuso una periodización según la cual, entre 1720 y 1800 se habría dado un periodo decisivo en el proceso de afirmación de una cultura indígena. Si esto fue así, ello no se debió al debilitamiento del sistema español, tal y como lo afirma La Farge quien, por otra parte, se ocupó de la problemática más desde la perspectiva de la antropología que de la historia.

Hoy conocemos mejor el siglo XVIII: sabemos que con la instauración de la dinastía borbónica se dio precisamente un fortalecimiento del imperio español con la implantación de un proyecto de centralización burocrática y control fiscal sobre la colonia lo que necesariamente afectó a las comunidades indígenas. También sabemos que fue un siglo de crecimiento en las actividades productivas principalmente alrededor del *boom* añilero hacia 1750 lo que fortaleció al grupo español al igual que al mestizo este último sobre todo en el sentido numérico. Todas estas tendencias de crecimiento del mundo español y mestizo significaron una presión sobre las comunidades indígenas pre-

sion que llevó por ejemplo al levantamiento tzendal de 1712 y a una cadena de motines indígenas.

Por todo ello, resulta difícil estar de acuerdo con La Farge cuando afirma que a partir de 1720 el indígena tuvo la oportunidad de trabajar en su propio beneficio y no para el grupo dominante. Si el siglo XVIII fue un período de recuperación indígena, esto no sucedió como resultado de una disminución de la presión colonial, sino porque probablemente el crecimiento de las actividades productivas dio también al indígena oportunidad de fortalecerse económica y numéricamente; recuperación que le habría permitido, en ardua lucha y utilizando el sistema de composición de tierras con el rey, recuperar y hasta ampliar sus tierras comunales, esto también como mecanismo de defensa contra la creciente privatización de la tierra por parte del grupo dominante.

La sobrevivencia indígena es uno de los fenómenos que interesan a la historiografía actual, y su esclarecimiento puede ir a la par de un estudio más detenido del tipo de economía que se implanta en Guatemala. La presencia de rasgos feudales en ella puede ser revelador; y esto en alguna forma lo viene señalando la investigación reciente, al referirse a las características de la reducción, ya que ella permitió coexistir a las «repúblicas» indígena y española, la primera, por supuesto, desde la perspectiva de su subordinación y explotación colonial.

Si tal fue el caso, ¿a partir de cuándo y en qué forma las comunidades indígenas fueron absorbidas por tendencias y regularidades de un sistema feudal español?; sobre todo, ¿en qué medida se formó con ello otra racionalidad económica a la que se tenía antes de 1524? Si prevaleció la antigua concepción del mundo indígena fue porque la feudalidad se concretizó en la reducción, que dio oportunidad para que el indígena pudiera conformar parcialmente su propia economía y sociedad: qué producir, cómo producir, asignación de tareas en el interior de la comunidad, adquisición de nuevas tierras, etc. Esto, desde luego, siempre y cuando se creara un excedente al que el sistema colonial tenía acceso a través del tributo, trabajo forzoso, intercambio desigual de mercancías, etc. El fortalecimiento de una economía indígena debe verse también en el marco de procesos más generales vinculados a las largas décadas de aislamiento que vivió la colonia y que reforzaron principalmente en Guatemala los rasgos autosuficientes de una sociedad feudal, como es el hecho de que esta provincia no conoció una economía de agroexportación, como sí sucedió en El Salvador con el añil y las consecuencias que se conocen para la población indígena de este lugar.

Lo anterior, sobre todo en el lado de la cotidianidad económica; pero en la sobrevivencia indígena fue vital el mantenimiento y/o la creación de una concepción del mundo y sistema de valores que permitiera enfrentar la situación creada con la Conquista. Si en el lado

económico la respuesta fue vincular antiguas prácticas con las del invasor, así también se creó un tipo de familia indígena que fue defensa y variante entre la de tipo nuclear que buscaba imponer el colonialista y la familia extendida de origen precolombino⁵. Igual sincretismo se viene señalando para el mundo ético religioso indígena, producto de las propias creencias y aquellas del cristianismo que se prestaban para ello, sobre todo en el lado ritual: danzas y ceremonias en favor de la cosecha, adoración de antiguos ídolos a la par de las imágenes católicas. Thomas Gage, agudo observador de las primeras décadas del siglo XVII se percató de esto; al igual que el arzobispo Cortés y Larraz en la segunda mitad del siglo XVIII.

Esos espacios de sobrevivencia, que sin duda fueron ganados en lucha diaria por el campesinado indígena, no hizo de todos modos menos oprobioso el sistema imperante. En el caso de la provincia de Guatemala, que se caracterizó siempre como una colonia «opaca en gente blanca», la elite vivió con el temor constante de un levantamiento indígena, hecho que se enfrentaba con represión, reforzando el control laico y religioso y la prohibición terminante de que el indígena portara cualquier tipo de armas. También la estabilidad del sistema se lograba, probablemente, a través de un acuerdo tácito de «vivir y dejar vivir», sobre la base de no llegar a extremos que podían llevar a enfrentamientos cuyos resultados eran inseguros para cualquiera de los dos grupos.

Distinta fue la situación de pueblos como los itzaes o los lacandones, culturalmente cercanos al indígena guatemalteco, pero que por su posición geográfica, por lo regular en territorios fronterizos de guerra, les fue difícil mantener continuidad sociocultural después de 1524; independientemente de que se vieron obligados a adoptar formas de vida del invasor por la sencilla necesidad de combatirlo mejor. Remesal informa que con el fin de atraer a los insumisos manchés, en el norte de la Verapaz, las autoridades y órdenes religiosas les enviaban «regalos» como machetes, hachas de hierro, etc.; los indígenas, por su lado, aceptaban los instrumentos de trabajo cuyo uso ya habían incorporado a sus economías; pero alargaban hábilmente las negociaciones de la conversión, sin ceder al final un ápice en su decisión de continuar viviendo libremente al margen del poder colonial. Diferente fue, también, la situación de pueblos como los caribes o los miskitos, en otro nivel cultural y otra coyuntura histórica, viviendo en una franja intermedia entre el colonialismo inglés y el español, tratando de utilizar sus rivalidades para poder subsistir como grupo étnico.

En Centroamérica es preciso referirse de nuevo al mestizo, sector social cuyas características contradictorias han sido señaladas por más de un autor, pero que amerita un estudio más profundo por la importancia que mantiene en países como Guatemala. Con el tiempo, el mestizo vino a ser un factor más de inseguridad en la vida del indígena;

sin embargo, por sus propias condiciones de miseria y de inestabilidad social lo fue igualmente para la elite blanca. En general, permanecería como un aliado de los blancos; pero un aliado peligroso y cambiante, así lo destaca la documentación de la época colonial, como también la del siglo XIX.

A grandes rasgos, ésa era la matriz socioeconómica con su grado de unidad/diversidad a nivel de la economía, tipo de asentamientos, la estructura étnico-social, la composición de clases, etc. Ahora, para no excluir un aspecto determinante, convendría conocer el aparato institucional y su funcionamiento, la forma y grado en que cumplía con una de las atribuciones esenciales de todo sistema administrativo-estatal, en el sentido de neutralizar tendencias divergentes, de crear y mantener la unidad en el territorio bajo su jurisdicción.

El aparato administrativo no es otra cosa que la expresión de formas de poder de grupos sociales, utilizado para imponer control y centralización en favor de intereses concretos; en México, por ejemplo, contaba en su base con dos poderosos núcleos de poder: el grupo local asentado en la zona central del virreinato y la Corona. Ya en el siglo XVI, por la significación estratégica del territorio y sus riquezas, se creó un aparato administrativo bastante eficiente, que fue fortalecido, principalmente en su lado militar y eclesiástico, con la expansión de la frontera económica en los dos siglos siguientes.

Con la comparación anterior sólo tratamos de entender el caso centroamericano. Aparte de la creación o abolición de algunas alcaldías mayores y corregimientos debido al aumento o extinción de población, etc., hacia 1750 el aparato administrativo era prácticamente el mismo que había surgido con la Conquista y la estructuración institucional que significó la fundación de la Audiencia de Los Confines en 1543. Encabezado por el presidente y la audiencia con funciones ejecutivas y judiciales, se trataba en realidad de un aparato relativamente sencillo, encaminado sobre todo a facilitar el traslado de excedentes del sector trabajador a la elite local o externa, función que cumplía principalmente la burocracia media, es decir, los alcaldes mayores y corregidores. La Iglesia constituía el otro factor decisivo en el sistema de poder de la colonia; así se manifestó en la implantación de las Leyes Nuevas. Posteriormente, durante el período de los Habsburgo, este papel unitario de la Iglesia se consolida, viviendo un momento culminante con la fundación del arzobispado guatemalteco en 1743. Además, por simples motivos de control, y por medrar a costa del trabajo indígena, el funcionario eclesiástico se encontraba por lo regular en la base de la sociedad colonial y fue, por ello, en muchas partes su único y mejor representante.

En el siglo XVIII, con la expansión de estructuras económicas como la hacienda y la creciente presencia gubernativa de la Iglesia, el siste-

ma de poder español se encontraba en buena medida consolidado, pero no así su aparato administrativo. Desde el principio quedó claro que la audiencia no contaba con suficiente capacidad para controlar un distrito tan extenso, lo que entonces no preocupó mayor cosa, pues el esquema de administración de los Habsburgo descansaba en mucho en el autogobierno de las partes del imperio. Para el siglo XVIII, sin embargo, esto se había convertido en un verdadero anacronismo, no sólo frente al afán innovador de los Borbones, sino porque verdaderamente el aparato administrativo ya no se correspondía con la realidad de la colonia, con la creciente complejidad de sus estructuras económicas, políticas y sociales; sobre todo, en la medida que se profundizan intereses conflictivos en las distintas regiones con tendencias cada vez más divergentes.

Las limitaciones del poder central se mostraban con toda su fuerza en los territorios periféricos, como ejemplo, el lado del Caribe donde la dominación española era prácticamente nominal; pero también en las provincias centrales presentaba graves desajustes que creaban descontento y rivalidades, como sucedía en Honduras entre Tegucigalpa y Comayagua, ya que las oficinas de Real Hacienda y otras instituciones se localizaban en la segunda y no en Tegucigalpa, principal centro minero de la región. Tampoco se podía atender administrativamente necesidades mínimas de los centros más lejanos, lo cual movió a Costa Rica en varias oportunidades a pedir su incorporación a Panamá. En 1818, tres años antes de la Independencia, la diputación provincial de Nicaragua, por ejemplo, propuso una reestructuración administrativa que permitiera formar una capitanía general propia para ella y Costa Rica; el principal argumento consistía en que el progreso de Nicaragua dependía de su «...separación e Independencia de la capital de Guatemala», ya que la provincia no podía ser bien gobernada, «...por un solo hombre, situado casi a un extremo, cargado de tantas y tan diversas atenciones en los infinitos ramos políticos y militares, de hacienda y de justicia puestos a su cuidado»⁶.

En un contexto mundial cada vez más opuesto al hegemonismo español, en el siglo XVIII tuvieron efecto las reformas borbónicas que debían estabilizar al imperio como conjunto. Éstas se hicieron sentir también en el Reyno de Guatemala, a través de un intento por modernizar su maquinaria administrativa. Las medidas se concentraron en el aspecto militar, pues se pretendía frenar el expansionismo inglés en el litoral del Caribe, así como en la real hacienda uniformando y agilizando la recaudación de impuestos, con lo que se buscaba financiar en parte el proyecto de defensa. Se trató, igualmente, de eliminar algunos de los desajustes administrativos mencionados anteriormente; en Honduras fue abolida la alcaldía mayor de Tegucigalpa, poniéndola bajo control de Comayagua, lo que de todos modos no borró viejos

antagonismos. El reformismo borbónico se implantó con iguales fines a lo largo del imperio español, pero con resultados desiguales; en Centroamérica, es conocido que no tuvo mayor éxito, pues pudo ser neutralizado en su mayor parte por la elite guatemalteca. Uno de sus principales logros fue que por primera vez se sistematizó el ramo de Real Hacienda, hasta entonces controlado o influido en buena medida por el grupo dominante guatemalteco.

Al igual que en las otras colonias, el reformismo borbónico dejó como saldo una mayor diferenciación regional, al demarcarse espacios administrativos (las intendencias) que adquirirían para los grupos locales legitimidad de fronteras para el ejercicio colonial del poder. Además, el reformismo estuvo acompañado de una crítica al *status* existente, y varios funcionarios por considerarlo justo, apoyaron abiertamente los intereses de las provincias contra el autoritarismo guatemalteco, lo que sólo agudizó rivalidades interoligárquicas.

Con la creación de las diputaciones provinciales entre 1812 y 1821 la demarcación de fronteras internas dio un paso adelante; aunque al final de cuentas sólo se fundaron tres —en Ciudad Real de Chiapas, León de Nicaragua y en Ciudad de Guatemala— otras regiones o provincias se sintieron con igual derecho a una propia, como sucedió con Comayagua y Quezaltenango. La creación de las diputaciones provinciales echó raíces profundas; más tarde, en tiempos de la federación centroamericana, esto fue esgrimido con éxito, por los grupos locales como otro argumento más en favor del separatismo.

Anteriormente nos referimos ya al carácter sencillo y rudimentario del aparato administrativo; ahora, en otro sentido, se debe agregar que desde sus orígenes se trató de un aparato contradictorio, portador de intereses metropolitanos, pero también del grupo local que había surgido con la Conquista. A la par de la Corona, en forcejeo por el acceso al botín colonial, este grupo crearía con el tiempo las bases de su propio poder, controlando la tierra y la mano de obra indígena y mestiza, al igual que en los niveles administrativos en los cabildos y los puestos medios de la burocracia colonial.

En el proceso de ocupación de la administración por el grupo local tuvo un papel importante la política de la Corona del arrendamiento de los cargos públicos con el fin de agenciarse fondos adicionales; a lo que se recurrió también en Centroamérica, colonia que no siempre sufragaba su propia administración, entre otras cosas, por la existencia de una elite local reacia a la contribución fiscal. En este volumen se ha insistido en las consecuencias de tal política; dio origen al cohecho y profundizó el peculado, pues se arrendaba el puesto público para participar en el botín colonial en contubernio con los grupos locales, surgiendo con el tiempo una simbiosis de intereses entre estos y el funcionario real. Lo que interesa subrayar ahora, es que con ello se

socavó definitivamente cualquier capacidad centralizadora del aparato administrativo, pues el funcionario real tendió a identificarse con intereses económicos particulares regionales, y no con el poder central establecido en la capital del Reyno. Después de 1821, muchas cosas cambiaron efectivamente, sobre todo en el intento de crear un nuevo tipo de aparato estatal —central o federalista— pero no esta característica de la administración colonial que, con la evasión de la contribución fiscal por parte de la élite local, el grupo en el poder retendría como forma de gobierno.

Cabe también destacar, como saldo colonial, que a este aparato se le identificaba, en buena medida, con el grupo local guatemalteco, precisamente en el sentido de privilegiar sus intereses particulares frente a los de las provincias, lo que lo hacía especialmente odioso; con el agravante de que se le consideraba, en buena parte con razón, como el aliado local de la Corona, en el mantenimiento del *status* colonial. Después, el grupo guatemalteco sería una fuerza central en un proceso de unificación —centralista en los años de Mariano Aycinena, federalista en el período de Gálvez y Morazán— precisamente por su poder económico y experiencia administrativa de años coloniales, pero esto mismo se le achacó, convirtiéndose al final en factor negativo.

Según uno de los últimos presidentes de la audiencia —José Bustamante y Guerra— hacia 1800 el aparato estatal del Reyno de Guatemala se componía aproximadamente de setecientos cincuenta puestos, de los cuales cerca de setecientos se encontraban en manos de «empleados americanos». Pero con este desplazamiento en favor de intereses locales no se transmitirían elementos de integración para un nuevo orden que se buscó construir después de 1821, sino —con toda su fuerza— las tendencias centrifugas señaladas. Saldos coloniales que es preciso tener en cuenta para poder entender la compleja historia centroamericana de las primeras décadas del siglo XIX y, por qué-no, la de nuestros días.

Motivada por su propia dinámica y tendencias de la época, en el siglo XVIII y primeras décadas del siguiente, la sociedad centroamericana —al igual que el resto del imperio colonial español— hizo frente a situaciones especiales que pusieron a prueba su capacidad de reacción como totalidad o como sucedió, al final de cuentas, en forma local y desigual. En 1821 un diputado centroamericano a las Cortes percibió el enorme peso de las fuerzas centrifugas —que sintetizó en «...los encontrados y contrariados intereses» de la capital guatemalteca «con los pueblos de las provincias»— y propuso una reorganización del Reyno en ocho provincias, lo que crearía un sistema institucional idóneo, ágil y equilibrado, con más representatividad local. Todo ello con el fin de mantener el vínculo con la metrópoli y evitar una balcanización del istmo, que dicho diputado ya presagiaba ⁷.

Para finalizar, en cuanto a totalidad, la sociedad colonial centro-americana tuvo su más dura prueba en las décadas de la guerra civil entre 1821 y 1840, es decir, durante la lucha entre la «patria chica» de la provincia y la «patria grande» de la Federación centroamericana que había heredado los límites territoriales del antiguo Reyno de Guatemala, confrontación en la que prevaleció al final, la primera. El proceso de achicamiento se reflejó no solo en la consolidación de los nuevos Estados centroamericanos, sino también en su espíritu político, ya que no surgió el gobierno democrático republicano, sino su antítesis: la dictadura liberal o conservadora. Después de trescientos años, en condiciones en que se había fortalecido económica pero sobre todo políticamente, el grupo local incubado en el momento mismo de la Conquista, iniciaba un nuevo período histórico. Es decir, procesos coloniales que se extienden a lo largo del tiempo y que continúan siendo, en alguna forma, marco para acontecimientos históricos actuales.

NOTAS

1. Domingo Juarros, *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1981), pág. 20.
2. Ibid., pág. 37.
3. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad guatemalteca*. (Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973), pág. 595.
4. Oliver La Farge, *Etnología Maya: secuencia de las culturas*. (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca. Tipografía Nacional, 1959), págs. 25-42.
5. Norbert Ortmayr, «Matrimonio, Estado y Sociedad en Guatemala: siglo XIX y XX»; en *Territorio y Sociedad en Guatemala*. (Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1991), págs. 58-125.
6. AGI., Leg. 423.
7. Mariano Méndez y Cordero, *Estado político de la Capitanía General de Guatemala*. (Costa Rica: Textos Fundamentales de la Independencia de Centroamericana. Selección y notas de Carlos Meléndez. Editorial Universitaria Centroamericana, 1971), págs. 37-52.

GLOSARIO

- ADELANTADO.** Gobernador militar y político de una provincia fronteriza.
- ALCABALA.** Impuesto que tenía que satisfacerse por cualquier transacción comercial. Por lo general fue del 5% del valor de los bienes comercializados.
- ALCALDE MAYOR.** Oficial administrativo y juez titular de una alcaldía mayor.
- ALCALDE ORDINARIO.** Integrante de los cabildos españoles con jurisdicción civil y criminal de primera instancia.
- ALCALDÍA MAYOR.** Jurisdicción colonial a cargo de un alcalde mayor.
- ALIADOS MEXICANOS.** Tropas y cargadores indígenas de diversas regiones mexicanas que participaron en la conquista de Centroamérica.
- ALMOJARIFAZGO.** Derecho que se pagaba por mercaderías que se exportaban o importaban.
- ALPARGATE.** Correctamente alpargata, es un tipo de sandalia hecha de cáñamo.
- ARCABUCERO.** Soldado español que utilizaba el arma de fuego llamada arcabuz.
- ARROBA.** Medida de peso equivalente aproximadamente a 11 kg.
- AUDIENCIA.** Tribunal de justicia colegiado y que entiende en los pleitos o en las causas de determinado territorio. Distrito de la jurisdicción de ese tribunal.
- AUDIENCIA DE GUATEMALA O DE LOS CONFINES.** Jurisdicción colonial que incluía la mayor parte de la Centroamérica actual, desde Chiapas (hoy día territorio mexicano) hasta la frontera actual entre Costa Rica y Panamá.
- AYUNTAMIENTO O CABILDO.** Cuerpo colegiado cuya función primordial era la gestión administrativa y financiera de una ciudad o villa. Autoridad de gobierno local de los pueblos de indios. Sala donde se celebran las reuniones del ayuntamiento.
- BALLESTERO.** Soldado español cuya arma principal era una ballesta.
- BARBECHO.** Rotación, uso de la tierra en ciclos alternos de descanso y cultivo.
- BARLOVENTO.** Impuesto cobrado para el financiamiento de la flota del barlovento.
- BOHIO.** Chozas rurales, hechas de madera y paja.
- BUCANERO.** Pirata del mar, especialmente del siglo XVII tardío.
- CABALLERÍA.** Cantidad de tierra que se repartía a los caballeros que habían contribuido

a la conquista o a la colonización de un territorio. Medida agraria equivalente a 45 hectáreas.

CABILDO ECLESIASTICO. Cuerpo de eclesiásticos asociados a una iglesia catedral.

CACIOUE. Título de origen antillano que los españoles dieron en Centroamérica a los jefes indígenas.

CACICAZGO. Jurisdicción política-territorial menos compleja, en cuanto a su estructura socioeconómica, que el pequeño Estado.

CAJA DE COMUNIDAD. Establecidas desde las postrimerias del siglo XVI. En ellas se llevaba cuenta de los ingresos por productos comunales.

CALPULES (CALPULLI). Unidad indígena clánica o territorial.

CALPISQUE. Capataz o agente administrativo del encomendero y cobrador del tributo de los indios.

CAPELLANIA. Fundación en la cual ciertos bienes quedan sujetos al cumplimiento de misas y otras cargas pías.

CASTA. Grupo de personas de ascendencia racial variada.

CASTILLA DE ORO. Jurisdicción colonial que comprendió históricamente desde el territorio de la península de Parí en la Venezuela actual, hasta el golfo de Darién y hacia la costa del Caribe de lo que hoy en día es Panamá.

CEDULA. Decreto del rey que establecía una política específica respecto a determinada cuestión.

COCOLIZTLI. Véase Gucumatz.

COFRADÍA. Congregación o hermandad que forman algunos devotos con autorización competente para ejercitarse en obras de piedad. En la práctica fue usada para afianzar la posición económica y social de algunas personas y grupos. Muy extendida en los pueblos de indios y en los de españoles.

COMISARIO. Sacerdote que servía de agente de la Inquisición en alguna jurisdicción específica.

COMPOSICIÓN. Figura jurídica instituida por la Corona a finales del siglo XVI y vinculada a la posesión de la tierra. «Componer» implicaba que el rey reconocía la posesión de tierras ilegalmente retenidas, a cambio de un determinado pago al fisco.

CONGREGACIÓN. Concentración de población dispersa en poblados centralizados.

CONMUTACIÓN. Abuso cometido por los españoles que consistía en obligar a los indios a permutar el pago de tributos por servicios personales.

CORSARIO. Pirata del mar, sobre todo del siglo XVI tardío y XVII temprano, autorizado por el rey para atacar navíos de países enemigos, especialmente en tiempo de guerra.

CORREGIMIENTO. Jurisdicción colonial gobernada por un corregidor.

CRIOLLO. Persona de ascendencia española nacida en América.

CUTARA. Sandalia similar al caite que calza el campesino, aún en la actualidad.

DEAN. Sacerdote que presidía sobre un cabildo eclesiástico.

DEJARRETAR. Cortar los tendones de las patas del ganado con una lanza o cuchillo (en España, desjarretar).

- DEMASIAS.** Tierras poseídas de más, de acuerdo a la cantidad señalada en los títulos. También se les denominó «excesos».
- DEMORA.** Temporada o periodo anual de ocho meses de trabajo de los mineros indios.
- DIEZMO.** Contribución cobrada para el sustento de la Iglesia; representaba la décima parte de la producción agrícola de cada parroquia.
- DOCTRINERO.** Un regular que tenía a su cargo una doctrina de indígenas.
- ENCOMENDERO.** El que por concesión de autoridad competente tenía indios encomendados.
- ENCOMIENDA.** Institución por la cual se señalaba a una persona un grupo de indios para que se aprovechara de los servicios y/o de los tributos de ellos, con la obligación por parte del encomendero de procurar y costear su instrucción cristiana.
- ESTADO.** Jurisdicción política-territorial que se considera más compleja, en cuanto a su estructura socioeconómica, que el cacicazgo.
- ESTANCIA.** Según la legislación colonial, unidades pecuarias de ganado mayor y ganado menor. En teoría sólo podían dedicarse a actividades ganaderas.
- FILIBUSTERO.** Véase Bucanero.
- FISCAL.** Alto oficial judicial de la audiencia.
- GRANA.** Cochinilla, insecto del que se sacaba un colorante.
- GUATEMALA.** Versión moderna del nombre que usaron los aztecas para el estado cakchiquel, con su capital Iximché.
- GUCUMATZ.** Peste no identificada, tal vez plaga neumónica.
- GUMARCAAH.** Nombre quiché de la capital y centro urbano principal del pueblo conocido también como Uatlán.
- HABILITACIÓN.** Adelanto que —en especies o dinero— era dado por un propietario de una unidad agrícola a un operario, comprometiéndose éste a trabajar por determinado tiempo.
- HACIENDA.** Gran propiedad, por lo general dedicada a la ganadería, aunque también las hubo dedicadas a cultivos como la caña de azúcar, el trigo y el añil.
- INQUISICIÓN.** Tribunal eclesiástico encargado de la averiguación y castigo de los delitos contra la fe o la moralidad pública.
- JUEZ DE MILPAS.** Funcionario menor encargado de vigilar que los indígenas cultivaran regularmente sus campos.
- LADINO.** Al principio, indígena que hablaba español. A fines del siglo XVII y en el siglo XVIII el término se usó para designar a individuos de origen indio que habían perdido todo nexo con sus comunidades y por lo tanto no eran, culturalmente hablando, indígenas. La ladinización favoreció el mestizaje.
- LAVADEROS DE ORO.** Lugar en el lecho de un río donde se lavan arenas auríferas utilizando una batea.
- MACEHUAL.** Indígena común.
- MAYORDOMO.** Persona a cuyo cargo estaba la administración de los bienes de una cofradía.

MERCEDE DE TIERRAS. Donación de tierras concedida por la Corona a los pobladores en recompensa por los servicios prestados.

MESTIZAJE. El proceso de mezcla racial.

MESTIZO. Persona de ascendencia principalmente indígena-española.

MULATO. Persona de ascendencia variada, principalmente negro-española.

NABORIOS (O LABORIOS). Indios que trabajaban para los españoles en tareas fundamentalmente domésticas. Solían vivir en barrios localizados en las afueras de las principales ciudades. Pagaban un tributo menor que los demás indios.

OBRAJE. Trabajo de teñido cualquier taller.

ODOR. Juez de la Audiencia. Puesto a la vez jurídico y administrativo.

PACTO COLONIAL. Sistema exclusivista que rigió las relaciones entre la metrópoli y sus colonias.

PANATACAT. Capital de un pequeño estado pipil, conocida también como Izquintepec, hoy día Escuintla, en la costa sur de Guatemala.

PATRONATO REAL. Patronato Real y derechos en materia eclesiástica.

PENINSULAR. Persona nacida en España.

PEONÍA. Porción de tierra o heredad que, después de hecha la conquista de un país, se solía asignar a cada soldado de a pie para que se estableciese en él.

PERULERO/MACACOS. Moneda de origen peruano.

PROVINCIA DE GUATEMALA. Consistió en lo que es la Guatemala actual, menos el departamento del Petén, más una parte de Chiapas oriental y El Salvador occidental.

PROVINCIANOS. Habitantes de las provincias del interior del Reyno de Guatemala, aquellos que no eran de Guatemala.

REALENGOS. Tierras pertenecientes a la Corona.

REPARTIMIENTOS. Con algunos de los siguientes significados: acción de repartir tierras e indios, sistema de explotación de la mano de obra indígena, distribución forzada de materia prima —algodón o hilo— que debían ser hilados o tejidos en un plazo perentorio, venta forzosa de mercancías.

RESIDENCIA. Investigación oficial realizada con el fin de conocer el comportamiento de un funcionario durante su gestión.

SANTO OFICIO. Otro nombre de la Inquisición.

SOLAR. Parcela urbana usada para construir una casa; unidad de tierra fundamental en la conquista y la fundación de centros urbanos españoles.

TAMEME. Cargador indígena.

TIERRA EJIDAL. La que era otorgada *exoficio* a cada pueblo. No podía ser enajenada. Generalmente se les daban cinco caballerías «en cuadro», equivalentes a cerca de treinta y ocho caballerías.

TIERRA COMUNAL. Aquella acumulada de acuerdo a los intereses y posibilidades económicas de cada pueblo. Podía ser objeto de enajenación y transacciones comerciales.

TONATIUH. «El sol», sobrenombre que los mexicanos dieron a Pedro de Alvarado por su cabellera rubia.

TRAZA. Plano urbano oficial de las calles, plazas, etcétera.

TRIBUTO. Carga u obligación de tributar que tenían los indígenas entre los 16 y 50 años de edad, en dinero o productos.

VALLE. Nombre con el que se conoció en el siglo XVIII a los asentamientos espontáneos de los ladinos, situados generalmente en tierras realengas.

VECINO. Que ha ganado los derechos de vecindad en una villa o ciudad, por haber colaborado en su fundación o habitado en ella por el tiempo estipulado por ley.

XIQUILITE. Planta del añil.

UNIDADES MONETARIAS, PESOS Y MEDIDAS

1 peso: 8 reales de plata.

1 tostón: 4 reales de plata.

1 real de vellón: moneda utilizada, sobre todo en España, y con fines casi exclusivos de contabilidad y cálculo en operaciones mercantiles y contables. Humboldt (*Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*) da el equivalente de 34 maravedises por un real de vellón. Añade que 1 peso de plata equivalía a 680 maravedís.

1 fanega: podía tener varias equivalencias:

fanega de extensión (de matz): 184 por 276 varas (8,8 acres).

fanega de sembradura (de trigo): 12 fanegas de grano (c/54,3 litros).

fanega de sembradura (de maíz): 20 fanegas de grano.

1 caja de maíz: 12 almudes.

1 carga cacao: 60 libras o 24.000 granos de cacao.

1 xiquipil de cacao: 8.000 granos de cacao.

1 sitio de estancia de ganado mayor: 60 cuerdas de largo \times 30 cuerdas de ancho, o 3.000 varas de largo \times 1.500 varas de ancho, o 7 caballerías.

1 sitio de estancia de ganado menor: 30 cuerdas de largo \times 15 cuerdas de ancho, o 1.500 varas de largo \times 750 varas de ancho, o 3 $\frac{1}{2}$ caballerías.

1 caballería: 22 cuerdas, 36 $\frac{1}{2}$ varas de largo \times 11 cuerdas, 18 $\frac{1}{2}$ varas de ancho.

EQUIVALENCIAS ACTUALES

1 cuerda: 50 varas castellanas.

1 vara castellana: 83,5 centímetros.

1 caballería: 43 hectáreas.

1 manzana: 16 cuerdas.

manzana: 0,7 hectáreas.

1 legua: 5,5 kilómetros.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

En este apartado bibliográfico sólo se hace referencia a las obras que consideramos más importantes para el período colonial centroamericano, con el fin sobre todo de ayudar al lector no especializado que desee profundizar en tal o cual tema. Las principales fuentes para la época colonial siguen siendo el Archivo General de Centroamérica de la ciudad de Guatemala y el Archivo General de Indias, en Sevilla, España. La experiencia de trabajo de los autores de este tomo descansa fundamentalmente en la utilización de estas fuentes. Al interesado en profundizar en la historia colonial de Centroamérica, se le sugiere consultar publicaciones periódicas como la *Revista de Historia del Centro de Investigaciones Históricas* de la Universidad Nacional de Costa Rica, al igual que el *Anuario de Estudios Centroamericanos* y la *Revista de Estudios Sociales Centroamericanos*, editadas en el mismo país. De importancia es también la *Revista del Pensamiento Centroamericano*, publicada en Managua, Nicaragua, así como la *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala* y, a partir de 1980, Mesoamérica, órgano divulgativo del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA), en la Antigua Guatemala. Algunas guías bibliográficas son también de utilidad; por ejemplo la *Research Guide to Central America and the Caribbean* (Kenneth J. Grieb, University of Wisconsin Press, 1985), sobre todo los capítulos del uno al cuarenta y uno que se ocupan de Centroamérica, así como las partes del *Handbook of Latin American Studies* —publicada desde 1936— que se refieren a la historia del istmo.

A continuación se ofrece un breve comentario de las principales obras utilizadas en este tomo; el orden que se sigue es en cierta forma temático, aunque algunas de ellas por su carácter general y tratamiento intensivo de la región se refieren por igual a la esclavitud indígena del siglo XVI como a las reformas borbónicas del siglo XVIII. En primer lugar se hace una breve referencia a las obras sobre la Conquista y demás fenómenos a que dio lugar la irrupción española en el istmo, desde la encomienda hasta el colapso demográfico indígena, presentando un resumen por país sobre la evolución demográfica a lo largo del período colonial. Después se mencionan las obras más importantes para el período colonial como conjunto, de las más generales a aquellas de orden temático más específico.

LA CONQUISTA

Pedro de Alvarado, «Dos cartas de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés» (1944). Obra de consulta necesaria para entender la conquista de Guatemala. Con los Anales de los cakchiqueles, es una de las pocas obras escritas por testigos o actores de los propios hechos, en este caso el principal líder de la hueste conquistadora de Guatemala.

Robert M. Carmack, *Evolución del Reino Quiché* (1979). Al igual que la versión en inglés, es una obra indispensable para el estudio de los maya-quiché de Uatatlán. Desde un enfoque histórico antropológico, el autor presenta formas de adaptación y respuesta indígena al sistema colonial, bajo el hilo conductor de la continuidad y el cambio en la cultura indígena en los distintos períodos históricos, desde la época precolombina hasta tiempos recientes.

Robert S. Chamberlain, *The Conquest and Colonization of Honduras: 1502-1550* (1953). Útil para entender las distintas facetas y actores de la conquista de Honduras, la revuelta de Lempira y otros temas. Importante aporte porque arroja luz en la compleja historia hondureña de las primeras décadas.

John K. Chance, *Razas y clases de la Oaxaca colonial* (1982). Estudia para los siglos XVI y XVII, con datos interesantes, el caso de un grupo de indígenas mayas guatemaltecos descendientes de esclavos llevados a esa parte de México desde los tiempos de la Conquista.

Noble David Cook y W. George Lovell, eds., «*Secret Judgments of God*»: *Old World Disease in Colonial Spanish America* (1991). Presenta una colección de ensayos interesantes y útiles para el estudio de la historia demográfica y el impacto de las epidemias sobre la población indígena.

William R. Fowler, Jr., *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America* (1989). Más que la Conquista propiamente, el autor enfoca a la sociedad indígena en el momento justo que antecede y precede al contacto con los invasores españoles. Estudia además la encomienda y otras instituciones del colonialismo español de los primeros años.

«El Licenciado Francisco Marroquín y una descripción de El Salvador, año de 1532» (1968). Se trata del registro más temprano y completo publicado hasta hoy de toda la región centroamericana sobre un grupo grande de pueblos indígenas.

Oviedo García Regueiro, «El repartimiento de Perafán de Ribera (Una estimación de la población indígena costarricense en 1569)» (1987). Constituye el estudio demográfico más completo de Costa Rica en el momento de la imposición de la encomienda.

Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano* (1726-1730). Obra clásica de la historiografía colonial latinoamericana, importante por los datos que contiene y que se relacionan con temas frecuentemente ignorados en otros estudios, tanto antiguos como modernos.

Carol Jopling, «Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII: selección de documentos del Archivo General de Indias» (manuscrito inédito). Compila una extensa colección de datos para el estudio de la historia social panameña y centroamericana.

Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz, «Fire in the Mountains: Juan de Espinar and the Indians of Huehuetenango, 1525-1560» (1991). Estudio de un caso concreto de las relaciones que se establecen entre una comunidad maya y su encomendero, ilustrando el funcionamiento de una encomienda temprana.

Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Introduc-

ción y notas de Manuel Ballesteros y Gaibrois (1977). Obra clásica que seguramente exagera en algunos aspectos, pero de todos modos una lectura valiosa sobre las distintas actitudes y visiones que surgieron en torno a la población indígena en los años de la Conquista.

W. George Lovell, «Disease and Depopulation in Early Colonial Guatemala» (1991). Presenta una cronología y discusión detallada sobre las epidemias que asolaron a la población indígena guatemalteca a principios del siglo XVI. Del mismo autor, *Conquista y cambio social: La sierra de los Cuchumatanes de Guatemala, 1500-1821* (1990). Estudio de carácter regional sobre el impacto de la Conquista y la encomienda en un territorio periférico de la colonización española. El autor se ocupa, para el caso del altiplano de los Cuchumatanes, con los patrones de trabajo, uso y tenencia de la tierra, así como con la evolución demográfica de esta región. La obra abarca todo el período colonial, pero es especialmente útil para el conocimiento de las primeras décadas.

Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. Título de los Señores de Totonicapán (1980). Obra clásica que presenta la voz indígena guatemalteca frente a la conquista española y sus consecuencias. Es importante desde distintos ángulos; además de proporcionar datos valiosos sobre las etapas de la conquista guatemalteca y su impacto en la sociedad indígena, se refiere al aspecto más complejo de las formas de reacción indígena ante los procesos de aculturación que implanta el sistema colonial.

Linda A. Newson, «Indian Population Patterns in Colonial Spanish America» (1985). En forma comparativa, la autora trata distintos aspectos de la historia poblacional indígena en su contexto regional y continental. De la misma autora, *Indian Survival in Colonial Nicaragua* (1987) y su equivalente hondureño, *The Cost of Conquest: Indian Decline in Honduras Under Spanish Rule* (1986). Son dos obras pioneras para entender la historia demográfica y socioeconómica de la población indígena de estas dos provincias durante el período colonial.

Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista* (1986). Presenta en forma global a nivel latinoamericano la respuesta indígena a la invasión española, pero le dedica poca atención a la región centroamericana.

Sandra L. Orellana, *The Tzutuhil Mayas: Continuity and Change, 1250-1630* (1984). Se ocupa poco del estudio de la Conquista y sus consecuencias, pero es obra importante sobre la evolución zututil en el período de referencia.

Claudia Quirós, *La era de la encomienda* (1990). Obra esencial para comprender el primer repartimiento de indios en encomienda y la historia de esa institución en el contexto costarricense.

William L. Sherman, *Forced Native Labor in Sixteenth Century Central America* (1979). Obra clave para el estudio de la Conquista, encomienda y esclavitud indígena. Interesantes son también sus observaciones sobre la implantación en Centroamérica de las Nuevas Leyes. La traducción de la obra de Sherman: *El trabajo forzoso en América Central (siglo XVI)* (1987) es excelente, pero sin el auxiliar de un índice analítico.

Juan Carlos Solórzano Fonseca, «La conquista de Centroamérica» (1987). Presenta la Conquista a base de fuentes primarias publicados, dando una visión de conjunto de un período sumamente complicado. Igualmente útil e interesante es el estudio del mismo autor, «La búsqueda del oro y la resistencia indígena: campañas de exploración y conquista de Costa Rica (1502-1610)». Manuscrito inédito.

Colección Somoza: Documentos para la historia de Nicaragua. Andrés Vega Bolaños, editor (1954-1957). Fuente esencial para la historia colonial temprana de la región suroriental centroamericana.

Elías Zamora Acosta, *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI: Tradición y cambio en Guatemala* (1985). Es sin duda uno de los estudios más importantes para la comprensión del pueblo maya del occidente de Guatemala en el siglo XVI.

LA HISTORIA DEMOGRÁFICA

La investigación demográfica de la Centroamérica colonial se viene practicando ultimamente por investigadores centroamericanos, pero el papel desempeñado por los estudiosos extranjeros no puede ser negado. Murdo MacLeod, por ejemplo, realizó dos síntesis importantes que abordan exclusivamente temas relacionados con la población, a saber: «An Outline of Central American Colonial Demographics» (1982); y «Modern Research on the Demography of Colonial Central America» (1983). William L. Sherman, ofrece también en su *Trabajo forzoso en América Central* (1987) valiosos apéndices de datos poblacionales procedentes de fuentes primarias y secundarias. Ambos, especialmente MacLeod, proporcionan una orientación fiable para los periodos coloniales temprano y inedio. Adriaan van Oss, en su artículo «La población de América Central hacia 1800», publicado en *La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala* (1981), cumple con una función similar para la región en su totalidad en vísperas de la independencia. A medida que la cantidad y la calidad de los estudios mejore, período tras período y lugar por lugar, el conocimiento del istmo progresará más allá de la identificación de patrones amplios y generales, para llegar a reflexiones más matizadas.

A nivel nacional, el equilibrio del saber actual se inclina fuertemente en favor de Guatemala y Costa Rica, que ocupa el segundo lugar en este tema gracias a los esfuerzos colectivos de un equipo de investigadores de la Universidad de Costa Rica. El Salvador, Honduras y Nicaragua se encuentran muy atrás, a pesar del progreso reciente. Dentro del contexto nacional de México, el Estado de Chiapas —el cual fuera administrado durante el período colonial como parte de la Audiencia de Guatemala— ha sido registrado en forma razonable. Indicamos referencias bibliográficas, comenzando por Chiapas y continuando de norte a sur del istmo centroamericano, para incluir Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

CHIAPAS

El libro de Peter Gerhard, *The Southeast Frontier of New Spain* (1979) contiene datos poblacionales sobre Chiapas (provincia interior que comprendía aproximadamente la mitad del actual estado mexicano de Chiapas) y sobre Soconusco. La obra de Gerhard ha sido complementada recientemente por los trabajos de Robert Wasserstrom, *Class and Society on Central Chiapas* (1983); Janine Gasco, *Cacao and the Integration of Native Society in Colonial Soconusco* (1987); y Rodney Watson, «Informal Settlement and Fugitive Migration Amongst the Indians of Late-colonial Chiapas, Mexico» (1990).

GUATEMALA

A través de toda la obra de MacLeod, *Historia socioeconómica* (1980), sale a la superficie un interés por los datos sobre población, lo cual está en obvio contraste con el estudio de Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo* (1973), en el cual las cuestiones demográficas son tratadas rápidamente. Aparentemente en el caso de Francisco Solano, *Los mayas del siglo XVIII* (1974), dichas cuestiones constituyen un enfoque principal, mas no se les da un manejo erudito adecuado. La problemática es mejor tratada en los documentos de Elías Zamora, «Conquista y crisis demográfica» (1983) v en *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI* (1985). Las tendencias poblacionales dentro y en los alrededores de la capital colonial figuran centralmente en Christopher H. Lutz, *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773* (1982). Esta obra constituye el primer acercamiento al estudio demográfico de la capital del Reyno durante dicho período, analizando el origen y desarrollo de los distintos grupos socio-raciales que formaban la ciudad de Santiago. Las regiones más marginadas, como las de Rabinal y los Cuchumatanes, son tratadas respectivamente por Michel Bertrand, en *Terre et société coloniale* (1987) y por W. George Lovell, en *Conquista y cambio cultural* (1990).

EL SALVADOR

En este caso, contamos con la obra clásica de Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador* (1942). William R. Fowler, con sus estudios «La población nativa de El Salvador al momento de la conquista española» (1988) y *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations* (1989), ha contribuido a mejorar nuestro entendimiento de este tema en forma considerable. También son de utilidad las obras de David Browning, *El Salvador: Landscape and Society* (1971). Hay traducción al español, *El Salvador: La tierra y el hombre* (1975), enriquecida con un índice analítico. Howard E. Daugherty, *Man-Induced Ecologic Change in El Salvador* (1969); y William H. Durham, *Scarcity and Survival in Central America* (1979).

HONDURAS

Al estudio que hiciera Carl L. Johannessen's, *Savannas of Interior Honduras* (1963) debemos agregar ahora dos obras claves; la primera por Linda A. Newson, «La población de Honduras bajo el régimen colonial» (1985); v, de la misma autora, *The Cost of Conquest* (1986). Otro erudito de la tradición de Berkeley, quien al igual que Newson combina trabajo de campo meticuloso con análisis de archivos, es William V. Davidson en su documento, «Geografía de los indígenas toles (*jicaques*) de Honduras en el siglo XVIII» (1985).

COSTA RICA

Un trabajo amplio, en el cual se le da atenta consideración a la historia poblacional en su contexto, es el de Carolyn Hall, *Costa Rica* (1985). Los siglos XVI y XVII son abordados por Elías Zamora, con *Etnografía histórica de Costa Rica* (1980). El período colonial tardío es atendido por Héctor Pérez Brignoli en *La población de Costa Rica según el obispo Thiel* (1988). La manumisión y el mestizaje son tratados por Lowell Gudmundson, en su estudio «Mecanismos de movilidad social para la población de procedencia africana en Costa Rica colonial» (1978).

OBRAS GENERALES Y TEMAS ESPECÍFICOS

El período que abarca el siglo XVII y principios del XVIII plantea desde el punto de vista bibliográfico serios problemas. Sobre todo, porque existen muy pocos trabajos que se hayan ocupado específicamente de él. Algunos autores han efectuado aportes parciales, quedando aún una gran mayoría de temas planteados a niveles bastante generales en cuanto a su análisis e interpretación.

Pueden señalarse tres trabajos que tratan de aportar visiones globales acerca de este período, y del régimen colonial en general. Severo Martínez, *La Patria del Criollo* (1973), elaboró un ensayo sobre el régimen colonial, principalmente para el caso guatemalteco. Una de sus preocupaciones fundamentales es la de explicar los mecanismos e instituciones que se pusieron en práctica a nivel local con tales propósitos. Ello le llevó a examinar el período como una unidad, sin plantearse las peculiaridades que a nivel del desarrollo de las relaciones de producción podrían llevar a considerar diferentes etapas o períodos dentro del régimen colonial. Sigue siendo una obra útil, sobre todo porque es —con las salvedades del caso— el esfuerzo mayor hasta ahora realizado sobre esta etapa de nuestra historia. Por otro lado, *Motines de Indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas* (1983), es el aporte más completo para el estudio de la reacción indígena ante la violencia y el despojo del sistema colonial.

Murdo MacLeod, *Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720* (1980), considera que tales fechas abarcan una primera fase del período colonial. En la base de sus planteamientos se encuentra un insistente recordatorio sobre el carácter dependiente de la sociedad colonial centroamericana a nivel de las relaciones económico-comerciales con la metrópoli. Tal posición le hace sostener que el desarrollo económico local fue posible, básicamente, como un reflejo de las fluctuaciones del mercado internacional. Plantea que luego de una fase de crisis se dieron signos de recuperación de la economía local desde 1635 hasta 1720. Como características básicas de esta fase el autor se refiere a una lenta recuperación demográfica y a la ruralización de la sociedad colonial, como alternativa a la sobrevivencia en período de crisis por la ausencia de los contactos con el exterior. El autor hace un importante acopio de datos para sostener sus planteamientos, aunque para ello acude con frecuencia a las extrapolaciones y generalizaciones. Pueden señalarse otros dos aportes de este autor, *Los indígenas de Guatemala en los siglos XVI y XVII: tamaño de la población, recursos y organización de la mano de obra; Relaciones étnicas y la sociedad indígena en la pro-*

vincia de Guatemala, ca. 1620-ca. 1800 (1985), en los que también se encuentran planeamientos similares.

Miles Wortman, *Gobierno y sociedad en Centroamérica, 1680-1840* (1991), encuentra en todo este período cierta unidad histórica, a partir de su periodización en tres fases cronológicas: el final del régimen colonial, las reformas borbónicas y la etapa republicana. Este autor sostiene como MacLeod la existencia de una crisis del sistema colonial que iría desde 1680 hasta 1730. El aporte documental de este trabajo es importante. Por otra parte, en un breve artículo, *Elites y Habsburgos ante las coyunturas económicas del siglo XVII en Centroamérica* (1985) condensa los aspectos más importantes de su trabajo e investigaciones. Germán Romero Vargas, *Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII* (1988), presenta una visión global bastante completa y documentada acerca del desarrollo histórico de Nicaragua durante ese siglo. Su análisis —que privilegia el siglo XVIII— permite conocer los antecedentes históricos acerca del funcionamiento de la sociedad colonial a nivel provincial —el caso nicaragüense— y es un valioso complemento para fines de comparación de dos «estilos» de desarrollo del modelo colonial: el centro (Santiago de Guatemala) y la provincia (Nicaragua).

Siempre a nivel de las antiguas provincias del Reyno de Guatemala, podemos mencionar los trabajos de David Browning, *El Salvador, la tierra y el hombre* (1975) y el de Elizabeth Fonseca, *Costa Rica Colonial: la tierra y el hombre* (1984). Ambos son importantes aportes para conocer —sobre todo— el pormenorizado desarrollo del factor más importante de reproducción del régimen colonial: la tierra. La obra de Francisco de Paula García Peláez (1968) es sin lugar a dudas, uno de los trabajos más importantes con que cuenta la bibliografía e historiografía de la región. En ella se encuentra un acopio enorme de análisis e información acerca del régimen colonial. Los trabajos de Manuel Rubio Sánchez, *Historia del añil o xiquilite* (1976), *Comercio terrestre de y entre las provincias de Centroamérica* (1973), *Historia del Puerto de Trujillo* (1975), *Historia del Realejo* (1975), *Alcaldes Mayores* (1979), *Jueces Reformadores de Milpas en Centroamérica* (1982), continúan siendo básicos como obras de consulta previa para introducirse al período. El aporte es significativo y es una guía necesaria para retrazar cualquier recorrido histórico-documental de la historia colonial regional.

Julio Pinto Soria, *El valle Central de Guatemala, 1524-1821* (1988), *Estructura agraria y asentamiento en la Capitanía General de Guatemala* (1982), *Economía y Comercio en el Reyno de Guatemala* (1982), propone en sus trabajos los análisis más recientes acerca del funcionamiento de la economía colonial, sobre todo la del valle central de Guatemala. Otros dos autores que también han tratado de contribuir al conocimiento del funcionamiento de la economía del valle central de Guatemala son Jorge Luján, *Agricultura, mercado y sociedad en el corregimiento del valle de Guatemala, 1670-1680* (1988) y Pilar Hernández Aparicio, *Problemas socioeconómicos en el valle Central de Guatemala, 1670-1680* (1977).

Christopher Lutz y George Lovell, *Centro y periferia en la Guatemala colonial* (1991), presentan un intento sistematizado para tratar la problemática de la regionalización económica en el territorio guatemalteco. En el reciente trabajo de Jean Piel, *San Andrés Sajcabajá: muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala, 1500-1970* (1989) pueden encontrarse valiosos elementos para comprender el desarrollo de ciertas regiones del altiplano central guatemalteco durante el período colonial.

Juan C. Solórzano F. hace una apretada síntesis acerca de la situación comercial de Costa Rica durante la primera mitad del siglo XVIII en su obra *El comercio exterior de Costa Rica durante la primera mitad del siglo XVIII* (1988). Janine Gasco se ha dedi-

cado recientemente al estudio de la región de Soconusco, *Una visión de conjunto de la historia demográfica y económica del Soconusco Colonial* (1989), haciendo interesantes aportes en tal sentido. Entre las publicaciones periódicas que se han dedicado en los últimos años a la cuestión colonial, se encuentra la revista *Mesoamérica*, que ha dedicado sus números 18 y 20 al estudio de la historia de Chiapas. Por su parte, Steve Webre editó una antología de artículos, *La sociedad colonial en Guatemala: estudios regionales y locales* (1989), que tratan acerca de temas económicos relacionados con la antigua gobernación de Guatemala. Linda A. Newson, *La minería de la plata en la Honduras colonial* (1989) y Robert C. West, *The mining economy of Honduras during the colonial period* (1959) siguen siendo pioneros en el estudio de esta temática y región.

Los trabajos misceláneos de José Joaquín Pardo, *Efemérides de la Antigua Guatemala, 1541-1779* (1984) y Juan Gavarrete, *Anales para la historia de Guatemala, 1497-1811* (1980) son también importantes para poder establecer cronologías orientadoras del desarrollo histórico colonial. Juan Gavarrete, *Índice General del Archivo del extinguido Juzgado Privativo de Tierras de la República de Guatemala* (1992) aportó un importante instrumento para poder apreciar con mayor realismo la magnitud e impacto del desarrollo de la propiedad de la tierra durante el régimen colonial y, sobre todo, en lo que respecta a la actual república de Guatemala.

La mejor introducción al conocimiento del aparato administrativo del Imperio español sigue siendo la obra de Clarence H. Haring, *The Spanish Empire in America* (1947). En este sentido todavía hace falta un estudio sobre la Audiencia de Los Confines o de Guatemala. Para la historia institucional de las subdivisiones internas de la Audiencia durante la colonia, continúa siendo indispensable el artículo de Carlos Molina Argüello, «Gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos en el Reino de Guatemala» (1960). Es recomendable también, de Peter Gerhard, «Colonial New Spain, 1519-1786: Historical Notes on the Evolution of Minor Political Jurisdictions» (1972). Sobre el puesto de gobernador en la época temprana, es de interés el trabajo de Carlos Molina Argüello, *El gobernador de Nicaragua en el siglo XVI* (1949). Por lo general, todavía hacen falta estudios documentados de carreras administrativas individuales.

Los cabildos coloniales de Centroamérica tampoco han sido estudiados lo suficiente. Stephen Webre, *The social and economic bases of cabildo membership in seventeenth-century Santiago de Guatemala* (1980) constituye en este sentido un trabajo pionero, con en el análisis específico del funcionamiento interno del cabildo de la ciudad de Santiago de Guatemala. También es importante su trabajo acerca del papel económico desempeñado por dicho cabildo, *Política y comercio en la Guatemala del siglo XVII* (1987) durante el siglo XVII. Respecto al cabildo guatemalteco puede consultarse también Ernesto Chinchilla Aguilar, *El Ayuntamiento colonial de la ciudad de Guatemala* (1961). Gustavo Palma, *Núcleos de poder local y relaciones familiares en la ciudad de Guatemala a finales del siglo XVIII* (1986) presenta asimismo un extenso análisis sobre el desarrollo de los grupos de poder en la capital del Reyno. *Las Cartas de Cabildos: Audiencia de Guatemala* (2 tomos, 1982) contienen una apretada síntesis de la correspondencia enviada por los distintos ayuntamientos del Reyno de Guatemala a las autoridades metropolitanas, permitiendo conocer las necesidades y preocupaciones que ocuparon a dicha institución, al igual que el desarrollo de la propia gestión administrativa local.

Hay cierta reserva frente a la historia política, en parte debido a la tendencia a pensarla como una disciplina estéril, tradicionalista y apologetica. Sin embargo, re-

cientemente han aparecido varios ensayos de un nuevo enfoque que reconoce que lo político no se separa tan fácilmente de lo socioeconómico. Ejemplos incluyen trabajos de Julio César Pinto Soria, *Raíces históricas del estado en Centroamérica* (1983), y de Murdo J. MacLeod, «The Primitive Nation State, Delegation of Functions, and Results: Some Examples from Early Colonial Central America» (1982). También son importantes, dos artículos de Stephen Webre, «El trabajo forzoso de los indígenas en la política colonial guatemalteca, siglo XVII» (1987) y «Política y comercio en Santiago de Guatemala en el siglo XVII» (1989).

La historia eclesiástica ha sido más afortunada; durante los últimos años han aparecido trabajos valiosos sobre esta temática para varios de los países centroamericanos. Para Guatemala es de especial importancia la obra de Adriaan Cornelis van Oss, «Catholic Colonialism: A Parish History of Guatemala, 1524-1821» (1987). Constituye el primer intento serio por conocer el funcionamiento de la Iglesia católica durante el régimen colonial. El apoyo documental de su trabajo es denso e importante. Hay también una colección útil de documentos, hecha por Agustín Estrada Monroy, *Datos para la historia de la Iglesia en Guatemala* (1972-1979). Para una visión de la vida cotidiana en los monasterios de Chiapas y Guatemala, es imprescindible el relato del dominico inglés Thomas Gage (1603?-1656), publicado por primera vez en Londres en 1648. La edición moderna más útil es la de J. Eric S. Thompson, *Thomas Gage's Travels in the New World* (1958). Entre otros trabajos sobre aspectos especializados de la historia eclesiástica, merece mención en particular el de Ernesto Chinchilla Aguilar, *La inquisición en Guatemala* (1953). El campo de la biografía, temática por lo general pobremente tratada para la época colonial, cuenta con dos buenos estudios sobre obispos guatemaltecos, el de Carmelo Sáenz de Santa María, *El licenciado don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala (1499-1563)* (1964); y el de José Zaporta Pallarés, *Vida eclesial en Guatemala, a fines del siglo XVII, 1683-1701* (1983), que trata de la carrera del obispo fray Andrés de las Navas y Quevedo. Otras contribuciones útiles a la historia de la Iglesia en Centroamérica colonial son, de Edgar Zúñiga C., *Historia eclesiástica de Nicaragua*, 1ª parte: *La cristiandad colonial, 1524-1821* (1981); de Ricardo Blanco Segura, *Historia eclesiástica de Costa Rica: Del descubrimiento a la erección de la diócesis, 1502-1850* (1983); y de José María Tojeira, *Panorama histórica de la Iglesia en Honduras* (1986).

Sobre las rivalidades europeas, y sus consecuencias para Centroamérica, al igual que para la historia temprana de los asentamientos extranjeros en la costa del Caribe, el estudio general más recomendable sigue siendo el de Troy S. Floyd, *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia* (1967). Es también útil la obra de José Antonio Calderón Quijano, *Belice, 1663(?) - 1821: Historia de los establecimientos británicos del río Valis hasta la independencia de Hispanoamérica* (1944). Los piratas son el tema de muchos estudios, de los cuales es particularmente sólido el de Peter Gerhard, *Pirates on the West Coast of New Spain, 1575-1742* (1960). De los varios relatos contemporáneos escritos por los mismos bucaneros, el más conocido, aunque no el más confiable, es el de Alexandre Olivier Exquemelin (1645-1707), publicado por primera vez en holandés bajo el título *De Americaenische Zeerovers* (1678). Existen varias ediciones modernas. Sobre las fortificaciones centroamericanas de la época colonial, merecen consultarse las obras de Roberto Trigueros Bada, «Las defensas estratégicas del río de San Juan de Nicaragua» (1954) y de Mariana Rodríguez del Valle, *El castillo de San Felipe del golfo Dulce: Historia de las fortificaciones de Guatemala en la edad moderna* (1960). La organización militar del istmo a fines del siglo XVII, es tratada por Stephen Webre en

«Las compañías de milicia y la defensa del istmo centroamericano en el siglo XVII: El alistamiento general de 1673» (1987).

Sobre la actividad misionera en el siglo XVIII tardío, el lector debe consultar la bibliografía citada para la historia de la Iglesia y sobre todo las obras de Zúñiga y Blanco Segura. La carrera de fray Antonio Margil de Jesús y sus compañeros es estudiada en *The Formative Years of the Missionary College of Santa Cruz of Querétaro, 1683-1733*, de Michael B. McCloskey, O.F.M. (1955). También es útil el artículo de Jesús María García Añoveros, «Presencia franciscana en la Taguzgalpa y la Tologalpa (la Mosquitia)» (1988). La conquista del Petén es narrada por Juan de Villagutierre Sotomayor, en su *Historia de la conquista de la provincia de el Itzá* (1701), de la que existe una edición moderna de Jesús María García Añoveros en la serie Crónicas de América (1985). Entre los estudios modernos, es de particular importancia el de Jan de Vos, *La paz de Dios y del rey: La conquista de la selva lacandona, 1525-1821* (1980). Presenta una visión de lo que era la vida durante la colonia, en el lado no conquistado de la frontera. Además, es imprescindible la obra reciente de Grant D. Jones, *Maya Resistance to Spanish Rule: Time and History on a Colonial Frontier* (1989), que trata de los antecedentes del episodio.

En el ramo de la historia cultural e intelectual, la literatura tiende a concentrarse en la provincia de Guatemala y en particular en la ciudad de Santiago, hecho que refleja el dominio que ellas ejercían sobre el resto del mundo centroamericano. Sobre la arquitectura colonial de ésta ciudad, llamada en la actualidad la Antigua Guatemala, hay buenos estudios, el de Sidney David Markman, *Colonial Architecture of Antigua Guatemala* (1966) continúa siendo el aporte más completo para conocer el desarrollo material de la ciudad de Santiago de Guatemala. Además, es una guía insustituible para conocer el progreso material de la Iglesia en Guatemala. De Markman también existe un trabajo más reciente sobre la arquitectura provincial, *Architecture and Urbanization in Colonial Chiapas, Mexico* (1984). Recomendable es también ver la obra de Verle Lincoln Annis, *The Architecture of Antigua Guatemala, 1543-1773* (1968). Entre las varias obras que se ocupan con edificaciones religiosas, son dignos de mención los de María Concepción Amerlinck, *Las catedrales de Santiago de los Caballeros de Guatemala* (1981) que presenta un estudio completo acerca del esfuerzo material que significó la construcción de la iglesia más importante de Santiago de Guatemala, así como sobre sus aspectos artísticos y materiales. Para el arte colonial, el trabajo clásico sigue siendo el de Heinrich Berlin, *Historia de la imaginería colonial en Guatemala* (1952).

Para una introducción breve a la historia de la imprenta y de la cultura del libro en Centroamérica colonial, es útil el *Catálogo del Museo del Libro Antiguo: Impresos guatemaltecos de la época colonial*, (1971). La evolución de la enseñanza superior se puede trazar mediante varios estudios, de los cuales son de particular importancia los de Carmelo Sáenz de Santa María, *Historia de la educación jesuítica en Guatemala*, primera parte: *Periodo español (siglos XVII y XVIII)* (1978), que sigue siendo pionero en cuanto al papel desempeñado por las órdenes religiosas en el campo de la educación durante el régimen colonial. Los trabajos de Juan Rodríguez Cabal, *Universidad de Guatemala: su origen, fundación y organización* (1976) y de José Mata Gavidia, *Fundación de la Universidad en Guatemala* (1954) permiten conocer lo relacionado con el desarrollo de la educación superior a nivel regional. También sobre dicha materia son importantes los trabajos de John Tate Lanning, *The University in the Kingdom of Guatemala* (1955) y *La Ilustración en la Universidad de San Carlos* (1976). Un resumen valioso de las letras coloniales se ofrece en los *Apuntes para la historia de la literatura*

guatemalteca: Épocas indígena y colonial, de Luis Antonio Díaz Vasconcelos (1950).

De las más importantes obras históricas producidas durante la época colonial, existen ediciones modernas. Una traducción buena y accesible del Memorial de Sololá: Anales de los cakchiqueles es la de Adrián Recinos (1950). Los trabajos de Bernal Díaz del Castillo y Bartólome de Las Casas son ampliamente conocidos y aparecen en varias ediciones modernas. De la crónica de Antonio de Remesal hay buena edición guatemalteca hecha en 1932. Sin embargo, es más accesible la llevada a cabo bajo dirección de Carmelo Sáenz de Santa María, *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala* (1964-1966), la que cuenta con un excelente estudio preliminar. Al enfrentamiento entre Remesal y los criollos de Guatemala le ha dedicado Sáenz de Santa María también un artículo, «La tradición lascasiana y los cronistas guatemaltecos: El caso del cronista fray Antonio Remesal, O.P.» (1956).

Los cronistas coloniales, Francisco A. de Fuentes y Guzmán (1932-1933), Francisco Ximénez (1967), Francisco Vásquez (1967), Antonio de Remesal (1932) y José D. Juarros (1981) pueden ser considerados como los grandes telones de fondo, necesarios para acercarse al conocimiento de la historia colonial. Salvo Juarros, los demás prácticamente se detienen en los inicios del siglo XVIII. La *Recordación florida* de Fuentes y Guzmán apareció en una edición parcial en Madrid en 1882, editándose la obra completa en Guatemala en 1932-1933. Hoy es preferible utilizar la de Carmelo Sáenz de Santa María, en *Obras históricas de don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán* (1969-1972), que cuenta entre sus ventajas con un excelente estudio preliminar, así como un índice alfabético detallado. Sobre la ideología criollista es imprescindible la obra de Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo* (1973), que incluye un análisis importante de Fuentes y Guzmán y su obra. El historiador británico David A. Brading coloca a Fuentes y Guzmán en un contexto mucho más amplio en un trabajo reciente, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867* (1991). En este sentido también es recomendable el estudio de André Saint-Lu, *Condition coloniale et conscience créole au Guatemala, 1524-1821* (1970), de que hay también traducción castellana hecha en Guatemala en 1978.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- AGCA. Archivo General de Centro América, Ciudad de Guatemala.
- AGI. Archivo General de Indias, Sevilla, España.
- ACUÑA O., V. *Le commerce extérieur du Royaume de Guatemala au XVIII^e siècle: une étude structurelle*. Tesis. (París: Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 1978.)
- AGUJA, O. M. «Rebeliones Indígenas en Guatemala» en *Alero*, 16: 147-161, (1976).
- ALVARADO, PEDRO DE, «Dos cartas de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés» en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, 19 (5): 386-396, (1944).
- : *Relación hecha a Hernando Cortés*. (México, D.F.: José Porrúa e Hijos, 1954.)
- AMERLINCK, M. C. *Las catedrales de Santiago de los Caballeros de Guatemala*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.)
- AMERLINK DE BONTEMPO, M. J. «Conquista espiritual y económica: la formación de haciendas de frailes dominicos en Chiapas colonial, 1545-1700» en *Mesoamérica*, 20: 215-229, (1990).
- ANNIS, V. L. *The Architecture of Antigua Guatemala, 1543-1773*. Edición bilingüe. (Guatemala: Universidad de San Carlos, 1968.)
- APARICIO, E. *Conquistadores y fundadores de familias guatemaltecas*. (México, 1961.)
- Apuntamientos sobre la agricultura y comercio del reyno de guatemala que el Señor Doctor Don Antonio Larrazábal Diputado de las Cortes extraordinarias de La Nación por la misma ciudad, pidió al Real Consulado en junta de Gobierno de 20 de Octubre de 1810*. (Guatemala: Impreso en la oficina de Don Manuel Arévalo, 1811.)
- ARCILA FARIAS, E. *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII*. (México: El Colegio de México, 1950.)
- ARGUETA, M. «Conquista espiritual y reducciones en la Taguzgalpa: siglos XVII y XVIII» en *Revista de la Universidad*, 6 (16): 81-88, (1979).
- ASSADOURIAN, CARDOSO, CIAFARDINI, et al. *Modos de Producción en América Latina*. (Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, 1975.)
- BAKEWELL, P. *Silver mining and society in colonial Mexico. Zacatecas, 1546-1700*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1971.)

- : «Registered silver production in the Potosí district, 1550-1735» en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft von Gesellschaft Lateinamerikas*, 12, (1975).
- BARGALLO, M. *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial*. (México, 1955.)
- BARÓN CASTRO, R. *La población de El Salvador: estudio de su desenvolvimiento desde la época prehispánica hasta nuestros días*. (Madrid: C.S.I.C., Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1942.)
- BERGMANN, John F. «The Distribution of Cacao Cultivation in Pre-Columbian America» en *Annals of the Association of American Geographers*, 59 (1): 85-96, (1969).
- BERLIN, H. *Historia de la imaginaria colonial en Guatemala*. (Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1952.)
- BERTRAND M. «La terre et les hommes: étude de la société rurale en Basse Verapaz (XVIe-XVIIe siècles)» en *Cahiers de la R.C.P.* 500, 3: 49-100, (1981).
- : «Les mécanismes de la révolte indigène en Verapaz du XVI au XIX siècles» en *Cahiers de la R.C.P.* 500 4: 107-140, (1982).
- : *Terre et société coloniale. Les communautés maya-quiché de la région de Rabinal, des origines au XIX siècle*. (México: CEMCA, 1987.)
- BLANCO SEGURA, R. *Historia eclesiástica de Costa Rica: Del descubrimiento a la erección de la diócesis, 1502-1821*. 2ª edición. (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1983.)
- BRADING, D. A. *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1991.)
- BORAH, W. *Early colonial trade and navigation between Mexico and Peru*. (Berkeley: University of California Press, 1954.)
- : *El siglo de la depresión en Nueva España*. (México: SepSetentas, 1975.)
- : (coordinador). *El gobierno provincial en la Nueva España, 1570-1787*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.)
- BOYER, R. «Mexico in the seventeenth century. Transition at a colonial society» en *Hispanic American Historical Review*, 58 (3): 455-478, (1977).
- BRADING, D. A. *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1975.)
- BROWNING, D. *El Salvador: Landscape and Society*. (London: Oxford University Press, 1971). *El Salvador, la tierra y el hombre*. (San Salvador: Ministerio de Educación, 1975.)
- CABEZAS, H. *Las reducciones indígenas en Guatemala durante el siglo XVI*. (Tesis de Licenciatura.) (Guatemala: Universidad de San Carlos, Escuela de Historia, 1974.)
- : «Los primeros veinticinco años del régimen de tierras en Guatemala, 1525-1563» en *Revista de Indias*, 145-146: 31-50, (1976).
- CÁCERES, L. R., editor. *Lecturas de Historia de Centroamérica*. (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1989.)
- CALDERÓN QUIJANO, J. A.: «El fuerte de San Fernando de Omoa» en *Revista de Indias*, 3 (9): 515-548, (1942); 3 (11): 127-163, (1943).

- : *Belice, 1663(?) - 1821: Historia de los establecimientos británicos del río Valis hasta la Independencia de Hispanoamérica*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1944.)
- CARDOSO, C. F. y PEREZ BRIGNOLI, H. *Centro América y la economía occidental (1520-1930)*. (Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1977.)
- CARMACK, R. M. «Toltec Influence on the Postclassic Culture History of Highland Guatemala» en *Middle American Research Institute*. New Orleans: Tulane University, Middle American Research Institute, 26: 49-92, (1968).
- : *Historia social de los Quichés*. (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1979.)
- : *Evolución del Reino Quiché*. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1979.)
- : *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1988.)
- CARMAGNANI, M. «Demografía y sociedad. La estructura social de los centros mineros del norte de México, 1600-1720» en *Historia Mexicana*, 21 (3): 419-459, (1972).
- CARRERA STAMPA, M. «The evolution of weights and measures in New Spain» en *Hispanic American Historical Review*, 29: 2-24, (1949).
- Cartas de Cabildos hispanoamericanos. Audiencia de Guatemala*. 2 vols. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1984.)
- CASAS, B. DE LAS. *Historia de las Indias*. 3 vols. (México: Fondo de Cultura Económica, 1981.)
- CASTILLERO CALVO, A. *La ruta transistmica y las comunicaciones maritimas hispanas S XVI a S XIX*. (Panamá: Editora Renovación, S.A., 1984.)
- CÉSPEDES DEL CASTILLO, G. *La Averia en el comercio de Indias*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1945.)
- CLENDINNEN, I. *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1987.)
- Constituciones Diocesanas del Obispado de Chiapas*. Francisco Núñez de la Vega. María del Carmen León Cázares y Mario Humberto Ruz, editores. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.)
- COOK, SHERBURNE F. y WOODROW B. *The Indian population of Central México, 1531-1610*. Ibero-Americana, 33. (California: University of California Press, 1949.)
- COOK, NOBLE D. y W. G. LOVELL, editores, «*Secret Judgments of God*»: *Old World Disease in Colonial Spanish America*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1991.)
- CORTÉS, H. *Cartas y documentos*. (México: Editorial Porrúa, 1963.)
- CORTÉS y LARRAZ, P. *Descripción geográfico-moral de la Diócesis de Goathemala hecha por su arzobispo en el tiempo que la visitó (1768-1770)*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1958.)
- CORREA, G. «Espiritu del mal en Guatemala: ensayo de semántica cultural» en *Guatemala Indígena*, 6: 2-3, (1971).
- CURTIN, P. D. *The Atlantic Slave Trade, a Census*. (Madison: University of Wisconsin Press, 1969.)

- CHAMBERLAIN, R. S. *The Conquest and Colonization of Honduras: 1502-1550*. (Washington, DC: The Carnegie Institution of Washington, Publication 598, 1953.)
- : «Los albores de San Miguel de la Frontera» en *Lecturas de Historia Centroamericana*. Luis René Cáceres, editor. (San José: BCIE-EDUCA, 1989.)
- CHANCE, J. K. *Race and Class in Colonial Oaxaca*. (Stanford: Stanford University Press, 1978.)
- : *Razas y clases de la Oaxaca colonial*. (México: Instituto Nacional Indigenista, 1982.)
- CHAPMAN, A. *Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica*. (México: INAH, 1959.)
- CHAUNU, P. et H. *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*. (París: S.V.E.P.E.N., 1955-1960.)
- CHEVALIER, F. *La formación de los latifundios en México*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1985.)
- CHAUVERO, A. *Lienzo de Tlaxcalla*. (México: Litoimpresores, 1979.)
- CHIARAMONTE, J. C. «En torno a la recuperación demográfica y la depresión económica novohispanas durante el siglo XVII» en *Historia Mexicana*, 30 (4): 561-604, (1981).
- CHINCHILLA AGUILAR, E. *La Inquisición en Guatemala*. (Guatemala: Instituto de Antropología e Historia, 1953.)
- : *El Ayuntamiento colonial de la ciudad de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1961.)
- : *Historia del arte en Guatemala*. 2ª edición. (Guatemala: «José de Pineda Ibarra», 1965.)
- DAUGHERTY, H. E. *Man-Induced Ecologic Change in El Salvador*. Tesis doctoral. (Los Angeles: University of California, 1969.)
- DAVIDSON, W. V. «Delimitation of the Pech Culture Region: 16th-Century Honduras». Ponencia presentada en la Conferencia titulada *The Cultural Map of Spanish America: Data and Methods*. (Austin: University of Texas, Department of Geography, 23 de marzo de 1990.)
- DENEVAN, W. M. *The Native Population of the Americas in 1492*. (Madison: University of Wisconsin Press, 1976.)
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. (México: Editorial Porrúa, 1970; Madrid: Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», 1982.)
- DÍAZ VASCONCELOS, L. A. *Apuntes para la historia de la literatura guatemalteca: épocas indígena y colonial*. 2ª edición. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1950.)
- DÍEZ DE LA CALLE, J. *Memorial, y noticias sacras, y reales del imperio de las Indias occidentales*. (Madrid, 1646.)
- DOBSON, N. *A History of Belize*. (Port of Spain: Longman Caribbean, 1973.)
- DOBYNS, H. F. «Estimating Aboriginal American Population: An Appraisal of Techniques with a New Hemispheric Estimate» en *Current Anthropology*, 7 (4): 395-416, (1966).
- EBEL, R. H. «Governing the City-State: Notes on the Politics of the Small Latin American Countries» en *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, 14: 325-346, (1972).
- ESQUEMELING, J. (A.O. Exquemelin). *The Buccaneers of America*. (William Swan Stallybrass, editor.) (New York: Dorset Press, 1987.)

- ESTRADA MONROY, A., compilador. *Datos para la historia de la Iglesia en Guatemala*. 3 tomos. (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, 1972-1979.)
- FELDMAN, L. H. *Las tasaciones y tributos de Guatemala, 1549-1599*. Informe N° 1. (Columbia, Missouri, 1980.)
- FERNÁNDEZ, L. *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*. 10 vols. (San José: Imprenta Nacional. París: Imprenta Pablo Dupont. Barcelona: Imprenta de la viuda de Luis Tasso, 1881-1907.)
- FERNÁNDEZ, L. *Historia de Costa Rica*. Biblioteca Patria, N° 7, (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1973.)
- FLORESCANO, E. *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*. (México: El Colegio de México, 1969.)
- : *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*. (México: Era, 1976.)
- : editor. *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1979.)
- : editor. *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. (México: Siglo XXI, 1978.)
- FLOYD, T. S. *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1967.)
- FONSECA, E. *Costa Rica Colonial. La tierra y el hombre*. (San José, Costa Rica: EDUCA, 1984.)
- FOWLER, JR., WILLIAM R. «La población nativa de El Salvador al momento de la conquista española» en *Mesoamérica*, 15: 79-116, (1988).
- : *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil Nicaraos of Central America*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1989.)
- FUENTES Y GUZMÁN, F. A. DE. *Recordación Florida*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1932-1933.)
- : *Obras históricas de don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán*. Carmelo Sáenz de Santa María, editor. Biblioteca de Autores Españoles 230, 251 y 259. (Madrid: Ediciones Atlas, 1969-1972.)
- GAGE, T. *Thomas Gage's Travels in the New World*. J. Eric S. Thompson, editor. (Norman: University of Oklahoma Press, 1958.)
- : *Breve Relación que contiene los viajes de Thomas Gage en la Nueva España*. (Guatemala: Editorial «José de Pineda Ibarra», 1979.)
- : *Voyages dans la Nouvelle Espagne*. (Gèneve: Slatkine Reprints, 1979.)
- GARCÍA AÑOEROS, J. M. «Presencia franciscana en la Taguzgalpa y la Tologalpa (la Mosquitia)» en *Mesoamérica*, 15: 47-78, (1988).
- GARCÍA BARQUERO G., A. *Cádiz y el Atlántico (1717-1778). El comercio colonial bajo el monopolio gaditano*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1976.)
- GARCÍA DE LEÓN, A. *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. 2 tomos. (México: Era, 1985.)

- GARCÍA FUENTES, L. *El comercio español con América (1650-1700)*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1980.)
- GARCÍA PELAEZ, F. DE P. *Memorias para la Historia del Antiguo Reyno de Guatemala*. 3 tomos. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1968.)
- GARCÍA REGUEIRO, O. «El repartimiento de Perafán de Ribera: Una estimación de la población indígena costarricense en 1569» en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 450: 139-168, (1987).
- GASCO, J. L. *Cacao and the Economic Integration of Native Society in Colonial Soconusco, New Spain*. Tesis doctoral. (Santa Barbara: University of California, 1987.)
- : «Una visión de conjunto de la historia demográfica y económica del Soconusco colonial» en *Mesoamérica*, 18: 371-399, (1989).
- : «Población y economía en el Soconusco durante el siglo XVI: el ejemplo del pueblo de Guilcingo, 1582» en *Mesoamérica*, 20: 249-265, 1990.
- GAVARRETE ESCOBAR, J. *Anales para la Historia de Guatemala, 1497-1811*. (Guatemala: Editorial «José de Pineda Ibarra», 1980.)
- : *Índice General del extinguido Juzgado Privativo de Tierras depositado en la Escribanía de Cámara del Superior Gobierno de la República de Guatemala*. Edición a cargo de Gustavo Palma Murga. (México: CEMCA-CIESAS, 1992.)
- GELLERT, G. y PINTO SORIA, J. C. *Ciudad de Guatemala. Dos estudios sobre su evolución urbana, 1524-1950*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1990.)
- GERHARD, P. *Pirates on the West Coast of New Spain, 1575-1742*. (Glendale, California: Arthur H. Clark, 1960.)
- : «Colonial New Spain, 1519-1786: Historical Notes on the Evolution of Minor Political Jurisdictions» en *Handbook of Middle American Indians*. Tomo XII: Guide to Ethnohistorical Sources. 1ª Parte. Howard F. Cline, editor. (Austin: University of Texas Press, 1972.)
- : *The Southeast Frontier of New Spain*. (Princeton: Princeton University Press, 1979.)
- GIBSON, CH. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*. (México: Siglo XXI, 1981.)
- GLAVE TESTINO, L. M. «El virreinato Peruano y la llamada "crisis general" del siglo XVII» en *Cuadernos de Historia II*. (Perú: Universidad de Lima, Departamento Académico de Ciencias Humanas, 1986.)
- GÓNGORA, M. *El estado en el derecho indiano: época de fundación, 1492-1570*. (Santiago de Chile: Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, 1951.)
- GONZALEZ MUÑOZ, V. y MARTÍNEZ ORTEGA, A. I. *Cabildos y élites capitulares en Yucatán: Dos estudios*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1989.)
- GONZÁLEZ VILLALOBOS, P. *Les resistances indiennes au Royaume du Guatemala. 1523-1720*. Tesis doctoral. (Université de Toulouse le Mirail, 1981.)
- : «La empresa Cavallón-Estrada en la conquista de Costa Rica» en *Serie Avances de Investigación*, N° 27. (Universidad de Costa Rica: Centro de Investigaciones Históricas, 1987.)
- GUDMUNDSON KRISTJANSON, L. «Mecanismos de movilidad social para la población de procedencia africana en Costa Rica colonial: manumisión y mestizaje» en *Estrati-*

- ficación socio-racial y económica de Costa Rica: 1700-1850*, Colección Estudios Sociopolíticos, 3: 17-78. (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1978.)
- : «De "negro a blanco" en la Hispanoamérica del siglo XIX: la asimilación afroamericana en Argentina y Costa Rica» en *Mesoamérica*, 12: 309-329, (1986).
- HALL, C. *Costa Rica: A Geographical Interpretation in Historical Perspective*. Dellplain Latin American Studies, N° 17. (Boulder: Westview Press, 1985.)
- HAMILTON, E. J. *American treasure and the price revolution in Spain, 1501-1650*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1939.)
- : *War and Prices in Spain, 1651-1800*. (Cambridge, Mass., 1947.)
- : *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*. (Madrid, 1948.)
- HARING, C. H. *Comercio y Navegación entre España y las Indias*. (México, 1943.)
- : *The Spanish Empire in America*. (London: Oxford University Press, 1947.) *El Imperio Hispánico en América*. (Buenos Aires: Solar-Hachette, 1966.)
- HERNÁNDEZ APARICIO, P. «Problemas socio-económicos en el valle de Guatemala, 1670-1680» en *Revista de Indias*, 37 (149-150): 585-637, (1977).
- HERRERA y TORDESILLAS, A. DE. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano*. 6 vols. (Madrid, 1726-1730.)
- Historia de España y América, social y económica*. 5 tomos. J. Vicens Vives, director. (Barcelona, 1977.)
- HUMBOLT, A. *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. (México: Editorial Porrúa, 1984.)
- IBARRA ROJAS, E. *Las sociedades cacicales de Costa Rica: Siglo XVI*. (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990.)
- ISRAEL, J. I. «Mexico and the "general crisis" of the seventeenth century» en *Past and Present*, 63: 33-57.
- JIMÉNEZ MORENO, W. «La crisis del siglo XVII y la conciencia nacional en Nueva España» en *Revista de Indias*, 159-162: 415-423, (1980).
- JOHANNESSEN, C. L. *Savannas of Interior Honduras*. Ibero-Americana, N° 46. (Berkeley: University of California Press, 1963.)
- JONES, G. D. *Maya Resistance to Spanish Rule: Time and History on a Colonial Frontier*. (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989.)
- JOPLING, C. «Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII: selecciones de los documentos del Archivo General de Indias». Inédito.
- JOYA, O. «Identidad cultural y nacionalidad en Honduras» en *Mesoamérica*, e.p.
- JUARROS, D. *Compendio de la Historia de la ciudad de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1981.)
- KAMEN, H. *La España de Carlos II*. (Barcelona: Editorial Crítica, 1981.)
- KEITH, R. «Encomienda, hacienda and corregimiento in Spanish America: a structural analysis» en *Hispanic American Historical Review*, 51 (3): 431-446, (1971).
- KELEMEN, P. *Baroque and Rococo in Latin America*. 2ª edición 2 tomos. (New York: Dover, 1967.)
- KONEZKE, R. «El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispa-

- noamericana durante la época colonial» en *Revista de Indias*, 7 (23): 7-44; 7 (24): 215-299, (1946).
- : *Colección de documentos para la Historia de la Formación Social en Hispano América, 1493-1810*. 3 tomos. (Madrid: C.S.I.C., 1953-1962.)
- : *América Latina. La Época Colonial*. (México: Siglo XXI, 1976.)
- KRAMER, W. *The Politics of Encomienda Distribution in Early Spanish Guatemala, 1524-1544*. Tesis doctoral. (London: University of Warwick, 1990.)
- KRAMER, WENDY W. GEORGE LOVELL y CHRISTOPHER H. L. «Las tasaciones de tributos de Francisco Marroquín y Alonso Maldonado, 1536-1541» en *Mesoamérica*, 12: 357-394, (1986).
- : «Fire in the Mountains: Juan de Espinar and the Indians of Huehuetenango, 1525-1560» en *Columbian Consequences*, David Hurst Thomas, editor. 3: 263-282. (Washington, DC: Smithsonian Institution Press, 1991.)
- : «La conquista y sus consecuencias en la Centroamérica española temprana». Inédito.
- KROEBER, A. L. *Cultural and Natural Areas of Native North America*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 38: 1-242. (Berkeley: University of California Press, 1939.)
- KUBLER, G. and SORIA M. *Art and Architecture in Spain and Portugal and Their American Dominions, 1500 to 1800*. (Baltimore: Penguin Books, 1959.)
- LA FARGE, O. *Etimología maya: secuencia de las culturas*. (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1959.)
- LANDIVAR, R. *Rusticatio Mejicana*. De la 2ª edición, 1782, Ignacio Loureda, traductor. (México: Soc. Lib. Franco-Americana, S.A., 1924.)
- LANNING, J. T. *The University in the Kingdom of Guatemala*. (Ithaca: Cornell University Press, 1955.)
- : *La Ilustración en la Universidad de San Carlos*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1976.)
- LARA PINTO, G. E. *Beiträge zur indianischen Ethnographie von Honduras in der 1. Hälfte des 16. Jahrhunderts unter besonderer Berücksichtigung der historischen Demographie*. Tesis doctoral. (Universidad de Hamburgo, 1980.)
- LAS CASAS, B. DE. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Introducción y notas de Manuel Ballesteros y Gaibrois. (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1977.)
- LE RIVEREND, J. «La estructura del comercio en el siglo XVIII» en *Historia de la Nación Cubana*, II, (1952).
- : «Relaciones entre Nueva España y Cuba, 1518-1820» en *Revista de Historia de América*, 37-38: 45-108, (1954).
- Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a Don Pedro de Alvarado*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1934.)
- «El Licenciado Francisco Marroquín y una descripción de El Salvador, año de 1532». Introducción por Francis Gall, en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, 41 (2-4): 199-232, (1968).
- Lienzo de Tlaxcala*. (Scotland: Glasgow University Library, Special Collections Depart-

- ment). (manuscrito). Copia en *La Antigua Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica*, Archivo Fotográfico.
- LOCKHART, J. *Spanish Peru, 1532-1560: A Colonial Society*. (Madison: University of Wisconsin Press, 1968.)
- : «Encomienda and hacienda: the evolution of great estate in the Spanish Indies» en *Hispanic American Historical Review*, 49 (3): 411-429, (1969).
- LOHMAN VILLENA, G. *Los Americanos en las Ordenes Nobiliarias*. (Madrid, 1946.)
- : «La memorable crisis monetaria de mediados del siglo XVII y sus repercusiones en el Virreinato del Perú» en *Anuario de Estudios Americanos*, 33, (1976).
- LOVELL, W. G. *Conquest and Survival in Colonial Guatemala: A Historical Geography of the Cuchumatán Highlands, 1500-1821*. (Kingston: McGill-Queen's University Press, 1985.)
- : «Surviving Conquest: The Maya of Guatemala in Historical Perspective» en *Latin American Research Review*, 23 (2): 25-57, (1988).
- : «Tenencia de la tierra en la Centroamérica Española: patrones de propiedad y actividad en el Altiplano de Cuchumatán de Guatemala, 1563-1821» en *Lecturas de Historia de Centroamérica*, Luis René Cáseres, editor. (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1989.)
- : *Conquista y cambio cultural: La sierra de los Cuchumatanes de Guatemala, 1500-1821*. Eddy Gaytán, traductor. Serie Monográfica N° 6. (La Antigua Guatemala: CIRMA, 1990.)
- : «Disease and Depopulation in Early Colonial Guatemala» en «*The Secret Judgments of God*»: *Native Peoples and Old World Disease in Colonial Spanish America*. Noble David Cook y W. George Lovell, editores. (Norman: University of Oklahoma Press, 1991.)
- LOVELL, W. G., LUTZ, CH. H. y WILLIAM R. SWEZEY. «The Indian Population of Southern Guatemala, 1549-1551: An Analysis of López de Cerrato's Tasaciones de Tributos» en *The Americas*, 40 (4): 459-477, (1984).
- LUJAN MUÑOZ J. *Agricultura, mercado y sociedad en el Corregimiento del valle de Guatemala, 1670-1680*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Dirección General de Investigación, 1988.)
- LUTZ, CH. H. *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala: 1541-1773*. Jeannie Colburn, traductora. Serie Monográfica N° 2. (La Antigua Guatemala: CIRMA, 1984.)
- LUTZ, CH. H. y LOVELL, W. G. «Core and Periphery in Colonial Guatemala» en *Guatemalan Indians and the State: 1540-1988*. Carol A. Smith, editora. (Austin: University of Texas Press, 1990), págs. 35-51.
- : «Centro y periferia en la Guatemala colonial». Caroline Hansen, traductor en *Territorio y Sociedad en Guatemala: tres ensayos históricos*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1991), págs. 8-36.
- LYNCH, J. *España bajo los Austrias*. 2 vols. (Barcelona: Editorial Peninsula, 1972.)
- MACLEOD, M. J. *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520-1720*. (Berkeley: University of California Press, 1973). *Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720*. Irene Piedra Santa, traductora. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1980.)

- : «The Primitive Nation State, Delegation of Functions, and Results: Some Examples from Early Colonial Central America» en *Essays in the Political, Economic and Social History of Colonial Latin America*. Karen Spalding, editor. (Newark: University of Delaware Latin American Studies Program, 1982.)
- : «Los indígenas de Guatemala en los siglos XVI y XVII: tamaño de la población, recursos y organización de la mano de obra» en *Población y mano de obra en América Latina*. (Madrid: Alianza Editorial, 1985), págs. 53-67.
- : *Relaciones étnicas y la sociedad indígena en la provincia de Guatemala, ca. 1620-ca. 1800*. (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1987.)
- : «La espada de la Iglesia: excomunión y la evolución de la lucha por el control político y económico en Chiapas colonial, 1545-1700» en *Mesoamérica*, 20: 199-213, (1990).
- MACLEOD, M. J. y WASSESTROM, R., editores. *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations*. (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983.)
- MADIGAN, D. G. *Santiago Atitlán, Guatemala: A Socioeconomic and Demographic History*. Tesis doctoral. (University of Pittsburgh, 1976.)
- MARKMAN, S. D. *Colonial Architecture of Antigua Guatemala*. (Philadelphia: American Philosophical Society, 1966.)
- : *Architecture and Urbanization in Colonial Chiapas, Mexico*. (Philadelphia: American Philosophical Society, 1984.)
- MARTÍNEZ CASTILLO, M. F. *Apuntamientos para una historia colonial de Tegucigalpa y su Alcaldía Mayor*. (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1982.)
- : compilador. *Los últimos días de Lempira y otros documentos: El conquistador español que venció a Lempira*. (Tegucigalpa: Editorial Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma, 1987.)
- MARTÍNEZ PELÁEZ, S. *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1970); 2ª edición. (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973); (Puebla: Universidad Autónoma, 1987.)
- : *Centroamérica en los Años de la Independencia. El País y sus habitantes*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, 1977.)
- : *Algo sobre repartimientos*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, 1978.)
- : *La política agraria colonial y los orígenes del latifundismo en Guatemala*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, 1978.)
- : *Motines de indios: La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*. (Puebla: Universidad Autónoma, Centro de Investigaciones Históricas y Sociales, 1983.)
- MATA GAVIDA, J. *Fundación de la Universidad en Guatemala: 1548-1688*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1954.)
- MCBRYDE, F. W. *Cultural and Historical Geography of Southwest Guatemala*. Institute of Social Anthropology, Publicación N° 4. (Washington DC: Smithsonian Institution, 1947.)

- MCCLOSKEY, M. B. *The Formative Years of the Missionary College of Santa Cruz of Querétaro, 1683-1733*. (Washington, DC: Academy of American Franciscan History, 1955.)
- MEDINA, T. *La Imprenta en Guatemala (1660-1821)*. (Santiago de Chile, 1910.)
- MELENDEZ, C. *La Ilustración en el Antiguo Reino de Guatemala*. (San José, Costa Rica: EDUCA, 1970.)
- : *Hernández de Córdoba Capitán de la conquista en Nicaragua*. (Managua: Taller «San José» S.A., 1976.)
- Memorial de Sololá: Anales de los cakchiqueles*. Adrián Recinos, traductor. (México: Fondo de Cultura Económica, 1950.)
- Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles. Título de los Señores de Totonicapán*. Traducción, introducción y notas de Adrián Recinos y el P. Dionisio José Chonay. (Guatemala: Dirección General de Antropología e Historia. Piedra Santa, 1980.)
- MÉNDEZ MONTENEGRO, J. C. *444 Años de Legislación Agraria: 1513-1957*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1960.)
- : *Autos Acordados de la Real Audiencia de Guatemala. 1561-1807*. (México: Costa-Amic, 1976.)
- MENDEZ y CORDERO, M. «Estado político de la Capitanía General de Guatemala» en *Costa Rica: Textos fundamentales de la independencia de Centroamérica*. Selección y notas de Carlos Meléndez. (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1951), págs. 37-52.
- MILES, S. W. «The Sixteenth Century Pocom-Maya: A Documentary Analysis of Social Structure and Archaeological Setting» en *Transactions of the American Philosophical Society*, 47 (731): 81, (1957).
- MOLINA ARGÜELLO, C. *El Gobernador de Nicaragua en el siglo XVI*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1949.)
- : «Gobernaciones, Alcaldías Mayores y Corregimientos en el Reino de Guatemala» en *Anuario de Estudios Americanos* 17: 105-132, (1960).
- MONTEFORTE TOLEDO, M. *Las formas y los días. El barroco en Guatemala*. (Madrid: Turner, 1989.)
- MOREYRA PAZ-SOLDAN, M. *Estudios sobre el tráfico marítimo en la época colonial*. (Lima, 1944.)
- MORILLA CRITZ, J. «Crisis y transformación de la economía de Nueva España en el siglo XVII. Un ensayo crítico» en *Anuario de Estudios Americanos*, 45: 241-272, (1988).
- MORISON, S. E. *Admiral of the Ocean Sea: A Life of Christopher Columbus*. (Boston: Little, Brown and Company, 1949.)
- MORNER, M. «La política de segregación y el mestizaje en la Audiencia de Guatemala» en *Revista de Indias*, 24 (95-96): 137-151, (1964).
- : *Corona Española y los foráneos en los pueblos de indios de América* (Estocolmo: Instituto de Estudios Iberoamericanos, 1970.)
- : *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica Colonial*. (México: SepSetentas, 1974.)
- Motines de indios*. Cuadernos de la Casa Fresno. (Puebla: Universidad Autónoma, 1985.)

- MOZIÑO, J. M. *Tratado del Xiquilite y Anil de Guatemala*. (San Salvador, 1976.)
- La muerte de Tecún Umán: Estudio crítico de la conquista del altiplano occidental de la república*. (Guatemala: Editorial del Ejército, 1963.)
- MURO OREJÓN, A. *Cedulario Americano del siglo XVIII*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1956.)
- NAVARRO, L. *Intendencias en Indias*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1959.)
- NEWSON, L. A. «La población indígena de Honduras bajo el régimen colonial» en *Mesoamérica*, 9: 1-44, (1985).
- : «Indian Population Patterns in Colonial Spanish America» en *Latin American Research Review* 20 (3): 41-74, (1985).
- : *The Cost of Conquest: Indian Decline in Honduras Under Spanish Rule*. Dellplain Latin American Studies, N° 20. (Boulder: Westview Press, 1986.)
- : *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1987.)
- : «La minería de la plata en la Honduras colonial» en *Lecturas de Historia de Centroamérica*, Luis René Cáseres, editor. (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1989), págs. 115-140.
- NICKEL, H. J. *Relaciones de trabajo en las haciendas de Puebla y Tlaxcala (1740-1914). Cuatro análisis sobre reclutamiento, peonaje y remuneración*. (México: Universidad Iberoamericana, 1987.)
- : *Morfología social de la hacienda mexicana*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1988.)
- O'FLAHERTY, E. M. *Institutionalization of the catholic church in the Americas; the case of colonial Guatemala 1524-1563*. (University of Pennsylvania, 1979.)
- OLIVA DE COLL, J. *La resistencia indígena ante la conquista*. 6ª edición. (México: Siglo XXI, 1986.)
- ORELLANA, S. L. *The Tzutuhil Mayas: Continuity and Change, 1250-1630*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1984.)
- ORTMAYR, N. «Matrimonio, Estado y Sociedad en Guatemala: siglo XIX y XX». Gisela Gellert, traductor en *Territorio y Sociedad en Guatemala: tres ensayos históricos*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1991), págs. 58-125.
- OSS, ADRIAAN C. VAN. *Catholic Colonialism 1524-1821*. Cambridge Latin American Studies, 57. (New York: Cambridge University, 1987.)
- OTS CPDEQUE, J. M. *Instituciones Sociales de la América Española*. (Buenos Aires: Universidad de la Plata, 1934.)
- : *El Estado Español en las Indias*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1957.)
- : *España en América. El Régimen de la tierra en la época colonial*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1959.)
- : *Historia del Derecho Español en América y del Derecho Indiano*. (Madrid: Ediciones Aguilar, 1968.)

- : *El Régimen de la tierra en la América Española durante el periodo colonial*. (Santo Domingo, 1970.)
- PALMA MURGA, G. «Núcleos de poder local y relaciones familiares en la ciudad de Guatemala a finales del siglo XVIII» en *Mesoamérica*, 12: 241-308, (1986).
- PARDO GALLARDO, J. J. *Efemérides para escribir la historia de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros del Reino de Guatemala*. (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, 1944); (La Antigua Guatemala: Consejo Nacional para la Protección de la Antigua Guatemala, 1984).
- : *Miscelánea histórica. Guatemala, siglos 16-19. Vida, Costumbres, Sociedad*. (Guatemala: Editorial «José de Pineda Ibarra», 1978.)
- PARRY, J. H. *The Sale of Public Office in the Spanish Indies under the Hapsburgs*. Ibero-Americana 37. (Berkeley: University of California Press, 1953.)
- PASTOR, R. *Historia de Centroamérica*. (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1988.)
- PAYNE I., E. *Organización productiva y explotación indígena en el área central de Costa Rica. 1580-1700*. Tesis de Licenciatura. (Universidad de Costa Rica, 1988.)
- PEÑA, J. «Comercio y Poder. Los mercaderes y el cabildo de Guatemala 1592-1623». *Historia Mexicana*, 30 (4): 469-505, (1981).
- PERCHERON, N. «Producción agrícola y comercio de la Verapaz en la época colonial» en *Mesoamérica*, 20: 231-248, (1990).
- PÉREZ, J. *Los Movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica*. (Madrid: Editorial Alhambra, 1977.)
- PÉREZ BRIGNOLI, H. *La población de Costa Rica según el obispo Thiel*. (San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas, 1988.)
- PÉREZ-MALLAINA B., P. *Política naval española en el Atlántico (1700-1715)*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1982.)
- PHELAN, J. L. «Many Conquests: Some Trends and Some Challenges in Mexican Historiography, 1945-1969» en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México: Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, Morelos, 4-7 de noviembre de 1969*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México); (Austin: University of Texas Press, 1971).
- PIEL, J. *Sajcabajá: muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala, 1500-1970*. (México: CEMCA; Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1989.)
- PINEDA, J. DE. «Descripciones a la Provincia de Guatemala, Año de 1594» en *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, 4: 46-69, (1951).
- PINTO SORIA, J. C. *Estructura agraria y asentamiento en la Capitanía General de Guatemala (algunos apuntes históricos)*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1980.)
- : *Economía y comercio en el Reyno de Guatemala. Consideraciones para una historia económica*. (Guatemala: Universidad de San Carlos, Centro de Estudios Urbanos y Regionales, 1982.)
- : *Estructura agraria y asentamiento en la Capitanía General de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1982.)
- : *Raíces históricas del Estado en Centroamérica*. 2ª edición. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1983.)

- : *El Valle Central de Guatemala (1524-1821): un análisis acerca del origen histórico económico del regionalismo en Centroamérica*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1988.)
- QUIRÓS, T. *Ujarrás*. (San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1981.)
- QUIRÓS VARGAS, C. *La encomienda en Costa Rica y su papel dentro de la estructura socioeconómica colonial: 1569-1699*. Tesis de Maestría. (San José: Universidad Nacional de Costa Rica, 1987.)
- QUIRÓS, C. *La era de la encomienda*. (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990.)
- RADELL, D. R. *Historical Geography of Western Nicaragua: The Spheres of Influence of León, Granada and Managua, 1519-1965*. Tesis doctoral. (Berkeley: University of California, 1969.)
- : «The Indian Slave Trade and Population of Nicaragua during the Sixteenth Century» en *The Native Population of the Americas in 1492*, Denevan, editor, págs. 67-76, (1976).
- RADELL, D. R. y JAMES H. PARSONS. «Realejo: un olvidado puerto colonial y centro de construcción naval en Nicaragua» en *Lecturas de Historia de Centroamérica*. Luis René Cáceres, editor. (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1989.)
- RAMOS PÉREZ, D. *Trigo chileno, navieros del Callao y hacendados limeños entre la crisis agrícola del siglo XVII y la comercial de la primera mitad del siglo XVIII*. (Madrid: C.S.I.C., 1967.)
- : *Minería y comercio interprovincial en Hispanoamérica (siglos XVI, XVII y XVIII)*. (Valladolid, 1970.)
- RECINOS, A. *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1952.)
- : *Crónicas Indígenas de Guatemala*. Edición, traducción y notas. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1957.)
- : *Pedro de Alvarado: Conquistador de México y Guatemala*. (Guatemala: «José de Pineda Ibarra», 1986.)
- Reglamento para el comercio libre, 1778*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1979.)
- REINA VALENZUELA, J. *Historia eclesiástica de Honduras*. Tomo I: 1502-1600. (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1983.)
- Relaciones históricas y geográficas de América Central*. (Madrid, 1908.)
- REMESAL, A. DE. *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*. Carmelo Sáenz de Santa María, editor. 2 vols. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1932); Biblioteca de Autores Españoles 175 y 189. (Madrid: Ediciones Atlas, 1964-1966.)
- REYES HERNÁNDEZ, M., compilador. *Catálogo del Museo del Libro Antiguo: Impresos guatemaltecos de la época colonial*. (Guatemala: Editorial «José de Pineda Ibarra», 1971.)
- RICARD, R. *The Spiritual Conquest of Mexico: An Essay on the Apostolate and the Evangelizing Methods of the Mendicant Orders in New Spain, 1523-1572*. Lesley Byrd Simpson, traductor. (Berkeley: University of California Press, 1966.)

- RODRÍGUEZ BECERRA, S. *Encomienda y conquista: los inicios de la colonización en Guatemala*. Seminario de Antropología Americana Publicación 14. (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1977.)
- RODRÍGUEZ CABAL, J. *La Universidad de Guatemala: su origen, fundación y organización*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1976.)
- RODRÍGUEZ DEL VALLE, M. *El castillo de San Felipe del Golfo Dulce: Historia de las fortificaciones de Guatemala en la edad moderna*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1960.)
- RODRÍGUEZ VICENTE, M. E. «Los caudales remitidos desde el Perú a España por cuenta de la Real Hacienda. Series estadísticas 1651-1739». *Anuario de Estudios Americanos*, 21, (1964).
- ROMERO VARGAS, G. *Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. (Managua, Nicaragua: Editorial Vanguardia, 1988.)
- ROSENBLAT, A. *La población indígena y el mestizaje en América*. 2 vols. (Buenos Aires, Argentina: Editorial Nova, 1954.)
- : *La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos*. (México: El Colegio de México, 1967.)
- ROSES ALVARADO, C. «El ciclo del cacao en la economía colonial de Costa Rica, 1650-1794» en *Mesoamérica*, 4: 247-278, (1982).
- RUBIO SÁNCHEZ, M. *Comercio terrestre de y entre las provincias de Centroamérica*. (Guatemala: Editorial del Ejército, 1973.)
- : *Historia del Puerto de Trujillo*. (Tegucigalpa: Banco Central, 1975.)
- : *Historia del Realejo*. (Managua, 1975.)
- : *Historia del Añil o Xiquilite en Centroamérica*. 2 tomos. (San Salvador: Ministerio de Educación y Cultura, 1976.)
- : *Alcaldes Mayores. Historia de los Alcaldes Mayores, Justicias Mayores, Gobernadores Intendentes, Intendentes Corregidores y Jefes Políticos de la Provincia de San Salvador, San Miguel y San Vicente*. 2 tomos. (San Salvador, 1979.)
- : *Jueces Reformadores de Milpas en Centroamérica*. (Guatemala: Academia de Geografía e Historia, 1982.)
- SAENZ DE SANTA MARÍA, C. «La tradición lascasiana y los cronistas guatemaltecos: El caso del cronista fray Antonio de Remesal, O.P.». *Revista de Indias*, 16: 267-285, (1956).
- : *El licenciado don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala (1499-1563)*. (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1964.)
- : *Historia de la educación jesuítica en Guatemala. 1ª parte: Periodo español (siglos XVII y XVIII)*. (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1978.)
- : «Una revisión etnorreligiosa de la Guatemala de 1704, según fray Antonio Márgil de Jesús». *Revista de Indias*, 41: 445-497, (1981).
- SAINT-LU, A. *Condition coloniale et conscience créole au Guatemala, 1524-1821*. (Paris: Presses Universitaires de France, 1970.)
- : *Condición colonial y conciencia criolla en Guatemala (1524-1821)*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1978.)

- : «Significado histórico de la sublevación de los indios zendales. (Chiapas, 1712)» en *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*. 55: 93-98, (1981).
- : «El poder colonial y la Iglesia frente a la sublevación de los indígenas zendales de Chiapas en 1712» en *Mesoamérica*, 11: 23-33, (1986).
- SAMAYOA GUEVARA, H. H. *Gremios Guatemalenses*. (Guatemala: «José de Pineda Ibarra», 1961.)
- : *Los Gremios de Artesanos en la Ciudad de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1978.)
- SÁNCHEZ, O. P. *Los Hidalgos de Guatemala: Realidad y apariencia en un sistema de Valores*. (Sevilla: Universidad de Sevilla, Departamento de Antropología, 1976.)
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. *La población de América Latina*. (Madrid: Alianza Editorial, 1973.)
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. y MORENO, J. L. *La población de América Latina*. (Buenos Aires, 1968.)
- SÁNCHEZ BELLA, I. *La organización financiera en Indias*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1968).
- : «La jurisdicción de Hacienda en Indias. Siglos XVI-XVIII» en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 30: 176-227, (1959).
- SANDERS, W. T. y MURDY C. «Population and Agricultural Adaptation in the Humid Highlands of Guatemala» en *The Historical Demography of Highland Guatemala*, Robert M. Carmack, John Early y Christopher Lutz, editores. (Albany: State University of New York, Institute for Mesoamerican Studies, 1982), págs. 23-34.
- SANDERS, W. T. y CARSON MURDY y BARBARA J. PRICE. *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*. (New York: Random House, 1968.)
- SAPPER, K. «Die Zahl und die Völksdichte der Indianischen Bevölkerung in Amerika vor der Conquista und in der Gegenwart» en *Proceedings of the Twenty-First International Congress of Americanists*. Parte Primera: 95-104. The Hague, (1924).
- SAUER, C. O. *Aboriginal Population of Northwest Mexico*. Ibero-Americana, N° 10. (Berkeley: University of California Press, 1935.)
- : *The Early Spanish Main*. (Berkeley: University of California Press, 1966.)
- SEMO, E. *Historia del capitalismo en México. Los orígenes, 1521-1763*. (México: Era, 1975.)
- SEMPAT, A., C. *El Sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico*. (México: Editorial Nueva Imagen, 1982.)
- SERRANO M., F. «Auge y represión de la piratería en el Caribe. 1650-1700» en *Mesoamérica*, 9: 91-103, (1985).
- SHERMAN, W. L. «Abusos contra los indios de Guatemala (1602-1605). Relaciones del Obispo» en *Caravelle*, 11: 5-28, (1968).
- : *Forced Native Labor in Sixteenth Century Central America*. (Lincoln: University of Nebraska Press, 1979.)
- : *El trabajo forzoso en América Central, siglo XVI*. Flavio Rojas Lima, traductor. (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1987.)
- SIBAJA CH., L. F. «Los indígenas de Nicoya bajo el dominio español: 1522-1560» en *Estudios Sociales Centroamericanos* 11 (32): 23-47, (1982).

- SIFONTES, F. P. *Los Cakchiqueles en la conquista de Guatemala*. 4ª edición. (Guatemala: Centro Nacional de Libros de Texto y Material Didáctico, 1986.)
- SIMPSON, L. B. «Studies in the Administration of de Indians in New Spain» en *Iberoamericana* N° 13. (Berkeley: University of California Press, 1938.)
- : «A Seventeenth-Century encomienda: Chimaltenango, Guatemala» en *The Americas* 15: 392-402, (1959).
- SOLANO, F. DE. *Los mayas del siglo XVIII: pervivencia y transformación de la sociedad guatemalteca durante la administración borbónica*. (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1974.)
- : *Tierra y Sociedad en el Reino de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1977.)
- SOLÓRZANO FONSECA, J. C. «Las comunidades indígenas en Guatemala, El Salvador y Chiapas durante el siglo XVIII: los mecanismos de la explotación económica» en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 11 (2): 93-130, (1985).
- : La conquista de Centroamérica en *Serie Avances de Investigación*, N° 30. (San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas, 1987.)
- : *Medios de comunicación y transporte en Costa Rica durante la época colonial*. (San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas, 1988.)
- : *El comercio exterior de Costa Rica durante la primera mitad del siglo XVIII*. (San José: Universidad de Costa Rica, Centro de Investigaciones Históricas, 1988.)
- : «La búsqueda del oro y la resistencia indígena: campañas de exploración y conquista de Costa Rica, 1502-1610». Inédito.
- STEWART, J. H. «The Native Population of South America» en *Handbook of South American Indians*, Julian H. Stewart, editor. Bureau of American Ethnology, Boletín 143: 655-668. (Washington, DC: Smithsonian Institution, 1949.)
- SUÑE, B. «El Corregidor del Valle de Guatemala» en *Revista de la Universidad Complutense*, 28 (117): 153-168, (1979).
- TEPASKE, J. y HERBERT S. K. «The seventeenth century crisis in New Spain: myth or reality?» en *Past and Present*, 90: 116-161, (1981).
- : *The royal treasures of the Spanish Empire in America*. 3 vols. (Durham: Duke University Press, 1982.)
- THOMPSON, J. E. S. «The Maya Central Area at the Spanish Conquest and Later: A Problem in Demography» en *Maya History and Religion*, J. Eric S. Thompson, editor, 1970), págs. 48-83.
- THOMSON, G. P. *Puebla de Los Angeles: Industry and Society in a Mexican City, 1700-1850*. *Dellplain Latin American Studies*, N° 25. (Boulder: Westview Press, 1989.)
- Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*. (México: El Colegio de México, 1973.)
- TOJEIRA, J. M. *Panorama histórico de la Iglesia en Honduras*. (Tegucigalpa: Centro de Documentación de Honduras, 1986.)
- TRIGUEROS BADA, R. «Las defensas estratégicas del Río de San Juan de Nicaragua» en *Anuario de Estudios Americanos*, 11: 413-513, (1954).

- VAN OSS, A. C. «La población de América Central hacia 1800» en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, 55: 291-311, (1981).
- : *Catholic Colonialism: A Parish History of Guatemala, 1524-1821*. Tesis doctoral. (Austin: University of Texas, 1982).
- : «Central America's Autarkic Colonial Cities (1600-1800)» en *Colonial Cities*, Robert J. Ross y Gerhard J. Telkamp, editores, págs. 33-49. (Dordrecht, Boston y Lancaster: Martinus Nijhoff Publishers for the Leiden University Press, 1985.)
- VÁSQUEZ, F. *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*. 4 vols. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1937-1944.)
- VÁSQUEZ DE ESPINOZA, A. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. (Washington, DC: Smithsonian Institution, 1948.)
- VEBLEN, T. T. «Native Population Decline in Totonicapán, Guatemala» en *Annals of the Association of American Geographers*, 67: 4: 484-99, (1977).
- VEGA BOLAÑOS, A., editor. *Colección Somoza: Documentos para la historia de Nicaragua*, 17 vols. (Madrid: Imprenta Viuda de Galo Sáez, 1954-1957.)
- VIGIL, R. H. *Alonso de Zorita: Royal Judge and Christian Humanist. 1512-1585*. (Norman: University of Oklahoma Press, 1987.)
- VILLAGUTIERRE SOTOMAYOR, J. DE. *Historia de la conquista del Itzá*. Jesús María García Añoveros, editor. (Madrid: Historia 16, 1985.)
- VOS, JAN DE. *La paz de Diós y del rey: La conquista de la selva lacandona, 1525-1821*. (México: FONAPAS Chiapas, 1980.)
- WASSERSTROM, R. *Class and Society in Central Chiapas*. (Berkeley: University of California Press, 1983.)
- WEBRE, S. *The Social and Economic Bases of Cabildo Membership in Seventeenth-Century Santiago de Guatemala*. Tesis doctoral. (New Orleans: Tulane University, 1980.)
- : «El Cabildo de Santiago de Guatemala en el siglo XVII» en *Mesoamérica*, 2: 1-19, (1981).
- : «Las compañías de milicia y la defensa del istmo centroamericano en el siglo XVII: El alistamiento general de 1673» en *Mesoamérica*, 14: 511-529, (1987).
- : «Política y comercio en la Guatemala del siglo XVII» en *Revista de Historia*, 15: 27-41, (1987).
- : «El trabajo forzoso de los indígenas en la política colonial guatemalteca, siglo XVII» en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 13 (2): 49-61, (1987).
- : «Política y comercio en Santiago de Guatemala en el siglo XVII» en *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*, 63: 17-28, (1989).
- : «Antecedentes económicos de los regidores de Santiago de Guatemala, siglos XVI y XVII: Una élite colonial» en *La sociedad colonial en Guatemala: estudios regionales y locales*. Stephen Webre, editor. Serie Monográfica N° 5. (La Antigua Guatemala: CIRMA, 1989.)
- : editor. *La sociedad colonial en Guatemala: estudios regionales y locales*. Serie Monográfica N° 5. (La Antigua Guatemala: CIRMA, 1989.)
- WEST, R. C. «The mining economy of Honduras during the colonial period» en *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, 2: 767-777, (1959).

- WOBESER, G. VON. *La formación de la hacienda en la época colonial. El uso de la tierra y el agua*. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.)
- WORTMAN, M. «Elites y Hapsburgos ante las coyunturas económicas del siglo XVII en Centroamérica» en *Revista de Historia* (Escuela de Historia, Universidad Nacional, Costa Rica), 6 (11): 29-43, (1985).
- : *Gobierno y sociedad en Centroamérica. 1680-1840*. (San José, Costa Rica: BCIE-EDUCA, 1991.)
- XIMÉNEZ, F. DE. *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1929-31.)
- : *Historia Natural del Reino de Guatemala*. (Guatemala: Tipografía Nacional, 1967.)
- ZAMORA ACOSTA, E. «Conquista y crisis demográfica: la población indígena del occidente de Guatemala en el siglo XVI» en *Mesoamérica*, 6: 291-328, (1983.)
- : *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI: Tradición y cambio en Guatemala*. (Sevilla: Diputación Provincial, 1985.)
- ZAPORTA PALLARÉS, J. *Vida eclesial en Guatemala, a fines del siglo XVII, 1683-1701*. (1983.)
- ZAVALA, S. *De Encomienda y propiedad territorial en algunas regiones de la América Española*. (Mexico: El Colegio Nacional, 1940.)
- : «Orígenes coloniales del peonaje en México» en *El Trimestre Económico*, 10 (4): 711-748, (1944).
- : *La Encomienda Indiana*. (México: Editorial Porrúa, 1973.)
- : *Contribución a la Historia de las Instituciones Coloniales de Guatemala*. (Guatemala: Editorial Universitaria, 1986.)
- ZÚÑIGA C., E. *Historia eclesiástica de Nicaragua. 1ª parte: La cristiandad colonial, 1524-1821*.

COLABORADORES DEL TOMO II

ELIZABETH FONSECA CORRALES

Costarricense. Realizó estudios de Historia en la Universidad de Costa Rica. En 1981 obtuvo el Doctorado en Historia y Sociedad Americanas en la Universidad de París I, Pantheon-Sorbonne. Es Profesora Catedrática de la Escuela de Historia y Geografía de la Universidad de Costa Rica. Entre 1984 y 1987 fue Directora de la Maestría Centroamericana en Historia de la Universidad de Costa Rica; desde 1989 es Directora del Centro de Investigaciones Históricas, de la misma Universidad. Ha publicado varios artículos y las obras siguientes: *Costa Rica Colonial. La Tierra y el Hombre*, (1983) y *Tucurrique: Historia de un pueblo indígena*; además, fue compiladora del libro *Historia. Teoría y Métodos*. (1989).

WENDY KRAMER

Canadiense, estudió en la Universidad de York, (Toronto). En 1981 viajó a Sevilla como investigadora del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica —CIRMA— en el Archivo General de Indias. Actualmente es Investigadora Asociada de CIRMA. En 1990 obtiene el Doctorado en Historia en la Universidad de Warwick, Inglaterra. Se ha especializado en el ramo de la Audiencia de Guatemala, con un enfoque principal en la época de la Conquista y la encomienda temprana. Ha publicado con los coautores de su trabajo en el presente volumen varios artículos, entre ellos: «Las tasaciones de tributos de Francisco Marroquín y Alonso Maldonado, 1536-1541, (*Mesoamérica*, 1986); «Fire in the Mountains: Juan Espinar and the indians of Huehuetenango, 1525-1560» (*Columbian Consequences*, 1991).

W. GEORGE LOVELL

Escocés. Estudió en la Universidad de Glasgow, Escocia y en la Universidad de Alberta. Ha realizado trabajos de campo en varios países de Latinoamérica, así como en Portugal y España. En Guatemala está afiliado al Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica —CIRMA—. Desde 1979 trabaja en la Facultad de Geografía de la Queen's University de Canadá, (Ontario). Es autor de: *Conquest and survival in Colonial Guatemala: a historical geography of the Cuchumatán Highlands, 1500-1821*, (1985-1992); *Conquista y cambio social: la Sierra de los Cuchumatanes de Guatemala, 1500-1821*, (1990). En la actualidad colabora con los coautores de su

capítulo en la preparación de una guía para la geografía histórica de la Guatemala colonial.

CHRISTOPHER H. LUTZ

Norteamericano. Se graduó en Historia en el Antioch College, Ohio. En 1966 inició estudios de postgrado en la Universidad de Wisconsin en Madison, obteniendo Maestría y posteriormente el Doctorado en Historia Lationamericana. En 1978 participó en la fundación del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica —CIRMA— con sede en la Antigua Guatemala, al cual se encuentra vinculado en su dirección. Desde 1981 administra el Plumsock Mesoamerican Studies, donde edita la revista *Mesoamérica*. Es autor de: *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773*, (1982-1984) y coeditor de: *The historical demography of Highland Guatemala*, (1982). Actualmente, junto a los otros autores de su capítulo en este tomo, elabora una guía geográfica histórica de Guatemala colonial.

GUSTAVO PALMA

Guatemalteco. Licenciado en Historia en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala —USAC— y Doctor en Historia en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, (París, Francia). Es Profesor de Historia de la Escuela de Ciencias Políticas e Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas de la Escuela de Historia, (USAC). Se ha especializado en historia económica del período colonial y siglo XIX. Recientemente publicó en México una edición crítica del *Índice General del Archivo del extinguido Juzgado Privativo de Tierras*, elaborado a fines del siglo pasado por Juan Gavarrete, importante fuente para el estudio de la historia agraria de Guatemala.

JULIO CÉSAR PINTO SORIA

Guatemalteco. Realizó estudios de postgrado en Historia en la Universidad Karl Marx de Leipzig, República Democrática Alemana. Desde 1978 reside en su país, donde ha realizado diversas investigaciones sobre el período colonial y el siglo XIX en Centroamérica. De 1987 hasta 1991 fue Director del Centro de Estudios Urbanos y Rurales de la Universidad de San Carlos, Guatemala; en la actualidad es Investigador en el mismo y del Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de esa Universidad guatemalteca. Ha publicado varios libros especializados y numerosos artículos, entre ellos: *Raíces históricas del Estado en Centro América*, (1983), *Centroamérica de la Colonia al Estado Nacional, (1800-1840)* (1988).

STEPHEN WEBRE

Norteamericano. En 1980 obtuvo el Doctorado en Historia en la Universidad de Tulane, Nueva Orleans. Actualmente es Profesor de Historia y Director del Departamento de Historia en Lousiana Tech University, Ruston. Autor de varios artículos en revistas especializadas, entre sus publicaciones se cuentan: *José Napoléon Duarte and the Christian Democratic Party in Salvadorean Politics, 1960-1972*, (1979, con traducción castellana en 1985) y *La sociedad colonial en Guatemala: estudios regionales y locales*, (1989).

LISTADO DE FIGURAS

Capítulo 1

Figura 1.1. Entradas españolas tempranas (M. Macleod, *Spanish Central America*, pág. 39).

Figura 1.2. Baile de indígenas nicaragüenses según Diego Gutiérrez, 1545. (Colección Cartográfica de Kitt S. Kapp-CIRMA).

Figura 1.3. Batalla de Quezaltenango. Lienzo de Tlaxcala.

Figura 1.4. Batalla de Escuintla. Lienzo de Tlaxcala.

Figura 1.5. Batalla de Tecpán-Izalco. Lienzo de Tlaxcala.

Figura 1.6. Nicaragua y Nicoya. Distribución geográfica de las encomiendas hasta 1550. (L. Newson, *Indian Survival*, pág. 16.)

Figura 1.7. Honduras. Distribución geográfica de las encomiendas hacia finales del siglo XVI. (L. Newson, *Cort y Conquest*, pág. 13.)

Figura 1.8. Pueblos de indios identificables, repartidos en encomiendas en la jurisdicción de Santiago de Guatemala, 1524-1548.

Capítulo 2

Figura 2.1. Mapa del Reyno de Guatemala: principales asentamientos. (AGI, Mapas y Planos, Guatemala, 282.)

Figura 2.2. Mapa del curso del río Matina, Costa Rica (entre 1738 y 1755). (AGI, Mapas y Planos, Guatemala, 23.)

Figura 2.3. Secuestro de caciques indígenas en Costa Rica. (Colección Cartográfica de Kitt S. Kapp-CIRMA.)

Figura 2.4. Centroamérica: principales puertos, 1604.

Figura 2.5. Vista de Portobelo. (T. Gage, *Nouvelle relation contenant les voyages de Thomas Gage*, Amsterdam: Paul Marret, 1695.)

Figura 2.6. Mapa del Reyno de Guatemala: principales rutas de comercio, 1600-1750.

Figura 2.7. Mapa de Centroamérica. (T. Gage, *Nouvelle relation contenant les voyages de Thomas Gage*, Amsterdam: Paul Marret, 1695.)

Capítulo 3

Figura 3.1. Órdenes religiosas en las misiones centroamericanas, época colonial.

Figura 3.2. Obisposados centroamericanos, época colonial.

Figura 3.3. Portada del libro de Thomas Gage. (T. Gage, *Nouvelle relation contenant les voyages de Thomas Gage*, Amsterdam: Paul Marret, 1695.)

Figura 3.4. Mapa de la Provincia de Nicaragua con asentamientos zambos e ingleses. (AGI, Mapas y Planos, Guatemala, 17.)

Figura 3.5. Situación estratégica de Centroamérica, hacia 1680.

Figura 3.6. Entradas militares al Petén, 1695-1697.

Figura 3.7. Constituciones de la Universidad de San Carlos. (M. Tate Lanning, *La ilustración en la Universidad de San Carlos*, Guatemala: Editorial Universitaria, 1976.)

Figura 3.8. Patio interior de la Universidad de San Carlos, Antigua. (Universidad de San Carlos de Guatemala, *Publicación Conmemorativa, Tricentenario 1676-1976*, Guatemala: USAC, 1977.)

Capítulo 4

Figura 4.1. Título de Juan Apolozt, 1543. (AGI, Mapas y Planos, Escudos de Armas y Árboles Genealógicos, 24.)

Figura 4.2. Capitanía General de Guatemala: centros productivos, 1600-1750.

Figura 4.3. El Puntero apuntado con apuntes breves. Manual para el tratamiento del añil, 1741. (I. López V. *El periodismo en El Salvador*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1964.)

Figura 4.4. Audiencia de Guatemala: principales divisiones internas hacia 1650.

Figura 4.5. Detalle de la pintura *Construcción de la Catedral de Santiago de Guatemala*, 1678 por Antonio Ramírez Montúfar.

Figura 4.6. Escena de *Órdenes religiosas femeninas*, 1755. (AGI, Mapas y Planos, Estampas 165.)

Figura 4.7. Mapa de la Provincia de los Tzendales. (AGI, Mapas y Planos, Guatemala, 301.)

Figura 4.8. Mapa de Nueva Galicia y de la Audiencia de Guatemala, 1671. (Colección Cartográfica de Kitt S. Kapp-CIRMA.)

ÍNDICE ANALÍTICO

- Abangares, minas de, 26.
abolición de la esclavitud, 52, 103, 104.
Acajutla, 34, 134, 139.
Acapulco, 133, 274, 281.
Acasaguastlán, 67, 158.
aceite, 129, 139, 273, 291.
Aceituno, Francisco, 113.
África, 222.
africanos, 21, 85, 87.
Agalteca, poblado indígena, 118.
Agua, volcán de, 67, 107.
Aguán, río, 185.
Aguero, Diego de, 166.
Ahitzá (Tayasal, hoy Flores), 195-198.
Ahpozotzil Cahi Ymox, rey cakchiquel, 69.
Alax, minas de, 55, 56.
Alejandro VI, 170.
alfabetismo, 204-207.
algodón, 55, 101, 114, 122, 132, 246, 284, 294, 297.
aliados indios, 29, 33, 34, 64, 68, 197.
aliados mexicanos, 28, 29, 64.
Almolonga, 67, 107, 262; véase Santiago.
altiplano central, 26, 30, 46, 47, 228, 246, 259, 260.
Alto Perú, 131, 137.
Alvarado, Diego de, 30.
Alvarado, Gómez de, 30.
Alvarado, Gonzalo de, 30.
Alvarado, Hernando de, 30.
Alvarado, Jorge de, 30, 47, 51, 67, 68.
Alvarado, Pedro de, 21, 22, 28-34, 36, 38, 44, 46, 47, 49, 51, 52, 56, 60, 62, 64-72, 96, 105, 117, 120, 152, 153, 167, 168, 279.
Álvarez de Toledo, Juan Bautista, 298.
Alzayaga, Jacobo de, 197.
Amatique, bahía de, 184, 185.
Amatitlán, lago, 47, 67, 262.
Amazonas, 192.
América, 95, 97, 113, 128, 129, 137, 192, 219, 274, 294, 307, 313.
América del Norte, 90, 222.
América del Sur, 131, 154, 258.
América Latina, 95.
Amézquita, Bartolomé de, 196, 197.
Andino, Luis de, 292.
Anguciana de Gamboa, Alonso, 39.
Anguiano, Ramón, 87.
Angulo, Pedro de, 101, 168.
Antequera, 62.
Antigua Guatemala, 67.
Antillas, 22, 23, 62, 76, 110, 258.
Antonelli, Juan Bautista, 183.
añil, 88, 112, 123, 130, 134, 135, 139-142, 147, 148, 161, 175, 176, 182, 185, 222, 223, 238-240, 242, 248-250, 252, 253, 256-261, 263, 271-275, 280, 283, 301-303, 307, 308, 310, 311, 314, 315.
aparato militar superior, 30.
Aragón, 151.
Aranjuez, 57.
Arias Dávila, Gaspar, 49, 113.
Arias de Maldonado, Rodrigo, 193.
aritmética, 205.
Armada Invencible, 185.
arquitectura, 201-204.

- artes plásticas, 202-204, 206.
 artesanos, 123, 252, 280, 287.
 asentamientos españoles, 26, 42, 44, 64.
 asentamientos urbanos, 26, 28.
 Asunción Mita, 241.
 ataurique, 204.
 Atehuan (Ateos), 34.
 Atitlán, 83; *véase* Totonicapán.
 Atitlán, lago, 32, 47, 83, 167, 226.
 Atlántico, 28, 129, 131, 137-139, 149, 223, 309.
 Atlántico, costa del, 23, 37, 96.
 Atlántico, vertiente del, 37, 38, 57, 59, 69, 78, 227.
 audiencia, 73, 97, 101-103, 108, 113, 120, 135, 144, 153-155, 157, 163, 176, 188, 196, 242, 249, 250, 276, 285, 286, 300, 318, 320.
 Audiencia de Guatemala, 22, 36, 37, 38, 75-79, 86, 88, 95, 96, 103, 107, 111, 112, 118, 134, 147, 154-156, 158, 163, 187, 198, 237, 248, 280, 298, 317.
 Audiencia de Lima, 155.
 Audiencia de Los Confines, *véase* Audiencia de Guatemala.
 Audiencia de México, 51, 153, 155.
 Audiencia de Nueva España, 121.
 Audiencia de Nueva Granada, 78.
 Audiencia de Panamá, 37, 154, 155.
 Audiencia de Quito, 139.
 Audiencia de Santo Domingo, 102.
 Avendaño, Diego de, 185.
 Avendaño y Loyola, Andrés de, 197.
 Ávila, Teresa de, 180.
 Aycinena, Mariano, 320.
 azogue, 265, 266.
 aztecas, 29, 36.
 azúcar, 86, 113, 145, 185, 187, 242, 250, 287.
 Bahía, islas de la, 22, 137, 138.
 baile del cultivo (tum-teleche), 169.
 Balboa, Núñez de, 23.
 bálsamo, 253, 263, 269.
 Bargalló, Modesto, 220.
 Barrios Leal, Jacinto de, 156, 196.
 bautismo, 170, 175, 197.
 Belehé Qat, rey cakchiquel, 29, 68.
 Belice, 137, 186, 187, 194.
 Belice, río, 185.
 Benavente, Toribio de (Motolinía), 71.
 Benzoni, Jerónimo de, 124.
 Bergmann, John F., 85.
 Bluefields, 185, 187.
 bodegas, 258.
 bohíos, 148.
 Bolívar, 307.
 Borah, Woodrow, 140, 219, 220.
 Boruca, pueblo indígena, 114.
 brea, 100, 132, 139, 182, 242, 273, 274.
 Browning, D., 56.
 bucaneros, 186, 188, 195.
 Buena Esperanza, 44.
 Bustamante y Guerra, José, 320.
 Cabildos, 26, 69, 98, 103, 106, 108, 111, 121, 144, 148, 158, 160-164, 167, 175, 179, 213, 215, 249, 261, 266, 271, 275, 276, 278, 279, 282-286, 294.
 cacao, 37, 85, 104, 123, 133-135, 139, 140, 146-149, 155, 158, 161, 182, 222, 223, 242, 244-246, 252-254, 256, 258, 261, 263, 270-275, 280, 301-303, 307, 308, 310.
 caciques, 24, 38, 63-65, 68, 98, 111, 124, 125.
 caciques indígenas, 34, 58, 167, 168.
 Cádiz, 127.
 cakchiquel, lengua, 206, 207, 211.
 cakchiqueles, 29-34, 36, 60, 65-69, 71, 72, 74, 75, 211.
 Caldera, puerto, 131, 139, 273, 274.
 Calderas, 281.
 Calderón, Francisco, 113.
 Callao, puerto, 274, 281.
 campaña de tierra arrasada, 34.
 campañas de conquista, 33, 63, 95, 108, 120, 197, 198.
 Campeche, 187, 188, 194.
 caña de azúcar, 110, 130, 140, 142-146, 148, 175, 243.
 Canales, 243.
 Cancuc, pueblo indígena, 299.
 Canek, rey, 195, 197, 198.
 capellanías, 114, 116, 174, 175, 291.
 Caracas, 254, 271.
 Cardoso, Ciro F., 222.

- cargadores, 45, 100, 101, 104, 121, 124, 196.
- Caribe, 28, 38, 39, 96, 115, 117, 124, 130, 131, 133, 137, 138, 140, 146, 152, 156, 158, 181-187, 189, 195, 196, 243, 256, 274, 275, 308, 309, 318.
- caribes, 316.
- Carlos V, 72, 102, 151, 154.
- Cartagena, 139, 187, 258, 275.
- Cartagena de Indias, 178.
- Cartago, 38, 57, 58, 86, 108, 123, 140, 146, 149, 163, 187.
- Casa de Contratación, 152.
- Casa de Moneda, 266-268.
- Castañeda, Juan de, 23.
- castas, 87, 90, 135.
- Castellanos, Francisco de, 60.
- Castilla, 151, 152, 160, 162, 182, 274.
- Castilla de Oro, 23.
- Castillero, 137, 138.
- Castillo de la Inmaculada Concepción (o de San Juan), 188.
- Cataluña, 185.
- catástrofe demográfica, 70, 74, 79, 136, 220; véase despoblación.
- catedral, 203, 215, 281.
- Cavallón, Juan de, 37, 38, 56, 58, 164.
- Cavendish, Thomas, 183.
- Centroamérica, 21, 27, 37, 39-41, 45, 58, 60, 70, 72, 74, 76, 78, 79, 85-87, 90, 95, 96, 101, 102, 110, 113, 115, 120, 122, 123, 129-131, 133, 137-139, 147-149, 151-155, 161, 164-167, 172, 175, 177-184, 187-189, 192, 197, 198, 201, 203, 204, 206, 207, 212, 213, 219, 222-224, 307-310, 316, 319.
- Cerezeda, Andrés de, 44.
- Cerquín, provincia de (Higueras), 64.
- Cervantes, Miguel de, 210.
- chacras (chácaras), 148, 308.
- Chagres, río, 188.
- Chajul, 33.
- chol, lengua, 193.
- Chaunu, Pierre, 220, 223.
- Chevalier, François, 219.
- Chiantla, 52, 117, 142.
- Chiapas, 47, 72, 76, 78, 79, 86, 103, 134, 152, 154, 167, 171, 174, 176, 196, 201, 206, 212, 213, 226, 227, 229, 243, 246, 256, 283, 289, 290, 294, 298, 314.
- Chiaramonte, José Carlos, 220, 221.
- Chichicastenango, 49, 50, 234.
- Chimaltenango, 68, 243.
- China, 274.
- Chinandega, 141, 189.
- Chiquimula de la Sierra, 67, 158, 229, 234, 241, 257.
- Chiquirrichapa, 234.
- choles, 194-196.
- Cholula, 29.
- Choluteca, 117, 131, 141.
- Chome, 58.
- Chuacús, 241.
- Ciudad de Guatemala, 113, 226, 242, 243, 275.
- Ciudad de México, 178, 213, 223.
- Ciudad de Panamá, 72, 155, 189.
- Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas), 206.
- Ciudad Real de Chiapas, 163, 171, 319.
- Clemente XIII, 114.
- Coatzacoalcos, río, 152.
- Cobán, 241.
- Coco, río, 188, 189.
- Coçumba, cacique, 64.
- cofradías, 112, 114-116, 175, 179, 287.
- Colegio de Santo Tomás, 206.
- Colón, Cristóbal, 21, 152, 166.
- Comayagua, 45, 118, 123, 141, 154, 171, 226, 242, 256, 291, 318, 319.
- comercio, 24, 79, 82, 100, 106, 108, 109, 111, 120, 122, 127, 129-131, 133-135, 137-140, 146, 147, 149, 161, 183, 199, 200, 220-224, 257, 258, 261, 263-275, 283, 287, 312.
- comportamiento brutal, 127.
- Conchagua, 270.
- Concilio de Trento, 171, 206.
- conflictos entre los grupos conquistadores, 28, 44, 95, 105, 106, 110, 117, 134, 318.
- Conquista, 21, 22, 28, 33, 37, 40, 56, 63, 65, 66, 70, 75, 76, 78, 79, 85, 96, 97, 106, 108, 117, 122, 124, 129, 131, 152, 153, 158, 160, 170, 181, 201, 210, 211-215, 219, 220, 224, 228, 229, 254, 276, 315, 317, 319, 321.
- conquista de Costa Rica, 36, 38, 56.

- conquista de El Salvador, 29, 34.
 conquista de Guatemala, 29, 33, 46.
 conquista de Honduras, 28.
 conquista de Nicaragua, 26.
 conquista desde México, 29-42, 75.
 conquista desde Panamá, 23-27.
 conquista española, 21, 22, 31, 36, 57, 59, 78, 82, 83, 90, 95, 96, 168, 212, 213, 314.
 conquista espiritual, 97, 166-170, 189.
 conquista tardía de Costa Rica, 36-40.
 conquistadores, 21, 22, 27-30, 40, 41, 46, 47, 50, 57, 58, 60, 63, 67, 69, 71, 79, 95, 96, 100, 104-107, 117, 124, 126, 134, 153, 181, 211, 213, 214, 224, 225, 228, 255, 261, 276, 278, 313.
 Consejo de Castilla, 152.
 Consejo de Indias, 96, 152, 153, 156.
 Consulado de Comercio, 270.
 Contreras, Hernando de, 163, 164.
 Contreras, Pedro de, 164.
 Contreras, Rodrigo de, 120, 152, 163.
 conventos, 113, 116, 174, 176, 210, 281, 284, 291, 292, 295, 297.
 monjas capuchinas, 291.
 monjas de la Concepción, 174, 176, 210, 292.
 monjas de Santa Catarina, 292.
 monjas de Santa Teresa, 292.
 Corona, 23, 38, 39-42, 45, 56-58, 85, 95-98, 100-102, 104, 105, 108, 109, 111, 113, 115, 119-121, 127, 129, 137, 138, 148, 149, 151-158, 161-166, 170, 171, 175, 183, 186, 188, 195-201, 204-206, 211, 212, 214, 215, 250, 248, 263, 266, 276, 284, 285, 288, 290, 291, 292, 313, 317, 319, 320.
 corsarios, 128, 129, 131, 137, 141, 183, 184, 186.
 Cortés, Hernán, 22, 28, 29, 34, 85, 182, 211.
 Cortés y Larraz, arzobispo, 316.
 Cosío, Toribio (marqués de Torre-Campo), 300.
 costa atlántica, 21.
 Costa Rica, 22, 23, 26, 36-39, 41, 56-59, 69, 70, 74, 76, 78, 79, 88, 90, 96, 97, 107, 108, 110, 114, 115, 117, 124, 130, 131, 140, 141, 146, 147, 149, 157, 158, 167, 169, 171, 180, 182, 185, 187, 188, 193, 223, 227-231, 243, 246, 251, 256, 260, 265, 273-275, 308-312, 314, 318.
 Crespo Juárez, Pedro, 206.
 Criado de Castilla,, Alonso, 184.
 criollos, 40, 86, 90, 149, 158, 164, 173, 174, 178, 195, 211-214, 230, 246, 253, 257, 265, 281, 286, 287, 302, 303, 308, 310, 311, 313.
 Cromwell, Oliver, 185, 186.
 Cuba, 62, 76, 186, 274.
 Cuchumatanes, sierra de los, 33, 34, 109, 117, 226, 235.
 cueros, 260, 264.
 Curazao, 275.
 Curridabat, 146.
 Curtin, Philip, 85.
 Cuscatlán, provincia de (El Salvador), 34, 36, 67.
 cuscatlecos, 34.
 Darién, istmo de, 189.
 Dávila, Pedrarias, 21, 23, 25-27, 59, 96, 100, 107, 120, 152, 163.
 Davis, pirata, 141.
 demora, 61.
 Denevan, William, 76-78, 82, 83.
 Desaguadero, 187, 188; véase San Juan, río.
 despoblación, 22, 36, 44, 52, 74, 79, 82, 83, 130, 133, 149, 161, 221, 227.
 Díaz de Velasco, Juan, 196, 197.
 Díaz del Castillo, Bernal, 67, 211-213, 215.
 dinero, 246, 248, 264, 265, 274.
 Diriangen, cacique, 24.
 Dolores, 196, 197; véase Lacandón.
 don Juan, cacique, 167, 168.
 Drake, Francis, 183.
 Echevers, Fernando de, 275.
 Ecuador, 107, 189, 254.
 El Realejo (hoy Corinto, Nicaragua), 132, 134, 139, 141, 158, 164, 176, 178, 206, 273, 274.
 El Salvador, 33, 36, 37, 47, 56, 59, 67, 78, 79, 90, 96, 97, 103, 112, 117, 125, 130, 133, 140, 147, 167, 214, 227, 230, 239, 254-257, 259, 283, 292, 308-312, 315.
 El Salvador, costa de, 65.
 El Salvador, provincia de, 24, 54, 56.

El Viejo, 180.

elites, 56, 90, 164-166, 178, 195, 199, 200, 201, 205, 250, 267, 270, 283-287, 294, 304, 310, 311, 312, 314, 316, 317, 319.

encomenderos, 40-45, 52, 55-57, 59, 67, 70, 74, 75, 85, 101, 102, 104, 105, 120, 122, 133-135, 146, 149, 152, 153, 157, 161, 164, 183, 213, 280.

encomiendas, 22, 26, 28, 38-41, 42-48, 50-52, 54, 56-60, 63, 66, 68, 70, 83, 96, 100-102, 110, 120-122, 125, 133, 134, 146, 148, 149, 152, 153, 163, 200, 253, 255, 269, 276, 279.

enfermedades, 46, 70, 71, 74, 75, 82, 149.

enfermedades del Nuevo Mundo, 78.

enfermedades del Viejo Mundo, 22, 71.

Enriquez de Rivera, Payo, 207.

epidemias, 70-75, 110, 119, 133, 180.

esclavitud, 22, 26, 28, 32, 34, 42, 58, 60, 62-65, 69, 70, 87, 100-103, 109, 120, 253, 276.

esclavos, 29, 37, 52, 62, 63, 65, 69, 72, 79, 86, 100, 102, 103, 115, 117-120, 147, 248, 265, 266, 287.

esclavos africanos, 61, 85, 86, 87, 104, 185.

esclavos indios, 59-62, 64, 65, 70, 82, 83, 100, 101, 109, 130, 132.

Escobedo, Fernando Francisco de (presidente), 188, 195, 199.

Escuintenango, 289.

Escuintepéquez-Guazacapán, 158.

Escuintla, 229, 244, 256.

Escuintla-Guazacapán-Chiquimulilla, 226.

España, 23, 36, 37, 39, 40, 47, 96, 109, 112, 113, 118, 119, 127-129, 132, 135, 137, 138, 151, 153, 154, 163, 166, 170, 174, 181, 182, 184-187, 190, 195, 198, 200, 203, 207, 214, 258, 267-269, 271-274, 280, 285.

españoles, 22-24, 26-28, 30, 32-34, 38, 42, 44, 46, 51, 52, 55, 57-65, 67-70, 75, 76, 78, 79, 82, 85-88, 90, 97, 100, 103, 104, 106, 108-110, 112, 114, 115, 117, 118, 120, 121, 122-127, 133, 134, 137, 141-143, 145, 146, 148, 168, 187, 189, 192, 196-198, 202, 205, 211, 228, 230, 234, 238, 240, 241, 246, 253, 254, 257, 259,

262-265, 281, 286, 287, 288, 302, 303, 308, 310, 311.

Esparza, 57, 58, 141, 189.

Espinar, Juan de, 49-52, 60.

Espino, Fernando, 191, 192.

Esquipulas, 67, 241.

Estados Unidos, 192.

estancias, 122.

Estete, Martín, 59.

Estrada, José Agustín de, 200.

Europa, 90, 97, 127, 128, 137, 151, 173, 220, 267, 269, 270.

expedición, 23, 24, 27, 47, 85, 167.

expedición exploradora, 38, 42, 95, 117.

explotación,

fuerza de trabajo, 28, 57, 58, 70, 95, 104, 114, 121, 122, 197, 215, 225, 244-252, 255, 263, 267, 287, 289, 291, 292.

indígenas, 28, 43, 44, 52, 57-59, 63, 70, 78, 83, 95, 97, 98, 100, 110, 117, 126, 149, 225, 247, 249, 276, 289, 291, 292, 298, 312.

recursos, naturales, 22, 26, 28, 56, 58, 79, 85, 97, 105, 201, 221, 222, 225, 227, 241, 269, 276, 301, 312, 314.

Exquemelin, 188.

Felipe II, 131, 151, 173, 180, 183.

filibusteros, 186-189, 192, 194.

Filipinas, 133.

filosofía, 205, 206.

Florescano, Enrique, 220.

flotas y galeones, 131, 271-274, 303.

Fowler, William, 78.

franceses, 137, 183, 187.

Francia, 186.

Frasso, Pedro, 114.

frijol, 52, 55, 101, 175, 245, 260, 263, 264.

frustración por no encontrar oro, 124.

Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio, 145, 212-215, 261, 262, 280.

Gage, Thomas, 113, 134, 139, 141, 143, 174, 176, 280, 316.

Gaitán, Juan, 164.

Gálvez y Morazán, 320.

ganado, 56, 61, 109, 110, 115, 119, 122, 130, 134, 140-142, 146-148, 227, 231, 242-244,

- 252, 254, 260, 264, 291, 302, 308.
 Garabito, Andrés, 26.
 García Peláez, F. de P., 259, 300.
 Garcimuñoz, 38.
 Garret y Arlovi, Benito, 192.
 Gasco, Janine, 78.
 Gerhard, Peter, 78.
 Gibson, Charles, 220.
 Glave, Luis Miguel, 220.
 Godines, Juan, 167.
 Golfo de Fonseca, 27, 119, 155, 189, 227.
 Golfo de Honduras, 28, 135.
 Golfo de México, 28, 199.
 Golfo de Nicoya, 23, 24, 26, 42, 57, 189.
 Golfo Dulce (lago Izabal), 158, 182-185, 187.
 Golfo, islas del, 75, 281.
 González, Antonio, 155.
 González de Ávila, Gil, 22-28, 36, 167.
 Gracias a Dios, 44, 45, 55, 56, 61, 73, 74, 96, 102, 107, 118, 141, 154, 185, 187, 189, 242.
 gramática, 204-206, 209.
 Granada, 26, 42, 88, 139, 141, 187-189, 206.
 granos básicos, 147, 235, 242, 254-256, 259, 261-265, 272, 286.
 Grijalba, Antonio de, 176.
 Grognet, François, 189.
 Guanaja, isla de, 62.
 Guatemala, 27, 29, 30, 33, 34, 36, 37, 44, 46, 47, 50, 55, 59-62, 67-69, 71-75, 78, 79, 82, 86, 90, 96, 97, 101, 103-105, 109, 110, 114, 117, 118, 123, 130, 140, 142, 145, 146, 152-156, 158, 162, 167, 169, 171, 172, 175, 177, 181, 182, 188-190, 192, 193, 196, 197, 199, 200, 203, 206, 207, 210, 214, 215, 223, 226-228, 230, 231, 239, 241-244, 246, 254, 256, 257, 261, 266, 268-271, 273, 279, 280, 281, 283, 290, 292, 298, 299, 301, 307-312, 314-316, 318, 319.
 Guatemala, costa de, 65.
 Guatemala, provincia de, 22, 42, 54, 73, 128, 129, 142, 214.
 guatemaltecos, 64, 304.
 Guayape, río, 118.
 Guayaquil, 146, 254, 271.
 Guazacapán, 244.
 Guazacurán, 118.
 gucumatz o cocoliztli, plaga neumónica, 73, 74.
 Guerra de los Treinta Años, 185.
 guerras europeas, 109, 183, 189.
 Guerrero, Gonzalo, 86.
 guías indios, 23, 124.
 Gumarcah (Utatlán), 30, 32.
 Gutiérrez, Diego, gobernador, 124.
 Guzmán, Enrique de, 200.
 Guzmán, Juan de, 134.
 Haciendas, 100, 112, 113, 115, 119, 122, 123, 135, 139-144, 146-148, 176, 221, 223, 229, 232, 240, 241, 244, 246, 247, 270, 312, 313.
 hambruna, 72, 73.
 Hamilton, E. J., 219.
 Hernández Arana, Francisco, 211.
 Hernández de Córdoba, Francisco, 24, 26, 28, 36, 42, 107.
 Herrera, Antonio de, 72, 73.
 Herrera, Diego de, 154.
 Higuera, 64, 107.
 Hispanoamérica, 148.
 historiografía, 210-215, 314, 315.
 holandeses, 137, 138, 184, 187.
 Honduras, 21, 27, 28, 36, 37, 39, 44-46, 48, 54, 56, 59-65, 67, 72-74, 78, 79, 85, 87, 88, 90, 96, 97, 102, 103, 107, 117, 118, 125, 130, 131, 141, 147, 149, 152, 154, 158, 167, 171, 181, 182, 185, 204, 227-230, 242, 256, 258, 260, 265-267, 272, 273-275, 283, 308-310, 318.
 Honduras, costa de, 22, 23, 75, 138, 139, 182.
 Honduras, provincia de, 24, 87, 120, 129, 142, 284.
 Honduras, puerto de, 72.
 Honduras, región de, 29.
 Hornos, cabo de, 189.
 Huatulco, 134.
 Huehuetenango, 46, 49-52, 55, 59, 60, 142, 158, 196, 197, 224, 226, 298.
 huétares, 26.
 Humboldt, A., 269.
 Iglesia, 86, 109, 113, 114, 116, 129, 147,

- 151, 166, 170, 174, 176-179, 192, 199, 202, 204, 261-263, 276, 279, 286, 288-294, 317.
- Ilopango, lago, 56.
- Ilotenango, 234.
- imprensa, 207.
- Independencia, 87, 309, 310, 312, 318.
- India, 222.
- indígenas, 21-27, 29-31, 33, 34, 36, 39, 40, 43, 52, 54, 55, 58, 61, 63-65, 66, 70, 74-76, 79, 82, 85-88, 90, 97, 98, 100-104, 109-115, 117, 119, 121-123, 125-127, 132, 133, 134, 142-145, 148, 163, 164, 166, 167, 169, 170, 172, 173, 175, 178, 185, 189-193, 195, 197, 201-203, 211, 212, 215, 221, 230, 231, 234, 235, 237, 238, 241, 244, 245, 247-252, 255, 257-260, 264, 268, 279, 288, 289, 308, 310, 311, 313-316.
- indios auxiliares, 23, 28, 196.
- indios de rescate, 100.
- Inglaterra, 137, 186.
- ingleses, 21, 137, 140, 147, 183, 185-187, 222.
- Inquisición, 178, 179, 207, 213.
- istmo, 22, 23, 56, 59, 69, 70, 75, 76, 79, 107, 131, 151, 153, 161, 162, 167, 171, 178, 181, 201, 203, 308, 311.
- itzaes, 316.
- ixiles, 33.
- Iximché, 32, 33, 65, 66, 67.
- Izalcos, provincia de (El Salvador), 104, 133, 134, 254.
- Izquintepec, o Panatacat (hoy Escuintla), 32-34, 71.
- izquintepecos, 33.
- Iztapa, 189, 262.
- Jalapa, 241.
- Jamaica, 137, 147, 186, 187.
- Jicalapa, 36.
- jicaque, lengua, 191.
- Jiménez Moreno, Wigberto, 220.
- Juarros, D., 310.
- juez de milpas, 111, 265.
- Jutiapa, 241.
- La Cruz, Rodrigo de (Rodrigo de Arias Maldonado), 180.
- La Cueva, Beatriz de, 153.
- La Cueva, Cristóbal de, 55, 56.
- La Cueva, Francisco de, 153.
- La Española, 22.
- La Farge, 314, 315.
- La Habana, 183, 275, 286, 308.
- labores de trigo, 143-145, 281.
- laborios; véase naborios.
- Lacandón, 196.
- lacandones, 193, 195, 196, 316.
- Lacantún, río, 196.
- ladinos, 87, 114, 115, 123, 142.
- Laguna de Perlas, 187.
- Landecho, puerto, 38.
- Las Casas, Bartolomé de, 21, 70, 71, 97, 100, 104, 154, 155, 168, 212.
- Las Casas, Francisco de, 28.
- Las Minas, 241.
- lavaderos de oro, 52, 68.
- lavado del oro, 60, 117, 118, 253.
- Leddy Phelan, John, 153.
- Lemoa, 234.
- Lempa, río, 36, 69.
- Lempira, cacique, 63-65, 69, 125.
- lencas, 64.
- lenguas indígenas, 288.
- León, 26, 42, 59, 86, 131, 141, 163, 164, 171, 173, 203, 206, 207, 258, 319.
- Leyenda Negra, 70.
- Leyes Nuevas, 36, 38, 40, 41, 56, 69, 70, 95, 97, 101, 102, 104, 120, 123, 154, 157, 163, 212, 246, 255, 279, 280, 289, 317.
- Liébana, Pedro de, 75.
- Liendo, Pedro de, 204.
- Liendo, Sebastiana de, 204.
- Lima, 139, 154, 178, 307.
- literatura, 201, 202, 210.
- López de Cerrato, Alonso, 41, 48, 52, 54, 60, 102-105, 120, 154, 157, 171.
- López de Salcedo, Diego, 152.
- López de Solís, Francisco, 165.
- López, Melchor, 192, 193.
- Luis XIV, 186.
- Maceguals, indios comunes, 68, 98, 126, 235.

- MacLeod, Murdo J., 71, 73, 74, 82, 86, 130, 140, 165, 222, 313, 314.
- Madrid, 212, 256.
- maíz, 52, 55, 56, 74, 101, 110, 113, 122, 131, 142, 146, 165, 175, 243, 245, 246, 260, 263, 264, 283, 286, 290, 295.
- Maíz, islas del, 137.
- Malacatán, 33.
- Malacatán, río, 52.
- Malcatepeque, 113.
- Maldonado, Alonso de, 120, 153, 154.
- Maldonado de Paz, Juan, 290.
- Maldonado y Paz, Juana de, 176, 210.
- mam, área, 97.
- mames, 33, 50, 51, 65.
- Mamostenango, 234.
- Managua, lago de (antes Xolotlán), 26.
- manchés, 193, 195, 196, 316.
- Manila, 133, 274.
- Mansfield, Edward, 187.
- Mar del Sur, 181.
- Mar Dulce (lago de Nicaragua), 26, 187.
- Margil de Jesús, Antonio, 192, 193, 196.
- Marroquín, Francisco, obispo, 97, 104, 113, 153, 155, 168, 206, 288.
- Martínez Peláez, Severo, 87, 126, 215, 313.
- Martínez, Severo, 298.
- Mata Rendonda, 146.
- Matina, 140, 147, 244, 256, 281.
- Matina, río, 188.
- mayas, 29, 62, 68, 195, 198, 205, 211.
- mayas, regiones, 33.
- Mazariegos, 196.
- medicina, 207.
- Memorial de Sololá, 32, 60, 67, 68, 70, 72, 74, 211.
- Mencos, Martín Carlos, presidente, 156, 162, 187, 198-200.
- Mendoza, Antonio de, 153.
- Menéndez de Avilés, Pedro, 183.
- mercedes de tierra, 108-110, 113.
- mercurio, 119, 140.
- Mérida, 171, 195, 197.
- Merlo, Tomás de, 204.
- Mestanza, Juan de, 210.
- mestizaje, 86, 87, 90, 149, 221.
- mestizos, 87, 88, 108, 112, 115, 141, 143, 145, 147, 148, 184, 187, 196, 203, 205, 229, 230, 234, 238, 241, 249, 250, 257, 264, 265, 286-288, 301-303, 308, 310-312, 314, 316.
- Metapa, minas de, 55, 56.
- mexicana, lengua (nahua), 207.
- mexicanos, 30, 64, 254.
- México, 22, 27-30, 32, 36, 60-62, 71, 73, 75, 76, 78, 129, 134, 140, 144, 152, 153, 155, 178, 182, 206, 223, 243, 254, 255, 258, 267, 268, 270, 271, 280, 281, 286, 307, 317.
- Miaguaclam (Aza Cualpa), 34.
- milicias, 200.
- milpas, 61, 62, 111, 112, 261, 262, 295.
- minas, 52, 55, 65, 100, 102, 103, 117, 118, 119, 120, 124, 131, 140, 147, 154, 242, 251.
- minería, 61, 70, 103, 109, 118, 251, 254, 266, 269, 270, 277, 302.
- minería del oro, 38, 64, 103, 117, 118, 154, 266.
- mineros, 61, 119, 147, 251, 265, 266, 275.
- mineros españoles, 63, 119, 120.
- misioneros, 98, 167, 169, 205.
- miskitos, 185, 227, 316.
- Mixco, 145, 243, 262.
- mixtecas, 60, 61.
- moneda, 199, 240, 245, 264, 266-268, 283.
- monopolio comercial, 119, 258, 272, 273, 275.
- Montejo, Francisco de, gobernador, 28, 44, 61, 64, 65, 107, 153.
- Montúfar, Francisco de, 204.
- Mopán, región de.
- Morgan, Henry, 188.
- Morilla Critz, José, 220.
- Morris, John, 187.
- Mosquitia (Honduras), 137, 185, 186, 189, 191-193, 195, 198.
- motines, 126, 144, 300.
- Motúfar, Antonio de, 204.
- mulas, 104, 108, 113, 129, 131, 135, 147, 182, 258, 260, 273, 295.
- mulatos, 147, 184, 203, 241, 251.
- música, 205.
- Naboríos, 122.
- nahua, lengua, véase mexicana.

- Nata, 72.
 Nebaj, 33.
 negros esclavos, 87, 90, 113, 117-119, 124, 141, 143, 145-147, 248, 251, 259, 265, 287.
 negros libres, 184, 187, 249, 251.
 Newson, Linda, 42, 46, 58, 59, 72-74, 78, 82, 141, 147, 224.
 Nicaragua, 23-28, 36, 37, 41-43, 54, 59, 61, 62, 64, 65, 70, 72, 73, 78, 79, 82, 88, 90, 96, 97, 100-103, 117, 131, 132, 141, 142, 147, 149, 152, 154, 158, 163, 163, 167, 171-173, 182, 185-188, 192, 199, 203, 206, 207, 223, 227, 229, 230, 241, 251, 256, 258, 260, 265, 275, 280, 283, 290, 292, 302, 308-312, 318, 319.
 Nicaragua, lago de, véase Mar Dulce.
 Nicaragua, provincia de, 24, 56, 74, 114, 242, 284.
 Nicaragua, región de, 38, 64, 79.
 Nicarao o Nicaragua, cacique, 23, 24.
 nicaraos, 24.
 Nicoya, 23-26, 37, 42, 62, 64, 104, 105, 133, 180, 189, 302.
 Nicoya, región de, 38.
 Niño, Andrés, 23, 25, 27.
 Nombre de Dios, 128, 131.
 Nuestra Señora de la O, 118.
 Nueva Cartago, 38.
 Nueva España, 28, 69, 72, 73, 127, 128, 133, 134, 156, 167, 180, 181, 189, 192, 220, 256, 271, 272, 274, 280, 281, 303, 307.
 Nueva Granada, 256, 307.
 Nueva Guatemala de la Asunción (hoy Ciudad de Guatemala), 156.
 Nueva Segovia (Ocotol), 26, 42, 64, 117, 132, 188, 191, 192, 242.
 Núñez de Landecho, Juan, 155, 156.
 Oaxaca (México), 60-62, 223, 273.
 obrajés de tinta añil, 176, 240, 244, 249.
 Ocosingo, 196.
 Olanchito, 141.
 Olancho el Viejo, 141.
 Olancho, región de, 28, 118.
 Olid, Cristóbal de, 28, 29.
 Omoa, 281.
 órdenes religiosas, 98, 145, 167, 172, 174, 176, 180, 197, 243, 244, 266, 289, 291, 292.
 agustinos, 145, 167.
 belemitas, 180, 215.
 dominicos, 97, 101, 102, 113, 122, 145, 167, 174, 176, 189, 192, 195, 206, 213, 241, 288, 289, 298.
 franciscanos, 57, 70, 97, 102, 147, 166, 167, 180, 190-193, 195, 215, 288, 289.
 jerónimos, 145, 167.
 jesuitas, 113, 145, 165, 167, 192, 206, 289, 292.
 mercedarios, 97, 145, 167, 180, 190, 195, 288.
 Orduña, Francisco de, 51.
 Orena, Baltasar de, 210.
 oro, 22-26, 37-39, 60, 65, 66, 68, 117, 118, 130.
 Ortiz de Urbina, Andrés, 200.
 Ostuncalco, 234.
 Pablo V, 114.
 Pacaca, 58.
 pacificación, 194-196.
 Pacífico, 23, 28, 37, 83, 96, 107, 108, 123, 129-131, 138, 139, 158, 182, 189, 226, 273, 274, 309.
 Pacífico Central, 57, 149.
 Pacífico, costa del, 27, 29, 30, 33, 34, 36, 78, 97, 112, 115, 132, 134, 147, 155, 189, 227.
 Pacífico Norte (Costa Rica), 58, 96, 97, 131, 141, 147.
 Pacífico, región del, 26, 48.
 Pacífico Sur (Costa Rica), 57.
 Pacífico, vertiente del, 21, 23, 38, 42, 48, 56, 58, 182, 226, 229, 230, 256.
 Países Bajos, 184, 185.
 Panamá, 22, 23, 25, 26, 36, 42, 62, 72, 76, 78, 82, 100, 104, 108, 130-132, 134, 146, 153, 155, 163, 181-183, 186, 188, 192, 223, 273, 274, 318.
 Panamá, istmo de, 131, 137, 154.
 Panamá, provincia de, 155, 308.
 Panatacat (Izcuintepéc, hoy día Escuintla), 32, 71.
 pandemia de peste neumónica, 72, 73, 74.

- pandemias, 70, 72, 73.
 Pangán, 68; véase Santiago.
 Paraguay, 192.
 Parcialidades, 234.
 Parry, J. H., 162.
 Pator, Rodolfo, 222.
 Paz de Westfalia, 138.
 Penn, William, 186.
 Peñol de Cerquín, 64, 125.
 peonaje, 312.
 Peraza Ayala Castilla y Rojas, Antonio (conde de la Gomera), 156.
 Pérez Dardón, Juan, 60.
 Perú, 41, 47, 62, 82, 100, 104, 107, 119, 129, 131-135, 139, 155, 163, 181, 189, 223, 258, 268, 270, 271, 273, 274, 280, 281, 286, 308, 311.
 peste, 49, 71-74.
 peste bubónica, 73, 75.
 Peste Negra, 71.
 Petapa, 67, 262.
 Petén, el, 189, 193, 195, 198.
 Petén, lago, 195.
 Pichiquil, 117.
 Pineda de Ibarra, José de, 207.
 Pineda de Ibarra, Antonio de, 207.
 Pineda, Juan de, 122, 280.
 pinturas, 288.
 Pinula, 145.
 pipiles, 32-34, 67.
 piratería, 129, 131, 135, 137-139, 141, 146, 147, 180, 186-189, 195, 273.
 Pizarro, Juan, 169.
 plagas, 134, 254.
 plata peruana, 131, 181.
 población, 26, 75, 79, 87, 96, 170, 221, 222, 224, 228-230, 244, 245.
 población indígena, 21, 24, 27, 38-40, 59, 63, 70, 73, 75, 76, 78-86, 90, 97, 100, 104-107, 109, 111, 120, 135, 141, 146, 149, 181, 182, 185, 201, 205, 221, 223-225, 228, 231, 234, 241, 244, 249-252, 254, 263-265, 267, 269, 276, 286-289, 295, 303, 308, 310, 315.
 población sedentaria, 26, 78, 97.
 Pochutla, 68.
 Ponce de León, Hernán, 23.
 Popol Vuh, 205.
 poquiteros, 259.
 Porras, José de, 203.
 Portobelo, 128, 131, 139, 183, 187.
 Portugal, 127, 170, 185.
 Presbere, cacique, 193.
 presidente de la audiencia, 142, 154, 156, 158, 199, 245, 250.
 Providencia, 137, 185.
 Puebla, 207, 223, 273.
 Pueblo Viejo, 189.
 pueblos de indios, 41, 160, 252, 253, 256, 262-264, 276, 280, 281, 287, 288, 290, 301, 302.
 pueblos españoles, 160.
 Puerto Caballos (Puerto Cortés), 128, 141, 273, 182-184.
 Quepo, 58, 169.
 Querétaro, 192.
 Quezaltenango (Xelaju), 30, 67, 88, 158, 226, 229, 235, 295, 319.
 quiché, lengua, 169.
 quichés, 29-33, 49, 65, 67, 69, 205, 211, 226.
 Quiñónez Osorio, 142.
 Quipa, cacique, 124.
 Quirio Cataño, 204.
 Quirós, Claudia, 56.
 Rabinal, 168.
 Radell, 79.
 Ramírez de Quiñones, Pedro, 97, 154.
 Ramírez, Juan, obispo, 289.
 ranchos, 148.
 Ravago, Estrada, 38.
 Real Audiencia, 95, 165, 239, 290.
 Real Hacienda, 229, 269, 318, 319.
 Realejo, 281.
 rebelión de los cakchiqueles, 34, 36, 61, 65, 68, 72, 181.
 rebeliones, 28, 36, 40, 41, 58, 59, 63-65, 67-70, 72, 102, 117, 118, 125, 162-164, 169, 181, 193, 201, 234, 294, 297, 299, 316.
 Recopilación de Leyes de Indias, 250.
 reducciones, 96-98, 110, 122, 126, 167, 169.
 Reformas de Cerrato, 95, 104.
 Relación Marroquín, 55.
 Remesal, 316.

- Remesal, Antonio de, 212, 213.
 repartimiento general (1528), 47.
 repartimientos de encomienda a individuos, 41, 253, 276, 279.
 repartimientos de mano de obra, 119, 121, 122, 126, 143-145, 147, 246, 312, 313.
 resistencia indígena, 22-24, 29, 30, 33, 34, 38, 39, 58, 59, 63-70, 123-127, 294, 295, 297-301.
 Reventazón, río, 187, 193.
 revuelta (1536), 125.
 Reyes Católicos, 151.
 Reyno de Guatemala,, 74, 95, 103, 118, 133, 200, 225, 227, 229, 231, 237, 242, 243, 246, 250, 254-257, 261, 262, 266-272, 274, 275, 277, 281, 301, 311, 313, 318, 321.
 Ribera, Perafán de, 39, 41, 57, 58, 69.
 Ricard, Robert, 167.
 Río Grande, 117.
 Río Negro (o Chixoy), 226.
 Roatán, isla de, 185.
 Rodríguez de Fonseca, Juan, 24.
 Rogel, Juan, 97, 154.
 Romero Vargas, Germán, 222, 242.
 Rubio Sánchez, 258, 274.
 Ruiz del Corral, Felipe, 213.
 ruralización, 221-223.
- Saavedra, Hernando de (o Quesada Saavedra), 28.
 Sacapulas, 234.
 Sacatepéquez, 243, 262.
 Sajcabajá, 234.
 Salamanca, 134.
 salario, 246, 247, 264-267.
 San Andrés, 137.
 San Andrés, río, 117.
 San Andrés Xecul, 234.
 San Antonio, 270.
 San Antonio Suchitepéquez, 226.
 San Antonio Yeguaré, 118.
 San Carlos, 187, 188.
 San Cristóbal el Alto, 262.
 San Cristóbal, Hernando de, 59.
 San Cristóbal Totonicapán, 234.
 San Francisco de Motozintla, 117.
 San Francisco el Alto, 234.
 San José (Costa Rica), 88, 312.
 San José de Bethencourt, Pedro de, 180, 215.
 San Juan, 118.
 San Juan, río, 131, 132, 141, 185, 187, 199, 227.
 San Juan de Puerto Rico, 183.
 San Juan del Obispo, 262.
 San Lucas Sacatepéquez, 144, 145.
 San Luis Xilotepeque, 257.
 San Marcos, 118, 234.
 San Martín, 234.
 San Martín Jilotepeque, 262.
 San Miguel, 56, 88, 103, 117, 125, 134, 229, 240, 258, 301.
 San Miguel de la Frontera, 36.
 San Miguel Totonicapán, 234, 297.
 San Pedro, 44, 60, 61, 64, 141.
 San Pedro Pinula, 241.
 San Pedro Sacatepéquez, 234.
 San Pedro Sula, 118.
 San Salvador, 36, 55, 56, 86-88, 118, 134, 142, 147, 164, 171, 175, 182, 229, 240, 246, 250, 257-259, 301.
 San Vicente, 88, 240, 258.
 San Vicente de Lorenzana, 142, 301.
 Sánchez, Francisco, 70.
 Sandé, Francisco de, 184.
 Sanders y Murdy, 82, 83.
 Sanlúcar de Barrameda, 39.
 Santa Catalina de Garabito, 149.
 Santa Catalina, isla de (Providencia), 184, 185, 187.
 Santa Catarina Teometapas (Mita), 241.
 Santa Cruz del Quiché, 226, 234.
 Santa Inés Petapa, 145.
 Santa Isabel, 142.
 Santa María de Buena Esperanza, 26, 64.
 Santa María de Jesús, 30.
 Santa Marta, 275.
 Santiago (Almolonga, Pangán), 52, 54, 60-62, 65, 68, 69, 88, 100, 108, 113, 140, 142, 144, 145, 156, 157, 161, 164, 168, 176, 277.
 Santiago Atitlán, 32.
 Santiago de los Caballeros de Guatemala, 86, 97, 103, 107, 109, 120, 121, 123, 139, 153-155, 158, 160-164, 171, 174, 180,

- 182-184, 195, 196, 198, 203, 204, 206, 207, 210, 211, 213-215, 222, 259, 262, 266, 267, 269, 275, 277-284, 286, 289, 291, 292, 301-303, 312.
- cabildo, 213, 223, 248, 250, 261, 266, 275, 278, 279, 282, 283.
- comerciantes, 258, 283.
- comercio, 281, 260, 275.
- Santo Domingo, 25, 27, 153.
- Santo Tomás, 129, 158, 185.
- Santo Tomás de Castilla, 128, 158, 184, 273, 309.
- Santos Inocentes de Atiquisaya, 142.
- Sapper, Karl, 76, 78.
- sarampión, 72, 73.
- Sauer, Carl, 76.
- Sébaco, 158.
- sebo, 182, 264.
- sementeras, 112; véase milpas.
- Sequechul, 68.
- sequía, 72.
- servicio del tostón, 123, 246, 269.
- Sevilla, 128, 152, 200, 212.
- Sherman, William, 62, 63, 82.
- Sinacan, rey, 66, 68.
- Soconusco, 29, 37, 74, 78, 133, 134, 155, 158, 182, 226, 229, 244, 246, 254-256, 290.
- Solano, 82, 83.
- Solís, Ignacio, 268.
- Sololá, 226.
- Solórzano, Juan Carlos, 24, 39, 70, 79.
- sometimiento de los mayas, 33.
- sometimiento, 23.
- Sonsonate, 47, 54, 56, 97, 139, 158, 162, 175, 178, 182, 183, 229, 240, 273, 274, 281.
- Soto, Hernando de, 28.
- Subtiava, 141, 158.
- Suchitepéquez, 229, 244, 246, 254-256.
- Suerre, cacique, 124.
- Suerre, puerto de, 131.
- Swezey, 78.
- Tabardillo, epidemia, 71, 75.
- Tabasco, 300.
- Tacuzcalco, 34.
- Taguzgalpa, 185.
- Talamanca, 57, 127, 147, 189, 193.
- tamemes, 55, 102; véase cargadores.
- Tapica, cacique, 64.
- tasación de López de Cerrato, 45, 48, 54.
- tasaciones, 43, 46, 55, 101-104, 121, 126, 228.
- Tecpán-Atitán, 158, 229.
- Teculuzelo, 55.
- Tecún Umán, príncipe quiché, 30.
- Tegucigalpa, 118, 119, 141, 147, 227, 242, 251, 266, 318.
- Teguzgalpa, 127.
- Tehuantepec, istmo de, 133.
- Tenchoa, 141.
- teología, 179, 206, 207.
- Tepepul, rey quiché, 69.
- tierra, 106, 112, 223, 225, 231-244, 263, 265.
- agrícola, 148, 224, 237, 239, 256, 272.
- baldía, 238, 241, 243, 259, 291.
- composición, 232, 235, 237-243, 269, 281, 315.
- denuncia, 232, 235, 238, 241.
- despoblada, 112.
- ejidos, 107, 108, 109, 231, 237.
- propiedad comunal, 109, 111, 112, 114, 145, 148, 231-237, 257-259, 262-264, 291, 294, 315.
- propiedad privada, 108, 111, 112, 222, 237-244, 249, 255, 256, 286, 287.
- realenga, 108, 109, 141, 148, 237, 241, 243.
- Tierra Firme, 152, 272, 274.
- tifus, 64.
- Tisingal, 117.
- Tlaxcala, 29.
- Tologalpa, 127, 185.
- Tonatiuh o Tunatiuh; véase Alvarado, Pedro de.
- Torres, Salvador de, 146.
- Totonicapán, 67, 83, 158, 229.
- trabajo «libre», 123, 147.
- trapiches, 122, 143, 146, 148, 243, 291, 298.
- Tratado de Madrid, 186.
- tributarios, 44, 45, 48, 49, 52, 56-58, 101, 119, 121, 229, 230, 232, 235, 258.
- tributo, 29, 32, 40, 42-44, 52, 55, 57, 58, 59, 60, 67, 68, 96, 101-103, 104, 111, 112,

- 114, 121-123, 126, 129, 131, 132, 134, 147, 149, 165, 170, 171, 173-175, 221, 223, 228, 229, 235, 244-246, 256-258, 260, 262-264, 266-269, 283, 285, 286, 287, 289, 290, 292, 297, 311, 315.
- trigo, 55, 61, 104, 110, 113, 121, 122, 130, 131, 140, 142-146, 148, 175, 176, 243, 263, 281, 283, 286, 294, 295.
- Trujillo (Honduras), 39, 44, 118, 128, 138, 141, 171, 182-185, 273, 281.
- Trujillo, región de, 44.
- Tupac Amaru, 294.
- Turrialba, 187.
- Turrubares, río, 26.
- Tuxtla, 243, 298.
- tzendales, 201, 294, 298.
- Tzololá (Sololá), 68.
- Ujarrás, 203.
- Ulúa, río, 203.
- Ulloa, Domingo de, 173.
- universidad, 206, 207, 215, 281, 289.
- urinamas, 147.
- Ursúa, rey, 198.
- Uspantán, 33, 51.
- uspanecos, 33.
- Usumacinta, río, 196.
- Utatlán; véase Gumarcah.
- Vakaki Ahmak, príncipe, 71.
- Valdivieso, Antonio de, 163, 171.
- Valladolid, 121.
- Valle Central, 38, 57, 108, 227.
- Valle Central (Costa Rica), 39, 110, 131, 145.
- Valle Central (Guatemala), 142, 145, 146, 176, 200, 226, 229, 243, 247, 261, 277-279, 281, 286, 301, 314.
- Valle de Aserri, 146.
- Valle de Barva, 146.
- Valle de Canales, 143, 243.
- Valle de Comayagua, 64.
- Valle de Curridabat, 146.
- Valle de la Virgen, 284.
- Valle de las Vacas, 243, 284, 303.
- Valle de Mesas, 143.
- Valle de Matina, 115, 146.
- Valle de Mixco, 143.
- Valle de Olancho, 204.
- Valle de Opoa, 107.
- Valle de Panchoy, 107, 108, 281.
- Valle del Duy (Talamanca), 38.
- Valle del Tuerto, 67.
- Van Oss, Adriaan Cornelis, 88, 175, 177.
- Vásquez de Espinoza, 244, 280.
- Vázquez de Coronado, Juan, 38, 39, 58, 134.
- Vázquez de Herrera, Francisco, 215.
- Venezuela, 146, 255, 271.
- Veracruz, 127, 135, 138, 139, 223, 255, 258, 271, 274, 275, 281, 309.
- Veragua, 157.
- Verapaz, 83, 97, 113, 114, 122, 127, 158, 167, 168, 171, 176, 196, 197, 212, 226, 228, 229, 241, 243, 246, 316.
- Vergara, Martín de, 298.
- Villa Bruselas, 26, 42, 57, 107.
- Villalobos, Pedro de, 75.
- vino, 129, 132, 133, 139, 273, 274, 291.
- viruela, 71, 72, 74, 75.
- Webster McBryde, Felix, 76.
- West, Robert, 224.
- Wortman, Miles, 222, 223, 311.
- Xirón, Francisco, 134.
- Yacimientos auríferos, 26, 50, 52, 57, 60.
- Yoro, 141.
- Yucatán, 152, 154, 155, 157, 162, 171, 188, 195, 198.
- yucateca, lengua, 195.
- Zaculeu, 33, 51.
- zambos-mosquitos, 147, 192.
- Zamora, 82, 83.
- Zapata y Sandoval, Juan, 210.
- Zapotitlán, 170.
- zarzaparrilla, 100, 253, 263.
- Zavala, Silvio, 110.
- Zorita (oidor), 97.
- Zurrilla, Francisco de, 51, 52, 54, 59, 60.
- zutujiles, 30, 32, 33, 67.

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR

Julio César Pinto Soria	9
-------------------------------	---

CAPÍTULO 1. LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE CENTROAMÉRICA

Wendy Kramer, W. George Lovell y Christopher H. Lutz	21
--	----

LA CONQUISTA ESPAÑOLA	22
<i>La conquista desde Panamá (Nicaragua)</i>	23
<i>Honduras</i>	27
<i>La conquista desde México (Guatemala)</i>	29
<i>El Salvador</i>	34
<i>La conquista tardía de Costa Rica</i>	36

LAS CONSECUENCIAS	40
<i>La imposición de la encomienda</i>	40
La encomienda en Nicoya y Nicaragua	42
La encomienda en Honduras	44
La encomienda en Guatemala.....	46
La encomienda en Huehuetenango: un caso en estudio.....	51
La encomienda en El Salvador	54
La encomienda en Costa Rica	56
<i>La esclavitud indígena</i>	58
<i>La resistencia indígena</i>	63
Nicaragua y Nicoya.....	64
Honduras.....	64
Guatemala y El Salvador	65
Costa Rica	69
<i>Epidemias y muerte (1520-1582)</i>	70

LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DESPUÉS DE LA CONQUISTA	75
--	----

<i>La población indígena al arribo de los españoles</i>	76
<i>La población indígena después de la Conquista</i>	78
<i>Africanos, españoles y castas</i>	85
Los esclavos africanos	85
Los españoles	86
Las castas	87
<i>Población y etnicidad en vísperas de la Independencia</i>	87
 CONCLUSIÓN	 90
 NOTAS	 91
 CAPÍTULO 2. ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN CENTROAMÉRICA (1540-1680)	
Elizabeth Fonseca Corrales	95
 UNA DÉCADA DE GRANDES TRANSFORMACIONES (1540)	 95
<i>La fundación de la Audiencia</i>	95
<i>La reducción de los indios en poblados</i>	96
<i>El impacto de las Leyes Nuevas y las reformas de Cerrato</i>	100
 LA TIERRA, UN RECURSO VITAL	 106
<i>El patrón de poblamiento ibérico</i>	106
<i>Orígenes de la propiedad individual de la tierra</i>	108
<i>La comunidad indígena</i>	110
<i>La propiedad eclesiástica</i>	113
Las cofradías	114
Las capellanías	116
 EL SUEÑO DE LA MINERÍA	 117
<i>En busca del oro</i>	117
<i>La minería de la plata</i>	118
 EXPLOTACIÓN INDÍGENA Y MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA	 120
<i>Encomiendas y repartimientos</i>	121
<i>Otras exacciones</i>	122
<i>La resistencia indígena</i>	123
 CICLOS ECONÓMICOS Y CIRCULACIÓN MERCANTIL	 127
<i>Las limitaciones al comercio</i>	127
<i>La fragmentación del espacio centroamericano</i>	130

<i>El comercio hacia el sur</i>	131
<i>El circuito mercantil del norte</i>	133

LA CRISIS DEL COMERCIO ATLÁNTICO Y SUS REPERCUSIONES

EN CENTROAMÉRICA (1630-1680)	137
<i>La crisis del comercio atlántico</i>	137
<i>El proceso de ruralización</i>	140
<i>Las explotaciones agrícolas de mediados del siglo XVII</i>	142
<i>La movilidad social</i>	148

NOTAS	150
-------------	-----

CAPÍTULO 3. PODER E IDEOLOGÍA: LA CONSOLIDACIÓN DEL SISTEMA COLONIAL (1542-1700)

Stephen Webre	151
---------------------	-----

GOBIERNO Y SOCIEDAD	151
<i>Las gobernaciones primitivas</i>	152
<i>La audiencia</i>	154
<i>El presidente, gobernador y capitán general</i>	156
<i>Las subdivisiones internas: gobernaciones, alcaldías mayores y corregimientos</i>	157
<i>Los cabildos</i>	160
<i>El proceso político: resistencia y acomodación</i>	163

IGLESIA Y SOCIEDAD	166
<i>La conquista espiritual</i>	166
<i>Iglesia y Estado: el patronato real</i>	170
<i>La formación del clero colonial</i>	173
<i>El poder económico de la Iglesia</i>	174
<i>La Iglesia como instrumento de control social</i>	177
<i>La religión formal y la religión popular</i>	179

GUERRA Y SOCIEDAD	181
<i>Centroamérica y los conflictos europeos</i>	183
<i>La edad de los filibusteros</i>	186
<i>La nueva campaña misionera</i>	189
<i>La conquista de Petén</i>	193
<i>Aspectos políticos del problema militar</i>	198

CULTURA, IDEAS Y SOCIEDAD	201
<i>La arquitectura y las artes plásticas</i>	202

<i>El alfabetismo y la enseñanza formal</i>	204
<i>El mundo de las letras</i>	207
<i>La historiografía y el problema de la Conquista</i>	210
<i>Historia "patriótica" y la ideología criollista</i>	214
NOTAS	216
 CAPÍTULO 4. ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN CENTROAMÉRICA (1680-1750)	
Gustavo Palma Murga	219
CENTROAMÉRICA 1680-1750: ¿UNIDAD HISTÓRICA?	219
 EL ESPACIO, LA POBLACION Y LA TIERRA	
<i>Los espacios geográficos</i>	225
<i>La población</i>	228
<i>La tierra</i>	231
La propiedad comunal de la tierra	231
¿Tierra comunal, para qué?	232
La propiedad privada de la tierra	237
<i>La fuerza de trabajo</i>	244
 LAS DINÁMICAS ECONÓMICAS Y LOS VÍNCULOS EXTERNOS	
<i>El cacao</i>	254
<i>El añil</i>	256
<i>Granos básicos, otros alimentos y economía de subsistencia</i>	261
<i>La producción minera: problemas monetarios</i>	265
<i>Los tráficós comerciales</i>	269
 LA SOCIEDAD	
<i>La audiencia, alcaldías mayores y corregimientos</i>	277
<i>Santiago de los Caballeros de Guatemala: centro y corazón del Reyno</i>	277
<i>El cabildo</i>	284
<i>La población indígena y la mestiza</i>	286
<i>La Iglesia</i>	288
<i>La resistencia indígena</i>	294
 CONSIDERACIONES GENERALES	301
 NOTAS	305

CONCLUSIONES

Julio César Pinto Soria	307
-------------------------------	-----

NOTAS	322
-------------	-----

GLOSARIO	323
----------------	-----

BIBLIOGRAFIA COMENTADA	329
------------------------------	-----

BIBLIOGRAFIA GENERAL	341
----------------------------	-----

COLABORADORES DEL TOMO II	361
---------------------------------	-----

LISTADO DE FIGURAS	363
--------------------------	-----

ÍNDICE ANALÍTICO	365
------------------------	-----

ÍNDICE	379
--------------	-----

Los seis tomos que componen la *Historia General de Centroamérica* son producto de un ambicioso proyecto, cuyo resultado es un compendio global de la historia centroamericana, dividido en varios volúmenes, tarea que no se había emprendido desde hace un siglo. Obra de síntesis. Desde la historia antigua hasta los días más cercanos, cuando la región adquirió una doliente y esperanzadora actualidad, y en la cual las historias nacionales no se yuxtaponen unas a otras sino que expresan los elementos comparativos de una compleja realidad. Producto de un esfuerzo colectivo, lejos de ser homogénea o completa, incorpora con espíritu crítico los nuevos modos de trabajo de los historiadores y las interrogaciones actuales.

